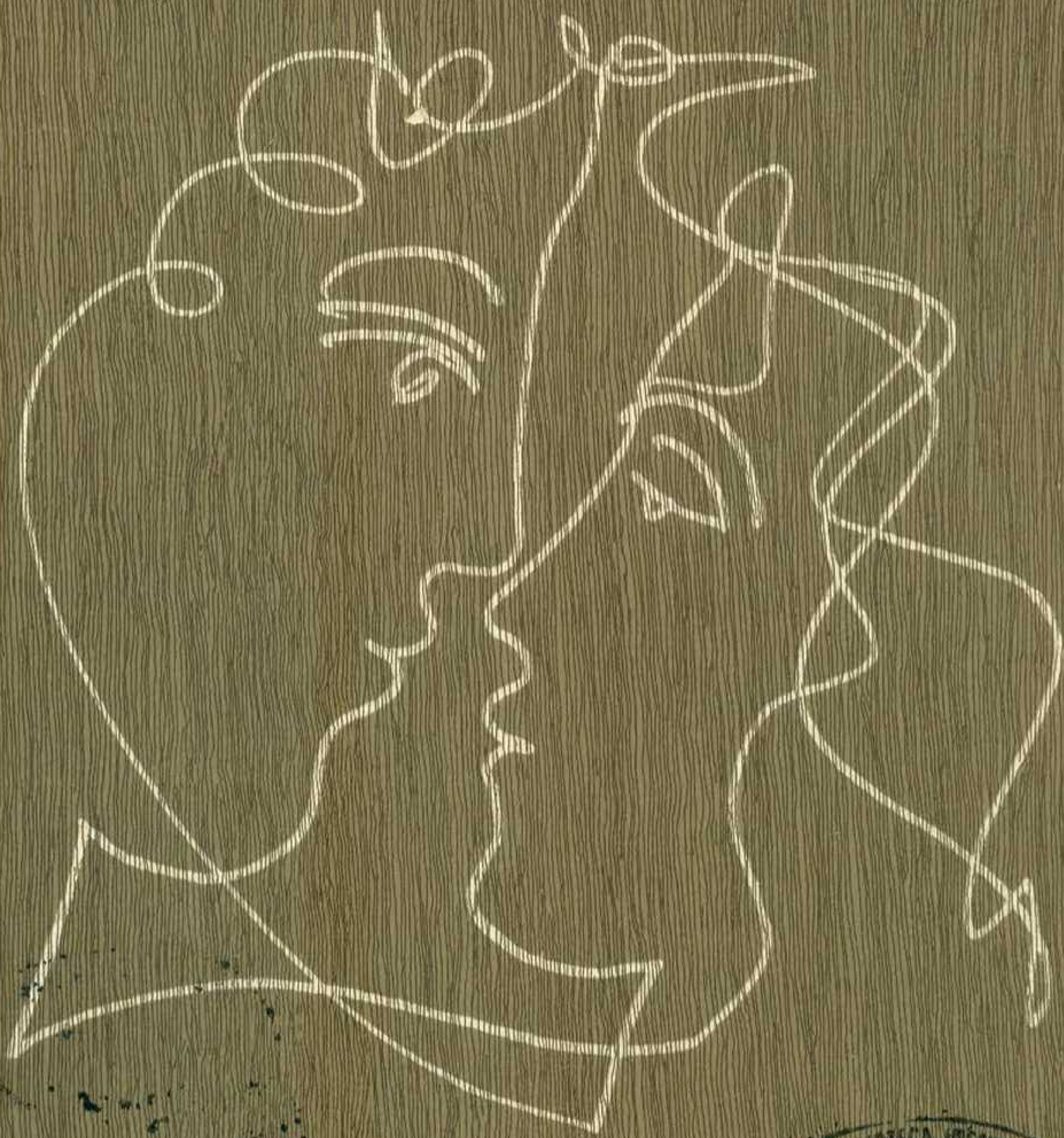
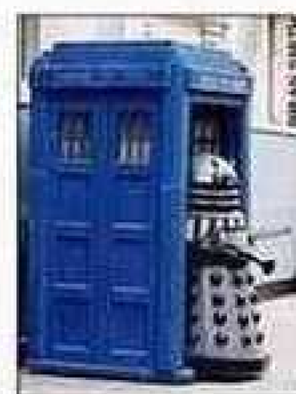
LA HERENCIA
DEL HOMBRE




BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGOGICO
CARTAGENA

Digitalización original: Kepler
Re-Digitalización final: The Doctor



Libros, Revistas, Intereses:
http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/


BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGOGICO
CARTAGENA

la herencia del hombre


BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGOGICO
CARTAGENA

Los seis tomos de esta colección han sido publicados bajo la dirección de

PAUL ALEXANDRE

presentados por

PEDRO LAIN ENTRALGO
de la Universidad de Madrid

ANDRE MAUROIS
de la Academia Francesa

TIBOR MENDE
Profesor del Instituto de Estudios Políticos de París

RAYMOND ARON
Profesor de la Sorbona

CLAUDE LEVI-STRAUSS
Profesor del Collège de France

JEAN PIAGET
Profesor de la Universidad de Ginebra

PIERRE AUGER
Profesor de la Sorbona

LOUIS ARMAND
De la Academia Francesa

dirección artística
HANS ERNI

comité de redacción
PAUL ALEXANDRE
PEDRO LAÍN ENTRALGO
NOËL BALLIF
OLIVIER BURGELIN
ROBERT CLOET
MAURICE GODELIER
PIERRE GRÉCO

director de fotografía
ANDRÉ J. SALESSE-LAVERGNE (M.T.A.)

secretario de redacción
DOMINIQUE LAMBILLIOTTE

documentación y compaginación
FRED GIVONE

© ÉDITIONS KISTER S. A. — GENÈVE, 1967

© SALVAT EDITORES S. A. — BARCELONA, 1967

DEPÓSITO LEGAL, N.° B. 31.944. — 1966 (1)

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

HERACLIO FOURNIER, S. A.
Heraclio Fournier, 17. — VITORI
PRINTED IN SPAIN

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE



la herencia del hombre





SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Las colaboraciones de J. BRONOWSKI y J. FISHER han sido redactadas originalmente en inglés; la de A. OPARINE, en ruso; la de M. ADRIANI, en italiano; las de PEDRO LAÍN ENTRALGO, L. PERICOT y J. F. GUILLEN, en castellano, y las restantes en francés.

Este primer tomo ha sido publicado bajo la dirección de ROBERT CLOET, profesor del Lycée Hoche de Versalles, con la colaboración de

MAURILIO ADRIANI
Profesor de Historia de las religiones en la Facultad de Letras de la Universidad de Florencia

JACQUES ALDEBERT
Profesor de la Universidad y del Instituto de Estudios Políticos de París

LOUIS BERGERON
Profesor en la Escuela Normal Superior de París

MICHEL BILLEREY
Profesor en el Lycée Janson-de-Sailly de París

J. BRONOWSKI, M. S., Londres

MARGUERITE-MARIE DENECK
Conservadora del museo Guimet de París

JEAN DESCHAMPS
Profesor en la Universidad de París

JEAN-MARIE D'HOOP
Profesor en la Sorbona

ANDRE DUPONT-SOMMER
Miembro de l'Institut, Profesor en el Collège de France

JAMES G. FEVRIER
Jefe de Estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

JAMES FISHER, M. A., Londres

LUCIEN GENET
Profesor de la Universidad y del Lycée Louis-le-Grand de París

JACQUES GERNET
Profesor en la Sorbona, Jefe de Estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

JULIO F. GUILLEN
Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia de Madrid

ROBERT HUBAC
Inspector general de Instrucción Pública (Educación Nacional) de París

PEDRO LAIN ENTRALGO
Profesor de la Universidad de Madrid y miembro de la Academia Española

JACQUES MAQUET
Jefe de Estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

ANDRE MAUROIS
de la Academia Francesa

ALEXANDRE OPARINE
Director del Instituto de Bioquímica A. N. Bach y Miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, Moscú

GUY P. PALMADE
Profesor en la Escuela Normal Superior y en el Instituto de Estudios Políticos de París

LUIS PERICOT GARCIA
Profesor en la Universidad de Barcelona

RENE REMOND
Profesor en la Facultad de Letras de París

GEORGES RODIER
Profesor de la Universidad y del Lycée de Poitiers

JEAN-A. VAN HOUTTE
de la Real Academia «Flamenca» de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Bélgica y Profesor en la Universidad de Lovaina.

ANDRE VARAGNAC
Jefe de Estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París y conservador del Musée des Antiquités nationales de Saint-Germain-en-Laye



Picasso

25.7.61.

índice de materias

Las leyendas que encabezan los capítulos, así como la introducción a las distintas partes, el prólogo y el «Panorama del mundo contemporáneo», expresan el pensamiento del comité de redacción, al margen de la responsabilidad de los autores.

TERCERA PARTE

las civilizaciones

CUARTA PARTE

el encuentro de las civilizaciones



Los mapas han sido preparados por Yves TROTIGNON, profesor de Universidad

...OTECA INSTITUTO
...DAGOG...
CARTAGE...

QUIEN dice aventura, dice vida humana. Tal es la razón de nuestro título, basado en otro de Jean Rostand: *La aventura del hombre.* Por su etimología (*ad ventura,* a o hacia lo que ha de venir), el término aventura hace referencia al futuro. Para el hombre, futuro y aventura son nociones que se refieren una a otra; no hay aventura que en todo o en parte no esté en el porvenir —en el pasado hay gestas o hazañas, no aventuras—, ni porvenir que no sea aventurado. De ahí la condición azarosa que intrínsecamente posee el futuro del hombre: tanto en la existencia individual como en la existencia colectiva, y por firmes que sean el cálculo y la previsión, los eventos del futuro humano pueden ser y no ser, ser de un modo o ser de otro. Y de ahí, por otra parte, la condición arriesgada de nuestro porvenir, el hecho de que vivir humanamente haya de ser siempre, al margen de cualquier retórica ocasional, vivir peligrosamente. Desde el punto de vista del sujeto sometido al azar, éste, el azar, es y no puede no ser riesgo.

Para que haya aventura —para que el sujeto de un cambio sea, quiéralo o no, aventurero, y para que el cambio mismo sea aventurado— no basta, sin embargo, la conjunción de esos tres momentos, el futuro, el azar y el riesgo. Sólo incurriendo en un deliberado o inconsciente antropomorfismo podemos llamar «aventura» al movimiento de la amiba hacia su presa. Podemos hablar de un protozoo, ciertamente, *como si* éste fuese un homúnculo, pero sabiendo muy bien que no lo es. Aunque en el movimiento predatorio de la amiba haya simultáneamente tendencia hacia el futuro, azar y riesgo, ese movimiento no es «aventura», porque en él faltan la inteligencia y la libertad. Nuestra existencia puede ser aventurera y aventurada porque es a la vez futurición, azar y riesgo. Desde luego. Mas también, y por modo esencial, porque nosotros —sea nuestra figura la del homínido o la del cosmonauta— entendemos, decidimos e inventamos nuestro futuro. Cualquiera que sea la situación del hombre, su aventura —la aventura de ser hombre— ha consistido siempre en moverse hacia el futuro proyectando éste desde un presente más o menos racional y acabadamente entendido; por lo tanto, más o menos racional y acabadamente referido a su pasado. Un futuro azaroso y arriesgado, proyectado desde un presente y referido a un pasado: tal es la esencia de la aventura humana. Aunque nuestro proyecto sea a veces imposible utopía y aunque el pasado cobre en tantas ocasiones figura de fábula o mito.

He aquí lo ocurrido. Movido por su constitutivo impulso al cambio —por su condición energética; con otras palabras, porque ella, constitutivamente, *es* energía— la materia cósmica adoptó un día en nuestro planeta, en un húmedo rinconcito de nuestro planeta, una estructura nueva y peculiar, cuyas propiedades esenciales eran la autoconservación, la autorreproducción y la tendencia evolutiva. En ese húmedo rinconcito, la materia se trocó en ser viviente y el cambio se hizo evolución. En el seno de la geología nació la vida.

A través de configuraciones cada vez más complejas —desde el virus hasta el australopiteco—, la materia viviente llegó a una situación en la cual la subsistencia, según la fórmula feliz de Xavier Zubiri, exigía la inteligencia. Para seguir viviendo, el animal necesitaba hacerse cargo de su situación. Y así, en virtud de un proceso que cada cual concebirá según sus ideas y sus creencias, surgieron de golpe la conciencia, la imaginación, la técnica —tal vez bajo la elementalísima forma de una *pebble-culture*— y la aventura. El ser viviente se hizo hombre, la biología del individuo se trocó en biografía y, en cuanto humana, la vida tuvo que ser y seguir siendo futurición proyectada y recordadora, esperanza imaginada y recuerdo interpretativo. Para existir, el ser viviente hominizado necesita desde entonces entender e inventar, llámese «poema de Gilgamesh» o «filosofía de la historia» la figura de su intelección, y sea hacha de sílex o cohete espacial la figura de su invento.

Poema de Gilgamesh o filosofía hegeliana, la invención intelectiva del hombre lleva siempre consigo, aunque su autor no siempre lo advierta, una referencia al todo de la realidad, y por lo tanto al fundamento de ésta. Y tal es, tanto en el orden de la intelección como en el de la operación, en el de la *theoría* como en el de la *praxis,* el último de los extremos a que llega la «aventura del hombre». Este se ve en el riesgo de elegir entre dos creencias: la creencia angustiada de aquellos para quienes es y no puede no ser absurdo el fundamento de la realidad, y la creencia esperanzada —aunque la esperanza del hombre no pueda excluir totalmente la incertidumbre y la angustia— de aquellos otros que admiten la existencia de una «verdad primera» capaz de dar sentido al azaroso movimiento del universo, llámense cristianos, marxistas, musulmanes, budistas o como se quiera. El riesgo de existir se convierte así en aquel «bello riesgo» de que Sócrates nos habla en una página inmortal del *Fedón* platónico.

Según esta perspectiva debe entenderse la estructura de *La aventura del hombre.* Su primer volumen lleva por título *La herencia del hombre.* En él, la historia es contemplada según la integridad de sus diversos motivos: sus métodos, sus motores y la casi equívoca noción de civilización, juego de espejos de donde el rostro del hombre, a un tiempo deformado y reformado, emerge al fin en aparente desnudez. El segundo tomo enseñará a deletrear el espacio, como el primero ha enseñado a deletrear el tiempo: expondremos en él *La organización geográfica y económica del planeta,* que condiciona nuestros mecanismos y nuestros movimientos. De la gramática de las estructuras físicas del globo se pasará a la de las estructuras sociales de la humanidad, y el tercer tomo será consagrado a *Las sociedades modernas.* Después del examen de los grandes conjuntos, parece lógico proceder al estudio de los pequeños grupos y de las relaciones interindividuales: el cuarto volumen, titulado *El hombre y los otros,* considerará, desde un punto de vista a la vez antropológico y psicológico, al ser humano en sus relaciones con «el otro». Al paso que el quinto tomo, *El hombre, descubridor de sí mismo,* estudiará los mecanismos de la percepción y del conocimiento, las estructuras neurofisiológicas del individuo, sus móviles, sus emociones, sus necesidades y sus deseos. Al llegar a este punto, el hombre se verá frente a sí mismo: puede comenzar de nuevo la aventura. Tal es la razón por la cual nuestro último volumen —*La aventura de mañana*— es una consideración «prospectiva» de lo que podrían ser los azares, los fracasos y los logros del futuro.

¿Cómo será en su concreta realidad ese futuro? ¿Cuál puede y debe ser la «verdad última» desde la cual gane cierto sentido razonable el conjunto que forman el pasado del hombre, su laberíntico presente y su incierto porvenir? Este libro no se propone dar una respuesta determinada. No trata sino de exponer, a través de testigos autorizados, cómo son o cómo parecen ser nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Conclusa su lectura, cada lector deberá correr por sí mismo aquel «riesgo» —bello en el mejor de los casos— de que Sócrates, poco antes de morir, hablaba a su discípulo Simmias en la prisión de los Once.





la herencia del hombre

El hombre siente curiosidad por su pasado. Nacido en este planeta viajero, encuentra en él tradiciones, técnicas y prescripciones. Los arquetipos le atraen desde el fondo de los siglos. Costumbres, religiones, monumentos, constituyen su herencia. El francés que ve el arco de Triunfo, el Louvre, Notre-Dame, las Cuevas de Lascaux; el romano que atraviesa el Foro, el Coliseo y la Plaza de San Pedro; el egipcio que vive a la sombra de las Pirámides y la Esfinge, todos se preguntan quiénes han sido los antepasados que han modelado su país, por qué esculpieron estas formas y no otras, a qué dioses adoraban y por qué leyes se regían.

La historia intenta responder a todas estas preguntas. Durante largo tiempo la tradición fue por vía oral. El poeta daba forma a la leyenda. Los primeros historiadores aceptaron, respecto a los orígenes, las epopeyas y los mitos, pero la escritura les permitió dejar un testimonio más valioso de su tiempo. Poco a poco la Humanidad consiguió reunir una cantidad importante de inscripciones, de documentos, de crónicas. La idea de verdad histórica apareció lentamente. No era, ni es todavía, una idea bien definida. Revivir todo el pasado sería imposible. Hay que escoger y la elección, en lo que se refiere al pasado más lejano, ha sido hecha, en parte, por el azar y en parte por los intereses. Frecuentemente un régimen destruye las obras positivas del régimen al que suplanta y menciona, por el contrario, sólo sus crímenes.

Si se trata de tiempos más recientes, la abundancia de documentos abruma al historiador. A uno le entran ganas de decir: «Dichosos los eruditos del porvenir. Les dejamos en herencia grabaciones fonográficas, películas y periódicos. El pasado vivirá ante ellos». ¿Quién sabe? El operador cinematográfico también elige y deforma. Si tiene que servir a un gobierno o a un partido, filma las imágenes necesarias para confirmar su postura. El especialista en estadísticas puede probarlo casi todo. El periodista ve solamente lo que quiere ver. ¿Habrá que concluir que es imposible escribir bien la historia? No. Magníficos ejemplos nos demuestran que un historiador erudito, imparcial y concienzudo puede alcanzar la verdad con una aproximación más que suficiente para satisfacer el anhelo de saber del hombre. ¿Cómo? Confrontando los testimonios contradictorios, multiplicando las investigaciones, aplicando los métodos, correctamente establecidos, de la crítica histórica.

Estudiando la historia de los hombres, ¿podemos descubrir leyes que permitan predecir el futuro? Algunos historiadores así lo creen y nos describen, por ejemplo, el nacimiento, vida y muerte de las civilizaciones. Paul Valéry decía: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales»; pero, ¿cuándo morirá la nuestra? El margen de error es tal que la predicción resultaría inútil. La historia no puede ser una ciencia del mismo sentido que la Física o la Biología, puesto que en ella la experimentación es casi siempre imposible. Las experiencias del pasado son demasiado desiguales para que de ellas se pueda deducir ninguna ley. El historiador encontrará analogías, parecidos, pero no ciclos idénticos. La Revolución francesa tiene muy pocos puntos comunes con la Revolu-

Esfinge egipcia: nuestro pasado continuamente nos presenta nuevos enigmas. (Foto Atesa.)

ción rusa. Sería absurdo anunciar un 9 de Termidor y un Bonaparte en Rusia.

Se ha discutido mucho sobre la influencia de los «grandes hombres». Algunos la niegan y sostienen que el gran hombre es obra del azar por aparecer en el momento justo en que la historia de su pueblo produce grandes acontecimientos. Tolstoi decía que no era Napoleón quien había llevado a Moscú algunos cientos de miles de franceses, sino que había sido empujado por ellos hacia la capital rusa. Otros piensan que es el gran hombre quien crea los acontecimientos. Imaginemos por un momento a Inglaterra privada de Winston Churchill en 1940. ¿Acaso hubiera resistido con tanta tenacidad? Los Estados Unidos sin Lincoln, ¿habrían conservado su unidad? Si Lenin no hubiera sido un hombre de hierro, ¿no se hubiera hundido, quizá, la Revolución bajo el empuje del ejército blanco? A la inversa, si Luis XVI hubiese sido un hombre enérgico, es posible que Francia hubiera podido evolucionar sin Revolución hacia una monarquía constitucional.

Tal es el problema del gran hombre de acción. Ahora es necesario también, exponer el del gran hombre de pensamiento. ¿De qué manera podría falsear él la historia?

Einstein, escribiendo una simple ecuación: $e = mc^2$, *abría el futuro a los inventores de la bomba atómica, anulaba la potencia de los armamentos clásicos y cambiaba la política mundial. Fleming, descubriendo la penicilina, prolongaba la duración media de la vida humana, cambiaba las relaciones entre una generación y otra y agudizaba la crisis de la superpoblación de los países pobres. Marx, publicando* El Capital, *ejercía una profunda influencia sobre los espíritus, ofrecía a los revolucionarios una doctrina y preparaba las convulsiones sociales que han hecho tambalearse a nuestro tiempo. ¿Quién puede decir lo que hubiera sido la historia sin estos pensadores?*

¿O bien es necesario creer, con el mismo Marx, que la historia sigue un curso irreversible y que el pensador no influye sobre ella, más que siguiendo su propio curso? Una dialéctica inflexible suprimiría el feudalismo por la burguesía, después la burguesía por el proletariado, y por último, constituiría una sociedad sin clases y el proceso dialéctico habría terminado. Pero cuando se estudia la historia de los últimos siglos, se hace difícil encontrar en ella un sentido continuo. En algunos países, los hombres han buscado un poco más de libertad; en otros se han inclinado hacia el despotismo. La influencia de los hombres sobre el mundo exterior se ha acrecentado considerablemente, pero no ha sucedido lo mismo en el mundo interior, sino todo lo contrario. De aquí nace un desequilibrio peligroso que pone en evidente riesgo el futuro de la especie.

Una poderosa corriente, cada vez más rápida, arrastra la humanidad, desde hace varios siglos hacia el progreso técnico. Esta corriente ha alcanzado primeramente, a las civilizaciones occidentales, y va llegando, uno tras otro, a todo los continentes. Si no se produce una catástrofe mundial, muy pronto veremos en todo el planeta los mismos televisores, los mismos automóviles y los mismos aviones. Este progreso técnico influye sobre la historia económica y política. La prodigiosa difusión de los medios de información y de comunicación acrecienta el poder de los gobiernos que disponen de tales medios. El descubrimiento de la energía nuclear hace disminuir la importancia de las antiguas formas de energía (carbón, petróleo), y hará inútiles las conquistas territoriales. La automatización creciente de las máquinas hará que pronto tenga que sustituirse el peón por el obrero especializado y permitirá disponer de unos prolongados períodos de tiempo libre. Como consecuencia, se transformarán las relaciones sociales. El curso de la historia cambiará de una forma hoy aún imprevisible.

El progreso técnico puede conducir a una sociedad sin clases, diferente de la prevista por Marx, e incluso a la unidad social del planeta. Pero esta solución favorable exigiría por parte de la humanidad una rápida adaptación a sus nuevos poderes. También es posible, desgraciadamente, que la inteligencia que ha inventado la técnica, sea pronto incapaz de dominar a este monstruo. En tal caso la especie humana podría ser destruida por las mismas fuerzas que ha puesto en marcha. Vivimos una época «pródiga» en milagros que justifica, a la vez, todas las esperanzas y todos los temores. La elección depende del conocimiento que el hombre tenga de sí mismo. ¿Para qué le serviría dirigir los cambios interiores de una célula, si es incapaz de regular los de su pensamiento? Las ciencias humanas (psicología, sociología), deberían ayudarle a tener conciencia de sí mismo. Dueño de la fuerza, sólo le queda llegar a ser maestro de sí mismo.

ANDRÉ MAUROIS


BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

PEDRO LAIN ENTRALGO

la historia, peso y suelo

El hombre — nos decía André Maurois en su introducción a este volumen — es un curioso de su pasado. Es cierto. Pero más aún que curioso del pasado es menesteroso de él. Como el apetito expresa nuestra necesidad de comer, la curiosidad por la historia manifiesta nuestra necesidad de ella. «La memoria — escribió Ortega — es la carrerilla que el hombre toma para saltar hacia el porvenir.» Para ser lo que quiero ser, necesito saber lo que soy y lo que he sido, aunque este saber mío sea ilusorio y erróneo. Pues bien: lo que se dice de la memoria individual puede decirse, con idéntica razón, de la memoria colectiva, del saber histórico. «La historia — he escrito yo más de una vez — es un recuerdo de lo que fue al servicio de una esperanza de lo que acaso sea.»

Tal es la razón por la cual ha sido consagrado a la historia de la humanidad el primer volumen de una obra acerca de *La aventura del hombre*. ¿Qué es para nosotros la historia? ¿Qué idea tenemos acerca de nuestro pasado? Sin una respuesta — la que sea — a estas dos interrogaciones, no podríamos saber con una mínima seguridad dónde estamos, lo que hoy somos y lo que mañana podemos ser.

Basta lo dicho para advertir que la historia es a la vez peso y suelo. Como Atlas el globo del mundo, el hombre lleva sobre su cerviz el orbe de su propia historia; mas no podría hacerlo si no se apoyase sobre un suelo constituido por la misma historia que sobre él gravita. Tal es la condición — si se quiere, el drama — de la libertad del hombre: que sólo puede constituirse y caminar sobre lo que la oprime y obliga. No sólo estoy forzado a ser libre, como Ortega y Sartre han dicho; en no escasa medida, hállome también forzado a ejercitar de tal o cual modo mi propia libertad.

Puesto que lo necesita y no lo conoce, el hombre investiga su pasado — o lo inventa —. El mito, la tradición y la pesquisa documental han ido dando contenido al saber histórico. En parte «sabido», en parte «imaginado» o «interpretado», el saber histórico ha ido cumpliendo, desde los primeros homínidos hasta hoy, esa doble función de peso y suelo que acabo de mencionar. Mediante actos de imaginación documentada y razonable sabemos lo que ha ido siendo la humanidad desde que ha dejado testimonios acerca de sí misma, el Partenón, el Cantar de Mío Cid o la pintura impresionista.

Dos son, a este respecto, las situaciones extremas del historiador: carecer por completo de documentos o sentir que la copia de éstos le desborda e inunda. Robert Cloet nos recuerda cómo hace poco más de treinta años el teniente Brenans descubrió por azar, en el corazón del Sahara, los restos de una civilización hasta entonces desconocida. Como ésta del Tassili, ¿cuántas serán todavía las que en la oscuridad de una caverna o bajo el espesor de unos metros de tierra yacen mudas e invisibles para nosotros? Nuestro conocimiento del pasado está hecho de saberes y de lagunas, desconocidas unas, reconocidas como tales otras y llenas las restantes por las invenciones de la leyenda y el mito.

Piénsese, por contraste, en la situación del historiador que trata de conocer el siglo XX de cualquier país europeo o americano. Los documentos de toda índole, desde el convenio político a la canción de circunstancias, se acumulan ante los ojos del aspirante a descriptor y hermeneuta. Los árboles no le dejan ver el bosque. ¿Qué hará entonces el historiador? Como siempre, combinar armoniosamente la documentación y la imaginación. Cuando la documentación no es abundante, el historiador recrea la vida pretérita mediante actos de imaginación inductiva; esto es, conjeturando lo que esa vida debió de ser para dejar como testimonio de sí misma los documentos de que él, como historiador, dispone. Así proceden — valgan estos ejemplos — el asiriólogo, el iranista y el estudioso de la Grecia arcaica. Cuando la documentación es, por el contrario, sobreabundante, el historiador, moviéndose en el mar que en torno a él forman sus innumerables «fuentes», entiende la vida que ellas expresan imaginando los centros de que real o virtualmente provienen y organizando tales centros de modo que la confusión pululante llegue a ser conjunto inteligible. Porque la faena de «entender» debe ser siempre la meta del explorador de la realidad histórica.

Ante la mirada y la imaginación del historiador, la materia que da expresión visible al acontecer histórico cobra

forma inteligible. Pero esta forma no es la de una estatua quiescente, sino la de un cuerpo vivo: la siempre cambiante forma de una sociedad humana. Lo cual indica de la manera más diáfana que el historiador no podrá llevar a término su faena de entender si no se pregunta con cierta seriedad por el motor y por el sentido de ese cambio. O, como diría un aristotélico, por la causa eficiente y la causa final del movimiento histórico de la sociedad en cuestión.

¿Qué es lo que pone en trance de acción histórica — la declaración de una guerra, la promulgación de una ley, la organización de una huelga, la edición de un libro o la erección de un templo — a una sociedad humana? ¿Qué es lo que la hace cambiar, de modo que su cambio sea «histórico»? En principio, todo lo que en la vida del hombre adquiere condición de «impulso» o de «móvil». Va siendo costumbre afirmar que los tres impulsos cardinales del hombre son sus tres principales instintos: el hambre, el poderío y el sexo. El hambre adquiriría condición social bajo forma de economía; el afán de poderío y dominio, como política; el apetito sexual, como espíritu de estirpe y de raza; y todo cambio histórico sería un resultado de la eficacia conjunta de estos tres impulsos. La historiografía tradicional destacó excesivamente el papel de la política: guerras de dominio y de prestigio, tratados, cambios de gobierno. La historiografía marxista tiende a sobrevalorar, radicalizándolo, el indudable y enorme papel que en la vida histórica desempeña la economía. Siguiendo al conde de Gobineau y a Houston Stewart Chamberlain, los historiógrafos del Tercer Reich extremaron y sublimaron el papel de la raza en la determinación y configuración de la historia.

Economía, política, raza. Sin tener en cuenta estos ubicuos y poderosos motores del cambio humano no es posible entender y escribir la historia. Pero sería grave ceguera, o al menos grave daltonismo, desconocer o malinterpretar la eficacia histórica de otros móviles e impulsos del hombre, no menos radicales que los anteriores, y a veces tan decisivos como ellos. Por lo menos, estos tres: la novedad, la creencia y la vocación.

Lentamente en el caso de las colectividades muy primitivas, muy estables o muy fatigadas, con rapidez en el caso de los pueblos sedientos de novedad, como la Grecia clásica o las naciones modernas, todas las sociedades llegan a hastiarse de lo rutinario y a desear «lo nuevo». A veces, con muy vivaz y desazonada vehemencia: recuérdense las finas descripciones de Huizinga, por lo que concierne al «otoño de la Edad Media».

No parece menor la eficacia transformadora de la creencia. El hombre es por naturaleza *animal credens*. Ahí está para demostrarlo el espectáculo de la vida humana, desde el código de Hammurabi hasta la revolución soviética. Pues bien: acontece en ocasiones que esa esencial condición de la naturaleza humana se exalta, y con mansedumbre o con violencia mueve a los hombres a la acción y se convierte en poderoso motor de la historia. Las «ideas que cambian el mundo», a que en su excelente artículo alude Michel Billerey son, más que «ideas», «creencias»; *idées-forces*, como decía Fouillée. Sin la virtualidad «historificante» de la creencia religiosa, ¿sería explicable la rápida propagación del cristianismo en el mundo helenístico y la propagación fulgurante del islam en la Alta Edad Media? La transformación de la sociedad francesa durante la segunda mitad del siglo XVIII, ¿podría ser comprendida sin tener en cuenta la viva y difusa creencia en la «razón» y en el «progreso» que entonces operaba en la entraña de esa sociedad? La revolución soviética, ¿no fue hija de la creencia, tanto como hija del hambre? Y junto a los indudables motivos políticos y económicos que determinaron la intervención de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial, ¿no tuvo un papel importante, acaso decisivo, la robusta fe del pueblo norteamericano en la libertad y en la democracia?

A la existencia humana pertenece como ingrediente básico la vocación. Oscura y tenuamente en los hombres adocenados, ostensible y vigorosamente en los egregios, nunca la vocación deja de hacer perceptible su voz orientadora. A veces, con estruendosas consecuencias históricas: bastará mencionar las que para la humanidad entera han tenido Alejandro, César y Napoleón. Los tres fueron «hombres del destino», en el sentido que a esta expresión da Lucien Genet. Pero no hace falta ser Napoleón, César o Alejandro para que la eficacia histórica de una vocación personal se haga patente. Platón y Aristóteles, Dante y Copérnico, Descartes y Kant, Cervantes y Newton han modificado la historia de la humanidad cumpliendo en sus vidas lo que en su intimidad se sintieron llamados a ser. Y como ellos, sin brillo, acaso sin nombre, todos los que día a día contribuyen con el granito de su obra propia a edificar la historia de la humanidad.

Frente a cada evento, el historiador mostrará cómo esos diversos motores de la historia se mezclan y articulan entre sí; cómo se realizan y expresan en los sucesos y en los documentos que él tiene ante sus ojos; cómo, en definitiva, han ido engendrando las distintas «unidades de sentido» — cultura helénica, Sacro Romano Imperio, Renacimiento, Revolución Francesa — que constituyen la trama de la historia. La inteligencia del historiador aprehende y revela así la razón del acontecer real, la «razón histórica».

Utilizando la terminología usada por Jean Deschamps, aunque en un contexto algo distinto, cabe afirmar que las «unidades de sentido» de la historia pueden ser transversales y longitudinales. Con intención más o menos técnica, a las primeras suele dárseles el nombre de «situaciones»: el Renacimiento, el Romanticismo o la *belle époque*. Las segundas pueden ser llamadas — en plural, por supuesto — «civilizaciones», con Georges Rodier y casi toda la historiografía francesa y anglosajona, o «culturas», a la usanza germánica. La «civilización», el incesante y cambiante esfuerzo del hombre para ser hombre, se va realizando longitudinalmente en las sucesivas «civilizaciones»: la asiria, la griega, la europea, la norteamericana. Repitamos una vez más la famosa sentencia de Paul Valéry: «Nosotras, las civilizaciones, sa-

bemos ahora que somos mortales.» Es verdad. Pero muriendo, y salvo en el caso de las que Robert Cloet llama «perdidas» — en cierto modo, hasta en ellas —, todas van dejando a la posteridad el legado de su hazaña y todas contribuyen poco o mucho al contenido y al sentido de la historia total.

Paleolítico, neolítico, civilizaciones primitivas y arcaicas, civilizaciones de la Antigüedad oriental, civilización griega, Roma, Bizancio, el Islam... Cualquier bachiller medianamente aplicado nombrará de carrerilla las diversas civilizaciones, unas muertas, dormidas otras, vivísimas algunas, que integran la total hazaña histórica de la humanidad. Todas han tenido o tienen su razón de ser, todas han enriquecido o están enriqueciendo al resto de los hombres. ¿Seríamos hoy lo que somos si un peludo pitecántropo no hubiese concebido hace centenares de miles de años la feliz idea de tallar un guijarro silíceo en forma de hacha? Mas para que los árboles no nos impidan ver el bosque de la historia, es preciso distinguir con cuidado los eventos que más decisivamente han contribuido a dar a ese bosque su figura. A mi modo de ver son cuatro: Grecia, el cristianismo, Europa y — en el más amplio sentido del término — el Occidente.

Grecia enseñó a los hombres, a todos los hombres, el hábito de obrar y pensar con la mente atenida al «qué» de las cosas, al ser, a lo humano en cuanto tal. Déjeseme explicarlo apelando a mi disciplina académica, la historia del saber médico. Frente a la enfermedad, el hombre usa remedios a los que atribuye cierta acción curativa. ¿De qué depende tal acción? Superando resueltamente el puro empirismo y todas las múltiples formas de la mentalidad mágica, los pensadores jónicos y los médicos hipocráticos afirmarán para siempre — esto es lo decisivo: para siempre — que la eficacia de un fármaco depende primariamente de lo que éste por sí mismo *es*, de las propiedades de su naturaleza. Los europeos del siglo XVII no podrán contener la sonrisa oyendo a los médicos de Molière que el opio hace dormir *quia est in eo virtus dormitiva;* y tendrán razón, porque siempre es cómico el espectáculo de quienes convierten en meta el punto de partida. Pero es lo cierto que la sentencia del doctor molieresco tuvo que ser penosamente conquistada en la costa jónica cientos de miles de años después de que el hombre existiese sobre el planeta.

Grecia, en suma, aprendió y enseñó a pensar y a obrar mediante el atenimiento de la inteligencia a la naturaleza y al ser de las cosas, a lo que las cosas pueden hacer y son por sí mismas; con otras palabras, a lo que es válido para todos los hombres, a lo universal. El humanismo y el cosmopolitismo, frutos tardíos de la cultura griega, se hallaban potencialmente incluidos en el esfuerzo mental de Tales y Anaximandro por entender la realidad de las cosas desde el punto de vista de su «naturaleza».

La mentalidad helénica no hubiese sido nunca mentalidad europea — y luego occidental — sin la ingente novedad del cristianismo. «Sin la Biblia no habría Europa», ha escrito Jaspers. Es verdad que desde la Ilustración se puede ser europeo y occidental sin ser cristiano; pero el europeo no cristiano se ve históricamente forzado a ser hombre asumiendo en su vida modos de ser procedentes del cristianismo. Cristiano o no, el «occidental» no ve en el hombre sólo un ser viviente capaz de hablar, pensar, levantar edificios y construir utensilios; ve en él, además, un ente dotado de libertad íntima y creadora, exigente de libertad exterior, inmerso en una historia irrepetible, que unas veces le perfecciona y otras le degrada, y constitutivamente abierto a un horizonte espiritual al que pertenecen la nada y el infinito. «Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres», exclama una vez Baudelaire. Con una u otra concepción de ese «Infinito» — el Dios cristiano, el Dios de los deístas, la Realidad Material del marxismo o el imposible y absurdo En-sí-Para-sí de Sartre —, eso mismo vienen pensando todos los hombres de Occidente desde que el cristianismo se infundió en el seno de la mente griega.

La Antigüedad clásica cristianizada, ¿hubiese llegado a producir por sí sola la entidad histórica que hoy llamamos Europa? No lo creo. Justino es griego y cristiano y Ambrosio de Milán es cristiano y romano; mas ninguno de los dos es europeo, en el sentido que tendrá esta palabra después de la invasión del mundo antiguo por los pueblos germánicos. La crónica de la victoria de Carlos Martel sobre los árabes — Poitiers, año 732 — termina así la descripción de la batalla: «Europenses vero... in suas se leti recipiunt patrias.» Estos hombres no son ya griegos ni romanos, son algo auroralmente nuevo en la historia del mundo: *europenses*, europeos. La permanente insatisfacción del alma, condición esencial del ser humano, y la conciencia de hallarse por encima de la naturaleza cósmica, tan central en la fe y en el pensamiento de los cristianos, ganan un potencial altísimo y un sentido inédito cuando la Antigüedad clásica y el cristianismo se funden con la sangre de sus invasores. Tomás de Aquino y Escoto, Maquiavelo y Leonardo, Descartes y Pascal, Cervantes y Velázquez, Shakespeare y Newton, Kepler y Kant van a ser, entre tantos otros, los frutos humanos de esa exaltada insatisfacción de las almas. «De tal modo me elevas, que yo soy más que yo», dice un verso del Dante *(Paraíso,* XVI, 19). Ser más en la tierra, ser siempre más, ser cada día otra cosa, sin dejar de ser pábulo y modelo para todos los hombres; nunca en las almas europeas ha dormido este soberbio impulso.

A la vez que se va haciendo a sí misma, Europa descubre el mundo y, por vía educativa o colonial, lo europeíza. Pero hay un vastísimo continente en el cual Europa pasa pronto de ser potencia colonizadora a ser principio informante. A partir del siglo XVI, y sin detrimento de lo que a través de la cultura europea puedan aportar las poblaciones indias al acervo común de la humanidad, América entera va a ser una prolongación de Europa. Surge así una realidad histórica nueva, a la cual podríamos llamar Euroamérica si no hubiésemos comenzado a llamarla «Occidente». Benjamín Franklin, Walt Withman, Andrés Bello y Rubén Darío son tan «occidentales» — tan euroamericanos — como Hegel, Goya,

Pasteur, Darwin, Dostoievski y Marx. Y nombro deliberadamente a Dostoievski y a Marx para indicar que el llamado «telón de acero» no constituye en modo alguno la frontera del Occidente.

Fiel a su origen y a su constitución, el Occidente — en cuyo seno dialogan o polemizan tres distintas mentalidades: una cristiana, otra marxista y otra agnóstica — cumple su misión histórica mediante dos actividades complementarias. Por una parte, crea y difunde formas de vida intelectuales, artísticas y técnicas válidas en principio para el hombre en cuanto tal, y por lo tanto para todo hombre: la penicilina, la estadística y el contador de Geiger son utilizados junto al Ganges y al Níger. Puede incluso acontecer que la occidentalización convierta en exportadores de novedades «occidentales» a los países de Oriente; tal ha sido el caso del Japón (Takamine, Kitasato, Yukawa, etc.) y de la India (Chandra, Bose, Raman, etc.), y tal puede ser en plazo próximo el de los pueblos africanos.

La segunda actividad histórica del mundo occidental consiste en asumir dentro de su cultura — por tanto, en universalizar — todo lo que en las civilizaciones no occidentales vale o parece valer para todos los hombres. Una fracción de la ciencia árabe fue ya asumida y universalizada por los pensadores y poetas europeos de la Edad Media: Asín Palacios supo demostrarlo con máxima autoridad. Algo después, los españoles y los criollos de América harán universalmente humanos no pocos usos de los indios del Nuevo Mundo y algunas de sus creaciones artísticas. Más tarde, una legión de sabios occidentales y occidentalizados — egiptólogos, asiriólogos, sinólogos, indólogos, iranistas, etnólogos — irá descubriendo lo que para todos los hombres vale en el seno de las culturas orientales y primitivas. El mundo occidental, universalizador de la historia, se ha esforzado siempre por «humanizar» plenamente todas las provincias geográficas e históricas de la humanidad.

A favor de esa doble faena de educación y asunción, Europa y el Occidente van incorporando a la corriente de la historia universal pueblos que desde el punto de vista del progreso parecían hallarse en vía muerta (tantas y tantas tribus africanas) o que vivían casi estancados en una cultura «exótica», y por lo tanto marginal (el Islam, las naciones asiáticas). Una «cultura planetaria» está naciendo ante nuestros ojos, por debajo y por encima de las disensiones políticas y de las peculiaridades del *folklore*. Es cierto que la humanidad se halla hoy dividida en tres mundos, el occidental capitalista y libre, el occidental marxista y ese nada homogéneo bloque que solemos llamar «Tercer Mundo». Es cierto, asimismo, que el colonialismo de Occidente ha dado frecuente ocasión a los más brutales egoísmos. Pero sorteando y arrollando todos esos obstáculos, la humanidad parece encaminarse de manera inexorable hacia una vida histórica real y efectivamente «universal».

El curso de la historia, ¿es racional, en el sentido que la filosofía europea moderna ha dado a este vocablo? En la sucesión de la vida histórica, ¿es posible descubrir «leyes» absolutas? Como es sabido, el «idealismo dialéctico» de Hegel y el «materialismo dialéctico» de Marx han dado a tales interrogaciones una respuesta rotundamente afirmativa. Esa doble respuesta, ¿es tan incontestable como rotunda? Confrontados con la realidad de la vida y de la historia, ambos sistemas dialécticos parecen ser simplificaciones geniales, titánicas, de un «sentido general» que les rebasa y envuelve. Pero aunque las simplificaciones de que la razón humana debe valerse para «entender» no logren nunca agotar y esclarecer el todo de lo real, aunque la realidad del mundo y de la historia no deje de ser para el hombre últimamente «misteriosa», la certidumbre de que en el despliegue de esa realidad hay un sentido y la seguridad de que la mente del hombre puede acercarse a imaginarlo mediante el concepto, la metáfora y el símbolo, no pueden ya ser borradas de nuestro espíritu.

Las distintas civilizaciones, decía yo antes, son «unidades de sentido» en el desarrollo longitudinal de la historia. He aquí la cultura de la antigua Grecia. Bajo la cambiante aventura histórica del pueblo griego, ¿cómo desconocer que desde la composición de la *Ilíada* hasta la batalla de Cinoscéfalos hay un sentido singular y unitario en esa prodigiosa aventura? Pero ahora se trata de algo más importante y grave. Ahora se trata de saber si la sucesión de las diversas civilizaciones posee en sí misma un sentido; si la historia entera de la humanidad es absurda o racional, o al menos razonable. Después de examinar hechos y opiniones, cada cual deberá darse a sí mismo su personal respuesta.

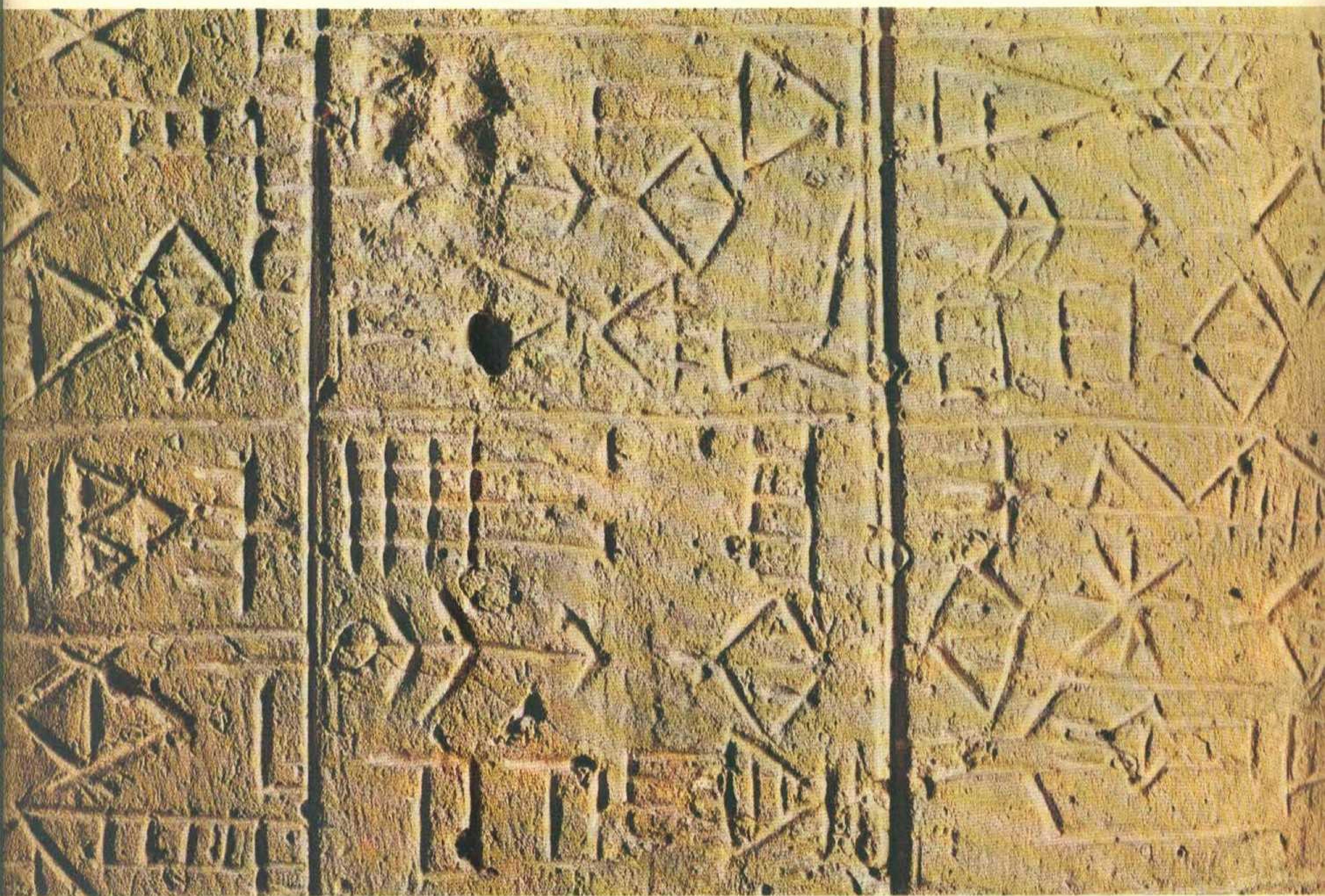
El problema, sin embargo, comienza ahora. En su verdadera entraña, ese problema viene planteado, en efecto, por la realidad de una doble exigencia: desde sí mismo, el curso de la historia exige la pregunta por su sentido; desde sí misma, la mente del hombre se ve forzada a preguntarse por el sentido de su inserción en la historia y, en consecuencia, por el sentido de ésta. Lo cual nos hace advertir que tanto individual como colectivamente la vida humana se mueve en el «elemento del sentido». Afirmar que el absurdo es la clave de la historia no es en definitiva afirmar que la historia sea absurda en sí misma, sino que el sentido de ésta se muestra como «absurdo» para quien ha llegado a tal respuesta; y la mejor prueba de ello es que otros hombres no menos avisados y lúcidos han podido llegar a una respuesta distinta. La historia de la humanidad tiene un sentido, aunque la nuda razón del hombre no sea capaz de descubrirlo y formularlo de modo exhaustivo. A través de perplejidades, optimismos y desesperaciones, tal parece ser la conclusión a que conduce un examen sereno y comprensivo de la realidad histórica y del diverso pensamiento con que los hombres tratan hoy de entenderla.

PRIMERA PARTE



el hombre en busca de su pasado





BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGÓGICO
CARTAGENA

EMPEZAMOS la exploración del hombre con una búsqueda del pasado. Más de un lector se preguntará si esto no resulta paradójico. La historia, condenada por naturaleza a buscar sus testimonios entre la muerte y el olvido, ¿no es acaso la más discutible de las ciencias humanas y la que ofrece menos garantías de objetividad? ¿No podría, es más, no debería limitarse a buscar «hic et nunc» el significado de lo vivido y el sentido real de las cosas? Precisamente en esto radica lo imposible.

La apariencia de los hechos en la actualidad se presenta desnuda, transparente, pero en realidad es terriblemente opaca. Se nos escapa el sentido de las cosas, rebasa sin cesar el presente y nos vemos forzados a volvernos hacia el pasado. Cualquier explicación supone una comparación; el significado se presenta tan sólo en la relatividad, en la diferencia con otra cosa. Para comprender un fenómeno hay que remontarse hasta el momento en que aparece. En el momento de ocurrir, el fenómeno presenta una superficie lisa, escapando a toda interpretación y a todo intento de descifrarlo. Por consiguiente, hay que remontarse al origen y descubrir lo que las cosas «querían ser» en el momento de nacer.


Lo mismo sucede con el hombre, objetivo final de nuestra búsqueda; por esto, al principio de este libro, intentamos considerar la aparición de la vida en la materia inanimada y éste será el tema principal de los primeros capítulos de esta parte.

Búsqueda de los orígenes y también búsqueda de una relatividad. La historia, incluso cuando no nos ofrece la verdad definitiva, nos hace sentir el cambio y por ese camino, considerándonos y considerándose a sí misma como objeto de estudio, recobra la objetividad que parecía faltarle al principio.

En el primer capítulo, la «historia de la Historia», se verá que tal objetividad es el fruto tardío, nada espontáneo, de una larga conquista. Para llegar a ser una ciencia, la historia ha tenido que destruir sus mitos, eliminar la forma antigua de narrar los sucesos, obligar a la leyenda a decir la verdad que tan veladamente contaba. Fue un largo y doloroso alumbramiento del que daremos algunos ejemplos al final de esta primera parte, y por ellos verá el lector que, en la actual conciencia histórica, cualquier cosa es recuperable como documento: las piedras, el suelo, la indumentaria, las canciones, los romances, las herramientas... Con estos fragmentos de verdad la historia se abre paso hacia una mayor evidencia.

Esta conquista de una conciencia nueva, nació en Occidente. Sólo la historia occidental es una historia universal; únicamente Europa supo elevar hasta la necesaria perfección las técnicas del dominio de la naturaleza y del hombre. Ahora el instrumento forjado por Occidente está en manos de todos los hombres. En los próximos capítulos se verá que la historia, una vez universal, puede enterrar las ideologías que en otro tiempo ayudó a forjar. Si bien es cierto que a esta ciencia del hombre pueden hacerse todavía muchas objeciones, esto no significa que sea menos verdadera, sino sencillamente que es más discutida. La historia, en definitiva, es el blanco de todas las críticas dirigidas a las demás ciencias humanas. Empezar por ella este libro equivale a definir nuestro intento como terreno abonado para la controversia.

Tableta de Eannatum (2450 a. de J.C.), uno de los más antiguos documentos escritos. (Foto Atesa.)



ROBERT CLOET

la historia de la historia

¿Es cierto que el hombre ha tenido siempre curiosidad por conocer su pasado, como nos dice André Maurois? La memoria, la noción del tiempo, la preocupación por medirlo son propiedades específicamente humanas; incluso a escala individual, cada uno de nosotros aspira desde la infancia a crearse una «historia», a reconstruir la genealogía de la familia a que pertenece, a conocer el pasado de sus antecesores, de su casa, de su ciudad y país... Mas estas preocupaciones no nos permitirían considerar la historia como una ciencia del hombre si, en el curso de los siglos que han transcurrido desde que salió de la vida primitiva, las técnicas mediante las cuales desciframos el pasado no nos hubiesen conducido a un profundo conocimiento de su misma esencia, y por ende, de la esencia misma del hombre.

El hombre nunca ha trazado con la misma técnica la historia de su pasado. El bagaje histórico de las sociedades, de las familias o de los individuos ha variado según el tiempo y el país. De la misma manera que los recuerdos históricos son evocados por las familias patricias como signo de su supremacía social —piénsese en las estatuas de los romanos o en los blasones de nobleza de la aristocracia francesa—, la riqueza histórica en que se apoya una civilización hace que ésta siempre se considere superior a otras sociedades pobres de historia; esta es la característica de superioridad que ha prevalecido a menudo en chinos y en occidentales.

Para el hombre de las primeras civilizaciones, esta «riqueza» histórica se manifiesta en forma de mitos. Recurrir al mito es tan necesario para el hombre antiguo como para el moderno recurrir a la historia. Pero adviértase que el hombre primitivo distingue claramente entre mitos, «historias verdaderas» y cuentos, «historias falsas», del mismo modo que nosotros distinguimos entre historia y leyenda.

Los mitos

Los mitos son para el antiguo un modo de explicar el mundo. Por eso cada civilización ha construido sus mitos cosmogónicos: poemas védicos, génesis bíblica y también el *Enuma elish* —poema de la creación de los mesopotamios encabezado por estas palabras: «Cuando en lo alto...»—. Los mitos nos explican «los principios» de la tierra y del hombre. El interés por conocer estos principios es tan grande en el hombre, que ya en los pueblos primitivos aparece esta preocupación en los ritos de entronización de los soberanos y en los ritos mágicos que saludan la llegada del nuevo año, símbolo de la renovación periódica del cosmos.

Otros mitos relatan la destrucción de gran parte del mundo: el mito del diluvio es casi universal y sin duda alguna está en relación con los cataclismos históricos. Igualmente universales son los mitos escatológicos que encontramos en los relatos apocalípticos judío-cristianos, cuya originalidad consiste en colocar el fin del mundo, no en un tiempo circular (el eterno retorno), sino lineal e irreversible.

Los mitos épicos, por su parte, tienen otro significado: con frecuencia son un repudio de la historia, una *manifestación ahistórica*, puesto que manifiestan más el deseo de disimular la realidad con relatos fabulosos que la incapacidad de describirla fielmente. El filósofo Evémero, que vivió durante el siglo IV antes de J.C., ya afirmó que el mito era una relación de acontecimientos históricos deformados por el tiempo... y por la fantasía de los hombres.

Gilgamés en Mesopotamia, y Teseo o Jasón en Grecia, son personajes extraordinarios que realizan acciones que sobrepasan las posibilidades de la naturaleza humana. Sin embargo, sería interesante saber si las extraordinarias aventuras de estos héroes no tienen un fundamento histórico. Cuando Teseo, hijo de Egeo, mata al Minotauro —monstruo de leyenda—, ¿no es acaso símbolo del pueblo aqueo que se libera de la tutela cretense? Cuando Jasón y sus Argonautas triunfan de los obstáculos acumulados en la ruta del Toisón de Oro, ¿no están abriendo a los griegos, y especialmente a sus compatriotas tesalios, el camino de las costas orientales del Ponto Euxino, ricas en recursos minerales?

Tucídides (460-395 a. de J.C.), creador de la historia científica. (Louvre, foto MTA.)



Sea con los Argonautas o con los Atridas, con Heracles o con Ulises, los ciclos heroicos de Grecia están en relación con la época micénica; y la arqueología, gracias a los descubrimientos de Schliemann, acaba por confirmar que estos ciclos son el verdadero reflejo de los acontecimientos históricos. Así, el mito del retorno de los heráclidas — el regreso de los hijos de Heracles a Argólida desde Tesalia, donde se habían refugiado después de la muerte de su padre —, simboliza la llegada de los dorios y su invasión del Peloponeso. Los mitos son, pues, documentos históricos particulares y valiosas fuentes de información de la Grecia arcaica.

En efecto, el aspecto mítico de la historia no ha desaparecido nunca por completo. Ha sucedido muchas veces, en la época romana y en la historia moderna, que el mito se ha forjado al mismo tiempo que se escribía la crónica.

Así, los romanos nos han dejado leyendas de carácter histórico muy posteriores a los acontecimientos. Estos mitos han cobrado vida y han sido ampliados por la «propaganda imperial» del emperador Augusto; Tito Livio nos ha revelado en su *Historia de Roma* una gloriosa epopeya nacional; Virgilio puso su talento al servicio de la gloria dinástica en la *Eneida*. Era necesario ocultar el oscuro nacimiento de Roma, indigno origen del destino de esta villa convertida en dueña del mundo. Y he aquí que se acredita la existencia de Rómulo y Remo como descendientes de Eneas y de la misma Venus, se disimula la dominación sabina y se encubre la hegemonía etrusca sobre el Lacio en el siglo VI. Ha nacido, pues, una epopeya basada en el simbolismo del número 7: las siete colinas de Roma, los siete reyes legendarios...

Como hecho más actual tenemos la *leyenda napoleónica*, que nos sumerge nuevamente en la tradición épica del héroe antiguo. Napoleón aparece en la leyenda incluso antes de que se escriba su historia. ¿Dónde está el mito, dónde la realidad? Sus viejos soldados lo han glorificado, le han otorgado una grandeza no común a los mortales; un pueblo entero crea en plena Europa del siglo XIX un «mito humano lleno de exageraciones». Las condiciones para una leyenda están ya reunidas: hay un héroe de epopeya, un dueño de Europa vencido por el «destino» y desmesuradamente engrandecido por su cautiverio en Santa Elena. Se silencia su despotismo, se olvidan los miles de muertos en los campos de batalla, tanto de los vencedores como de los vencidos. Y el nombre de Napoleón se rodea de gran número de significaciones equívocas: heredero de la Revolución y hombre de orden, símbolo del sentimiento nacional y unificador de Europa, pacifista desconocido y estratega genial.

Surge una leyenda espontánea, popular, hecha realidad gracias a los viejos soldados, difundida por las canciones de

Para el historiador el objeto es, a menudo, más elocuente que el mito o la tradición, pero a veces se encuentran todos juntos; tal es el caso de los tesoros descubiertos por Woolley en las sepulturas reales de Ur de Caldea, capital del imperio sumerio en el siglo XXIII a. de J.C.; así, este pedestal de piedra no sólo evoca leyendas fabulosas, sino también el poderío de los monarcas de Mesopotamia. (Foto British Museum.)

Béranger o de Débraux, representada por los grabados de Charlet o de Raffet y la estampería de Epinal, mantenida por la literatura romántica y coronada por el retorno de sus cenizas a Francia. Pero pronto la instauración del Segundo Imperio transforma el mito en propaganda oficial, sin que por ello desaparezca la leyenda.

Los mitos en la Historia

¿Dónde acaba el mito y dónde empieza la Historia? La conciencia del pasado no supone forzosamente una necesidad de cronología ni una precisión de fechas y acontecimientos. Muchas civilizaciones han ignorado el tiempo y la historia tal como los concebimos nosotros. Así, al lado de una abundante literatura científica, literaria o religiosa, la India preislámica no nos ha dejado de su pasado más que relatos idealizados, donde la imaginación se ha desenvuelto libremente y donde la verdad está rodeada por la duda y la exageración. ¿Qué importancia tiene una fecha exacta en medio de los grandes ritmos cíclicos, cuando la unidad de tiempo es el *Kalpa* o día de Brahma, que consta de más de cuatro mil millones de años? En aquel país de tradiciones milenarias la primera sociedad histórica fue fundada en el siglo XIX por un inglés llamado Sir William Jones.

Por el contrario, los chinos muestran un sentido más exacto de las fechas y poseemos de ellos una voluminosa historia escrita sobre sus primeras dinastías. Según los antiguos historiadores chinos, la historia de su país empezaba por la Edad de Oro en la que reinaba una civilización ideal gobernada por los Sabios. Estos historiadores son, ante todo, moralistas y escriben una historia ejemplar de la grandeza y de la decadencia de las dinastías para formar las generaciones del futuro e ilustrar los ideales del confucianismo. Los tres soberanos, Yao, Chuen y Yu, héroes del *Chu King*, son probablemente los antepasados míticos de los clanes prehistóricos. La dinastía de los Hia parece asimismo legendaria. Por el contrario, los descubrimientos arqueológicos de Ngan-Yang (norte de Honan) han confirmado la existencia de la dinastía de los Chang entre los siglos XV y XI a. de J.C.

Si la historia de China es todavía mítica, la del oriente mediterráneo contiene ya, en período de gestación, las formas que regirán en la Europa occidental moderna. Aquí todos los soberanos han multiplicado los testimonios escritos de sus hazañas. Ramsés II narra amenamente sus propias hazañas guerreras en Qadesh; Asurbanipal relata el saqueo de las ciudades conquistadas por él; Darío I hace grabar sobre la roca de Behistún un himno que exalta sus victorias. Sin embargo, no se ha hecho todavía historia; sólo se trata de documentos. La Biblia es el primer libro que revela a la


BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

El mito se sitúa en la frontera del símbolo y de la realidad como primera forma de la historia antes de su codificación, y es misión del historiador descifrar su significado. Uno de los mejores ejemplos de esta ambigüedad es el héroe asirio Gilgamés: ¿leyenda sin fundamento o tal vez epopeya basada en una aventura verdadera? (Foto Atesa.)









vez la preocupación de narrar la historia de un pueblo y de basar sus afirmaciones religiosas sobre una cadena de hechos presentados como reales y no sobre leyenda. En cuanto a los griegos del siglo VI, a imitación de los letrados del confucianismo, utilizaron los mitos de los tiempos heroicos para formar «genealogías» sistemáticas; uno de ellos, Hecateo de Mileto, pese a ser algo «mitógrafo», será quien por primera vez emplee la palabra «historia» en el sentido de información. Pero habrá que esperar a Herodoto de Halicarnaso para abandonar completamente el campo de la mitología.

El nacimiento de la Historia

La principal originalidad de Herodoto con relación a sus predecesores, es la de averiguar los hechos del pasado más reciente. Abandona así un aspecto necesariamente incierto, donde él también tiene sus dudas —puesto que sitúa a Cheops después de Ramsés III— y concentra su búsqueda en acontecimientos contemporáneos. Para ello utiliza las abundantes notas tomadas en sus viajes por el mundo de los «bárbaros» tal como lo haría un moderno periodista, para descubrir las causas de las guerras Médicas y trazar un cuadro sinóptico del mundo en un momento tan importante para la historia como es la victoria ateniense sobre el más extenso imperio conocido hasta entonces.

«He aquí el cuadro de las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso, escrito con el fin de que nuestro tiempo no olvide las grandes y maravillosas proezas de los griegos y de los bárbaros, en especial para que no se ignoren las causas que les llevaron a luchar los unos contra los otros». Con estas palabras se inicia el relato de aquel a quien Cicerón llamó *padre de la historia*. Esta primera «historia universal» es una magnífica fuente de testimonios aportados por un historiador falsamente ingenuo: «tengo la obligación de deciros lo que me dicen, pero no estoy obligado a creerlo». Esta obra es también la primera en que se trata de captar la grandeza política del destino del hombre.

Helánico de Mitilene, contemporáneo de Herodoto, merece, asimismo, ser citado en este capítulo. Ha sido él quien nos ha proporcionado las tablas de una cronología sistemá-

Visnú, uno de los tres grandes dioses del hinduismo, reviste diversas formas humanas o animales para salvar el mundo cada vez que éste se halla en peligro. A cada periodo cósmico, corresponde una encarnación especial: pez, va a buscar los libros sagrados caídos al fondo del mar; tortuga, sostiene en sus espaldas la montaña cósmica para permitir a los dioses y a los demonios batir las aguas del océano y obtener la ambrosia; jabalí, hace salir del fondo del océano la tierra sumergida; brahmán enano, en tres pasos conquista todo el universo; asceta armado de un hacha, destruye la casta de los guerreros; héroe provisto de un arco, después de una lucha épica (argumento del Ramayana), derrota al rey de los demonios; con una reja de arado da muerte a un demonio; niño, después, dios pastor, por sus juegos amorosos con las pastoras, es el símbolo de la unión mística; por último, hombre con cabeza de caballo, aparecerá al final de la era actual: aquí el mito se convierte en cosmogonía. (Estatua khmer de principios del siglo X; estatuillas hindúes de madera pintada, del siglo XIX; Museo Guimet, foto Atesa.)



tica de la historia griega, basándose en la sucesión de las sacerdotisas del santuario de Hera en Argos. Marca así la primera etapa en la búsqueda erudita, acumulando los materiales que utilizarán los historiadores; el mismo Tucídides empleará las tablas de Helánico.

Tan sólo una generación separa al ateniense Tucídides de Herodoto y, sin embargo, del uno al otro se pasa una etapa importante de la historia. Tucídides, influido por las enseñanzas filosóficas del siglo de Pericles — el de los sofistas y de su contemporáneo Sócrates —, nos ha dejado un relato copioso, aunque sin mencionar la guerra del Peloponeso, en la que fue, por un tiempo, uno de sus actores. Una verdadera imparcialidad, la preocupación por la exactitud, la búsqueda atenta de las causas, una nueva visión racionalista sin intervención divina, y también el dominio del estilo, hacen de su libro «la obra maestra de la historiografía antigua». Esta precisión científica impulsa a Tucídides a suprimir de su relato esos detalles pintorescos que son el encanto de Herodoto y que volveremos a encontrar en la *Anábasis* de Jenofonte. El esfuerzo por simplificar los relatos le permite desmontar el mecanismo de la suceción de los hechos de los que fue a menudo testigo directo. Aunque no establezca leyes y fórmulas de precisión, su obra adquiere desde entonces un valor de ejemplo y tiende a ser universal. No quiere resolver los datos por sí mismo: «pero si queremos ver claras las cosas en los hechos acaecidos y en aquellos que presentarán semejanzas o analogías a causa del carácter humano que les es propio, entonces, que se juzgue útil la obra, y esto será suficiente».

Después de un impulso tan brillante, la historia conoce muchas vicisitudes. Aletargada por la retórica desde el siglo IV a. de J.C., se diferencia poco de la literatura, y la preocupación moralizadora sustituye a la búsqueda de la verdad histórica. Luciano de Samosata, en su obra *Sobre la forma de escribir la historia,* nos muestra un ejemplo interesante, ya que cuida esencialmente la forma literaria del relato.

Historia retórica e historia moral

Es cierto que la antigüedad tuvo, desde Helánico, eruditos que acumularon materiales que harían felices a los historiadores modernos de no haber desaparecido en su mayor parte, como ocurrió con casi todos los *Anales* donde estaban escritos minuciosamente los hechos históricos de la Ciudad. A menudo sólo nos queda una relación indirecta de estos trabajos a través, por ejemplo, de Tito Livio, que ha desfigurado a los analistas latinos, o del griego Polibio.

Anotamos sólo los nombres de Polibio y de Tácito en los siglos que transcurren desde la epopeya de Alejandro hasta la desaparición del imperio romano. Equivocadamente

Narâm-Sin, que reinó en Caldea hacia el año 3750 a. de J.C., es uno de los primeros personajes históricos que merece el calificativo de gran hombre. La estela que reproducimos, descubierta en Susa, lo representa idealmente venciendo a sus enemigos. (Louvre, foto Atesa.)

BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

se compara a Polibio de Megápolis con Tucídides. En tanto que éste sugería únicamente, aquél pretende sacar una enseñanza de la historia: «la semejanza de las circunstancias en que vivimos con otros hechos análogos, nos ofrece la oportunidad y el medio de prevenir el futuro».

Pero Polibio, que nos ha dejado un magnífico cuadro de las conquistas romanas de los siglos III y II a. de J.C., es para nosotros un historiador que se basa en una documentación cuidadosamente comprobada, y que rechaza el *deus ex machina,* relegándolo desdeñosamente al teatro.

Por su parte, los romanos sólo se han interesado en la historia de su patria, y en especial en la de sus grandes hombres. Su fin es, a veces, moralizar, como en Cornelio Nepote o Valerio Máximo; pero con mayor frecuencia persiguen una finalidad política. César es «historiador de César»; Salustio, admirador de Tucídides, está demasiado comprometido en la política romana para permanecer imparcial. Hemos visto que en la época de Augusto la historia se identifica con la propaganda imperial; ocurre lo mismo con los Césares; pero el siglo de los Antoninos conoce dos historiadores notables: Suetonio, secretario de Adriano, y sobre todo, Tácito, el aristócrata, el insigne escritor, el mayor «pintor» de la antigüedad, como lo llamaba Racine. Tácito nos hace penetrar en el «secreto» de las almas, y con ello contribuye a dar a la historia una nueva dimensión, la psicológica.

Triunfo del hecho histórico: el cristianismo

El cristianismo iba a transformar la concepción romana de la historia aportándole una nueva riqueza proporcionada a la humanidad. Como dice Marc Bloch, «el cristianismo es una religión de historiadores». Otras religiones fundan sus creencias y sus ritos sobre una mitología más o menos exterior al tiempo humano; como libros sagrados, los cristianos tienen libros de historia, y su liturgia conmemora juntamente con los episodios de la vida terrena de un Dios, los fastos de la iglesia y de los santos. El cristianismo es también histórico por otro concepto: porque precisamente en el tiempo — y por tanto en la historia —, es donde se realiza el gran drama del pecado y de la redención que son el eje central de toda meditación cristiana.

La fe cristiana reposa, en parte, sobre la historia de la persona de Cristo y de su pasión; la apologética cristiana, al igual que sus mismos adversarios, ha intensificado, por este motivo, la búsqueda histórica alrededor del Nuevo Testamento y a propósito del Antiguo. La obra de San Agustín ha coronado los esfuerzos de los Padres de la iglesia, griegos y latinos, y la Edad Media se ha doblegado ante este espíritu, empezando por el español Pablo Orosio, quien, seguido de muchos otros, ha buscado en la historia universal la justificación de la ideología cristiana. Con él la historia adopta el carácter apologético del que Bossuet será, todavía en el siglo XVII, su representante más destacado.



Entre los romanos la historia adopta carácter moralizador y apologético y el mito reaparece, pero no se trata ya de tradición popular basada en un hecho real: los poetas oficiales reconstruyen cuidadosamente la leyenda para exaltar el poder milagroso del imperio. Nada más significativo, a este respecto, que el símbolo de la loba —que una moneda primitiva representa aquí de modo sugestivo— que recogió y amamantó a Rómulo y Remo, descendientes de Eneas, hijo de Venus, después de ser abandonados en el Tíber por su madre Rea Silvia. (Foto Atesa.)

Otro aspecto de la historia occidental medieval es el paso de la tradición grecolatina de la biografía de hombres ilustres a la historia de los santos, que conoció un auge extraordinario. Subsiste una forma más humilde, heredera de los analistas romanos: las crónicas, que se limitan a registrar los hechos corrientes y locales. Las Cruzadas, desplazamiento de pueblos hacia los Santos Lugares, establecen contactos con otras civilizaciones y permiten la reaparición de las crónicas con Villehardouin, Roberto de Claris o Jonville.

El movimiento humanista

El Renacimiento renueva la actividad histórica. Tomando como modelo a los historiadores de la antigüedad, los humanistas han cultivado la preocupación literaria y el propósito práctico de encontrar en la historia lecciones morales y, sobre todo, políticas. Al escribir la historia de los estados italianos, persiguen un fin patriótico y secular y se oponen a los puntos de vista teológicos de los apologetas cristianos. Así, Leonardo Bruni, autor de una *Historia del pueblo florentino,* extraordinaria por el estudio crítico de las fuentes de la historia, puede ser considerado como el primer historiador humanista importante. Pero el movimiento humanista se proyecta sobre la historia occidental de dos maneras distintas.

Por una parte, la técnica crítica lleva, en 1440, al humanista Lorenzo Valla a demostrar la falsedad de la supuesta Donación de Constantino; más tarde, la Reforma y las discusiones apasionadas a las que dio ocasión, producen una revalorización de la crítica de las fuentes. En este campo el momento más importante se sitúa un siglo más tarde. Marc Bloch se da cuenta de ello al confrontar las fechas del nacimiento de Papebroeck, Mabillon, Richard Simon y Spinoza: «En el estricto sentido de la palabra, es una generación... es exactamente la generación que nació por los años en que apareció el *Discurso del Método.* Como la ciencia cartesiana, la crítica del testimonio histórico hace tabla rasa de la creencia. La duda, racionalmente encauzada, puede convertirse en un instrumento de conocimiento. La aparición de esta idea ocurre en un momento preciso de la historia del pensamiento». Coincide con la aplicación a la historia de las reglas esenciales del método crítico.

Por otra parte, los humanistas italianos señalan a Europa el camino de una historia política, patriótica, cuando no fanática, extendida pronto por la propaganda entre los historiadores oficiales de los monarcas de los siglos XVII y XVIII. De esta forma, por paradoja, el humanismo abre un camino a la historia puramente literaria que da la espalda a los informes proporcionados por los eruditos. Divorcio trágico entre estos dos aspectos de la historia que durante más de un siglo se ignoran mutuamente.

Hay que esperar el siglo XVIII para que aparezca, con Montesquieu y Voltaire, una nueva concepción de la historia, que adquirirá todo su esplendor en el siglo XIX.

Las concepciones modernas de la historia

Más precursores que maestros, Montesquieu y Voltaire renuevan el campo de la historia, el primero dando a sus obras una dimensión filosófica, el segundo aconsejando estudiar la «historia de los hombres» y no «la de los reyes y de las Cortes»; asegura éste que «quienquiera que desee leer la historia como ciudadano y como filósofo ha de buscar cuál ha sido el vicio radical y la virtud dominante de una nación. Los cambios en las costumbres y en las leyes deben ser su principal objetivo». Años después, Condorcet propone la observación de las distintas *sociedades* en el espacio y en el tiempo: anuncia ya una «historia total».

En el siglo XIX, el «siglo de la historia», los estudios históricos tienen un desarrollo sin precedentes. Relacionada ante todo con el rico contenido político que la exalta, la historia está marcada durante la primera parte del siglo por el espíritu romántico. En Alemania, una afición extraordinaria llama a los jóvenes investigadores a las universidades y L. von Rancke da ejemplo de dominar totalmente el relato histórico. En Francia, Chateaubriand, logra interesar evocando el pasado en *El genio del cristianismo* o en *Los Mártires,* despierta así la vocación de Agustín Thierry, jefe de la escuela narrativa. Si la búsqueda de las leyes que determinan la marcha de la historia parece esencial para Guizot, la «resurrección íntegra del pasado» lo es para Michelet, quien sueña en una historia comprometida «en un poderoso movimiento que volvería a ser la vida misma». Mas la pasión y la imaginación perjudican el carácter científico de su obra.

A finales del siglo XIX la historia está dominada por las consecuencias del positivismo, el cual, sin embargo, no influye de igual modo en un Fustel de Coulanges, un Taine o un Renan, pero obliga a la historia a ser una ciencia. La escuela positivista tiene el mérito de haber establecido reglas, métodos ya comunes a todos los historiadores y un programa sencillo: «el fin de la historia no es agradar, ni dar consejos prácticos ni mover a la acción; es, simplemente, saber» (Langlois y Seignobos, 1898).

Pero en el siglo XX este programa provoca largas discusiones entre los historiadores —sobre todo franceses— respecto al puesto que se ha de dar a los aspectos no políticos de la historia. Contra los defensores de la «historia narrativa» se enfrentan los de la «historia estructural», que preconizan una mayor apertura de la ciencia histórica hacia disciplinas afines, para enriquecer nuestro conocimiento del hombre. «Y como el hombre es un todo viviente, la historia no excluye de su investigación ninguna función, ninguna manifestación de este todo viviente. Estudia su transformación sucesiva y simultánea en el tiempo y en el espacio, trátese de política o de religión, de actividad militar o económica, de la más humilde técnica o del arte más puro, del folklore más modesto o de la más orgullosa filosofía» (Lucien Febvre).

Ampliando sin cesar el conocimiento de sus investigaciones, el moderno historiador se esfuerza en conocer, en toda su complejidad viviente, el pasado del hombre y de las sociedades humanas. Sea cual fuere el objeto de su estudio, deberá ordenar su trabajo en dos etapas determinadas por la «estructura bipolar» de la historia: en primer lugar examinará el pasado con métodos críticos y con medios técnicos renovados y perfeccionados; luego podrá emprender la síntesis perseguida, sea para establecer un motor esencial de la historia, como veremos en la segunda parte de esta obra, sea para abarcar algún aspecto de la civilización.

J. BRONOWSKI

tiempos cósmicos y tiempos humanos

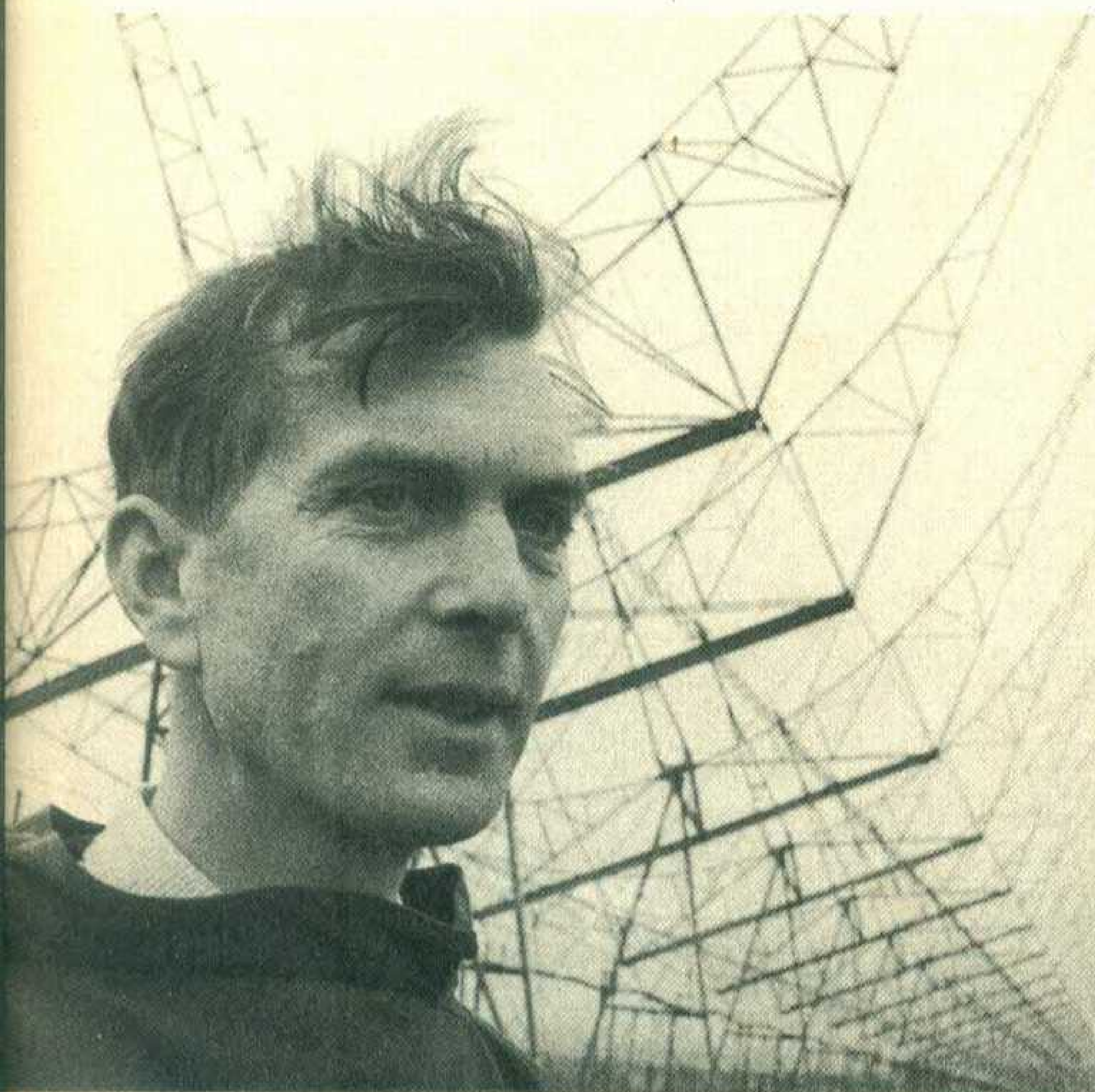
En esta búsqueda del pasado destinada a esclarecer el presente, surgen a priori *dos problemas: primero, ¿cómo ha comenzado todo esto que nos rodea?, y segundo, ¿de qué desconocida incógnita ha surgido esta misteriosa realidad de la que hemos salido? Y aún hay un tercero: ¿qué medida podemos emplear para medir el transcurso de un pasado muy anterior a la aparición del hombre, y qué valor vamos a conceder al parámetro del tiempo? Es muy difícil definir con los mismos términos un mundo a nivel del hombre y un universo del que no se sabe si acaso tuvo principio ni cuándo comenzó; sin embargo, el mundo del hombre procede del universo total, y estamos obligados a pensarnos a nosotros mismos en el tiempo, aun sabiendo que el tiempo es una noción cuya definición varía en función del observador y de lo que se observa. Estas son las paradojas de un conocimiento que quiere ser totalizador, pero que siempre está condenado a contemplar sin certeza una de las variables de que depende: la velocidad o la posición, el espacio o el tiempo, el sujeto o el objeto. Pero, por ineptos que seamos para lograr un conocimiento total, no por eso tenemos fundamento para abandonar, incluso, la indagación de algunos aspectos determinados. En los cuatro capítulos que siguen se van a evocar — forzoso será hacerlo de manera sólo alusiva, pero tan explícita como sea posible — estos problemas esenciales. En primer lugar, la antigüedad de nuestro mundo y la significación que hay que dar a la misma noción de tiempo; después, el proceso que ha tenido la materia hasta llegar al estado que se llama la vida; y por último, cómo esta vida primitiva se ha hecho cada vez más compleja hasta que, a través de la evolución, se llega al momento de aparecer el sujeto por excelencia y tema de nuestro estudio: el hombre.*

La Tierra tiene de cuatro mil a cinco mil millones de años. Lo sabemos porque es posible medir la proporción de elementos radiactivos de la corteza terrestre, desintegrados desde la creación de nuestro planeta. El Sol tiene algo más de cinco mil millones de años; sabemos este dato porque se puede decir el porcentaje de hidrógeno transformado en helio durante la vida de esta estrella. Por este mismo procedimiento se ha podido demostrar que las estrellas más antiguas de nuestra galaxia, la Vía Láctea, son dos o tres veces más viejas que el sol.

Las valoraciones que preceden se basan en fenómenos físicos: la desintegración del uranio y la fusión del hidrógeno que podemos cronometrar en el laboratorio. La puesta en evidencia del transcurso del tiempo se hace más incierta a medida que nos desplazamos fuera de los límites de la Vía Láctea. Sin embargo, podemos afirmar que la totalidad de las galaxias, cuyo número es cuando menos de varios centenares de millones, y el universo físico en conjunto son tan viejos como nuestra galaxia, aunque no mucho más. Este postulado se deduce de una demostración tan inesperada que vale la pena estudiarla un poco.

La edad de las galaxias

En el año 1929, Edwin P. Hubble, del Observatorio de Monte Wilson en los EE.UU., llegó a demostrar la edad de las galaxias estudiando el espectro de la luz emitida por ellas que llega a nuestro planeta. El espectro luminoso de cada galaxia contiene unas rayas que indican la presencia de los mismos elementos químicos que conocemos en la tierra. Sin embargo, las rayas que caracterizan a cada uno de estos elementos en el espectro emitido por otra galaxia están desplazadas hacia el rojo. Este fenómeno se produce siempre, cualquiera que sea la dirección del espacio hacia la que nos volvemos y trátese de la galaxia que sea. Hubble demostró igualmente que cuanto más alejada de nosotros está la galaxia, más desplazadas hacia el rojo están las rayas. Este raro fenómeno sólo tiene una explicación: el desplazamiento de las rayas se debe a un fenómeno descrito por primera vez en 1842 por el físico austríaco Christian Doppler en el campo de las ondas sonoras y confirmado en 1848 por el físico francés Hipólito Fizeau en el campo de la óptica, y que por esta razón denominamos «efecto Doppler-Fizeau». Si la luz de una galaxia muy alejada es más roja (es decir, tiene una



A Martin Ryle, radiastrónomo de Cambridge que aparece en esta fotografía ante su radiotelescopio, se deben los experimentos más recientes acerca de las ondas procedentes de las galaxias. (Foto London Express.)

longitud de onda más elevada), es porque la distancia entre esta galaxia y nosotros ha aumentado durante el tiempo que su luz ha invertido en llegar a nosotros y la misma cantidad de ondas luminosas ha tenido que llenar un espacio más grande. Las galaxias se alejan de nosotros a gran velocidad y lo hacen más rápidamente cuanto más lejanas. Claro que las otras galaxias no se alejan solamente de la nuestra; no podemos suponer que sólo nosotros les seamos tan indeseables. Es preferible pensar que las galaxias se alejan unas de otras como las pasas de un pastel en el momento en que se está cociendo y aumenta de volumen. Todo el universo físico, el espacio entero está en expansión.

El principio del tiempo

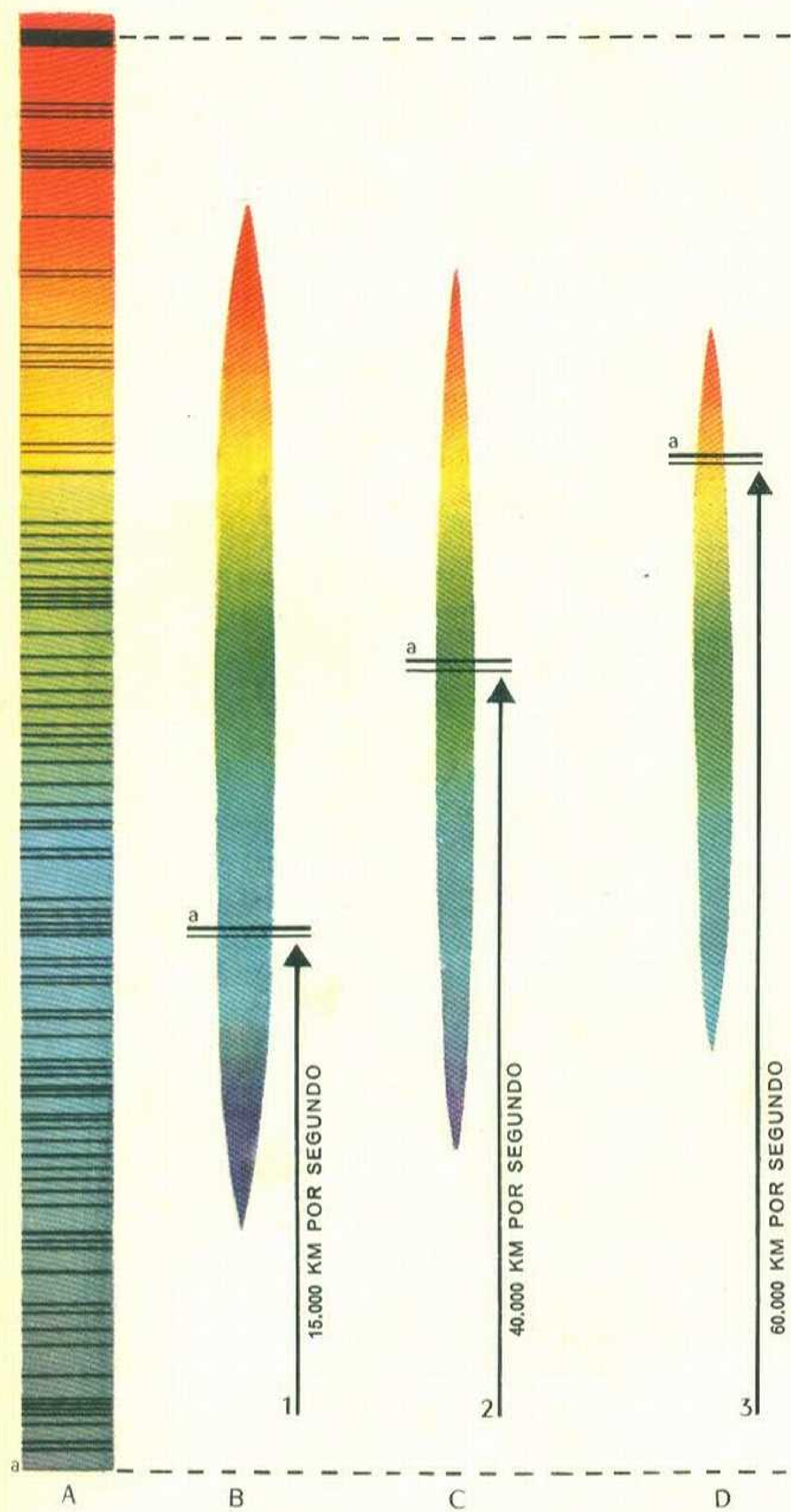
La expansión del universo plantea inmediatamente un problema: ¿cuándo empezó a expansionarse? ¿Ha habido un comienzo del tiempo antes del cual el universo era informe e inmutable y, por consecuencia, el tiempo inmóvil? Si es así, nos es posible calcular cuándo ha comenzado el tiempo. En efecto, si el universo comenzó su expansión partiendo de un punto único —esta es la hipótesis de la *expansión del universo,* matemáticamente desarrollada hacia 1920 por el belga G. Lemaître, aceptada por gran número de astrónomos y confirmada recientemente en base a datos nuevos por Georges Gamow y los astrónomos americanos—, han sido necesarios, al ritmo de expansión actual, entre 10.000 y 15.000 millones de años para alcanzar el tamaño que ahora tiene. En otras palabras, si el universo tiene una edad, ésta es de 10.000 a 15.000 millones de años.

Sin embargo, existe otra posibilidad: y es que la expansión actual sea sólo temporal. Quizá el universo se dilatará hasta cierto límite y luego volverá a contraerse. Este punto de vista se deduce, con toda naturalidad y lógica, de la teoría de la relatividad general. Según esta teoría, el espacio puede ser representado como una estructura finita: la cantidad total de materia es constante, pero su volumen no; por tanto, el espacio tiene que dilatarse o contraerse.

De la misma manera, el universo de la relatividad puede dilatarse, luego contraerse, dilatarse de nuevo y así sucesiva e indefinidamente. Cada ciclo completo duraría unos 30 millones de años, y, por supuesto, no habría principio.

Existe una tercera posibilidad: que el universo esté en estado de equilibrio. Esta hipótesis fue planteada en 1948 por H. Bondi, T. Gold y F. Hoyle. Es muy probable que el universo no haya tenido principio y que, sin embargo, nunca haya cesado de dilatarse. Si es así, las galaxias que existían hace muchísimos años, deben estar ahora tan alejadas unas de otras y estarán desplazándose tan deprisa, que no tenemos la posibilidad de verlas, pero puesto que vemos otras galaxias, hemos de deducir que se está creando constantemente materia, para rellenar el vacío causado por la expansión del espacio. Pero este punto de vista está en contradicción radical con el clásico principio físico *ex nihilo nihil fit* (nada ha sido creado de la nada). Por el contrario, según la nueva teoría de Hoyle, a medida que el espacio se dilata se crean espontáneamente unos átomos de hidrógeno al débil ritmo de unos pocos por kilómetro cuadrado y por año. Esta creación se da a escala demasiado pequeña para poder observarse directamente. Por tanto, la teoría del universo en equilibrio sólo puede ser confirmada por un método indirecto, que es ver si el número de galaxias que se comportan de una determinada manera (por ejemplo, las que emiten ondas de radio de fuerte intensidad), no cambia con el tiempo. Un radiastrónomo de Cambridge, Martin Ryle, ha hecho un experimento de este género, pero el resultado es de difícil interpretación.

Estas consideraciones plantean algunos problemas de lógica realmente fascinantes. ¿Qué es lo que se quiere decir con la pregunta de si el tiempo ha tenido un principio? ¿Acaso tiene el sentido de dar una edad al universo? Finalmente, ¿es razonable relacionar todo esto con la expansión del universo? El mismo hecho de plantear estas preguntas es contrario a nuestras ideas tradicionales sobre la ciencia, puesto que éstas se derivan de la idea de espacio y de tiempo que nos hemos formado por medio del reducido mundo que es objeto de nuestros sentidos.



Gracias al examen de los espectros luminosos de diversas estrellas, por ejemplo de la nebulosa del Cangrejo (en el grabado), se ha demostrado el hecho de que las galaxias se alejan unas de otras. Midiendo el desplazamiento hacia el rojo de las rayas formadas en su espectro por la emanación de ciertos cuerpos, se puede calcular la velocidad con que el astro se aleja y lo que dista de la tierra (efecto Doppler-Fizeau). Arriba se ha representado el espectro completo del sol (A) y fragmentos de los espectros de la Osa Mayor (B), el Boyero (C) y la Hidra (D). Las rayas indicadas por a representan el potasio y el hidrógeno, cuya variación se estudia. (Foto California Institute of Technology, © 1959.)

El tiempo en relación con el espacio

Ni el espacio ni el tiempo son realidades concretas como lo es esta página que está usted leyendo. El espacio y el tiempo no son cosas, sino relaciones entre cosas. Un ejemplo: la frase no está formada por la simple unión de palabras, sino por las relaciones de estas palabras entre sí, por su colocación en cierto orden y no en otro; y del mismo modo como las palabras de esta página están dispuestas en el espacio, están también dispuestas, para nosotros los lectores, en el tiempo. El tiempo es el arreglo que hacemos de nuestra propia experiencia según un determinado orden — por ejemplo, el orden en que usted lee las palabras de esta página, la armonización de este orden con las otras experiencias de que usted es objeto mientras lee, etc. —. Ya desde el siglo XVII estos conceptos son familiares a los filósofos. Leibniz, por ejemplo, los había expresado muy claramente. Pero fueron nociones filosóficas completamente abstractas hasta el momento en que Albert Einstein las formuló con precisión en 1905 en su teoría de la relatividad. Desde un punto de vista práctico, Einstein se preguntaba cómo usted y yo podemos comparar realmente el tiempo que transcurre para cada uno de nosotros. Si nos encontramos en el mismo sitio, podemos muy bien cotejar nuestros relojes poniéndolos uno al lado del otro. Pero cuando nos separamos sólo tenemos la posibilidad de transmitirnos la hora que señalan nuestros respectivos relojes. Y el medio de transmisión no es otro que una onda luminosa, o una onda de radio que emplea cierto tiempo para recorrer la distancia que nos separa. No tenemos ningún medio de saber si el tiempo empleado en el recorrido parecerá igual a cada uno de nosotros dos. Por consiguiente, cuando nos encontramos en dos lugares distintos, nos es imposible construir un tiempo universal en el que no se tuviera en cuenta el espacio que nos separa. «El presente cósmico» no existe; no hay más que el «aquí» y el «ahora» de cada observador. El tiempo es relativo y no absoluto, ya que está ligado al espacio y éste varía constantemente para cada uno de los sujetos.

La relatividad

Estas ideas que tanto han fomentado la investigación, fueron introducidas por Einstein en la física en su famosa obra sobre la relatividad. El medio siglo transcurrido desde entonces, ha demostrado su valor práctico. Por ejemplo, Einstein hacía resaltar que la relatividad del tiempo y del espacio implica igualmente la equivalencia entre materia y energía (una masa m y la energía equivalente e, están relacionadas según la fórmula $e=mc^2$, donde c es la velocidad de la luz). La física atómica ha demostrado que Einstein tenía razón. Pero algunas consecuencias prácticas de la teoría de Einstein referentes a la distorsión del tiempo, son todavía más raras y dificultosas.

Por ejemplo, de su primera teoría sobre la relatividad, se deduce que todos los fenómenos físicos en el mundo parece que se suceden en relación a mí tanto más lentamente cuanto más deprisa se desplazan. El tiempo está ligado a la percepción que de él se tiene, y viene medido por esta percepción. Cuanto más deprisa se desplaza uno, más se distancian unas de otras las percepciones propias. Por ejemplo, si usted viaja en avión, y yo permanezco en tierra, su reloj parecerá avanzar más lentamente que el mío — y realmente será así, aunque en medida infinitesimal, a causa de la insignificante velocidad alcanzada —. En efecto, se ha probado experimentalmente que cuanto más deprisa se desplazan los átomos radiactivos, más lenta es su desintegración. Además, si usted se mueve en dirección a mí, las diferencias entre su tiempo y el mío se suman, porque este recorrido deforma la relación de espacio que nos separa. Del mismo modo, si se desplaza en relación a mí, envejecerá usted menos en el transcurso de su viaje que yo aquí en la tierra. Esta comprobación es una de las extraordinarias consecuencias del nuevo modo que tenemos hoy de concebir el tiempo, gracias a las teorías astronómicas y a los experimentos atómicos.

Hacia un tiempo inmóvil

Vamos a acabar describiendo un viaje cósmico en el tiempo y en el espacio. Escojamos una estrella que, a escala cósmica, está bastante cerca de nosotros: la estrella de Barnard, a sólo seis años-luz del planeta Tierra. Emprendamos un periplo circular imaginario desde la Tierra a la estrella de Barnard; para recorrer este circuito, ida y vuelta, precisaríamos aproximadamente unos 20 años-luz.

Si usted, lector, efectúa este viaje en un cohete cuya velocidad sea tres veces menor que la de la luz, cuando esté de regreso habrán pasado para mí sesenta años, pero en su propio reloj sólo habrán transcurrido 56 y medio, y el envejecimiento de las moléculas de su cuerpo habrá sido el equivalente a este tiempo.

Si pudiera usted viajar todavía más deprisa, envejecería aún más despacio. Así, desplazándose a una velocidad igual a los dos tercios de la luz, en sesenta años haría dos veces el viaje de ida y vuelta a la estrella de Barnard; hablo de sesenta años de mi tiempo, puesto que del suyo sólo habrán transcurrido cuarenta y cinco; es decir, sería usted quince años más joven que yo en experiencia y en edad.

Finalmente, si usted pudiera desplazarse a la velocidad de la luz, haría tres veces el viaje de ida y vuelta entre la Tierra y la estrella de Barnard en sesenta de mis años. Pero a esta velocidad el tiempo no pasaría en absoluto para usted. Allá donde se encontrara, el universo quedaría en un estado estacionario, nada sucedería en torno a usted, no podría ni vivir ni envejecer un solo minuto: el tiempo sería inmóvil.

A. I. OPARINE

el origen de la vida

Entre los problemas que tienen que resolver las ciencias naturales contemporáneas, uno de los más importantes es el origen de la vida. «Sólo se puede conocer la naturaleza profunda de las cosas conociendo su origen y su desarrollo», escribía Aristóteles hace más de 2.000 años. Este adagio queda perfectamente aplicado al estudio de la vida, cuya naturaleza no podemos comprender si ignoramos cómo ha nacido. Sin embargo, y a pesar de su importancia, este problema no fue tenido en consideración por los naturalistas del siglo pasado ni tampoco por los de principios del nuestro.

HASTA fines del siglo XIX, la mayor parte de los biólogos estaban convencidos de que los seres vivos —primarios o evolucionados— podían nacer repentinamente de la materia inerte por generación espontánea. Sin embargo, intentaban resolver el problema del origen de la vida ora tratando de descubrir en la naturaleza organismos nacidos por generación espontánea, ora intentando reproducir este fenómeno en el laboratorio. Pero sus tentativas no dieron resultado; observaciones y experimentos muy minuciosos, en especial los de Louis Pasteur, demostraron categóricamente que la generación espontánea era una ilusión. Se concluyó que todas las afirmaciones relativas a esta teoría se basaban en errores de método y en experimentos incorrectos o mal desarrollados. Los biólogos llegaron a la conclusión de que el problema del origen de la vida era insoluble y que perdían el tiempo intentando dilucidarlo con nuevos experimentos.

Hoy día se consideran las cosas de forma muy distinta. Nos damos cuenta de que la aparición de la vida en la tierra no es más que una de las etapas de la evolución general de nuestro planeta. Se trata de un proceso de larga duración, irreversible, que implica una complicación gradual de las sustancias orgánicas que aparecieron primero y de los sistemas complejos que han salido de ellas. Disponemos ahora de una serie de resultados concretos que nos permiten imaginar cómo nacieron los primeros seres vivientes.

Podemos hablar de tres etapas principales en la transformación de la materia inerte en materia viva. En la primera de ellas, sin relación aún con la aparición de la vida, se da la formación de las sustancias orgánicas más simples: los hidrocarburos y sus derivados oxigenados, nitrogenados, sulfurosos y fosforosos. Durante la segunda etapa se produce la transformación de estas sustancias fundamentales en combinaciones más complejas, características del mundo viviente, como son las albúminas, los ácidos nucleicos, las porfirinas, los lípidos, etc. En la tercera etapa las sustancias de la fase anterior originan los complejos plurimoleculares, llamados sistemas abiertos, que a su vez se convierten en seres vivos primitivos.

La primera etapa no puede disociarse del proceso de la formación de los planetas, ya que las sustancias orgánicas simples debieron aparecer muy precozmente durante los primeros períodos de la existencia de la tierra. En efecto, de los estudios astronómicos relativos a la superficie de las estrellas, a los gases y a los polvos interestelares, a la atmósfera de los planetas, a los meteoritos y a los cometas, se deduce que los hidrocarburos se formán necesariamente antes que nada; lo que se ignora es de qué manera se realizó esta formación.

En la hora presente los astrónomos admiten generalmente que la Tierra, lo mismo que los otros planetas del sistema solar, se formó a partir de una gigantesca nube de gas y polvo, que en otro tiempo rodeaba al sol. Estudiando la composición química de esta materia nebulosa se ha descubierto la presencia de metano y, quizá, de otros hidrocarburos más complejos. Sin embargo, un profundo análisis físico-químico de los fenómenos producidos durante la formación de los planetas ha demostrado que, en la zona relativamente próxima al sol donde se ha formado la tierra, el metano no podía mantenerse estable. Entre los componentes

de la tierra en vías de formación, las principales formas estables del carbono eran el grafito y los carburos. Los hidrocarburos se formaron a partir de estos últimos, por vía puramente química; este fenómeno se produjo durante la formación de la corteza terrestre, cuando los carburos se combinaron con las sustancias hidratadas procedentes de las capas profundas de la tierra.

Aun habiendo empezado en un período antiquísimo de la existencia de nuestro planeta, la formación de la corteza terrestre no puede considerarse todavía terminada. Igualmente podemos esperar descubrir en las capas profundas de esta corteza los procesos iniciales de la formación de los hidrocarburos, y numerosos descubrimientos nos dicen que, todavía hoy, se están formando hidrocarburos espontáneamente, si bien en cantidades pequeñísimas. En concreto se han encontrado algunos, especialmente en las rocas profundas, que se habían formado independientemente de todo ser viviente o de los productos de su descomposición. Al estudiar los isótopos de las capas profundas de la tierra se ha podido fijar su edad aproximada y se ha llegado a saber que los primeros organismos vivientes aparecieron hace más de 2.000 millones de años. Por tanto, la mayor parte de la existencia de nuestro planeta ha estado desprovista de vida. Durante este largo período sin vida, los hidrocarburos que se habían formado inicialmente en la superficie experimentaron complejas modificaciones químicas. No podían dispersarse en los espacios interplanetarios sino que se mantenían en la superficie del globo por efecto de la atracción terrestre, y se acumulaban en la atmósfera en grandes cantidades.

La atmósfera terrestre, en la época en que la vida no existía aún, se diferenciaba esencialmente de la atmósfera actual por su carácter reductor; esto se desprende no sólo de consideraciones teóricas, sino de numerosas observaciones geológicas. En efecto, está fuera de toda duda que la mayor parte del oxígeno libre que se encuentra actualmente en la atmósfera tiene su origen en la actividad vital de las plantas verdes y que aún continúa formándose así. Si de repente cesase la vida en la superficie de la tierra, el oxígeno libre desaparecería rápidamente de la atmósfera y sería absorbido por las rocas.

Después de haberse desprendido en la atmósfera primitiva, los hidrocarburos se combinaron con los vapores de agua y de amoníaco, con el hidrógeno sulfurado y con otros gases de la atmósfera. Estas combinaciones fueron muy favorecidas por las radiaciones ultravioletas y por débiles descargas eléctricas. En la literatura científica moderna se hace relación a numerosas experiencias que reproducen en el laboratorio las condiciones que se supone había en la atmós-

Eón criptozoico o precambriano	Arcaico			
	Algonquino			
Eón fanerozoico	Era primaria			Cambriano
				Ordovicense
				Siluriano
				Devoniano
				Carbonífero
				Permiano
	Era secundaria			Triásico
				Jurásico
				Cretáceo
	Era terciaria	Paleógeno o Numulítico		Eoceno Oligoceno
		Neógeno		Mioceno Plioceno
	Era cuaternaria	Pleistoceno o Paleolítico	Villafranquense	Villafranquense
			Glaciación de Günz	Abbevillense
			Período interglacial	
			Glaciación de Mindel	
			Período interglacial	Clactoniense
			Glaciaciones de Riss	Achelense
			Período interglacial	
			Glaciaciones de Würm	Musteriense
				Perigordiense Auriñaciense Solutrense Magdaleniense
		Mesolítico Neolítico Edad de los Metales	Período posglacial	

Este cuadro indica las principales etapas de la prehistoria. Las cifras expresan miles de años: así 5.000.000 significa cinco mil millones de años. La escala está deformada, puesto que el eón criptozoico (período que no ha dejado ninguna huella geológica) debería ocupar las cuatro quintas partes del cuadro. Las fechas correspondientes a las eras primaria, secundaria y terciaria son las que fueron establecidas por los geólogos Holmes y Mayne-Lambert. (Fondo de Abbot-Rapho.)

5 000 000 ___ Aparición de la Tierra

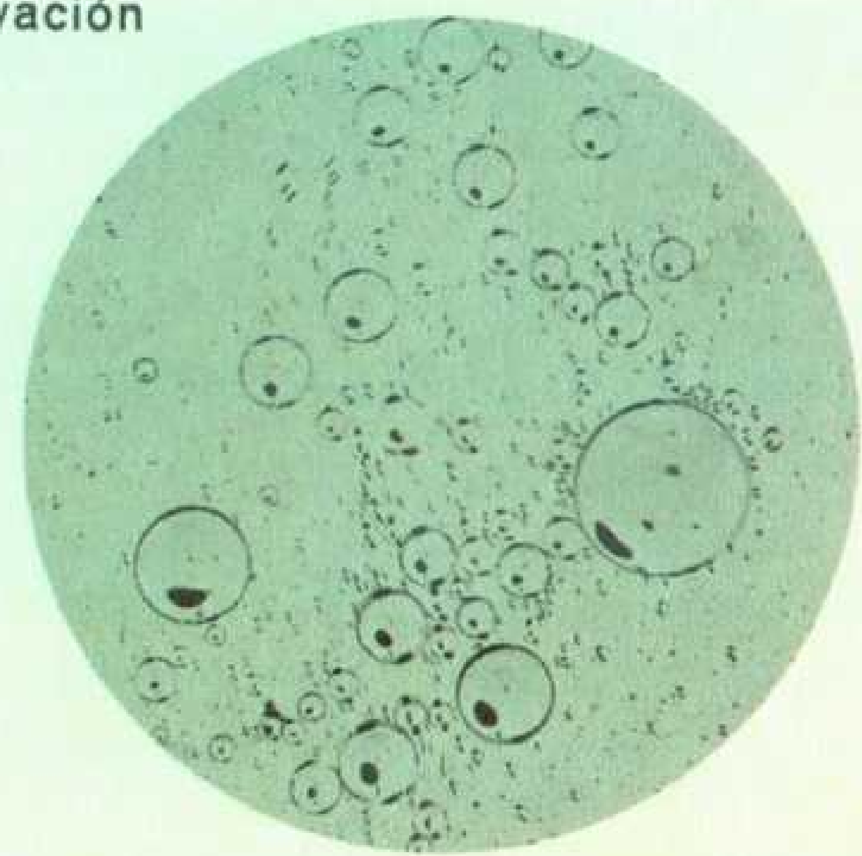
___ Formación de la corteza terrestre



4 000 000

___ Coacervación

3 000 000

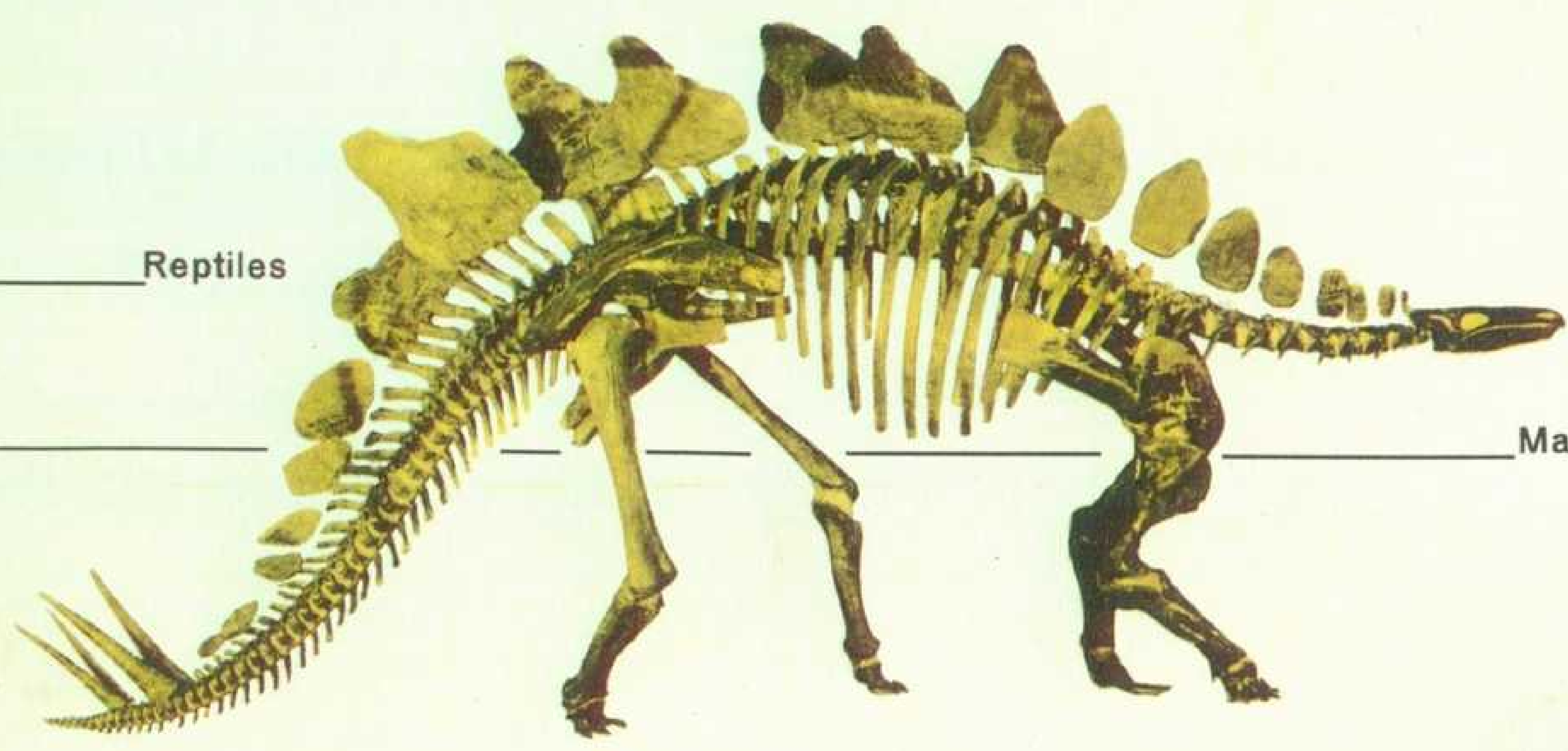


2 000 000 ___ Algas y bacterias



520 000 ___ Artrópodos e insectos

440 000



360 000

320 000 ___ Reptiles

265 000

210 000 ___ Mamíferos y aves



185 000

155 000

130 000

60 000

28 000

1 000



650 ___ Pithecanthropus

550

500

450

400

300

250

175

125



___ Hombre de Neanderthal

50



20 ___ Hombre de Cro-Magnon

10

5

fera primitiva. Estas experiencias nos muestran que un gas, incluso relativamente inerte como es el metano, puede servir de sustancia inicial para la formación de los más variados compuestos orgánicos.

A medida que se complicaban las sustancias orgánicas, perdían su carácter gaseoso y, en cantidades siempre crecientes, pasaban de la atmósfera a la hidrosfera, en la que se acumuló la mayor parte de los compuestos orgánicos y en la que nacieron las sustancias de gran peso molecular y se transformaron en sistemas plurimoleculares de los que debía surgir la vida.

El «caldo nutritivo»

Numerosos trabajos recientes muestran cómo se han realizado la polimerización y la condensación graduales de las sustancias orgánicas; sin duda que las sustancias albuminoideas, las polinucleares, las porfirinas y otros compuestos orgánicos complejos se formaron por vía puramente abiogenésica y organoquímica en las aguas del primer océano.

En consecuencia, dichas aguas se transformaron en una especie de «caldo nutritivo» de concentración bastante elevada. Efectivamente, si admitimos que la mitad tan sólo del carbono que existe hoy en la superficie terráquea se encontraba entonces en forma de sustancias orgánicas disueltas, su concentración en el agua habría alcanzado el 1 %.

El agua de los mares actuales contiene también sustancias orgánicas, pero en cantidades muy insignificantes, que provienen de la actividad de los seres que los pueblan, de la descomposición de sus cadáveres o de sus deyecciones. De todas formas, no es cuestión de observar o de estudiar en los mares actuales el proceso de la gradual complicación de las sustancias orgánicas, tal como se desarrolló desde el nacimiento de la vida, puesto que, por una parte, estas aguas son ahora demasiado ricas en oxígeno libre y, por otra parte, tienen demasiada densidad de seres vivos. Sea cual fuere la manera en que se forman las sustancias orgánicas en los mares actuales, son rápidamente destruidas y devoradas por los seres vivos. En consecuencia, una evolución muy duradera de las sustancias orgánicas no ha podido realizarse, en las condiciones naturales, más que en ausencia de organismos sobre la tierra. Por tanto, no podemos observar directamente esta evolución y para construir hipótesis sobre las diversas etapas que han precedido a la aparición de la vida, nos vemos obligados a proceder por analogía, basándonos en los fenómenos que podemos reproducir en los laboratorios.

La vida no se halla simplemente dispersa en el espacio; lo que la caracteriza es el hecho de estar limitada con relación al mundo exterior y confinada en sistemas individuales muy complejos: los organismos. Estos, están en unión inmediata con el mundo externo y poseen una estructura interna extraordinariamente adaptada a su prolongada existencia, a su constante renovación y a su reproducción.

La coacervación

Una organización de este tipo puede haber sido el resultado de la evolución del «caldo nutritivo inicial», es decir, de la solución homogénea de sustancias orgánicas y de los sistemas plurimoleculares completos que se derivan de ellas. Aunque estos sistemas eran aún muy primitivos, sin embargo hubieran sido capaces, en razón de su mismo aislamiento, de una acción mutua con el mundo exterior. En efecto, si mezclamos soluciones de proteínas y de otras sustancias parecidas, puede perturbarse fácilmente su homogeneidad. En este caso las moléculas se acumulan en enjambres o aglomeraciones moleculares y, al alcanzar determinada dimensión, estos enjambres se separan de la solución en forma de gotas de coacervato visibles al microscopio y netamente delimitadas — en relación al líquido ambiente — por una superficie divisoria perfectamente caracterizada. La organización exacta de esta superficie y la presencia de determinadas estructuras internas permiten a las gotas de coacervato absorber, a elección, diversas sustancias de la solución que las rodean. Estas sustancias pueden así combinarse químicamente, con mayor o menor rapidez, con las que forman las gotas de coacervato, que de este modo adquiere las propiedades de un sistema abierto primitivo. Será útil recordar que un *coacervato* es la solución coloidal concentrada en equilibrio con un exceso de disolvente, y *coacervación* la separación, por adición de un tercer componente, de una solución coloidal macromolecular (polímero) en dos fases líquidas, una rica en coloide (coacervato) y la otra en una solución acuosa del agente coacervante (líquido de equilibrio).

La presencia en el agua del primer océano de polímeros albuminoideos y de otros polímeros orgánicos de elevado peso molecular originaron, como consecuencia obligada, la formación de estas gotas de coacervato. Este proceso no exige ninguna condición particular; además, es el procedimiento más poderoso que permite la concentración de las combinaciones de alto peso molecular a partir de sus soluciones diluidas; este fenómeno se produce incluso cuando la concentración de sustancias sólo es de una milésima por ciento.

A este respecto hay que señalar un hecho muy importante y es que el vector actual de la vida, el protoplasma, tiene la estructura de un coacervato complejo. Por tanto, nos vemos llevados necesariamente a considerar que estas gotas de coacervato, nacidas en el «caldo nutritivo» del primitivo océano, han sido muy probablemente los sistemas iniciales cuya evolución posterior ha producido los primeros seres vivientes. Las investigaciones realizadas actualmente en laboratorios permiten comprender cómo evolucionaron las gotas de coacervato en los mares primitivos al combinarse con las sustancias que las rodean, de acuerdo con el principio de los sistemas abiertos.

Dos características, al parecer, condicionaron desde el principio la evolución de estos sistemas. En primer lugar, la organización físico-química de cada gota de coacervato (es decir, su composición, su estructura, la presencia de ciertos catalizadores minerales, etc.), determinó la naturaleza

de las reacciones de síntesis y de descomposición que tienen lugar en el interior de esta gota, de tal forma que algunas de estas reacciones se produjeron en ella con mayor rapidez y otras con mayor lentitud de como sucede en una solución simple. En segundo lugar, los procesos químicos aislados, y con mayor motivo la acción combinada de varios de ellos en el interior de la gota, influyeron en el desarrollo del sistema. Algunos de estos procesos resultaron de gran utilidad, puesto que confirieron a los coacervatos una mayor estabilidad y duración en las condiciones particulares del medio exterior. Por el contrario, otros procesos desfavorables a la formación de las gotas de coacervato, desembocaron en la ruptura de la estabilidad dinámica de los sistemas en que se habían originado. Y por eso no pudieron desempeñar papel alguno esencial, ya que su destino individual terminaba allí.

De esta forma, desde el estadio de la evolución de los coacervatos hubo cierta selección de los sistemas iniciales, en función de su carácter favorable o desfavorable al mantenimiento de la gota, habida cuenta de su continua influencia mutua con el medio envolvente.

La selección natural

En estas condiciones sólo pudieron subsistir y desarrollarse a expensas de las sustancias vecinas los sistemas que eran dinámicamente estables, es decir, aquellos cuyas reacciones de descomposición y de síntesis se equilibraban entre sí. Así fue como se unieron cadenas y ciclos de reacciones estacionarias originando nuevas sustancias o nuevas estructuras. A partir de esta continua repetición de reacciones coordinadas se originó la capacidad de autorreproducción que debía convertirse en la característica de los seres vivos.

Desde este momento puede hablarse del nacimiento de la vida y, en este estadio de la evolución de la materia, la noción de selección natural adquiere su pleno sentido biológico. La selección natural rige, mientras los organismos evolucionan, el proceso de complicación y el perfeccionamiento de los cambios de sustancias que caracterizan la vida.

Por supuesto, la selección natural ha borrado la huella de todos los sistemas preliminares del mundo viviente en los que la organización de los cambios era muy imperfecta. Pero, por el estudio de estos cambios en los seres más primitivos que se conservan en nuestros días, estamos en condiciones de comprender de qué modo se instauró en los organismos un nuevo orden de transformaciones químicas, sumamente perfeccionado, que es el atributo de los animales y de los vegetales más evolucionados.

Los datos de la bioquímica comparada muestran claramente cómo ciertas formas de organización de los cambios, ciertos sistemas de metabolismo se dieron desde el origen de la vida y son propios de todos los organismos sin excepción; por el contrario, existen otros que aparecieron más tardíamente y constituyen complicaciones suplementarias de los sistemas existentes. Al principio sólo las estructuras orgánicas formadas previamente de manera espontánea pudieron servir de alimento a los primeros organismos. Así, la aptitud para la alimentación orgánica es inherente a todos los seres vivos sin excepción y constituye la misma base de la vida.

La ausencia de oxígeno libre en la atmósfera y la hidrosfera primitivas de la tierra determinó el carácter anaerobio de los cambios energéticos de los primeros organismos; hoy sabemos, gracias a la bioquímica comparada, que la energética de todos los seres vivientes actuales está basada en los cambios anaerobios.

La fotosíntesis

Sin embargo, poco a poco, la reserva de sustancias orgánicas que se habían formado por medios químicos en la superficie de la tierra antes de la aparición de la vida se agotó; efectivamente, el ritmo de la evolución de la vida era más rápido que el de la formación de esas sustancias y por eso llegaron a ser insuficientes. Esta escasez favoreció la evolución de determinado tipo de organismos: los que habían adquirido la capacidad de absorber la luz y el anhídrido carbónico de la atmósfera — por este medio podían reconstruir las sustancias orgánicas partiendo de un compuesto mineral del carbono — con lo cual se instauró, en lugar del antiguo sistema muy imperfecto y lento de formación de las sustancias orgánicas por vía abiogenésica, un nuevo modo biológico de síntesis de estas sustancias: la fotosíntesis. Basado en el intercambio de sustancias muy perfeccionadas, el nuevo método adquirió, y ha conservado hasta nuestros días, una importancia considerable, y, de hecho, una especie de monopolio. La aparición de la fotosíntesis produjo un cambio radical en el mundo viviente: una parte de los organismos se puso a elaborar los compuestos orgánicos que necesitaba, mientras que la otra conservó su antiguo sistema de alimentación, utilizando las sustancias orgánicas elaboradas por los primeros, con lo que se estableció la división de los seres vivos en reino vegetal y en reino animal.

El advenimiento de la fotosíntesis determinó el nacimiento de gran número de sustancias orgánicas, y además, la del oxígeno libre, ausente hasta entonces de la superficie de la tierra. El carácter de los procesos químicos se modificó profundamente: la mayoría de los seres vivientes fueron capaces de efectuar sus cambios energéticos con mucho mayor rendimiento al añadir a sus antiguos cambios anaerobios los nuevos sistemas de respiración mediante el oxígeno, con lo que pudieron utilizar plenamente la energía almacenada en las sustancias orgánicas.

En estrecha relación con este perfeccionamiento se produjo la evolución estructural de los seres vivientes. Los organismos unicelulares y después los pluricelulares, se desarrollaron a ritmo creciente. Podemos seguir las etapas de esta evolución estudiando los restos fósiles de los seres vivientes que en tiempos antiguos poblaban nuestro planeta.





JAMES FISHER

las primeras fechas

La edad del universo, la antigüedad de la Tierra, el tiempo de la aparición de las primeras moléculas vivientes, etcétera, son cuestiones que no pueden responder a una verdadera cronología. Aun reduciéndolas arbitrariamente a un número redondo de años solares, no se pueden inscribir en las tablas de la historia propiamente dicha unos períodos que se calculan en millones de milenios. Pero a partir del momento en que disponemos de documentos seguros salimos de la hipótesis para entrar en el campo de los hechos. Entonces las fechas comienzan a tener un sentido. No es todavía la crónica, pero ya es la prehistoria. La evolución de los seres vivientes, de la primera alga al primer mono antropomorfo, testimoniada por los fósiles y luego por los huesos, abre nuevas perspectivas a nuestra búsqueda.

PODEMOS establecer, con un cierto margen de error, la época en que la vida comenzó a manifestarse sobre la tierra. En efecto, para precisar esta fecha, poseemos unos testimonios irrecusables, los fósiles.

Los más antiguos han sido descubiertos en un terreno calcáreo en Bulawaya, en Rhodesia del Sur: se trata de unas algas que vivieron hace unos 2.700 millones de años. Hasta el momento presente son los únicos restos del eón criptozoico, ese período de «vida oculta», denominado aún por algunos era arcaica, que acabó unos 2.000 millones de años antes de nuestra era. Los fósiles cuyo origen se remonta a este período son muy raros y en un principio se había creído que no podían servir de guía para comparar las diferencias de cronología entre los distintos yacimientos. No obstante, los fósiles pertenecientes al segundo período del eón criptozoico, que se conoce con el nombre de era algonquina, nos muestran que, aunque lentamente, la vida iniciaba su desarrollo. Al lado de simples yacimientos de carbono que pueden ser los restos de cualquier materia viviente, se han descubierto algas calcáreas *(lithotanium)*, algas azules, musgos, esponjas y otros animales emparentados con los corales, así como una medusa de regular tamaño. Finalmente, si bien no se han descubierto moluscos, sí se localizaron los caparazones que les servían de protección.

El eón fanerozoico, período de «vida visible», expresión con la que se designan los últimos 760 millones de años, es la edad de los fósiles, o mejor, de los fósiles útiles. A su vez se divide en tres eras: la paleozoica (era primaria, que abarca desde hace 760 millones de años hasta hace 250 millones de años); la mesozoica (era media, que abarca desde hace 250 millones de años hasta hace 70 millones de años) y la cenozoica (era nueva que abarca desde hace 70 millones de años hasta nuestros días). Cada una de estas eras está subdividida en varios períodos caracterizados por faunas y floras diferentes que reflejan la progresiva evolución de la vida. Resumamos los principales hechos de estos diversos períodos.

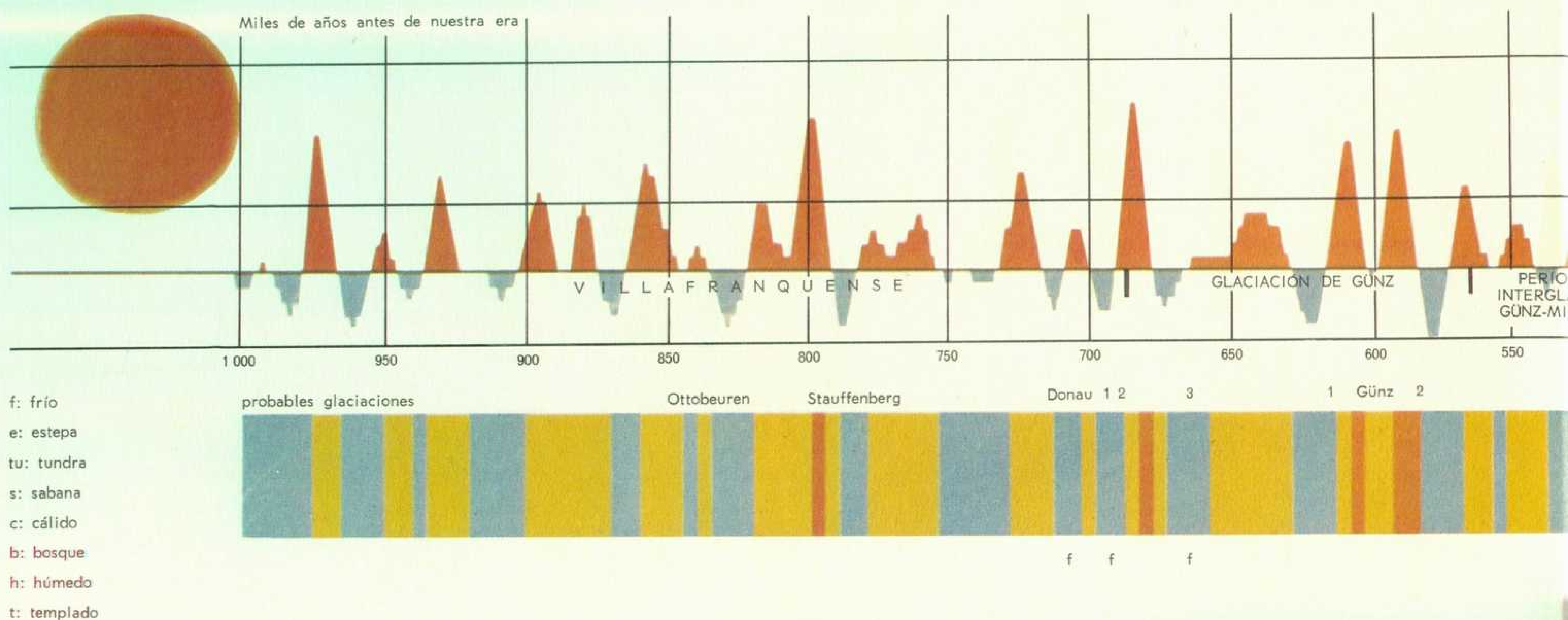
La era paleozoica se inicia con el período cámbrico, que abarca alrededor de 110 millones de años; resulta fácil probar que la vida marítima tomó su forma actual durante esta era; queremos decir que multitud de plantas fabricaban su propia alimentación merced a la clorofila y a la energía solar; que muchísimos animales (los trilobites, invertebrados complejos extinguidos en la actualidad, dominantes en los depósitos de fósiles) se nutrían de plantas y de otros animales y que, finalmente, las bacterias eran ya muy numerosas.

Durante el transcurso de la siguiente época, el período ordovicense (120 millones de años), aparecen los primeros vertebrados y es posible que la vida se extendiera también a las aguas dulces.

Los primeros animales

En el período silúrico (40 millones de años), las primeras plantas, y posiblemente los primeros animales, se establecieron en la tierra firme, y en el período siguiente, el devónico (90 millones de años), se desarrollaron los principales grupos de peces y la tierra fértil comenzó a reverdecer. La principal

Erizo de mar de hace 200 millones de años: uno de los primeros testimonios. (Foto Atesa.)



Este diagrama, hecho según las indicaciones del geólogo Milankovitch, esquematiza el clima terrestre en el curso del último millón de años; muestra las variaciones de las radiaciones solares y los cambios que, sin duda, han resultado de los períodos glaciares revelados por las investigaciones geológicas. El gráfico que figura en la parte superior de la tabla representa la cantidad de energía solar recibida por el hemisferio norte según los cálculos de Milankovith. La faja colorada situada en la parte inferior de la tabla muestra las variaciones de clima producidas, sin duda, después de un intervalo de algunos millares de años, por los cambios de la radiación solar. Las zonas azules representan los períodos fríos durante los cuales avanzaron los hielos; las zonas anaranjadas y rojas indican los períodos durante los cuales el clima se hizo más cálido. Los períodos glaciales, tal como los revela la geología en la región septentrional de los Alpes, están representados en la parte inferior del gráfico, mientras que las variacio-

característica del carbonífero (100 millones de años) es la existencia de una extensa comunidad de seres vivientes; es en esta época cuando se desarrollaron los primeros insectos y los arácnidos, así como los verdaderos vertebrados terrestres (anfibios y posteriormente los reptiles).

La era paleozoica acaba con el período pérmico (50 millones de años), época que se caracteriza por un clima riguroso. En ella los reptiles se desarrollaron con rapidez y las gramíneas llegaron a ser las plantas predominantes.

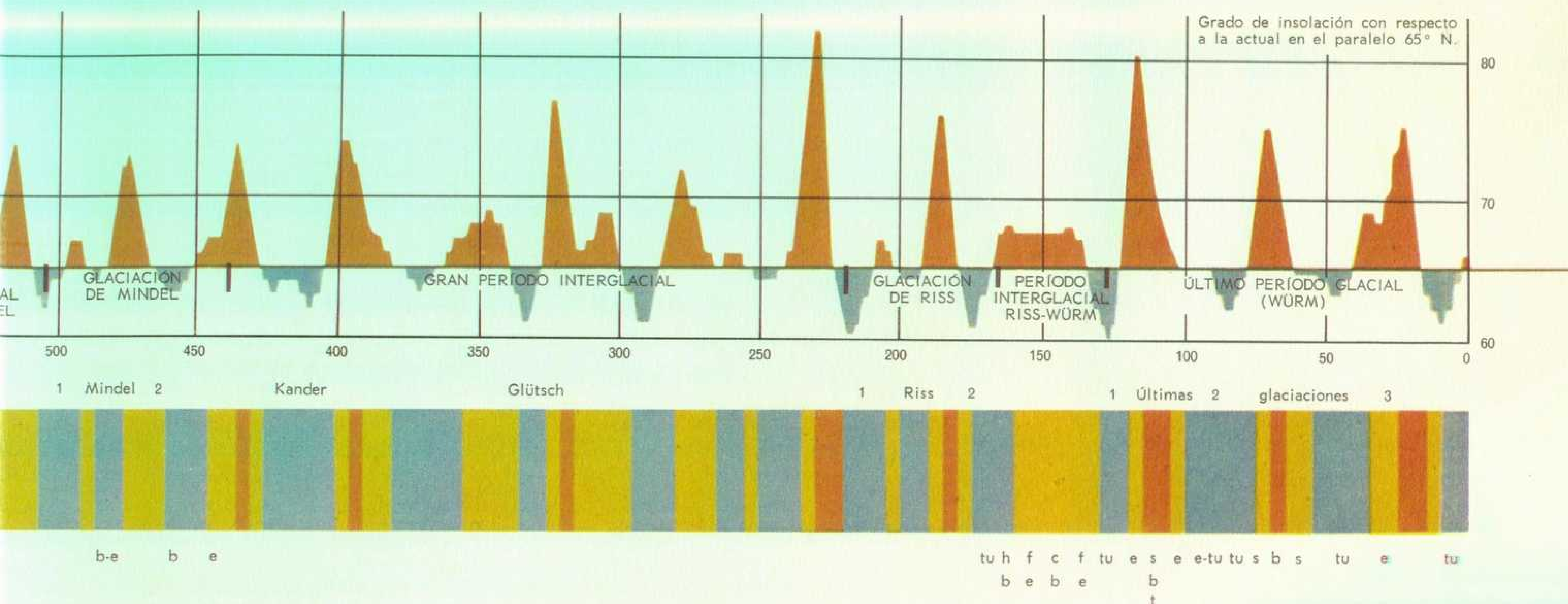
La era mesozoica fue la edad de los reptiles. Durante el período triásico los dinosaurios, que serían los mayores vertebrados terrestres de todos los tiempos, comenzaron a extenderse, al tiempo que hacían su aparición pequeños y primitivos mamíferos. En el período jurásico (35 millones de años), además de los dinosaurios nos encontramos con los primeros reptiles voladores (los pterosaurios) y las primeras plantas con flores, al tiempo que los insectos se multiplicaban y hacían su aparición los primeros pájaros. En el cretáceo (75 millones de años), se produce el último florecimiento de los dinosaurios y pterosaurios y aparece la primera flora realmente moderna.

La era cenozoica es la edad de los mamíferos. Hace unos 70 millones de años los mamíferos y los pájaros sustituyeron a los reptiles y, desde entonces, han conservado su hegemonía en la tierra. Mamíferos y pájaros se extendieron rápidamente durante los primeros tiempos del cenozoico (el período que llamamos eoceno). Durante la última época, el pleistoceno, que duró unos dos millones de años, nuestro planeta sufrió una sucesión de períodos glaciares que empobrecieron su flora y su fauna y aceleraron los índices de extinción y evolución de los seres vivientes. Este período alcanzó su apogeo hace unos 250 mil años, con la aparición del *homo sapiens,* que parece derivar de un tronco de monos antropoides que provenían con toda seguridad de Africa. Sabemos que el hombre fue un obrero manual desde sus comienzos; un artista en el curso de los últimos 35.000 años; un recopilador de conocimientos escritos durante los 10.000 años que siguieron y, finalmente, un historiador durante los 5.000 últimos años.

La cronología por medios radiactivos

En general las fechas suministradas por los historiadores admiten solamente un ligero margen de error; por el contrario, la cronología prehistórica que acabamos de esbozar se basa en poco más que suposiciones. Las fechas y los intervalos antedichos difieren completamente de los datos que figuraban en los manuales escolares de la generación que nos ha precedido.

La evaluación del eón fanerozoico difiere incluso de la clásica escala B publicada por el profesor Arthur Holmes, de



nes en la Europa Central, tal como las conocemos por los vestigios de animales, están indicadas con letras debajo de la faja colorada. La indicación de los períodos glaciales del villafranquense (o pleistoceno primitivo) es hipotética, pero seguramente dentro de pocos años, podrá ser confirmada por la datación radiactiva. Se ha empleado el sistema de ***Milankovitch*** *para fechar los demás períodos, excepto el último período glaciar número 3. Hay que hacer notar que las zonas azules de la faja inferior, no corresponden necesariamente a un avance de los hielos, sino a las condiciones que hicieron posible tal avance. La glaciación depende de la lenta acumulación de una masa de hielo hasta que llega el momento en que esta masa, una vez superado un tamaño crítico, es capaz de transformar en hielo el medio que la rodea. Paradójicamente, este fenómeno se produce la mayoría de las veces cuando aumenta la insolación y, por tanto, crece la cantidad de vapor de agua diseminada en el medio atmosférico.*

Edimburgo, en 1947; la nuestra está basada provisoriamente en la escala de Mayne-Lambert-Yorke, propuesta en 1959, escala que se irá afinando con toda seguridad a medida que la datación de las rocas por medios radiactivos vaya mejorando y se emplee en más casos.

La fijación de fechas por métodos radiactivos ha sido consecuencia del descubrimiento de los rayos X por Röntgen en 1895, y del mineral de radio por madame Curie en 1898. Hace apenas dos decenios que estos métodos se aplican con utilidad para calcular la cronología de las rocas. Su principio se basa en el hecho de que el granito volcánico y las demás rocas líquidas en estado ígneo inmersas en la corteza terrestre superficial, pueden contener varios elementos radiactivos que, en el transcurso del tiempo, se descomponen en otros elementos. Midiendo las proporciones relativas del elemento químico primitivo y de sus derivados, podemos saber la época en que la roca se solidificó, siempre que conozcamos el tiempo de descomposición del elemento inicial. Este tiempo recibe el nombre de «vida media», ya que si un gramo de uranio^{238} necesita 4.560 millones de años para producir medio gramo de uranio^{238} y medio gramo de plomo^{206}, entonces el medio gramo restante de uranio^{238} necesitará otros 4.560 millones de años para producir un cuarto de gramo de plomo^{206}, y así sucesivamente.

En la actualidad conocemos numerosas desintegraciones químicas espontáneas de este género, lo que nos permite comprobar unas cronologías sirviéndonos de otras ya comprobadas. Sin embargo, no hay ejemplo de desintegración que pueda servirnos para fijar con precisión las fechas de las rocas que se remonten a menos de medio millón de años.

No obstante, para estas rocas jóvenes disponemos de otra técnica radiactiva que está basada en el estudio de las plantas y animales fosilizados que contienen. Sucede que, en los tejidos de todos los seres vivientes, a causa de la continua radiación cósmica, un átomo de carbono de cada mil millones no es de carbono^{12} estable, sino de su isótopo radiactivo, el carbono^{14}. Ahora bien, el carbono^{14} se desintegra con un período de «vida media» de 5.720 años y cuando, después de la muerte de los organismos, la disminución del carbono^{14} no está compensada por un aumento constante, su cantidad disminuye regularmente. Así pues, midiendo las proporciones respectivas de carbono^{14} y de carbono^{12}, se puede fijar la cronología de los fósiles carboníferos de hace unos 40.000 años; pero es muy difícil precisar fechas anteriores.

Las convulsiones del movimiento terrestre

Existe, pues, un intervalo de tiempo entre los 40.000 y los 500.000 años antes de nuestra era, cuya datación no se puede establecer por métodos radiactivos, intervalo que, señalémoslo, abarca los principios de la especie humana y la parte más interesante del pleistoceno. No obstante, para lle-

nar esta laguna, existe la posibilidad de emplear un método diferente. La cantidad de radiaciones solares que recibe cada hemisferio varía en relación con las perturbaciones causadas en la rotación y traslación de la Tierra por la gravitación de los otros planetas. Estas perturbaciones consisten en dos especies de oscilaciones y un cambio en la estación en que la Tierra, en su órbita elíptica, pasa más cerca del Sol.

Cada una de estas tres perturbaciones tiene un período bien definido, durante el cual recorre un ciclo completo. La perturbación debida a la oblicuidad de la eclíptica es una oscilación del ángulo formado por el eje de la Tierra y el plano de su órbita alrededor del Sol. En unos 40.000 años los círculos polares se desplazan de 65° 24′ de latitud a 68° 21′, y a la inversa. Hoy el límite del adelanto del Sol de media noche hacia el ecuador está situado a 66° 33′ de latitud.

La segunda oscilación es un movimiento cónico de poca amplitud del eje terrestre, que desplaza los equinoccios y los solsticios según un ciclo de 26.000 años; es la precesión de los equinoccios.

Finalmente, la excentricidad de la órbita terrestre tiene un período de 92.000 años. En la actualidad el hemisferio sur recibe en verano más radiaciones solares que el hemisferio norte. Sin embargo, en el hemisferio norte el verano dura siete días y medio más. Dentro de 46.000 años, la situación será exactamente inversa. Cada uno de estos tres factores puede, según su propio ritmo, hacer variar la irradiación solar. El resultado es una fluctuación irregular, sincopada, una «radiación» con extremos variables y, en ellos, unos intervalos variables de un valor medio de 22.000 años.

Teniendo en cuenta estas cifras, que fueron calculadas hace casi un cuarto de siglo por Milankovitch, es posible establecer una relación entre los períodos de irradiación solar estival mínima en el hemisferio norte durante el último millón de años (exceptuando los primeros) y los avances bien conocidos de los hielos nórdicos. Los geólogos han podido establecer la sucesión de estos avances glaciares en largos intervalos de tiempo gracias a las morrenas de los glaciares antiguos y a los aluviones y gravas de los antiguos ríos de Escandinavia, de Europa Central y de los Alpes.

Una extrapolación suplementaria de los cálculos sobre la radiación solar, siguiendo los de Milankovicht, nos permite predecir que los hielos polares volverán dentro de poco más de 10.000 años; que se retirarán dentro de 20.000 años para volver de nuevo dentro de 50.000 años y otra vez dentro de 90.000 años, haciendo desaparecer Escandinavia y la mayor parte del Canadá, a menos que para aquel entonces los habitantes de estas regiones no hayan logrado emplear la energía atómica para usos pacíficos como éste.

Algunos de estos cálculos sobre las variaciones de la energía solar, así como la datación de los movimientos de los hielos que hubo en el pleistoceno bajo la influencia de estas variaciones, han sido confirmados por el método más clásico del número de *varves* (recibe este nombre cada uno de los lechos de fango depositados por los glaciares en fusión y retirada) y por la radiactividad.

El análisis de los varves y el problema de las cadenas montañosas

El análisis de los varves fue el primer método que permitió fijar la cronología de los acontecimientos geológicos; este método fue introducido hace más de 80 años por el geólogo sueco Gerhart de Geer. En esencia consiste en contar las capas de sedimentos depositados cada año por los glaciares en regresión en el momento de los deshielos.

Las arcillas formadas por estos depósitos contienen capas fosilíferas cuyo ritmo de sucesión puede ser establecido y comparado posteriormente al de los depósitos vecinos, siguiendo un método análogo al de la dendrocronología (cómputo de los anillos anuales de los árboles). Podemos así, gracias a un gran número de muestras, representarnos las características de una época geológica. De Geer ha llegado, incluso, a fechar con precisión acontecimientos tales como la desecación del lago de hielo Báltico en el año 7912 a. de J.C., recogiendo simplemente una serie completa de varves formados en el intervalo de tiempo comprendido entre aquella época y la actual. El estudio de los varves se aplica a la datación de etapas geológicas más antiguas, como el cretáceo y el eoceno. Ya desde 1919, W. H. Bradley obtuvo una valoración bastante exacta de la duración total del eoceno, utilizando simplemente un abundante muestrario de varves.

Quedan aún numerosas fechas difíciles de establecer y es posible que pasen muchos años antes que pueda resolverse una parte de los problemas que plantea la cronología. Uno de ellos, es la mutua relación temporal entre los períodos glaciares y los plegamientos de la corteza terrestre. Las grandes glaciaciones progresan al mismo tiempo que la formación de las cadenas montañosas. ¿Son las glaciaciones consecuencia de los plegamientos? ¿O bien son el resultado, unas y otras, de un factor cósmico, como por ejemplo, la rotación de toda nuestra galaxia? Esta rotación que puede motivar cambios en la intensidad de la radiación solar se produce cada 225.000 años.

A este respecto es preciso tener presente que actualmente estamos en un período interglaciar. El período glaciar anterior, en el que surgieron muchas cadenas montañosas, data de la época primaria. Durante la devónica surgieron también muchas montañas, pero no hubo un período glaciar manifiesto. Durante la cámbrica hubo una nueva formación de montañas y otro período glaciar. En la segunda mitad de la era precámbrica se conoce la existencia de un período glaciar, pero ya no tenemos conocimiento de ningún otro período glaciar, acompañado de aparición de nuevas montañas. Cada uno de estos períodos hubiera podido coincidir con una época en que el sistema solar tuviera en nuestra galaxia su actual órbita. Es una suposición y sólo dataciones y cálculos astronómicos más exactos podrán dar a esta pregunta un principio de respuesta.



LUIS PERICOT GARCIA

el origen del hombre

Hace más de un millón de años que el hombre hizo su aparición sobre la Tierra. La historia se nos muestra hoy como el producto de una larga evolución que ha venido desarrollándose lentamente hasta iniciar su aceleración hace unos 25.000 años y adquirir en estos últimos 8.000 años una progresión creciente que ha desembocado en la civilización moderna. Los sorprendentes hallazgos que permiten descubrir este prodigioso pasado se iniciaron en el siglo XIV cuando Boucher de Perthes demostró que el hombre había sido contemporáneo de animales pertenecientes a especies ya desaparecidas. El método de la excavación arqueológica se difundió rápidamente y se inició la búsqueda de huellas siguiendo una meticulosa observación estratigráfica y recurriendo a los progresos realizados por la ciencia.

El problema del origen del hombre con el desarrollo de las primeras razas humanas, las primeras formas culturales y la evolución de unas y otras constituye uno de los más apasionantes capítulos de la historia.

Gracias al progreso de la llamada prehistoria (la historia anterior a la escritura), debido a la convergencia de diferentes técnicas: arqueología, geología, paleontología, edafología, climatología, física nuclear, hemos aprendido en un siglo de esfuerzos una serie de hechos que los grandes pensadores de épocas precedentes no llegaron siquiera a sospechar. El comienzo de la aventura del hombre sobre la Tierra ha sido llevada a remotas fechas, superiores al medio millón de años. La historia nos aparece hoy como el producto de una larguísima evolución, realizada con enorme lentitud, ya que empezó a acelerarse tan sólo hace unos 25.000 años y hasta hace unos 8.000 años no conoció los elementos básicos de lo que ha venido a parar en la civilización moderna.

Los descubrimientos sorprendentes que van revelando este pasado portentoso se iniciaron hace poco más de un siglo, cuando se demostró que el hombre había sido contemporáneo de animales de especies desaparecidas (Boucher de Perthes). Pronto se divulgó el método de la excavación arqueológica: rebusca en el suelo de toda clase de vestigios dejados por nuestros antepasados, mediante una observación estratigráfica minuciosa. Al lado del arqueólogo que por un método comparativo y analizando vestigios materiales, rehace una sucesión de las industrias humanas, actúan numerosos científicos con métodos distintos.

El etnólogo estudia los aspectos sociales y espirituales de la vida del primitivo a través de los primitivos actuales, verdaderos fósiles de un remoto pasado cultural. El paleoantropólogo estudia los vestigios óseos de las primeras poblaciones humanas. El geólogo nos muestra el marco en que se desenvolvió la vida de esas poblaciones y los tremendos cambios que sufrieron el clima (paleoclimatología), los niveles marinos y las condiciones todas del suelo. Gracias a técnicas como las del análisis polínico, el paleobotánico nos da el ambiente vegetal en que aquellos seres se movieron. El paleontólogo nos muestra la evolución de los animales que acompañaban al hombre, que se alimentó de ellos tras luchar en una pugna que sólo pudo resolverse favorablemente gracias a la chispa de la inteligencia. El químico, el físico nuclear y el astrónomo aportan otros elementos de juicio y en especial nos proporcionan medios para calcular una cronología absoluta de los tiempos prehistóricos.

Los restos antropológicos y la abundante industria son los únicos elementos para el estudio de las primeras razas humanas. La intensidad de la rebusca hace que continuamente aparezcan nuevos hallazgos y cada uno de éstos ilumina un poco más las densas tinieblas de nuestros orígenes. Es maravilloso lo que sabemos ya, pero es mucho más lo que desconocemos todavía y nadie puede explicar el misterio del dintel de la hominación ni el proceso de la sucesión de razas o especies humanas y su diversificación hasta formar las razas actuales. Por otra parte, los fenómenos de la vida social y espiritual de los primeros seres a los que podemos dar ya el calificativo de humanos, se escapa casi por completo a pesar de los esfuerzos de los historiadores y etnólogos, que parten de la humanidad histórica conocida, por una parte, y de los paleonaturalistas, que parten de la vida y costumbres de los animales superiores, por otra.

El marco en el que se mueve la humanidad primitiva

Durante los últimos períodos de la era terciaria (mioceno y plioceno) conocemos la existencia de numerosos géneros y especies de monos antropomorfos que preludian los antropomorfos actuales. Algunos de ellos muestran rasgos que parecen situarles en la cadena evolutiva que conduce a los homínidos. Entre éstos destacan el llamado *Oreopithecus Bambolii* descubierto en Rosseto (Italia) y las varias especies de *Proconsul* hallados por los esposos Leakey junto al lago Victoria, ambos pertenecientes al mioceno.

Cuando termina el plioceno se inicia la era cuaternaria caracterizada por el fenómeno de las glaciaciones y por la aparición del hombre. Su duración se calculaba alrededor de un millón de años, pero ahora se incluye en el mismo una larga etapa preglaciar, el llamado villafranquiense, que duró por lo menos tanto como el resto del cuaternario. En el curso de estas largas etapas las formas animales evolucionan y es la presencia sucesiva de especies cada vez más modernas de aquéllas las que nos permiten, junto con otras consideraciones geológicas, conocer la cronología relativa de los yacimientos. Algunos géneros, como el *Elephas*, el *Equus* y el *Bos*, figuran entre los más útiles en dicho sentido.

Pero el fenómeno ambiental más característico del cuaternario, en su primera etapa, la de más larga duración, que ha sido denominado el pleistoceno, es el de las sucesivas glaciaciones. Por causas que se desconocen, acaso variaciones en la irradiación solar o variaciones climáticas causadas por pequeños factores combinados con el levantamiento de las cordilleras, inmensas capas de hielo han formado imponentes casquetes que han recubierto grandes extensiones continentales. Los geólogos han establecido una sucesión de cuatro etapas glaciares acaso precedidas por otra cuyos restos son más débiles. Su acción se habría extendido a toda la faz de la Tierra, pero mientras se muestra poderosa en sus efectos en el norte de Europa y el norte de América, éstos son menos visibles en tierras próximas al Ecuador, como el Africa o Sudamérica. Se cree hoy en el paralelismo de las cuatro glaciaciones europeas (Günz, Mindel, Riss y Würm) y las americanas (Nebraska, Kansas, Illinois, Wisconsin). Para el Africa se supone que aquéllas equivalían a las etapas llamadas pluviales. Períodos interglaciales o interpluviales se intercalaban con duración muy variable como fases cálidas entre las de agravación del frío. Todos ellos oscilaban con varios estadios de avance y retroceso climático.

Fácil es comprender que cada una de estas fases ofrecía al hombre un ambiente distinto, variando la fauna y la ve-

Este cuadro resume los principales descubrimientos que se han hecho sobre el proceso de la formación del hombre. En el estado actual de nuestros conocimientos no es posible fijar todavía el momento en que se produjo la separación, dentro de la gran familia de los primates, entre los homínidos y los póngidos, aunque este hecho se sitúa, sin lugar a dudas, mucho antes de los australopitecos, en el curso de la era terciaria. (El fondo representa el Exocoetus, pintura de Hans Erni.)

	Epoca	Cronología	Estatura
AUSTRALOPICETIDOS	Fin de la era terciaria: Comienzo del cuaternario	2.000.000 de años aprox.	
	Pleistoceno antiguo (Villafranquiense)	entre 2.000.000 y 1.000.000 de años	aprox. 1,50 m (se ha pensado en grupos pigmeos)
ARCANTROPIDOS	Pleistoceno medio		
	Paleolítico inferior	de 1.000.000 a 150.000 años	de 1,50 m, aproximadamente
PALEOANTROPIDOS	Paleolítico medio	de 150.000 a 40.000 años	de 1,60 m, aproximadamente
	Primeras fases de la glaciación de Würm		
NEANTROPIDOS	Paleolítico superior	de 40.000 a 10.000 años	de 1,55 m a 1,80 m, aproximadamente
	Ultimas fases de la glaciación de Würm		

Caracteres	Capacidad craneana	Industria y vida espiritual	Clasificación	Lugar del hallazgo	Fecha	Observaciones
Seres de baja estatura, estación casi vertical. Dentición en camino hacia la de los paleoantrópidos	500 cm³	Acaso la «pebble culture» (cultura de los guijarros), esferoides de Ain-Hanech	Australopitécidos: Australopithecus africanus	Taungs (Bechuanalandia)	1924	Algunos autores consideran a los australopitécidos como homínidos. Su carácter de fabricantes de útiles es dudoso.
	600 cm³		Paranthropus robustus	Transvaal	1949	
		Industria osteodentoquerática	Zinjanthropus boisei	Olduway (Tanzania)	1959	
	680 cm³	Seguramente la «pebble culture»	Homo habilis (según Leakey)	Olduway (Tanzania)	1961	Este sería, según Leakey, el autor de las primeras industrias. Es dudosa la aceptación de esta singular hipótesis.
Estación vertical, cráneo bajo	de 850 cm³ a 1.200 cm³	Industria tosca de lascas y bifaces en progreso hasta el achelense	Pitecantrópidos: Pithecanthropus erectu	Java	1891-92	Cada día se afianza la creencia de que este grupo humano se extendió por todo el Viejo Mundo y desarrolló la técnica del hacha de mano.
Sin mentón			Sinanthropus pekinensis	Chu-Ku-Tien (cercanías de Pekín)	1921	
Menos arcaico			Atlanthropus mauritanicus	Ternifine (Argelia)	1954-56	
			Mandíbula de Mauer	Heidelberg (Alemania)	1907	
			Swascombe	Inglaterra	1935	Pre-sapiens (Vallois).
			Fontechevade	Francia	1947	
Dentición humana, toro supraorbital muy destacado, sin mentón, bóveda baja. Extremidades superiores más largas que en el hombre moderno	de 1.200 cm³ a 1.300 cm³	Técnica de lascas musteró-levalloisiense. Especialización en los útiles: puntas, raederas, etc. Inhumaciones. Restos de hogares	Homo Sapiens primigenius	Gibraltar (España)	1848	Indudable carácter humano de la industria y de los yacimientos. Enterramientos que demuestran ideas espirituales. Acertada inclusión en el «Homo sapiens».
				Neandertal (Prusia renana)	1856	
				Chapelle-aux-Saints (Francia)	1908	
				La Quina (Francia)	1911	
				Brocken Hill (Rodesia)	1921	
				Monte Carmelo	1925	
Diversas razas con caracteres peculiares que preludian las razas del hombre moderno. Muy característico el tipo alto, dolicocéfalo (Cro-Magnon)	superior a 1.200 cm³	Gran desarrollo del trabajo del sílex y del hueso. Grandes inventos (aguja de coser, arpón, etcétera). Arte. Gran progreso en todos los órdenes. Gran caza	Homos Sapiens Sapiens	Chancelade (Francia)	1888	Se ignora la raíz de este hombre moderno que acaso haya que buscar en los pre-sapiens. Zonas con tipos intermedios entre Neandertal y Cro-Magnon = Monte Carmelo.
				Grimaldi (Mónaco)	1872	
				Cro-Magnon (Francia)	1868	
				Combe Capelle (Francia)	1909	



Dos «hojas de laurel» solutrenses procedentes de Eyzies. (Foto MTA.)

getación que le rodeaba, a las que debía dominar y explotar para su subsistencia, obligándole a desplazamientos y a adaptaciones en condiciones duras.

Si pensamos que durante el cuaternario el vulcanismo pasó por fases de gran actividad, nos damos cuenta de que el hombre, durante el largo pleistoceno hubo de luchar con condiciones ambientales con frecuencia difíciles y tuvo que presenciar grandes cataclismos. Se adaptó a condiciones muy diversas, habitó en cuevas, cazó por las extensas zonas esteparias periglaciares y por las formaciones del *loess*, mientras su ser físico se perfeccionaba y su cultura iba lentamente progresando impulsada por su inteligencia, que le colocaba por encima de los animales que le rodeaban.

La fase de los australopitecos

No han faltado autores que han creído encontrar vestigios humanos, tanto óseos como culturales, en etapas geológicamente terciarias. Hoy, con datos ya más numerosos, creemos pisar terreno firme al atribuir los primeros vestigios del hombre, o de seres muy próximos a él, a un pleistoceno antiguo que se incluye en la fase geológica llamada villafranquiense, en un ambiente faunístico muy arcaico.

Hasta ahora, la mayoría de los hallazgos atribuibles a esa remota época se han producido en Africa. Si no nos obligara a la prudencia la convicción de que todavía queda mucho por conocer, afirmaríamos que el hombre y la cultura humana han tenido su origen en el continente meridional.

Desde el punto de vista antropológico se iniciaron tan sensacionales descubrimientos el año 1924 con el cráneo del llamado *Australopithecus africanus*, en Taungs (Bechuanalandia). A este descubrimiento han seguido otros hasta la actualidad, y hoy aceptamos la existencia de un grupo de homínidos, el de los australopitecos, desde el villafranquiense inferior, prolongándose hasta los primeros tiempos glaciales.

Bajo la denominación genérica de australopitecos se incluyen diversas especies y aun géneros distintos: *Australopithecus, Paranthropus, Plesianthropus, Teleanthropus*, etc. Los restos han sido hallados en su mayoría en cuevas de la región de Pretoria, en el Transvaal. El tipo físico de tales seres es muy arcaico, con evidente parecido en el cráneo al de los gorilas, incluso con cresta sagital, pero con indudables rasgos humanoides (dentición, pelvis, actitud erguida y bípeda, etc.). El llamado *Paranthropus robustus* tenía dimensiones que le hacían parecer un gigante, por lo que se ha puesto en relación con un *Meganthropus* de Java y un *Gigantopithecus* de China. En China acaba de aparecer la mandíbula de un australopiteco muy robusto también: un hallazgo menos claro procede de Palestina. En la misma Africa fue sensacional el hallazgo en 1959, por los esposos Leakey, en el rico barranco de Olduvai, de un cráneo que claramente pertenece a un australopiteco y que fue bautizado por su descubridor como *Zinjanthropus Borsei*. Y aun más recientemente se ha hallado otro ejemplar en un yacimiento próximo al lago Tchad, por Coppens y nuevos restos en Olduvai. El *Zinjanthropus* ha sido fechado, en 1961, gracias al análisis de las cepas de lava entre las que se encontraba, por medio del método del potasio-argón, en 1.750.000 años.

Es muy difícil decidir si nos hallamos en presencia de un ser al que podemos llamar hombre. Sería simplificar mucho las cosas el atribuirle sencillamente la paternidad de la industria más tosca que se conoce, la de la *pebble-culture* o cultura de los guijarros. Estos últimos, por medio de una ruda talla, habrían recibido la forma de puntas, cuchillas o hendidores. El profesor Dart, al que se deben muchos de los descubrimientos en Africa del Sur, atribuye a los australopitecos un utillaje rudimentario a base de huesos, mandíbulas y astas (industria osteodontequerática). Tan sólo el día que tengamos la seguridad de que los australopitecos fueron los autores de las industrias que se les atribuyen y conocían el fuego, podremos tener la convicción de que nos hallamos en presencia de los primeros hombres, por ruda que su presencia física nos parezca.

La industria del hacha de mano y los pitecantrópidos

Por un lentísimo progreso, la *pebble-culture* parece dar origen a una industria más perfecta, que cuando se expresa en una materia adecuada como es el sílex, logra incluso útiles de innegable belleza. Esta industria, que ocupa la mayor parte del Viejo Mundo, es llamada «del hacha de mano» o de los bifaces. En ella el núcleo original de la piedra ha sido golpeado, desprendiéndose lascas que le dejan convertido en una especie de hacha o de instrumento punzante, robusto. En un principio, el hacha de mano es tosca, conserva aún parte de la corteza del canto rodado, tiene sólo una cara tallada y recuerda los mejores productos de la industria de los

guijarros. Este período ha sido denominado abbevilliense (antes se llamó chelense). Más adelante, a lo largo del período llamado achelense, se talla por ambas caras y se obtienen piezas muy regulares y bellas, subtriangulares, amigdaloides, cordiformes, hasta terminar en las pequeñas piezas del período micoquiense. Paralelamente se desarrollan técnicas de aprovechamiento de las lascas (clactoniense, tayaciense) que desembocan en unas lascas de formas predeterminadas por la preparación del núcleo de sílex del que se obtienen (levalloisiense) y que preludian grandes progresos en la especialización del utillaje. Tan sólo el Asia oriental y del Sudeste sigue con lo que se denomina industria de los *choppers* (cuchillas), que es una de las formas de la cultura de los guijarros.

La fase del hacha de mano abarcó un período de tiempo larguísimo, que pudo ser del orden de los cientos de miles de años. Pudo empezar durante el primer período interglaciar y alcanzar en sus postreras manifestaciones en Europa el comienzo del último interglaciar.

Nos hemos de preguntar ahora si poseemos para esta gran fase de la industria humana una raza, una variante antropológica, a la que atribuírsela, tal como hacíamos con los australopitécidos y la *pebble culture* y acaso ahora con menos titubeos por tratarse de una época más próxima y de datos mucho más abundantes. Para algunos autores, ello es evidente: a la etapa antropológica de los pitecantrópidos, correspondería la repetida industria del hacha de mano.

La historia del descubrimiento de los pitecantrópidos es curiosa. Se inicia en 1891, cuando un médico, Dubois, halló en Trinil (Java) un fragmento de bóveda craneana, un fémur y un molar, en los que observó rasgos tan arcaicos que los bautizó bajo el nombre de *Pitecanthropus erectus*. Mucha tinta hizo correr este hallazgo en el que algunos veían el *missing-link*, el eslabón que faltaba en la cadena evolutiva del mono al hombre. El ser durante bastantes años un fenómeno aislado, permitía incluso negarle valor como hecho general. Pero en 1924, no lejos de Pekín, en la colina de Chu-ku-tien, empezaban a encontrarse huesos humanos. Davidson Black, Weiderreich, Teilhard de Chardin, Pei, trabajaron allí largos años, hasta obtener restos de una cuarentena de individuos, con los que formaron la especie *Sinanthropus pekinensis*, de capacidad craneana reducida y baja estatura, con caracteres físicos muy arcaicos, pero decididamente del lado humano y muy distante de los antropoides. Más tarde, Von Koenigswald encontraba en Java nuevos restos de esta especie y se vio claro que sinantropo y pitecantropo pertenecían a la misma variedad humana.

En 1951, Arambourg, al estudiar el yacimiento de Ternifine o Palikao, en la región de Orán, descubrió tres mandíbulas humanas que han de atribuirse al mismo grupo de los pitencantrópidos, aunque fueron bautizados por su autor como *Atlanthropus mauritanicus*. Luego se han hallado otros restos menores en yacimientos de la costa atlántica de Marruecos, mientras se les reunía también algún viejo hallazgo europeo, como el de la famosa mandíbula de Mauer (Heidelberg, Alemania) *(Homo Heidelbergensis)*.

Tendríamos, pues, otro escalón en la evolución humana, extendido a todo el Viejo Mundo, con algunos indicios de que se le pudiera atribuir, por lo menos en parte, esa industria que hemos llamado del hacha de mano. Pero muchos autores dudan de la verdad de tal identificación. Existen en Europa varios hallazgos antropológicos que hay que situar al comienzo o antes del último período interglaciar, como Swanscombe, Fontechevade, acaso Steinheim, que deben estar relacionados con la referida industria, pero que ofrecen rasgos menos arcaicos que los pitecantrópidos e incluso que el hombre de Neandertal, por lo que Vallois le llamó *presapiens*. Durante un cierto tiempo se incluye en esta categoría el tristemente célebre cráneo de Piltdown *(Eoanthropus Dawsoni)* que ha resultado ser una burda falsificación. Muchos autores preferirían pensar que una industria que llega a tal perfección debe ser obra de hombres *presapiens*, y no de unos seres como los pitecantrópidos cuyo carácter netamente humano no todos están dispuestos a aceptar.

Digamos, por último, que de la cultura de los bifaces nos quedan gran número de inmensos yacimientos, algunos de ellos famosos en la historia de la investigación. Suelen darse al aire libre y en las terrazas fluviales. Así, los del valle del Somme, cerca de Abbeville, en el norte de Francia, los de las terrazas del Vaal y del Zambeze en el Africa del Sur, el famoso yacimiento de Olorgesailie (Nairobi), los de las terrazas del Manzanares en las cercanías de Madrid, etc.

El musteriense y el hombre de Neandertal

Cuando alcanzamos el último período interglaciar, en lo que se ha llamado paleolítico medio, aparece en el Occidente de Europa una industria que tiene sus raíces en las que acabamos de describir y que se apoya sobre todo en la técnica de lascas preparadas, con las que se empieza a fabricar útiles especializados gracias a un inteligente retoque. Esta industria ha sido calificada de musteriense y su técnica es llamada con frecuencia mustero-levalloisiense. Sus dos elementos fundamentales son la punta de bordes retocados, y la raedera, además de hojas, algún buril y lascas diversas.

Hoy conocemos industria de aspecto musteriense de casi todo el Viejo Mundo. En Africa hay multitud de yacimientos de este carácter. En Africa del Norte abunda una industria posterior pero de raíz musteriense, el ateriense, caracterizada por sus útiles pedunculados; en Marruecos, cerca de Casablanca, se acaba de descubrir un yacimiento con musteriense clásico y sin contaminación ateriense. En la península Ibérica es la época en que empezamos a tener yacimientos relativamente abundantes y en muy diversas regiones y, en especial, hallados en cuevas; incluso podemos ya pensar que la población española debía ascender a varios miles de individuos. En Francia hay yacimientos famosos, en especial en la Dordoña, que parece como si fuera el centro de Europa en la fase final del pleistoceno: Le Moustier, La Quina, La Chapelle-aux-Saints, etc. Siguen los yacimientos hacia el este y cuando llegamos a Palestina, encontramos los de las cuevas

del monte Carmelo. Más allá se han excavado, en los últimos años, algunos yacimientos importantes en el Turkestán y, aun si saltamos a América, hemos de encontrarnos con útiles de innegable técnica musteroide y levalloisoide.

Esta cultura, que invade todo el mundo, pudo muy bien durar como mínimo cincuenta mil años. En todo caso es seguro que en el occidente de Europa perduró, por lo menos, hasta mediados de la última glaciación.

Lo que da más valor al musteriense es el hecho de que con él, mejor que con ninguna otra cultura, tenemos un grupo humano bien definido, el de la raza de Neandertal, cuya ecuación con aquella es indiscutible.

El primer resto importante de un Neandertal es el cráneo hallado en Gibraltar en 1848. Su nombre deriva, empero, de un hallazgo menos típico realizado en el valle de Neanderthal, cerca de Düsseldorf, en Alemania, en 1856. Hoy tenemos restos de la raza de Neandertal en todo el Viejo Mundo, agrupados en una serie antigua, del interglaciar Riss-Würm, y en otra serie más especializada y por tanto más diferenciada, de la glaciación de Würm. Para citar sólo algunos de los más destacados hallazgos europeos mencionaremos los cráneos y esqueletos de La Quina, La Ferrassie y La Chapelle-aux-Saints en Francia, los cráneos de Spy en Bélgica, los de Saccopastore y del monte Circeo en la Italia central, la mandíbula de Bañolas y los cráneos de Gibraltar en España, los muy numerosos aunque deteriorados restos de Krapina, en Croacia, etc. Los numerosos restos de las cuevas del monte Carmelo en Palestina, los vestigios hallados hace pocos años en una cueva del Turkestán y otros más lejanos aún en Java, tiene su contrapartida en los restos de esta raza que acaban de aparecer cerca de Casablanca y en el llamado *Homo rodhesiensis,* que parece una rama sudafricana de este grupo.

Ya en el mesolítico los muertos son enterrados con armas y joyas. (Esqueleto de mujer, 15.000 a. de J.C., St.-Germain-la-Rivière, foto MTA.)



El hombre de Neandertal, en conjunto, ofrece unos rasgos ciertamente arcaicos. Los más destacados son su dolicocefalia, que se exagera en un saliente occipital, su falta de mentón, mientras el toro supraorbital es muy abultado y la bóveda craneana es muy baja; la capacidad craneal es grande. Las extremidades superiores son más largas que las del hombre moderno en comparación con las inferiores, pero la hipótesis de que andaba inclinado hacia delante, en actitud algo simiesca, se ha visto que era un error.

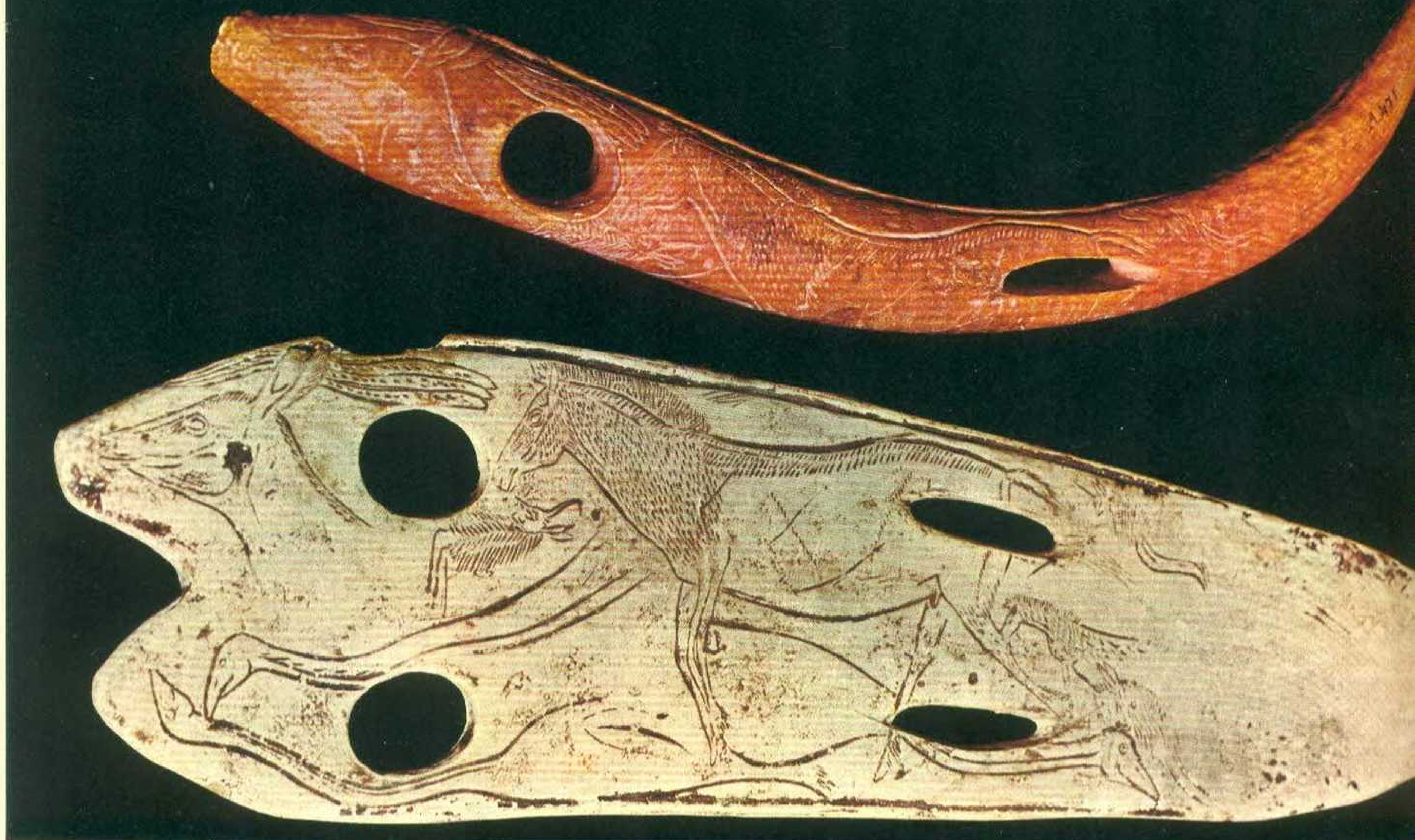
Algo más importante aún es el haberse observado en varios casos verdaderos enterramientos, protegidos por piedras, con disposición intencionada del cadáver, encogido, y presencia de ofrendas. Esto significa una actitud espiritual y una creencia en la vida de ultratumba. Si a esto se une la invención de útiles especializados, el trabajo del hueso y sin duda también de la madera, de que hay algunas muestras, las señales de fuego, nadie puede dudar de que por vez primera podemos calificar este ser como un verdadero hombre, el primero al que miraremos con tal carácter.

El *homo sapiens* del paleolítico superior

Con el hombre de Neandertal alcanzamos un momento avanzado de la última etapa glaciar, un momento que puede fecharse en una antigüedad máxima de 40.000 años. Empezamos para entonces a disponer de fechas obtenidas por un método en el que se ha puesto mucha fe y que creemos que, aceptando un margen de error, cabe que nos fiemos de él, el del carbono[14], o carbono radiactivo. Y ocurre un cambio decisivo tanto en el orden antropológico como en el cultural. Parece como si terminase el proceso de una humanidad incipiente, incluso dudosa para algunos, y se iniciase la vida del hombre moderno que en un millar de generaciones se va a convertir en el hombre de la era espacial, sin titubeos en su rectilíneo progreso. Es, pues, acaso el momento que señalamos el más decisivo en la historia de la humanidad.

Donde mejor conocemos el proceso de esta etapa final de las glaciaciones es el occidente de Europa, y concretamente en Francia, donde se ha sistematizado en un prodigio de observaciones en los estratos fértiles de muchas cuevas.

Tal sistematización puede resumirse del siguiente modo. A una larga etapa primera con perduración de las formas y técnicas musterolevalloisoides y aparición de formas nuevas, sigue una fase con dos corrientes, cuya simbiosis conocemos mal, y que han recibido el nombre de perigordiense y auriñaciense; esta última posee al lado de una variada industria del sílex, una magnífica industria de hueso. Tras otra fase de perigordiense final (o gravetiense), se extiende una industria o unas gentes que poseen elementos del todo nuevos.



En el magdaleniense (10.000 años a. de J.C.), aparecen las primeras manifestaciones artísticas. Los grabados de este bastón perforado, hallado en Eyzies, son un testimonio tan demostrativo como el de los frescos de Lascaux. Debajo, el desarrollo sobre yeso de este mismo objeto. (Foto MTA.)

Las puntas pequeñas de sílex que han sido utilizadas para flechas disparadas con propulsor o con arco, con perfecto retoque bifacial y formas de hoja de laurel o parecidas. Esta fase es llamada solutrense, se suele considerar de corta duración, se sitúa alrededor de hace unos 15.000 años y acaso convive en algún momento con la cultura que le va a suceder, la última de la era glaciar y muy característica, la llamada magdaleniense. La cultura magdaleniense ve el retroceso de la técnica del sílex, mientras el hueso y el asta ocupan un lugar predominante en el utillaje y el armamento. El magdaleniense se prolonga hasta una fase ya posglaciar, en un llamado epipaleolítico al que haremos referencia más adelante.

Los hallazgos antropológicos nos permiten atribuir a las gentes que desarrollaron las citadas culturas a unas razas más o menos afines entre sí y todas ellas pertenecientes, sin duda, a la especie del hombre moderno, o sea al *homo sapiens*. El contraste de esta raza con las de tiempos anteriores es patente, pero el origen y el proceso de formación de las mismas es desconocido. En Predmost (Moravia) y en las cuevas del monte Carmelo han aparecido restos que cabe atribuir a un cruzamiento entre las viejas y las nuevas poblaciones. Se supone que tales poblaciones pudieron llegar al Occidente europeo desde comarcas del Próximo Oriente.

La raza más destacada y con cuya denominación suele abarcarse con frecuencia la de todo el paleolítico superior es la llamada de Cro-Magnon. Sus representantes eran unos dolicocéfalos, altos, robustos, de cara ancha. Parecen ser los autores de la cultura auriñaciense. No sabemos cómo se realizó la emigración, pero es evidente que hay un Cro-Magnon norteafricano en la llamada raza de Mechta-el-Arbi, característica de los tardopaleolíticos y mesolíticos del oraniense y del capsiense, que más tarde pasó a las islas Canarias, donde el tipo de Cro-Magnon puede contemplarse en la actualidad en el vivo. Un tipo humano más o menos contemporáneo del anterior es el llamado de Combe-Capelle, que corresponde a la cultura perigordiense y en el que parece se adivinan algunos de los rasgos de la raza mediterránea que tendrá su difusión en los tiempos neolíticos. Ignoramos si la cultura solutrense va unida a otra variente humana; en todo caso no se ha descubierto. Respecto a la del magdaleniense, la raza de Chancelade le ha sido atribuida. El hecho de que alguno de los caracteres de esta raza se han señalado entre los esquimales, los cuales ofrecen rasgos culturales que pueden tener una remota raíz en los magdalenienses, ha servido para imaginar una larga retirada de las gentes al final del pleistoceno, desde el norte de Europa al norte de América.

La importancia de esta etapa ya hemos dicho que es decisiva en la marcha progresiva de la humanidad. Con una densidad demográfica que en las comarcas privilegiadas podía ser semejante y aún superior a la que en tiempos modernos los etnólogos han conocido en regiones de vida pri-

mitiva de cazadores y recolectadores, aquellas gentes debían poseer una incipiente organización social, con sus tribus, sus jefes y sus sacerdotes. Desconocemos las primeras etapas del lenguaje, pero no dudamos de que una cultura creadora de tantas cosas como fue la del paleolítico superior, debía tener un apoyo firme en una lengua ya formada y apta para una intensa relación social, y aunque tuviera una fonética complicada, como la de muchos primitivos actuales, había de ser rica en matices. Muchas formas de vida social y religiosa que en tiempos posteriores aparecerán por el mundo tienen aquí su raíz. Y lo mismo cabe decir de numerosos inventos que prueban la aguda inteligencia de aquellas gentes. Pulían la piedra si hacía falta, conocían un trenzado de fibras o prototejido; acaso una tosca cerámica, inventaron el arco y múltiples útiles como la aguja de coser, símbolo de una herencia que no hemos logrado mejorar en diez mil años.

Pero todos estos elogios y acercamiento de ellos a nosotros podrían parecer exagerados si no tuviéramos el irrebatible argumento que nos proporciona el arte.

Por los restos que poseemos en la actualidad, podemos inferir que el foco de origen del arte paleolítico hay que buscarlo en la Europa occidental. Pero no podemos negar la posibilidad de que con mayores estudios en países orientales haya que modificar nuestro punto de vista.

El arte cuaternario tiene múltiples aspectos. Una separación clara se establece entre el llamado arte mueble y el rupestre, o sea en las paredes de cuevas o abrigos. El primero tiene su primera manifestación en las figurillas representando por lo general mujeres con sus características sexuales exageradas, símbolo de la fecundidad e indicio de un culto que se mantuvo hasta tiempos clásicos. Piezas preciosas, reveladoras de un sentido artístico moderno, son, por ejemplo, las llamadas *Venus* de Lespugue (Francia) y Willendorf (Austria). Ese tipo se extiende por Italia, Checoslovaquia, Rusia y Siberia, donde alcanza la región de Malta, junto al lago Baikal. Pero en esta prolongación oriental va tomando formas esquemáticas y geométricas. Obras bellísimas se dan en los relieves sobre lajas, en los grabados sobre piedra, hueso o asta, en las siluetas recortadas en hueso e, incluso, en las plaquitas pintadas. Por último, el arte mueble comprende la decoración en relieve o grabado de los objetos, útiles o armas de uso corriente, con el afán de embellecerlos aliado a una idea mágica. El número de tales piezas asciende a muchos millares y crece continuamente.

El gran arte se nos da en unos pocos frisos esculpidos e incluso en alguna rara escultura (bisontes modelados en barro del Tuc d'Audoubert) y, sobre todo, en las pinturas y grabados en las paredes de las cuevas. Se trata de verdaderos santuarios, frecuentados a veces durante innumerables generaciones, donde los hechiceros de la tribu realizarían los ritos de magia propiciatoria, precursora de las expediciones de caza o destinada a obtener otros beneficios. La figura humana está ausente de estas representaciones, excepto en figuras antropomorfas, brujos disfrazados o acaso representación de la divinidad. Como es lógico, en esta actividad artística se nota una evolución a través de los miles de años que van desde el auriñaciense hasta el magdaleniense avanzado. Altamira, Lascaux, Font de Gaume, Niaux, Trois Frères, Castillo, Pasiega, Pileta... son algunos nombres gloriosos de esta letanía de lugares que han asombrado a eruditos y profanos. La primacía del Occidente en esta primera gran creación del genio humano parece indudable. Pero hoy se va conociendo un arte rupestre antiguo en el Ural y motivos tan típicos del arte rupestre de Occidente como las representaciones pintadas de manos se hallan por todo el mundo hasta la lejana Patagonia. En realidad, la relación del arte cuaternario de la Europa occidental con el de otros continentes, incluso América, y en especial con el africano y el levantino español, es todavía un enigma.

La revolución neolítica

Los trastornos que lleva consigo el final del glaciarismo y la vuelta a climas templados, tras una serie de oscilaciones que cada vez podemos conocer mejor, producen grandes cambios étnicos y culturales. En muchas comarcas la gran fauna que alimentaba a los pueblos cazadores escasea cada vez más o desaparece del todo y ello provoca grandes emigraciones. Un proceso de desecación da lugar a nuevos tipos de poblamiento y economía. Por todos los continentes se extienden los grupos de comedores de moluscos que han dejado enormes montones de conchas como recuerdo de su actividad. Las antiguas poblaciones del magdaleniense europeo degeneran en su antiguo *habitat* (aziliense) o se prolongan en el norte de Alemania y hacia tierras frías del Nordeste. Es general el predominio, en el Viejo Mundo, de las formas microlíticas en el sílex (tardenoisiense, capsiense, sebiliense, wiltoniense, etc.). Nuevos elementos raciales (braquicéfalos, mediterráneos) se difunden hasta el occidente europeo.

Alguien ha hablado de la primera Edad Media conocida en la historia humana. Sin duda se produjo una cierta crisis en algunos aspectos técnicos y en determinadas regiones, pero en lo fundamental la base de la economía sigue siendo la caza, aunque la recolección acentúa su papel. El arte inicia un proceso de esquematización, aunque ya anteriormente se habían dado ejemplos de simbolismo. La nueva mentalidad artística se refleja por ejemplo en el arte rupestre del Levante español, que corresponde a esta época y en el que la figura humana ocupa un papel importante.

Poco a poco van apareciendo indicios de una próxima transformación. Con el desarrollo de la recolección se alcanza una preagricultura, con molienda de granos. El perro está ya domesticado y con ello se facilitará la domesticación de los restantes animales. Sin duda la cestería, precedente del tejido, alcanza gran difusión y se perfecciona.

El progreso va a precipitarse cuando en el Próximo Oriente se produce, en un plazo relativamente corto, la transformación de la economía y cultura humanas, que justifica el nombre que suele dársele de revolución neolítica.

El cultivo de los cereales y de otras plantas útiles y la domesticación de algunos animales pudo desarrollarse en una fase todavía precerámica. Pero pronto la cerámica, el tejido, el pulimento de la piedra, han transformado las bases económicas de los grupos humanos a la vez que proporcionan al arqueólogo una documentación preciosa y mucho más nutrida que anteriormente. Aquellos inventos llevan consigo el nacimiento de las ciudades, el urbanismo, con hondas repercusiones sociales, políticas y religiosas. Pronto la metalurgia y la rueda acelerarán el progreso que va a culminar en el descubrimiento de la escritura.

Todo este proceso parece que empezó hace unos 8.000 años y se perfeccionó, con la escritura, unos 3.000 años después. Respecto de los focos donde surgieron sus principales factores, es evidente que se hallan en las tierras que a manera de media luna (el creciente fértil) van desde Palestina al norte de Mesopotamia, bordeando el desierto arábigo, desde donde sus influencias pasaron pronto al valle del Nilo y a otras comarcas orientales. Por las fechas del C^{14} que poseemos, Jericó parece ser la primera conocida entre las agrupaciones urbanas neolíticas. Jarmo y un grupo del norte de Siria, aunque más modestas, le disputan la prioridad.

Pero esta revolución surte efecto sólo en una parte de la población mundial. Muchos pueblos siguieron con su vida primitiva durante milenios, o sólo con retraso aceptaron las grandes innovaciones que permitían superar la precaria economía del recolector y del cazador. Para el Occidente, podemos abandonar esa historia primitiva, pues se verá lanzado en una carrera hacia el dominio de la Tierra, que ha de ser relatada por la historia moderna, que dispone ya de textos.

Origen de la población americana

El caso del poblamiento de América presenta notables peculiaridades dentro de la historia primitiva, ya que se trata de un continente aislado, en el que hallamos una población extendida por todo su ámbito, cuyo origen es un enigma y una notable civilización en algunas de sus regiones, cuyas raíces desconocemos. Por fortuna hoy se ha progresado lo bastante en el campo de la prehistoria americana para poder presentar una hipótesis seria sobre tales problemas.

Hoy es seguro que grupos de cazadores con industrias del tipo de las del paleolítico superior, pero con tradición de técnicas más viejas, pasaron del Viejo Mundo a América en sucesivas oleadas, a través del estrecho de Bering o de los puentes que allí se formaron (descenso del nivel marino, hielos) por lo menos hace 30.000 años y probablemente más.

Estos grupos, en persecución de la caza, siguieron hacia los grandes llanos del sur de Norteamérica. Pasaron al continente meridional y alcanzaron el extremo sur de América por lo menos hace 10.000 años. La complicación de todos estos movimientos y de las sucesivas oleadas que llevaron a América grupos de origen étnico diverso y de nivel cultural



¿Ultimas grutas o primeras habitaciones? Las cuevas de Lamouroux, cerca de Brive, albergaron a un importante grupo troglodita. (Foto MTA.)

vario, el aislamiento de los mismos, perdidos en zonas de inmensa extensión, explican el mosaico étnico y lingüístico que los descubridores y el etnólogo moderno han encontrado.

No tenemos todavía restos antropológicos tan antiguos como algunos de los yacimientos líticos. Uno de los más seguros, con antigüedad que puede fijarse alrededor de diez mil años, es el cráneo hallado en Tepexpan, cerca de México.

En la actualidad es tal la intensidad de la investigación y rebusca del «paleolítico» americano, que podemos confiar en que dentro de pocos años se habrán llenado los vacíos actuales en la serie cultural y étnica desde el primer poblamiento hasta las altas civilizaciones de Mesoamérica.

El desarrollo de los pueblos cazadores y recolectores de América siguió hasta desembocar, en las zonas más progresivas (Mesoamérica y zonas andinas septentrional y central) en un neolítico que pudo iniciarse hace unos 5.000 años por lo menos. El problema de su invención aislada o su independencia respecto de los focos del Viejo Mundo, no está resuelto. Acaso les llegó a los americanos la idea de la agricultura tan sólo. En todo caso ellos supieron domesticar una serie de plantas desconocidas en los restantes continentes, en especial el maíz, que constituyó su principal sustento.

Hoy se inclinan los investigadores por suponer que América recibió influencias del oriente asiático a través del Pacífico (arte, astronomía, matemáticas, calendario, escritura) de los pueblos mesoamericanos, como los mayas. Frente al brillo de esas civilizaciones, multitud de pueblos del Nuevo Mundo, arrinconados en zonas difíciles, han conservado hasta el presente formas muy rudimentarias de cultura.



ANDRE VARAGNAC

las ciudades desaparecidas

Al llegar a la aparición del hombre sobre la Tierra, se abandona el terreno de las interpretaciones para estudiar el pasado como objeto de conocimiento propiamente dicho. De la prehistoria pasamos a la protohistoria y luego, a la historia; después del estudio de suposiciones, abordamos el estudio de documentos. Ya no tratamos de nuestros remotos orígenes, casi incomprensibles para nuestra corta experiencia del tiempo, sino de un pasado reciente que nos concierne de cerca: es, en realidad, el tema de este volumen, la herencia del hombre. El cronista dispone de tres clases de documentos, por este orden de antigüedad: los objetos, las piedras y las inscripciones. Al simple instrumento primitivo se añade ahora el testimonio de las construcciones, que confieren una nueva dimensión a la noción de humanidad, al revelarnos la visión de un prestigioso pasado fruto de seres de existencia hasta ahora desconocida.

El hombre paleolítico había conseguido formar, durante las fases finales de la última glaciación, una cultura equilibrada, en perfecta armonía con el ambiente de la edad del Reno. Cuando se produjeron los grandes deshielos de las capas glaciales, la población de Europa y de América del Norte quedó muy reducida y tuvo que buscar en los nacientes bosques la mayor parte de su alimentación. Asimismo, tuvo que limitarse a la caza menor y a los pájaros; por el contrario, la pesca fue más importante. De ahí que se idearan los anzuelos, mallas, piraguas y demás instrumentos indispensables en terrenos pantanosos.

Sin embargo, no será en estas zonas del globo donde se produzcan los progresos más importantes. Rodeado por el Mediterráneo, el golfo Pérsico, el mar Caspio y el mar Negro, el Próximo Oriente gozó desde entonces de dos climas favorables tanto a la vegetación perenne (palmeras, dátiles, olivos, etc.), como a la de hoja caduca. Esta misma zona poseía en estado salvaje las futuras especies de animales domésticos. Finalmente, extensos valles eran periódicamente fertilizados por las crecidas de grandes ríos. Esta asociación de condiciones naturales originó allí la aparición de la civilización neolítica, es decir, el descubrimiento, casi al mismo tiempo, de la agricultura y de la cría del ganado.

Esta doble iniciativa echó las bases de una transformación de la existencia humana, solamente comparable a la de nuestro mundo moderno. Desde hacía un millón de años, el género humano obtenía sus alimentos de la naturaleza con la caza y la recolección. Ahora por primera vez, el hombre producía sus propios medios de subsistencia. De simple recolector pasó a ser productor. El efecto no tardó en manifestarse: en algunos milenios el campo miserable se convirtió en una aldea, luego en un pueblo y finalmente en una ciudad fortificada. La prehistoria tocaba a su fin. Ciudades y pueblos pertenecen ya al dominio de la arqueología.

Los métodos arqueológicos

No existe ninguna barrera que separe la arqueología de la prehistoria, por lo menos en las épocas anteriores a la escritura. En teoría, los mismos métodos son comunes a estas dos ciencias, aunque en la práctica la búsqueda de los restos de una ciudad no puede hacerse con tanta lentitud como la excavación de los estratos de un yacimiento paleolítico.

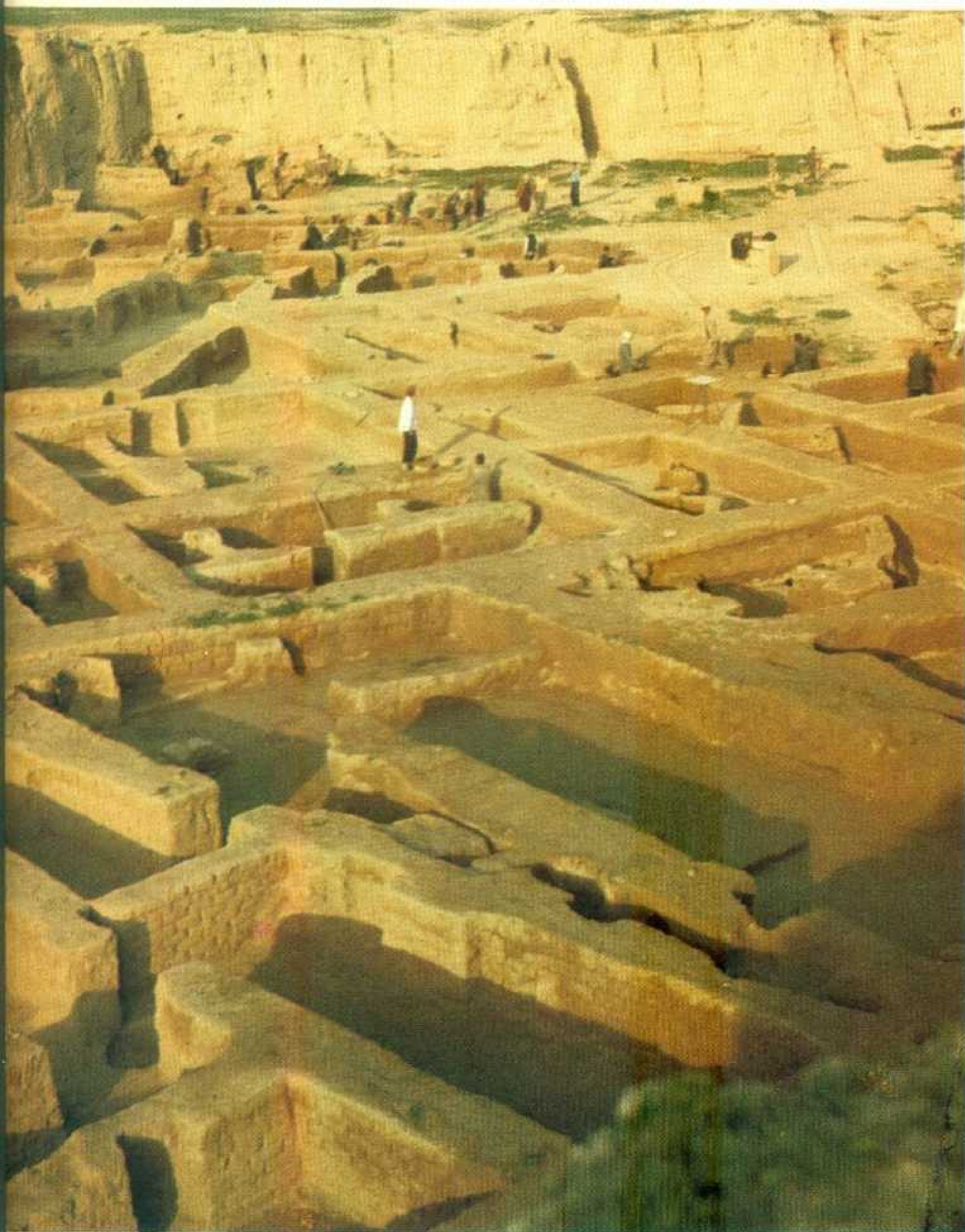
Antes, los prehistoriadores excavaban buscando sólo objetos valiosos. Actualmente deben preocuparse de tomar muestras del terreno para su análisis polínico, de examinar la composición de los estratos geológicos, de recoger con minuciosidad los restos para someterlos al análisis del carbono[14] (que ayuda a fijar las fechas con un error de pocos años), de trazar las tres coordenadas de cada objeto en relación a la cuadrícula previamente establecida sobre el terreno antes de empezar a trabajar. Toda esta recopilación facilitará la formación de estadísticas que revelarán la proporción de cada uno de los instrumentos de sílex en el yacimiento, proporción de la que se podrán sacar deducciones sobre el tipo de vida.

La «diosa-madre», representación femenina del arte neolítico. (Foto Atesa.)

En prehistoria, es el investigador mismo quien exhuma casi con sus propios dedos; para la excavación de una ciudad, equipos bastante numerosos de hombres hacen la mayor parte del trabajo. Por lo menos eso es lo que ocurre con frecuencia. A nadie sorprende que en algunas ocasiones se hayan despreciado los restos de la vida material cotidiana. Muchos arqueólogos concentran su atención en los problemas de la estructura y de la función de los edificios, en las tumbas lujosas y en los objetos rituales.

Sin embargo, en América y en Rusia se tiende a considerar la arqueología como una ciencia auxiliar de la Sociología, o, mejor dicho, de la Antropología cultural. Se trata de reconstruir la existencia del hombre primitivo tomando como base todos los indicios posibles: densidad relativa de la población, estructura de las viviendas, cómo está formada la familia o grupos de familia, los restos de la indumentaria, las armas y las herramientas, su proceso de fabricación, lugares donde se encuentran, su número en proporción a la población, los restos óseos de los animales, la proporción de determinadas especies que demuestran la importancia relativa de la caza, de la pesca, de la cría del ganado, los medios de comunicación, en fin, todo lo que permite adivinar y precisar el género de vida de nuestros antepasados.

En Susa, capital del Elam y residencia de Darío, las excavaciones han permitido descubrir la ciudadela, el palacio, la ciudad real y el barrio popular los cuales se muestran aquí al cabo de 2.500 años. (Foto Viollet.)



La arqueología estudia, a través de la arquitectura, las épocas en que las sociedades se han manifestado. Incluso después de la total destrucción de los edificios quedan huellas en el suelo que la fotografía aérea permite descubrir: diferencias de coloración del suelo o de la vegetación que lo recubre durante ciertas estaciones del año, en determinadas horas o según el estado higrométrico.

Si faltan tales indicios se puede recurrir también a prospecciones eléctricas mediante la medición de la resistencia del suelo, o electromagnéticas o sísmicas, las cuales han sido ampliamente empleadas en Italia para localizar las tumbas etruscas que han sido descubiertas estos últimos años. Estas investigaciones recurren asimismo a sondas especiales provistas de periscopio fotográfico. Este rápido desarrollo de los equipos de prospección es indispensable en el momento actual de grandes trabajos en que se remueven las capas superficiales de los suelos de Europa, destruyendo a menudo yacimientos antes de que se hayan podido reconocer.

¿Cuál es ahora el panorama que estos procedimientos modernos presentan ante nosotros? Todavía existen muchas lagunas que aclarar, muchas zonas inciertas. Sin embargo, las líneas generales se confirman de año en año.

La revolución urbana

Antes hemos dicho que el Próximo Oriente era el foco de las civilizaciones neolíticas. Es posible que desde aquí se extendieran hasta América, pasando por Siberia, siguiendo la vieja ruta de migración que cruza el estrecho de Bering y el de Alaska. En cualquier caso, la agricultura produjo en América central y del Sur los mismos efectos que en Mesopotamia y Egipto: la creación de grandes imperios radicados en ciudades donde se han levantado grandes edificios religiosos y militares.

No sucedió así en Europa continental durante los milenios anteriores al imperio romano, es decir, durante la protohistoria.

Este fenómeno merece estudiarse, pues nos permitirá observar en qué condiciones se formaban las ciudades. En su origen la urbe supone la gran fertilidad de una parte de tierra que permita cosechas abundantes y variadas. Tal ha sido, sin duda, el caso del oasis de Jericó en Palestina, donde todavía hoy, después de ocho milenios, el regadío permite vivir a varias decenas de millares de refugiados árabes. Di-



En Biblos los arqueólogos han descubierto los ruinas de 20 ciudades sucesivas, edificadas desde 5.000 años antes de J.C. hasta nuestros días. En primer plano de la foto se ven las murallas preamoritas (2.500 años antes de J.C.); en segundo plano, la primera edificación urbana (3.000 años a. de J.C.), y al fondo, la villa romana. Los importantes restos arqueológicos se conservan en el museo de Beirut. (Foto Frid. Schwitter.)

versas excavaciones han descubierto allí importantes fortificaciones, incluso una gran torre. Esta es la ciudad más antigua que conocemos.

El país de Mesopotamia conoció una prosperidad envidiable a partir del quinto milenio antes de J.C., gracias a la fertilidad de los valles del Tigris y el Éufrates, y no tardó en surgir toda una aglomeración de pueblos vecinos. En el cuarto milenio, el «Creciente fértil» del Próximo Oriente y Egipto había alcanzado un alto nivel de vida urbana. Este núcleo civilizador no podía dejar de irradiar. Cuanto más aumenta la densidad urbana más se extiende el vecindario agrícola que le sirve de base económica y cuyos productos alimentan a la ciudad. Este fenómeno se repitió en el siglo XIX cuando las fábricas hicieron crecer la urbe europea.

En el cuarto milenio, las ciudades de Mesopotamia habían inventado la escritura para solventar las necesidades de sus intercambios comerciales y de su naciente industria: de ellas nos han quedado manuscritos con los cuales comienza la historia. Pero las conquistas colonizadoras que el Próximo Oriente extendía por igual hacia Occidente y hacia China se debían a emigrantes tan analfabetos como aquellos que embarcaron el siglo pasado en el puerto de El Havre para dirigirse a Nueva York.

Estos aventureros del cuarto milenio echaron los cimientos de la Europa actual; todo esto pertenece a la historia sin texto, es decir, a la protohistoria. En realidad, la colonización de Europa había ya empezado. Comunidades pobres de agricultores y pastores se habían establecido en Macedonia y se aventuraban hacia las selvas vírgenes para transformarlas en tierras fértiles.

Podemos decir que desde el quinto milenio hasta nuestros días la historia de Europa ha estado marcada periódicamente por avances progresivos. Primeramente fueron muy pequeños: los grupos de colonos neolíticos llegados de Anatolia, sea a través de los Balcanes hacia el valle del Danubio, sea costeando las orillas del mediterráneo con sus naves, no





sabían de agricultura más que preparar los terrenos quemando la vegetación existente. Así las cenizas fertilizaban el suelo y la primera cosecha siempre era abundante. Pero al año siguiente era preciso preparar un nuevo terreno. En estas condiciones los pueblos necesitaban cambiar de residencia cada quince años. De este modo, estos primeros campesinos, huyendo siempre hacia occidente y al norte llegaron finalmente a las costas bretonas y bálticas.

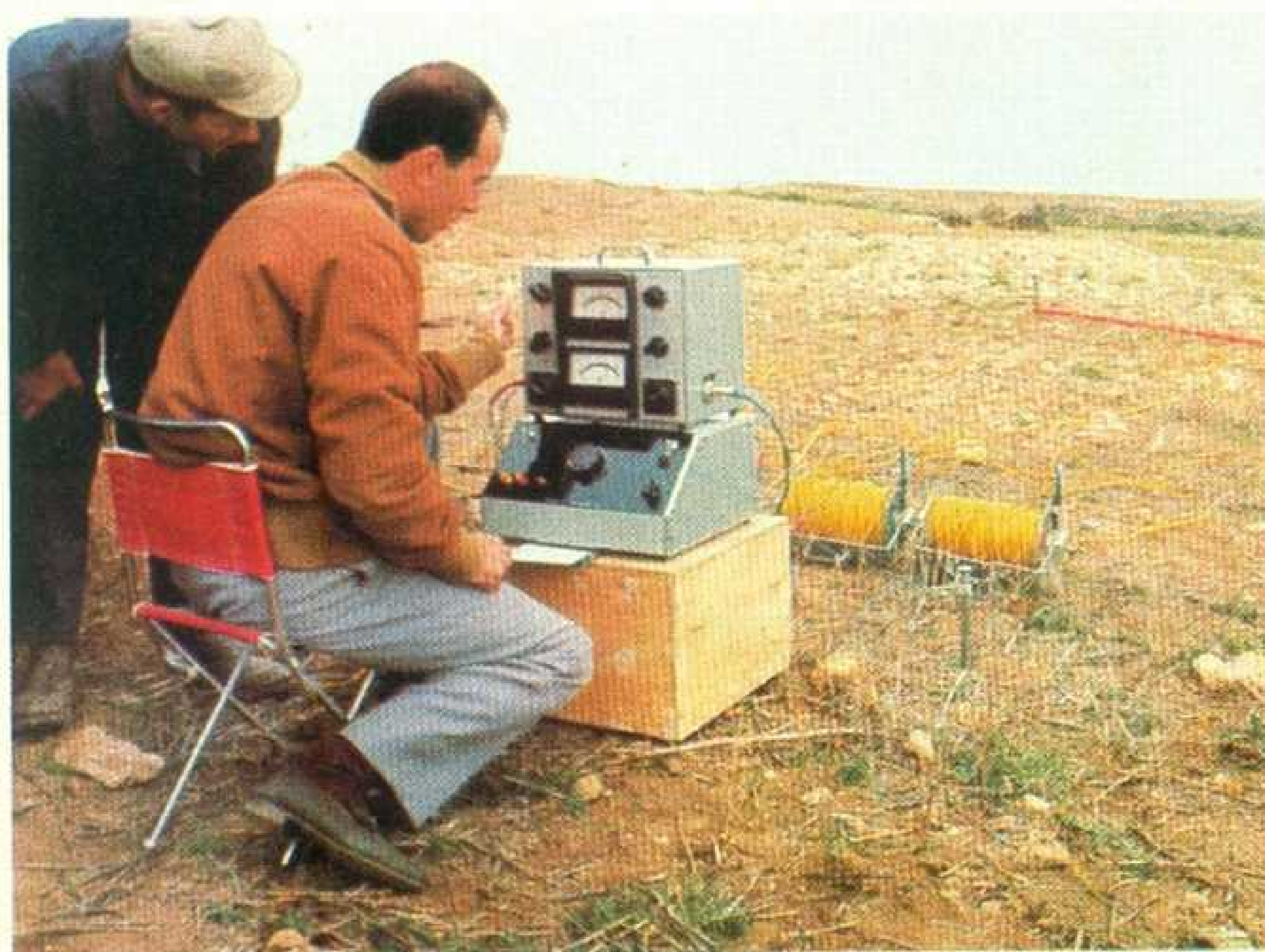
Estas emigraciones se hicieron, cada vez más, por vía marítima a lo largo de las costas del mediterráneo, a medida que las balsas primitivas se convertían en barcas y luego en grandes piraguas capaces de aventurarse en alta mar.

Pero considerar tan sólo el aspecto económico de un fenómeno humano tan importante, sería hacerlo demasiado simple. Sin duda la economía europea del siglo XV es una de las causas más importantes para explicar por qué Cristóbal Colón se embarcó hacia el Nuevo Mundo; pero también sabemos que los descubridores iban animados de intenciones religiosas. Del mismo modo debemos observar que, a partir de los últimos siglos del cuarto milenio, los colonos neolíticos construyeron en la Bretaña los primeros edificios religiosos: los monumentos megalíticos.

Misioneros y predicadores conocen demasiado poco esta religión, la más antigua de todas, de la que apenas se habla por la sencilla razón de que, como ejemplo de libros sagrados, sólo nos ha dejado muestras de nuestra arquitectura más antigua. Sin embargo, debió de ser una religión importante, a juzgar por el sorprendente alcance de su expansión. En la protohistoria esta religión une por primera vez el Próximo Oriente con el Extremo Oriente, construyendo tumbas monumentales en tierras tan lejanas como Irlanda, Escocia y las islas Orcadas. Poco antes de la era cristiana vuelve a empezar su expansión, esta vez hacia Asia. El megalitismo aparece en la India y en Indonesia y, a través de los desiertos de Asia central, llega hasta Corea. Su área de difusión puede compararse con las del budismo, el cristianismo o el islamismo. Recientemente se practicaba en Madagascar, y aún hoy en Birmania.

La religión megalítica no ha podido tener como propagadores a los colonos neolíticos, ya que éstos penetraron en Europa por la vía continental del valle del Danubio. Sus misioneros eran navegantes. Salidos sin duda de las costas de Palestina, transformaron Malta en una tierra de peregrinaje, colonizaron Sicilia, Cerdeña, las islas Baleares y se establecieron firmemente en la península Ibérica y el sur de Francia. Desde aquí se dirigieron hacia la Vandée y la Bretaña, luego a las islas Británicas, llegando incluso por el mar del Norte a la península de Jutlandia y al sur de la península escandinava. Resulta conmovedor pensar que estas mismas vías marítimas iban a ser, 3.000 años más tarde, los mismos caminos de los evangelizadores cristianos.

Una de las maravillas resucitadas por la arqueología es el estandarte de Ur, hallado en una tumba real. En este fragmento se muestran las actividades de los sumerios en tiempos de paz. (Foto British Museum.)







Nuevos procedimientos han hecho posible que la arqueología progresara rápidamente en el curso de los últimos decenios. Hoy día se pueden hallar las huellas dejadas por civilizaciones antiguas, midiendo la resistencia eléctrica del terreno (foto superior), o por prospección sísmica del suelo (foto central). También se puede utilizar la fotografía aérea (foto inferior: huellas de dos fosas rituales de la edad de bronce en Breteuil, Oise) que permite apreciar mejor todas las huellas. (Fotos superior y central del Instituto Lerici, Roma; foto inferior, Agache.)

Descubrimiento de nuevas fuentes de energía

Los colonos neolíticos y las gentes de los megalitos no trajeron de una sola vez a Europa todos los progresos de la civilización urbana, pues apenas nacida, esta civilización basada en la producción de cereales y en la cría del ganado, se había perfeccionado de una forma extraordinaria, creando, como la actual civilización, toda una red de nuevas fuentes de energía que multiplicaban el poder del hombre.

El progreso de las sociedades humanas depende principalmente de esta captación sucesiva de fuentes de energía auxiliares. A este respecto, el género humano ha conocido sólo dos períodos verdaderamente revolucionarios: en primer lugar, esta urbanización oriental que empieza en el neolítico, entre el séptimo y el sexto milenio y alcanza su máximo apogeo hacia el tercer milenio; y en segundo lugar, el período que corresponde a la moderna industrialización.

En el tercer milenio, las ciudades orientales descubrieron cuatro nuevas fuentes de energía. La cría del ganado permitió utilizar algunos animales primeramente para la carga y luego como bestias de tiro. En sus orígenes, eran bueyes y asnos salvajes que servían para realizar los transportes sobre nieve. Pero pronto en Oriente se inventó la rueda, cuyo origen no nos es bien conocido. Puede proceder del berbiquí neolítico convertido en piedra rotativa, o quizá de los rodillos que empleaban para el traslado de los grandes bloques de piedra utilizados en su arquitectura. En cualquier caso, el carro primitivo probablemente es contemporáneo del arado, cuya cuchilla surcaba la tierra y la vertía por igual a ambos lados. El empleo de la fuerza animal, que apareció tardíamente en Europa, tuvo profundas consecuencias sociales. Hasta entonces los trabajos agrícolas se realizaban con la azada y se reservaban a la mujer, símbolo de la fertilidad, de lo que resultó que la mujer obtuvo la supremacía social, el matriarcado (que aún podemos observar en los pueblos de Minengkabau de Sumatra). Pero con el arado comenzó a intervenir el hombre, guardián de los animales; así pasó a ser dueño de la agricultura e instauró el patriarcado.

Al mismo tiempo que se multiplicaban las ciudades capitalizando los bienes de consumo, nacía la rivalidad entre ellas. Las guerras se resolvían normalmente pasando la población vencida al estado de esclavitud. Con ello la vencedora obtenía una gran cantidad de mano de obra y pronto se impuso la organización de equipos que fueron los verdaderos motores humanos colectivos y sin ellos no hubiera podido desarrollarse la arquitectura. El esclavo era una pieza


de múltiples servicios y por eso llegó a ser el factor esencial de la vida económica hasta el imperio romano. La creación de los galeotos debía compensar relativamente la inconstancia e incertidumbre de los vientos en el mar Mediterráneo.

Hacia el año 3.400 antes de J.C. apareció en el Nilo el primer barco de vela que permitía remontar el curso del río gracias a la frecuencia de los vientos del norte en Egipto. La influencia de los eolios obligó a crear verdaderos navíos.

Este medio de propulsión había de servir, aún en los siglos XV y XVI, para los descubrimientos del Nuevo Mundo.

Durante este mismo cuarto milenio hubo otro gran descubrimiento que probablemente se hizo por casualidad. Los pueblos neolíticos conservaban sus reservas de grano en depósitos de tierra cocida, lo cual dio origen a un gran desarrollo de la alfarería. Sin embargo, estas mercancías almacenadas podían estropearse a causa, sobre todo, de influencias maléficas. Para protegerlas de estas influencias se utilizaron vasijas con signos en su parte exterior. El color parecía ser la mejor de las protecciones. Se recogían, pues, trozos de mineral, se colocaban en hornos y al fundirse tomaban la forma del recipiente que los contenía. Se había inventado la metalurgia. Pero el camino experimental, desde la sencilla reducción de las piritas hasta el conocimiento de la aleación que llegó a dar el mejor bronce iba a ser muy largo. Nunca se hubiera podido realizar con éxito todo esto sin la existencia de las teocracias urbanas. Fueron los sacerdotes de los templos orientales quienes invirtieron una parte de su riqueza para el mantenimiento constante de grupos de artesanos creadores de las mejores herramientas y armas. Algunos colonos megalíticos trajeron a España, y más tarde a todo el extremo occidente, la industria del cobre. La aparición del bronce llegó por otro camino: por la vía continental de los pueblos indoeuropeos en el curso del segundo milenio.

De este modo la revolución urbana completaba la revolución neolítica mediante la creación de cuatro fuentes de energía desconocidas: los motores animales, los motores humanos colectivos, la vela y el fuego industrial. Esta transformación iba acompañada de un invento capital en el dominio de la inteligencia: el de la escritura, sobre el cual se insistirá en el próximo capítulo. La escritura era necesaria no sólo al comerciante viajero, sino también al artesano sedentario. Las ciudades de Mesopotamia exportaban hacia el golfo Pérsico en donde esperaban barcas que navegarían hacia las Indias. Este trasbordo de cargas exigía la escritura. Además, había que anotar las aleaciones de metales. Tanto el bronce como la vela reclamaban al escriba.



La escuela italiana de arqueología ha obtenido resultados sorprendentes con la utilización de sondas especiales, provistas de periscopios fotográficos. Con este procedimiento se han podido fotografiar en Tarquinia, Hungría, admirables frescos que había en tumbas etruscas aun no violadas. Las fotos nos muestran una serie de vistas obtenidas por este procedimiento con película Minox. La cámara fotográfica giraba lentamente sobre sí misma, de suerte que la yuxtaposición de estas imágenes, ha permitido reconstruir los frescos completos de esta tumba, llamada de las Olimpiadas, antes de ser abierta. (Foto Lerici.)



JAMES G. FEVRIER


BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

los documentos escritos

El estudio de las ciudades confería a nuestra investigación un aspecto enteramente nuevo; pero no podríamos hablar todavía de un mensaje explícito. La aparición de la escritura trastorna totalmente la noción de continuidad histórica. Desde el momento en que el lenguaje se inscribe en piedra o pergamino, el historiador ya no reconstruye una civilización, sino que la descifra interpretando los términos que de una manera inmediata se ofrecen a sus sentidos: los antepasados nos hablan. La protohistoria deja paso a la historia y la epigrafía toma el relevo de la arqueología.

La escritura queda definida por sus relaciones con el lenguaje. En un principio, la escritura era por completo ajena al lenguaje pues sólo expresaba el pensamiento y movía a la acción. En este estado tan primitivo se hallan todavía los sistemas de señalización en las carreteras. Pero hay que reconocer que al mismo tiempo completaba el lenguaje, pues las palabras se las lleva el viento, mientras que la escritura permanece como signo durable.

Cuando la escritura llega a ser el eco del lenguaje, con mayor o menor rigor, se le otorga ya su verdadero nombre: «*Verba volant...*» Todo texto escrito, por más insignificante que sea, siempre es un documento para el historiador.

¿Dónde empieza y dónde termina la escritura?


La pregunta es de difícil respuesta, pues aun refiriéndonos solamente a la manera de expresar por escrito las palabras, nos quedamos sorprendidos de la ingeniosidad desplegada en elegir los signos que forman la escritura.

Hace cinco mil años los sumerios, y más tarde los acadios, utilizaban tablitas de arcilla y una especie de punzón o estilete. Estos medios arcaicos nos parecen muy apropiados cuando pensamos que las bibliotecas asiriobabilónicas, al contrario de las nuestras, eran inatacables por los incendios; el fuego, al cocer las tablillas, las hacía más indestructibles todavía. El egipcio grababa cuidadosamente las inscripciones monumentales sobre la piedra, mientras que en el uso corriente trazaba sus caracteres sobre unas hojas de papiro mediante un junco que mojaba en la tinta. El fenicio y el griego se servían de una caña con filo. Para tomar notas, los romanos utilizaban unas tablillas de madera untadas con cera y trazaban las letras con una punta del «estilo», y la otra, más achatada, les servía para borrar alisando nuevamente la cera. En el sur de la India, los cingaleses se sirven de un estilete y de hojas de palmera. Las runas escandinavas podían ser grabadas sobre madera, así como sobre piedra o metal. En las costas del mediterráneo se utilizaban las «ostracas», trozos de cerámica rota, sobre los cuales se escribía con tinta. Los chinos escribían sobre seda con un pincel.

Del mismo modo que parece extraño que la población precolombina, llegada a un alto grado de civilización, ignorase la rueda y por consiguiente los animales de tiro, asimismo es imposible concebir cómo un pueblo ya en desarrollo pueda ignorar la escritura; sin embargo, éste fue el caso de nuestros antepasados indoeuropeos. Una memoria prodigiosa tenía que suplir a la escritura. Así ocurrió entre los antiguos polinesios.

La verdadera escritura presupone la existencia de un medio estable y relativamente civilizado. Por tanto, entre las poblaciones agrícolas concentradas en las tierras de aluvión — las únicas por entonces cultivables —, es donde deben buscarse las primeras huellas de la escritura. Y en efecto, la escritura nació en Babilonia, en Egipto y en China. Los pueblos cazadores del paleolítico superior no parecen haber conocido otra escritura que la de los signos grabados, usados todavía entre las poblaciones primitivas actuales.

Ideogramas sumerios grabados sobre «calcane» unos 3.000 anos antes de J.C. (Foto Atesa.)



Una comunidad sedentaria exige una actividad jurídica, administrativa y comercial lo suficientemente compleja como para necesitar la escritura. En muchas partes la escritura comenzó por la necesidad de anotar cifras y fechas. Parece que esto es lo que ocurrió entre los mayas que vivían en el actual Yucatán.

En fin, una creación de este tipo supone, además de un ambiente estable, una clase intelectual formada por los escribas — hoy día diríamos pasantes —, que hagan posible el acceso a la cultura; ya que, sea cual sea la forma, una escritura es más complicada cuanto más primitiva.

Las brumas del tiempo

Si consideramos como escritura todo signo grabado o pintado, ideograma o medio mnemotécnico, se puede afirmar que ha sido inventada en todas partes y que se está reinventando en cada momento. Los brujos, los sacerdotes, los curanderos de los pueblos primitivos se servían de una lista de signos para recordar el orden en que debían recitar sus oraciones y hacer sus largos sortilegios. Pero si por escritura entendemos sólo un conjunto de signos que tienen idéntico valor para todos los entendidos, entonces habrá que estudiar dónde apareció primero y en qué tiempo. La escritura sumero-acadia aparece en Babilonia hacia el año 3500 ó 3400 antes de J.C.; la egipcia, algunos siglos más tarde, y la china hacia el 1400 antes de J.C. Pero, mientras la acadia y egipcia las conocemos desde su origen, la china la conocemos en un momento avanzado de su desarrollo. Situar el origen de la escritura es un estudio importantísimo, pues parece que la totalidad de las escrituras utilizadas actualmente en el mundo derivan, directa o indirectamente, de las escrituras egipcia o china. Debemos, pues, continuar nuestra búsqueda por otros caminos.

Las primeras etapas de la escritura

Las formas embrionarias de la escritura se podrían llamar «sintéticas», puesto que cada signo empleado, en vez de corresponder a una palabra, a una sílaba o a una letra, expresa una frase o una idea. Si el término no se prestara a confusión, sería aún más adecuado llamarlas «ideográficas». La escritura sintética se ha empleado en todos los tiempos y todas las civilizaciones; ante una señal determinada de la circulación, el automovilista piensa: «peligro». Del mismo modo, cuando un indio dibuja sobre una tablilla de madera un río, un hombre y una choza, hay que saber leer lo que quiere decir: «allí donde los ríos se encuentran, Dios ha co-

Inscripción de Teglath-Phalazar, rey de Asiria el año 1150 a. de J.C. La traducción de esa inscripción, que se llevó a cabo en 1857, demostró que la escritura babilónica era polifónica. (Foto British Museum.)

locado para vuestro provecho un refugio». Una escritura de esta índole está reducida a un círculo limitado de iniciados que hagan uso de ideas restringidas, mientras que la vida cotidiana encierra una infinidad de ellas.

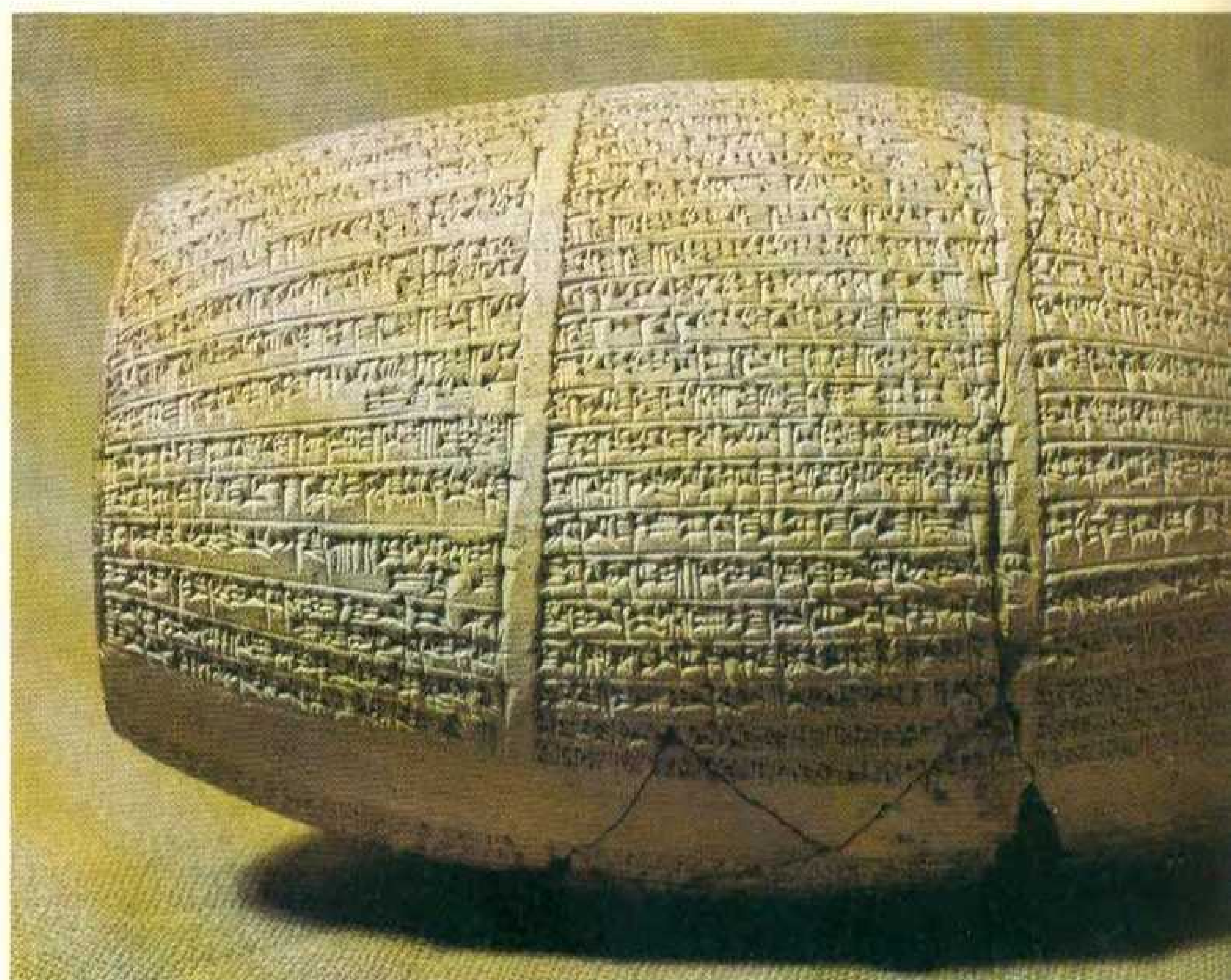
Se franquea una etapa importantísima cuando los signos empiezan a significar palabras y no ideas. A partir de este momento, la gran cantidad de signos necesarios puede reducirse a algunos millares para el uso corriente y se obtiene una correlación sin ambigüedad entre el lenguaje hablado y la escritura, que no es otra cosa que su reflejo. Así es la escritura china.

La escritura china

Los primeros textos llegados a nosotros son del siglo XIV antes de nuestra era. Estaban grabados sobre escamas de tortuga y eran inscripciones que servían para el culto a la divinidad, en las que cada signo correspondía a una palabra. El dibujo estaba ya muy estilizado y no permitía descubrir a primera vista la representación primitiva. Cuando se aplica a un objeto material, la palabra está representada ordinariamente por la imagen del objeto, mas para expresar cosas abstractas se emplean los movimientos del lenguaje mímico, o bien se añaden unos trazos a un signo ya existente. Así la palabra «falsedad-maldad» está formada por la triple yuxtaposición del signo «mujer». Este elemento «fonético» representa sólo una palabra suelta. Más tarde, el poder imperial, después de haber unificado la política del país empezó a unificar la escritura y a hacerla más fácil. A cada elemento fonético se le añadió una «clave», signo que indicaba de forma muy general una clasificación. Estas claves, en número de 214, se agrupan en 17 categorías, y en los diccionarios las palabras están clasificadas por grupos según las diversas categorías y claves a que pertenecen.

Esta escritura es el tipo perfecto de la que denominamos «escritura ideográfica», aunque es preferible llamarla escritura de palabras. En chino, la palabra es una especie de átomo irreducible que, con frecuencia, lo mismo puede ser un verbo que un nombre o un adjetivo. La frase china está formada por la yuxtaposición de monosílabos, cuya función gramatical está determinada por el lugar que cada uno de ellos ocupa en la frase o por la significación peculiar que les confieren algunas palabras auxiliares.

Si esta escritura se ha adaptado admirablemente a la lengua china, no por ello deja de ser extremadamente complicada a causa de la cantidad de signos, que se calculan en varias decenas de millares. Además, parece ser que al principio este tipo de escritura era patrimonio más o menos secreto de un grupo de especialistas. Exige una prodigiosa memoria para retener los signos, íntimamente ligados con la caligrafía. Relacionado con esto está la pintura. El artista no pinta directamente el motivo que observa, sino que lo contempla largamente y después lo crea de nuevo. El principio mismo de la escritura china no ha cambiado desde su creación, pero con el tiempo ha tomado un carácter artificial y se ha separado del lenguaje. Los dialectos actuales no representan ni el estado fonético ni la gramática del antiguo chino sobre el que se había calcado la escritura.



Este cilindro en forma de barril lleva una inscripción de Nabodino, rey de Babilonia, del año 556 a. de J.C. referente a la reconstrucción del templo de Samos y a su fundador Narán-Sin. (Foto British Museum.)

La escritura china es, según la expresión de B. Karlgren, una especie de «esperanto para los ojos». En principio, el mandarín, hablado actualmente en Pekín, es la lengua oficial; pero cualquier chino instruido, sea cual sea su dialecto, puede leer y comprender un texto en lengua oficial. Poca importancia tiene si pronuncia los caracteres de distinta forma que el que los ha escrito. Los eruditos chinos no cesan de aportar argumentos y afirmar que su escritura es universal y puede aplicarse a cualquier otra lengua; pero los esfuerzos casi desesperados desplegados actualmente para elaborar una escritura más sencilla y más práctica nos hace desconfiar. De todas formas, las consideraciones históricas dirán su última palabra.

Las transformaciones de la escritura de «palabras»

En Mesopotamia hacia el año 3500 antes de J.C. y en Egipto algunos siglos más tarde, nació una escritura de tipo análogo a la china.



En la antigüedad la escritura tenía una función mágica. Los agoreros sumerios predecían el futuro leyendo las inscripciones de este trozo de arcilla del segundo milenio antes de J.C. (Foto British Museum.)

El lenguaje, tanto entre los sumerios como entre los acadios que suplantaron a los primeros, o entre los egipcios, se adaptaba mal a la escritura de palabras. Por esta razón, los primeros adoptaron una escritura silábica y los egipcios introdujeron la consonántica, aunque fueron otras civilizaciones posteriores las que perfeccionaron este tipo de escritura.

La escritura sumero-acadia

La palabra no es un bloque invariable, un elemento irreducible. El sumerio la modificaba, según su función, mediante prefijos, sufijos e incluso con infijos. El acadio, lengua semítica, iba más lejos aún y a menudo transformaba todo el vocalismo interior de la palabra.

En la base misma de la transformación que va a tener lugar está el sistema del *jeroglífico*. Sistema que, de hecho, volvemos a encontrar en la escritura china y maya, pero sin que tenga análogas consecuencias. Para evitar la multiplicación de los caracteres, el escriba emplea el mismo signo para palabras cortas que se pronuncien más o menos de la misma forma. (En castellano, el dibujo de una colmena podría tener la significación básica de miel y, por parecido fonético, también de piel, hiel, fiel.) Luego, el escriba utiliza un signo de determinada pronunciación para designar un sufijo, un infijo o una desinencia. Desde este momento, la escritura se transforma poco a poco en *fonética*. El signo ya no representa una idea sino un sonido. Los sumero-acadios fueron más lejos aún. Realizaron, por así decirlo, una fusión de este átomo que es la palabra. Los signos añadidos con sonido propio sirvieron también para descomponer una palabra larga en sílabas, cada una designada por el signo fonético correspondiente.

Por desgracia este esfuerzo se interrumpió a mitad de camino. En la escritura sumero-acadia encontramos mezclados caracteres que pueden utilizarse indiferentemente como *ideogramas,* como *signos de sílabas* o como *determinativos* análogos a las claves chinas. Para acabar con este rompecabezas, los alumnos debían consultar infinidad de léxicos, algunos de los cuales se han conservado hasta nuestros días. También se alteraba la forma de los caracteres. El dibujo original, trazado con un punzón sobre una tablilla de tierra cocida, adquiere muy pronto una forma discontinua, llegando a ser difícil su identificación. A simple vista parece un grupo de cuñas (escritura cuneiforme).

Dejando aparte sus defectos, esta escritura, muy poco transformada, fue adaptada por los hititas y subsistió casi hasta nuestra era.

La escritura egipcia

La escritura egipcia tiene tres formas: la jeroglífica, la hierática y la demótica. La escritura hierática sólo es la cursiva de la jeroglífica y aparece casi al mismo tiempo que esta última. La escritura demótica, otra cursiva mucho más evolucionada, nos es conocida sólo a partir del siglo VII antes de nuestra era.

La escritura jeroglífica, llamada también escritura madre, es la que presenta el mayor interés. Sus textos son como cuadros donde las representaciones humanas, de animales, de plantas, de utensilios, de miembros están yuxtapuestos en un desorden aparente. Durante su larga existencia (más de tres milenios) ha conservado casi invariables los caracteres primitivos; he aquí una primera diferencia que la distingue de la escritura sumero-acadia, la cual ha evolucionado toda ella como un solo bloque.

En la época predinástica encontramos ya documentos que contienen un esbozo de lo que he llamado escritura sintética; pero esto no impide que durante la primera dinastía, hacia el año 3000 antes de nuestra era, aparezca una escritura verdaderamente formada. En ella vemos no el resultado de una evolución popular y anárquica, sino el de una reflexión sistemática.

La escritura egipcia tomó también los elementos fonéticos, probablemente por el mismo procedimiento que la sumero-acadia. Pero en la egipcia la descomposición de la palabra y la creación de signos fonéticos obedecen a un criterio

diferente del de los sumerios y que nos resulta muy raro a los occidentales. Así como la estructura sumeria se fracciona en sílabas, la egipcia conserva solamente las consonantes, de modo que la estructura sustancial de la palabra es meramente consonántica.

En efecto, el antiguo egipcio forma parte del grupo camita que, a su vez, está emparentado con el grupo semita. En estas lenguas, el esqueleto consonántico de la palabra es el que indica el sentido, en tanto que la función gramatical es sugerida no sólo por la situación de los prefijos y sufijos, sino de manera esencial por la colocación de las vocales interiores.

La escritura jeroglífica, debido a la minuciosidad y belleza de sus signos, revestía un carácter decorativo que la hacía más propia para las inscripciones monumentales.

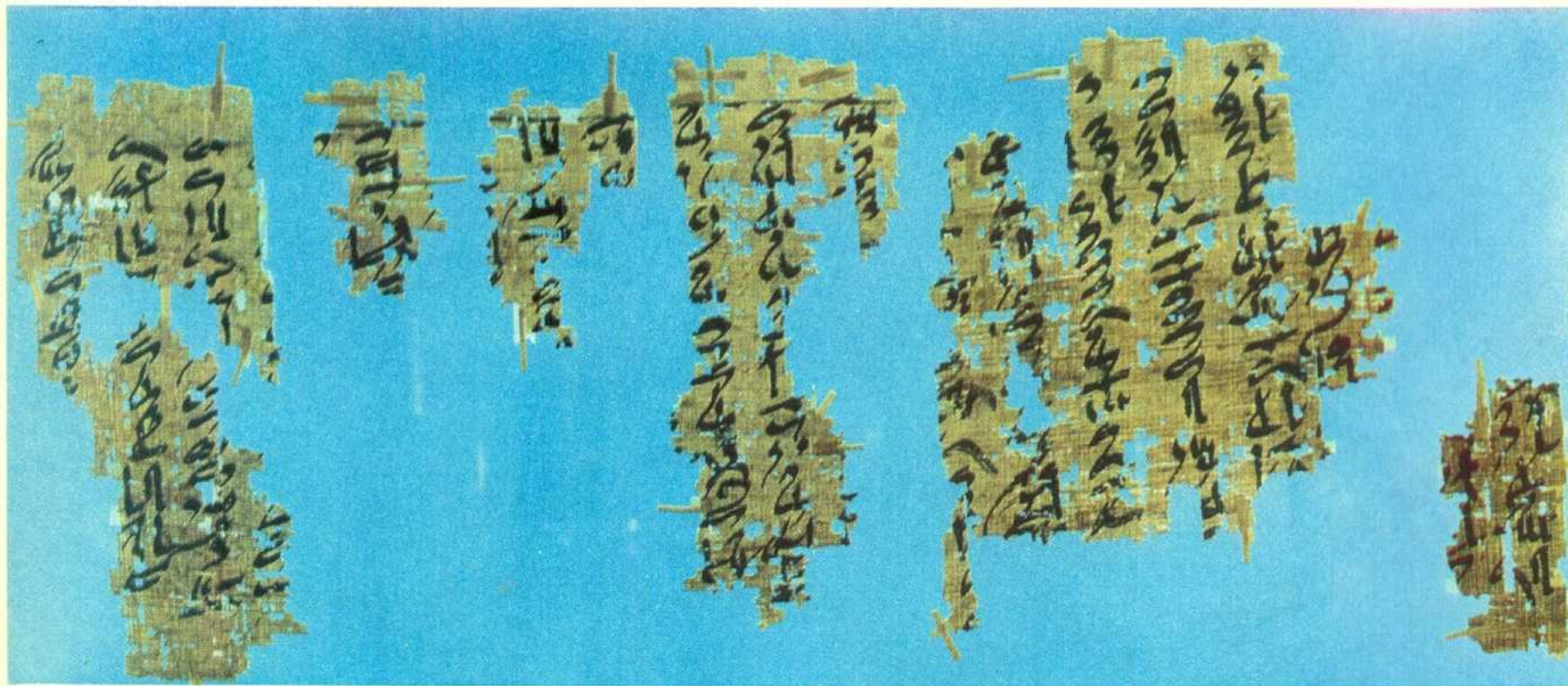
El origen del alfabeto

El principio de la escritura consonántica fue adoptado por un pueblo semítico, los fenicios, cuya innovación esencial consiste en suprimir radicalmente todos los signos de escritura excepto las consonantes simples. No les hacen falta ni ideogramas ni claves ni signos consonánticos complejos: un alfabeto de 22 letras basta para todo. Esta simplificación maravillosa entraña una internacionalización y una democratización de la escritura, puesto que ya no hacen falta largos y fastidiosos aprendizajes en las escuelas de los escribas. Es posible que esta reforma fuese preparada por los mismos escribas egipcios que necesitaban poner a disposición de los obreros semitas, que trabajaban para ellos en las minas de turquesa del Sinaí, una escritura simplificada. Sea como sea, hemos observado la evolución de esta escritura, desde los textos llamados protosinaíticos hasta los denominados protocananeos, para llegar por último a la escritura propiamente fenicia que encontramos por primera vez en Biblos en el siglo X antes de nuestra era.

Esta escritura, que es utilizada aún hoy día por algunos sacerdotes samaritanos, dio origen a una numerosa familia: la antigua escritura hebraica y la púnica son sus descendientes más directos; la escritura aramea empleada actualmente en su modalidad árabe y que ha dado origen, quizá, a la *kharesthi* india y probablemente a la *brahmi;* por fin, el alfabeto griego, que es la fuente del alfabeto latino y que juntamente con éste, está en la base de toda la cultura de occidente.

Hacia el año 900 antes de nuestra era se forma el alfabeto griego. Para este tiempo las civilizaciones orientales y extremo-orientales ya tienen, gracias a su escritura, una literatura abundante, fuente inapreciable de documentos, como inscripciones monumentales, cartas particulares, contratos, himnos religiosos y poesías. Por el contrario, nuestros antepasados indo-europeos no tenían todavía literatura, ya que

El documento escrito revela al historiador parecidos e influencias no conocidos hasta su hallazgo. Por ejemplo, al descifrar algunos textos egipcios, se ha encontrado una estrecha relación entre ellos y la Biblia. Este es el caso de los «Preceptos de Ptah Hotep», obra de un ministro del Faraón Isesi, el año 2450 a. de J.C. La foto muestra una copia de estos Preceptos, *escrita sobre papiro en caracteres hieráticos. (Foto British Museum.)*



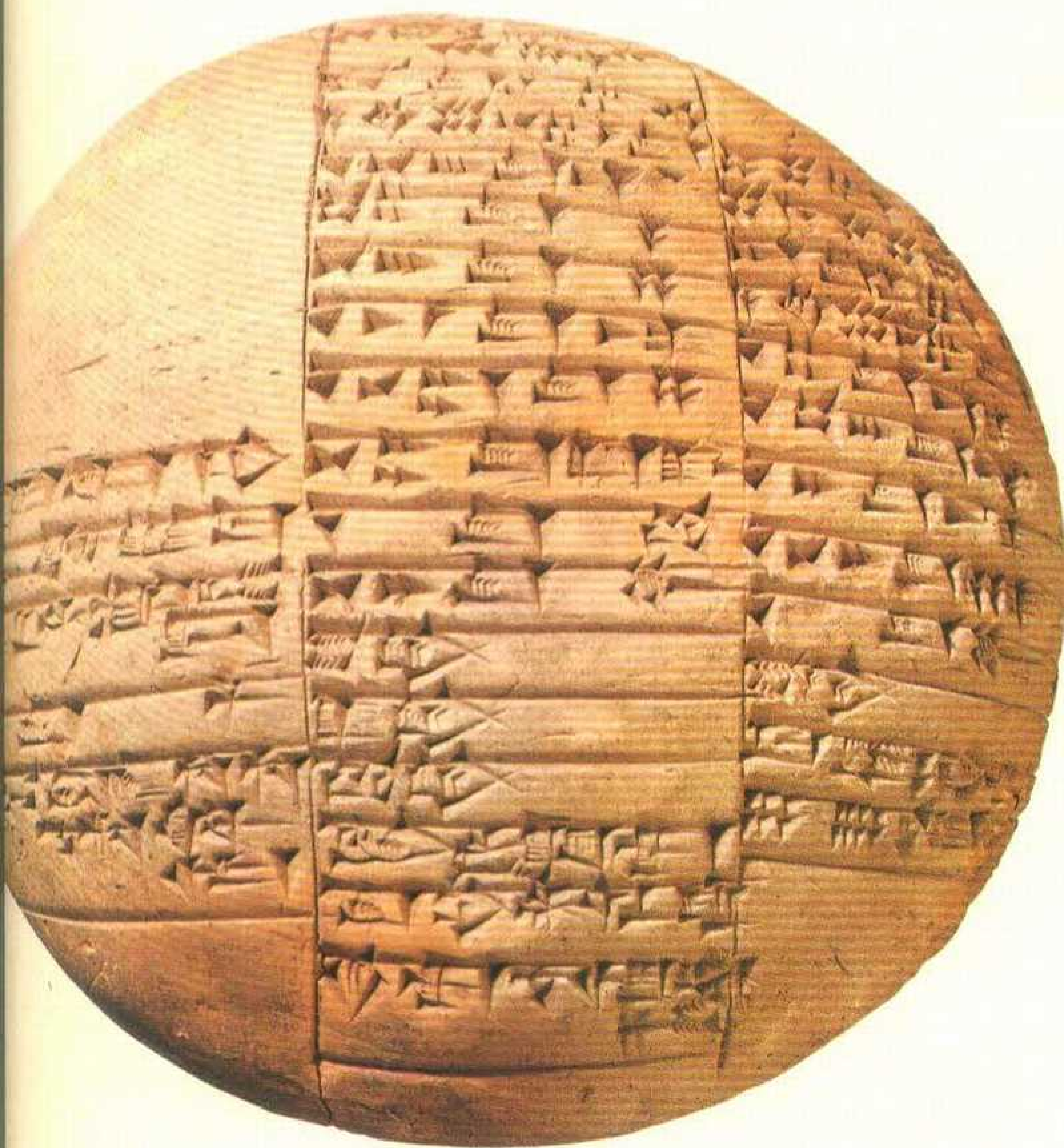
aún estaban en el estadio de la tradición oral; tan sólo los griegos consiguieron formar una escritura más o menos correcta, adaptada a su lengua, tres o cuatro siglos antes de adoptar la escritura consonántica fenicia.

El Próximo Oriente entra en el campo de la historia con un adelanto de más de dos milenios sobre los pueblos indoeuropeos.

Los griegos forjan el alfabeto

La creación del alfabeto por los griegos será siempre un enigma. En principio nada hay más sencillo. Egipcios y fenicios habían aislado las consonantes; por su parte, los sumero-acadios (sin duda también los egeos) habían llegado a separar la sílaba y, por consiguiente, la vocal formó por sí sola una sílaba. ¿Qué cosa más natural que fusionar los dos sistemas y mezclar los signos consonánticos y los vocálicos?

Inscripción cuneiforme de Rammán-Ninari II. (Foto British Museum.)



El alfabeto griego se presenta como un análisis racional e integral del lenguaje que acaba por yuxtaponer en el mismo plano los elementos concretos que pueden ser pronunciados separadamente y los elementos abstractos perceptibles sólo en combinaciones fonéticas. Lo podemos comparar al matemático que en sus ecuaciones usa números reales al lado de números imaginarios. El verdadero alfabeto es, pues, algo artificial. Se opone a los sistemas de escritura que yo llamo *neosilábicos* (escritura etíope, escritura india), en los cuales la forma material del signo consonántico cambia según su timbre vocal, y por consiguiente la sílaba es la unidad fonética. Para realizar materialmente su concepción sobre el alfabeto, los griegos tomaron de los fenicios la forma de sus letras; por otra parte, dieron un valor de signos vocálicos a ciertos caracteres consonánticos que no tenían equivalencia alguna en su propia lengua.

El alfabeto antiguo, después de haberse desarrollado rápidamente por la agregación de algunas letras nuevas, se ha dividido en dos grandes grupos. El alfabeto oriental quedó convertido en alfabeto griego; el alfabeto occidental se convirtió en alfabeto latino, siendo empleado este último por todos los pueblos de toda la Europa occidental y del nuevo continente.

El alfabeto a la conquista del mundo

La concepción del alfabeto no ha cambiado en absoluto desde hace 3.000 años. Se ha extendido de un extremo a otro de la Tierra por su fácil adaptación a los distintos tipos de letras que exigen sólo la introducción de algunos caracteres suplementarios.

El alfabeto griego ha dado origen a otros muchos alfabetos que, según la opinión del gran lingüista J. Vendryés, han sido «ideados con una exactitud singular por hombres que poseían un sentido muy exacto de las relaciones fonéticas y que desplegaron una extraña eficacia para salvar las dificultades de la pronunciación». Las necesidades de evangelización contribuyeron a estimular en este sentido a los gramáticos de entonces. Se ideó el alfabeto gótico para las necesidades de un pueblo germánico-oriental, los godos. Los alfabetos copto, armenio y georgiano están aún en uso. Pero el alfabeto griego es el padre de las escrituras eslavas. La evolución del alfabeto latino, que no es más que un alfabeto griego de tipo occidental, ha sido menos sistemática y menos científica. Había sido adoptado por numerosos pueblos itálicos con ligeras variantes. Cuando pasó de los etruscos a los pueblos del lacio, el gran éxito político de Roma aseguró su prodigiosa difusión.

En los siglos I y II de nuestra era, la escritura adopta dos formas: la *mayúscula,* empleada no solamente como escritura monumental sino también para los libros de lujo y para ciertos papeles oficiales, y una especie de *cursiva* que es la escritura corriente. Un poco más tarde estas dos escrituras dejan sitio a la *minúscula primitiva* y a la *uncial,* escritura



Dintel de Siloé, hallado en Jerusalén, con una inscripción en hebreo arcaico, cuya traducción es ésta: «Esta es la sepultura de Shebna Yahn, mayordomo de la casa real No hay en ella ni oro ni plata. Maldito sea quien la abra». Este texto data de 700 años a. de J.C. (Foto British Museum)

utilizada para los manuscritos de lujo. De los siglos VII al XII florecen las escrituras locales llamadas visigótica, lombarda, irlandesa, anglosajona, etc. Debemos hacer mención especial de la *minúscula carolingia*. Esta última tuvo gran éxito, pero su bella simplicidad y sus líneas curvas flexibles no tardaron en desfigurarse por la escritura angulosa, que a menudo denominamos erróneamente gótica, de trazos en ángulo y suntuosidad quizá pretenciosa, que gozó en Alemania de un favor especial hasta principios del siglo XX. Por el contrario, los italianos, inspirándose muy estrechamente en la antigua minúscula carolingia, crearon la escritura humanista. Posteriormente la escritura fue adoptando una forma común en todos los pueblos que, si bien no sirve para distinguirlos unos de otros, es una muestra evidente de la universalidad de la civilización.


Al final del siglo XV el invento de la imprenta revolucionó totalmente los procedimientos gráficos.

Existe una diferencia importantísima entre el documento material — por ejemplo un freno de caballo procedente del Luristán — y el documento escrito que relata una de las campañas del rey asirio Sargón sobre una tablilla de arcilla, o bien un manuscrito de Tito Livio. El primero se interpreta sin ser objeto de polémica, salvo en lo que concierne a su autenticidad, mientras que el segundo sólo puede utilizarse después de un severo y detenido examen.

En primer lugar se debe leer el texto, para lo cual no basta conocer la lengua y la escritura. Se debe conocer, además, la grafía particular del escriba, traducir las abreviaturas y colocar las letras o las palabras que faltan. Cuando el texto nos es conocido por varios manuscritos, entonces es necesario indicar los vínculos de filiación que existe entre unos y otros para conseguir establecer cuál es la redacción original y auténtica.

Esto sólo es el trabajo de preparación. Un documento escrito es siempre parcial. Representa la opinión de un individuo que a menudo consigue engañarnos, sea voluntaria o inconscientemente; en esto quizá radique el más grave peligro, que se evitará con la ayuda de una doble crítica. Primeramente una crítica externa: ¿En qué medida este documento está de acuerdo con los que poseemos sobre el mismo tema, así como con los documentos materiales? Después, la crítica interna: ¿Qué sabemos sobre las tendencias del autor? ¿En qué documentos se ha basado? ¿No habrá reunido, más o menos hábilmente, informes procedentes de distintas fuentes buscando disimular las contradicciones?

Por esta razón la utilización de un documento escrito — casi siempre más rico y más preciso que el documento material — es una labor muy delicada para el historiador, ya que su interpretación requiere un trabajo minucioso y la aplicación de un método especial.



ANDRE DUPONT-SOMMER

los manuscritos del mar muerto

La utilización del documento escrito exige un método especial; tal es la conclusión del capítulo anterior. No podríamos encontrar mejor ilustración al mismo que relatar, por medio de una de las voces más autorizadas, el milagro del descubrimiento en Palestina de los manuscritos esenios del mar Muerto, en las famosas grutas de Jirbet-Qumrân, cuya interpretación ha proyectado nueva luz sobre la historia de las sectas judías y sobre el origen del cristianismo.

SUPONGO que en la actualidad nadie ignora los extraordinarios hallazgos de manuscritos que se efectuaron en Palestina en la primavera del año 1947. Bendito sea este joven pastor beduino, este Mohammed ed Dib que, persiguiendo una oveja perdida en pleno desierto a lo largo del litoral que bordea la costa NO del mar Muerto, descubrió casualmente una gruta que desde hacía 19 siglos guardaba todo un manantial de antiguos papiros hebreos. En principio el azar — misterioso poder que los griegos divinizaron con el nombre de Tyché y los semitas con el de Gad —, había ya contribuido a que las cosas salieran bien: allí estaban, milagrosamente conservados, los restos de la biblioteca de una antigua secta mística judía, la célebre secta de los esenios, y de los que precisamente una valiosa nota de Plinio el Viejo hace saber que poseía su principal emplazamiento cerca de la orilla occidental del mar Muerto y, todavía mejor, en la parte norte de esta orilla occidental, o sea, en la misma región donde se encontraron estos papiros.

Pero en la maravillosa historia de los manuscritos del mar Muerto, el azar se complació en aportar, cada vez más, nuevos y ricos favores: de 1952 a 1956, otras diez grutas con manuscritos fueron descubiertas en la misma región de 1947, la llamada región de Qumrân. La mayor parte de los hallazgos los realizaron los beduinos, finos sabuesos estimulados a la vez por el placer de este nuevo género de caza y por la recompensa prometida.

Los documentos recogidos en estas once grutas, no se han publicado todavía totalmente: faltan aún muchísimos. Pero el inicio de las investigaciones científicas acerca de los hallazgos de las grutas de Qumrân no podía demorarse. Fue en 1948, a raíz del II Congreso Internacional de Orientalistas que se celebró en París, un año después de los descubrimientos de los papiros de la gruta I, cuando me fueron enseñadas privadamente y de manera completamente profesional, algunas fotografías de estos papiros de los que entonces se empezaba ya a hablar. La primera pregunta que se planteaba era, evidentemente, la de su autenticidad y la de su cronología. El hecho de que, en conjunto, su escritura correspondiera a un estado todavía arcaico y muy poco preciso de la evolución de la escritura hebrea rectangular, inclinaba a opinar simultáneamente en favor de la autenticidad y antigüedad de los papiros; el criterio paleográfico, por sí solo, sugería una fecha más o menos cercana al comienzo de la era cristiana. Si esto se confirmaba, ¡qué suerte para el especialista en antiguas escrituras semíticas, generalmente obligado a contentarse con inscripciones lapidarias que el tiempo ha borrado o destruido más o menos gravemente, al encontrarse estas grandes hojas de cuero llenas de una escritura fina, clara, cuidada y elegante; estas hojas a menudo casi intactas, donde algunas pequeñas rasgaduras o manchas de moho sólo parecen hallarse allí para garantizar mejor la antigüedad del documento!

Epigrafía e historia religiosa

En un principio me interesé por los nuevos hallazgos con la curiosidad propia de un epigrafista. Sin embargo, es misión del epigrafista, si es que comprende bien su oficio, intentar poner en claro de todos los modos posibles el documento que se le ha confiado. En la primavera de 1950 aparecía en América la edición de dos de los papiros descubiertos en la gruta I: el Libro Bíblico de Isaías y un comentario de Habacuc. Además, el profesor E. L. Sukenik, de la Universidad hebrea, ha publicado, posteriormente, por cuenta

.Las cuevas del Qumrâm. (Foto Palestine Archaeol-Mus., Jerusalén, Jordania.)



propia, algunos extractos de otros papiros procedentes de la misma gruta. Y también tenemos otro documento cuyo descubrimiento se remonta a fines del último siglo, y que debía añadirse al sumario, aún bastante escaso, de los manuscritos del mar Muerto, pues presenta estrechas relaciones con los primeros textos publicados de Qumrân. Nos referimos al llamado *escrito de Damasco*, hallado entre multitud de otros manuscritos hebreos en la «geniza» de una sinagoga de El Cairo y publicado por primera vez en 1910. Con la ayuda de estos diversos documentos y a pesar de su carácter tan limitado, resultaba tentador querer situar históricamente todo este fondo de manuscritos nuevos que acababan de aparecer de la manera más imprevista, aunque sólo fuera a título de hipótesis. Mis «exposiciones preliminares acerca de los manuscritos del mar Muerto», aparecidas en octubre de 1950, nacieron simplemente de la inquietud de poner, sin mayor demora, un poco de orden en mis primeras reflexiones sobre este nuevo tema. Ciertamente, la empresa no carecía de riesgos y yo lo sabía. Por eso, ya en el título subrayaba el carácter preliminar y por consiguiente provisional de mi estudio, y con esta condición lo presentaba al lector.

Pero, fueran los que fuesen los riesgos que era necesario aceptar desde un principio, el asunto de los manuscritos del mar Muerto fue y es para el historiador, que únicamente debe buscar la verdad por medios objetivos, una de las más maravillosas aventuras científicas. En efecto, gracias a los manuscritos descubiertos, los esenios — extraños ascetas judíos, «pueblo único en su especie y admirable en el mundo entero por encima de los demás», como los calificaba Plinio el Viejo —, resucitan y reviven hoy ante nuestros ojos. Anteriormente a los hallazgos de Qumrân, los esenios sólo eran conocidos a través de varios pasajes de dos autores judíos que, como Plinio el Viejo, habían vivido en el siglo I de nuestra era: Filón de Alejandría y Flavio Josefo. Los investigadores de los últimos cuatro siglos no habían encontrado más noticias que éstas. Los pasajes a que nos referimos, proporcionaban numerosas informaciones sobre las creencias y las costumbres esenias; pero el problema esenio, antes de los descubrimientos del mar Muerto, era excesivamente oscuro y difícil de resolver porque faltaban textos alusivos y claros.

Sin embargo, ¡cuántos trabajos se dedicaron al esenismo a lo largo de los siglos pasados! A pesar de ello, las opiniones propuestas presentaban la más total y desconcertante diversidad. Desde 1950 el examen de los nuevos documentos entonces publicados, me convenció de que su mismo contenido demostraba positivamente, en numerosos puntos básicos y fundamentales, su carácter específicamente esenio. Así, se hallaba confirmada la hipótesis de su origen esenio, sugerida por el lugar mismo de su descubrimiento, que coincidía con la preciosa indicación de Plinio el Viejo.

Desde entonces, los hallazgos de Qumrân revestían un inmenso interés: poseíamos por fin auténticos documentos escritos de la misteriosa secta judía. Todos estos papiros y fragmentos de papiros son documentos de una veracidad absoluta que nos llegan exactamente tal como fueron redactados y copiados hace 2.000 años, sin interpolaciones ni modificaciones de origen no esenio. Tenemos ya las fuentes vírgenes, las «integri fontes» que cantaba Lucrecio. Podemos leer los libros que leían los esenios, sus sueños apocalípticos, sus esperanzas de inmortalidad, la propia regla de su orden donde se fijaron sus ritos esenciales, sus decretos principales, las condiciones de admisión en la secta y el ceremonial de su iniciación. Todo esto obra ya en nuestro poder. Y dado que la comunidad esenia tenía un carácter estrictamente esotérico, estamos mejor informados nosotros que poseemos sus



libros secretos, que no aquellos Filón y Flavio Josefo que no podían saberlo todo, o quizá no quisieron decirlo todo. La información complementaria que hemos recibido por la lectura de los documentos de Qumrân renueva enteramente los conocimientos que teníamos del esenismo: ya se trate del calendario religioso propio de la secta, ya de la doctrina de los dos espíritus tan cercana a las creencias mazdeístas, ya de las esperanzas mesiánicas, de los sueños guerreros de la batalla final contra Belial y sus satélites, y sobre todo, de la historia del augusto fundador y legislador de la comunidad esenia, de este misterioso maestro de justicia que murió unos 100 años antes de Jesús Nazareno, cuya gloriosa venida esperaban los fieles al final de los tiempos.

El rollo llamado de la «guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas», del cual se puede ver aquí el segundo de los trozos de piel que lo componen, fue hallado en la primera gruta de Qumrân. En él se profetiza el triunfo final de los Hijos de la Luz sobre los Kittim (los romanos): «y habrá una inmensa confusión entre los hijos de Jafet, y Asur caerá sin que nadie vaya a auxiliarle y desaparecerá la dominación de los Kittim. Entonces los Hijos de la Justicia iluminarán hasta los confines del mundo». El rollo acaba (columna de la izquierda) con la plegaria que el gran sacerdote deberá pronunciar antes del combate: «tú eres, oh Dios, el que has creado el inmenso cielo, la multitud de los mares, las fuentes de los ríos y la profundidad de los abismos, las criaturas animales y los seres que pueblan el aire, la forma del hombre y las generaciones salidas de su simiente, la confusión de las lenguas y la dispersión de los pueblos, los ciclos de los años y los tiempos eternos». (Universidad hebrea, Estado de Israel, foto Atesa.)

Esenismo y cristianismo

Pero aún hay más. Desde un principio me pareció también que los nuevos textos al mismo tiempo que nos informaban de un modo directo e inmediato sobre la historia, las creencias y los ritos de la secta esenia, hacían surgir entre ésta y la primitiva iglesia cristiana unas semejanzas muy numerosas y precisas, y sostuve la idea de que el esenismo, tal como nos lo revelaban estos papiros, había preparado el camino, más que cualquier otro movimiento judaico, a la institución cristiana, y que en más de un punto le había servido de modelo. En cambio, yo decía que, gracias a los nuevos textos, el origen de la iglesia cristiana aparecería en adelante más sólidamente enraizado en la historia. El problema de los manuscritos del mar Muerto nos lleva de este modo a uno de los problemas más apasionantes de la historia de las religiones: el de los orígenes del cristianismo. Ahora bien, las perspectivas que de este modo abría a la historia la nueva documentación no eran en realidad algo verdaderamente nuevo. En el siglo XVIII, la tesis del origen esénico del cristianismo había sido bastante corriente en ciertos ambientes, sobre todo en los círculos de filósofos y en los del *Aufklärung*. Sobre este parecer he citado, hace varios años, un testimonio —por cierto algo brutal— que había encontrado por casualidad en el transcurso de una lectura. Es el pasaje de una carta de Federico II, el rey filósofo, a D'Alambert, uno de los fundadores de la *Enciclopedia* con fecha del 18 de octubre de 1770: «Jesús era propiamente un esenio; estaba imbuido de la moral de los esenios que tiene mucho de la de Zenón». Dicho de esta forma, la tesis carecía de matices, se presentaba como la negación misma del origen y trascendencia de la religión cristiana. Un acontecimiento importante fue que los religiosos de la orden del Carmelo lanzaran en el siglo XVII la idea de que Jesús y sus discípulos fueron esenios y que los esenios no eran otros que los discípulos del Gran Elías, el profeta del monte Carmelo. Por supuesto, los carmelitas no veían ningún peligro en esta filiación tan recomendable, cuyo único punto flaco es la extrema fragilidad

de la tradición que liga la orden del Carmelo — lo mismo que la orden esenia — al profeta Elías.

Sea lo que sea, la tesis, tal como la habían presentado los filósofos, no podía menos que provocar una oposición muy viva por parte de los apologetas cristianos. Por reacción, en estos ambientes, el nombre de esenio fue tenido por sospechoso y durante el siglo XIX y primera mitad del XX, no se solía recordar en absoluto su existencia ni preguntarse la influencia que habían podido ejercer los ascetas judíos sobre el origen del cristianismo. Sin embargo, algunos historiadores pemanecieron fieles a la tesis del siglo XVIII o, por lo menos, le reconocieron una parte de verdad. Desde 1950 he recordado la frase de Renan: «El cristianismo es un esenismo que ha logrado un gran triunfo. El espíritu es el mismo; y ciertamente, cuando los discípulos de Jesús y los esenios se encontraban, se debían creer compañeros...» Por muy fuerte y hábilmente que se combatan estas fórmulas, hace falta precisar, no obstante, que el historiador prudente, reconociendo las profundas semejanzas que hay entre el esenismo y el cristianismo, se manifestaba poco dispuesto a admitir influencias directas entre uno y otro. Teniendo en cuenta el hecho de que en su tiempo se había renunciado poco más o menos a buscar la explicación de los orígenes cristianos en los esenios, el historiador mantiene cierta reserva y se hace a sí mismo esta ingeniosa objeción: «las doctrinas hermanas tienen señales de nacimiento, *naevi*, diría yo, que más que el parecido señalan su fraternidad».

¿Qué diría hoy el filólogo nato al ver que los papiros de Qumrân han hecho aparecer entre el esenismo y el primitivo cristianismo cierto número de *naevi* que Renan no conocía, que nadie podía conocer? He aquí, por ejemplo, una expresión característica de la lengua del Nuevo Testamento: «to sôma tês sarkos», «el cuerpo de carne». Me sorprendió mucho en 1950 encontrarla reproducida en el *comentario de Habacuc,* aunque en hebreo, como es lógico: «gewiyyat bâsâr», y como esta expresión no aparece por ningún lado en la Biblia judía ni en la literatura talmúdica, no dejo de relacionarla con el Nuevo Testamento. Además la expresión «cuerpo de carne» se encuentra nuevamente en otro escrito del Qumrân, el *Comentario de Nahum.* Se vuelve a encontrar, es cierto, en el *Libro de Henoch* y de nuevo en *Siracide.* Pero el libro de Henoch debe reconocerse hoy día como una de las obras más clásicas de la misma secta esenia, y el pasaje de *Siracide* en que aparece la citada frase, da la impresión de ser obra, al igual que otros pasajes del libro, de alguien de inspiración más o menos directamente esenia que lo ha interpolado.

Acabo de mencionar el *Libro de Henoch,* esta maravillosa colección de escritos apocalípticos que nos ha sido conservada principalmente en una versión etíope, cuya publicación, por Laurence, en 1938, fue uno de los acontecimientos del pasado siglo en el campo de las ciencias religiosas. Renan conocía bien esta obra y otros relatos del mismo género y en la *Vida de Jesús* no deja de subrayar que estos apocalipsis judíos «son de importancia capital para la historia de la evolución de las teorías mesiánicas y para entender las concepciones de Jesús sobre el reino de Dios». Y añade; «el *Libro de Henoch* y la *Asunción de Moisés* eran muy leídos por las personas que rodeaban a Jesús. Algunas palabras que los sinópticos atribuyen a Jesús se encuentran en la Epístola de Bernabé como si fuesen de Henoch...» Ya en el *Porvenir de la ciencia,* Renan, que entonces tenía 25 años, anunciando su proyecto de escribir algún día una gran historia de los orígenes del cristianismo se expresa así: «Ciertamente será una obra de mucha más importancia filosófica que la que escriba cualquier crítico (basándose en fuentes) sobre la historia de los orígenes del cristianismo. Pues bien, esta maravillosa historia que realizada de una manera científica revolucionaría el pensamiento, ¿con qué habrá que construirla? Con libros totalmente insignificantes como el *Libro de Henoch,* el *Testamento de los 12 Patriarcas,* el *Testamento de Salomón,* y en general, con los apócrifos de origen judío y cristiano, los comentarios caldeos, la Michna, los libros deuterocanónicos, etc. Aquel día, Fabricio y Thilo, que prepararon una edición satisfactoria de estos textos; Bruce, que trajo el *Libro de Henoch* desde Abisinia; Laurence, Murray y A. G. Hoffman, que elaboraron el texto, habrán adelantado la obra más de lo que Voltaire había aportado a ella de todo el siglo XVIII. Por consiguiente, según este punto de vista tan amplio de la ciencia del espíritu humano, las obras más importantes pueden ser aquellas que, a simple vista, se considerarían las más insignificantes.

En la actualidad ¿cuál no sería la dicha del ilustre historiador al poder tener en sus manos fragmentos auténticos en hebreo y arameo del *Libro de Henoch,* del *Testamento de los 12 Patriarcas,* y también del *Libro de los Jubileos,* si aparecieran por pura casualidad en antiguos escondrijos de Qumrân? Por un presentimiento admirable, él puso más cerca de los esenios el centro de donde brotaron los apocalipsis: «El esenismo, que parece haber estado en contacto directo con la escuela apocalíptica — se lee todavía en la *Vida de Jesús* —, nacía al mismo tiempo, poco más o menos, y presentaba como un primer esbozo de la gran doctrina que se iba a crear para la educación del género humano». Se refiere, evidentemente, al cristianismo que, por una acertada intuición, lo sitúa exactamente en la línea de la escuela apocalíptica y del esenismo. Hoy día, todo parece demostrar que la escuela apocalíptica de donde proviene el *Libro de Henoch* y la secta esenia no deben ser sólo comparadas, sino identificadas la una con la otra. Gracias a los hallazgos del mar Muerto, conocemos el centro exacto donde nacieron los famosos «seudoepígrafes» del Antiguo Testamento; o por lo menos, los principales de ellos: sabemos que nacen directamente el esenismo. De modo que son los esenios quienes inspiraron a un tiempo los nuevos escritos del mar Muerto y muchos de los «seudoepígrafes» conocidos anteriormente: vasto conjunto literario de gran interés que en cierto modo hace de puente entre los últimos libros de la Biblia judía canónica y la compilación cristiana del Nuevo Testamento y que se podría llamar la biblia de la nueva alianza judía, puesto que los esenios daban a su propia secta el nombre de Nueva Alianza.

JEAN-MARIE D'HOOP

la historia para los hombres del mañana


Acabamos de ver lo que fue la historia: indagación de los mudos orígenes, análisis de fósiles, comparaciones antropológicas, sondeos de suelos, colecciones de piedras, descifrado de inscripciones. ¿Podemos hacer menos trabajosa que la nuestra la investigación de nuestros descendientes? Para determinar qué documentos serán en el futuro significativos de la historia del pasado, es preciso restituir a ese pasado su dimensión de futuro y considerarlo no ya como algo acabado, sino tal como era antes de convertirse en pasado, discernir de los demás los eslabones privilegiados de la cadena de causas y efectos; en resumen, debemos intentar el esbozo de una historia total de nuestro mundo actual que, abstrayendo la significación particular de los hechos concretos, restituya y ordene todas sus partes esenciales.

Las generaciones venideras se interesarán por la historia de nuestro tiempo con la misma curiosidad con que nosotros nos interesamos por el pasado más o menos remoto del mundo, del cual procede nuestra civilización. Pero esta historia, la que vivimos, nos parece ya muy compleja. ¿Sabrán nuestros sucesores comprender todos sus aspectos, explicar sus facetas oscuras y hasta sus incoherencias? ¿Podemos nosotros, que somos los testigos de este tiempo, facilitarles la tarea? ¿En qué medida y por qué medios? Plantear tales problemas, por incompletas que puedan ser las soluciones, ¿no es, acaso, afrontar el porvenir con una mirada audazmente prospectiva?

¿Cómo colaborar con la historia?

La pregunta puede parecer ingenua, pero es esencial. Pretender preparar la labor de los historiadores del mañana supone que nosotros sepamos lo que les interesará, el valor que darán a las diversas informaciones. Ahora bien, la historia no es una. Cada época tiene sus tendencias que se reflejan en su forma de querer hallar e interpretar el pasado. El siglo XIX creyó que la historia, ciencia humana, podía legítimamente alcanzar, como las ciencias exactas, una especie de perfección rigurosa que sería adquirida a medida que documentos más numerosos y mejor conocidos aportaran un conocimiento más seguro del pasado. Obrando así, los hombres del siglo XIX hacían verdadera profesión de fe en la ciencia, como Renan al escribir *L'avenir de la science*, y esto era muy de su tiempo. Del mismo modo dirigían lo esencial de sus indagaciones hacia la historia política, diplomática y militar; siendo estos aspectos de la vida del mundo primordiales en su época, no pensaban que algún día pudiese ser de otro modo. Es así como, antes de la guerra de 1914, el historiador Alphonse Aulard publicaba una *Histoire politique de la Révolution Française* centrada en el estudio de los debates parlamentarios en las diversas asambleas, desde los Estados Generales hasta los Consejos del Directorio; y lo hacía desde el punto de vista de las luchas políticas de la monarquía de julio y de la tercera República. Asimismo, Albert Sorel, en su obra monumental, respetada aún hoy día, *L'Europe et la Révolution Française*, se preocupaba casi exclusivamente de los acontecimientos diplomáticos y militares, de los intercambios de notas y tratados que le eran proporcionados por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Con el siglo XX las perspectivas cambiaron. El desarrollo de las técnicas, la importancia de los problemas económicos, la presión de los acontecimientos humanos, del crecimiento demográfico y de las crisis sociales dejaron muchas veces en segundo término preocupaciones puramente políticas que sólo parecían secundarias. Las posiciones políticas de los individuos o de los partidos, las actitudes diplomáticas de los gobiernos, su capacidad militar, ¿no están con frecuencia en función de su situación económica, social y demográfica? Mas, si es así en la actualidad, ¿por qué tenía que ser diferente en el pasado?. Así, los historiadores contemporáneos enfocaron otros problemas, se hicieron distintas preguntas que sus predecesores. Los historiadores actuales de la Revolución francesa ya no escriben la misma historia que los del siglo pasado. En lugar de explicar la lucha entre la Gironda y la Montaña únicamente por rivalidades de personas o por oposiciones de doctrinas políticas, ven en ella el reflejo de las dificultades económicas; se preocupan de los problemas de mentalidad colectiva, por ejemplo de la mentalidad de los *sans-culottes* que, después de haber sostenido a Robespierre contra sus adversarios, porque en él veían al defen-



sor de los «pequeños», le abandonan cuando pretende imponerles también a ellos pequeños sacrificios, como limitación de salarios, necesarios para continuar la guerra pero de los que no comprenden la necesidad. Cada época tiene, pues, de la historia su propia visión que a menudo se explica por la experiencia que vive cada generación. Si el pasado ayuda a comprender el presente, tal vez sea cierto también decir que el presente ayuda a comprender el pasado. «Histoire, fille du temps», ha escrito Lucien Febvre, eminente historiador de nuestra época; y en cierto modo, su fórmula se opone a la de Fénelon, considerada como un dogma en el siglo XIX: «L'Historie n'est d'aucun temps, d'aucun pays».

En tales condiciones, ¿puede preverse qué es lo que más interesará a nuestros sucesores? Pregunta inútil, ya que la respuesta dependerá, por lo menos parcialmente, de sus propias experiencias. Se puede pensar que del legado de nuestro tiempo no se perderá todo. El siglo XX ha definido la historia como una historia de las civilizaciones. Sin querer suprimir el relato de los acontecimientos de orden político, militar o diplomático — todo eso que algunos califican, con deplorable matiz de desprecio, de historia «acontecedora» o «historizante» —, es evidente que hay que tener en cuenta igualmente muchos otros aspectos que son también elementos de historia y civilización: la economía con sus problemas de estructura y coyuntura, la sociedad con sus clases estáticas o en evolución y sus problemas de psicología colectiva, la demografía y sus movimientos profundos, las grandes corrientes del pensamiento, la vida intelectual y artística. Con el siglo XX, la historia se ha hecho historia total.

Abundancia y escasez de documentos


La historia se hace con documentos: afirmación baladí que no por eso plantea menos problemas al historiador del mundo contemporáneo; y éste no siempre halla la solución.

¿Qué es, en primer lugar, un documento? La historia, según se entendía en el siglo pasado, atribuía un peculiar valor a ciertas categorías de documentos: relatos y testimonios de aquellos que habían tomado parte en los acontecimientos que se trataba de referir, recuerdos y memorias de hombres de estado, etc. No se trata ahora de despreciar estos documentos que conservan todo su valor. Pero hay otros muchos que merecen ser tomados en consideración. ¿Se quiere conocer a un individuo? Habrá que conocer su psicología, que es esencial para comprender sus actos. Para ello, se consultará a todos los que le han conocido y vivido a su lado, se leerá todo lo que ha escrito y lo que de él se ha escrito. Pero, ¿no es también importante el marco de su vida? El pequeño piso de la calle Franklin donde vivió los últimos años de su vida y murió Clemenceau, ¿no es acaso un documento del mismo

La técnica moderna cambiará el aspecto de la historia para los futuros historiadores. De izquierda a derecha: 1.º Las antenas de radio transmiten en unos segundos al mundo entero las noticias importantes; antes había que esperar varios meses para enterarse de ellas. 2.º Un

valor que la habitación de Luis XIV en Versalles? Y para comprender realmente el mundo de nuestra época, su moral, sus costumbres, sus gustos y sus prejuicios, ¿a qué clase de documentos no tendrá que recurrir el historiador del porvenir? Dispondrá de todo lo que se describe, se imprime y se lee cada día; pero tampoco deberá desentenderse de todo lo que es testimonio de una época: las canciones que se cantan, las películas que ve todo el mundo, las obras de teatro de éxito, el mobiliario, la moda, la arquitectura. De hecho, en cuanto la historia es total, todo es documento. Los especialistas de historia antigua, cuya documentación es escasa y fragmentaria, tienen la costumbre, desde hace mucho tiempo, de ver las cosas en todos sus detalles. Y así sacan conclusiones de la observación de una moneda, de una inscripción o de un bajo relieve. De la misma manera debe proceder el historiador de la época contemporánea si pretende realmente estudiar una civilización. Pero la diferencia es considerable; radica en la enorme cantidad de documentos de que dispone y por la que está expuesto a ser aplastado.

Este es, en efecto, uno de los rasgos más relevantes de las condiciones de trabajo del historiador que tiene que estudiar nuestra época. Le es menester examinar, rebuscar y utilizar una cantidad «vertiginosa» de documentos. Aun cuando uno se atenga sólo a lo esencial, es decir, a los documentos escritos, rápidamente se almacenan datos que confunden la imaginación. En nuestro siglo del papel, los escritos se acumulan a un ritmo incesantemente creciente. En los Estados Unidos, de 1931 a 1940, los servicios federales de la Unión habían producido dos veces más papel que desde su fundación, hace más de 150 años; en el transcurso de los 10 años siguientes, la montaña de papel se había duplicado de nuevo. En Inglaterra las diversas administraciones depositan sus expedientes en un centro provisional antes de que sean clasificados o destruidos. En 10 años, este centro recibió unos 150 kilómetros de expedientes. Ocurre lo mismo por todas partes. Y sólo nos hemos referido a archivos oficiales, con los cuales, cualquiera que sea su valor, no podría conformarse el historiador. Hace mucho tiempo que se ha reconocido la importancia de los documentos privados: correspondencia donde puede expresarse más libremente el fondo del pensamiento de un hombre de estado, información sobre conversaciones, memoranda, diarios íntimos, y tantos otros elementos que pueden también constituir un conjunto documental considerable. Además, el historiador debe utilizar cada vez más los archivos de empresas. No hace falta demostrar su interés en las perspectivas actuales de la historia, en que los problemas económicos tienen un lugar tan importante. ¿Cómo podría escribirse sobre la economía francesa de mediados del siglo xx sin haber estudiado, por ejemplo, los archivos de la Régie Renault? La clave de muchos problemas financieros, económicos e incluso políticos reside en los documentos privados de más de un establecimiento bancario. Y para obtener una faceta válida de la vida de una provin-



archivo de discos puede contener 250 millones de informaciones disponibles en menos de un segundo. 3.º La cinta magnetofónica graba y conserva la voz de los grandes personajes. 4.º La red de ferrita registra el pasado en sus mallas para uso de la posteridad. (Foto MTA.)

cia o ciudad hará falta recurrir a la correspondencia o contabilidad de algún comerciante o artesano.

En un plano político son de máxima importancia los archivos de un partido, no solamente los archivos centrales, sino también los de las secciones locales. No cabe duda que en los archivos de los sindicatos y de muchas asociaciones se puede encontrar la explicación del papel que éstos pudieron desempeñar bajo uno u otro concepto en la vida del país.

A estos documentos escritos que fueron en todo tiempo el maná del historiador, las técnicas modernas audiovisuales han añadido otros que los completan y que, a veces, incluso son las únicas huellas auténticas de un acontecimiento. Cuando en octubre de 1934 el rey Alejandro de Yugoslavia y el ministro de Asuntos Exteriores, Barthou, fueron asesinados en Marsella, las cámaras tomavistas de las «actualidades» estaban preparadas para filmar la visita y filmaron el drama. En 1945, en Praga, cuando se estaba liberando la ciudad, se desarrollaron combates en el edificio de la Radio; en uno de los estudios, un locutor lanzó por las ondas un llamamiento a los patriotas de la capital: sus palabras quedaron grabadas en disco con la música que el programa seguía radiando. ¿No son estos documentos más preciosos que cualquier relato? La fotografía, el cine, la radio y más aún la televisión informan al historiador mucho mejor que un documento escrito.

Es incontestable que la radio y la televisión son en el mundo actual medios esenciales de acción sobre la opinión pública. Los hombres de estado que mejor supieron utilizarlos obtuvieron de ello un aumento considerable de prestigio. Piénsese en las «charlas al amor de la lumbre» que Franklin D. Roosevelt dirigía familiarmente a cada americano, y en las alocuciones televisadas del general De Gaulle. Cuando en febrero de 1963, en Irak, un golpe de estado derribó al general Kassem, sus vencedores televisaron la escena atroz de su ejecución. ¿Sadismo? Tal vez. Probablemente la banda televisada no suministre nada esencial al historiador sobre las causas o las circunstancias del drama. Pero si se piensa que una gran parte de la población, incapaz de leer el relato del acontecimiento, lo ha visto en las pantallas y ha soportado el consecuente choque psicológico, hay en ello una consideración que es necesario tener en cuenta. También se conoce el papel que desempeñaron los radiotransitores para la información y propaganda en el transcurso de las peripecias de la guerra de Argelia, y principalmente de las crisis de 1958 a 1962. Por otra parte, la importancia de la «guerra de las ondas» no es nueva. Los alemanes ya habían utilizado esta arma, y no sin éxito, durante la «extraña guerra», merced a las emisiones de radio Stuttgart. Más tarde, la BBC se tomó un notorio desquite dirigiéndose a todos los pueblos de la Europa ocupada para radiarles consignas, órdenes e información. ¿Podría hacerse una historia de la segunda Guerra Mundial ignorando los archivos sonoros de la BBC?

El historiador del mundo contemporáneo dispone, pues, de documentos escritos, visuales y sonoros. Uno siente la tentación de decir que no puede pedir más. Sin embargo, se suele observar, lo mismo que pasa con otras épocas, que algunos acontecimientos no han dejado huellas. ¿Cuántos asuntos políticos o de otra índole se ultiman hoy por teléfono? En el caso de que una conversación importante acabe con un acuerdo firmado, ¿qué queda de las diversas fases de la discusión? Un dispositivo especial pone en comunicación, directa y secretamente, el Kremlin y la Casa Blanca. ¿Qué sabemos de su funcionamiento? A cada instante se nos escapan aspectos de la vida humana y nada lo demuestra mejor que la historia de la segunda Guerra Mundial: en todos los países ocupados por Alemania se organizó una resistencia clandestina. No dejar ningún testimonio de su actividad era la principal preocupación de los hombres de la resistencia; en este caso, el historiador se encuentra desprovisto de fuentes, lo mismo que cuando quiere hacer la historia de los campos de concentración cuyos dirigentes nazis tuvieron gran cuidado de destruir los archivos cuando la derrota de 1945.

Frente a esta documentación ora abundante, ora escasa, ¿qué podemos hacer para preparar la labor del mañana?

Nuestro primer deber es asegurar la conservación de la información existente para que pueda ser utilizada cuando llegue el momento. Ciertamente que no es un problema pequeño. Sin lugar a dudas, en todos los estados organizados existen ahora servicios de archivo cuya principal misión es conservar los documentos. En ellos las administraciones públicas depositan los informes que ya no son de utilidad corriente y el historiador puede encontrar ahí todo lo que concierne a la vida política, diplomática y administrativa del pasado. Mas no hay archivo sin lagunas, pues una documentación de interés inestimable puede desaparecer durante un cataclismo o en una guerra. El 16 de mayo de 1940, cuando parecía que la llegada de las tropas alemanas a París era inminente, el ministro de Asuntos Exteriores hizo destruir apresuradamente una parte de los archivos más modernos: casi toda la información relativa a la actividad diplomática de los años 1930-1940 desapareció en pocas horas en una inmensa hoguera en los jardines del ministerio.

Si las lagunas son inevitables en los archivos públicos, lo son mucho más en los archivos privados. ¿En cuántos lugares podrían encontrarse esos papeles de familia, cartas, recuerdos, notas diversas que los herederos conservan hasta el día que, no viendo ya interés en ellos los destruyen o los dispersan entre coleccionistas de autógrafos? ¿En cuántas empresas comerciales e industriales se conserva así una documentación que nadie utilizará hasta el día que sea destruida en nombre del principio sagrado del «secreto de negocios»? Aquí, principalmente, es donde el cometido del historiador es determinante. Su labor consistirá en mostrar el interés que tienen esos papeles y persuadir a sus dueños para que los confíen a unos archivos donde estén a buen recaudo. A aquellos a quienes no quieren que se descorra el velo de secretos familiares les tendrá que explicar que los archivos están dispuestos a aceptar sus condiciones: donación o simple depósito, secreto hasta después de un plazo fijado. Lo esencial, para el historiador, es la seguridad de que tales documentos no corran el riesgo de desaparecer definitivamente.

Las mismas normas habrían de seguirse en lo referente a fotografías, filmes, discos, en fin, a toda clase de documentos no escritos. En muchos países existen organismos oficiales para la conservación de los documentos escritos; archivos y bibliotecas tienen la finalidad, gracias a la institución del depósito legal, de guardar por lo menos un ejemplar de todo libro, folleto o periódico publicado. Pero nada semejante existe para las demás publicaciones. Lo poco que se hace a este respecto es fruto de iniciativas particulares que, por esto mismo, siempre son limitadas e insuficientes. Las agencias especializadas y los grandes periódicos poseen a menudo fototecas donde conservan sus clisés, pero, como su finalidad no es científica, las colecciones están llamadas a desaparecer con la misma empresa. Un organismo de investigaciones históricas, el *Comité d'Histoire* de la segunda Guerra Mundial, ha comenzado la formación de una fototeca especializada, científicamente clasificada, para uso de los investigadores. Actualmente posee una colección de 6.500 fotografías que ilustran hechos de la resistencia, escenas de vida clandestina, etc. Es una clase de iniciativa que interesaría multiplicar para evitar que se perdiesen muchas fotografías aprovechables.

Lo que es cierto para la fotografía lo es más aún para el cine, ese manantial indispensable del conocimento de nuestra época. Para comprender a nuestros contemporáneos, los historiadores del porvenir tendrán que ver los filmes que hayamos visto, al igual que para comprender a la generación romántica hay que leer los libros que ella ha leído. ¿Y cuál no será la riqueza de documentación que se encontrará en los reportajes de actualidad? Pero aquí, desdichadamente, también nos encontramos desarmados. En la mayoría de los países no existe depósito legal para los filmes; por consiguiente no hay garantía de conservación sistemática. Las grandes firmas guardan a veces ejemplares de su producción, pero no es raro que destruyan ellas mismas sus viejas películas o porque han perdido su valor comercial o porque quieran recuperar la materia prima o para evitar la competencia que un viejo film pueda hacer a una nueva versión del mismo. Los filmes de actualidad generalmente se conservan; pero no hay que olvidar que la calidad de la película exige muchas precauciones y todavía no se sabe qué resultado darán en el porvenir las películas tratadas con los nuevos procedimientos, particularmente los de la fotografía en color. Ya existen cinematecas que se preocupan de conservar los filmes, pero, como las fototecas, son siempre (salvo en la URSS y en las democracias populares) organismos privados con medios limitados, y que no pueden conservar sino una parte muy insuficiente de lo que se produce: se calcula en un 90 % la cantidad de filmes destruidos en los diez años que siguen a su realización y hay quien ha comparado este destrozo al incendio de la biblioteca de Alejandría. Siempre pueden temer los historiadores que los filmes conservados lo sean más por su valor estético o comercial que por su interés documental. Felizmente el desarrollo de una verdadera cultura cinematográfica, ayudada especialmente por el progreso de los cine-clubs, permite pensar que un público más numeroso de día en día y más instruido se interesará en el porvenir por la historia del cine y pondrá más cuidado en la búsqueda y conservación de los archivos cinematográficos.

Si la conservación de las fotografías y los filmes se halla todavía en estado primitivo, la de los documentos sonoros está asegurada un poco mejor: una fonoteca nacional, donde el depósito legal es ahora escrupulosamente observado, está dedicada en algunos países a los discos del comercio. No hay que dudar de que nuestros sucesores encontrarán en ella preciosas fuentes de información.

Pero nosotros podemos hacer por ellos algo más que velar por la conservación de los documentos existentes o por la reconstrucción de los que han sido destruidos. Cuando no existe ningún vestigio escrito del pasado reciente, como es el caso de la historia de la resistencia de la última guerra, se pueden encontrar testigos de hechos de los que es importante recoger el testimonio mientras aún se está a tiempo. Es una tarea que sólo puede hacer nuestra generación y el *Comité d'Histoire* de la segunda Guerra Mundial le dedicó hasta el presente una gran parte de su actividad.

Recogidos los documentos, puestos en lugar seguro, a resguardo de pérdidas o destrucciones, no ha terminado nuestro trabajo. Cada vez es más evidente que en la acumulación de papeles cotidianos, incluso si nos limitamos a los de la administración pública, no podemos conservarlo todo: primero, por una cuestión de espacio. Este verdadero alud no debe cubrir los depósitos de archivos y hacer imposible el trabajo del historiador. No bastaría una vida humana para leer toda la documentación acumulada sobre la segunda Guerra Mundial. ¿Cómo podría el historiador, abrumado bajo esa masa de papeles, encontrar el tiempo y la fuerza de utilizarla para escribir una obra legible? Es necesaria una selección aunque en muchos casos parezca arbitraria. ¿Cómo juzgar si tal documento que parece insignificante no adquirirá valor en lo porvenir a consecuencia de circunstancias aún imprevisibles? No obstante, hay que aceptar ese riesgo, pero sería menester consultar a los historiadores antes de destruir cualquier papel de archivo. Y por desgracia no siempre ocurre así.

Para los documentos que se haya decidido conservar, deberán adoptarse todas las precauciones contra los riesgos de destrucción accidental. Afortunadamente, las técnicas modernas pueden sernos de gran ayuda, pues, desde ahora, los archivos emplean con frecuencia el microfilme. Gracias a él se conserva la copia fiel de un documento frágil o amenazado de destrucción (microfilme de seguridad), o la de papeles de importancia secundaria que han de destruirse para ganar sitio (microfilme de sustitución). Hace falta, a continuación, preservar a su vez estos filmes de la deterioración. Este problema forma parte del trabajo cotidiano de los archiveros, quienes ya no pueden limitar sus cuidados a la conservación de manuscritos e impresos.

Pero aún podemos facilitar más el trabajo a nuestros sucesores. Desde ahora, el historiador puede trabajar sobre esos documentos, puede clasificarlos — tarea fastidiosa pero indispensable —, pues llegan generalmente a los archivos en un orden que en nada facilita las indagaciones ulteriores. Puede también hacer la crítica: señalar los que le parecen esenciales por su origen, la calidad de su autor, o por su

cometido: o por el contrario, denunciar las exageraciones y hasta las falsificaciones. Este trabajo crítico debe ser ejercido especialmente con los documentos que no están escritos, pues éstos son los que más pueden engañar a la posteridad. «Trucajes» de fotografías, montajes de discos o de filmes, son ahora muy fáciles de realizar. Se conocen mil ejemplos. En Francia, en el momento de la elección presidencial de 1931, se enfrentaban dos candidatos: Briand y Doumer. El primero era el que parecía tener todas las posibilidades de ser elegido. Sin más demora un periódico que quería tener la novedad del acontecimiento, hizo un montaje fotográfico en el que se veía a Briand en el coche presidencial, cruzado el pecho por la cinta de gran maestro de la Legión de Honor, correspondiendo a las aclamaciones de la muchedumbre. Pero he aquí que fue Doumer el elegido. Un hábil montaje cinematográfico representaba a Hitler bailando de alegría en Rethondes en junio de 1940, después de firmar el armisticio con Francia: las fotografías eran auténticas pero el conjunto era una falsificación. También se pueden desfigurar los hechos por el combinado del sonido y de la imagen. Cuando una cinta de actualidades presenta a un personaje pronunciando un discurso, muy ingenuo sería el historiador si, para apreciar su verdadero alcance se fijase en las reacciones del público: abucheos y aplausos pueden ser amplificados o apagados a voluntad, o simplemente consistir en un acompañamiento sonoro extraño a la escena proyectada. ¿Cómo saber si, cuando un filme presenta a Hitler en Nüremberg o a Mussolini en el balcón del palacio de Venecia, las aclamaciones que se oyen no han sido dirigidas al vencedor de la Vuelta ciclista a Francia? Le hacemos un inmenso favor al historiador del porvenir, al desenmascarar las mil y una triquiñuelas de un arte cuya técnica está fundada sobre la ilusión.

El historiador frente a su tiempo

¿Podemos hacer más? ¿Tendremos quizá que explotar desde este momento esos documentos recopilados y clasificados con el fin de escribir una historia de nuestro tiempo que presente algún valor? Los historiadores del siglo pasado o de principios del siglo XX nunca hubieran admitido discutir semejante cuestión. A sus ojos, era evidente que la historia no podía hacerse, sino después de la clasificación de todos los documentos utilizables, de los cuales, muchos no salen a la luz hasta después de desaparecer la generación testigo y con el retroceso necesario. Aunque la regla parece suavizarse, los archivos públicos no comunican sus documentos sino tras un largo plazo, casi siempre superior a los cincuenta años. ¿Permite este medio siglo una apreciación más serena y más justa de los hechos y de los hombres? La opinión común es de este parecer y se apoya en un argumento decisivo. Se dice: el contemporáneo está demasiado comprometido en los hechos para ser imparcial. Pero tal vez esta afirmación no merezca ser tan perentoria. Nunca impidió que los que la profesan otorguen a su periódico la confianza que le niegan al historiador. Por otra parte, el historiador no debe juzgar, sino comprender y explicar. El problema de su imparcialidad es un falso problema. Su objeto no es emitir un veredicto, elogiar o censurar, sino estudiar a los componentes de las situaciones, la relación entre los hechos, la evolución de las sociedades y de los hombres. Tal es su labor cuando se ocupa de las civilizaciones del pasado. ¿Por qué, pues, se ha de dejar al sociólogo, al novelista y al periodista el cuidado de estudiar el presente que no es más que el límite con el pasado? ¿Por qué se ha de negar al historiador el derecho a estudiar ese pasado reciente, con su cultura, con sus métodos que ha experimentado y de los que sabe lo que puede esperar? El sabe, claro está, que los materiales de que dispone son mediocres y siempre insuficientes porque no tiene a su disposición las fuentes que desearía. Pero sabe también que él es el más indicado para utilizar esos materiales y tiene presente que en este campo no existe la perfección. Tiene conciencia de lo precario de su obra, pero también de la legitimidad y utilidad de ésta, por muy efímera que parezca. Dejando a nuestros sucesores el estudio de nuestro tiempo, les damos primero materiales útiles para sus propias construcciones y testimonios que les informarán sobre nuestro modo de comprender los hechos, sobre nuestra psicología y nuestras preocupaciones. Nosotros les ayudaremos a que nos comprendan. ¿Quién mejor que aquel que la ha vivido, podrá explicar a las generaciones futuras la evolución de los espíritus en Europa entre 1939 y 1945? Le bastará con tener la cultura y formación histórica necesarias para proceder a tales análisis con lucidez. Cuando Tucídides escribía el relato de la guerra del Peloponeso en la que tomó parte, estaba haciendo historia contemporánea. ¿No es a él a quien debemos referirnos siempre para comprender el drama de Atenas y de Grecia al final del siglo V?

No debemos ocultar que, pese a la ayuda que nosotros les prestemos, la tarea de nuestros sucesores seguirá siendo abrumadora. Si quieren comprender el fondo de nuestro tiempo, deberán analizar y examinar una inmensa documentación de tremenda diversidad. Para presentar una historia total les será imprescindible tener en cuenta los múltiples vínculos que se tejen entre naciones y continentes, así como la evolución de las técnicas en todos los dominios. Es la razón por la cual la especialización del historiador, indispensable desde hace ya mucho tiempo, se hará más concreta. Sólo habrá una forma de trabajo concebible, el trabajo colectivo. Agrupados en equipos, cada uno de los cuales estudiará un sector limitado de su investigación, los historiadores elaborarán síntesis que únicamente serán sólidas a condición de no abarcar temas demasiado vastos. Más aún que ahora, tendrá que organizarse la colaboración en el plano nacional e internacional de tal forma que cada equipo pueda beneficiarse de los resultados obtenidos por otros sin desperdiciar sus esfuerzos en inútiles indagaciones. Ha pasado el tiempo del historiador solitario en su despacho a la manera de Sylvestre Bonnard. En el mundo de mañana, que nos presagia el de hoy, a semejanza de cualquier otro trabajador, el historiador será, ante todo, una parte del mecanismo de un conjunto, pero siempre conservará esa independencia de espíritu y esa libertad de juicio que en todo tiempo fueron la nobleza de su labor y el orgullo de su vocación.

SEGUNDA PARTE



los motores de la historia



BIBLIOTECA INSTITUTO
P. DAGOG
CART GEN







El hombre está destrozado; el acontecer lo arrastra y él quisiera saber a dónde va. Durante mucho tiempo, no ha encontrado respuesta a su pregunta más que en los dioses; un buen día advirtió que la razón pudiera también responderle. Entre la acumulación de los hechos, ha buscado el hilo lenta y pacientemente. Ha escrutado el desorden en busca del orden; ha pensado que, tras esta sucesión de guerras, revoluciones, largos períodos de miseria y aburrimiento, de repentinos amaneceres alegres o sangrientos se ocultaban las fuerzas, los motores que le impulsaban a moverse. Pero apenas apareció esta sospecha, su inteligencia descubrió la existencia de muchos motores y tuvo que preguntarse si uno solo de ellos no sería el motor de los demás. La razón estuvo a punto de extraviarse en el problema. Confundió la finalidad con la motivación; intentó atribuirle fines a la historia y muy pronto los hombres más lúcidos descubrieron que esos fines eran, sencillamente, los de quienes la escribían. Entonces quiso pedir cuentas a esa razón desconcertante que teje la historia, con la esperanza de que, tal vez, haciéndole abandonar algunas de sus pretensiones, se le devolvería el poder de convencernos. De hecho muchas veces se llega a dudar totalmente de ella, pues se cae en el problema de dilucidar entre la causa primera y las causas condicionadas.

Este cómodo escepticismo ¿es fruto de la pereza o de la lucidez? Apurando las tesis, ¿podemos esperar una síntesis auténtica?

Dirigidas por los hombres influyentes, las muchedumbres son los motores de la historia. (Foto Magnun.)

JEAN DESCHAMPS

tesis y síntesis

Ser historiador es enfrentarse con el tiempo para arrancarle su significado. Pero, ¿cómo concebir el tiempo, sin caer en paradojas insolubles? Se puede estudiar cada acontecimiento concreto en su singularidad, pero a fuerza de buscar esta singuraridad que le distingue de los demás, el acontecimiento acaba por no parecerse a nada, por hacerse opaco, sin lazos de unión con los demás acontecimientos. Por este camino empírico, parece que el hecho concreto queda a salvo, pero no llegamos a comprender su significado porque desconocemos los nexos de causa o efecto que le unen a los demás. El estudio de los hechos, puede seguir otro camino: considerar cada acontecimiento como un caso que forma parte de una serie homogénea de otros casos del mismo tipo; entonces lo vemos como la expresión de una estructura permanente y comprendemos su significado precisamente porque no lo consideramos como un acontecimiento concreto y singular. ¿Podrá el historiador hallar la solución verdadera entre estas dos formas distintas de considerar la realidad y encontrar la manera de desentrañar las contradicciones de lo real sin caer en las del pensamiento? Hegel le ha proporcionado al historiador el medio de hacerlo, al crear la dialéctica que sirve para demostrar el idealismo absoluto, pero que en realidad ha privado de su valor a todas las especulaciones que sustituyen la realidad por la idea que uno se hace de ella. Pensar la realidad en sus contradicciones sin que se sepa de antemano su sentido: éste es el camino difícil por el que el hombre logrará conocerse y elaborar su propia verdad.

No nos proponemos examinar aquí todas las tesis más o menos pretenciosas, más o menos fundadas, propuestas por los filósofos de la historia para explicarnos el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, algunas de estas tesis responden a una legítima tentativa de introducir el racionalismo en este conjunto de acontecimientos y de hechos que constituye el futuro histórico, y empiezan a formar el instrumento de una síntesis verdaderamente científica. A este respecto, podemos distinguir, a grandes rasgos, dos especies de tentativa. La primera, ilustrada por la obra de Montesquieu, tiene por objeto establecer, entre los hechos que caracterizan la vida de un mismo conjunto social, un sistema de correspondencias e introducir en los hechos sociales lo que podríamos llamar una *racionalidad transversal*. La segunda, ilustrada por la filosofía de Hegel, procura obtener el dominio lógico del futuro histórico: podríamos evocar a este respecto la idea de una *racionalidad longitudinal*.

Descubrimiento de la racionalidad transversal

El nombre de Montesquieu está relacionado, demasiado a menudo, en el espíritu de nuestros contemporáneos con el recuerdo de una cierta «teoría» de los climas, según la cual las leyes humanas procederían del viento y de la lluvia, así como la vegetación procede de la naturaleza virgen. No se pretende, en absoluto, decir que Montesquieu no haya enfocado la función de los climas, pero su teoría cobra sentido solamente cuando expone la perspectiva general de una obra cuyo propósito es nada menos que el de una filosofía mecanicista de la historia. Si no se trata de explicar, por lo menos directamente, las leyes a través del clima, sí que debemos explicárnoslas y ver en ellas algo más que el fruto de la casualidad o de una voluntad cualquiera. Es éste un aspecto decisivo al comparar a Montesquieu con sus precursores. Si, como Montaigne, toma por objeto de estudio «la historia entera de todos los hombres que han vivido» y, asimismo como él, se asoma curiosamente a las costumbres, sean del tipo que sean, que rigen la vida de los pueblos, no es para justificar cualquier escepticismo ni para concluir, como hacía Pascal, en la «miseria del hombre sin dios». Es para encontrar el orden de este desorden, descubrir las leyes científicas que presiden la formación de las leyes humanas. Estas últimas no son, para él, la expresión de la voluntad divina, ni siquiera —como querrán los teóricos del derecho natural— la traducción en el mundo de los hechos sociales de alguna exigencia moral; las leyes son por sí mismas hechos que podemos explicar.

Se puede ver cuánta razón tuvieron Comte y Durkheim al proclamarle «fundador de las ciencias políticas».

¿Cómo concebía Montesquieu este determinismo al cual están sometidas las leyes? Para algunos comentaristas, por ejemplo Brunschwicg, se trataría simplemente de unas series causales independientes, según las cuales un aspecto u otro de la sociedad producirían sus respectivas leyes. Parece que esta interpretación se opone a la idea básica de Montesquieu, por lo menos en lo que concierne a las leyes que derivan de la naturaleza del gobierno y a aquellas que pretenden mantener su principio.

El espíritu de las leyes distingue tres tipos de gobiernos, que determinan cada uno todo un sistema de leyes. Un gobierno se define por su *naturaleza* como republicano, monárquico o despótico. Se comprende que todo un conjunto de leyes que hoy llamaríamos constitucionales provienen inmediatamente de esta *naturaleza*. Así, las leyes constitucionales de una república deben establecer las condiciones por las cuales el pueblo participa en el poder, puesto que el poder del pueblo es la esencia misma de este gobierno. Un gobierno se define también por su *principio*. Montesquieu habla de «pasión», de «móvil» que lo hace vivir. Así el móvil de la república es la virtud cívica por la cual los ciudadanos prefieren el bien público al suyo propio; el de la monarquía es el honor, es decir, el deseo de ilustración por parte de los aristócratas. Las leyes deberán tener en cuenta este *principio;* particularmente las que conciernen a la educación deberán desarrollar en una república la virtud de los ciudadanos y, en una monarquía la pasión de los nobles por el honor. Algunos comentaristas parten de esta idea y demuestran que las leyes están determinadas por la esencia del gobierno. «Montesquieu, escribe Raymond Aron, en sus *Dix-huit leçons sur la société industrielle,* conoce las leyes políticas resultantes *necesariamente* de la esencia de los distintos regímenes políticos» (el subrayado es nuestro).

Todo el problema consiste en saber interpretar este *necesariamente*. Si lo tomamos como condicional, si queremos decir que un régimen político estable exige el acuerdo de la naturaleza con el principio, el *necesariamente* de Raymond Aron reproduce exactamente el pensamiento de Montesquieu, pero si es necesario interpretarlo como una necesidad real, la afirmación que la naturaleza del gobierno implica *necesariamente* la producción de leyes destinadas a asegurarle su acción o su pasión, parece entonces que traicione el pensamiento de Montesquieu.

Porque *principio y naturaleza* pueden estar en desacuerdo: esto se produce cada vez que un régimen se descompone, como ocurrió, por ejemplo, en el momento de la decadencia romana. Ciertamente la naturaleza puede actuar sobre el principio; al monarca le interesa promulgar leyes que refuercen el principio de la monarquía, como interesa al tribunal promulgar otras que favorezcan la virtud. Generalmente sucede así, pero en último término, el principio es quien manda. Ya que, ¿de qué sirve promulgar leyes si todo el pueblo las rehúsa? Esta condición «sociológica» que todo derecho debe tener en cuenta si quiere ser eficaz, es la que Montesquieu llama «espíritu general de una nación».

Este espíritu está determinado, a su vez, por unas condiciones objetivas: la naturaleza del terreno, el comercio, y también el clima. Hemos de admitir, sin embargo, que esta categoría no está tan clara y netamente expuesta en *El espíritu de las leyes,* en primer lugar porque Montesquieu adivina, más que ve, las condiciones objetivas del principio y se le escapan las más importantes. Como sugiere un hombre de la generación siguiente, Voltaire, «Montesquieu no tenía conocimiento alguno de los principios políticos relativos a la riqueza, a las manufacturas, a las fuerzas, al comercio. Estos principios no estaban todavía descubiertos... Le hubiera sido tan imposible hacer el tratado sobre las riquezas de Smith, como sobre los principios matemáticos de Newton». Por otra parte, Montesquieu, fundador de las ciencias humanas, es un pensador importante, un noble de origen, defensor de los intereses de su casta.

Precisamente con él, el estudio de las sociedades y de su historia empieza a ser una ciencia: primeramente descubre cómo en el mundo humano la parte (una ley particular) está determinada por el todo (la relación que hay entre *principio y naturaleza* en el interior del gobierno), anunciando lo que llamaríamos hoy el *análisis estructural* de la sociedad. Pero a la vez sobrepasa ya lo que esta concepción puede tener de unilateral. Aceptando que el principio y la naturaleza se oponen en el interior de la unidad que forman, da vida a las estructuras; afirmando que en último término la totalidad, que es el régimen político, está condicionada por circunstancias materiales, intuye, tras la causalidad «circular» que podemos observar en el interior de las estructuras, una causalidad «longitudinal» que atestigua en cierto modo el enraizamiento de las estructuras en la historia general.

Descubrimiento de la racionalidad longitudinal

Hegel declaró que Montesquieu le había puesto en el camino de sus propios descubrimientos, pero es cierto también que nadie adivinaría este presentimiento de la dialéctica en Montesquieu si esta nueva lógica no hubiera sido desarrollada plenamente por Hegel.

No pretendemos en absoluto hacer aquí una exposición completa de la filosofía de Hegel, pero sí demostrar la importancia que tuvo este pensador en la preparación de los instrumentos intelectuales imprescindibles para el historiador, que quiera pensar racionalmente el devenir de las sociedades.

En primer lugar rechacemos un prejuicio bastante popularizado, según el cual Hegel sería el autor exclusivo de este sistema. Este sistema existía ya y no es cierto que saliera del cerebro de Hegel como Athena nació del cerebro de Zeus. Antes de sistematizar su pensamiento y de deducir la historia de algunos principios de filosofía, Hegel se formó este pensamiento en la meditación de los hechos históricos concretos; así fue como descubrió la dialéctica.

Para darnos cuenta de la importancia de este descubrimiento, imaginémonos primero lo que podría ser la explicación histórica si procediera de una razón — no dialéctica — tal como la que encontramos en las matemáticas y en la física clásica. Tal razón regularizaría el curso del tiempo.

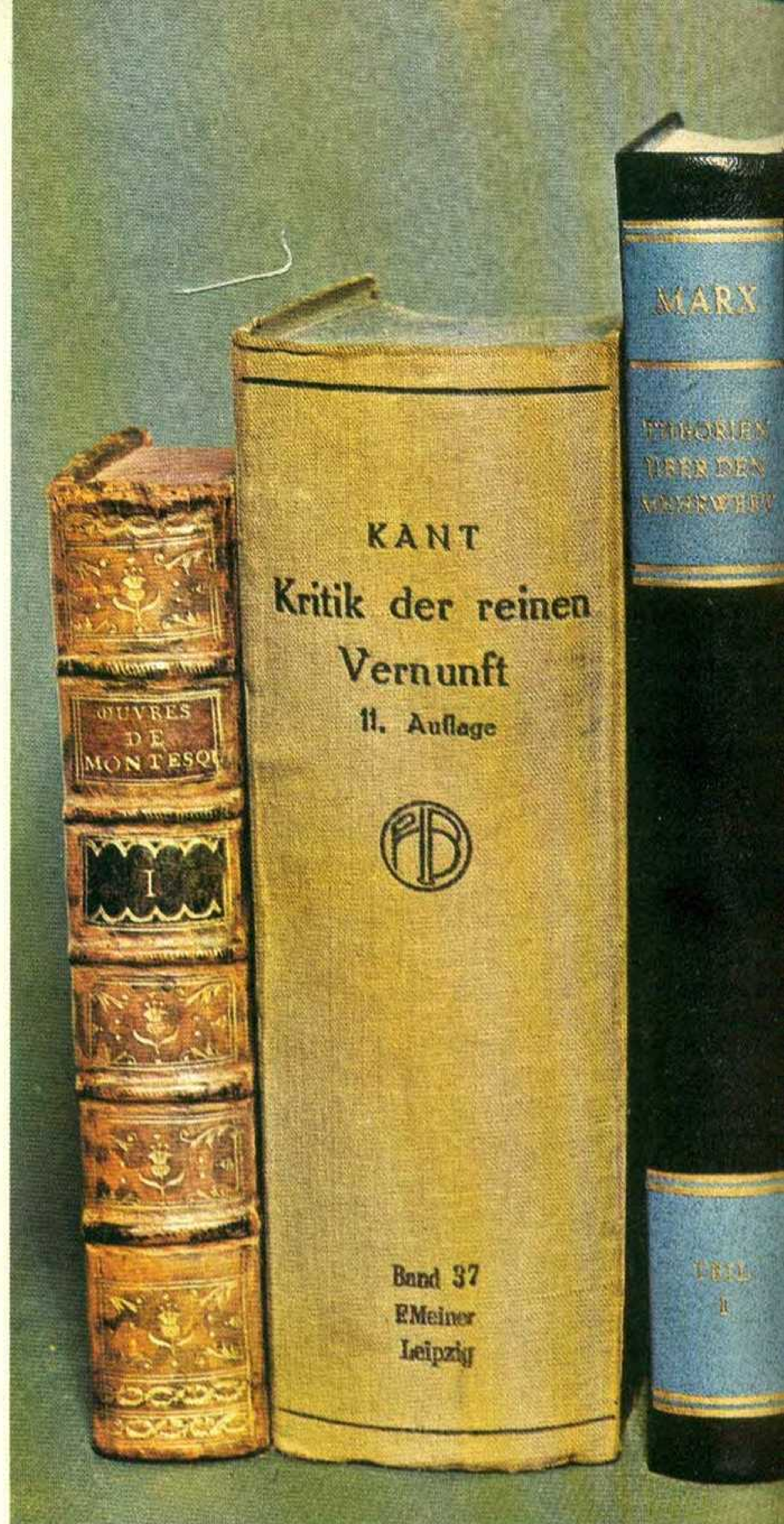
En la primera hipótesis, al desaparecer el acontecer histórico, las series causales girarían sin producir nada verdaderamente nuevo, la historia sería inmóvil o, más bien, una agitación sobre sí misma, sin cambio, siempre con las mismas leyes, como en el mundo abstracto del físico clásico.

En la segunda hipótesis habría desplazamiento de conjunto, progreso, pero este progreso sería continuo, rigurosamente previsible, irrevocablemente sujeto a una ley, como sujeta a su razón está toda progresión matemática.

Esta concepción de la historia no es totalmente imaginaria y podemos encontrar, en Tocqueville por ejemplo, temas que nos recuerdan esta historia inmóvil o este progreso continuo; este autor pretende, en efecto, que las estructuras aristocráticas de la antigua sociedad deben desaparecer lenta y regularmente. Esta evolución producida por una indeterminada «fuerza de las cosas», debe acabar con el advenimiento de «sociedades democráticas», de las cuales Tocqueville vislumbra ya los rasgos a través de la sociedad americana de su tiempo. Entonces desaparecerá toda historia, las sociedades se harán «agitadas y monótonas» y el resultado de estas agitaciones será un conformismo cada vez más apremiante. En resumen, los hombres girarán alrededor de sí mismos, produciendo un efecto global siempre igual, siempre exactamente el mismo. Lo que escapa a estos esquemas es el advenimiento de lo singular, de la novedad, la transformación de las antiguas estructuras radicalmente nuevas, todavía nunca vistas. De aquí se han originado las interminables luchas entre los historiadores que aseguran que lo histórico en cuanto tal es lo singular, pero que sintiéndose incapaces de dar una explicación racional, hacen de la historia una sencilla suma de casualidades, y los historiadores que, queriendo introducir la razón en los hechos, declaran que la causa es lo general pero faltan entonces a la historicidad misma.

Para superar esta dificultad era preciso reformar la razón, no aplicar al suceder histórico esquemas que ella se había forjado para estudiar la materia inerte. Esto es lo que hizo Hegel cuando, rompiendo con los principios de Aristóteles para quien «de lo mismo sólo puede deducirse lo mismo», afirmó que «de una verdad puede deducirse, lógica y dialécticamente, otra». Así podemos pensar con sucesión lógica en progresiones lentas y revoluciones repentinas: en efecto, el progreso cuantitativo produce bruscamente un cambio cualitativo, algo radicalmente nuevo, algo histórico y que sin embargo, procede de la lenta evolución que lo ha precedido.

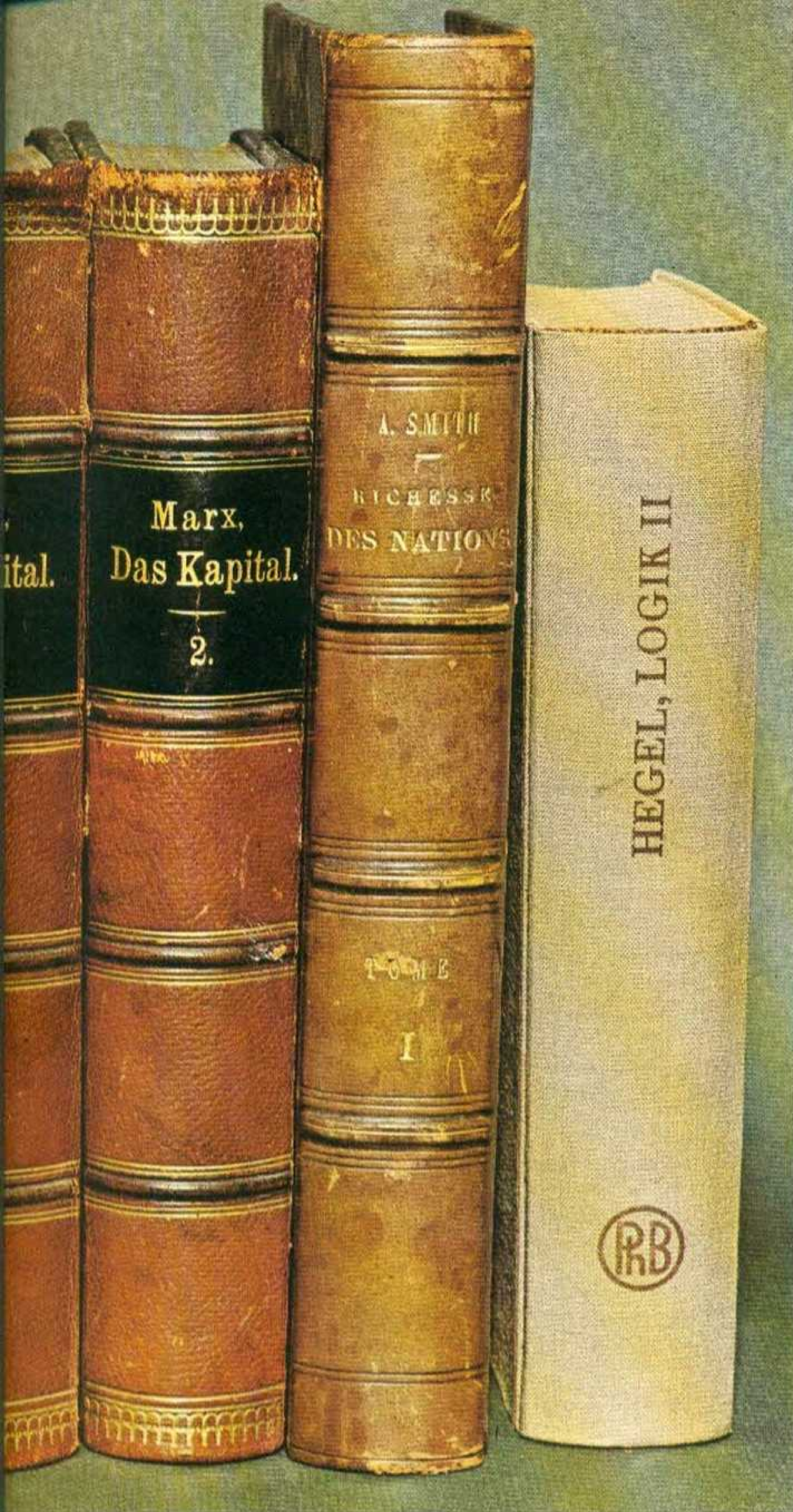
Esta idea sacada por Hegel de la observación de la historia y de los cambios que presenta, está luego sistematizada por él mismo en el cuadro de una filosofía de la historia finalista, de manera que lo radicalmente nuevo apareció en el transcurso del proceso dialéctico es posible que existiera



Los que han contribuido más ampliamente a formular las tesis en las que se basa la visión actual de los sucesos pasados y futuros han sido, mucho antes que los mismos historiadores, los filósofos, entre los que merecen destacarse a Montesquieu, Kant y Hegel y los economistas.

ya en estado implícito — en sí mismo — desde el principio. Entonces la historia está predeterminada por la supuesta necesidad de realizar la «idea», «la razón gobierna el mundo»: volvemos a una concepción inmóvil del tiempo, pese al lugar concedido a los cambios bruscos. Es el tiempo por entero concebido «sub specie aeternitatis».

Pero Hegel, aunque otras exigencias filosóficas desviaran su dialéctica, por lo menos ha forjado el instrumento que sir-



principalmente las teorías de Adam Smith y Karl Marx. En orden a formarnos nuestra propia «Weltanschauung» (concepción del mundo) y nuestra captación del sentido de la historia, esta biblioteca ideal vale más que todas las cronologías. (Foto MTA.)

ve para concebir el tiempo real, y veremos luego cómo Marx sabrá utilizarlo para el análisis de los hechos históricos concretos, separando el método del sistema idealista. Queda bien sentado que, con Hegel, la lógica se reafirma en el dominio del devenir. Antes de él, era necesario escoger entre la razón y el tiempo: él ha logrado concebir el tiempo gracias a la razón reduciendo de antemano a la nada los argumentos de todos aquellos que recurrieron a la realidad del devenir para limitar las pretensiones de la razón, por ejemplo Bergson.

Crítica de la razón histórica y crítica de esta crítica

El descubrimiento de la dialéctica permite a la razón pensar la historia. ¿Estamos seguros de que este pensamiento pueda reflejar verdaderamente las estructuras reales del acontecer histórico?

En efecto, el historiador no cesa de calificar los hechos determinando su importancia y a menudo intenta explicar los unos mediante los otros. Por ejemplo, saber que el 14 de julio de 1789 algunos centenares de hombres mal armados se adueñaron en París de una fortaleza mal defendida, no tiene ningún interés si se ignora que esta fortaléza simbolizaba para sus atacantes el régimen arbitrario que ellos querían abatir y que este asalto comprometía a la sociedad, de modo irreversible, en un movimiento que debía transformarla totalmente. La importancia y el significado del hecho dependen de la importancia y significado que queramos atribuir a sus consecuencias: un Michelet, por ejemplo, verá en la toma de la Bastilla el principio de una nueva era; un Bonald interpretará este hecho como una locura de los hombres que clama venganza al cielo. Así, la luz que viene a esclarecer la confusión aparente de los hechos, surge, a fin de cuentas, del espíritu de un hombre. ¿Puede ser algo más que un simple juego de proyectores, que pinta la realidad a gusto del «cameraman» y deja en la oscuridad lo que él desea? Y si de hecho puede ser otra cosa, ¿qué precauciones debe tomar el historiador para que sus esquemas reflejen siempre lo más exactamente posible las estructuras de la realidad?

Hegel contesta a esta pregunta por primera vez cuando en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia,* define «la historia filosófica» y la opone a la «historia reflexiva». En la historia reflexiva el historiador ordena los hechos según categorías y esquemas exteriores al hecho que estructuran; piensa el pasado con conceptos que cree eternos y que son, de hecho, los de su tiempo. Por ejemplo; compara con optimismo la democracia ateniense, la república romana y el régimen nacido de la revolución de 1789. Peca de anacronismo y no puede hacer otra cosa, puesto que para él el concepto es universal y vale para todos los tiempos. La dialéctica nos revela que el concepto mismo es histórico, que vive, que se desarrolla, y nos permite evitar el riesgo anacrónico. El espíritu del historiador no es un espíritu eterno que piensa el flujo del acontecer histórico con categorías dadas una vez para siempre; sino que en cada época — con un cierto cambio que marca el tiempo de la reflexión — el espíritu inventa nuevos conceptos a la medida de la nueva realidad. Esta es la «historia filosófica» que nos da una idea exacta del devenir. Lo que hace posible la historia es que el historiador vive la misma vida que ella, que está sumergido en el devenir y que este devenir produce continuamente los medios para ser comprendido, ya que cada época es una reflexión sobre la precedente así como el futuro ilumina el pasado. Así las consecuencias vividas en la Revolución francesa ponen de manifiesto el sentido de este acontecimiento histórico.

En efecto, estas concepciones extremadamente fecundas para la historia son falseadas por Hegel debido a las exigencias de su sistema filosófico. Hegel no se contenta con decir que el espíritu de cada época es una reflexión del sentido de la época precedente; esta reflexión, que es una consecuencia del acaecer histórico y que expresa simplemente su continuidad, es para Hegel una verdadera finalidad. ¡La historia tiene como fin revelar progresivamente una verdad contenida implícitamente en su principio mismo! Por ejemplo, el estado burgués nacido de la revolución de 1789 no es solamente una institución nacionalizada o una toma de conciencia de las voluntades turbias que animaban a la burguesía de final del antiguo régimen: es la revolución que se quiere explicar por la necesidad de llevar a la conciencia estas voluntades que tienen un valor completamente universal, puesto que el nuevo derecho no es sino la realización de un derecho racional que inconscientemente la humanidad ha deseado desde hace mucho tiempo. En este sentido Hegel, gran filósofo idealista, afirmó: «La razón gobierna el mundo.»

A este respecto Hegel ha tenido muchos epígonos; cada uno da a la historia el fin que ha escogido según sus preferencias personales (recordemos las tesis de Oswald Spengler y, más recientemente, las de Arnold Toynbee).

Esta proliferación de «filosofías de la historia» motivó una reacción hostil a la historia de la que son testigos hombres como Nietzche (en *La Seconde inactuelle*) o Paul Valéry. En cuanto a los historiadores rutinarios después de Langlois y Seignobos, se refugiaron en el empirismo y pretendieron contentarse con «establecer los hechos». En realidad, la historia no podía contentarse con un propósito tan modesto; como ya hemos dicho antes, el hecho simple, aislado de sus consecuencias, abstraído del devenir, deja simplemente de ser histórico. Se intentó, pues, franquear para la historia un camino entre el idealismo filosófico y el empirismo sin perspectiva. Esta fue la ambición de una familia de pensadores cuyo padre es el filósofo Dilthey y algunos de cuyos representantes fueron Raymond Aron, L. Dardel y H. Marrou.

Algunos de estos autores han comparado explícitamente su proyecto al que, en el siglo XVIII y en una situación bastante análoga, había formado el filósofo Kant. Se trata —dicen estos historiadores— de hacer la crítica de la razón histórica, es decir, de examinar la razón humana para saber qué clase de verdad puede alcanzar cuando quiere darse cuenta del acontecer histórico. Generalmente una crítica acaba por restringir las pretensiones del sabio, pero le asegura unas sólidas bases para la parte de la ciencia cuya validez mantiene. (Así, Kant prohíbe a la razón especular sobre el más allá de la metafísica, pero justifica enteramente sus pretensiones referentes al conocimiento del mundo.) Veamos, pues, cuáles fueron los resultados de la crítica de la razón histórica y si ésta llegó a escapar del escepticismo que pretendía combatir.

Debemos admitir que los resultados son algo desconcertantes. De hacer caso a las críticas de la razón histórica, el historiador puede y debe intentar hacer una síntesis, pero ésta será puramente subjetiva. Así Raymond Aron en su tesis de 1938 (aunque su punto de vista parece haber cambiado algo actualmente), propone estos principios: «la teoría precede a la historia»; «la realidad histórica por el hecho de ser inagotable es equívoca»: lo cual significa que, en historia, la conclusión no se deduce nunca del examen de los hechos, sino que es admitida, por lo menos implícitamente, antes de tener los datos, y por tanto, quien los orienta es ella impidiéndoles probar otras cosas. Marrou, por su parte, acaba su libro comparando la verdad histórica con la verdad del arte.

¿Cómo es posible que autores como Aron y Marrou lleguen a estas conclusiones escépticas, siendo así que comenzaron con la idea de asentar el pensamiento histórico sobre bases sólidas? Nos parece que también aquí la teoría «precede» al análisis y que el escepticismo, el empirismo —más exacto sería llamarlo «nominalismo»—, más que una conclusión son una conjetura admitida al principio. Consideremos, por ejemplo, lo que Marrou dice del *concepto* en historia. ¿Tiene derecho el historiador a evocar generalidades como «el antiguo régimen» o «la ciudad antigua»? Marrou contesta: (el historiador...) «debe, *allí mismo donde su análisis legitima las visiones sintéticas*, recordar que el dato fundamental, lo que realmente ha existido no es ni el hecho de civilización ni el sistema o el supersistema, *sino el ser humano cuya individualidad es el único organismo auténtico dado por la experiencia*» (el subrayado es nuestro). Vemos que quien al fin lo domina es el prejuicio individualista y empírico. Si para el historiador la ciudad antigua no existiera, si solamente existieran Atenas, Esparta y Tebas o, mejor aún, unos hombres a quienes llamamos atenienses, espartanos o tebanos, es porque este historiador ha otorgado preferencia ontológica al individuo sobre la sociedad.

En resumen, estos filósofos críticos y también los hegelianos están de acuerdo en un punto: lo que hace posible el conocimiento histórico es el hecho de que el historiador y su objeto pertenezcan al mismo devenir y a la misma realidad humana; pero Dilthey y sus discípulos interpretan este contacto en el interior de la historia como una ligazón de hombre a hombre, como una relación intersubjetiva. A partir de este momento, para comprender a los hombres del pasado se debe apelar a algún lazo de «simpatía», lo cual es incontestablemente un medio de conocimiento muy precario que justifica todos los escepticismos. Para Hegel, por el contrario, el historiador-filósofo no es un individuo singular que juzga a los demás según sus opiniones y sus sentimientos personales; sumergido en el espíritu de su tiempo, llega a ser su propio hijo. A través de su pensamiento individual, el devenir reflexiona sobre sí mismo, el futuro ilumina el pasado: sus conceptos lo iluminan sin tergiversarlo.

Por un curioso y necesario retorno de las cosas, volvemos a Hegel. ¿Significa esto que su filosofía de la historia es insuperable? Ciertamente no. Y los partidarios de la «crítica de la razón histórica» tienen toda la razón cuando lo acusan de idealista; pero es curioso que lancen idéntica acusación contra Karl Marx que, justamente, se ha propuesto superar, a partir de Hegel, el idealismo hegeliano. Sin duda alguna, un gran número de marxistas poco estudiosos o mal infor-

mados merecen una acusación de tal índole; es una razón de más para hacer recordar el verdadero pensamiento de Marx: «la historia no hace nada, no posee ninguna riqueza inmensa, "no libra combates" es, más bien, el hombre, el hombre real y viviente quien hace y posee todo esto y quien combate; estad seguros que no es la historia la que se sirve del hombre como un medio para realizar sus propios fines como si ella fuera un personaje singular; no es más que la actividad del hombre que persigue sus objetivos». *(La Sagrada Familia.)*

La crítica marxista

Para Hegel, la toma de conciencia y el descubrimiento de la verdad son los fines propios del devenir. La ciencia histórica se hace en cierto sentido espontáneamente y el historiador-filósofo se contenta expresando las ideas que la realidad misma produce para iluminarse. En Marx, la toma de conciencia no es más que una consecuencia, entre otras muchas, del devenir; ya no es automática, no sigue necesariamente el sentido de la historia. Es preciso distinguir la ideología nacida espontáneamente de la realidad histórica y reflejándola de forma «fantástica», del esfuerzo científico por la verdad del que, desmixtificando la ideología, se afana en encontrar nuevamente esta verdad.

Como escribe Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política:* «Hegel ha caído en la ilusión de concebir lo real como el resultado del pensamiento que se concentra en sí mismo, se profundiza, se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en pasar de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento la forma de adueñarse de lo concreto, de reproducirlo. Pero de ninguna manera es este el proceso de la génesis de lo concreto.»

Así, lo que funda la posibilidad de la historia es el hecho de que el historiador y su objeto pertenecen al mismo acontecer histórico, pero lo real no se reduce a la idea, sino que tiene una existencia material; incluso en el interior de esta intimidad que une al historiador con su objeto, aparece una cierta exterioridad. En cierto sentido, el historiador está ante la historia como el físico ante la naturaleza. Este paso del idealismo al materialismo trae consigo dos consecuencias.

Primeramente, la necesidad de una crítica. El propio materialismo, la afirmación de que antes de nuestros pensamientos existe una realidad que éstos reflejan más o menos exactamente, es el resultado de una primera crítica, la que el joven Marx emprendió en 1843 cuando quería «poner el mundo antiguo al descubierto» y «encontrar un mundo nuevo merced a la crítica del antiguo». Este materialismo que se ha llamado también «economismo de Marx» no es más que un postulado de metafísica; es un resultado, el resultado de la crítica. El joven Marx se da cuenta de que no puede comprender las formaciones ideológicas — religión, filosofía, sistemas políticos o teorías del derecho y de la economía — sino remitiéndolas a su origen, a la vida concreta y práctica de los hombres. Sobre este descubrimiento funda su método: buscar las raíces materiales de cada formación cultural. Sin embargo, es conveniente recordar que este principio tiene un valor, sobre todo, heurístico, es una idea directriz para una ciencia que se está haciendo y no la conclusión de una ciencia ya hecha. No siendo el economismo de Marx un postulado metafísico, el marxismo no *reduce* — como se ha afirmado erróneamente — toda realidad a su base, a su infraestructura económica. El factor económico no determina jamás *directamente* el fenómeno cultural, sino siempre a través de muchos intermediarios sociológicos o psicológicos. Como dice Engels: «La estructura económica de la sociedad constituye cada vez la base real que permite, *en último análisis,* explicar toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, al igual que las ideas religiosas y filosóficas de cada período histórico». Olvidar que se trata aquí de una explicación *en último análisis,* puede provocar los peores contrasentidos. La mejor prueba de que para el marxismo auténtico la realidad no se reduce a lo económico, es que Marx y Engels vislumbran explícitamente un estadio ulterior de la historia humana en el que los hombres, liberados, gracias a la «abundancia», de los apuros económicos, dejarán de estar determinados por ellos. Con la «era de la escasez» terminaría nuestra historia que Marx llama «prehistoria» y solamente entonces empezaría la verdadera historia de los hombres. Así, cuando insiste sobre la actual supremacía de lo económico, Marx quiere demostrar que es inútil, para quien desea liberarse de estas determinaciones, negarlas simplemente en pensamiento o afirmar una cualquiera libertad teórica y que es preciso, por el contrario, intentar superar materialmente esta sujeción y para ello reconocerla antes.

La segunda consecuencia del materialismo es la necesidad de recurrir en historia a la verificación de los hechos. Si las ideas no reflejan siempre adecuadamente la realidad, ya no basta especular, es preciso confrontar los esquemas que formamos con lo real. Así se explica, por ejemplo, el plan del *Capital,* el cual, después de un principio muy abstracto, vuelve otra vez a lo concreto que ya no es un concreto inmediato, una «representación caótica del todo» (según la frase de la *Contribución a la crítica*) sino la «síntesis de muchas determinaciones». Por este retorno, la teoría se verifica igual como puede hacerlo una teoría histórica: como en todas las ciencias, se verifica con una mayor o menor aproximación. Y puesto que se trata de historia, podemos esperar del futuro que ilumine aún más el pasado.

Un ensayo de síntesis

En este ambiente, podemos tratar de estudiar el problema decisivo que sirve de título a esta segunda parte: el de los «motores de la historia». Veremos también cómo se puede efectuar un intento de síntesis partiendo de una tesis.

El problema de los motores de la historia puede plantearse de este modo: ¿de qué manera la determinación por los factores económicos puede combinarse primeramente con

la determinación por los factores sociales, con la determinación por los factores ideológicos, y luego con la determinación por los factores individuales? Según la terminología marxista, la primera pregunta es la de las relaciones entre superestructura e infraestructura. Fijémonos bien que en todos estos niveles se trata justamente de estructuras: existen en la realidad histórica unas regularidades que conviene descubrir, pero estas regularidades pertenecen a la historia; viven, es decir, nacen, crecen y mueren transformándose entonces en estructuras nuevas. Jamás son definitivas, pues la historia no tiene como fin realizar ciertas esencias establecidas de antemano; *la historia no tiene,* por así decirlo, *ningún fin.*

Marx distingue en la realidad social diferentes *niveles,* bases materiales y económicas de la sociedad en las obras espirituales producidas por sus creadores, de los cuales las relaciones sociales, las instituciones y la vida política, son los niveles intermediarios. La tesis marxista es que a largo plazo, la evolución del nivel base — el de los medios de producción — condiciona la evolución de todos los otros niveles, empezando por el de las relaciones sociales, luego, por su intermediario, el de las instituciones y así sucesivamente hasta llegar a los productos más inmateriales de la vida social. Pero es conveniente aclarar bien las cosas: para Marx no existe ninguna determinación directa de los niveles superiores por el nivel base; la determinación se hace siempre a través de los niveles intermediarios. No podemos, por ejemplo, explicar una producción cultural como la pintura, merced a una revolución aparecida en el nivel de las fuerzas productoras. Es preciso cada vez considerar los planos intermediarios y no encontrar la determinación económica más que en *«último análisis».*

Tampoco hay que olvidar que un hecho de un nivel está en primer lugar determinado por la historia de este nivel. Así, un cisma debe ser colocado, ante todo, en la historia religiosa; una novela, en la historia literaria y una decisión política, en la historia política. Luego, globalmente, la historia literaria, religiosa y política de una época pueden ser relacionadas por las historias paralelas y explicadas por ellas.

Esto permite comprender, entre otras muchas cosas, lo que podríamos llamar «las paradojas de la historia» del mismo tipo que las que hemos encontrado sobre la personalidad de Montesquieu o de Hegel. El espíritu de las leyes o bien la dialéctica no se explican tanto por la situación social de sus autores, que son reaccionarios, como por una especie de maduración de las ideas, provocada por el conjunto de una evolución social inconsciente que a su vez puede ser relacionada con la evolución económica.

En fin, cada acontecimiento particular, por el hecho de estar explicado por causas más generales todavía, no debe perder su singularidad propia: la política de un ministro, la predicación de un innovador religioso, el libro de un escritor — incluso cuando van «en el sentido de la historia» y son el resultado visible de una larga evolución —, conservan, como nos lo han demostrado nuestras reflexiones sobre la dialéctica, su fisonomía propia.

Si el historiador quiere aplicar el esquema que propone el materialismo marxista sin tomar sus precauciones, hace todo lo contrario de lo que pretende: toma por reales entidades abstractas, obrando como un idealista. La importancia de lo singular en el movimiento del acontecer histórico queda ilustrada particularmente gracias a los grandes hombres y al papel que han desempeñado a través de la historia. No se trata, pues, de negar este factor individual. Sin embargo, es conveniente comprender bien su acción para no transformar al «elegido del destino» en hacedor de milagros. El gran hombre no es un dios omnipotente que moldea a su manera una materia inerte; su acción se desarrolla en un campo estructurado y no es eficaz más que cuando tiene en cuenta las estructuras. Por lo demás, no es necesario que tenga siempre un perfecto conocimiento teórico de la realidad en gestación; le basta tener un conocimiento práctico, sentir, adivinar los posibles para realizarlos. El gran hombre domina la sociedad, pero no es porque viva fuera de ella; es, al contrario, porque conoce el fondo de las cosas y se coloca en el punto convergente de todas las estructuras. Es así que el gran hombre se diferencia del soñador que sólo es capaz — como Hitler, por ejemplo —, de producir remolinos de los que en fin de cuentas no sale nada.

Pero si el gran hombre puede vivir en el corazón de la sociedad es porque ha sido formado para ella. El gran hombre auténtico, aunque la reflexión haga algunas veces de él un solitario, habla y actúa, de hecho, en nombre de un grupo social, en nombre del grupo, de la clase en la que se encarna por un tiempo el dinamismo de la historia.

Con estas condiciones, si el gran hombre está verdaderamente arraigado y si es un gran realista, puede marcar con su sello el curso de las cosas. Pues incluso si el advenimiento de tal o cual nueva estructura es una necesidad, las modalidades de este advenimiento no están todas determinadas. La fórmula de Marx: «los hombres son los que dan vida a la historia», vale particularmente para los grandes hombres de los cuales depende a menudo que tal evolución se haga en el transcurso de uno o diez años, que arrastre hacia la muerte a mil o cien mil personas, que exija el terror o tolere, por el contrario, la libertad.

Vemos que las causas en la historia son múltiples y que son varios los motores que arrastran el devenir en su marcha. El historiador debe enumerarlos con toda imparcialidad. Pero se puede pensar que es un perezoso cuando se contenta solamente con enumerarlos. El debe hacer todo lo posible, sin forzar los hechos, para encontrar entre todas las causas un vínculo y hasta una jerarquía. Y para que no se le considere todavía perezoso debe guardarse del escepticismo y no decir demasiado modestamente: «esto es sencillamente mi opinión». Debe intentar verificar los hechos tanto como su objeto se lo permita.

Una vez hecha esta verificación y solamente entonces es cuando podrá, e incluso deberá, emitir sus reservas y recordar que el futuro jamás ha terminado de enseñarnos la verdad del pasado.

GUY P. PALMADE

los factores económicos

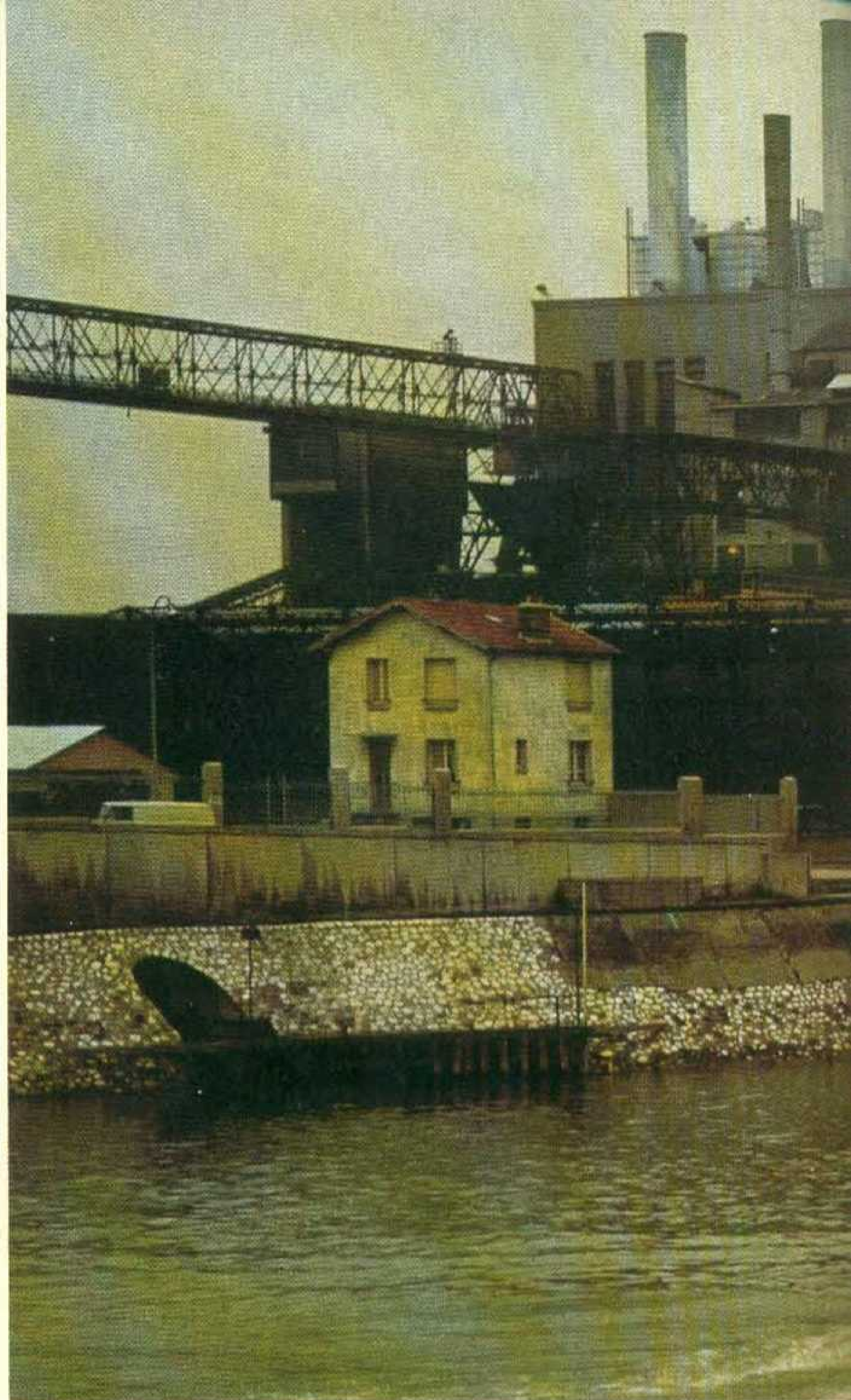
Todo intento de síntesis histórica consiste en situar los acontecimientos particulares dentro de esquemas generales. Las leyes económicas, ignoradas durante tanto tiempo, parecen, sin embargo, los menos discutibles de estos esquemas, aunque su interpretación resulta compleja y un tanto sospechosa. Sin pretender que todo el acaecer histórico resulte necesariamente de un proceso económico — más adelante se verá el papel que las ideas y los hombres juegan en la historia —. es imposible considerar la concatenación de los sucesos si no se empieza por tener en cuenta el valor de las condiciones económico-materiales en la evolución de las sociedades y en la supremacía de unas sobre otras.

El hombre — ya lo dijo Aristóteles — es un animal político, lo cual equivale a decir animal social. Que sea también un animal económico — *homo oeconomicus* — es algo que ha costado más admitir. Y apenas admitido ha habido eminentes historiadores que han llamado la atención sobre la arbitrariedad de estas divisiones del hombre. La historia, «resurrección de la vida integral» según Michelet, no se puede dividir en sectores incomunicados. El hombre, objeto de la historia, pieza del historiador, no puede reducirse a una colección de entes de ficción, limitados a una sola de sus dimensiones reales. «Homo religiosus, homo oeconomicus, homo politicus, toda esta sarta de hombres en *us* no son, como reconocía Marc Bloch, más que otros tantos artificios, y sería absurdo tomarlos por algo distinto de lo que son en realidad: fantoches útiles a condición de que no pretendamos que lo expliquen todo». Así se explica, mucho más que la de cualquier otra historia especializada, la ambigüedad de la historia económica y la dificultad de escribir algo sobre ella. Durante siglos, casi hasta nuestros días, ha permanecido ignorada o confinada en el «*gheto*» de la erudición. Reconocida, adoptada, legitimada, resulta ahora que su exclusivismo o su imperialismo es denunciado por muchos. ¿Enfermedad de crecimiento o signo de madurez? Sea como sea parece que ha llegado ya el tiempo de colocarla en su justo lugar.

Una tardía toma de conciencia

Se comprende bastante bien que la historia haya tardado tanto tiempo en interesarse por las actividades materiales del hombre. La sociedad en cuyo seno nació, la de la antigüedad clásica, fundada sobre la esclavitud y por esto mismo incapaz de comprender la importancia del progreso técnico, no podía apenas imaginar que «las artes vulgares» — como las llamaba Jenofonte, autor, no obstante, de una *Económica* que no era más que un simple manual de gestión familiar —, tienen su importancia para los hombres libres y «bien nacidos». La cultura antigua, profundamente aristocrática, incluso en las ciudades y en las épocas de gobierno «populares», orientaba lógicamente la curiosidad de los historiadores, si no sobre los caminos fáciles de lo pintoresco, como es el caso de Herodoto, sí hacia espectáculos en los que la economía no parecía tener nada que hacer. Por ejemplo, Tácito trata las enseñanzas psicológicas y morales del pasado, Plutarco nos pinta tipos ejemplares de «gran hombre» e incluso autores más penetrantes como Tucídides y Polibio nos hablan de las leyes de la evolución política y de los efectos de la voluntad de poderío. Por su parte, los analistas y cronistas de la Edad Media dirigen su atención hacia las vidas edificantes de santos y reyes, hacia las proezas y las costumbres caballerescas, hacia el juego de las astucias humanas o de las intenciones de la providencia. El humanismo, al esforzarse en encontrar un mejor contacto con la sabiduría grecorromana, se pierde en los adornos retóricos, las teorías pragmáticas y las gestas heroicas, no sin antes explorar también zonas hasta entonces apenas abordadas: la numismática y la historia del derecho, entre otras, de las que más tarde la historia económica sacará partido; pero estas ciencias están todavía bajo el dominio exclusivo de los eruditos, como Cujas o Budé, limitados a esas investigaciones especializadas que se denominarán más tarde «ciencias auxiliares de la historia». En este sentido, el balance de la edad clásica no es más positivo: el prejuicio literario y el prejuicio utilita-

rio, al asignar siempre al conocimiento histórico análogas ambiciones — instruir y deleitar —, limitan igualmente la mayoría de sus propias empresas, obras de analistas de la naturaleza humana, obras de edificación y de polémica, apologéticas o filosóficas. No obstante, a partir del siglo XVIII los horizontes comienzan a ampliarse. Montesquieu, si es cierto que en su *Espíritu de las Leyes* se esfuerza en presentar a la razón en acción incesante, no separa, sin embargo, de su búsqueda las instituciones y las prácticas económicas, cuya relación con el grado de evolución y de complejidad de las leyes civiles trata de comprender. Voltaire, sobre todo, rompe con la concepción puramente individualista y dramática de la historia después de su *Carlos XII;* el *Siglo de Luis XIV* es una primera tentativa de describir a la posteridad no las acciones de un solo hombre sino el «espíritu del conjunto», tal como se manifiesta incluso en la política financiera o comercial de la monarquía francesa; el *Ensayo sobre las costumbres* adopta como principio, aún más claramente, el considerar «el destino de los hombres más bien que las revoluciones del trono». En este libro, posiblemente el primero que pretende realizar el ambicioso programa de una historia de la civilización, Voltaire se interesa más por los hechos sencillos pero no menos decisivos como son las oscilaciones de los precios o el curso de la moneda, las corrientes de intercambio de mercancías, etc., que por los problemas religiosos, artísticos o literarios o por la descripción de las batallas. Con él la economía, al menos en algunos de sus aspectos, entra en la «gran historia».



Emergencia de la historia económica

Pero todo esto no es más que una victoria parcial, o, al menos, sin un próximo futuro. El descubrimiento que hizo el romanticismo del «color local» y del «genio de los pueblos», la contraposición de las tesis ideológicas, políticas y sociales nacidas de la Revolución son de muy poco provecho para la historia económica. Guizot, brillante representante de la historia liberal, describe con propiedad el desarrollo y las luchas de las diferentes clases sin detenerse en analizar de cerca los fundamentos materiales de la evolución que describe. La mayoría de sus contemporáneos quieren saber la explicación de los acontecimientos que ni por asomo se les ocurre relacionar con las transformaciones de la técnica, de la producción o de la circulación de bienes. Michelet — de quien Lucien Febvre dirá que fue «la historia misma» — incorpora la economía a la historia total que él quiere captar y hacer revivir. Y como en todos los campos, lo que hace es esclarecer tal o cual aspecto con una de sus fulgurantes intuiciones: por ejemplo, la función desempeñada por el oro en la civilización medieval o por el «genio maquinista» en el terrible siglo XIX. Además afirma que es necesario tener en cuenta «todo lo que acompaña, explica o fundamenta la historia política, las circunstancias sociales, económicas, industriales, literarias e ideológicas». Pero en esta inmensa lucha entre «las necesidades» y «la libertad» que constituye, según su opinión, la trama de la aventura humana, el simbolismo de los personajes y de los hechos — la perpetua psicomanía que le reprocha Agustín Tierry — le obsesiona demasiado profundamente para que pueda permitirle un estudio sistemático de la economía.

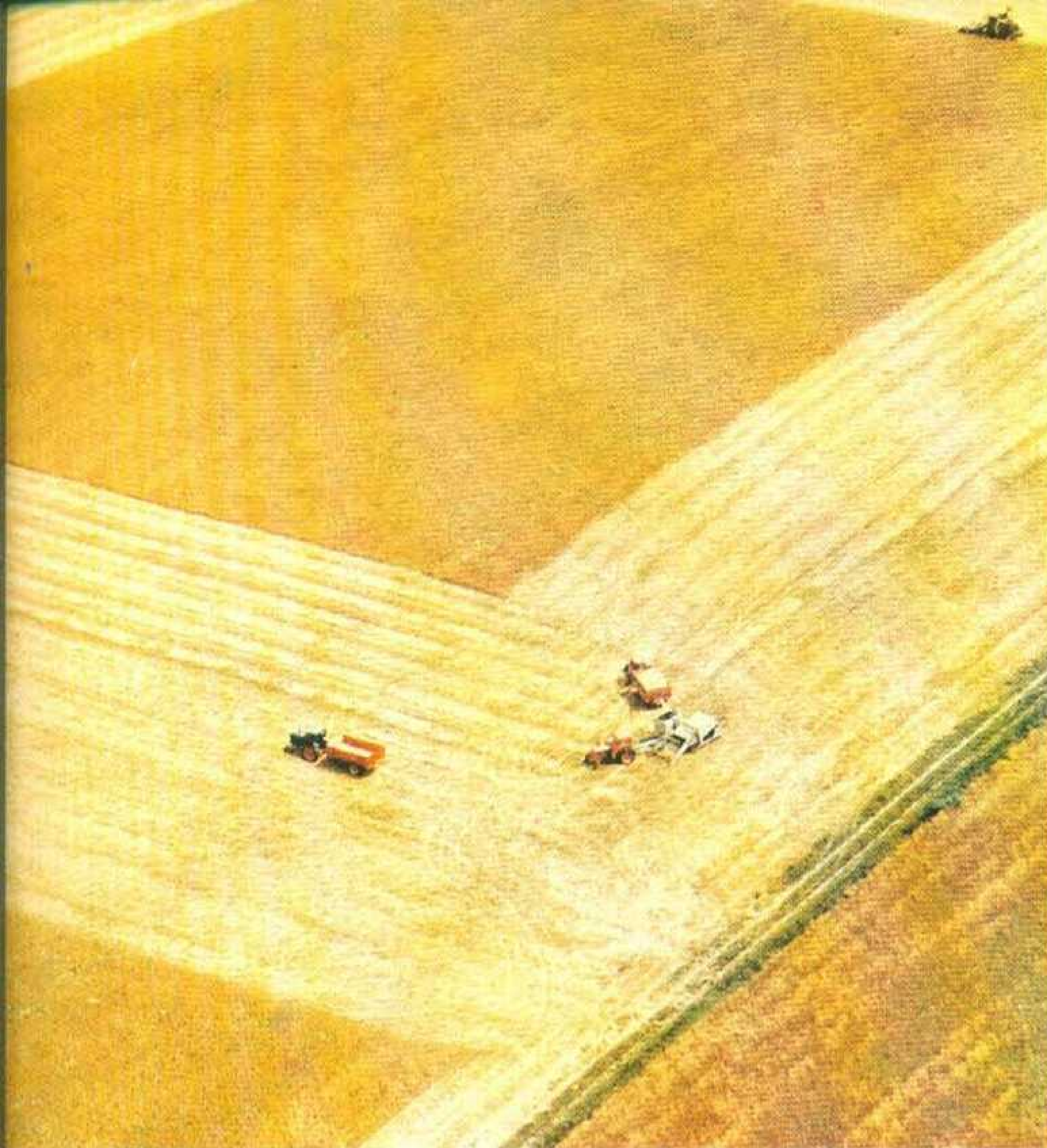
Para que llegara a constituir el objeto de una atención más detenida entre aquellos cuya tarea consiste en mostrar a los hombres la imagen de su pasado, hacía falta que la economía ocupara un lugar más importante, por su peso y por el ritmo de sus progresos, en el presente de los hombres. Las revoluciones del siglo XIX — revolución agrícola, industrial, de los transportes, del crédito... — vinieron a darle esa importancia y a imponer su reconocimiento. Solamente entonces es cuando se hace posible una historia especializada. Esta aparece, casi al mismo tiempo, en la segunda mitad del siglo — con la poderosa vitalidad que caracteriza sus últimos años — en los países que están al frente del impulso capitalista: en Inglaterra, sobre todo, con Thorold Rogers, en Francia con Levasseur, en Alemania con los economistas de la escuela histórica. Lógicamente, en este mismo momento, Karl Marx elabora su interpretación global de la historia y del mundo sobre la base de la «infraestructura» económica



Fábricas, talleres, chimeneas: éstas son las coordenadas del paisaje industrial, en donde lo económico es el mayor imperativo. (Foto MTA.)

la cual, según él, explica la historia y sus manifestaciones de todo orden. Con esta síntesis magistral que coincide con las transformaciones tan amplias y tan rápidas — en relación con los miles de años transcurridos — en el aspecto material del globo y en la vida de las colectividades humanas parece que los tiempos de un «paneconomismo» van a comenzar.

No obstante, la historia resiste todavía esta invasión. Los pioneros de la historia económica son sólo aislados especialistas durante varias generaciones; su disciplina es un sector limitado, ignorado por los maestros universitarios o académicos y por los vulgarizadores de este género, o como mucho, admitido como simple elemento de una historia-retablo, que procede por simple yuxtaposición. El papel esencial — no exclusivo, como se cree demasiado a menudo — que le atribuye el marxismo, contribuye a una prevención contra el recurso de la interpretación económica de la historia, lo cual es opuesto a las implicaciones filosóficas o políticas de la doctrina: sus éxitos temporales, incluso hoy día, perjudican su eficacia científica. Para algunos, la historia económica es por naturaleza una historia partidista. Así, para poder concederle mayor crédito es necesario esperar a que nuevas ciencias humanas la apoyen y la promocionen: la lingüística, la psicología, la etnología y antropología, la misma teoría económica y, sobre todo, la geografía de un Ratzel o de un Vidal-Lablache, la demografía, la sociología. Por fin, en el siglo XX, ya no se le puede negar su carta de ciudadanía. Aún más, después de la segunda Guerra Mundial, el espectáculo del mundo trae a primer plano las aceleradas mutaciones de la economía y sus inmensas consecuencias. El ritmo precipitado de las transformaciones materiales, la abundancia incesante de nuevas técnicas, la irrupción — tanto en la vida cotidiana como en el gran mundo de la política — de problemas de inflación, de crecimiento y de intercambios internacionales, la división del planeta en sistemas rivales, la presión de los países subdesarrollados, el aumento de población — el número de hombres aumenta al menos tan rápidamente como la masa de recursos disponibles — todo,



La agricultura fue la primera actividad del hombre y sigue siendo hoy día la fuente viva de la economía de la que depende su porvenir.

absolutamente todo, obliga a incluir en la historia y en las preocupaciones inmediatas de los gobiernos y de los pueblos el factor económico. Y es así como, retrospectivamente, todo el pasado se beneficia de las nuevas luces.

Las estructuras demográficas y la evolución técnica

El programa de una historia económica, tal como hoy debemos concebirla, es, sin duda, de una extrema complejidad. Los aspectos que permiten distribuir su materia — o si se quiere, los factores que debe considerar — son muy variados intrínsecamente y pueden ordenarse de muy diversas formas, según los períodos o los sujetos que se tienen en cuenta, los problemas presentados o las explicaciones que se pretende hallar.

No obstante, apenas habrá peligro de confusión, si comenzamos estudiando las estructuras demográficas de la sociedad que se analiza. Si la comparamos, en el espacio y en el tiempo, a otros tipos de población, estas estructuras le confieren un aspecto definido y permiten deducir de esta comparación ciertos rasgos determinantes. El historiador de la antigüedad, por ejemplo, no puede ignorar la oligantropía que minó las ciudades griegas, o los efectos de despoblación en la crisis del mundo romano. La historia de la Edad Media occidental se explica en gran parte por el creciente y permanente aumento de población de los siglos XI, XII y XIII; las pestes del siglo XIV y sus consecuencias explican, en gran parte, la crisis posterior. Asimismo, nada fue tan decisivo para el progreso de la Europa moderna, como la «revolución demográfica» del siglo XVIII, el fin de las enormes mortandades periódicas, seguido de la disminución de la mortalidad infantil. En la misma Europa, ¿cómo no prestar especial atención a los destinos divergentes de algunas potencias? La Francia de 1800 que es la gran nación innovadora y conquistadora, es también, después de la lejana y retrasada Rusia, el país más poblado; la Francia debilitada e incierta de 1939 está, incluso en su aspecto demogáfico, en el punto más bajo de su historia. La Alemania de Guillermo II, como la de Hitler, apoya sus inquietantes dinamismos tanto en los recursos de su vitalidad industrial como en los de su masa humana en expansión. La fuerte natalidad de muchas regiones europeas durante el siglo XIX, desde Irlanda al mundo eslavo, desde los países latinos (excluida Francia) hasta Escandinavia fue la fuente que alimentó las corrientes emigratorias, causa decisiva en la formación de los nuevos países. Hay otros ejemplos de los que no podemos desconocer ni sus límites ni su importancia: una población no constituye nunca un dato absoluto; su historia no se hace inteligible hasta tanto que se ponga en relación, de una forma global, con la de la economía que le sirve de soporte y que le proporciona, al mismo tiempo, un *stock* de mano de obra y un mercado de consumidores; su evolución condiciona la de la economía, y a su vez, depende de ella. Una Alemania pródiga en hombres pudo, con mayor facilidad, convertirse en la gran potencia que fue, logrando simultáneamente canalizar hacia otros países el exceso de su índice demográfico; no obstante, cuando a fines del siglo pasado su propio desarrollo posibilitó el empleo de mayor cantidad de hombres, la emigración alemana prácticamente se extinguió. En la actualidad, el problema del llamado «tercer mundo» no es sólo el de su demografía progresiva e inagotable, sino también el del equilibrio, tan difícil de mantener, entre el crecimiento de las poblaciones y su renta «per capita» — el viejo y conocido problema planteado por Malthus para aquella Europa «subdesarrollada» de su tiempo —. Problema que hoy día se plantea en términos completamente nuevos.

Es, en efecto, una novedad decisiva: el progreso técnico ofrece unas perspectivas hasta hoy insospechadas. Nadie duda que el grado de perfección alcanzado en esta materia por una economía desarrollada constituye una de sus características más específicas. En los albores de la historia humana, la «revolución neolítica» nos proporciona el primer ejemplo: por medio de la invención de la agricultura y de la ganadería se asegura una más fácil satisfacción de las necesidades esenciales y se hacen posibles y se exigen el sedentarismo, la especialización de una parte de los trabajadores en las actividades de fabricación (lo que podríamos denominar «industria» de entonces) e inmediatamente, la perfección de los primeros sistemas de escritura y el consiguiente nacimiento de lo que nosotros llamamos civilización. En los tiempos

históricos, el estancamiento de la técnica tiene una parte de responsabilidad en las dificultades de las sociedades mediterráneas y, finalmente, en el hundimiento del imperio romano. Inversamente, la renovación y el impulso del «año 1000» en la Europa cristiana está íntimamente ligado a la utilización o a la difusión de nuevos procedimientos o de nuevo utillaje, como el cultivo trienal, la noria, el arado de ruedas y el yugo de tiro. Con la revolución industrial, que comienza en Inglaterra a fines del siglo XVIII y se propaga poco a poco a Europa e incluso fuera de ella, la importancia de la técnica se hace tan manifiesta que no creemos necesario insistir en ello. La potencia de un país moderno se mide, ante todo, por su potencial energético, por su cantidad de vehículos y de máquinas y por su preparación técnica. Adquiriendo un control de las fuerzas naturales cada vez más perfecto, que alcanza hoy día a los recursos prácticamente ilimitados de la energía nuclear, interponiendo progresivamente entre ella y el medio natural un medio tecnológico cada vez más complejo, la humanidad ha conocido el cambio cualitativo más profundo de su historia desde que cultivó los primeros campos e hizo las primeras ciudades. Las relaciones entre los diversos estados que se han beneficiado de la técnica, al igual que entre estados y pueblos todavía en formación, se establecen en función de su grado de evolución técnica o en función del nivel cuantitativo que han podido alcanzar en esta evolución. El dominio técnico de los europeos les permitió, durante algún tiempo, dominar el mundo. Actualmente las naciones que comienzan a emanciparse quieren alcanzar, a su vez, esta suficiencia técnica, ya que ven en ella una garantía y, quizá, un signo de su propia emancipación. En este intervalo de tiempo, el nuevo régimen que se implantó en el imperio aún superficialmente industrializado que era la Rusia de 1917, se ha fijado, entre sus objetivos más urgentes, la promoción a este nivel tecnológico superior, clave de la potencia y del prestigio. La fórmula de Lenin fue: «El poder de los Soviets más la electrificación».

Los sistemas económicos

Sin embargo, no sólo la técnica no lo es todo, sino incluso su historia no puede comprenderse — lo mismo que ocurre con cualquier otro elemento aislado de la economía — sin referirse a otros supuestos. Las invenciones que han hecho posible el *take off*, el «sprint» de Inglaterra en los años 1760 al 1780 estaban ya preparándose desde hacía algún tiempo; estas invenciones han tomado estado en un momento y en un ambiente determinado. Las estructuras sociales, políticas e incluso religiosas explican, en parte, este avance, pero existen también otros factores económicos entre los que podemos citar la acumulación de capital y el impulso del capitalismo comercial, marítimo y colonial. La organización del crédito, la red bancaria, el volumen y la naturaleza de los medios monetarios disponibles, la forma y el régimen de las sociedades y de las empresas, las costumbres y las tradiciones en el campo de las inversiones y del empleo de los beneficios, todas estas instituciones y todas estas prácticas desempeñan también su función en la aceptación o en el fracaso de las innovaciones técnicas. El avance y la superioridad que Inglaterra tenía en este aspecto fue lo que la hizo más «receptiva» a la revolución industrial. Si, por el contrario, hacia 1900, esta misma Inglaterra y la misma Francia, que había seguido a Inglaterra en su camino, parecen perder velocidad relativa, no es sólo porque otros países mejor dotados naturalmente — Alemania, Estados Unidos — han entrado en la competición, sino también como consecuencia de una generosa política de exportación de capitales, atraídos por la obtención de unos beneficios más elevados, es decir, capitales perdidos para el propio país y puestos al servicio de otras potencias cada vez más peligrosas. En esta misma época, otras transformaciones estructurales de las economías capitalistas más desarrolladas influyen más aún en los destinos del mundo. En Alemania, por ejemplo, el retroceso del verdadero liberalismo — el de la competencia efectiva — ante las grandes concentraciones de intereses (los *Konzerns* y los *Kartelle)* y la fuerte presión de estos monopolios sobre el estado en beneficio de su necesidad de materias primas, contribuyen a orientar la política exterior hacia un tremendo esfuerzo de expansión. En otras partes, el mismo fenómeno obra en idéntico sentido aunque bajo formas diferentes; así el imperialismo, como ha sido llamado entre los polemistas contemporáneos y los historiadores, nacido de la evolución económica y combinado con otras fuerzas sobre todo psicológicas, prepara, si es que no conduce directamente a ellas, las crisis internacionales, y como consecuencia, las guerras.

Población, técnica, capitales, formas de organización y de concentración: la combinación de estos elementos en un determinado cuadro geográfico y cronológico define un sistema económico. Sin embargo, todo ello no basta: se podría alargar la lista de estas estructuras características y hay que hacer notar que estos elementos se interfieren entre sí y con otros elementos de orden diferente, políticos o intelectuales, condicionándose mutuamente. De todos modos, su influjo sobre la historia no es por ello menos evidente. Hay otros factores económicos que desempeñan igualmente un papel esencial puesto de relieve en numerosos estudios: de este modo, a estas estructuras de las que hemos dado unos ejemplos, hay que añadir los factores de coyuntura, para seguir un sistema de simetrías que, como todas las clasificaciones, es muy discutible.

Los movimientos de la economía

La composición de un pueblo, la preparación industrial de un país, las formas y las relaciones de las empresas cambian más o menos deprisa. Las estructuras económicas evolucionan de un modo que, en algunas circunstancias, conduce a verdaderas revoluciones. Pero a través de estas transformaciones profundas que siempre exigen una cierta duración y que operan progresivamente se desarrollan movimientos de otro tipo. La economía es, vista desde el ángulo de la coyun-

tura, un perpetuo cambio, consecuencia de oscilaciones y fluctuaciones. Atraviesa alternativamente momentos de auge y de languidez, de exaltación y depresión, de prosperidad y de dificultad, de expansión y contracción. Ocurre igual en los precios y en la producción, en los cambios y en las rentas, en el curso de los valores, en el tanto por ciento y en los salarios. Todas estas ondas, orientadas sucesivamente en sentidos contrarios, no tienen la misma longitud. Las hay que tienen poco significado histórico: por ejemplo, el cambio de precios entre la apertura y el cierre de un mercado o de una sesión de bolsa que, salvo excepciones, interesa únicamente a los especialistas, sean compradores, vendedores o intermediarios. Pero la subida temporal del precio de los granos en el momento, a veces difícil, que precede a la recolección nueva, la crisis que interrumpe brutalmente un período de progreso de algunos años, o, más ligado al tiempo, la circunstancia que, después de veinte o treinta años de haber desaparecido, da vitalidad a un organismo económico debilitado son acontecimientos históricos importantes que coinciden y determinan hechos de aspecto todavía más amplio: las revoluciones.

Ondas largas...

Ya desde la edad media (quizá desde la antigüedad) y en todo caso desde el siglo XVI, la historia económica puede dividirse en largos períodos de oscilación, cuya sucesión afecta a toda la historia. La explicación de estas fluctuaciones apasiona a los especialistas y pone en contraste sus opiniones. Parece evidente, sin embargo, que estas alteraciones desempeñan cierta función en la creación de los medios monetarios. Por tanto, en épocas ya lejanas, estas fluctuaciones están relacionadas con la extracción de los metales preciosos. Pero lo que es más manifiesto son sus consecuencias. En el siglo XVI, con los metales llegados de América, la economía europea experimenta una alza de precios como jamás hasta entonces había conocido. El espíritu de empresa recibe así un nuevo impulso, cuyos efectos afectan a todas las clases sociales — por encima del mundo de los negocios — así como a las propias monarquías o gobiernos, cuyos presupuestos han de aguantar tensiones y cargas sin precedentes, en tanto que sus disponibilidades crecen de una forma dispar. Después de la *contracción* del siglo XVII que tiene mucha relación con las múltiples dificultades de estos tiempos sombríos y con los esfuerzos de mejora de un Colbert, entre tantos otros, la subida crece de nuevo en el siglo XVIII basada igualmente en la abundante producción de plata de las minas mexicanas y peruanas, y acompañada aún ahora de transformaciones decisivas en la propia Europa como son el impulso económico, la revolución demográfica y el poder creciente de la burguesía. La Revolución francesa, episodio culminante de esta ascensión de la burguesía y de esta ofensiva ideológica, tiene en ella, indirectamente, su origen a través de una serie de repercusiones en cadena. Estos cambios de larga duración se suceden más rápidamente durante el siglo XIX. Después de más de treinta años de grandes dificultades, la prosperidad aparece nuevamente hacia el año 1850: las minas de oro de California y de Australia acaban de entrar en explotación, la moneda fiduciaria y el billete de banco empiezan a circular de nuevo. Los altos precios y la abundancia relativa de los medios de pagos sostienen el Segundo Imperio en Francia, contribuyen a sus éxitos y facilitan el desarrollo industrial, bancario y ferroviario que fundamenta, desde muchos puntos de vista, las estructuras esenciales de la Francia moderna; asimismo todo ello contribuye al esplendor de la Inglaterra victoriana, a su irradiación mundial y al optimismo liberal y pacifista de la escuela de Manchester. El retorno de una depresión, después de 1873, coincide — y es algo más que una coincidencia — con las incertidumbres y las crisis de la Tercera República y dificulta su instalación mientras que por toda Europa, poco a poco, se extienden las protestas obreras y sociales, y la ola proteccionista arrebata, excepto en Inglaterra, las posiciones librecambistas sostenidas durante los veinte años de la prosperidad precedente. Veinte años más tarde, o un poco más, en 1896, cuando las minas del Transvaal aportan sus beneficios, el progreso se inicia de nuevo; la primera guerra mundial lo interrumpe sin detenerlo, y por encima de este inciso político, social e ideológico tan profundo, vuelve a resurgir en los años 20. La crisis inicial de 1929 es la más grave de todas y la más general que la historia ha conocido, la que marca el principio de una nueva y muy pura *contracción* de la economía cuyas consecuencias están en relación directa con la amplitud y la violencia del mal: un paro obrero de proporciones gigantescas y un trágico desorden moral. Estos son los dos factores más importantes de la aparición del nazismo y también de los acontecimientos bélicos.

...y ciclos cortos

Pero estos grandes cambios de los años 1930 reflejan la importancia histórica de una crisis mejor aún que la de las largas oscilaciones de las que ya hemos visto su alcance. Y, de hecho, estas fluctuaciones que provocan un accidente más o menos violento cada cinco, seis o a lo sumo diez años (los economistas hablan en este caso de ciclo y de crisis cíclicas), son muy evidentes también no sólo en las curvas de los precios y de producción, sino también en la cadena de los acontecimientos sociales e incluso políticos. En la antigua economía eran las malas cosechas las que provocaban periódicamente dichas crisis. La penuria provocaba una violenta subida de precios, agravando las dificultades ordinarias de los consumidores populares y obligándoles a guardar sus escasos recursos para la adquisición del pan y de los productos de primera necesidad. Y además retrasaba la adquisición de otros productos. Así, progresivamente, quedaba bloqueada la economía, se extendía el paro y disminuía más y más la renta de los trabajadores precitándolos en la miseria. Durante mucho tiempo, la falta de alimentos que hubo en estos años de crisis degeneraba en una época de hambre que facilitaba las epidemias y repercutía en la demografía con mortandades

excepcionales y con la disminución de nacimientos que durante mucho tiempo detuvieron el aumento de población. Estos desastres iban siempre acompañados de disturbios graves: el antagonismo de las clases sociales y la hostilidad de los pobres contra la clase elevada y contra los poderes públicos, considerados como responsables. Violencias, motines e intentos de huelga eran la consecuencia lógica de todo ello. En el siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX estas crisis de subsistencia ya no son tan peligrosas; por lo menos su virulencia demográfica ha disminuido notablemente aunque su importancia social no haya variado. El brusco descenso de un nivel de vida precario de por sí acentúa el descontento popular y moviliza las masas contra sus adversarios y contra el Estado. Las revoluciones de 1789, de 1830 y de 1848 han estado precedidas de una significativa sucesión de crisis económicas: la miseria ha sido un poderoso aliado que ha favorecido a los políticos de la oposición.

Sin embargo, la crisis de 1846-47 se había desarrollado en condiciones complejas y en parte nuevas. A las consecuencias habituales de malas cosechas se añadían esta vez los signos clásicos de una crisis moderna, de una crisis de superproducción. Algunos años de *boom* en el terreno industrial habían logrado reservas tan grandes de material siderúrgico y de otros valores, que el mercado no podía absorberlas. Un *krach* rompió brutalmente esta prosperidad, desencadenando a continuación un pánico en la bolsa, una serie de quiebras bancarias, el paro de fábricas y el paro obrero. Pero sea cual sea la explicación, las consecuencias generales de estas crisis del nuevo régimen capitalista son invariables. Desde 1848 a 1929, podemos citar varios ejemplos. La crisis de 1882, una de entre tantas, facilitó la ofensiva monárquica y luego la popular contra la república. Aquí todavía, la historia revela su sensibilidad a las oscilaciones de la economía.

¿Podemos decir que la economía dirige la historia? El problema deriva de una concepción general de la vida, de una filosofía que, aun siendo filosofía de la historia, está por encima del saber del historiador. Por otra parte, el materialismo histórico no emplea fórmulas tan marcadas: Marx y Engels, si no todos sus vulgarizadores, admiten que las superestructuras — poder político o ideológico — si están determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas, pueden reaccionar sobre él y modificarlo, acelerarlo o retrasarlo. Con mayor razón, la historia prefiere reconocer la complejidad del objeto que estudia y preparar las fórmulas para este estudio, adaptadas a cada problema, antes que proponer un plan sistemático, *ne varietur,* fijando una escala de preferencias, una vez para siempre, donde se ordenarían sabiamente los distintos factores que puede determinar. Marc Bloch, ya lo hemos dicho, opone a los «fantasmas» nacidos de una engañosa especialización, «el único ser de carne y hueso, el hombre». Lucien Febvre distingue en una sociedad «la combinación en distintos grados de una multitud de elementos heterogéneos, unos políticos, otros económicos, religiosos, artísticos, filosóficos, morales y tantos otros que podríamos citar. Un todo, un conjunto, una articulación prodigiosamente complicada...» Ernest Labrousse, padre de la escuela francesa de la historia económica, analizando los orígenes de nuestras tres revoluciones, demuestra que la crisis que las prepara es, en cada ocasión, uno de los componentes principales de una «mezcla explosiva» que tiene otros muchos elementos, entre ellos el «suceso» que es la chispa sin la cual no hay explosión. Si no existe revolución sin crisis, puede existir crisis sin revolución.

Verdaderamente es preciso superar la idea de «factor» o, por lo menos, si no se puede evitar emplearla, no se debe creer demasiado en ella, ya que sería peligroso. La historia, más que una serie de sectores cerrados, es un juego de fuerzas donde todo se relaciona. La economía tiene una parte importante en todos sus distintos campos. No es toda la historia, pero es imposible hacer historia sin contar con la economía.

Popularizado por una famosa película de Chaplin, «La quimera del oro», la riada humana en busca del oro es uno de los fenómenos económicos más sorprendentes del siglo XIX. En 1898, centenares de miles de hombres llegados de todas partes se dirigieron a la región de Klondike. Este documento auténtico hace revivir cruelmente el increíble éxodo hacia Alaska, donde encontraron la muerte tantos aventureros.






INSTITUTO PEDAGOGICO
NUEVAS METAS PARA UN MUNDO NUEVO
RECTORIA
CARTAGENA

MICHEL BILLEREY

las ideas que cambian el mundo

¿Son las ideas las que dirigen el mundo? Es indiscutible que las doctrinas influyen directamente sobre los hombres puesto que pueden originar verdaderas revoluciones. Entre las palancas capaces de levantar toda una parte del planeta, hemos escogido dos ejemplos que son, uno como el otro, una fe y una idea-fuerza: el Islam, cuyo empuje religioso ha llevado sus conquistas muy lejos en el plano geográfico, político y cultural, y el racionalismo que es vivo exponente de cómo las ideologías saben utilizar para sus fines las armas de la técnica para movilizar a las masas.

Que el hombre, espíritu y naturaleza, sea algo más que una conexión de instintos y necesidades, es algo que no se puede negar. Participa, además, en el orden de las ideas. «No — se ha objetado —, sois víctimas de una ilusión. La idea está desprovista de virtud por sí misma. Son las fuerzas las que desvían el pensamiento. La idea no crea una situación, sólo la refleja o la proyecta». Tal fue el punto de vista que sostuvieron los defensores de un materialismo simple y radical, que ni siquiera lograba dar una idea de la complejidad de lo real.

Sin embargo, los mejores teóricos del marxismo han admitido que existen unas ideas-fuerza y que el pensamiento es mucho más que un simple reflejo de la vida material. Una vez surgidas, las ideas afectan a su vez a la vida material y la modifican. Ya lo dijo Engels: «Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es, en último término, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado jamás otra cosa. Y si existe alguien que interprete erróneamente nuestro pensamiento diciendo que consideramos el elemento económico como el único determinante, se trata de un aserto abstracto, absurdo y sin ninguna significación. La situación económica es la base, pero los distintos elementos de la superestructura — las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las constituciones, las formas jurídicas y todavía más, el reflejo de todas estas luchas en el espíritu de los participantes: las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las concepciones religiosas y su desarrollo en sistemas dogmáticos — ejercen igualmente una influencia sobre la evolución de las luchas históricas y determinan en muchos casos su forma de manera decisiva.» (Carta del 21 de septiembre de 1890.)

El marxismo no ha sido el primero en darse cuenta de los límites del pensamiento. Sin embargo, tiene el mérito de marcar los límites de un «ideologismo» histórico que desconoce los fenómenos económicos y sociales como si el hombre fuese un puro espíritu. Tiene también el mérito de llamar nuestra atención sobre lo que condiciona la vida espiritual e intelectual. Nuestra libertad se ejercita en un mundo determinado; la libertad del espíritu se concretiza utilizando la necesidad. El camino de la libertad está jalonado por el dominio de las causas condicionantes; para imponerse, las grandes doctrinas se establecen en relaciones reales con las cosas y con los hombres. Sin embargo, lo económico dirige el desarrollo de la humanidad, pero no es suficiente para hacerla triunfar. La historia lleva la marca de una eficacia del espíritu cuyo análisis más hábil no llega a penetrar todos los secretos. Entre todas las herencias del pasado, la historia de las ideas quizá sea la que nos hace comprender mejor los límites de la explicación causal.

«Sin el hombre — dijo Kant en su *Crítica del juicio* —, la creación en su conjunto sería un puro desierto, sin objeto y sin finalidad.» La ideología está en el corazón de la historia como libertad de espíritu y como naturaleza objetiva. Desvalorizada en mitos que difunden una metafísica barata, ella actúa sobre las masas y las levanta. Propuesta a nuestra imaginación en forma de doctrina, nos ilustra a cada uno sobre nuestro destino y condición. No existe lucha más noble ni drama más conmovedor que aquél a cuyo precio el pensamiento organiza el mundo y el espíritu triunfa sobre las fuerzas de la inercia. Las ideas inspiran las obras duraderas. Cada época tiene sus maestros y sus grandes corrientes del pensamiento que la arrastran.

La ascensión de Mahoma: su doctrina ha cambiado la historia. (Foto Giraudon.)

Para ilustrar cuanto decimos, hemos escogido dos ideologías que siguen animando nuestro siglo: el racionalismo contemporáneo, es decir, una de las principales fuentes de la civilización técnica que se extiende por todas partes, y el Islam, cuyas pruebas de vitalidad y de renovación se multiplican. De este modo el Occidente y el Oriente están representados por formas-tipo y por lenguajes bien definidos. El moderno occidente que se agarra al universo material como a la suprema realidad, en tanto que el Oriente busca esta realidad en la metafísica. Mahoma y Voltaire son el símbolo de dos concepciones esenciales del mundo. Pero ante todo, siguen siendo contemporáneos y maestros nuestros.

El Islam y sus conquistas

La aparición del Islam en la historia marca el principio de una época nueva: la Edad Media. Mahoma, como nos ha demostrado Henri Pirenne, es el nuevo Carlomagno. La aurora de los tiempos modernos se levanta sobre Estambul. La conquista de Oriente por los árabes es, desde muchos puntos de vista, una réplica a la conquista de Occidente por los bárbaros, dos siglos antes. Ambas marcan el final de la antigüedad, del dominio del mundo grecorromano. Las victorias árabes del siglo VII hacen aparecer en el movimiento histórico el reverso de la tendencia. Finaliza entonces el largo eclipse de Oriente. «Mahoma fue la respuesta de Oriente a las pretensiones de Alejandro» (Dawson). El milagro árabe patentiza la preponderancia del Oriente.

La expansión árabe difiere profundamente de las invasiones germánicas, puesto que tiene como punto de arranque una personalidad histórica que ha sabido encaminar las virtualidades y los cambios que tenían lugar en la Arabia del siglo VI. La originalidad de Mahoma consiste en ser, a la vez, profeta y fundador de un estado.

El más hermoso milagro realizado por el profeta de la nueva ley es la unión de elementos considerados como rebeldes a cualquier tipo de tregua. Creó, allí donde no había más que rivalidades y anarquías, un extenso pueblo que se lanzó pronto a conquistar el mundo.

La reforma religiosa de Mahoma origina el nacimiento de la comunidad musulmana. Desde sus comienzos el Islam es, a la vez e indivisiblemente, una religión, una ciudad, una civilización. Treinta años después de la muerte de su profeta, los árabes dominan un gran imperio. Apenas constituido, el Islam está en vías de transformarse en una potencia mundial. Tan sólo un siglo separa la muerte de Mahoma (632) de la batalla de Poitiers (732). ¿Cuáles son las razones de esta expansión fulminante? La fuerza conquistadora del Islam se basa en algunas ideas sencillas que se hallan en el Corán: «la pureza de un monoteísmo exaltado que sintetiza toda la doctrina; una actitud de adoración que está por encima de las horas y los días; una moral asequible a la naturaleza humana; la pertenencia a una comunidad político-religiosa, fraternal y sin distinciones».

La elaboración de una cultura y de una civilización musulmanas

La civilización musulmana que recibe su forma de la fe, no es solamente religiosa, sino teocrática, es decir, que tiene a Dios como centro y está orientada hacia él. La mezquita que se encuentra en el corazón de toda ciudad musulmana es el símbolo de esta sumisión al Todopoderoso. La comparación entre una iglesia y una mezquita pone de manifiesto dos concepciones divergentes de lo divino. «La iglesia parece un mundo irreal, lleno de misterio y de fervor, donde Dios revela su presencia al creyente. La mezquita con sus pilares y muros uniformemente blancos donde nada, si no es la vista de un nicho vacío, distrae el pensamiento, parece un asilo de recogimiento ascético donde el hombre siente necesidad de humillarse delante de una divinidad accesible» (G. Marçais). La llamada a la oración que hace el almuédano cinco veces al día recuerda al hombre la necesidad de estar continuamente de cara hacia Dios y de vivir en su presencia. «Pues todo es perecedero a excepción de Su Rostro» (Corán).

Al mismo tiempo esta civilización es totalmente terrenal. El Islam preconiza el abandono en la voluntad divina y confía plenamente en la naturaleza humana; no admite el pecado original. Caracterizado por una voluntad de gozar de la vida, el Islam no es, pues, una religión triste.

Sin embargo, este goce de la vida no debe ser materialista. Por eso el Islam recomienda el desasimiento de los bienes materiales por medio del ayuno y la limosna. No hay que olvidar que, «solamente existe Dios» y que el derecho de gozar de la vida supone un cierto desprendimiento por el cual se afirma que Dios es el único valor.

Partiendo de supuestos varios, la ordenación de la ciudad terrestre adquiere un poder coherente. Las ciencias, las artes y las letras proclaman a la vez la omnipotencia del Dios único y la bondad radical de la naturaleza humana. El ideal del Islam, llevado por los nómadas a través de vastas extensiones desérticas, se ha desarrollado en un mundo de civilización urbana. Las creaciones del espíritu permanecen estrechamente subordinadas a los valores religiosos. Así sucede con las artes decorativas: el valor de la ornamentación emana esencialmente del espíritu que la anima y culmina en el desarrollo del arte árabe: estilización al máximo de las formas animales y vegetales. Las molduras entrelazadas y artificiosas son como el reflejo de una concepción que hace del mundo una sucesión de formas fugitivas cuya existencia depende a cada instante de la voluntad divina. Sólo Dios es permanente. ¿Habrá que recordar que los musulmanes han recibido con avidez y respeto las grandes obras filosóficas y científicas de Grecia, unas veces a través de la cultura cristiana bizantino-siria, otras por las innumerables traducciones efectuadas bajo el mecenazgo de los califas abasidas? La capacidad de asimilación de su cultura se debe a la ductilidad de la lengua árabe, capaz de expresar los más pequeños matices del pensamiento y de formar los conceptos con un léxico preciso. No se han limitado a copiar a los antiguos; se han esforzado en asimilarlos y en estudiar sus problemas.

La edad moderna, que vio la expansión de las potencias occidentales, fue para el Islam un período de paralización. La religión musulmana siguió extendiéndose, enraizando profundamente en las islas de la Sonda, consolidándose en China y especialmente en Africa. Pero sus estructuras sociales y su irradiación espiritual quedaron estancadas hasta el siglo XIX. Un florecimiento cultural cobró entonces fuerza en los países árabes del Próximo Oriente. Desde entonces, en el plano político, la mayor parte de los estados musulmanes han conquistado su independencia y han pasado en pocos años de una estructura feudal a una estructura moderna. Su renacimiento es más una respuesta al llamamiento de los nacionalismos de la Europa contemporánea que una consecuencia de una renovación religiosa: el Islam ha hecho suyo el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Al mismo tiempo se siente universalista: pretende colocarse por encima de los grupos sociales y de las razas. Los pueblos árabes y arabizados están unidos por una corriente unitaria que se llama panarabismo. La institución de la liga árabe en 1945 fue la manifestación de una tendencia que ya se había expresado de diversas formas hacia finales del siglo XIX y a principios del XX. La creación del estado de Israel, la guerra de Argelia han suscitado la solidaridad de los países árabes. Pero esta voluntad de mutuo y profundo entendimiento y el dinamismo árabe del que Egipto se ha hecho paladín, tropieza también con los particularismos nacionales, a pesar de que en la masa del pueblo hay un común fervor. Sin embargo, existe un nacionalismo musulmán que es a la vez movimiento pasional y toma de conciencia de una unidad de destino. Este nacionalismo constituye una de las tendencias fundamentales del llamado Tercer Mundo y una de las grandes ideas-fuerza de nuestro tiempo.

El Islam no está únicamente ligado a la ideología del mundo árabe. Se presenta también como la religión más dinámica de Africa. Esta expansión no es una novedad, sino la intensificación de un proceso histórico. En Africa negra el Islam cuenta alrededor de 40 millones de adeptos. Nada detiene la expansión musulmana. Salvo en Etiopía, ninguna cristiandad masiva está en condiciones de detener las conversiones al Islam. Las misiones cristianas, divididas y muy exigentes en cuanto a las obligaciones morales de sus conversos y que disponen de pocos ministros para el culto, se establecen pero sólo con escaso éxito. Por el contrario, el Islam, desde hace 20 años, ha duplicado sus conversos en Africa. Parece que progresa a un ritmo superior al 2 % anual, que es ciertamente superior al crecimiento de los pueblos negros. Se calcula que actualmente en Africa hay nueve conversos al Islam por uno al cristianismo. A veces, tribus o pueblos enteros que habían permanecido indiferentes al cristianismo se han adherido al Islam en el espacio de algunos meses. La acción de proselitismo la realizan los comerciantes que se extienden por todas partes. En cada nueva ciudad hay un barrio de comerciantes musulmanes que acoge a los jóvenes extranjeros.

Si el Islam se extiende mucho más rápidamente que el cristianismo, no es debido solamente a la simplicidad de su dogma y de su moral, sino especialmente a que las teorías animistas preparan a recibirlo. El animismo se presenta ciertamente como una religión de temor, monoteísta en su fondo pero politeísta en su forma; el hombre se siente impotente ante los elementos y los azotes de la naturaleza: Dios es inaccesible. El Islam aporta valores religiosos nuevos al animismo: la certeza de una comunicación con Dios y la noción de sumisión a Su voluntad. Proclama a un Dios que se revela y nos revela algunas verdades. Por otra parte el cambio de religión corresponde a menudo a un deseo de promocionar. No se puede ser a la vez progresista y fetichista. Mientras que el cristianismo aparece como una religión europea, el Islam, que además está beneficiado por el apoyo de la administración colonial, aparece como una religión africana para los africanos. En fin, su aspecto comunitario responde a una de las exigencias más profundas del alma africana: la solidaridad. El sentimiento de pertenencia a una comunidad es exaltado por el Islam. Los indígenas encuentran en él el camino que les libera de su clan. Su ductilidad le permite abrirse ampliamente a los particularismos.

Así el triunfo del Islam en Africa negra es un testimonio de su facilidad de adaptación. Se ha adaptado a los objetivos y a los ideales deseados por casi todos los africanos. Su gran cualidad es la de parecer auténticamente afroasiático. Sin embargo, le quedan por resolver los problemas que plantea la expansión de la civilización técnica.

Lugar del Islam en el mundo moderno

Para integrarse en la vida económica del mundo, los países musulmanes han de realizar su revolución industrial lo más rápidamente posible. Llevan un retraso importante que se esfuerzan en recuperar. Han conseguido ya grandes realizaciones y los progresos en la producción son generales. Sin embargo, la masa humana aumenta más rápidamente que el volumen de beneficios a repartir. El mundo musulmán progresa, pero sus niveles de vida están condenados a estancarse o a retroceder. Tiene que resolver aún arduos problemas económicos y sociales estrechamente relacionados entre sí. En la necesaria promoción, ¿qué función desempeñará la religión islámica? ¿Será un obstáculo para unirse al marxismo? ¿Será la fuerza que haga descubrir las bases del progreso que tanto abundan en el Corán y que una tradición reciente pretende hacer olvidar?

El Islam, que fue idea-fuerza del pasado, puede aparecer en el mundo actual como un poder retrógrado, una fuerza de reacción. Situado problemáticamente entre la tradición y el progreso, el Islam no está preparado para dar un espíritu a la civilización técnica. Efectivamente, el musulmán cree en Dios, pero concede poca importancia a las causas segundas que son los hombres y las leyes de la naturaleza. Cuanto mayor es el poder del hombre, a medida que la naturaleza nos descubre más sus prodigiosos recursos, tanto más el musulmán se ve desarmado en su concepción de la vida. Creer en el poder del hombre y de la naturaleza le parece

blasfemar contra la omnipotencia de Dios. La predestinación contribuye a desanimar el esfuerzo creador del individuo. En resumen, el Islam ha sido considerado como la negación del mundo moderno, como una supervivencia medieval incompatible con las sociedades industriales.

¿Está condenado a retroceder ante el marxismo? Se ha insistido, no sin razón, sobre la resistencia eficaz que ofrece al materialismo ateo y que ha puesto en evidencia el carácter profundamente religioso de la sociedad musulmana. Pero también hay que decir que el marxismo, en cuanto técnica de promoción y visión del mundo, ejerce una verdadera seducción sobre los pueblos musulmanes. «La mediana o pequeña burguesía, clase creciente del Oriente Medio, se vuelve hacia el comunismo, porque ve en él un medio de asegurar su hegemonía. El marco burocrático y el ideal de planificación del mundo soviético le parecen otras tantas garantías de estabilidad y de posibilidad de resolver los problemas económicos casi insolubles de su país. La élite de la juventud musulmana se siente atraída por la apariencia moderna de la ciencia y del pensamiento marxista. Esto no es más que una reacción natural contra los aspectos medievales que paralizan el pensamiento islámico, pero esta reacción es tanto más peligrosa por cuanto sus promotores han buscado ya sin éxito en el pensamiento liberal y democrático de Occidente la manera de llegar a una cultura racional moderna. El marxismo les parece, para lo sucesivo, el único camino posible» (Bennigsen). Ciertamente, el Islam está menos preparado que el cristianismo para resistir el choque de la ideología comunista. Si en vez de acentuar lo espiritual acentuamos lo temporal, vemos que islamismo y marxismo tienen numerosos puntos comunes que facilitan el paso al comunismo. He aquí algunos de estos puntos comunes: profundo sentido de comunidad, certeza de pertenecer a una comunidad supranacional, sentido profundo de igualdad, sumisión a la autoridad. La teoría de la predestinación puede compararse al determinismo histórico y el no admitir el pecado original prepara a los espíritus a pensar que la reorganización de la sociedad será suficiente para eliminar todas las injusticias.

A determinadas horas, prescritas por el Corán, todo musulmán ha de rezar cara a la Meca por la unión con sus hermanos. (Foto Rapho.)



Muchos musulmanes instruidos se preocupan hoy día en buscar un tercer camino que preserve al Islam tanto del veneno de la civilización técnica de occidente como del ateísmo marxista. Pretenden mantener los valores fundamentales de su fe: ante todo la afirmación del Dios único, pero quieren adaptar su país a la economía y a la técnica modernas. Se trata en suma de unir imperativos aparentemente contradictorios: conservar el dogma sin perjudicar el desarrollo técnico-económico. El mundo musulmán busca un «socialismo árabe» en el que habría que ensayar una eficacidad de otro tipo que la de los trusts o la dialéctica materialista de la historia.

En este esfuerzo de búsqueda es donde el Islam puede demostrar que es una gran idea-fuerza capaz de renovarse y de inspirar una revolución económica y social que respete los valores espirituales. El movimiento reformista llamado «salafi» proclama que el Corán no se opone a la vida moderna y que la más antigua tradición puede contribuir al equilibrio del mundo. Pero esta corriente de ideas todavía no ha asegurado a la fe musulmana su puesto en el mundo moderno. No logra interesar a la joven generación y su difusión es limitada. Tendrá que proseguir largos años con gran esfuerzo de reflexión y de estudio. Sin embargo, abre nuevas perspectivas al Islam. El Islam puede ser una fuerza de porvenir pues tiene una vocación. En una civilización invadida por la máquina, exalta las virtudes religiosas de la humildad, el abandono en Dios, la paciencia en la adversidad. La fraternidad de la comunidad musulmana proclama la gloria de Dios. Testigo del absoluto, ¿sabrá el Islam mantener su testimonio adaptándolo al mundo actual? ¿Sabrá universalizar un sentido del hombre cuya verdadera grandeza es ser criatura inteli-

gente y libre en las manos del Misericordioso? En gran parte la suerte del mundo del mañana depende de la forma con que el Islam resuelva los problemas que tiene planteados.

El origen del racionalismo moderno

El racionalismo, idea aristocrática y burguesa de los siglos XVII y XVIII, se ha convertido en el siglo XX en la ideología de la masa que se opone al marxismo. Como tal, constituye un segundo ejemplo aleccionador de cómo una idea puede cambiar el mundo.

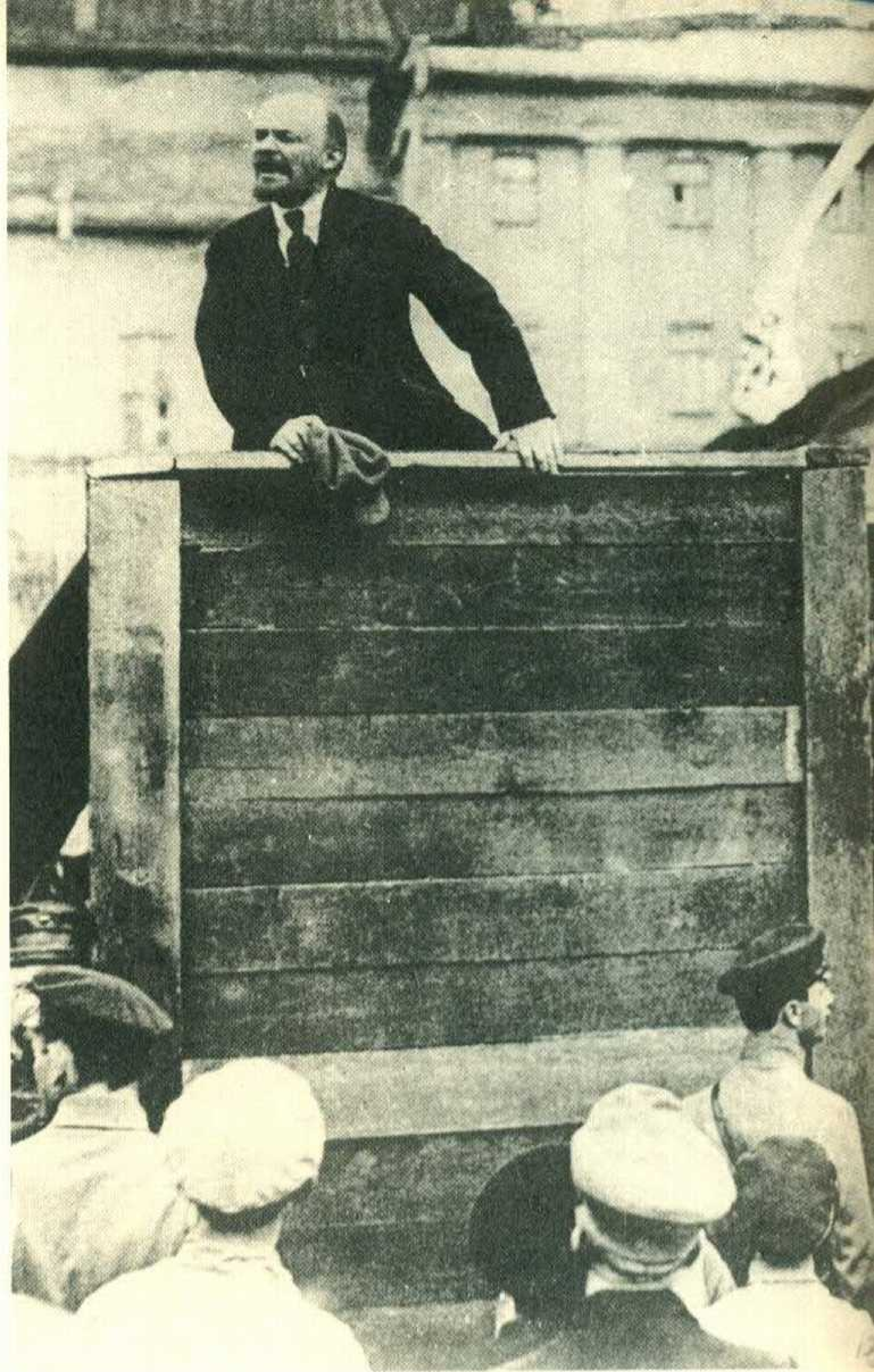
En efecto, la aparición de la idea laica da un significado esencial a la época moderna. El magisterio de los filósofos franceses del siglo XVIII que han sabido expresar las nuevas orientaciones se ha hecho universal. La razón se ha convertido en un principio revolucionario entre los filósofos y los economistas. Durante el siglo XVII la razón de los clásicos sirve para legitimar la autoridad y la tradición; en el siglo XVIII la razón de los filósofos las condena en nombre de los derechos del hombre. Las tendencias anticristianas, que desde el humanismo estaban ligadas al desarrollo del individualismo, habían hecho del hombre el dueño de las cosas, y la Revolución francesa representa un impulso hacia una emancipación del hombre según las ideas del siglo.

La revolución se dirigía a todos los hombres y sus conquistas han sido más eficaces que la propaganda filosófica que tan intensamente había repercutido en el mundo. La revolución creaba una nueva atmósfera espiritual: una atmósfera democrática. Ofrecía al siglo XIX, que será su ejecutor testamentario, una especie de evangelio. Proclamaba la libertad de todos. Por eso el siglo XIX será un siglo liberal. La afirmación de la igualdad de todos ante la ley y la idea democrática preparaban el camino a las distintas doctrinas socialistas que florecían a lo largo del siglo.

Como Europa no ha progresado en todas partes al mismo ritmo que Francia, la Revolución continuará siendo el ideal de todos aquellos que sueñan con la emancipación de su país. Habrá un movimiento liberal contra el régimen señorial y los privilegios de la aristocracia.

Este movimiento será al mismo tiempo nacional, pues la Revolución francesa había proclamado el derecho de los pueblos y los derechos del hombre. Al cristalizar los nacionalismos, la razón de Estado jacobina sustituirá las guerras entre los pueblos por las guerras entre los reyes. El optimismo del 89 se desvanece con las guerras civiles de Europa.

La Revolución francesa es a la vez comedia humana y epopeya de la razón. Ha transformado en actos los principios de la razón o de lo que se creía ser la razón. Este gran intento supone creer en el progreso. Desde este punto de vista no hay mensaje más revelador que el del filósofo Condorcet, víctima de la revolución a la que exalta, cuando anuncia en su *Tableau des progrès de l'esprit humain:* «la destrucción



Lenin, que aquí está dirigiendo la palabra a la muchedumbre (a la derecha se ve a Trotzky) fue el profeta de la religión comunista, potente motor que ha impulsado la historia del siglo XX. (Foto Viollet.)

de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad en un mismo pueblo, el perfeccionamiento real del hombre». Condorcet es el símbolo del mártir del racionalismo moderno. Heredero del siglo XVIII, actor desafortunado de la revolución, profeta y guía del siglo XIX es la encarnación más auténtica del humanismo revolucionario.

Las provocaciones del racionalismo debían ocasionar una reacción: la exaltación de los valores del sentimiento, de lo irracional, del misterio. Esta corriente ideológica estaba actuando ya desde Rousseau, a fines del siglo XVIII. Triunfa a principios del siglo XIX con el romanticismo que propugnó la restauración del altar y del trono. Todo contribuía en los ambientes más diversos a esta evolución: el metodismo inglés, el pietismo alemán, la filosofía de Kant que colocaba



El triunfo del marxismo está simbolizado en los desfiles que organiza el gobierno soviético en la Plaza Roja de Moscú, efectuados bajo la mirada de los «profetas» cuyo retrato preside. (Foto M. Riboud-Magnun.)

las categorías morales y religiosas por encima del pensamiento racional. «La religión, el honor, la realeza —escribía Bonald— tienen hoy día en Francia la fuerza de las cosas antiguas y la gracia de una novedad». La tradición estaba defendida e ilustrada por Chateaubriand y por Joseph de Maistre, pero el culto al progreso seguía haciendo adeptos. Mientras el mismo romanticismo sufría la influencia del individualismo, el racionalismo del siglo XIX, deduciendo todas las consecuencias del pensamiento filosófico, se hacía radical y renunciaba a los postulados de la razón práctica: Dios y el más allá. A partir de 1850 el racionalismo tiene como principal característica afirmarse realista en todo: en la observación exacta del mundo, en la reproducción exacta de la naturaleza en el arte, en la sumisión a la naturaleza de la medicina y de la técnica, en el estudio científico de la naturaleza y de la historia. A los idealistas de la edad romántica les sucedieron hombres enamorados de los hechos precisos y por tanto dispuestos a ver en la ciencia la forma perfecta del conocimiento. Se creyó haber encontrado las explicaciones últimas de las cosas, por lo menos aquellas que la prudencia de los positivistas hacía considerar como las únicas accesibles. La metafísica había fracasado; la ciencia subsistía, avanzaba, construía «este pequeño edificio de la verdad» del cual dice Renan que es «de acero y crece siempre».

La idea de evolución llegó a tiempo para fecundar un movimiento al que los descubrimientos científicos de todo orden daban un aspecto triunfal y casi sagrado. La misma idea coronaba la religión de la ciencia. Eran los trabajos de los biólogos los que hacían concebir la naturaleza en una perspectiva evolutiva. La teoría de la evolución se aplicaba a todo. La noción de desarrollo, de devenir, era familiar a la mayor parte de los pensadores. Auguste Comte hizo de ella la ley de las sociedades, indicando que la ley de los tres estadios era la que originaba las grandes etapas de la evolución humana. La explicación de Hegel consistía en hacer intervenir en todas partes la idea, la conciencia absoluta, Dios, para explicar el desarrollo real de todas las cosas a partir del desarrollo especulativo. Marx se apropiaba del método dialéctico, pero lo abandonaba al echar por tierra las relaciones de lo práctico con lo especulativo.

El racionalismo marxista

El principio de la evolución llevaba a considerar el papel del hombre en la naturaleza. Por reacción contra el individualismo racionalista y pietista de los protestantes del siglo XVIII, los filósofos llegaban a excesos en sentido contrario: negaban al hombre todo puesto privilegiado. Para ellos el hombre no es más que un momento efímero, una transición, un eslabón de la inmensa cadena de seres que evolucionan de lo inorgánico a lo orgánico. Así se hacía patente este espíritu positivo cuya principal tendencia es «sustituir siempre lo absoluto por lo relativo». Las ciencias de la naturaleza contribuían así a la elaboración de una filosofía materialista que se extendía rápidamente entre las masas, la fábrica y la gran ciudad a través de la prensa. La doctrina científica, manifestaba Littré en 1876, tan opuesta a la doctrina teológica, está ahora esparcida en el ambiente intelectual que respiramos. Y hay muy pocas inteligencias que no tengan alguna noción de ella. De hecho, el racionalismo del siglo XIX fluctuaba entre el individualismo que prolongaba el liberalismo económico y la exaltación de la vida colectiva. Conducía, por tanto, a una crisis de la persona.

Karl Marx supo sacar todas las consecuencias del racionalismo burgués; por eso, el marxismo se ha convertido en la forma viviente del racionalismo. La teoría del progreso indefinido es la sustancia misma del marxismo y por ello se sitúa en la corriente del filosofismo del siglo XVIII. Su visión del mundo es optimista: a medida que por medio de la ciencia extiende su dominio sobre la materia, el hombre se vuelve cada vez más hombre y progresa espiritualmente. Conforme a las doctrinas evolucionistas y positivistas del siglo XIX que proclaman que el individuo es absorbido en la humanidad, el marxismo considera la materia como el único elemento del que todos los demás provienen por evolución. Es, pues, un materialismo radical. Al mismo tiempo se presenta como un humanismo, una doctrina de liberación para los trabajadores. Este racionalismo toma conciencia del poder creador a través de la técnica. El progreso resultante del florecimiento de las técnicas no debe ser disfrutado sólo por algunos, como intenta el capitalismo, sino que debe servir para el florecimiento de toda la humanidad.

Es preciso explicar lo que este racionalismo presenta de nuevo. Es un racionalismo de la acción, para la acción, en y por la acción. La dialéctica materialista de la *práxis* se opone

a las corrientes filosóficas que durante siglos habían otorgado la primacía al pensamiento. Mientras Hegel atribuía a la conciencia la posibilidad de identificarse con el Dios creador del universo, Marx hace de la acción la clave del pensamiento, la fuente de un poder absoluto, la medida y la regla de lo verdadero. Contra un individualismo excesivo, el marxismo recuerda el carácter social del hombre: «El individuo no es más que un miembro de la especie». El dominio de la naturaleza no es un acto subjetivo, sino un acto de todos y para todos. Por el trabajo, el hombre se crea como hombre total, está por encima de los determinismos de la naturaleza y de la sociedad, y conquista su libertad. El destino comunitario del hombre se perfecciona probando su poder. Se trata, en suma, de sustituir la moral burguesa por la moral proletaria y liberar así a la humanidad.

El marxismo no hubiera tenido tanta influencia si no hubiese sido un racionalismo entre los demás. No se contenta con dar a la población obrera las explicaciones que justifiquen su condición, sino que la organiza para una acción cuyo éxito final es más importante que los resultados parciales inmediatos. El racionalismo marxista llega hasta el límite del racionalismo e incluso más allá, cuando se presenta a sí mismo como un mesianismo. Gracias a esto, ha podido llegar a ser la filosofía inmanente del proletariado y de la clase obrera. Berdiaev lo ha subrayado justamente: «El marxismo no es solamente una ciencia y una política; es también una fe y una religión. En esto se basa su fuerza.» El marxismo en tanto es una idea-fuerza, en cuanto es vida.

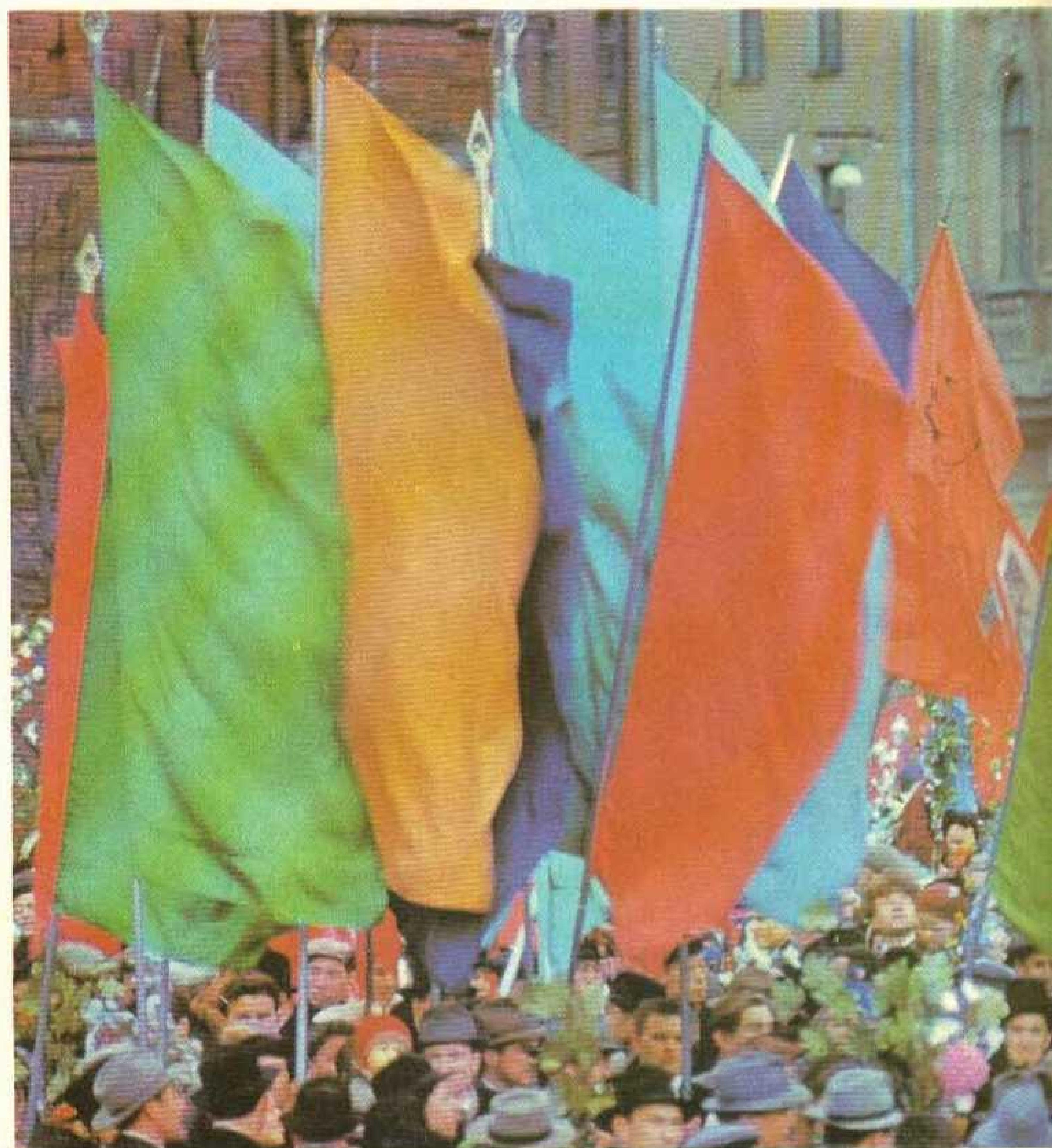
Presencia y poder de las ideas-fuerza en el mundo actual

Un simple vistazo sobre los tres continentes del mundo actual (Occidente, comunismo y tercer mundo), basta para convencernos de ello. El racionalismo forma parte integrante de nuestra cultura y de nuestra civilización. Es una guía fundamental del espíritu europeo. La llegada de una civilización técnica parece aportarle una justificación. Vuelto hacia la idea de progreso y de bienestar, el racionalismo no constituye un sistema rígido; es más bien un estado de espíritu con formulaciones diversas. En Occidente convive con la idea cristiana, pero donde realmente triunfa es en el mundo socialista cuya ideología no admite división. Mientras en la perspectiva cartesiana la reflexión individual bien dirigida debe liberar del error al sujeto pensante que escapa de la cautividad de los objetos del espacio, la toma de conciencia del proletariado lo salva de la alienación religiosa y económica, y debe introducir la humanidad entera en el reino de la libertad, donde el hombre dejará de ser prisionero de la necesidad. Para este racionalismo, como para los demás, y de una forma mucho más intransigente, el hombre es la fuente única de todos los valores. Marx dice: «El hombre es para el hombre el ser supremo». «La religión de los trabajadores no tiene dios porque intenta encontrar la divinidad del hombre». Frente a las ciudades irreales, el Islam únicamente reconoce un ser absoluto: el Dios trascendente y único. El hombre no existe más que en relación a El. En este mundo racionalizado en exceso que se vanagloría de preverlo todo, el musulmán rehúsa sustraer la más mínima parcela del porvenir a la iniciativa divina. Las opciones radicales del Islam marcan profundamente el destino del tercer mundo. La toma de conciencia de éste se forma a través del Islam.

Las ideas contribuyen a guiar el mundo por medio de doctrinas elaboradas por la élite y de motivaciones elementales para las masas. Para tomar vida, las ideas deben encarnarse. Así se prosigue, a través de las ideologías más influyentes, la confrontación de la razón y de la fe. En esta época de esquematizaciones y de confusiones, el racionalismo de los tecnócratas o de los marxistas se levanta como la antítesis del fideísmo musulmán, por lo menos hasta un cierto límite, pues el racionalismo es en sí una creencia y el Islam es más racionalista que místico.

Profundizándose a sí mismas, las doctrinas terminarán, quizá, por tomar caminos paralelos. No hay pensamiento sin crítica, pero nuestra época necesita ideas que sean fuerzas de reconciliación.

Las banderas de las quince repúblicas de la URSS forman una sinfonía en rojo que proclama una única ideología. (Foto Riboud-Magnun.)





LUCIEN GENET

BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

los elegidos del destino

A primera vista, la noción de «hombre elegido del destino» parece de la mayor evidencia. Hoy, es incontestable la acción de otros «motores» de la historia, pero durante mucho tiempo los historiadores desconocieron su importancia. Además, se trata, en estos casos, de un efecto a largo plazo y hace falta muchas perspectivas para verlo. Por el contrario, el hombre elegido del destino aparece en primer plano y su acción es inmediata, deslumbrante; el mundo contemporáneo nos ofrece cien ejemplos de este género, pero en la historia antigua y moderna abundan todavía más. En todas las épocas hubo seres excepcionales que, emergiendo de la masa de sus contemporáneos, personificaron una determinada aspiración o manejaron el destino de pueblos, estados e incluso de una parte del mundo. Esta es la gran tradición de la «historia-teatro», drama en el que un prestigioso protagonista se impone al propio destino. La explicación de este tipo de historia es clara: los «hombres ilustres son los motores más importantes del acontecer histórico». Pero examinado de cerca, el papel de los grandes hombres no aparece tan claro y sencillo como nos ha querido dar a entender cierta manera antigua de escribir la historia. La noción de «hombre del destino» se nos escapa y aparece tanto más ambigua cuanto mayor empeño ponemos en captarla, pues nos preguntamos si realmente es el héroe quien «pone la historia en marcha», o es sólo la manifestación exterior de una corriente profunda. Si así fuese, ya no sería el motor, sino la estela de humo que manifiesta su existencia. En consecuencia, nos preguntamos también si será cierto que existe un solo tipo de elegido del destino o si no sería más propio distinguir dos fenómenos distintos que, bajo una común apariencia, son dos especies de «motores de la historia» que rigen la evolución del mundo.

ALGUNAS escuelas históricas niegan que el héroe tenga una misión esencial. Según ellas, las crisis, las conquistas y las revoluciones tendrían su origen en el desarrollo económico, en la evolución social y en el momento histórico, y se podría decir entonces que la situación encubre al héroe. Según Kierkegaard, interviene igualmente la «suerte afortunada», el endiosado juego de conjunto de las fuerzas históricas. Pero si se constata, por ejemplo, que en un pueblo valeroso, vencido en una guerra en la que creyó poder ganar, se produce siempre una reacción nacionalista, el destino tan distinto de Boulanger y de Hitler —incluso recordando el papel representado por los reyes del acero alemán— se explica en gran parte por la desigualdad del carácter de los dos hombres. Hay hombres que hacen la historia son los responsables, en las horas decisivas, de la dirección dada a la evolución del mundo.

Como escribe Enmanuel d'Astier en su obra *Stalin*, estos héroes son «el resultado de una civilización marcada por las guerras y los grandes desequilibrios de la condición humana. Se ven obligados a consagrar una gran parte de su tiempo y de su genio a las tácticas de combate y a las artes de la destrucción en vez de desarrollar y organizar la economía del mundo». Han sido creadores y para ello han destruido: han dado a luz tan rudamente que el mundo nuevo que engendran nace casi siempre entre sangre y lágrimas.

Hay un nombre en la historia antigua que destaca sobre los demás: Aquiles. Sin embargo, es una creación poética que interesa a la leyenda y no a la historia. Pero hasta el período helenístico, ¿no han sido los poemas homéricos la enseñanza principal que han recibido los griegos? Aquiles sabe que debe morir a causa de su victoria, que perecerá poco tiempo después de la muerte de Héctor. Sin embargo, parte para combatir contra el hijo de Príamo y lo mata, pues su honor de guerrero así se lo ordena. Es cierto que el héroe no cambia el mundo. Al contrario, su hazaña ilustra un período decadente. Con sus cóleras, su falta de espíritu nacional —recuérdese que su enojo compromete por un momento el éxito de la expedición—, su loca bravura y su espíritu de clan, el magnánimo hijo de Pelea es el representante de esta edad media griega tan gloriosa con los aqueos y a la que los dorios poco a poco van a vencer, avasallar y destruir. Más que el astuto y sutil Ulises, es Aquiles, por su vida enteramente dedicada al honor, quien es propuesto como ejemplo de los griegos, y el fenómeno de Alejandro no se comprende sin él.

Alejandro Magno, prototipo de hombre elegido del destino. (Louvre, foto MTA.)

Es este joven de 18 años quien dirige en Queronea la carga decisiva contra los tebanos. Después de ser elegido rey, Alejandro combate en primera línea ante los muros de Tebas. Caballero prodigioso, franquea el Gránico sobre su caballo Bucéfalo, avanza al frente de su caballería y desbarata el ala izquierda de los persas. Hace lo mismo en Gaugamela, y en Hidaspes, ante el rey Poros, conquistará casi solo el fuerte de Malia. Pero nunca olvidará las enseñanzas de Aristóteles y durante toda su vida será un amante de la literatura y protector de las bellas artes.

Hombre de grandes alcances, está completamente al servicio de una gran política. El fue el único que tuvo suficiente amplitud de miras para estar por encima de su victoria e intentar ganar el aprecio de los vencidos. Para empezar respeta a la madre, la mujer y las hijas de Darío, sus prisioneras; con sus victorias sustituye poco a poco la teoría racial de los griegos, fundada sobre el odio al bárbaro, por una concepción nueva: la de la universalidad de la humanidad. Quiere fundir vencedores y vencidos y hacer de ellos un solo pueblo. Toma a Estatira, hija de Darío, por esposa y obliga a sus generales a casarse con princesas persas en Susa. Honra a sus dioses, crea una falange persa y a su muerte los griegos no forman más que el mando de su ejército. Con la circulación de las reservas metálicas de los tesoros de los Aqueménidas y la apertura de nuevas vías comerciales, creó unas condiciones de progreso económico sin precedente.

Pese a la resistencia de los griegos, incapaces de alcanzar el ideal que se les ofrece, y a pesar de la brevedad de su vida, Alejandro crea un mundo nuevo. La civilización helenística transmitirá la cultura griega tan lejos como le sea posible a lo largo y ancho del mundo y del tiempo, puesto que si nosotros hemos podido conocer la antigüedad es debido a los sabios de Alejandría y a los pergaminos de Pérgamo. Civilización original, puesto que la *Polis*, tan querida de la antigua Grecia, es sustituida por reinos donde aparecen los problemas modernos: la administración compleja de un gran estado, la cultura necesaria, la preocupación de la crítica y conservación de los textos y, al lado de la omnipotencia de un estado centralizador, la aparición del individuo ocupado en la búsqueda de la felicidad.

Los imitadores de Alejandro

Se comprende fácilmente que Alejandro haya suscitado una pléyade de émulos. ¡Qué espejismo tan extraño el de este destino prematuramente truncado en el momento mismo en que nuevas empresas gigantescas parecían anunciarse!

Aunque habiendo renunciado pronto a un imperio universal, la monarquía helenística nacida de Alejandro no podía menos de llevar de cabeza a los jefes romanos. Con este contacto, éstos iban a perder con bastante rapidez las cualidades primitivas de su pueblo, haciendo prueba, lejos de Roma, de un poder sin control que hacía todavía más complaciente la sonrisa de los dioses.

Con César aparece un nuevo Alejandro. General clarividente que adivina los planes de sus adversarios y les obliga a caer en fallo — como hizo con Vercingetorix, a quien obligó a encerrarse en la «buena posición» que parecía ser Alésia, lo cual fue un grave error —, César es un adiestrador de hombres excepcional ya cuando reprende con su elocuencia irreplicable a los soldados sublevados, ya cuando recompensa ampliamente los sacrificios o cuando su sola presencia decide el combate, como en Munda, donde cogiendo un escudo se lanza al medio de la refriega. Pero no es solamente un soldado inteligente, valeroso y feliz. Actúa igualmente como un político hábil en utilizar los poderes que le concede el título de *Pontifex Maximus*, pronto en apoyarse en agitadores populares y dispuesto después a desautorizarlos sin deshonra; admirable, por otra parte, cuando se trata de fundar triunviratos, ya con matrimonios sabiamente concertados o repartiendo honores, reservándose siempre la parte verdaderamente esencial del poder.

En algunos años, demasiado pocos, va a trazar las grandes líneas del futuro, y es tan activo cuando se trata de embellecer Roma y administrar las provincias como al fijar el valor de las monedas o al regular el ritmo del tiempo mediante un calendario que permanecerá invariable durante mucho tiempo. Pero con la mirada fija en el futuro, en su afán de ir deprisa, con su ambición que cada éxito no hace más que acrecentar, por su desprecio hacia los hombres perderá conciencia de los peligros que le rodean y el 15 de marzo del año 44 antes de J.C. morirá apuñalado.

Entre la lista de personajes que han dejado su impronta en la historia del mundo, ciertamente Augusto es el más importante. Más político que militar, nunca dirigió personalmente la guerra, excepto en las campañas de España, pero confió sus ejércitos y su flota a jefes que mandaban en nombre suyo. La victoria sobre Sexto Pompeyo la debe a Agripa y también la decisiva batalla de Actium que pone fin a la vida inimitable de Marco Antonio y Cleopatra. No es hombre que impone violentas reformas. Recordando siempre el espectáculo de su tío apuñalado en el senado, obra con prudencia y sin prisas, utiliza viejas fórmulas, pretende restaurar la tradición, el «mos majorum» y las instituciones de la república; así fue cómo las grandes innovaciones de César pasaron a ser costumbre después que él las confirmó. Presentándose como un hombre del pasado, ha sido el verdadero fundador de este imperio romano que alcanzará su apogeo con los Antoninos, proporcionando a la humanidad una paz estable cuya nostalgia se hará sentir durante largo tiempo. Cuando este imperio se destruye, más por sus corrupciones internas que por los ataques de los pueblos bárbaros, entre aquellos que han contribuido a su caída atacando la religión imperial que era uno de los soportes del edificio, surge la idea de volverlo a levantar. En occidente, del mosaico de estados bárbaros que fraccionaron la antigua *Pars occidentalis* del mundo romano, va a surgir un efímero imperio.

Imperio deseado por los papas, a la vez por nostalgia del pasado y por miedo al presente amenazado por los lombar-

dos, pero imperio, sobre todo, nacido de la ambición de los carolingios. Pipino el Breve lo hizo posible pero su verdadero fundador fue Carlomagno. En verdad, su obra es grandiosa: un inmenso imperio occidental agrupado alrededor de Aquisgrán. También restaura la idea de autoridad central, de una ley válida para todos, la escuela, la ciencia y las letras y todo lo que podía quedar de sabiduría antigua después de la gran tormenta del bajo imperio. Nada de esto es desdeñable y por eso se comprende que la leyenda se haya adueñado del incansable jefe y haya ensalzado a sus pares, a sus varones, a su sobrino el legendario Roldán con su amigo Oliver el Sabio a quien únicamente la traición puede vencer. Pero, ¿fue Carlomagno en realidad un elegido del destino? ¿Qué es lo que ha creado? Con la mirada vuelta hacia el pasado no ha sabido crear una organización original y eficaz contra las nuevas invasiones, como las de los escandinavos que ya empiezan, o contra el feudalismo incipiente. ¿Qué hizo personalmente Carlomagno? ¿No se limitó a representar el papel que le dictaba la iglesia? Por eso la obra se derrumba apenas edificada. Podemos decir que a pesar de su fracaso, su nieto Carlos el Calvo fue más grande, ya que intentó luchar con la ley y con las armas contra un destino demasiado fuerte.

En el mundo asiático

Si miramos hacia Oriente, parece que Asia evoluciona de manera menos propicia a la formación de héroes. China inmenso imperio muy adelantado con respecto a Occidente, ha estado paralizada por la moral de Confucio. Y si bajo el imperio de los Ming hizo un esfuerzo para llegar por vía marítima a Insulindia, a India y llegar hasta el mar Rojo, este esfuerzo fue breve y no continuó más tarde. Asia se dio a conocer a Europa con las aterradoras invasiones de la caballería mongólica y el largo dominio sobre Rusia. Sin embargo, allí ha habido también hombres que han influido en el curso de la historia y que han sido dueños de su época. El más grande de todos éstos es, sin ninguna duda, Gengis Khan, nacido el año 1167 en una yurta mongólica. Pertenecía a esas tribus nómadas de jinetes excepcionales, de arqueros infalibles cuya mejor arma era la movilidad. A partir de 1206 impuso su autoridad a todos los pueblos mongólicos. Entonces se enfrenta a China y en 1211 sus ejércitos se encuentran ya al pie de la Gran Muralla, la pasan dos años más tarde, saquean Shantung y bloquean Pekín. En 1215 sus lugartenientes entran en la capital, asesinan a la población, incendian la ciudad y sus tesoros. Luego, en 1219, se inicia la conquista del Turquestán y del Irán oriental. Muchas civilizaciones brillantes son arrasadas, muchas ciudades opulentas son borradas del mapa para siempre, ríos de sangre surcan el país; sin embargo, Gengis Khan, capaz de clemencia, se elevaba por encima de los que le rodeaban. Sus hijos aprenderán que un imperio «conquistado a caballo no



Entre los hombres que han marcado con su impronta la historia, el más destacado es ciertamente el emperador Augusto. Y no porque haya dirigido él mismo la guerra, sino porque supo elegir en cada momento a sus jefes militares y a sus consejeros políticos. (Louvre, foto MTA.)

se gobierna a caballo». Tamerlán (1333-1405), fundador de la más grande dinastía mongólica, no es más que un devastador. Aureng-Zeb (1658-1707), asceta, hombre de decisión cuando se apodera del gobierno a pesar de los esfuerzos de sus hermanos, es aún menos un gran hombre, pues ya no construye sobre las ruinas y lucha contra la revuelta del Deccán, que será la tumba de la monarquía. Por otra parte, si no hemos tratado de la India es porque no ha habido hombres importantes a excepción de Akbar, cuya victoria en Paniqar fue el comienzo de la dominación. Pensador y conquistador, este «Marco Aurelio turco-mongol» muere en Acra en 1605.

Pedro el Grande y Napoleón

En la época moderna pocos hombres han desempeñado en su país y en la historia mundial un papel tan importante como Pedro el Grande. ¿Aceleró acaso una evolución que ya se vislumbraba? ¿O ha sido, más bien, un creador, un «demiurgo» que ha transformado este país atrasado del Este de Europa en un estado moderno más estrechamente ligado a las potencias occidentales? Poco importa: la situación hace nacer al hombre necesario, pero sólo sus cualidades y la suerte pueden explicar su éxito. Incluso si remprende el trabajo empezado por sus antecesores y en particular por su padre, Alexis Mikhailovitch, él aporta a la obra sus cualidades personales y también sus defectos: la inteligencia, la decisión súbita, la brutalidad y la eficacia. Pedro el Grande realiza una obra original debido a que es un hombre con ganas de aprender, con gusto por los conocimientos prácticos y que utiliza rápidamente todo lo que aprende. Trabajador infatigable, este gigante de nervios inestables inclinado al desaliento posee una voluntad férrea que le impide abandonar el plan establecido; soberano moderno sin orgullo personal, cuyo único sueño es el estado y su pueblo, desprecia el lujo y no piensa más que en la eficacia de su acción. Además es notable por la conciencia justa de sus posibilidades y por su conocimiento de los hombres. Retengamos este rasgo: no hay grandes hombres sin buenos colaboradores, pero es necesario saberlos escoger y en esto es donde se revela el gran hombre. A partir de este momento se comprende que Rusia se convirtiera, bajo su reinado, en un estado marítimo occidental; que una ciudad nueva y monumental, como es Leningrado, naciera a costa de miles de vidas humanas en una región hostil y pasara a ser la nueva capital; se comprende también que reforzara la administración central, estableciera la industria y transformara la organización social. Ciertamente, todo esto se hizo a costa de extraordinarios despilfarros, tanto de hombres como de dinero, se impuso por la fuerza y algunas veces con actos que repugnan a nuestra sensibilidad, como la ejecución del hijo del Zar, Alexis, bajo tormentos inhumanos; sin embargo, la obra ha sido duradera. En las horas sombrías de 1812 y 1941, frente a Napoleón y Hitler —vencedores momentáneos— se invocó su nombre.

Napoleón tiene su sitio en la historia del mundo, no por haber consolidado una revolución frágil todavía y amenazada por la reacción, ni por haber reunido en el código civil lo que había de mejor en el antiguo régimen y en los tiempos modernos, sino sobre todo por haber continuado, sobre la base de Robespierre, la obra de los soldados del año II y por haber destronado a los viejos soberanos de Europa. De este modo, hizo posible que penetraran en Europa los principios de la Revolución francesa: derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, fuerza de las nacionalidades. Y más tarde será la víctima de estas mismas fuerzas.



El emperador Napoleón Bonaparte entró en el reino de la leyenda mucho antes de su muerte. ¿Se quiere mejor prueba que este dibujo de Epinal que le representa coronado de laureles ante el altar de la gloria.

Podríamos continuar esta revisión. También el siglo XX ha tenido sus «hombres del destino». Pero están demasiado recientes en nuestra memoria para que los grandes rasgos de su carrera se alteren al ser recordados.

El carácter de los héroes

Hecho importante, según mi manera de ver, es que el héroe así definido es un hombre providencial. Cuando Grecia, agotada en las luchas violentas de las ciudades, despoblada y desfallecida va a desaparecer, es cuando la fuerte energía de Alejandro —más que las ataduras sagradas— obliga a los helenos a la unión y lleva a la prodigiosa difusión de



rodeado de un grupo de otros «elegidos del destino»? Este símbolo se extendió muy pronto a todas partes y fue una de las causas determinantes de la influencia que tuvo el Emperador en todos los ambientes.

una civilización que se disecaba en un marco demasiado limitado. Cuando la República romana se pierde en las convulsiones internas —puesto que las instituciones de la ciudad antigua no se adaptaban a la evolución social nacida de las conquistas— es cuando César completa y perfecciona su obra. Carlomagno surgió cuando se trataba de luchar contra la proliferación de los reinos bárbaros y de establecer la noción de estado. Y cuando fue preciso adaptar Francia y Europa a los nuevos principios nacidos de la Revolución, es Napoleón, hombre del siglo XVIII y déspota ilustrado, quien asegurará esta tarea. En suma, el héroe aparece en un momento de desequilibrio, en una pausa de la historia. Es el que da fin a una época revolucionaria y sólo es importante en la medida en que sepa preparar el advenimiento de una nueva era. En el siglo XIX, la expansión del maquinismo y de la civilización industrial, la fragilidad de la dominación de una burguesía que apenas liberada de las reaciones de la aristocracia se ve expuesta a las reivindicaciones sociales, han podido hacer creer a algunos que el liberalismo implantado desde hacía poco tiempo estaba ya amenazado. En este sentido Napoleón III parece haber soñado con un estado fuerte, nacional y ampliamente social. ¿Contemplaba retrospectivamente la tradición del bonapartismo autoritario y revolucionario? ¿Era un hombre de ideas avanzadas en relación a su tiempo y acaso fue el primero de estos «conductores de pueblos» que decidirán el destino del siglo XX? El pensamiento humano es demasiado inseguro, sus contornos demasiado inciertos, la acción demasiado dudosa para que podamos contestar; sin embargo, la pregunta hay que hacerla. En todo caso, si el siglo XX es «la era de los jefes», como dijo Mussolini, es porque la era de las masas se ha impuesto en todos los sitios y es preciso hacer nacer la sociedad nueva adaptada a la superpoblación, a las nuevas formas de guerra y de industria, a la conquista del cosmos y a la apertura de las nuevas fronteras.

Y Alejandro, ¿es el héroe precoz? Nacido a finales de julio del año 356, a los 18 años había ya demostrado su valor. Fue rey a los 20. A los 22 vencía en Gránico. Tiene 33 años cuando muere en medio de sus soldados sin haber conocido más que victorias. A su misma edad, César se desespera por no haber hecho aún nada que pueda ilustrar su nombre. Pedro el Grande se ocupa en divertirse durante su exilio hasta 1689. Tiene, pues, 17 años cuando suplanta a su hermanastra Sofía y se adueña del poder que detentará hasta enero de 1725, fecha de su muerte. Napoleón tiene 28 años en Lodi, fecha excepcional, puesto que con esta victoria toma conciencia del destino extraordinario que tiene reservado: «yo veía el mundo huir debajo de mi persona como si me transportaran por el aire...». El elegido del destino parece, pues, indiferente a la edad. Felipe Augusto, rey a los 15 años, muestra desde los principios de su reinado sus cualidades de diplomático y de guerrero. De entre aquellos cuyo turbulento destino no ha acortado su vida, Napoleón es el único cuyo genio parece declinar prematuramente.

Tanto como el apetito del poder, el deseo de la gloria es el móvil principal que hace obrar al hombre del destino. Nadie ha reconocido la ambición más explícitamente que Napoleón cuando dijo: «es como la sangre que circula por mis venas». Cada uno estima que tiene una misión muy grande que cumplir y esta misión se hace cada vez mayor al ritmo que aumentan sus victorias. Arriano dice de Alejandro: «... sólo concebía cosas grandes y extraordinarias. No hubiera reposado ni aunque hubiera conquistado Europa y Asia; ni siquiera aunque hubiese llevado sus armas hasta las Islas Británicas. La ambición de la gloria le llevaba más allá de todos los límites».

En sus grandes concepciones hay una mezcla curiosa de enormidad y de prudencia. Son las concepciones grandiosas de hombres que no conocen sus límites y no piensan nunca en la derrota. Antes de partir para la conquista de Asia, Alejandro distribuye todas las rentas de sus dominios, y cuando Pérdicas le dice: ¿Qué os habéis reservado?, Alejandro contesta: «La esperanza». Lo mismo hace César cuando atraviesa el Rubicón con la famosa frase *Alea jacta est* y parte a la conquista del mundo y del imperio. Es el mismo Napoleón quien reconocía que no había límites para su ambición: «...y cuando me preguntaban dónde me detendría les contestaba que no lo sabía». Para ir tan lejos, estos hombres han tenido que exponerse a todo. En Gaugamela, Alejandro lanza

todas sus tropas a la batalla y consigue la victoria contra fuerzas más numerosas que las suyas gracias al ímpetu y a la decisión. Lo mismo le sucede en el Indo contra los elefantes del rey Poros. César se lo juega todo en cada gran batalla y en Munda estuvo a punto de perder. Bonaparte deliberadamente se arriesga por los caminos de Viena mientras un ejército le va pisando los talones, y el ejército alemán regresa a la capital. Y, crecido por sus victorias, ofrece el armisticio a su adversario que, espantado por su incursión, acepta. En el campo de batalla de Wagran da la orden de apresar al Papa. Cuando la edad o la grandeza — no olvidemos que por alianza se convirtió en sobrino segundo de Luis XVI — le dan un primer reflejo de prudencia, es en la batalla de Moscova, donde se pregunta: «Si es que he de combatir una nueva batalla, ¿con qué lo haré?» Por esta incertidumbre, no permite que su guardia entre en batalla y esto es el principio de su fin.

Estos hombres excepcionales saben, generalmente, ayudar a la fortuna. Por vastos que sean sus proyectos, preparan su éxito con una atención, con una tensión constante y sobre todo con una rapidez tal en el pensamiento y en la ejecución, que parece prodigioso. Es Alejandro quien, al saber que los griegos se habían sublevado al creerle muerto en el curso de la guerra contra los ilirios, obliga a su ejército a una marcha aproximada de 400 kilómetros en 13 días, en terreno montañoso; coge de sorpresa a Tebas y la destruye. Es César quien, al saber que los galos se han sublevado, se dirige, a pesar del crudo invierno, hacia el macizo central para unirse con su ejército. Es Bonaparte, arrastrando a sus hombres a una velocidad espantosa a través de los relieves mediterráneos y sorprendiendo a generales como Beaulieu, Wurmser y Mélas, poco acostumbrados a esta estrategia fulminante; y solamente cuando desfilan por las infinitas llanuras rusas, la gloria que le acompaña se perderá en la inmensidad de aquellas tierras.

Pero la grandiosa y algo desenfrenada imaginación va unida con un realismo y con un sentido de lo posible sin el cual no existiría el gran hombre. «Todo lo preveo y pienso siempre lo peor», decía Napoleón. Vencedor de los pueblos del Danubio, Alejandro no atraviesa el Danubio; destruye Tebas y respeta Atenas; en vísperas de batallas decisivas no precipita los preparativos y deja reposar a sus tropas. Al llegar a la India desconocida, se preocupa de asegurarse el contorno montañoso del norte. Los *Comentarios* nos muestran la prudencia de César cuando se trata de enfrentarse contra pueblos desconocidos; su previsión le hace buscar apoyo en cualquier cosa y no dejar nada a la aventura.

Totalmente ligado a su obra de grandeza, presa por entero de su ambición, el elegido del destino está solo. Está solo porque no puede contar con la amistad de los hombres. Es cierto que Alejandro tuvo a Hefestión, Augusto a Mecenas, Pedro el Grande a Menchikov, Napoleón a Duroc. Mas la ambición insaciable, la aspereza de la lucha y los accidentes de la vida producen el aislamiento del héroe. El éxito lo lleva a despreciar a los hombres y cuando quiere acercarse a ellos no se lo permite la altura a que se ha colocado.

Sobre la influencia de los elegidos del destino

La perennidad de una obra es lo que constituye su grandeza. Alejandro, al morir, deja su reino «al más digno» y contribuye así a avivar la ambición de sus mejores generales; César abre el camino a Augusto; Napoleón exalta las ideas de libertad y nacionalismo y pone los fundamentos de la Revolución. La leyenda es la última victoria de los grandes vencidos.

Nobles o plebeyos, estos ambiciosos han jugado siempre más o menos al descubierto, pero con constancia, contra la aristocracia que pretendía limitar su obra; y cuando han renunciado a esta lucha, como hizo Napoleón casándose con una Habsburgo, han tenido que arrepentirse más tarde. Han levantado su obra con el apoyo popular y a menudo han pretendido, como los tiranos griegos, trabajar por el pueblo al mismo tiempo que consolidaban su poder. Por eso se puede decir que el elegido del destino del siglo XX encuadra muy bien en su línea.

Es posible que cause extrañeza el hecho de habernos limitado a estos pocos ejemplos. Especialmente nos hemos detenido en aquellos héroes que, en su deseo de gloria, pretendieron modelar el mundo a su capricho y que, tenaces, no habiendo terminado durante su vida, llevaban en ellos el cáncer de la ambición. Por ello hemos eliminado a Pericles a pesar del Partenón, a Fidias, a Luis XIV a pesar de Versalles y a Molière.

Pero el elegido del destino, ¿no es más que un conquistador? Es evidente que al lado de los demiurgos que modelan el mundo hay otros que son creadores. ¿Qué hombre ha tenido una misión más importante que Confucio o Buda? ¿Qué inventor ha desempeñado un papel más universal que Gutenberg? Y refiriéndonos a nuestros contemporáneos, sobre los que no profundizaremos por falta de perspectiva, no cabe duda que hombres como Fleming, que con la penicilina ha contribuido a elevar el índice de demografía que en estos momentos está cambiando las condiciones políticas y económicas del mundo, tienen igualmente una importancia excepcional.

Los inventores de las armas nucleares y los sabios que se afanan en la conquista del espacio, todos ellos son, quizás, los grandes hombres de nuestro siglo. Y entre los jefes políticos tenemos a Lenin, por la aplicación que ha sabido hacer de la doctrina de Marx, estudiada y repensada por él; es, sin duda, el elegido del destino más considerable de nuestra época.

TERCERA PARTE



las civilizaciones



BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

«Los griegos — escribió Tucídides — vivían en un tiempo como ahora viven los bárbaros.» Esta frase contiene, en germen, el concepto de civilización que ha guiado a los historiadores y pensadores modernos, ya que en ella se encierran los dos aspectos fundamentales: la comprobación de una diferencia entre un pueblo y los otros, y la justificación *a posteriori* de la superioridad que se arroga ese pueblo. Los capítulos siguientes nos enseñarán que los cronistas contemporáneos no se han limitado al primero de estos aspectos; después de admitir una civilización única, opuesta a la barbarie, han admitido la existencia de civilizaciones en plural, han purificado la noción de su valor de pretexto, para permitir aplicarla a cualquier sociedad humana, y desde entonces, la definición de civilización tiene que servir no ya para justificar la dominación, sino para captar las diferencias específicas entre un pueblo y otro. Pero esta tentativa de «neutralización» del concepto de civilización ha fracasado al fin; aun cuando la hayan extendido a todos los grupos humanos, se mantiene la reserva mental de que el grado de civilización no es igual en todas partes y que, en consecuencia, determinadas sociedades (la nuestra especialmente) están más civilizadas que otras y que, por tanto, son superiores. Y ahora llegamos al meollo de la cuestión que formulamos: ¿Existe una balanza para pesar las civilizaciones y un filtro con que aislar del contexto general las diferencias específicas entre un pueblo y otro? En definitiva, ¿civilización es «lo que queda cuando se ha analizado todo» (civilización-residuo), o por el contrario, consiste en una relación constante entre los distintos elementos presentes en todo grupo étnico (civilización-totalidad)? Parece ser que ninguna de ambas definiciones es aceptable con exclusión de la otra y parece también que toda civilización es, a la vez, una relación global y un elemento específico; el Islam, por ejemplo, debe ser considerado como una clave que nos permite leer la civilización árabe.

Los capítulos siguientes ofrecen algunos ejemplos voluntariamente fragmentarios, de estas «claves de lectura»; intentamos dar la clave para China, India, el África Negra y — no queriendo perpetuar una oposición estéril entre estas sociedades y la nuestra — para la propia Europa, que fue neolítica antes que griega, romana o cristiana. Pero hay que evitar dar a la noción de civilización un valor absoluto; habiendo sido inventada esta palabra para señalar una desigualdad, amenaza constantemente con arrancar a las sociedades humanas de la historia y aislarlas de su contexto real.

La Acrópolis de Atenas, símbolo de la civilización. (Foto Boudot-Lamotte.)

GEORGES RODIER

la noción de civilización

No podríamos dar aquí una definición mejor que la de Henry Miller: «Una civilización es una suerte, una serie de suertes o de ocasiones que un pueblo se crea para su uso y para uso de otros, ocasiones y circunstancias que, modeladas con firmeza por la mano del hombre, han de asegurar al grupo humano un equilibrio duradero y conseguir que el mayor número posible de hombres conozca un mundo más humano, en el que puedan realizar mejor su humanidad.»

Si bien el adjetivo «civilizado» aparece en diversos pasajes desde el siglo XVI, la palabra «civilización» no entró en uso hasta fines del siglo XVIII, después que Holbach la utilizó por primera vez, según parece en 1776.

Su incierto y variable significado ha ido reflejando sucesivamente las distintas concepciones que se formaban sobre la sociedad y su destino, a medida que nuestros conocimientos y horizontes se han ensanchado al multiplicarse los contactos entre las diferentes colectividades humanas del globo.

Civilización y civilizaciones

Al principio, se consideró la «civilización», en singular, como noción absoluta. Para un occidental del siglo XVIII, ser civilizado equivale a vivir encuadrado en una ciudad (civitas) o, más ampliamente, en un estado organizado, articulado, regido por leyes determinadas. Ser civilizado supone también combatir los movimientos e instintos brutales del hombre primitivo para tender hacia un perfeccionamiento continuado y hacia un armónico desarrollo de la propia cultura.

Dentro de estas perspectivas, la civilización representa un conjunto de costumbres e instituciones capaces de instaurar el orden y el bienestar susceptibles de hacer triunfar los valores morales y espirituales. Una concepción semejante se refiere, evidentemente, a principios ideales, puramente subjetivos, que suponen una jerarquización de los pueblos de la tierra: «Hay quienes están civilizados y hay quienes no lo están». La civilización es, por tanto, una «conquista»; supone en sí la idea misma de progreso; es también el criterio en función del cual se juzga un acto o una conducta. La Europa del siglo XIX consideraba el estadio alcanzado por ella en el camino del progreso, sus aspiraciones y sus opciones, como la civilización por excelencia, sin pretender por eso cerrar el camino a mejoras deseables. Procuró, por tanto, imponer a los demás continentes sus instituciones, sus métodos, costumbres y juicios, con el fin de civilizarlos, es decir, de sacarlos de la barbarie, entendiendo por bárbaro el no europeo. Esta es una actitud egocéntrica que viene de siglos. Para el ateniense del siglo V a. de J.C., bárbaro era quien, al no formar parte de la cultura griega, no era apto para gozar de la libertad. ¿Resultará exagerado afirmar que para los yanquis del siglo XX la civilización se ha identificado, y quizá se identifica aún, con el «americanismo»?

Después, la palabra se empleó en plural y se habló de «civilizaciones» cretense, ateniense, bizantina...

Podía reconocerse que habían sido más esplendorosas que la civilización europea de la misma época, pero la palabra casi tan sólo se empleaba para indicar un período especialmente brillante en la vida de *ciertos* pueblos, un momento privilegiado, reservado a privilegiados que la masa de las sociedades humanas no conocería nunca porque no era digna de conocer. Esta concepción implicaba la presencia de mandos políticos y administrativos rigurosos, de cierto refinamiento en las costumbres, y de un florecimiento moral e intelectual. Y se admitía tácitamente que esa «llamarada» era siempre provisional y estaba seguida de un apagón definitivo o de un período de flujo y reflujo durante el cual podían acumularse de nuevo en la sombra los elementos de otra explosión civilizadora y de un «renacimiento».

Los pueblos y las épocas que no se beneficiaban del título de «civilizados», que no «merecían» esta promoción dis-

pensada siempre por una Europa embriagada por sus primeros descubrimientos mecánicos, eran tan sólo sujetos de estudio hacia los cuales se dignaba inclinarse por afición al exotismo, con una curiosidad condescendiente y divertida.

En nuestros días este ostracismo ya ha desaparecido. Una evolución lenta y trabajosa se consigue gracias a las aproximaciones mutuas siempre más comprensivas, y también a las escisiones e incluso desafíos lanzados al mundo occidental por otros pueblos despertados bruscamente por una actualidad sin ocultamientos. En este caso, el término «civilización» ha venido a significar el conjunto de costumbres y leyes de un grupo humano en un momento dado. La civilización es el estado en que se halla una sociedad y el ambiente en que vive. Hay, por tanto, tantas civilizaciones como colectividades humanas. Y así se pueden calificar algunas civilizaciones como «primitivas», cosa que, aún a mediados del siglo XIX, hubiera sido una herejía abominable.

Estudiar las civilizaciones y su evolución es hacer la historia de la vida interior de la humanidad entera; es como redactar su «diario».

No obstante, la «civilización» conserva su primera acepción cuando se confunde con el esfuerzo realizado hacia una organización y una condición humana cada día más perfecta. ¿No tiene derecho cada sociedad a conseguir su ideal por los medios que le son propios, de conformidad con la orientación que la historia le ha concedido? En este sentido, cada sociedad puede aportar hoy una contribución preciosa y original a la construcción de la civilización humana.

Contenido y límites de la civilización

En el caso más elemental, la civilización de una comunidad gravita alrededor de un elemento o de un hecho fundamental que condiciona y orienta toda su vida. Así se habla de una civilización de la piedra tallada, otra del bambú, otra de la miel, por cuanto la piedra tallada, el bambú o la miel determinan las actividades y caracteres de los hombres que pertenecen a esas civilizaciones. Las civilizaciones primitivas o antiguas parecen salir de un principio único que las ha determinado y que se encuentra en el origen de todas. Por el contrario, las civilizaciones modernas son el resultado de influencias y de causas complejas que han actuado entre sí; no queda definida la civilización occidental de la segunda mitad del siglo XIX, con decir «civilización del carbón», puesto que el carbón fue tan sólo uno de los múltiples componentes de cuya conjunción nació esta civilización.

Resulta casi siempre imposible caracterizar una civilización evolucionada, desde un solo punto de vista. No hay que despreciar los aspectos materiales que pueda haber en ella, como hacía Chateaubriand cuando afirmaba: «No me dejo deslumbrar por los barcos de vapor ni por los ferrocarriles; eso no es la civilización.» Todo eso *es* precisamente la civilización. Lo que interesaba ya al zar Pedro el Grande, en la época de su viaje a Europa occidental, no era la literatura, la pintura ni el refinamiento de las cortes, sino la fabricación de tejidos, la construcción de buques y la perfección de los oficios, y es muy cierto que hoy día no se podría describir una civilización sin hacer referencia a su situación alimenticia, a sus métodos agrícolas o a la utilización de la mano de obra. No obstante, la técnica sobre la que está asentada la vida de una sociedad constituye solamente un aspecto de la civilización. La estructura mental, la adhesión a ciertos valores, la concepción del hombre, la actitud frente a las realidades y problemas naturales y sobrenaturales son los elementos que permiten pesarla y definirla.

Admitiremos pues, con Guizot, que la civilización es el océano al que afluyen todos los factores materiales y espirituales de la existencia de un grupo.

Pero esta definición no se puede aplicar a cualquier grupo humano. «No hay civilización de un grupo si éste ejerce sólo una función particular» (P. Sartiaux). No tendría justo fundamento hablar por ejemplo de la civilización de los armadores franceses del siglo XVIII o de la civilización del clero israelita alsaciano en la misma época. Por el contrario, estamos en derecho de hablar fundadamente de la civilización islámica, porque el Islam determinó, junto a una actitud religiosa específica, cierto «estilo» de vida, unas actitudes y una especial organización familiar y social.

Al revés del islamismo, que abarca varias entidades políticas e incluso varios continentes, hay otras civilizaciones que no están necesariamente vinculadas a una unidad política. El criterio que se adopte puede ser muy diverso: es lícito considerar que una fracción territorial o social bastante reducida represente una verdadera civilización original: por ejemplo, la civilización de la burguesía de los Países Bajos en el siglo XVII, la civilización de la provincia romana de Poitiers. Y la corte de Versalles, tan despreciada por Pedro el Grande, ¿no representaba acaso una civilización muy individualizada?

No cabe duda que también interviene el factor tiempo. Sólo damos el nombre de civilización a fenómenos humanos que tienen cierta duración, un carácter de continuidad, de normalidad y no de excepción.

Tradición y progreso

Los fenómenos que concurren a modelar una civilización se conservan, se enriquecen y se transforman. «Permanencia y evolución es la ley que rige a las sociedades como a los seres vivientes».

Ciertas permanencias pueden venir impuestas por los agentes naturales. Entre estos, el clima tiene una influencia en ningún modo despreciable sobre la agricultura, la alimentación y, en cierto modo, sobre la forma de vida. Los fenómenos climáticos y sus consecuencias han sido, por consi-

guiente, factores decisivos en la formación de lo que se ha convenido en llamar la civilización mediterránea.

El legado de la historia es otro de los factores permanentes. Al igual que la herencia da a los individuos caracteres que subsisten de generación en generación, también las sociedades heredan modos de obrar, formas de enjuiciar y elegir, transmitidas por sus predecesores. De esta forma, se benefician de la experiencia y de la prudencia del pasado. Estas tradiciones se han perpetuado gracias a la educación, a la instrucción y al respeto concedido a las costumbres de los antepasados. Pueden tener un origen único o preponderante; pueden, por el contrario, provenir de fuentes varias: la civilización occidental moderna está basada, entre otras, en las tradiciones grecorromana, cristiana y revolucionaria. Unas veces estas tradiciones se complementan, otras están en desacuerdo, pero siempre es el hombre quien opera la síntesis o realiza la elección.

Tradición no significa estancamiento. Constantemente se producen en las sociedades variaciones y «mutaciones» que en ocasiones se deben a la casualidad (influencia de un hombre o descubrimiento científico) y, en otras, toman una dirección definida (evolución del maquinismo). Abordamos aquí, precisamente, la noción de progreso; no es raro que el progreso produzca una crisis destructora del equilibrio existente: la primera manifestación del maquinismo fue el paro obrero.

«A menudo, en la vida de las sociedades humanas el progreso de un determinado sector se obtiene a costa de dolorosos retrocesos en otros sectores» (Grousset).

Estas mutaciones y el progreso que ellas marcan en el curso de la historia no son más que formas diferentes de una misma civilización, formas que han hecho suponer a algunos la existencia de verdaderos ciclos, mientras que lo cierto es que la evolución de toda la sociedad es lineal.

Destino de las civilizaciones

Entre las civilizaciones del globo y sus respectivas manifestaciones, ha habido siempre, en un momento dado, importantes «desproporciones cronológicas» que el progreso técnico hace todavía más considerable. Cuando el progreso ha logrado ya realizar viajes interplanetarios, existen aún grupos humanos que llevan una vida primitiva y obedecen a necesidades primarias. Por mucho que se quiera evitar la discriminación, es imposible disimular lo mucho que separa a la civilización de un país desarrollado de la de otro subdesarrollado. Estas desproporciones se observan también en el interior de una misma civilización. «No ofrece duda alguna —escribe Grousset—, que a pesar de las formas modernas, los "clanes" japoneses de 1941 vivían en el siglo XVI.» ¿Y qué decir de las renovadas manifestaciones de barbarie que desgraciadamente se han prodigado en los años que hemos vivido y que siguen sucediendo en la actualidad?

Estas desproporciones a que nos referimos pueden atenuarse por el «abrazo de las civilizaciones». Este fenómeno moderno es la consecuencia todavía actual de la expansión blanca durante el siglo XIX, favorecida extraordinariamente por el progreso de los medios de comunicación que han empequeñecido el mundo. Del contacto entre los hombres surge la mutua confrontación y de ella se desprende la enorme relatividad de las costumbres y de las ideas. A semejanza del esquimal que, enfundado en sus pantalones tejanos, escucha un transistor en el «iglú», los caracteres distintivos, aun siendo muy considerables, se difuminan en provecho de mayores y más numerosas semejanzas que no son tan sólo de indumentaria.

Pese a repudios y sobresaltos, la humanidad se encamina quizá a una uniformidad merced a la difusión general de la técnica y a las nuevas perspectivas que se abren a los hombres. Hoy se evoca una civilización planetaria. ¿Supone esto el regreso a las fuentes, como pretenden algunos? ¿Quizá los megalitos son el testimonio de una civilización religiosa universal de la edad de piedra?

Pero en la ola que nos arrastra a ritmo siempre acelerado, nos imaginamos la civilización con esta comparación: un ser viviente que nace, se desarrolla, envejece y muere. Por eso evocamos desapariciones trágicas o tristemente progresivas e inevitables. Los golpes han podido llegar de fuera, traídos por la guerra, que generalmente es la causa inmediata del hundimiento, pero la civilización también puede destruirse a sí misma, corrompida en su interior: esto sucede cuando deja de comprender su razón de ser, cuando desaparecen las ideas y los valores en torno a los cuales se ha formado. «Hay algo peor que un bárbaro a las puertas de la ciudad, y es que el bárbaro esté dentro.»

La época contemporánea se halla incontestablemente lastrada por una crisis general de la civilización; se han acumulado en ella graves acontecimientos: la primera Guerra Mundial, el profundo malestar de «los años 30», la segunda Guerra Mundial, el choque de ideologías que pone frente a frente concepciones antagónicas acerca del hombre y su destino, los nuevos espacios ganados al universo, el pánico a los efectos del átomo. Todos se interrogan con angustia y hay quien propone encadenar a la ciencia cual moderno Prometeo. La frase de Paul Valéry nos obsesiona: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales»...

Pese a la inestabilidad de los hombres, de las opiniones y de las cosas, pese al rápido envejecimiento y a la fragilidad de las cosas humanas tenemos conciencia de haber entrado en una nueva era de fantásticos horizontes en la que cada cual es solidario del destino del mundo entero. Nada nos es extraño y de los propios hombres depende que nuestra actual civilización sea una aurora y no un ocaso. Por eso, el pesimismo y la desesperación ya no corresponden ni a las condiciones ni a las dimensiones de nuestra ciencia y de nuestra acción. Tal como afirma Teilhard de Chardin, «hemos de intentar, dejando a salvo ciertos valores espirituales, servir al movimiento que nos arrastra y amarlo».

ROBERT CLOET

las civilizaciones perdidas

Las civilizaciones que se reparten el mundo son el fruto de siglos de esfuerzos musculares, intelectuales y morales desplegados por las generaciones pasadas que, paulatinamente, han modelado su aspecto actual. Algunas deben su originalidad al hecho de haberse desarrollado en un marco propio delimitado por una geografía que no ha sido influida en su periferia más que por pulsaciones de escasa amplitud; las aportaciones ulteriores se fundieron con la materia original sin alterar su espíritu. Este es el caso de las civilizaciones china, india y africana. Otras son el resultado del forcejeo de varias sociedades que chocaron durante los grandes movimientos migratorios en los campos de batalla y cuya sangre nueva vitalizó al antiguo pueblo, dándole nuevos bríos para afrontar los siglos. En el crisol mediterráneo se formó la base de nuestra civilización, pero esta tiene, además, un carácter dinámico que le permitió salir al encuentro de las demás. Finalmente, las civilizaciones que no han podido superar las grandes pruebas de la historia han desaparecido víctimas de su descomposición interior o del despotismo de los medios externos.

MUERTAS sin posteridad? Sería prematuro generalizar en uno u otro sentido. Como en cualquier fenómeno histórico o simplemente humano, la verdad raramente se puede resumir en una fórmula lapidaria. Cuando el destino aniquiló a estas civilizaciones hoy desaparecidas, ya habían dejado una huella aunque sólo fuera por los contactos comerciales o culturales que habían tenido con los pueblos vecinos. Por otra parte, la muerte les llegó, la mayor parte de las veces, en forma de un enemigo humano que golpeó, mató e incendió, pero sobre todo saqueó, llevándose como fruto del pillaje los restos de la civilización que acababa de destruir. Pero los monumentos que supo erigir han sabido desafiar la espada, el fuego y el tiempo. Así nuestros arqueólogos nos han mostrado, a través de estos monumentos el rostro de las civilizaciones perdidas.

Supervivencia del pasado

¿Llegaremos a saber alguna vez cuántas civilizaciones han perecido de esta forma, perdidas total o casi totalmente para la historia de la humanidad, tragadas para siempre por las aguas de un diluvio, por la lava de un volcán o desaparecidas bajo el azote de un conquistador, tan insensible ante las vidas humanas que quita como ante el tesoro que aniquila? La civilización de la gran Grecia queda perdida cuando aquel legionario decapita a Arquímedes; cuando la espada de Teseo pone fin a la potencia marítima de Cnosos y de Creta desaparece la civilización minoica.

Pero no se perdieron para siempre, pues la Magna Grecia, antes aún que la misma Grecia, conquistó a su vencedor; y los micenios tomaron de sus maestros — muy pronto sus víctimas — los principios de la decoración de los palacios, la técnica del fresco, sus altares para las ofrendas, y los vaporosos vestidos de sus esposas.

Igualmente sobrevivió, gracias a la arqueología, esa «civilización del Nilo», desaparecida bajo las arenas en tiempos de Herodoto que iba en busca de información sobre los faraones y contaba a los griegos atentos los fastos de esta civilización perdida. Descubierta en tiempos de Napoleón III hace unos 100 años, nunca parece haber estado muerta, ya que se nos ofrece ahora viviente como el rostro de Ramsés, protegido hasta hoy de la injuria y del olvido. Sobrevive también porque, si bien la pompa de sus soberanos se extinguió, jamás se perdió la humilde herencia que hace del primitivo fellah nilótico el descendiente del campesino que fue contemporáneo de las pirámides.

Junto a estos ejemplos, hay otros menos alentadores. En comarcas más alejadas, huellas evidentes revelan la existencia de un pasado glorioso, pero no hemos logrado encontrar allí ni los vestigios imponentes de los palacios de Cnosos o de las pirámides, ni la perennidad en la actitud diaria del



Este fresco (de unos 6.000 u 8.000 años a. de J.C.) es un vestigio de una de las culturas más antiguas, quizá la primera que merece el nombre de civilización: la de Tassili. Hasta hace unos 30 años en que fue descubierta, había sido una civilización de la que no se conocía ni su existencia.

campesino egipcio o cretense. Numerosos pueblos han vivido, han edificado, han pensado y han escrito sin que haya quedado rastro de ellos; o bien sus restos han permanecido sepultados durante milenios y cuando, por azar o como resultado de minuciosas investigaciones, salen a la luz 20 ó 30 siglos más tarde, están tan fragmentados, tan borrosos y tan separados de todo contexto humano, que somos incapaces de comprender el mensaje que deberían transmitirnos.

El tan repetido ejemplo de las sociedades precolombinas, resulta a este respecto menos sorprendente que los de Tassili y de Camboya a que vamos a referirnos.

Las civilizaciones de Tassili

El teniente Brenans descubrió en el corazón del Sahara central, hace unos 30 años, las pinturas rupestres de Tassili. En 1956 la expedición de Henry Lhote dio a conocer numerosos frescos pintados con ocre que el tiempo ha hecho indelebles. Los temas y los estilos son muy diversos y Henry Lhote los clasificó, de acuerdo con su antigüedad, entre el año 8000 a. de J.C. y el principio de la era cristiana.

Nos hallamos en presencia, no ya de una civilización, sino de todo un ciclo de civilizaciones. Las primeras parecen haber estado constituidas por pueblos cazadores negroides, a los que sucedieron otros pueblos pastores que, a su vez, fueron expulsados por una invasión de guerreros.

Búfalos e hipopótamos formaban parte de la fauna de esta región de clima tropical y húmedo; un cocodrilo hallado en Djanet confirma la existencia de esa humedad. La progresiva sequía hizo huir a hombres y animales. Los indudables herederos de esta civilización del Tassili son los pastores Peuls que encontramos en toda el Africa Occidental, en el límite del desierto y rodeando las grandes hegemonías del Sudán. Pero, ¿qué han conservado como recuerdo del paso de sus antepasados por los lugares en los que Pierre Benoît hizo revivir para nosotros a Antinea y su reino de la Atlántida, en el enigmático marco de una civilización borrada

del corazón del continente por la áspera progresión de un clima inhumano, lenta antítesis del diluvio?

La civilización Khmer

Hasta los umbrales del siglo XX la jungla había tenido ocultos el templo de Angkor-Vat y la ciudad real de Angkor-Thom. Las raíces de los árboles, cual enormes tentáculos, abrazaban las piedras de los templos y palacios suntuosamente decorados con bajos relieves cincelados exquisitamente, con adornos incrustados de jade, esmeraldas y rubíes. Ocultos bajo una tupida noche verde, estos tesoros, ignorados testigos de la más brillante civilización del sudeste asiático, parecían estar dormidos para siempre. ¿Quiénes eran esos hombres que, en un tiempo del que no se conserva ni el recuerdo, habían levantado hacia el cielo el orgulloso testimonio de su fe y de su poder? Sus descendientes directos son los camboyanos, a quienes los franceses devolvieron, en 1896, esta tierra de sus antepasados ocupada desde hacía siglos por sus vecinos los siameses. La Escuela Francesa de Extremo Oriente devolvió al mundo la mayor edificación sagrada y una capital que encierra incontables maravillas.

Los Khmer habían establecido su capital en las cercanías de Angkor desde el s. IX, pero fue Jayavarman VII (muerto hacia 1220) quien fundó la «Gran Ciudad» Angkor-Thom que rebasaba el millón de habitantes, y quien promovió un extraordinario programa de construcciones realizado por millares de esclavos procedentes de sus expediciones guerreras. Durante dos siglos, el reino Khmer resistió las embestidas de sus turbulentos vecinos, los *thai* de Siam. La capital, demasiado amenazada, tomada y saqueada varias veces, fue abandonada por el rey Suryavarman que trasladó su capital, a principios del siglo XV, a la actual Phom-Penh. Y la jungla se posesionó de las edificaciones asfixiando bajo su sudario a la arrogante capital. Angkor entraba en la leyenda Khmer como el símbolo del imperio perdido en el sudeste asiático. ¿Qué hada iba a despertar a esta bella durmiente?

El arqueólogo nos descubre así, paulatinamente, los secretos ocultos en la selva o bajo la arena. Excavando las colinas de los alrededores de Mosul, Botta descubrió el palacio de Khorsabad y el poder asirio; excavando la colina de Iserlik, Henri Schliemann hizo revivir ante nosotros el fasto de la ciudad de Príamo; penetrando en lo más profundo de las selvas de Honduras, Stephens descubrió la ciudad maya de Copán. Las civilizaciones perdidas van recuperando así su lugar en el gran libro de la historia como otros tantos eslabones que faltaban para comprender la vida de la humanidad.



Mucho más reciente que la civilización de Tassili, e incluso que algunas culturas americanas, es la civilización Khmer. Durante muchos siglos no se ha sabido nada de ella. Hace unos pocos años, los arqueólogos encontraron, cubiertas de bejucos y árboles, las suntuosas edificaciones de Angkor Vat y Angkor Thom. La foto nos muestra uno de los templos de esta ciudad que hoy día es un monumento muerto pero que en otro tiempo fue una gran capital. (Foto E. Haas-Magnun.)



JACQUES GERNET

la civilización china

La aparición del bronce en el seno de las culturas neolíticas que ocupaban las llanuras y los valles del curso medio del río Amarillo, a principios del segundo milenio, señala el nacimiento de la civilización china, acontecimiento que se produjo — con un siglo de posible error — alrededor del año 1700 antes de nuestra era. Desde entonces hasta nuestros días, no puede negarse la existencia de la evolución en esta parte del mundo y debemos rechazar la idea, tan corriente, del inmovilismo del mundo chino. Relacionamos con las principales etapas de su evolución histórica todo aquello que puede afirmarse respecto a su civilización, que puede considerarse precoz en el tiempo y en la calidad.

DESDE sus orígenes, entre los siglos XVII y XV, la civilización de la China arcaica fue enriqueciéndose con un conjunto de técnicas superiores; el carro tirado por caballerías, una sabia arquitectura, la escritura, el calendario... Entre los siglos XIV y XI, el arte del bronce conoció una perfección aún no superada. En esta civilización evolucionada, formada por ciudadanos, guerreros, cazadores, ganaderos y fundidores de bronce, la agricultura estaba poco representada; selvas y pantanos cubrían la mayor parte de los territorios donde se fundaron las primeras ciudades chinas y su medio natural, de clima húmedo y cálido, y de exuberante vegetación, estaba poblado por una fauna extraordinariamente rica. Durante toda la Edad del Bronce (aproximadamente entre los años 1700 y 500 antes de nuestra era), la destrucción de la fauna, la progresiva deforestación y el aumento de la población humana, modificaron paulatinamente sus condiciones naturales, sociales y económicas y a medida que avanzaba este proceso la agricultura adquiría importancia y el elemento rural se desarrollaba.

Paralelamente se produjeron otras transformaciones; desde sus orígenes, cada ciudad amurallada era un núcleo de civilización rodeado de muy diversas poblaciones bárbaras (recolectores, agricultores seminómadas, pescadores) que fueron asimiladas paulatinamente en el transcurso de la historia. Las condiciones geográficas y el medio humano peculiares a cada región de la inmensa China, desde los desiertos de Mongolia hasta las zonas montañosas de la China meridional y de las cumbres perpetuamente nevadas del Set-Chuan a las húmedas llanuras del bajo Yangtsé, justifican la formación de culturas chinas originales en las regiones que agruparon a la civilización del bronce, así como la constitución de extensas unidades regionales, intervenidas por las ciudades más poderosas y nos explican, asimismo, las luchas que, desde fines del siglo VIII, se entablan entre los reinos rivales, casi extranjeros entre sí, pese a su origen común.

Las encarnizadas guerras que se prosiguieron casi ininterrumpidamente hasta fines del siglo III a. J.C. tuvieron capitales consecuencias, ya que al incitar el desarrollo sistemático de los recursos agrícolas y del poderío militar, prepararon el robustecimiento del poder central y originaron las estructuras administrativas, provocando así la ruina del antiguo orden nobiliario y la profunda alteración de las tradiciones arcaicas. Alrededor del año 500 de nuestra era, dos acontecimientos técnicos favorecen poderosamente esta transformación del mundo chino, acelerándola decisivamente: de una parte, el desarrollo de la infantería (el soldado-agricultor sustituye al noble y a su carro) y, de otra, la difusión de la técnica de fundición del hierro posibilita la producción masiva de herramientas para roturar la tierra y para los grandes trabajos de acondicionamiento del suelo. La unificación moral y técnica del mundo chino, alcanzada por las guerras de los siglos IV y III, parecen desembocar lógicamente en la fundación del imperio y de su unidad política, en el año 221 a. de J.C., como consecuencia final de la evolución anterior. Desde entonces, China se nos aparece como un vasto y conservador imperio agrícola de estructuras estáticas; la evolución técnica, económica, social e intelectual del mundo chino no se completó con la fundación del imperio; en realidad, todavía continúa en nuestro tiempo.

Contemplada desde nuestra posición extremo-occidental, China parece haber vivido en un aislamiento casi completo. Efectivamente: al oeste y suroeste, estaba separada de las otras grandes civilizaciones asiáticas por enormes masas mon-

Alto relieve del s. VI d. de J.C. que representa a un músico chino. (Foto MTA.)



En los confines de la historia y de la leyenda, Lao-Tsé escribió el Tao-tö king *(s. VI), del cual nació el taoísmo. (Museo Guimet, foto MTA.)*

tañosas; estepas y desiertos la limitan al norte y noroeste; la China meridional, montañosa e insalubre, fue muy lentamente conquistada a lo largo de la historia. Las comunicaciones marítimas eran difíciles; los chinos que alcanzaron por mar los demás países asiáticos, tuvieron que enfrentarse con los océanos, lo mismo que persas, árabes, coreanos y japoneses que arribaron a la China meridional o a la región del bajo Yangtsé. Pese a las distancias y a los peligros de toda índole, los intercambios entre el mundo chino y las demás regiones asiáticas se mantuvieron por vía marítima y, principalmente, por las rutas caravaneras continentales. Incluso desde la prehistoria, la arqueología atestigua la existencia de influencias muy lejanas. El núcleo primitivo de la civilización china se halla enclavado en una zona muy fértil que, al mismo tiempo, es un importante cruce de caminos hacia la China del sur y el Asia sudoriental, hacia la región del lago Baikal, al extremo norte de Asia e incluso, por el estrecho de Bering, hacia las costas noroccidentales de América del Norte y, final y principalmente, hacia el Turquestán y las regiones situadas entre el mar Caspio y la India del noroeste. Bajo el imperio, China mantuvo muchos contactos con los pueblos sedentarios de los oasis de Asia central, con los partos, la Bactriana, Persia y con los mundos indio e islámico. Es obvio que también mantuvo relaciones con los restantes pueblos de Asia oriental: tibetanos, coreanos, japoneses, vietnamitas, thais, chams y Khmers.

A partir del final del siglo IV antes de J.C., estuvo en contacto permanente con los pueblos nómadas ganaderos que, en la zona esteparia que se extiende desde los Urales hasta la llanura manchú, establecieron reinos más o menos permanentes. Mantuvo con éstos relaciones muy complejas, de orden militar o económico — compra de caballos pagados con piezas de seda — y, como resultado de estas relaciones, una zona de variable extensión, entre nómada y agrícola, estuvo ocupada por pueblos que combinaron a los dos grupos antitéticos y complementarios. Las aristocracias nómadas experimentaron una profunda atracción por la civilización china y, en sentido inverso, China, especialmente la del norte, resultó netamente influida por las culturas de la estepa, como lo confirma su música, su poesía, sus artes figurativas y sus técnicas (formas de combatir, equipo, vestido, cocina).

Los grandes hitos de una larga historia

Evoquemos ahora los principales rasgos de una historia rica en trastornos que son inseparables de la evolución de la civilización china:

— La expansión del imperio Han por Asia central — alrededor del año 100 a. de J.C., cuyo objetivo consistía en debilitar la amenaza de los hunos y que originó una oleada de intercambios culturales.

— Las invasiones bárbaras de principios del siglo IV de nuestra era y la formación de dinastías de raíz nómada, que se sucedieron en China del norte hasta fines del siglo IV, desde cuya época comienza a perfilarse la oposición entre la China del norte, que debe mucho a las tradiciones y a los aportes étnicos de la estepa, y la China del sur, ilustrada y mercantil. En este momento se introduce el budismo en China y con él, la influencia de la India y la de los países budistas del centro de Asia, cuya influencia se acrecentará después de la unificación operada a fines del siglo IV y con la expansión del imperio T'ang hasta Cachemira, en los siglos VII y VIII. Al renovar la visión del mundo que tenía China, esta influencia dejará una huella duradera.

— En los siglos X y XI, en la zona de las estepas se constituyen potentes reinos bárbaros que se instalan en la China del norte, a partir de los comienzos del siglo XIII, coincidiendo con un desarrollo sin precedentes de la China del bajo Yangtsé y del Seutch'uan. La región de Nankín-Hangcheu se convierte, desde este momento y hasta una época aún reciente, en el centro económico e intelectual de China. La conquista mongólica de las provincias meridionales, en 1260, interrumpe este desarrollo.

—Agotada por las guerras del final del período mongol, China consagra los últimos años del siglo XIV a la restauración de su imperio y a la reconstrucción de su economía. En la aurora del siglo XV, anticipándose en algunas décadas a las naciones occidentales, realiza grandes expediciones marítimas que alcanzan el Oriente Medio y Africa oriental pero, muy pronto, China se encierra en sí misma y el imperio se convierte en un estado autocrático donde reina el conformismo moral. Las incursiones de los piratas japoneses, la amenaza manchú y la corrupción de los organismos administrativos — a fines del siglo XVI y a principios del XVII — preparan una nueva dinastía: los Manchúes.

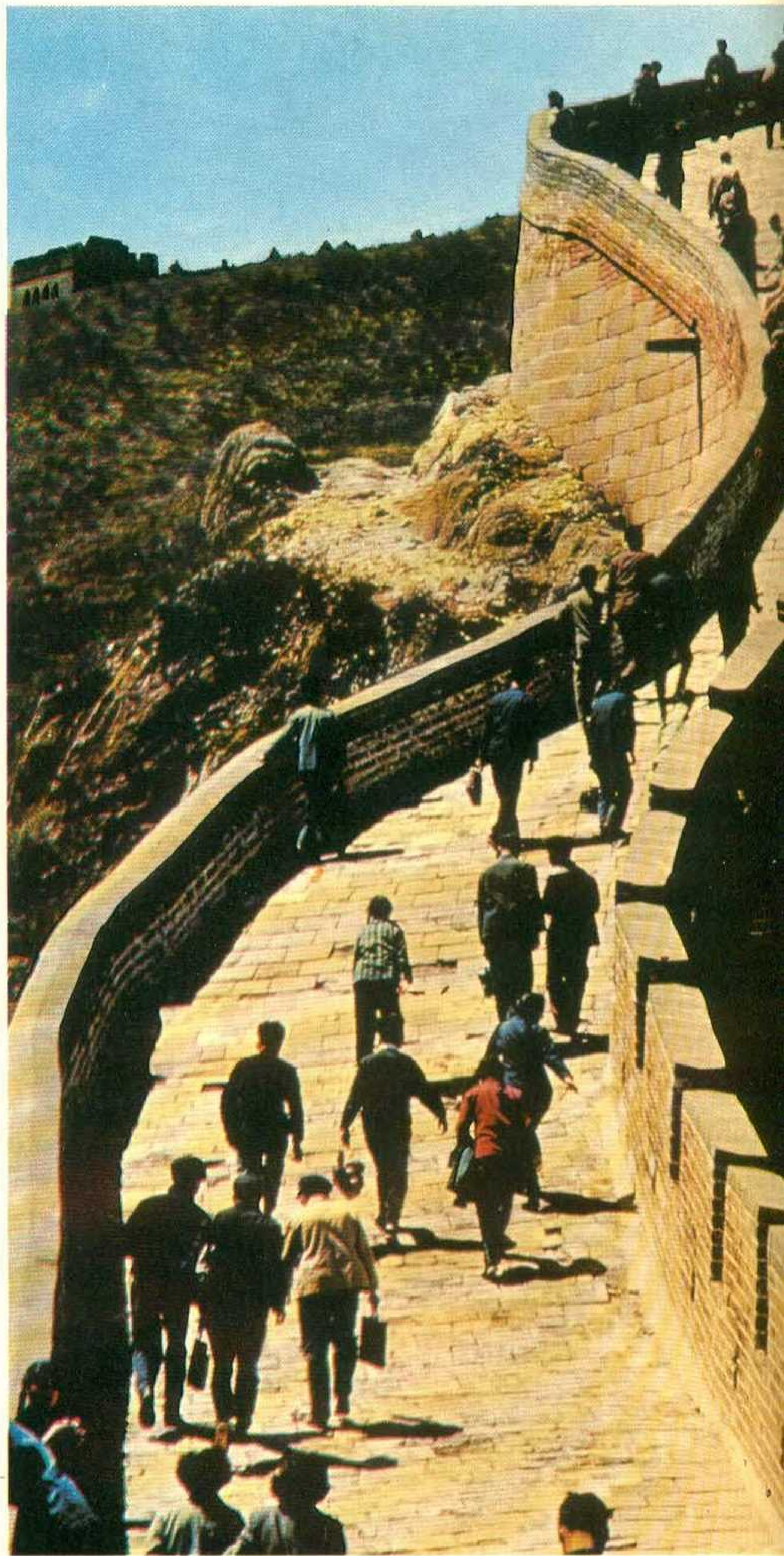
— La intervención armada de las potencias occidentales, mediado el siglo XIX, provoca a su vez, el hundimiento de esta dinastía. La crisis moral y política que se abre por esta intromisión de Occidente, de sus armas, de sus técnicas, de su pensamiento, parece finalizar con la instauración de la República Popular, en 1949.

Logros técnicos y políticos

Tras este breve bosquejo histórico, suficiente para ilustrarnos sobre la complejidad — contrariamente a una opinión muy extendida — de la civilización china, será reveladora su comparación con las civilizaciones occidentales.

Aun cuando remotas y diversas influencias actuaron sobre el desarrollo de la civilización china y si bien conoció también rupturas y renovaciones, la historia de China ofrece mayor continuidad que la de occidente, relativa continuidad que dificultó los redescubrimientos y la lenta maduración que se operaron en Europa en la edad media griega, comprendida entre la caída del imperio micénico y la época de Homero, en la Edad Media occidental y en el Renacimiento. A causa de su carácter continental, el mundo chino ha conocido menor diversificación en sus cercanías; las civilizaciones de Oriente Medio para Grecia, las diferentes invasiones indoeuropeas, el mundo árabe, los cristianos de Roma y de Bizancio... Por el contrario, en relación con China, los nómadas de la estepa representaron culturas inferiores y los vecinos inmediatos de China recibieron de ella más de lo que a ella dieron; de ello se deriva el convencimiento de los chinos de ser los depositarios de la única civilización.

Desde la época helenística hasta nuestro Renacimiento, China fue, indudablemente, el país más moderno, rico y populoso del mundo y sus técnicas de producción artesana y agrícola, así como los medios de transporte, las instituciones y los conocimientos científicos tuvieron franca superioridad sobre los de Occidente. Riqueza y densidad de población tan precoces, vienen explicadas por la aparición de la técnica de la fundición del hierro, que se dio en China 1.600 años



Construida en el s. III a. de J.C., la Gran Muralla sigue siendo todavía en la actualidad una de las más monumentales y prestigiosas muestras del arte arquitectónico de Asia. (Foto René Burri-Magnun.)

antes que en Europa, por la orientación esencialmente agrícola de su economía y por la organización administrativa del imperio. Los países occidentales europeos, en los que abundan las tierras incultas y los terrenos de pastos, comparados con las grandes llanuras chinas, están muy débilmente poblados, son pobres y económicamente atrasados. Además, los centros comerciales y de civilización se encuentran dispersos en torno a la cuenca mediterránea, mientras que China, cuya unidad política data de fines del siglo IV a. de J.C., pese a su diversificación regional aparece como masa imponente, con un solo límite. La organización del espacio está en China mucho más adelantada; grandes canales de riego y de transporte, gran red viaria, sistema de relevos de etapas y de correos, administración centralizada que cubre un territorio aproximadamente igual a las dieciocho provincias de la China actual (más de ocho veces la superficie de Francia), sin contar las poblaciones exteriores, variables a lo largo de su historia. Por añadidura, el Estado dirige la economía, puesto que interviene la moneda, las reservas de cereales y de tejidos y, generalmente, la producción de sal y de hierro.

No obstante, el estatismo del imperio chino está atemperado por la propia extensión de su territorio. Es evidente que China, en relación con los países modernos, es un país subadministrado y esto supone una relativa autonomía rural y una concepción bastante flexible del gobierno, lo que no excluye un rigor extremo en caso de desórdenes locales; en definitiva, el orden general se basa en la célula familiar y en las agrupaciones aldeanas y corporativas. Los funcionarios imperiales — los más inferiores de los cuales administran, casi solos, un territorio de unos 3.000 km² — se eligen en función de su moral y cultura; su prestigio personal, su conocimiento de los hombres y su sentido común, importan más que sus conocimientos técnicos y jurídicos; no existe el derecho privado, ni los medios que permitirían su aplicación; los desórdenes graves obedecen a causas económicas, tales como las catástrofes naturales, el exceso de servicios o de impuestos, el acaparamiento de las tierras por los ricos, causas éstas que provocaron rebeliones locales que, a veces, extendiéndose como una mancha de aceite, han derribado dinastías.

Por otra parte, la corte, en la que se reúnen todas las administraciones centrales, es igualmente el lugar donde se ejercitan con mayor eficacia las influencias extrañas a los intereses del Estado. Emperatrices, concubinas, parientes, eunucos, comunidades budistas, todos buscan incrementar sus privilegios y formar sus clientelas. El peligro de las conjuras y de las usurpaciones ha sido constante a lo largo de toda la historia.

Como quiera que no existe la nobleza verdaderamente hereditaria, podemos considerar que la sociedad china, bajo el imperio, está formada por dos clases sociales: una minúscula clase dirigente, que se define por cierto bienestar económico y por las tradiciones culturales (bienestar y cultura, de hecho, pero no de derecho, eran inaccesibles a las gentes del pueblo) y otra clase, en la que se incluye a las masas populares. Pese a los recíprocos intercambios hay que distinguir en China, en todos los campos del pensamiento y de la acción, un nivel cultivado y otro popular, que se extienden al idioma, las costumbres, las artes, la literatura, las creencias y las prácticas religiosas.

No obstante, incluso para las masas populares, el tipo humano ideal no es ni el orador, como en nuestra antigüedad clásica, ni el guerrero, como en nuestra Edad Media, sino el funcionario ilustrado, es decir, un hombre que siente vocación por el ejercicio del poder a causa de su cultura humanista; si el prestigio de las letras y de la escritura ha sido tan alto en China, se ha debido a la constitución política y social del imperio.

Los cuadros del pensamiento

Las formas sociales y políticas características del mundo chino y la misma forma en que desarrolló sus modalidades de producción son la causa de formas de pensar y de actuar, bastante distintas de las que nos son familiares.

Mientras que Grecia, desde la época de la *ciudad-estado* elabora el concepto de lo sobrenatural, separando lo divino del mundo de los hombres y creando las ideas puras y la geometría, el concepto de semejante oposición entre la naturaleza y lo sobrenatural es completamente desconocido por los chinos. La moral china no está relacionada con el mundo divino, sino con el humano, y su concepción está acorde con un orden cósmico estable; es una moral laica que ignora el imperativo absoluto y se deriva de las necesidades de la vida en sociedad, adquiriendo, en un sentido, mayor racionalismo que en nuestras civilizaciones occidentales. Mas, como quiera que lo divino se confunde con el orden natural, del cual emana, los chinos no pudieron formarse una noción de ley divina, exterior al hombre y, en consecuencia, tampoco pudieron adquirir la noción de ley del mundo físico. Por el contrario, las nociones de modelo e influencia — tanto en el terreno físico como en el moral — recibieron en China el mayor desarrollo; el ciclo de la vida vegetal, con sus fases de crecimiento, madurez, decadencia y reconstitución, ha impresionado profundamente el pensamiento chino y precisamente del mundo de las plantas, mucho más que de las actividades que requieren la intervención directa del hombre — ganadería, doma de animales, esclavitud — es de donde tomaron los chinos sus formas de pensar, explicándose así determinadas orientaciones de las ciencias y técnicas que les son propias, así como el hecho de que los chinos intuyeran muy pronto ciertas nociones y conceptos que la lógica y la ciencia moderna no han podido formularse hasta muy recientemente, como es el caso de la noción de totalidad. Los chinos sintieron vivo interés por los fenómenos a distancia — los conocimientos magnéticos son muy precoces en China — por las ondas acústicas y sísmicas; el primer sismógrafo es chino y se remonta al 132 d. de J.C.

La constitución política del imperio estimuló muy pronto a los chinos a interesarse por los problemas de gestión



Impreso con caracteres de madera en el año 868 de nuestra era, la Sutra del Diamante es el más antiguo documento que merece el nombre de «libro». Vemos aquí el frontispicio de este libro que representa a Buda hablando a su discípulo Subhûti que está arrodillado. (Foto Brit. Museum.)

económica y por las invenciones útiles al incremento de la producción. También les inclinó hacia la medición y anotación de los fenómenos, aun sin tener conocimientos geométricos demasiado sólidos, pero auxiliándose con medios algebraicos; por ejemplo, desde la época de los Song (s. x-xiii) la cartografía china alcanza una precisión que occidente rebasará únicamente en los tiempos modernos.

En contrapartida, las cortapisas impuestas al libre comercio, el apego a las fórmulas ya conocidas y el conformismo moral, ahogaron en China el espíritu competitivo y de empresa; el carácter cada vez más autoritario del imperio chino, a partir de los Ming (siglos xiv al xvii) debía acentuar estas tendencias que, conjuntamente con la rigidez de una economía basada excesivamente en la agricultura, son una de las causas del relativo estancamiento del mundo chino en la reciente época en que Occidente, en su repentina expansión comercial e industrial, entró en contacto con él.

Podemos preguntarnos muy justamente si la evolución producida en Occidente desde fines de la Edad Media, hubiese sido posible sin la aportación de determinadas técnicas chinas, trasmitidas por el Islam, pues no faltan los ejemplos de mutuas influencias entre los dos extremos del continente eurasiático. ¿Quién afirmaría que el desarrollo de Europa habría sido tan rápido sin los inventos chinos? Nos equivocaríamos si creyésemos que China es ajena a nosotros.

Quizá nos equivocásemos también si pensáramos que ya se ha dicho la última palabra, cuando nuestras ciencias y técnicas están conquistando el universo. Esto no es más que un fenómeno muy reciente que dejará subsistir diferencias muy profundas; Extremo Oriente ha conocido un desarrollo histórico tan diferente del nuestro y los puntos de contacto en el pasado son tan escasos, que llegará un día en el que occidente constatará, con estupor, que ha convertido al mundo nada más que en apariencia.



MARGUERITE-MARIE DENECK



la civilización hindú

La civilización hindú nació y se desarrolló en una región de clima tropical que, si bien constituye una unidad geográfica, comprende regiones muy diferenciadas; los montes Himalaya, con las más altas cumbres de la Tierra, las vastas llanuras del Indo y del Ganges, la meseta del Deccan que está limitada al oeste por las crestas de los Ghat occidentales y que desciende suavemente hacia el este. Todas estas regiones caen bajo la influencia del mismo fenómeno climático, el monzón, del que depende la vida, ya que las violentas lluvias que lo caracterizan, fertilizan el suelo y alimentan los ríos; al monzón sucede una prolongada sequía durante el invierno y la primavera. En este universo el hombre se siente sometido a los elementos y sabe que no los puede dominar; por consiguiente, no tiene nada de sorprendente que su mente haya dado forma a una concepción filosófica tan distinta de la concepción occidental.

Aproximadamente entre los años 1500 y 800 a. de J.C., germinó la civilización hindú en la llanura indogangética y fue obra de los asirios, invasores indo-europeos procedentes de la meseta iraní que bajaron por los pasos del noroeste, por donde se precipitarían luego todas las invasiones que soportaría la India.


Al principio, se instalaron en el valle del Indo y, presumiblemente, fueron la causa de la desaparición de las ciudades allí establecidas desde hacía un milenio y que eran el testimonio de una civilización protohistórica caracterizada por un urbanismo muy desarrollado. Paulatinamente, los asirios fueron sometidos a las poblaciones autóctonas o las empujaron hacia el Deccan y las regiones montañosas, alcanzando finalmente el valle del Ganges, a cuya parte occidental dieron el nombre de Aryavarta (tierra de los arios).

El vedismo, ejemplo de tradiciones

Su civilización, eminentemente agrícola y patriarcal, continúa viviendo en sus grandes líneas por la adhesión que sienten los hindúes por la tradición y es conocida con el nombre de vedismo, palabra derivada del nombre de sus libros sagrados, los *Veda* (la sabiduría por excelencia). Estos libros, tardíamente escritos, se transmitieron oralmente durante mucho tiempo y son el fundamento de las concepciones hindúes. La sociedad védica, de régimen monárquico, se cimentaba en la familia, cuya vida estaba regida por el ritual doméstico y centrado en el fuego (agni). La principal ocupación de esta sociedad era la agricultura, pero también el comercio y la artesanía estaban representados en ella. Su religión era un panteísmo basado en una complicada mitología en la que los sacrificios rituales ocupaban un destacado lugar, lo que justifica el preponderante papel de los sacerdotes (brahmanes), la primera entre las clases dirigentes, colocada delante incluso de los guerreros (kshatriya). Ambas clases sociales originaron el sistema de las castas, compuesto por la de los hombres libres (vaisya) y la de los esclavos (sudra). Al principio, el sistema no tenía la rigidez que alcanzó con el tiempo y, probablemente, era uno de los medios de defensa de los arios contra autóctonos y extranjeros, ya que la palabra casta (varma) significa «color», deduciéndose que los arios, de tez clara, se oponían a los no arios (dasa) de piel oscura; todo esto encajaba perfectamente en las preferencias codificadoras de los hindúes.

Verosímilmente puede asegurarse que, alrededor de los siglos VII-VI a. de J.C., aparecieron los Upanishad (lecciones esotéricas) en las que se contenían, simultáneamente, las nociones de alma individual (atmán) y de alma universal (brahmán), así como la idea de su identidad de raíces. Los principios filosóficos que de ellos derivan se han mantenido en la India hasta nuestro tiempo; el *atmán* busca su fusión con el Todo divino (brahmán), pero se halla encadenado a consecuencia de sus actos (karman) — por los actos rituales, sobre todo — pero sólo puede alcanzar el estado de liberación (moksha) a través de cierto número de reencarnaciones, en cuyo transcurso agota la totalidad de su *karman*. Así se justificaba la desigualdad de las castas; nacer en las elevadas (brahmanes y kshatriya) era privilegio de quienes estaban más cerca de la liberación.

Este Buda del s. IV certifica la influencia romana en la India. (M. Guimet, foto MTA.)



En este mismo siglo VI, cuya importancia fue tan grande desde el punto de vista cultural y religioso, se fundaron dos nuevas religiones como reacción contra el implacable rigor de los brahmanes, que dejaban abandonados en su estado desesperado a los individuos situados en la última fila de la escala social. Ambas religiones fueron fundadas por un miembro de la casta de los guerreros; la primera, el jainismo, está basada en un panteísmo que abarca a la naturaleza toda, apoyándose especialmente en la no violencia (ashima) y en la prohibición de dañar a cualquier clase de vida. La otra, el budismo, busca remedio al sufrimiento humano en un camino que le permita salir de la ininterrumpida cadena de las sucesivas existencias (samsara) y, habiendo constatado la inutilidad de los excesos de austeridad, propone una vía intermedia basada en la caridad y en la compasión hacia todos los seres.

El orden político y moral

Una de las características de la civilización indostánica consistió en su propia capacidad para adoptar y asimilar perfectamente las influencias de las culturas extranjeras con las que entró en contacto. Darío estableció su soberanía en el valle del Indo en el año 518 a. de J.C. y por espacio de dos siglos se mantuvo como satrapía del imperio persa. La India estableció contacto con la civilización iraní y por su mediación conoció las culturas de Babilonia y Grecia. Como consecuencia de la expedición de Alejandro Magno (326-325), la influencia griega debía reforzarse con la fundación de reinos indo-griegos (Kapisa y Gandhara) en el noroeste de la India. La influencia persa en el imperio autóctono de los Maurya, era evidente; fundado a finales del siglo IV a. de J.C. por Chandragupta — el Sandrakottos de los textos griegos — originario de Magadha (actual Bihar meridional), debía llegar a su apogeo bajo el reinado de Asoka (alrededor de los años 261 a 227 a. de J.C.) que extendió su soberanía a toda la India, salvo el extremo sur. Asoka contribuyó a la propagación del budismo y se convirtió, pero no por ello dejó de proteger a las demás sectas. Mandó esculpir sus leyes en rocas y estelas diseminadas por todo el territorio y gracias a ellas conocemos sus principios, radicalmente indostánicos — que personificaban en el rey el orden social, político y moral —. La unidad política, raro fenómeno en la historia de la India, desapareció con Asoka, pero la cultura, especialmente las artes, conservó un alto nivel durante las dinastías Sunga (176-164? a. de J.C.) y Kanya (64-50? a. de J.C) que sucedieron a los Maurya, como se pone de manifiesto por los monumentos budistas de la época, que fueron los primeros edificados con materiales duraderos, pues las construcciones anteriores eran de madera.

Desde entonces, la vida de las clases rectoras se distribuye en los tres estados por los que debe pasar una existen-

Estos alto relieves, procedentes de la India del noroeste, datan del s. III d. de J.C. y representan escenas de la vida de Buda en un estilo tan incisivo como el de nuestras catedrales. (M. Guimet, foto MTA.)

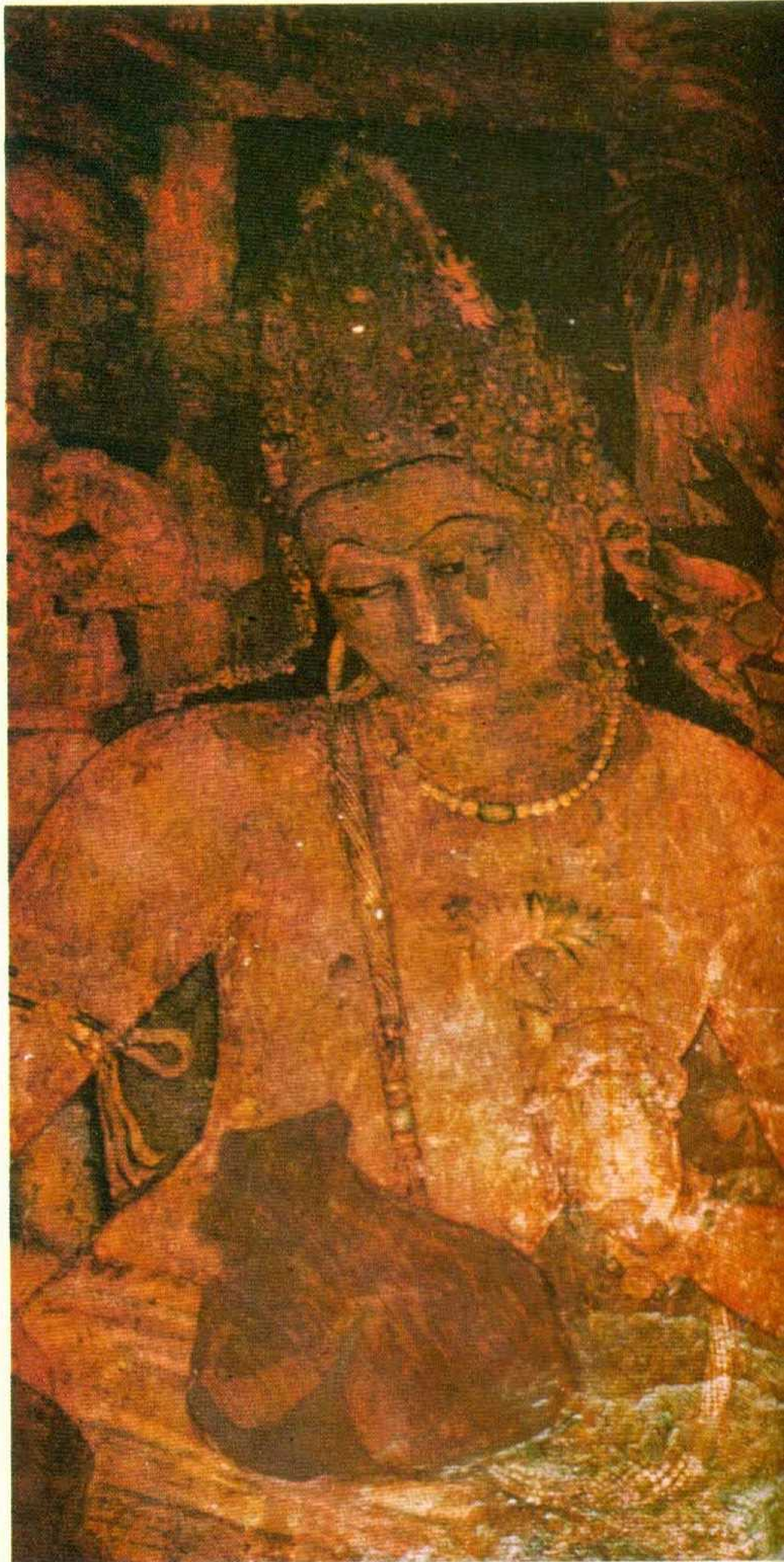
cia ideal; estudiante (brahmacharin) al principio, cabeza de familia después y anacoreta cuando llega a la vejez; el estado más honroso es el de samnyarsin, asceta nómada y mendicante, representado en la India contemporánea por el sadhu, cuyo prestigio es aún muy considerable. En el ritual doméstico, el culto al fuego se transformó en la adoración al sol naciente. La vida económica, que seguía basada en la agricultura, se modificó al desarrollarse el comercio y la industria; en las relaciones comerciales con los países vecinos se utilizaba indistintamente la navegación por mar y el traslado de mercancías por las rutas terrestres.

Casi coincidiendo con la era cristiana, el vedismo evolucionó hacia el brahmanismo, disminuyendo la importancia del sacrificio ritual, sustituido por un acto de adoración (pujá) que, a su vez, tuvo como consecuencia la materialización de las divinidades, creando el culto a las imágenes. La mentalidad india, al perseguir la unidad dentro de la multiplicidad, subordinó a los dioses secundarios incorporándolos al culto de las grandes divinidades, que también absorbieron el culto a los dioses locales.

Así fue como Indra, rey de los dioses, Visnú y Siva, adquirieron su preeminencia y más tarde este esfuerzo unitario tenderá en la Edad Media hacia el monoteísmo; Visnú para sus fieles y para los suyos Siva, terminaron por ser considerados como la divinidad suprema, objetivo al que debía aspirar cualquier individuo para alcanzar la liberación. Tres caminos diferentes conducían a ese objetivo: el conocimiento espiritual (jñana), el ascetismo (yoga) o el amor místico (bhakti). El *karma* dejó de ser un acto ritual para convertirse en el acto «nacido del pensamiento, de la palabra o del cuerpo». La vida estaba totalmente ligada a la religión y todo acontecimiento, público o privado, iba acompañado del ritual apropiado.

El sánscrito, idioma del pensamiento

El empuje de los hunos en Asia central provocó importantes movimientos de pueblos y en los confines noroeste de la India se presentaron los escitas, primero, y luego los kushana; estos últimos fundaron en el norte de la India un imperio que sostuvo frecuentes contactos con partos y chinos. El más conocido de los emperadores kushana, Kanishka, reinó, aproximadamente, a mediados del siglo II de nuestra era; las fechas son imprecisas, ya que la historia, entendida como ciencia, es ajena al espíritu indio y la cronología antigua debe establecerse por comparación con hechos conocidos, ocurridos fuera de la India. Como pasó con Asoka, va-



Las pinturas murales de las grutas sagradas de Ajanta, en el Estado de Hyderabad, figuran entre las obras maestras, no ya del arte indio, sino del arte mundial. Algunos de estos frescos son anteriores a nuestra era, otros son de los s. V y VI, es decir, del gran período del arte indostánico. La pintura reproducida, de delicados tintes, representa a Boddhitsava, conocido también como el joven Buda. (Foto Viollet.)

rios siglos antes, Kanishka desempeñó un importante papel en la propagación del budismo, al que también se convirtió sin dejar de proteger al brahmanismo y al jainismo. El período Kushana fue una época de florecimiento y según parece, entonces se fijaron por escrito las narraciones de las vidas anteriores de Buda (Jataka) y las dos grandes epopeyas, el Ramayana y el Mahabharata. En la segunda se inserta la Bhagauad-Gita, uno de los más bellos textos de la literatura india, siempre leído y meditado por los indostanos cultos, que enseña la doctrina de la bhakti, es decir, del amor místico. Por esta época, el sánscrito, que hasta entonces había sido la lengua de la religión, se convirtió en el idioma literario y científico, probablemente a consecuencia de las invasiones, que obligaron a hallar un medio de expresión común a toda la India. El contacto con las concepciones extranjeras, llegadas a través de las rutas que seguía el comercio, cuyo desarrollo se beneficiaba en aquellos momentos de las relaciones diplomáticas, religiosas e intelectuales con los demás países limítrofes, hicieron que la India adquiriese plena conciencia de su propia cultura. Paralelamente a la evolución del brahmanismo, el budismo se transformó, adquiriendo tendencias universales, dejando de ser una moral para convertirse en una filosofía. Desde el siglo II fueron posibles dos caminos para alcanzar la salvación: el primero de ellos, fiel al budismo primitivo, tal como lo predicó el propio Buda, era el Hinayana o Pequeño Vehículo; el segundo, Mahayana o Gran Vehículo, se formó poco a poco; con mayores matices, introdujo en el panteón una serie de Budas abstractos, siendo muy importantes, Amitaba «Luz infinita», Amitayus «Duración infinita» y, sobre todo, los Bodhisatva, seres sumamente caritativos, cuyo culto adquirió creciente importancia al correr de los siglos y que, estando a punto de recibir la revelación espiritual (nirvana) y salir del círculo de las existencias, aceptan prolongar la suya para consagrarse a la salvación del mundo. Desde el punto de vista artístico, este período se caracteriza por la aparición de la imagen de Buda, cuya presencia hasta ese momento se sugería por medio de símbolos. Tal vez esta aparición se deba a influencias helenísticas, ya que en la escuela de Gandhara, en el noroeste, conocida también como escuela greco-budista, la imagen de Buda se representa con trazos apolíneos, siendo más autóctonas las imágenes de la escuela de Mathura, en el norte, lo mismo que en la de Amaravati, en el sudeste, tercer gran centro cultural indostánico de aquellos momentos, correspondiente al reino dravídico de los Andhara, que floreció en los siglos II y III.

Los bajo relieves que decoran los monumentos demuestran que la vida social continuó como en las épocas anteriores; las corporaciones se desarrollaron, convirtiéndose en subcastas; las fundaciones religiosas aumentaron su importancia; las universidades eran conjuntos de construcciones que solían levantarse en el campo y en las que además de los monjes, profesores y estudiantes, habitaban gentes laicas y que, al mismo tiempo, eran lugares de peregrinación. Sus características ya eran las de las asrama actuales, de las que es muy conocida la de Santiniketan «La Morada de la Paz», fundada por Rabindranath Tagore en 1921.

El reino del pensamiento

En el siglo IV de nuestra era, con la dinastía nacional de los Gupta, originaria como los Maurya, de Magadha, la India conoció otra unificación que duró hasta el siglo V. En todos los aspectos, fue un período brillante, verdadero apogeo de la cultura india y su irradiación sobrevivió a los Gupta; de nuevo, el orden social y político se centraba en la persona del rey, asistido por una asamblea o por un consejo privado y auxiliado en la administración del país por numerosos funcionarios. La economía seguía basándose en la agricultura y el comercio y ambas actividades se revitalizaron. La vida social también seguía basándose en la familia, entendida con el mismo concepto romano, formando parte de ella los servidores, esclavos y la clientela. La mujer, si bien se mostraba poco en público, ejercía algunas veces gran influencia como consejera de su esposo, pero en el caso de enviudar estaba condenada a una vida ascética. La literatura estaba dominada por la personalidad de Kalidasa, que con su arte sabio y refinado, sugiere más que expresa, lo que en aquel tiempo se consideraba como si fuese la perfección. La riqueza y el vigor de los sistemas filosóficos, tanto el brahmánico como el budista, certifican la potencia del pensamiento, también patente en el campo científico; tratados de astronomía, de medicina y de matemáticas (el seno trigonométrico y la representación de los números por medio de nueve cifras y cero, son de origen indostánico; estas invenciones pasaron a conocimiento de los árabes en el siglo VIII y ellos las transmitieron a Europa). La escultura se caracteriza por la pureza de formas, la armonía de las proporciones y su espiritualidad, mientras que el sentido monumental se manifiesta en el bajo relieve. Florece la arquitectura rupestre y las grutas se cubren de decoraciones. Las pinturas de los santuarios budistas de Ajanta figuran entre las obras maestras, no ya del arte indio, sino del arte mundial.

La irradiación de la India

La influencia india, que desde el comienzo de la era cristiana jalonó las rutas comerciales, llegando hasta el Asia central y a las regiones del sudeste asiático, vivió una nueva primavera. Su influencia, esencialmente pacífica, se ejercía valiéndose de las relaciones comerciales y de la propaganda budista. Se fundaron Estados inspirados en sus principios, posiblemente nacidos al calor de las factorías establecidas por comerciantes indostánicos, donde los autóctonos adquirieron aquella cultura, adoptándola paulatinamente, sin renunciar a sus características propias. Así nacieron: Fu-nan (actual Camboya) que, en el siglo VI se convirtió en el imperio Khmer; Lin-yi (en la costa oriental de la península indochina) futuro Champá; los Estados de la península malaya e, incluso, los del archipiélago de Insulindia. En todos ellos el sánscrito es el idioma oficial, sus religiones son el budismo y el brahmanismo y sus primeras manifestaciones artísticas son tributarias del estilo gupta. La universalidad del budismo y su sentido misionero facilitaron la lejana propagación de la

cultura indostánica que, con el budismo, llegó a China, Corea y el Japón y, atravesando los oasis del Tarim, alcanzó la Alta Asia, reclutando muchos adeptos; también llegó al Tibet. Los peregrinos extranjeros, especialmente chinos, que llegaban a visitar los lugares sagrados budistas y que aprendían las doctrinas en monasterios y universidades — la más famosa era la de Nalanda, en el Bihar —, contribuyeron a la difusión de aquella cultura.

El universalismo que hizo posible la brillante expansión budista, sería la causa de su desaparición en la propia India cuando el Islam sometió el país al terror, su método de propaganda. Efectivamente, desde el siglo VIII, los musulmanes invadieron las regiones del noroeste y poco a poco conquistaron la tierra sagrada del valle del Ganges; aniquilaron a los últimos soberanos budistas en los primeros años del siglo XIII y destruyeron los monasterios del Bihar y de Bengala, poniendo fin al budismo en su tierra natal, pues no supo sobrevivir a la destrucción de sus focos religiosos. Pero, en cambio, se mantuvo en los países por los que se había difundido, Nepal, Ceilán y el Asia oriental, en los que, paradójicamente, resultó reforzado, puesto que aquellos territorios acogieron a los monjes budistas que allí se refugiaron. En cuanto al brahmanismo, específicamente indostánico, se disimulaba mejor en el orden social y, a causa de su sistema de castas, estaba mejor preparado para resistir al Islam; al hacerse más rígido y estricto, preservó las cualidades íntimas y las tradiciones de la India durante el dominio musulmán y, más tarde, durante la dominación inglesa, desempeñó la misma función.

Las ventajas de la tolerancia

Desde el ángulo político, la historia india tuvo, en el siglo XVI, un tercer período de unidad, pero esta vez la dinastía que ostentaba el poder era extranjera y musulmana; la dinastía mongol, cuyo máximo exponente fue el emperador Akbar (1555-1606) de espíritu tolerante, amante de comparar las religiones, llegó a interesarse realmente por la cultura hindú. En esta época, y mientras en los medios ilustrados se cultivaban los textos persas o sánscritos, según fuesen musulmanes o hindúes sus cultivadores, nació un movimiento espiritual caracterizado por la fusión de elementos de las dos religiones que caló en el alma popular y tomó cuerpo. Los más típicos representantes de este movimiento fueron el poeta Kabir, tejedor de Benarés, y Nanak, fundador de la comunidad de los Sikhs. Este espíritu de sincretismo, patentizado también en algunos monumentos mongoles en los que motivos musulmanes e hindúes se combinan magistralmente en una perfecta unidad, tuvo muy poca duración, pues los sucesores de Akbar volvieron a una ortodoxia islámica más estricta. La decadencia de la dinastía mongol en el siglo XVIII, creó un nuevo período anárquico que explica la relativa facilidad con que se establecieron los ingleses en la India.

La tendencia al sincretismo debía renacer. A comienzos del siglo XIX, el contacto con las ideas europeas motivó una corriente de reforma del hiduismo que preconizaba el retorno a la pureza de los Veda, corriente representada especialmente por el brahmán bengalí Ram Mohan Ray, cuya obra recogió y continuó Debendranath Tagore, padre del poeta Rabindranath Tagore, conocido en el mundo entero y ganador del Premio Nobel en 1913.

Hoy, por el mismo proceso que le hizo posible asimilar las influencias extranjeras a lo largo de toda su historia, la India está en vías, no de occidentalizarse, sino de integrar a su civilización los elementos europeos que le parecen dignos o que juzga necesarios para su progreso. Gandhi es el ejemplo; su actitud de resistencia pasiva y de no violencia (ahimsa) era medularmente india y, si es cierto que para todo el mundo encarnaba la tradición hindú, también lo es que algunas de sus ideas las debía a la educación occidental que había recibido.

El hinduismo, si bien principalmente es una doctrina espiritual, también se ha caracterizado por un extraordinario progreso de la arquitectura civil y religiosa. El maravilloso templo de la playa, en Mahabalipuram, es uno de sus magníficos ejemplos. (Foto Elisabeth Bailly.)





BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGOGICO
CARTAGENA

JACQUES MAQUET

las civilizaciones del áfrica negra

¿Consideraremos como parientes pobres a estas civilizaciones que no han inventado la rueda, ni la escritura? Unas décadas atrás no hubiesen figurado en el inventario del patrimonio humano, pues, ¿en qué consiste su aportación? En esculturas y máscaras que, descubiertas a principios de siglo por asombrados pintores europeos, vieron en ellas un arte fuerte, austero y lozano; en ritmos extraños y pegadizos, que son una de las fuentes del jazz. Estas aportaciones a la cultura no son despreciables, pero, ¿sólo crearon esto? Hoy, sabemos que esa cultura y esa música eran reflejo de instituciones familiares y políticas, de sistemas económicos y técnicos, de creencias religiosas y concepciones de la vida.

CADA sociedad africana — cada grupo organizado de individuos, que viven y trabajan juntos, conscientes de su identidad social — ha elaborado una forma de vida que asegura a la colectividad la supervivencia y, a sus individuos, poder llevar, desde el nacimiento hasta la muerte, una existencia equilibrada y plenamente humana. Estas sociedades, muy numerosas al sur del Sahara, se estiman en casi un millar y cada una posee una herencia espiritual propia. En esta variedad de culturas, las similitudes y diferencias permiten la delimitación de cinco grandes grupos de civilizaciones en el Africa tradicional, la que existió hasta que la colonización del interior del continente introdujo los gérmenes de una sexta civilización: la de la industria.

El año 1885 se firmó el tratado de Berlín. Las potencias europeas establecieron los normas para el reparto del Africa negra, precedente diplomático de la colonización política; por esta razón, lo tomamos como punto temporal de referencia para nuestra descripción de las cinco civilizaciones negras. Aun cuando nos sea posible localizar en el mapa sus áreas geográficas, estas civilizaciones no se justifican únicamente por las diferencias que presentaban entre sí los medios naturales en que florecían: al fenómeno natural, a lo que le rodea, hay que añadir la técnica como fenómeno cultural. Todos estos sumandos dirigen la producción de bienes, fundamento de toda civilización.

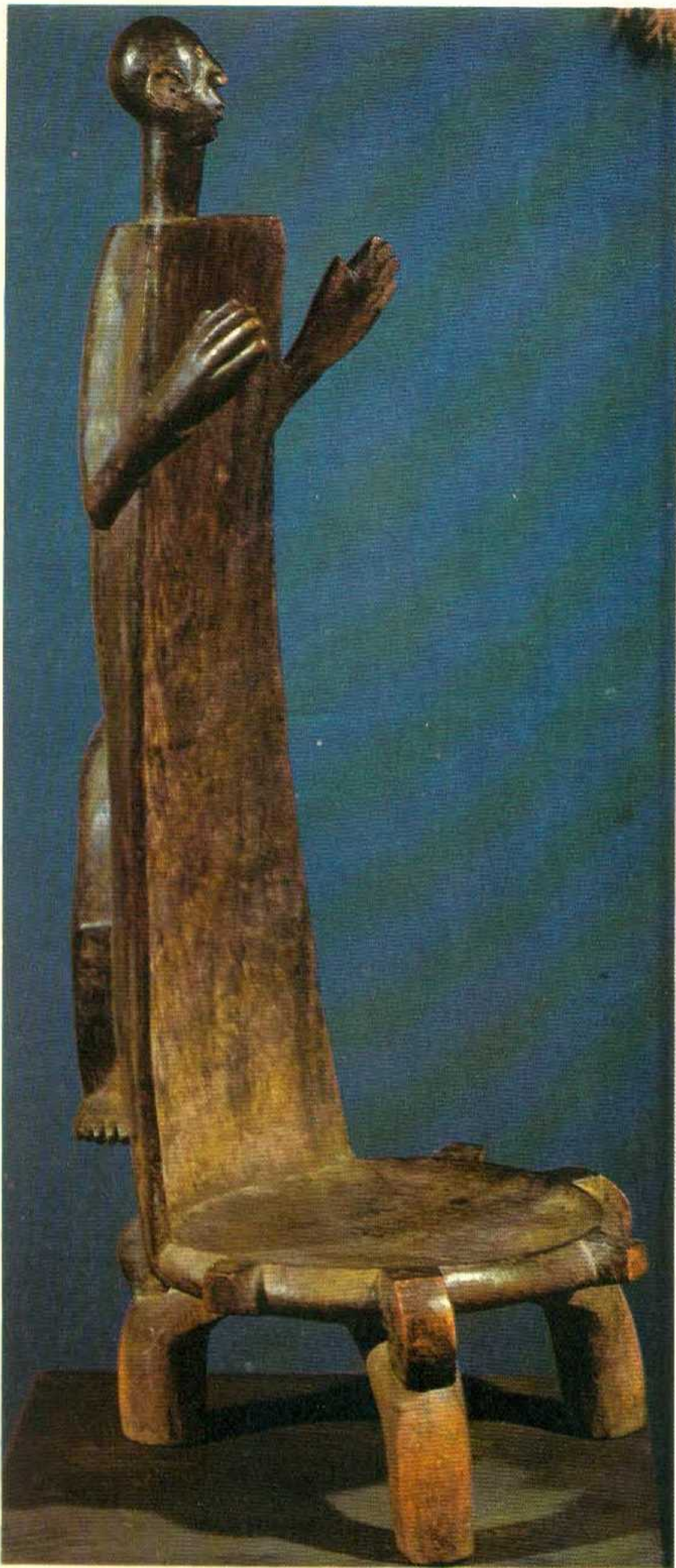
La civilización del arco

En las sabanas y estepas del Africa austral algunas decenas de miles de bosquimanos y menos de doscientos mil pigmeos en la selva ecuatorial, vivían de la naturaleza sin modificarla; cazaban, recolectaban y cosechaban. A fines del siglo XIX esta forma de vida se había convertido en marginal desde varias centurias, pero durante milenios fue común a todos los africanos y a todos los hombres. Por tanto, aun cuando sólo concierne a una ínfima minoría, debe incluirse entre las grandes civilizaciones africanas.

Esta técnica de subsistencia, con su ineficaz explotación del medio, limita mucho las posibles formas sociales y culturales. Su unidad de cooperación es el grupo de cazadores, necesariamente reducida, ya que los terrenos de caza inmediatos al campamento se agotarían rápidamente si debiesen proveer a más de una docena de familias. El campamento, residencia temporal del grupo y de quienes del mismo dependen, es el marco en que transcurre la vida social del grupo; reparto de la caza, educación de los niños, regulación de las costumbres, ritos y ceremonias.

El mundo de las relaciones humanas del bosquimán y del pigmeo no es amplio, mas, para sorpresa de los sociólogos, está muy bien organizado, sin que en él sea necesario recurrir a la violencia. Como en cualquier sociedad, es preciso que se respeten determinadas reglas y que aquel que las viole reciba su castigo. Pero, a diferencia de lo que ocurre donde hay un gobierno, ninguna sanción se impone por la fuerza, pues el grupo entero es quien presiona al «desviacionista» por medio de la burla, el ridículo y su puesta en cuarentena y, en el caso más grave de que cometa infracciones reiteradas, la negativa a cooperar con el culpable le forzará a abandonar el grupo. No existe autoridad que disponga de medios coercitivos. Indudablemente, gracias a su competencia, sabiduría o valor personal, un individuo puede influir en las decisiones de todo el grupo, pero esto no cons-

Máscara de la tribu Balambo; civilización de los rasos. (Col. Gourielli, foto MTA.)



tituye el poder político. Esta curiosidad sociológica, una sociedad sin jefe, se debe a la combinación de diferentes factores: reducida dimensión del grupo, intensa solidaridad impuesta por la búsqueda de la subsistencia, relativo aislamiento de las bandas.

Como todos los hombres, los cazadores conciben el mundo y los dioses de acuerdo con su experiencia vivida; en su diaria búsqueda de comida, vestido y cobijo, captan la generosidad de la selva, se sienten dependientes de la naturaleza que provee a sus necesidades y, por consiguiente, su divinidad, por muy distinta que sea de la selva, se forma a su imagen: bondadosa y velando por los niños, pero con cierta indiferencia.

Si la cultura material de los hombres de la civilización del arco era pobre, sus ceremonias, danzas, cuentos y dibujos atestiguan que su vida no estaba dominada únicamente por preocupaciones alimentarias. Ignoramos a qué época se remontan las admirables pinturas rupestres del Africa meridional, pero sabemos que un artista bosquimano que pintaba otras semejantes vivía aún en 1869. Este ejemplo basta para señalar la continuidad de la gran tradición pictórica de los cazadores africanos cuyos orígenes se sitúan, presumiblemente, en el sexto milenio anterior a nuestra era.

La civilización de los rasos

En la época que estamos considerando — finales del siglo XIX — todos los africanos, excepción hecha de los cazadores, extraían al cultivo del suelo lo esencial para su subsistencia. La revolución neolítica, la mutación cultural más importante de la humanidad hasta la industrialización, se produjo en Africa al mismo tiempo — con dos o tres milenios de aproximación — que en Asia Menor, China o América Central. Hace unos siete mil años que empezó la agricultura en el Africa negra e, indudablemente, fue introducida desde el Asia Menor por Egipto, pero tenemos buenas razones para suponer que también fue inventada independientemente en la región del gran recodo del Níger.

La agricultura africana se diversificó en algunos tipos, lo suficientemente diferenciados para que hayan podido crearse varias civilizaciones a partir de esa base común. Un sistema agrícola cuyas principales producciones eran las plantas tuberosas y los bananeros, caracterizaba a los rasos de la gran selva umbría que circunda Africa a lo ancho de ocho paralelos — cuatro al norte y otros cuatro al sur del ecuador — desde la falla de los Grandes Lagos, al este, hasta el

Este asiento de madera, descubierto en 1898 en el palacio de un jefe femenino de Buruku (Tanganica), es una obra muy característica de la tribu Wanyamwezi, representativa de la civilización llamada «de la lanza». Estos taburetes de alto respaldo, por encima del cual mira un personaje dispuesto asimétricamente en la superficie posterior, se reservaban para los jefes. (Museum für Völkerkunde, Berlín, foto MTA.)

océano Atlántico, prolongándose por la selva costera del golfo de Guinea. La lujuriante vegetación cubre un suelo pobre; sin una continua lucha, la selva invasora roería las rozas tan penosamente roturadas; el clima húmedo e insalubre favorece a multitud de enfermedades que impiden el crecimiento de los grupos humanos y que disminuyen su capacidad de trabajo.


Los auxiliares del roturador eran el fuego, el hacha y la zapa de hierro. La técnica de la metalurgia del hierro pudo haberla introducido el Sudán en el momento del apogeo del reino de Meroe, durante los tres últimos siglos que precedieron a nuestra era. El paso de las herramientas de piedra a las de hierro significaron un inmenso progreso para los agricultores, confirmado por el excepcional lugar reservado al herrero en las sociedades de los rasos.

El suelo se agota pronto, necesita descansar después de algunos ciclos agrícolas y obliga a trasladar la aldea muchas veces en el transcurso de una vida humana. Este nomadismo agrícola exigía que el territorio de la aldea tuviese una gran superficie, pues tenía que incluir las zonas de explotación pasadas, presentes y futuras, limitando el número de los habitantes de una sociedad e imponía que hubieran grandes distancias de unas a otras.

El aislamiento de las pequeñas comunidades de la selva era extremo. Un aislamiento más moderado, pero severo, caracterizaba también al conjunto del Africa negra. Continente macizo, de difícil acceso, había quedado al margen de las grandes corrientes de intercambios culturales. Indudablemente, los mercaderes griegos, árabes, indios, chinos, mogrebíes y europeos, habían llegado a sus costas, pero se quedaron en la periferia; ninguna riqueza los atraía hacia el interior. La soledad y no una pretendida inferioridad intelectual, explica la relativa pobreza de determinados sectores de las civilizaciones africanas; olvidamos muy a menudo que las civilizaciones se enriquecen mucho más por los contactos que por su desarrollo interior debido a sus propias invenciones. Las grandes civilizaciones, incluida la occidental, más han asimilado que creado.

Los roturadores de los bosques se han expresado por medio de una gran tradición escultórica. Desde el país kisi, al país rega, en los mpongwe, los bakota, los teke y, en tantos otros, han nacido admirables estatuas que, siendo representaciones humanas, no son retratos y expresan vigorosa y graciosamente cierta idea del hombre y de la mujer. Estos personajes, equivocadamente llamados fetiches, no evocaban a los dioses, sino que representaban a los antepasados.

Los antepasados dominaban la vida de los hombres de los claros. El individuo se situaba en relación con los otros



Una de las escasas esculturas ae gran tamaño debidas a la tribu Bena Lulua (Congo), perteneciente a la «civilización de los graneros». Este arte se caracteriza por la armonía entre la forma escultural y la decoración, como se aprecia en las estatuas de esta tribu, como la de este Atlas del tambor. (Museum für Völkerkunde, Berlín, foto MTA.)



en su calidad de descendiente de una estirpe. La familia, el linaje y el clan, eran los tres círculos concéntricos que constituían el universo social de cada hombre; la familia le proporcionaba una o más esposas, ponía a su disposición un pedazo de tierra que él cultivaba con sus allegados, le vengaba de los daños causados por el forastero; le ayudaba si una desgracia alcanzaba a su cosecha y cuidaba de aquellos que dejaba a su muerte. La pobreza material de la vida de la selva conjugábase con una seguridad psicológica raramente conocida por los hombres inmersos en las ansiedades y peligros de la existencia competitiva de las sociedades ricas e industrializadas. Esta red de lazos familiares formaba la trama de la vida de cualquier africano y no sólo del agricultor de los claros de la selva.

La civilización de los graneros

La agricultura selvática alimentaba al productor, pero no le proveía de excedentes que almacenar. Cuando la familia elemental —la unidad económica— puede subsistir sin consumir todo lo que produce, se manifiesta una notable diferencia. La civilización de los graneros se desarrolló en aquellos lugares en que la agricultura, al encontrar mejores condiciones, ofrecía una rentabilidad más alta: en la inmensa región de las sabanas herbosas salpicadas de árboles, al sur de la selva tropical, que atraviesa Africa desde el Atlántico hasta la desembocadura del Zambeze. El exceso de cereales y leguminosas constituía una riqueza que se podía acumular, conservada en los graneros.

Pero, ¿de quién eran estos graneros? No del cultivador, sino de otro miembro del grupo, más hábil o que disfrutaba de una posición más elevada en el linaje, llegando a concentrar la superproducción de su comunidad. Esta acumulación lo ponía en condiciones de mantener a una clientela de consejeros, agentes ejecutivos o artesanos y así podía consagrar toda su actividad a consolidar y acrecentar su poderío; el sistema agrícola de la sabana alumbró el poder político que adoptó la forma de cacicato.

Algunos de estos cacicatos se convirtieron en reinos y, quien dice reino, dice dinastía, nombres de soberanos y de batallas, es decir, historia. El origen de alguna de estas formaciones se remontan a una época contemporánea de la Edad Media europea. Los imperios de los song, luba, lunda, kuba y de los kongo vivieron en las sabanas de la actual república del Congo-Leopoldville; los Estados de los bemba, rotse y lozi, en la Zambia de hoy; eran sociedades potentes y complejas, con una nobleza rica y privilegiada.

Los senufo, gran tribu de Costa de Marfil, forman parte de la «civilización de las ciudades». La cultura senufo es rica en máscaras semi-humanas, semi-animales, pero sobre todo es conocida por sus estatuas de madera, los «deble», que los iniciados golpean contra el suelo durante sus danzas. El ejemplar reproducido, de gran tensión escultural a causa de lo acentuado de sus curvas, casi recuerda el arte gótico y es verdaderamente clásico; en cambio, las actuales estatuas senufo están hechas con intereses comerciales. (Rietberg Mus., Zurich, foto MTA.)

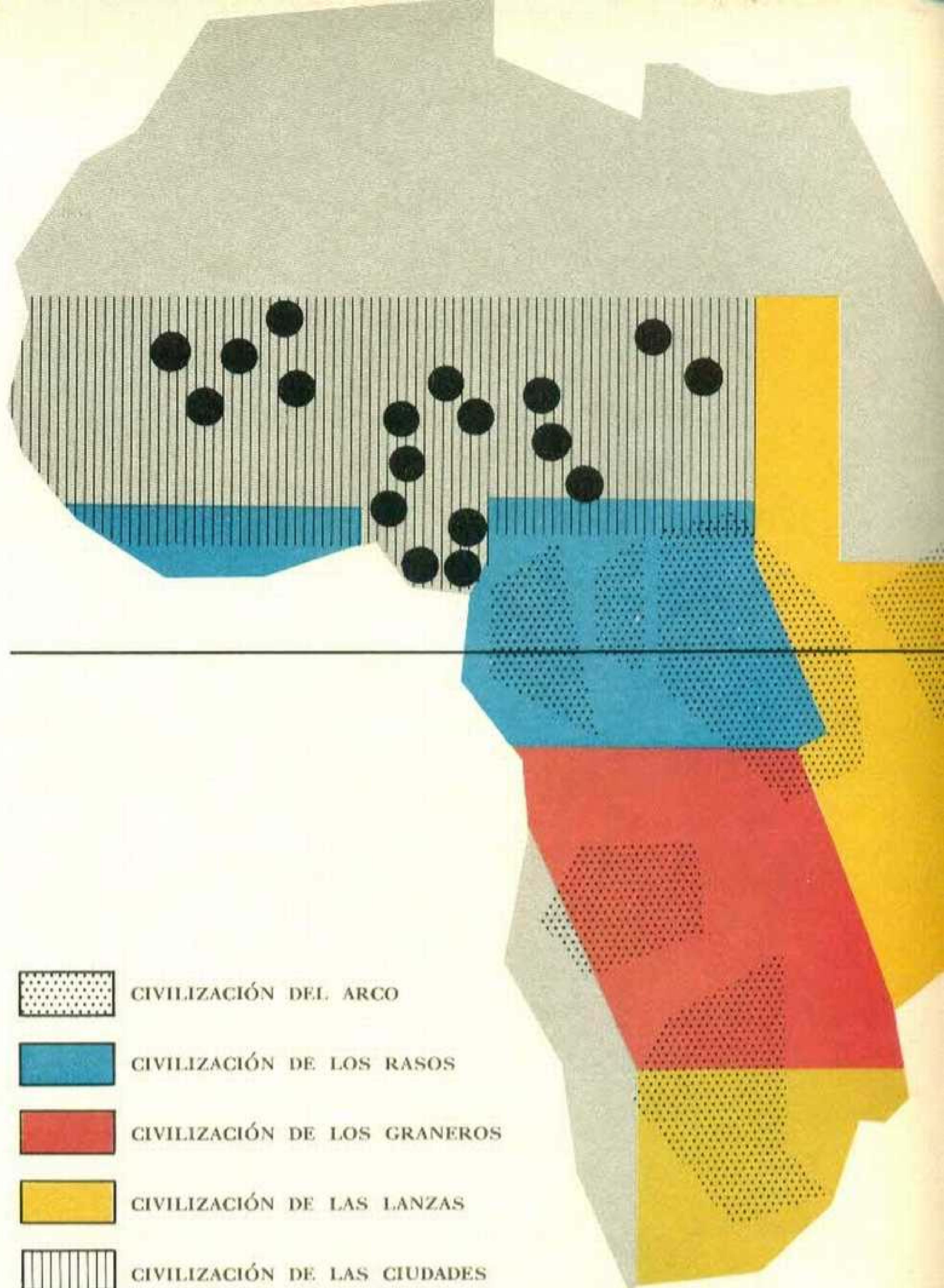
Para esta clase privilegiada, artistas expertos creaban objetos de lujo que adornaban la vida cotidiana (copas, morteros para tabaco, estuches, terciopelos) o que exaltaban el poder político (bastones de mando, cetros, estatuas reales).

La civilización de las lanzas

Si las cosechas eran una riqueza, la tierra no constituía un capital en el Africa tradicional, pues como el aire y el agua nunca faltaban, bastaba con trabajarla. Contrariamente, el ganado desempeñaba un papel que recuerda al del capital en los sistemas económicos occidentales, pues producía «rentas» en forma de leche y terneros, sin exigir trabajo a su propietario; podía acumularse sin perder valor, ya que un rebaño no muere; es un bien «semoviente» fácilmente desplazable. Por esa razón, era blanco de la codicia; las formas de defenderlo y apoderarse de él fueron las preocupaciones esenciales que suscitaron el nacimiento de la civilización de la lanza.

La cultura Ife también forma parte de la «civilización de las ciudades» y es una de las más antiguas del Africa negra; el pueblo Ife parece que vivió en el Yorubaland (Dahomey) hace seis o siete siglos. Ife era un centro religioso y su arte era un arte cortesano, como lo deja suponer el naturalismo idealizado de esta cabeza de terracota, la primera que ha sido descubierta. (Colección Guennol, Nueva York, foto MTA.)





Este mapa señala, aproximadamente, la situación de las diferentes formas de civilización que se han sucedido o coexistido en el Africa negra.

Las sociedades guerreras y agricultoras florecieron en el este del continente, sobre una área que se extiende, de norte a sur, por más de cinco mil kilómetros y que, desde los pantanos del Nilo Blanco, donde viven los nuer, dinka y shilluk, llega hasta las colinas de Natal, habitadas por los zulús. En esta discontinua zona destacan principalmente las mesetas altas, recubiertas de sabana herbácea, ideales para el pastoreo nómada.

De vez en cuando tropezaban con sociedades de agricultores. En algunos sitios se contentaban con saquearlos a su paso, pues podían hacerlo fácilmente dada su organización militar; en otras comarcas se establecieron definitivamente y crearon sociedades basadas en castas y en ellas los descendientes de los nómadas conquistadores eran la aristocracia receptora. Explotaban a la masa campesina, que pagaba cen-

sos en productos agrícolas y facilitaba prestaciones de trabajo. Así nacieron, hacia los s. XV y XVI, los reinos de Buganda, Bunyoro, Angola, Ruanda y Burundi, que han subsistido hasta nuestros días; los dos últimos se han constituido en Estados independientes al final del período colonial, hecho único en Africa, donde las jóvenes naciones suceden a los territorios coloniales, cuyas fronteras no coincidían en ninguna parte con los límites de la sociedad tradicional. Otros reinos desaparecidos tuvieron posiblemente el mismo origen, como los de Monomotapa y Zimbabue. Este último dejó monumentales ruinas de piedras y fue un centro activo del siglo VI al XV.

La civilización de las ciudades

Antes del período industrial, las materias primas preciosas por su escasez constituían una gran riqueza, pues eran el objeto del comercio internacional. El oro en polvo o en joyas, el marfil, las maderas exóticas, las pieles, los cueros trabajados, los tejidos, la pimienta, el aceite de palma, etc., se concentraban en las ciudades de la región sudanesa y desde allí se exportaban a través del Sahara y del Mogreb por las rutas caravaneras. Un texto árabe del s. IX cita a Ghana como el «país del oro» y hasta el descubrimiento de América, el Sudán fue uno de los principales proveedores de este metal que tuvo el mundo mediterráneo. Estas ciudades prósperas se crearon y desarrollaron a partir del s. VIII en la extensa región costera y de sabana seca, al norte de la selva ecuatorial, entre el Atlántico, el Nilo y el golfo de Benín.

A diferencia de lo que ocurría en los reinos de las civilizaciones de los graneros y de las lanzas, el poderío de los gobernantes de las ciudades-estados — Ghana, Malí, Songhay, Kanem, Bornú, Uadai, etc. — se basaba en la relativa dominación de los agricultores de los campos de cultivo y en la explotación de los recursos naturales, del comercio y de la artesanía; por tanto estas sociedades estaban formadas por dos capas sociales: los agricultores — bambara, dogom, mossi, bobo, senufo, etc. —, que vivían de la agricultura y del pastoreo en un circuito económico muy limitado, encuadrado en organizaciones políticas aldeanas, y los ciudadanos, orientados hacia el exterior, cuyas ciudades eran etapa y cruce de una red de caminos que las unía entre sí y con el Mogreb.

En el nivel ciudadano residía la originalidad de esta civilización comerciante y artesana. Los gobernantes de las unidades políticas de las gradas saharianas estaban a menudo convertidos al Islam, pero éste nunca las creó. Al sur de esta región abierta al Atlántico, ciudades no musulmanas, Ibadán, Ifé, Benín, etc., eran ya florecientes a la llegada de los primeros navegantes europeos. La prosperidad de estos centros, comparables a las ciudades medievales europeas, propició el desarrollo de un artesanado altamente calificado que, principalmente, produjo los magníficos bronces de Ifé, moldeados según la técnica de la cera perdida y los delicados marfiles de Benín.

Africa en el siglo XX

Durante los setenta y cinco años del período colonial — aproximadamente de 1885 a 1960 — la segunda gran revolución técnica de la humanidad, la industrialización, se introdujo tímidamente en el Africa negra. Mediante la utilización de considerables fuentes de energía y de un equipo pesado, complejo y caro, la fabricación de bienes de consumo adquiere un volumen que no se puede medir con la producción artesana. Al actuar así, la técnica industrial afecta a todos los niveles de la herencia de una sociedad y funda una nueva civilización.

Las cinco civilizaciones tradicionales del Africa negra fueron, y son, perturbadas por esta incipiente industrialización y por los fenómenos que la acompañan. Alrededor de la fábrica se levantan aglomeraciones cuyos habitantes no pueden continuar la existencia ancestral que llevaban en las aldeas. Separados de la solidaridad del parentesco, quedan ligados solamente a sus cónyuges y a sus hijos; como asalariados, participan de una economía monetaria en la que el autoconsumo de los productos agrícolas resulta imposible; mezclados con trabajadores de tribus y lenguas diferentes, se ven privados de la estabilidad y homogeneidad de las sociedades de antaño; alejados del ritmo de los trabajos agrícolas, abandonan los ritos agrarios, que degeneran en danzas folklóricas.

La industrialización no afecta exclusivamente a los que participan directamente en el proceso productivo. Los campos también resultan profundamente modificados, pues con menos hombres y mujeres jóvenes, deben proveer a las necesidades de los mercados urbanos y los campesinos deben adoptar nuevas técnicas agrícolas para aumentar la rentabilidad. Los intercambios monetarios introducen en la aldea objetos que le son extraños y suscitan necesidades que eran desconocidas hasta ayer.

El gobierno y la administración de un país que posee una infraestructura industrial (carreteras, ferrocarriles, aeródromos, servicios públicos, etc.) no pueden asegurarse con las instituciones políticas tradicionales, ni siquiera a nivel local; se precisa organizar un Estado moderno y esto supone instrucción elemental para todos y escuelas superiores para una gran minoría.

La civilización industrial, que es civilización universal de nuestro tiempo, ¿llegará a borrar las trazas de los patrimonios culturales de la tradicional Africa? No lo creemos así. Estos valores, estas concepciones, estas formas de ser y de actuar, creadas lentamente por la experiencia resultante de afrontar la realidad africana durante muchas generaciones, son sólidas adquisiciones. En función de estas herencias originales, los nuevos elementos serán asimilados y reinterpretados. Lo mismo que la caza, la agricultura y el nomadismo ganadero, que no eran técnicas exclusivamente africanas, la industria originará una civilización auténticamente africana porque será pensada y vivida por hombres y mujeres, herederos de tradiciones ricas y fuertes, ancestrales y vivas.

BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

ANDRE VARAGNAC

génesis de la civilización europea

Hemos hablado de civilizaciones perdidas de Asia o de América, de Extremo Oriente, del Africa negra... Las divergencias aparentes que existen entre estos mundos, más que de opiniones fundamentales provienen quizá de los estadios diferentes de su evolución en los cuales los consideramos. Ahora vamos a intentar el estudio de la civilización cuyo destino interesa más — la civilización que nació en el suelo europeo —, y vamos a empezar no por el período de la madurez grecorromana, como lo suelen hacer los historiadores, sino por su mismo comienzo, hace ahora cinco mil años.

Los primeros pueblos compesinos que se distribuyeron por Europa en el período neolítico eran orientales. Sus huellas son todavía patentes en la península Ibérica, en el país Vasco y en los confines atlánticos de las islas Británicas. Pero las grandes masas de campesinos tienen otros orígenes.

En un capítulo anterior ya hemos señalado que la primera ola de colonización no había traído a Occidente las principales innovaciones culturales del Próximo Oriente: el carro, el arado de madera, la tracción animal, el barco de vela, la metalurgia del bronce, la escritura. La mayor parte de estos importantes progresos (excepto el barco de vela y la escritura) penetraron tardíamente en Europa por la vía multimilenaria de las invasiones: a lo largo de las inmensas llanuras euroasiáticas.

La expansión de los indoeuropeos

Hacia finales del tercer milenio empiezan a infiltrarse en Polonia y en Alemania septentrional pueblos armados con hachas de piedra pulimentada, que imitan modelos de cobre fabricados en el Cáucaso.

A través del Cáucaso y de Kuban los grandes inventos mesopotámicos penetran en los poblados nómadas por las estepas que hay entre los montes Altai y los Cárpatos. Estas gentes son los indoeuropeos. Estos pastores guerreros fueron, probablemente, los primeros en domesticar el caballo y utilizarlo como animal de carga sirviéndose del tipo de carro más primitivo que se pueda imaginar: ataban dos grandes ramas de árbol al caballo y sobre las hojas que arrastraban se cargaba lo que se quería trasladar; es el primitivo trineo, todavía en uso en Siberia. Desde la aparición del carro, los cimerios se sirven de los carros de combate. En el dominio egeo, durante la segunda mitad del segundo milenio, los héroes homéricos utilizan el carro ligero de dos ruedas. Pero las gentes de las estepas no tardarán en inaugurar la equitación. Los escitas y otros pueblos indoeuropeos casi desconocidos que atraviesan el Cáucaso hacia Mesopotamia y Anatolia, en este período de grandes migraciones catastróficas son ya unos temibles jinetes. El profesor Sulimirski ha hecho notar que los escitas representados en algunos bajo relieves asirios que se conservan en el Museo Británico ya preludian la táctica mortífera de los arqueros partos: el jinete huye, pero se vuelve para disparar su flecha sobre su perseguidor.

A mitad del segundo milenio las vanguardias indoeuropeas que se infiltran por el norte de los Alpes no son todavía muy temibles. Portadores de técnicas de la Edad del Bronce medio, estos inmigrantes practican la cría del ganado, cosa que no hacían sus predecesores del período neolítico y de la edad del bronce antiguo; ocupan los pastos de altura sin preocuparse de las buenas tierras de trigo. Su invasión fue, seguramente, pacífica. Implantan en Europa la costumbre de enterrar a los jefes bajo túmulos más o menos grandes.

Con la aparición de los carros de combate y de la caballería en Europa central, las nuevas oleadas indoeuropeas fueron más violentas. En Grecia fueron las invasiones dorias las que destruyeron la brillante civilización micénica. En Italia se establecen algo enigmáticamente los italiotas, que durante mucho tiempo dominarán a los etruscos. Al establecerse los indoeuropeos en las dos penínsulas mediterráneas aprenderán a organizarse en ciudades. Una de sus ramas se les había adelantado muchos años: los hititas, creadores en Anatolia de uno de los más poderosos imperios del Próximo Oriente y rivales del Egipto faraónico.



Los hititas parecen haber sido el primer pueblo que practicaba la metalurgia del hierro. Durante el segundo milenio guardan celosamente los secretos de la metalurgia y todos, hasta el gran Faraón, tienen que humillarse ante ellos en demanda de alguna espada de hierro. Pero su imperio no resiste el ciclón de pueblos en movimiento que conmueve, hacia fines del segundo milenio, todo el Oriente. La siderurgia se extiende entonces a Europa y la primera edad del hierro se llama civilización de Hallstat, por el nombre de una importante necrópolis próxima a un yacimiento de sal gema que era otra de las fuentes de riqueza. Estas poblaciones «Hallstat» son ya celtas, contemporáneas de los Etruscos y de la primera época de la República Romana.

Principios del comercio europeo

Al empezar el último milenio antes de nuestra era, el fenómeno urbano va a desarrollarse progresivamente en Europa continental. Las ciudades, como hemos dicho antes, nacen del comercio regular en territorios ricos. ¿Qué riquezas para el comercio puede ofrecer esta Europa continental velada tras la ancha máscara de su apariencia alpestre?

Desde el neolítico, una materia extraña y misteriosa seduce a los pueblos mediterráneos: el ámbar del Báltico. Se le atribuyen las propiedades de un talismán. Su color es el del fuego y del sol. A pesar de su escaso volumen y de su poco peso, se utiliza para el trueque con utensilios y armas. Por esta razón, desde antes de la edad del bronce, ciertos iti-

Las esculturas sedentes de la época del nacimiento de las ciudades, en el neolítico, evocan un arte ya evolucionado. La estatua del hombre sentado que aquí reproducimos, es uno de los mejores testimonios. (Museo de Antigüedades Nacionales de St.-Germain-en-Laye, foto Atesa.)

nerarios peligrosos eran frecuentados por traficantes audaces que llevaban estas riquezas para comerciar.

Además del ámbar, Europa central atrae asimismo por sus minas. Los Cárpatos, los montes de Bohemia y el Tirol son ricos en minerales. Esto es suficiente para atraer a los fundidores de los talleres orientales, que se establecen aquí y trabajan para clientes locales. Las tierras de trigo y los suelos de loes habían sido la primera riqueza de Europa. Las minas serán la segunda: yacimientos de cobre, de oro y de estaño en espera de que sean descubiertos los yacimientos de hierro que serán la fuente de la futura riqueza céltica.

En fin, no olvidemos que la sal gema fue una de las bases de riqueza durante el período del Hallstat, puesto que es indispensable para los regímenes vegetarianos que durante varios milenios constituyen la alimentación cotidiana de los campesinos: hervidos y pan. Estas fueron las tres clases de mercancías que cruzaron las selvas vírgenes europeas, yendo hacia los poblados, que no tardaron en fortificarse para protegerse, convirtiéndose en pueblos y plazas fuertes. Estas «oppida» coronaban de ordinario alguna meseta escarpada.

Así serán aún, en la segunda Edad del Hierro (llamada de La Tène), las ciudades galas como Bibracte o Gergovie. Un nuevo aflujo indoeuropeo desplegará las velas hacia la mitad de este último milenio antes de nuestra era. Se ha discutido mucho sobre el origen de los galos. Algunos arqueólogos han pensado que procedían de Renania. El gran celtista Henri Hubert situaba su cuna en el cuadrilátero de Bohemia. Creo que existen dos factores muy significativos. Su llegada no fue nada pacífica: si entre los últimos períodos de la edad del bronce y la primera edad del hierro la continuidad evoca una evolución tranquila, existe en cambio una ruptura de tradiciones entre el Hallstat y La Tène; hubo, pues, una convulsión muy violenta. Pero, ¿qué arte nos presentan estos recién llegados? Un estilo no solamente distinto al de sus predecedores de la cultura del Hallstat, sino fuertemente emparentado con el arte de las estepas. Seguramente estos galos procedían de los confines mismos de la Escitia, probablemente de los alrededores de los Cárpatos.

Mientras el arte Hallstat prefería los rasgos rectilíneos y se dejaba influir por los etruscos, el arte de La Tène, ya desde sus comienzos, multiplicaba los rasgos de líneas curvas, cuyos parecidos análogos deben buscarse en los lejanos confines del Altai. Con los celtas no hay fronteras culturales a lo largo de las inmensas llanuras euroasiáticas. Este parecido estilístico no les impedirá llevar sus armas contra los escitas y apartarlos hasta más allá del Dniéster.

Los celtas de la segunda Edad del Hierro son tribus poderosas y muy prolíferas. Poseyendo la siderurgia, son excelentes técnicos e inventores. Les debemos la espuela, el carro con ruedas, el tonel y otros muchos perfeccionamientos técnicos. César solamente podrá vencerlos gracias a su genio militar y a la superior organización de esta civilización latina, creadora del Derecho. Pero debemos representarnos la Galia independiente como un país próspero, en posesión de



Los celtas, pueblo profundamente religioso y muy hábil en realizar trabajos de forja, nos han dejado numerosos objetos de culto de los cuales se servían los druidas para ejercer la magia y la adivinación. La foto corresponde a una caldera ritual de bronce encontrada en Mecklemburgo, Alemania. (Mus. de St.-Germain-en-Laye, foto MTA.)

una capacidad ofensiva temible, destrozada desgraciadamente por las luchas internas imperdonables.

Como sus precedentes indoeuropeos, los galos son grandes ganaderos y buenos agricultores. Viven voluntariamente en pleno bosque juntamente con sus rebaños. Mientras en las riberas mediterráneas el *habitat* está agrupado en pequeñas ciudades, en Europa continental está esencialmente disperso. Pero una o dos veces al año, varias de estas tribus se reúnen en ocasión de fiestas similares a nuestras romerías. En este inmenso país celta que se extiende desde Irlanda hasta la Anatolia de los gálatas, las ciudades son ante todo lugares de refugio y centros de ferias de estación.

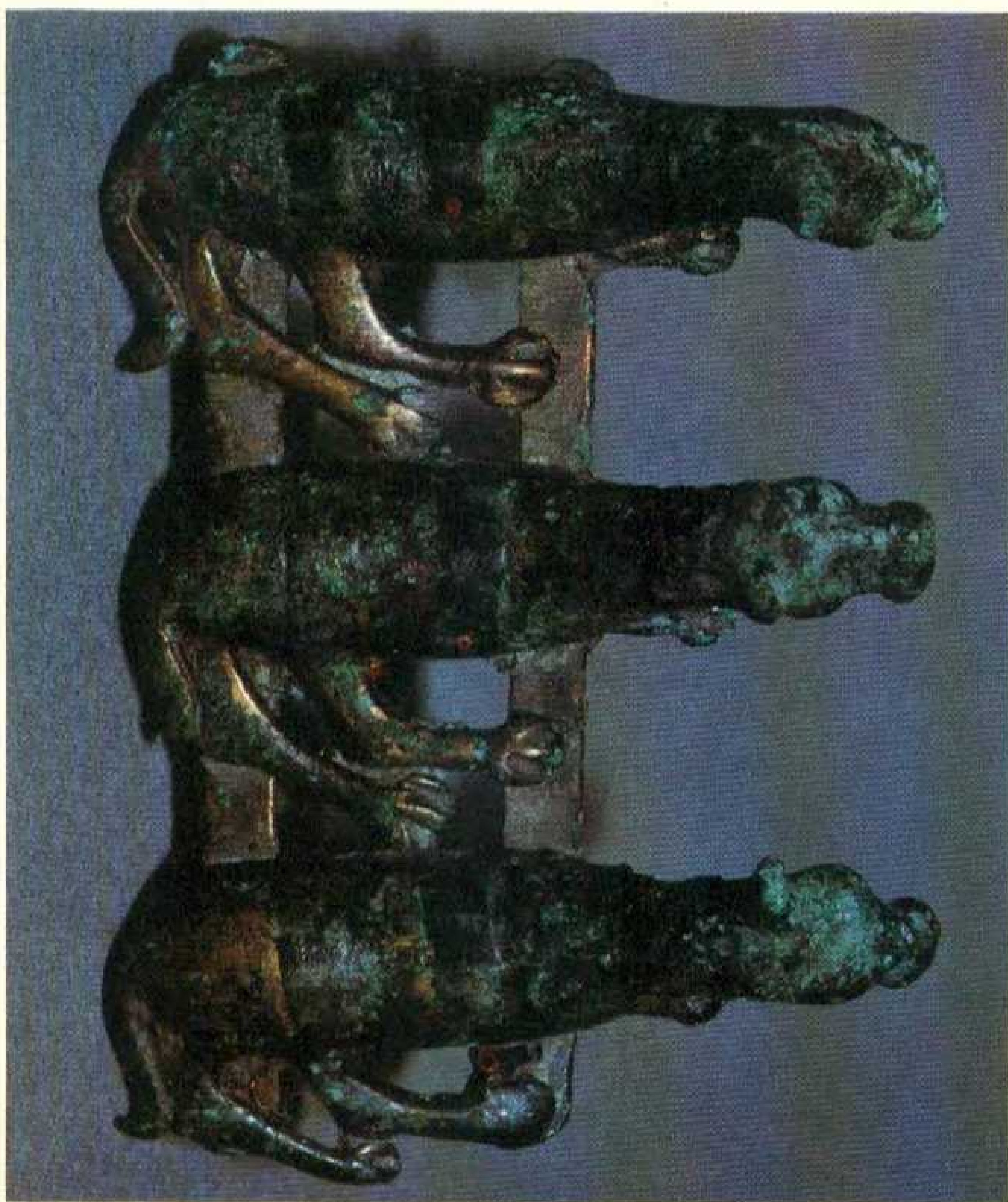
La doble génesis de Europa

Todas estas sociedades de la Europa continental eran prácticamente analfabetas, como lo habían sido las sociedades megalíticas. Esta es la razón por la cual la historia no las toma muy en cuenta, lo cual es de lamentar, ya que durante el curso de los últimos milenios que han precedido a nuestra era es cuando la población destinada a constituir a partir de la Edad Media las futuras naciones modernas se coloca en sus sitios respectivos.

Nos gustaría resumir estos amplios fenómenos de forma que pudieran hacerse perceptibles. Paul Valéry había definido a Europa como «este pequeño cabo de Asia». Esta fórmula no es verdadera más que a medias. La importancia de un cabo depende del servicio que se le dé: para los cazadores es terreno de paso, para los navegantes es un istmo, y para los aviadores puede ser campo de aterrizaje.

Un dato geológico sigue siendo fundamental: el de las grandes llanuras de loes, prácticamente ininterrumpidas desde Baikal hasta los Pirineos. Durante varias decenas de milenios, la vasta superficie glacial que cubría el país escandinavo, el norte de Gran Bretaña, de Alemania, de Rusia y de Siberia acumuló a lo largo de sus extremos meridionales enormes cantidades de polvo de tundra. Sobre las llanuras nevadas los musterienses acorralaron valerosamente al mamut, que despedazaban con lanzas de madera; luego los gravetiences cazaron con menos peligro el bisonte, el reno y el caballo salvaje con la azagaya. Su civilización era auténticamente euroasiática: desde Siberia hasta Dordoña y en las Landas esculpían estatuas femeninas, antiquísimos prototipos de las diosas-madres de la Antigüedad. Eran cazadores nómadas esparcidos a lo largo de esta inmensa llanura que los pioneros neolíticos transformaron en las tierras de trigo de Euroasia.

Esta condecoración de hierro, que entonces era metal precioso, ha sido encontrada en el cementerio de Koban (Cáucaso). Su finura y su acabado demuestran la perfección alcanzada por el arte céltico. (Foto MTA.)



Esta transformación no se realizó de repente. Los primeros campesinos, como ya hemos dicho antes, eran nómadas obligados por las circunstancias. El problema de la fertilización continua de los suelos recibió varias soluciones sucesivas, que marcan las grandes etapas de la agricultura. Es preciso, primeramente, artigar, pesada tarea que reclama un utillaje propio del leñador. Los emigrantes llegados de Anatolia a través de los Balcanes no lo poseían: tuvieron suerte en poderlo pedir a los cazadores mesolíticos que se habían transformado en hábiles trabajadores de la madera debido a la lucha que desarrollaban contra el mar del Norte. Así se instauró una pacífica vida en común que dio origen a la primera población campesina del continente.

A causa de los continuos incendios que ellos mismos ocasionaban, los colonos neolíticos mudaban de sitio sus aldeas de chozas redondas y adaptaban las tierras para el pastoreo y el cultivo de los cereales. Han de pasar unos quince años para que la tierra de barbechos se transforme nuevamente en suelo fértil. Por esto el equilibrio de esta nueva economía europea era una simple cuestión de demografía: todo iba bien mientras los poblados nómadas escaseaban, pues permitían a las tierras incendiadas descansar quince años; es lo que los arqueólogos llaman el Neolítico primitivo.

Pero la agricultura permite la multiplicación de los hombres. Además, los bosques de Europa atraían sin cesar nuevos inmigrantes. Entonces empezaron las luchas por las buenas tierras. Una vez instalados, los pueblos empezaban a dudar si debían ir más lejos. La agricultura se convirtió en sedentaria por la fuerza de las cosas. En este neolítico más avanzado, Europa se cubre de una mezcolanza de culturas locales, cada una de ellas con sus tradiciones y su forma peculiar de defenderse.

Esta variedad de pequeñas comunidades sedentarias eran presa relativamente fácil para los grupos de ganaderos nómadas, armados de espadas de bronce, que empezaron a surgir detrás de los Cárpatos. Para defenderse, los habitantes locales tuvieron que crear los primeros campos con defensas, juiciosamente colocados en el camino del ámbar y de los minerales. Así nacieron los primeros feudos europeos. Un señor feudal ha sido siempre el dueño de una encrucijada, de un desfiladero o de un puente sobre un río navegable. Los peajes que exigía le permitían mejorar sus defensas.

Cabeza céltica, de la edad de piedra. (Mus. St.-Germain-en-Laye, foto Atesa.)



BIBLIOTECA INSTITUTO
PEDAGOGICO
CARTAGENA



Estela de piedra hallada en Arcangues (País Vasco), del II milenio antes de la era cristiana. (Mus. de St.-Germain-en-Laye, foto Atesa.)

Así fue como progresivamente la ruta milenaria de las invasiones euroasiáticas se encontró cortada por la red de vías de tránsito que, contra todas las dificultades, unían con el mar Negro o el Mediterráneo los diferentes mares septentrionales: el Báltico, mar del Norte, de la Mancha y el Atlántico. En efecto, estos mares formaban un Mediterráneo septentrional que desde el Mesolítico había creado su propia flota de embarcaciones, lejano antecedente de la Hansa. Entre estos dos mares comerciales *Europa se convierte en un istmo a atravesar* que hay que defender contra las oleadas humanas que incesantemente se presentan en sentido Este-Oeste, del Altai hacia Lutecia, la actual París. Con la agricultura y la navegación, Europa ha cambiado de función geográfica y se ha separado de Asia, que tenazmente pretenderá llegar hasta el confín de sus llanuras.

Desde entonces, el perfil de las naciones europeas va a tomar forma mucho antes que los textos de la historia. Gran Bretaña es el puerto donde confluyen las dos marinas, pues los navíos mediterráneos han aprendido, desde los tiempos megalíticos, a costear las penínsulas Ibérica y Bretona para llegar a las minas galas e irlandesas. Durante la Edad del Bronce, su futuro marítimo e internacional se afirma ya por estos contactos con lejanos comercios. La Galia, largo tiempo dormida en su megalitismo, terminará por abrir sus ríos primero a los mercaderes griegos, y luego a los romanos. Constituye, en efecto, el paso más corto del istmo europeo, y Estrabón atribuye el trazado de sus ríos al favor de los dioses. Por el curso de las aguas es por donde bajan las mercancías y las zonas que han de atravesar entre el Ródano y el Saone, el Loira y el Sena, no son muy largas. Así se afirmará la doble suerte de Francia, periódicamente seducida por Italia y Oriente, periódicamente abierta a las invasiones continentales, contradicción varias veces milenaria que quizás explica la diversidad y la vocación mundial de la cultura francesa. Los ríos de Europa central y el Danubio conducirán a los collados alpestres, haciendo de la situación privilegiada de Viena una encrucijada de civilizaciones. Finalmente, las vías marítimas facilitan ya los intercambios entre el Báltico y el mar Negro por el territorio en que se establecieron los varegos, fundadores de Rusia. Sin embargo, España, situada al otro lado del istmo y difícil de atravesar, guardará la imborrable huella de las primeras migraciones llegadas desde el Mediterráneo oriental.

Así la protohistoria permite ya entrever una Europa occidental, una Europa central y una Europa oriental, determinadas por el curso de los ríos, que motivarán los flujos y reflujos de la historia. La principal ayuda que tuvieron las migraciones de las estepas fue el factor primordial llamado «motor animal»: la caballería. Ya el carro de guerra, a mitad del último milenio antes de nuestra era, asegurará el éxito de los avances de los celtas del período de La Tène, que se instalarán en masa en el Marne, antes de atravesar la Mancha y de establecerse en Inglaterra, donde estos mismos carros se enfrentarán a las legiones de Julio César, quien tuvo muchas dificultades para vencerlos. Pero la caballería no tarda en desempeñar un papel de primer plano. Es poco importante en los países mediterráneos, donde los jinetes montan a pelo o simplemente sobre una pequeña manta. La caballería gala es mejor que la romana: César tendrá que recurrir a los escuadrones germanos, que le ayudarán a vencer a Vercingetorix, probablemente por poseer ya una especie de silla de montar, como la que utilizarán los bárbaros de las legiones imperiales. Roma debilitará su red de ciudades, y esto será la ruptura de su grandeza y el eclipse de sus ciudades en la alta Edad Media. Entonces los hunos arrasarán todo lo que encuentren a su paso, pero llevando una última innovación en la sillería: el estribo.

Después de los hunos, son los turcos quienes emprenden la marcha hacia el Oeste, y durante largo tiempo serán las caballerías polonesa y la húngara las que les hostigarán, hasta que llegue el golpe decisivo dado por el príncipe Eugenio en el siglo XVIII.

Paralelamente, el Imperio bizantino encontró por mucho tiempo su protección en la red de ciudades que Alejandro había sabido fundar tras sus conquistas. Así la historia prolongó, bajo aspectos nuevos, un antagonismo cuyo origen y significado queda ya revelado en la protohistoria. Es el comercio transístmico del ámbar y de los metales el que creó esta delicada red de pasos y de ciudades fortificadas a cuyo amparo se ha formado, sobre «este pequeño cabo de Asia», una autonomía europea que lentamente ha engendrado al mundo moderno.

Si la empresa de Roma fracasó al fin, es por no haber prolongado la red de ciudades hasta el Báltico. La colonización de la Galia se había llevado a cabo con éxito porque en vísperas de su conquista, toda la población gala estaba en plena transformación social, pasando de la vieja organización tribal a una sociedad dividida en aristocracia y plebe, plenamente favorable a la urbanización que se realizó rápidamente durante la paz romana. No hay nada comparable en los germanos, menos avanzados en su evolución, pues ni Germánico ni sus seguidores fueron capaces de crear ciudades. Este problema lejano extrañaba y desconcertaba a Roma que tuvo la gran equivocación de renunciar demasiado pronto a la empresa y de fortificar posiciones fronterizas que dividían longitudinalmente el istmo en dos: esta cuña entre los dos mares no podía ser salvaguardada más que cortándola de Norte a Sur. Hubiera sido preciso ir del Vístula al Dniéster. Quizás Roma hubiera sido capaz de hacerlo, si no se hubiera agotado debido a las luchas que mantuvo contra los Partos, siguiendo las huellas de Alejandro.

Tal es la lección que nos revela la protohistoria. Excelentes arqueólogos la han concebido de forma más sencilla: el origen de Europa podría resumirse en un largo diálogo entre la civilización oriental y los bárbaros de las selvas vírgenes occidentales. Esto sólo es cierto en el período neolítico, cuando los colonos son todos orientales. Pero a partir de la Edad del Bronce, el barco de vela aparece en los dos Mediterráneos y empiezan las infiltraciones indoeuropeas.

Estos contingentes indoeuropeos se tomarán el relevo para desarrollar y defender las comunicaciones transístmicas. Los celtas rechazarán a los escitas, los romanos lucharán contra los germanos y contra los pueblos de la Dacia; finalmente, los germanos detendrán a los hunos y luego organizarán las futuras naciones continentales. Mucho más tarde los húngaros, los polacos y los austríacos detendrán a los turcos. La pólvora de fusil hará de la infantería la reina de las batallas y el cañón de las ciudades detendrá el avance de los escuadrones.

Gracias a las ciudades, Europa ha salido de la prehistoria y ha triunfado sobre esta prehistoria prolongada que era la eterna amenaza nómada.



Apoyado sobre sus patas de cierva, este dios zoomorfo (que data del siglo I), descubierto en Seine-et-Oise, está formado de dos partes cuya unión permanece intacta. (Mus. de St.-Germain-en-Laye, foto MTA.)



BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

ROBERT HUBAC

la herencia de la antigüedad clásica

Generalmente, la expresión «Antigüedad clásica» se refiere a la Antigüedad griega y a la Antigüedad romana. Los dos períodos están, en efecto, ligados históricamente, y aunque no se pueda decir que la civilización romana es hija de la civilización griega, es cierto que ha recibido de ella una herencia importante que ha sabido hacer fructificar. A su vez, los griegos habían recibido de sus predecesores un valioso legado. La humanidad debe al hombre prehistórico, a menudo de miserable existencia, la agricultura, la cría de ganado, la utilización del fuego (la metalurgia) y el idioma. Las primeras manifestaciones artísticas nacieron en las paredes de las cuevas. Los grandes imperios del Oriente han perfeccionado estas invenciones, al mismo tiempo que descubrían nuevos procedimientos para la arquitectura. Tuvieron a su disposición la escritura. Sobre todo dejaron a sus sucesores la idea de Imperio. Estos estados han servido de modelo a la hora de rehacer naciones largo tiempo oprimidas. Pero estos pueblos orientales permanecían sometidos, oprimidos por gobiernos autoritarios. No eran libres. Difícilmente su personalidad podía florecer.

La liberación del hombre comenzó, antes que en ningún otro, en el aspecto religioso, cuando el pueblo de Israel dio al mundo una religión que concedía a la persona humana un valor capital. El paso decisivo en el aspecto intelectual del hombre lo dio Grecia. Los griegos enseñaron a los hombres a gobernarse a sí mismos. Además, con sus admirables obras maestras de todo tipo, han establecido de manera perenne las reglas del arte clásico, equilibrado y profundamente humano. Hasta entonces toda la búsqueda de los hombres se había basado en los datos de la experiencia ordinaria; en adelante los griegos la basaron en la reflexión y el raciocinio. Y de este modo, enseñando a los hombres a pensar y a escribir libremente han liberado al hombre.

La liberación política del hombre: la democracia

Atenas nos ofrece el ejemplo más concreto de un gobierno democrático ya en el siglo v antes de J.C. Atenas es una ciudad, una de las numerosas ciudades de Grecia. Al mismo tiempo es un estado enclavado en un pequeño territorio: el Atica, península triangular de 2.650 km². Dentro de este territorio no hay ninguna distinción entre un ciudadano de la capital y un ciudadano del campo. Ambos tienen los mismos derechos; no importa que el gobierno esté en la capital. Más que un territorio, la ciudad es la comunidad de ciudadanos. En los textos oficiales no se habla de la ciudad de Atenas, sino de los «atenienses», la verdadera ciudad. La ciudad es completamente independiente y soberana. Por encima de su autoridad no hay otra. En fin, los ciudadanos rinden asiduo culto a sus divinidades protectoras.

Atenas es una ciudad gobernada por los ciudadanos. El conjunto de todos y cada uno de los ciudadanos recibe el nombre de Asamblea popular o Ecclesia. Todos votan personalmente, sin delegación ni sistemas representativos y sin intermediarios. La Ecclesia puede ocuparse de todo, porque en todo es soberana. Ante todo, es una asamblea electoral que designa a los magistrados por indicación personal, sin estar sujetos a la suerte. Además, la Ecclesia tiene las prerrogativas esenciales del poder político: en sus manos está el derecho de la paz y la guerra, el nombramiento de embajadores, la realización de pactos, la cantidad de soldados y marinos que han ido a la guerra; su poder está por encima del de los generales y si es preciso los condena; ejerce el supremo control financiero. En fin, tiene también el poder judicial, pero deja que lo ejerzan los magistrados, y sólo interviene en caso de que el interés del estado esté en peligro. Y como el pueblo no puede reunirse todos los días en sesión plenaria, la continuidad en el ejercicio del poder está asegurada por un consejo o *boulé* de quinientos miembros.

El papel de los magistrados es el de simples ejecutores de la voluntad del pueblo. Para evitar el dominio de un hombre solo se toman infinitas precauciones. Por ejemplo: cualquier cargo, por pequeño que sea, no se da a un solo titular sino a varios magistrados en común que no ejercen su poder durante más de un año. A excepción de algunos magistrados encargados de la economía o de la causa militar (los estrategas, por ejemplo), la mayoría de ellos son elegidos por sorteo para que no haya influencias sociales ni políticas. Todo

Un fragmento del famoso friso de las Panateneas. (Colección British Museum.)

ciudadano que reúna determinadas condiciones morales tiene acceso a las diferentes magistraturas sin necesidad de pagar tributos, sino todo lo contrario: para que nadie se vea apartado del poder a causa de su pobreza, hay establecida una renta fija (el misthos) que reciben todos aquellos que trabajan en cargos públicos del estado. Otra medida de prudencia, en vistas a evitar el dominio de uno solo, es la estrecha vigilancia a que son sometidos todos los magistrados. De esta manera, con un dominio tan completo sobre los que ejecutan sus decisiones, se puede decir con toda verdad que quien reina es el pueblo.

La ciudad ateniense, dueña de sí y soberana en materia administrativa y pública, lo es también en materia judicial. Un proceso judicial cualquiera, sea público o privado, sólo puede ser iniciado por la acción de un ciudadano y siempre ha de ser en interés de la ciudad. Esto es una prueba de «la solidaridad que hay entre el ciudadano individual y el Estado — ciudadano colectivo — y asimismo muestra la no intervención de intermediarios y la preocupación por salvaguardar la participación directa del ciudadano en la vida del estado». (A. Aymard, *Recueils de la Société*, J. Bodin, tomo IV.) La ciudad, comunidad de todos los ciudadanos, es también la que juzga. En efecto, el tribunal más importante, que es el de la Helié, está formado por un número tan considerable de ciudadanos (a veces son hasta 6.000) que con sobrada razón se puede decir que es todo el pueblo el que juzga. De todas formas, la Ecclesia tiene facultades para hacerse cargo directamente de cualquier proceso. Aristóteles escribe: «El pueblo regula todas las cosas por medio de sus decretos y de sus tribunales.»

De este modo, los derechos de los ciudadanos, que en otro tiempo eran mayores o menores según las propias riquezas, son ahora los mismos para todos. Por el contrario, los deberes son diferentes para cada tipo de ciudadano y también esto está de acuerdo con los principios democráticos. En caso de guerra, los más pobres sirven como remeros de los barcos y no pagan impuestos. Los que tienen algunas riquezas sirven como soldados de infantería de armamento pesado: son los hoplitas y su cargo es oneroso, puesto que se costean ellos mismos el equipo y las armas y pagan el impuesto de guerra. Los más ricos sirven como soldados de caballería y, además de pagar el impuesto, se encargan de las *liturgias* (servicios públicos, como armar los barcos de guerra y preparar las representaciones teatrales).

En el siglo v, el gobierno de Atenas se ocupa de sus ciudadanos más pobres: les busca trabajo, les da tierras, les otorga indemnizaciones para que puedan ocuparse de los asuntos de la ciudad. De este modo, las diferencias entre ricos y pobres se hacen cada vez menores. Esta situación está muy bien descrita en estas palabras que Tucídides pone en boca de Pericles: «La constitución por la que nos gobernamos no tiene nada que envidiar a las de otros pueblos, sino que es su modelo sin imitar a ninguna. Se le ha dado el nombre de democracia porque tiende a lograr el bien del mayor número posible de ciudadanos y no de una minoría. En los asuntos privados todos son iguales ante la ley. Sólo reciben trato de consideración los que se distinguen por su talento. Lo que permite franquear el camino a los honores es el mérito personal y no las distinciones sociales. Ningún ciudadano se verá impedido de prestar sus servicios a la patria a causa de su pobreza o la humildad de su linaje. Somos libres en nuestra vida pública y no queremos curiosear sospechosamente la conducta particular de nuestros conciudadanos. Sin embargo, tenemos sumisión plena a las autoridades constituidas y a las leyes, en especial las que protegen al débil y aquellas cuya transgresión constituye una deshonra, precisamente porque no están escritas. Por todo esto me atrevo a decir que Atenas es la escuela de Grecia.»

Esta democracia ateniense, aunque sólo se refiere a los varones del estado — puesto que lás mujeres y los niños no tenían ningún derecho y los metecos (forasteros establecidos en Atenas) casi ninguno —, ha enseñado a los hombres a gobernarse a sí mismos. Les ha dado el ejemplo y el gusto de la libertad.

La herencia espiritual de los griegos

Si Atenas es la madre de la democracia, la Hélade entera (desde Sicilia hasta las costas del Asia Menor) es la cuna de la ciencia y de la filosofía.

Ya el emperador Juliano, ferviente admirador de todo lo helénico, recordaba que «el conocimiento de los fenómenos celestes ha sido perfeccionado por los griegos después de las primeras observaciones hechas por los bárbaros en Babilonia. La geometría, nacida de la geodesia en Egipto, ha progresado de una manera evidente. También han sido los griegos quienes han dado rango de ciencia a la aritmética, inventada por los mercaderes fenicios». Por lo que se deduce de estas palabras, Juliano ha sabido constatar los progresos realizados por los griegos, pero no ha adivinado la causa. Al tiempo que la ciencia oriental estaba basada en la experiencia y por tanto era esencialmente concreta, práctica y empírica, los sabios griegos ya habían descubierto el valor del *logos*, entendiendo por esta palabra lo que entendían ellos: razonamiento, ilación, proporción...

Gracias a la fuerza del razonamiento abstracto, los griegos han dado a las ciencias matemáticas la categoría de teorías deductivas, como nos lo indica Platón: «La ciencia de los números da al alma un poderoso impulso hacia las regiones superiores y le permite *razonar* sobre los números en sí considerados sin permitir que se mezclen a los números abstractos otras nociones que indiquen algo visible o palpable. La matemática obliga al hombre a servirse de la pura inteligencia para llegar a la verdad misma».

Pero las matemáticas pueden aplicarse al estudio de la naturaleza. Además de las *matemáticas abstractas*, los griegos han creado también la física matemática. En esta materia, la primera teoría pitagórica fue la astronomía geométrica que demostraba la estructura matemática del *cosmos*. Esta vertiente teórica y pura de la ciencia es la que atrajo la



La edad de oro de la civilización helénica coincide no sólo con el apogeo de una estatuaria justamente célebre, sino también con la madurez de un arte único y delicado: la pintura sobre cerámica, como lo atestigua esta cuadriga pintada por Timagoras sobre una vasija. (Louvre, foto MTA.)

mayor y mejor parte del trabajo de los griegos; esto no quiere decir que, llegado el caso, no tuvieran suficiente habilidad para aplicar sus conocimientos a algo práctico, como lo demostraron en el caso de los espejos parabólicos de Arquímides con los que incendiaron las naves de Marcelo en el puerto de Siracusa.

El hombre, por su sola razón, puede alcanzar la verdad. La ciencia especulativa es una participación en la vida de los dioses inmortales; por eso el hombre se salva por la razón. Platón afirma que la sabiduría libera el alma: «Los amigos de la sabiduría saben muy bien que su alma, hasta que fue invadida por la filosofía, estaba encadenada dentro de un cuerpo que era para ella como una cárcel a través de cuyos muros tenía que ver la realidad. Invadida al fin por la filosofía, comenzó a sentirse libre».

El fin que se quiere conseguir es la liberación del alma. Si se logra, el hombre alcanzará la serenidad de los sabios. «Estar libre de todo: he aquí el supremo ideal contra el cual no se debe hacer nada, y para lograrlo el alma del verdadero filósofo se abstiene de placeres, de deseos, penas, temores y cuanto le pueda turbar» (Platón). La muerte misma es algo que no debe preocupar: «Acostúmbrate a vivir pensando que la muerte no es nada para nosotros», dice Epicuro. Y aún más lejos va Platón en su obra *Apología de Sócrates,* cuando exclama: «¡Cuánta razón tiene el que cree y espera que la muerte es un bien!»

Aristóteles, discípulo y crítico de Platón, recoge los métodos de división y clasificación que expone su maestro en *El sofista* y *El político,* y elabora la lógica formal, ciencia que tiene por objeto liberar las leyes del pensamiento para evitar los falsos razonamientos de los sofistas. Es bien conocida la influencia de Aristóteles en toda la escolástica medieval; y todavía en la actualidad, a pesar de los cambios profundos que ha experimentado el pensamiento desde entonces, sigue siendo la fuente de donde muchos filósofos y dialécticos modernos se inspiran para forjar sus teorías, principalmente políticas.

De todo lo cual concluimos que la humanidad ha heredado de los griegos una concepción del conocimiento fundado en la inteligencia y una pasión soberana para el razonamiento. La nueva concepción del hombre y de sus posibilidades coloca al alma en el primer plano de la percepción humana y constituye al hombre — «medida de todas las cosas» en frase de Pitágoras — como pieza principal del universo. Este lugar privilegiado queda reflejado en las artes y las letras.

La herencia literaria y artística de los griegos

Además de ser los iniciadores en todas las disciplinas científicas, los griegos han enseñado también a los occidentales casi todos los géneros literarios.

La *epopeya,* que en otros países tenía ya ejemplos importantes — piénsese en el Gilgamés —, llega en Grecia a la cumbre de la perfección con *La Iliada* y *La Odisea.* Los poemas homéricos, obra de todo un pueblo más que de un individuo particular, han sido el modelo literario de toda la antigüedad. Los niños griegos aprendían las primeras letras leyendo sus estrofas, y cuando ya el Imperio romano tocaba a su fin, el poeta Ausonio escribió un resumen para uso de sus hijos. Y no sólo cultivaron el género épico; a fines del siglo VIII tenemos muestras importantes de poesía lírica. El lirismo que nace de los himnos que se cantaban para perpetuar las principales circunstancias de la vida política o religiosa, tenía como fondo las dulces notas de la cítara y alcanza una decisiva importancia con Safo, Anacreonte, Alcman y sobre todo con Simónides, Píndaro y Baquílides.

El teatro, tal como nosotros lo concebimos, es idea de los griegos. Tuvo su origen en el culto a Dionisos, que exalta los sentimientos y alterna lloros y lamentaciones con estallidos de alegría delirante. Thespis, nacido a principios del siglo VI, fue el primero que realzó el papel de primer actor colocándolo al frente del coro. Pero hasta el siglo V no se logra dar al teatro su verdadera dimensión humana y esto se hizo por obra de Esquilo, Sófocles y Eurípides en la tragedia y de Aristófanes en la comedia.

En ningún otro sitio se hace más sensible la grandeza de Grecia que en el cabo Sunion, llamado hoy el Cabo de las Columnas, *en donde se levanta el admirable templo de Poseidón. (Foto Boudot-Lamotte.)*



En el siglo V nace también la historia. Sus representantes son Herodoto y, sobre todo, Tucídides, que animado de un verdadero espíritu científico, logra dar a la historia un grado tal de perfección que sólo ha sido superado en la época moderna. El género literario de la elocuencia llegó un poco más tarde con Lisias, Isócrates y el gran Demóstenes, encarnación de la elocuencia política, cuyos discursos reflejan la impetuosidad de su alma. En fin, la filosofía llegó a su cumbre en las obras de los eternos maestros del pensamiento: Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón, Epicuro...

A todos estos timbres de gloria, la lengua griega se apunta uno nuevo, que es el de haber sido el primero y más sólido soporte del cristianismo naciente.

En el siglo de Pericles, Atenas era la escuela de Grecia. Historiadores, autores trágicos, comediógrafos, filósofos y sabios no lograban su consagración sino en Atenas. Y a este extraordinario florecimiento literario hay que añadir un apogeo artístico sin precedentes.

Después de las realizaciones toscas e indefinidas de los primeros tiempos, las influencias jónicas y dóricas confluyeron en el siglo V y lograron obras excepcionales consideradas como el símbolo del resurgimiento griego. El escenario material de este resurgimiento fue una ciudad que acababa de ser devastada y en la que todo estaba por hacer. Esta ciudad era Atenas. Y la manifestación más patente de este florecimiento artístico son los templos de la Acrópolis, dominando la ciudad, como si los artistas hubieran querido simbolizar en esta elevación natural un trampolín para lanzar a los dioses sus plegarias de mármol.

El siglo de Pericles vio levantarse «monumentos sublimes de inimitable belleza. Los artistas rivalizaron por conseguir la obra más perfecta realizada en el menor tiempo» (Plutarco). El que iba a visitar la Acrópolis quedaba atónito ante la belleza plástica y la luminosidad de los monumentos que se elevaban hacia el cielo. El templo de Atena-Niké, de purísimo estilo jónico, está elevado sobre un alto pedestal y es «el primer saludo del aticismo en el umbral de la Acrópolis» (G. Fourgéres). En la fachada norte está el Erecteion también de estilo jónico, que es un templo dedicado a los antiguos cultos del Atica; presenta una curiosa originalidad y es que en el pórtico sur las columnas están sustituidas por esbeltas estatuas de mujer: las cariátides. Pero la obra maestra de la perfección clásica es el Partenón. Hasta en sus dimensiones, que no son desmesuradas, se puede apreciar uno de los rasgos característicos del arte clásico: la proporción. Otro rasgo característico es la perfección técnica. Para lograrla completamente, los artistas idearon cosas in-

teresantes. Por ejemplo, la plataforma que sostiene el templo está ligeramente ovalada, no sólo para que el agua resbale hacia el exterior, sino también para corregir el error óptico que hace que las líneas rectas muy largas parezcan abombadas hacia abajo. Además, las columnas están ligeramente inclinadas hacia el interior con el fin de corregir otro error óptico que nos hace ver las líneas paralelas verticales como si se separaran en su extremidad superior. Su acabado técnico es tal que resulta difícil ver el ajuste de los tambores de las columnas a pesar de que fueron ajustados sin cemento. Sus proporciones tienen una armonía perfecta. Precisamente en la proporción y la armonía está la razón de la belleza del conjunto. En el campo de la escultura, el que ha establecido los cánones de la perfección ha sido Policleto y en su estatua el *Doríforo* ha aplicado su teoría de las proporciones.

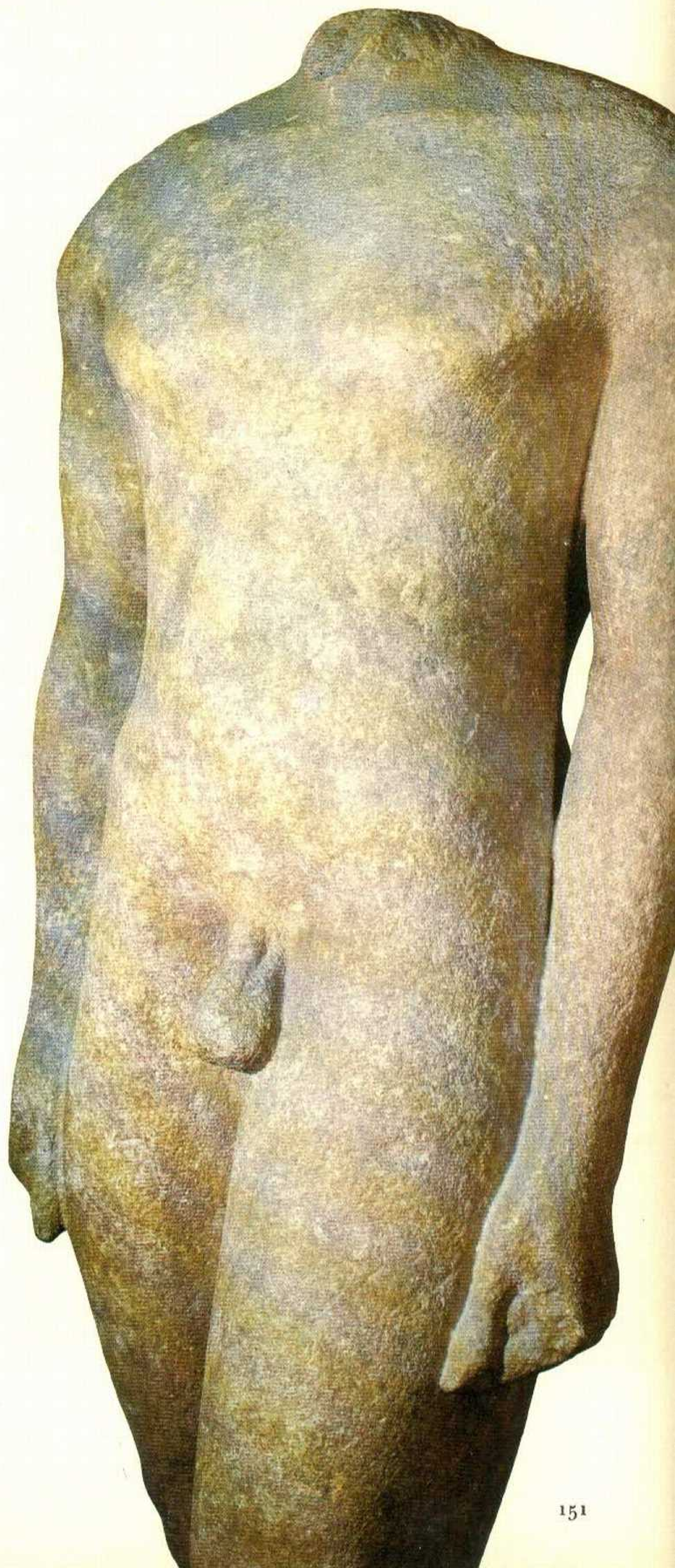
Pero el apogeo del helenismo no se puede reducir al siglo de Pericles. También el siglo IV tiene sus obras importantes, que en algunos aspectos superan a las del anterior, como en el terreno de la elocuencia y la filosofía, sin olvidar que Scopas, Lisipo y Praxíteles logran dar a la escultura un mayor grado de sensibilidad.

La herencia espiritual y artística de los romanos

Los comienzos de la civilización romana estuvieron muy influidos por Grecia. Sicilia y todo el sur de Italia — lo que llamamos Magna Grecia — eran territorios griegos en la época que Roma no era más que una aldea. Las colonias griegas que residían en la Magna Grecia tuvieron una gran prosperidad económica y también artística, como lo demuestran los hermosos templos griegos de Paestum y Agrigento y la presencia de hombres como Pitágoras y Arquímedes.

En un principio, los romanos tuvieron relaciones de vecindario con estas ciudades griegas; después las conquistaron, pero su contacto ya las había civilizado un poco. Más tarde, en los siglos II y I antes de J.C. la civilización romana se benefició aún mucho más con los contactos que supuso la conquista de la misma Grecia y del Oriente helénico. Pronto adoptaron el alfabeto griego; al principio del siglo II, Livio Andrónico había traducido la *Odisea* al latín; poco a poco Grecia impera intelectualmente en Roma. Las comedias de Plauto y Terencio no son más que imitaciones de las griegas. Las obras de Cicerón y de César están impregnadas de aticismo. El poeta Lucrecio populariza la filosofía de Epicuro y el estoicismo tiene numerosos seguidores, cuyos nombres más ilustres son Séneca y Marco Aurelio.

La dominación intelectual de Grecia sobre Roma es evidente, pero lo es más aún la influencia artística. «Grecia ven-



El Kuros, es decir, el muchacho, es la figura más representativa de la Grecia arcaica. Y parece que en ningún periodo de la historia el cuerpo humano haya logrado suscitar una creación artística tan perfectamente bella y pura como es esta del grabado. (Louvre, foto Atesa.)



Después del equilibrio y la proporción que son característicos del arte helénico, la arquitectura romana puede parecer desprovista de gracia. Pero las gigantescas columnas y los soberbios relieves del templo de Baco en Baalbek, la Heliópolis griega, son recuerdos de una civilización todavía viviente. (Foto Raspail, Club Conocimiento del Mundo.)

cida conquistó a su fiero vencedor y llevó las artes al rústico Lacio. De este modo, la elegancia postergó la acritud de un gusto salvaje» (Horacio). El gusto artístico de los primeros romanos no estaba aún muy desarrollado. De acuerdo con la costumbre etrusca, construían los templos de madera. Cuando conocieron la arquitectura griega comenzaron a utilizarla para la construcción de los templos y emplearon, sobre todo, el estilo corintio, que es un derivado del estilo jónico. Los generales victoriosos trajeron de sus campañas estatuas griegas que los romanos pudieron admirar e imitar. Los ricos se hicieron construir viviendas lujosas, como las que se han encontrado en Pompeya, que son imitación de las viviendas griegas.

A partir del emperador Augusto, Roma, hasta entonces ciudad de ladrillos, empieza a ser ciudad de mármol. Además, el arte empieza a tomar cuerpo en las diversas provincias y, en cierto modo, a sustituir el arte griego. Durante los siglos I y II de nuestra era, Roma se llena de monumentos y las capitales de provincias quieren imitarla construyendo en todas partes arcos de triunfo, termas, anfiteatros y teatros. Pero lo primero que salta a la vista de esta arquitectura romana es que los monumentos son demasiado grandiosos en relación a lo que les rodea. Los romanos no tienen ese sentido de la medida y de la proporción que había caracterizado a los griegos. Les faltá también la perfección técnica: a veces han de utilizar piezas de piedra para ocultar la fealdad del trabajo de albañilería. No obstante hicieron progresar la técnica de la construcción con el empleo de la bóveda, que los griegos desconocían.

Es, pues, evidente que en el terreno intelectual y artístico Roma no ha desempeñado otra misión que transmitir a occidente, después de haberlos asimilado, los elementos más importantes de la civilización griega. Pero en el terreno de la organización política tiene la gloria de haber dado a los pueblos bárbaros el derecho romano. Además, logró realizar poco a poco el idealismo de un imperio en el que todos los habitantes libres tenían los mismos derechos. Dirigiéndose a Roma, decía un poeta del bajo imperio: «Has hecho una sola patria de pueblos distintos.»

La herencia política de los romanos

Los griegos concibieron el estado como una ciudad en un pequeño territorio. Incluso cuando los sucesores de Alejandro Magno se repartieron sus conquistas y fundaron extensos reinos, no podían imaginar que fuera de una ciudad autónoma pudiera haber vida civilizada.

A este respecto, los romanos evolucionaron hasta llegar a la noción de imperio, y es muy lógico que así fuera. Al comienzo, Roma es una ciudad de pastores situada en la cima de las siete colinas que escoltan el paso del Tíber. Cuando ya ha conquistado toda Italia, no ve en los territorios sometidos más que un conjunto de ciudades cuyos privilegios varían según la fidelidad que le muestran; así hay

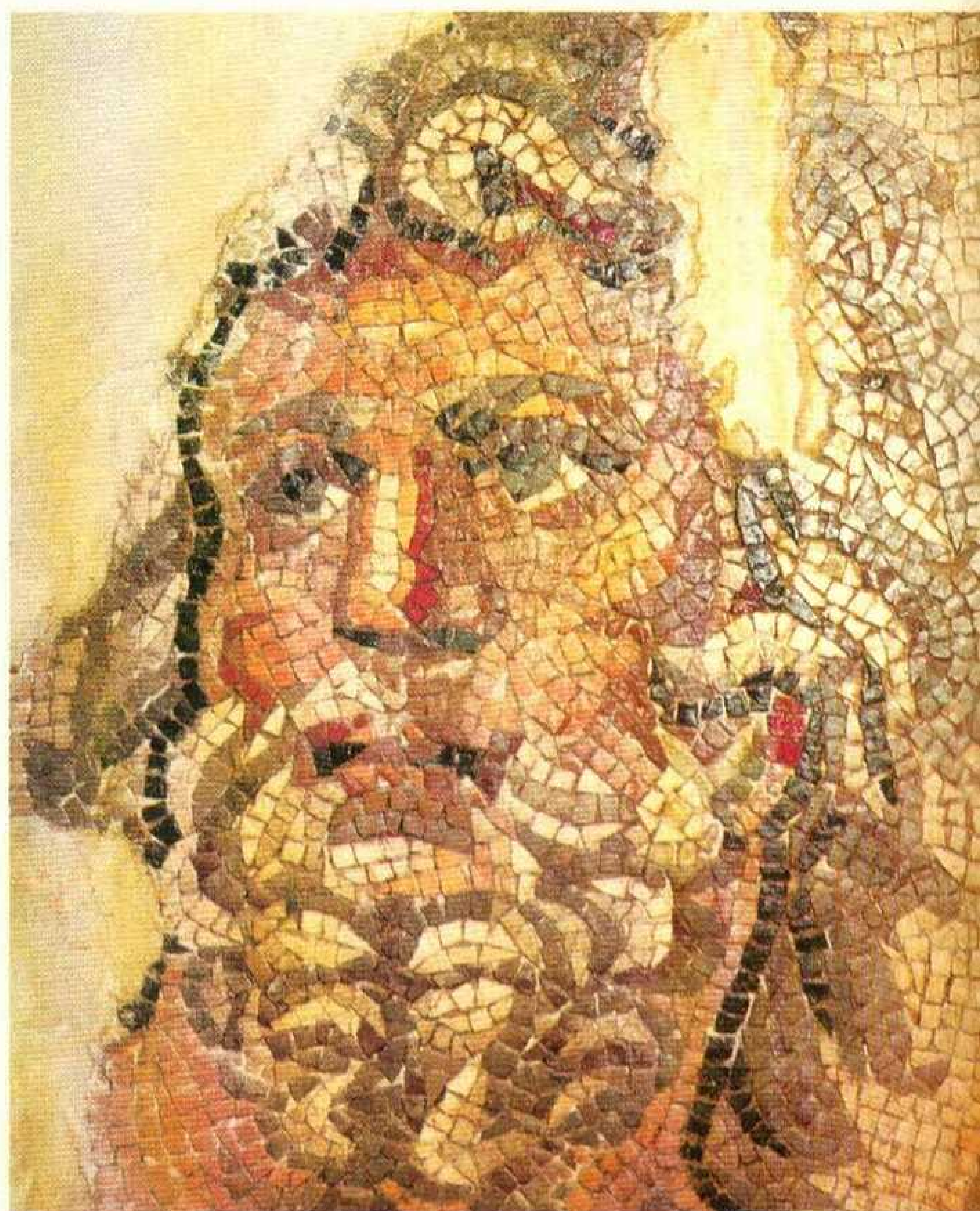
ciudades de derecho romano, otras de derecho latino, otras aliadas o simplemente sometidas a la cabeza. Más tarde, cuando las legiones romanas conquistan la península Ibérica y la Galia, los vencedores agrupan a todos estos pueblos mediterráneos en ciudades diferentes que, como las itálicas, tienen mayor o menor libertad según la sumisión a Roma. Por esto, si prescindimos de la división completamente arbitraria de las provincias, resulta que al final de la república el mundo romano no es más que un conglomerado de ciudades que están dominadas por la más poderosa de ellas.

Sin embargo, poco a poco se va obrando una evolución. En primer lugar se puede constatar que los romanos nunca sintieron por los extranjeros el desprecio que les mostraron los griegos. En Atenas, que era la más *liberal* de las ciudades griegas, los extranjeros domiciliados en la ciudad pertenecían a la categoría de los metecos y no tenían ningún derecho civil; en cambio, Roma estaba abierta a todos los advenedizos y los acogía con igualdad de derechos. El emperador César y algunos de sus sucesores aceleraron el curso de esta evolución. El emperador Claudio, que era originario de la Galia, quería que los ciudadanos de las provincias tuvieran los mismos derechos que los de la ciudad. El Senado no hizo mucho caso a Claudio, pero la idea estaba lanzada. Se realizaron sus sueños cuando, el año 212, el emperador Caracalla concedió el derecho pleno de ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio.

La noción de imperio no se perdió en occidente. Son testimonio de ello el imperio carolingio de Carlomagno, el Sacro imperio romano-germánico de los emperadores alemanes y el imperio de Napoleón I, cuyo hijo tenía el título de rey de Roma.

El *derecho romano* forma también parte de la herencia política de Roma. Los romanos fueron más juristas y legistas que los griegos. Algunos — por ejemplo, Cicerón — escribieron sobre el valor del derecho natural: «Hay una luz verdadera, recta razón, conforme a la naturaleza, impresa en todos los hombres, constante y eterna que manda lo que tenemos que hacer y prohíbe lo que hemos de evitar» *(De Republica).* Otros — como Gayo — estudiaron los diversos aspectos del derecho: «Todos los pueblos que se rigen por leyes y costumbres hacen uso de un derecho que en parte les es propio y en parte es común a todos los pueblos; porque el derecho que cada pueblo se ha dado a sí mismo es propio de él y se llama derecho civil, es decir, derecho propio de una ciudad; pero el derecho que la razón natural manda a todos los hombres es propio de todos y todos lo deben observar: por eso se llama derecho de gentes.»

El inmenso trabajo de codificar el derecho romano se hizo en tiempo del emperador Justiniano. En primer lugar, Justiniano hizo reunir en un *código* todas las leyes romanas promulgadas desde Adriano. Los mejores comentarios a todas estas leyes fueron reunidos en un libro que se llamó el *Digesto.* Y para facilitar la labor de los que empezaban a estudiar el derecho romano, hizo redactar un resumen elemental de todos estos comentarios que se llamó *institucio-nes.* El derecho romano es aún hoy día el fundamento del derecho de los países occidentales y se ha extendido a otros muchos países.



Los romanos desarrollaron hasta la perfección al menos una forma del arte: el mosaico. En Bizancio, de donde proviene el Neptuno del grabado, alcanzó un grado de belleza que nadie, ni antes ni después, ha logrado aún superar. (Foto Ottin, Club Conocimiento del Mundo.)

Nacida en «un pequeño cabo del Asia» — como dice Valéry —, la civilización europea se ha desarrollado casi enteramente a las orillas del Mediterráneo. A orillas de este *mare nostrum* los griegos afirmaron que el hombre era un ser libre y fundaron la primera ciudad democrática. También se desarrolló el concepto del conocimiento como inteligencia y raciocinio y la idea de estética como medida y proporción. Y en Roma, bañada por el Mediterráneo y heredera de Atenas, surgió la noción de imperio y del derecho civil.

Mientras tanto, el imperio romano se estaba deslizando hacia su decadencia falto de solidez en los fundamentos de su civilización, y de Oriente llegaba una fuerza arrolladora, el cristianismo, que venía a dar a los hombres nuevos motivos de esperanza.


AN NVS
CIPIO CREAVIT D̄S CELV ET TERRAM MARE ET OMIA QVAE IN EIS SVNT ET VIDIT DS CVNCTA QVE FECERAT ET ERANT
LVX
VBI D̄ DIVIDIT D̄S AQVAS AB AQVIS
DIXIT QVOQVE D̄S FIAT LVX ET FACTA E LVX
S D S
VOLATILIA CELI
LIGNV POMIFERV
SIBI
MARE

MAURILIO ADRIANI



la tradición cristiana

El papel del cristianismo en la evolución de Europa ha sido certeramente definido en una sugestiva página de Chesterton: «Si nos basamos en todos los ejemplos análogos, en todas las probabilidades de evolución normal de las sociedades, nuestra civilización hubiera debido desaparecer en el gran cataclismo que marcó el fin del Imperio Romano... En esto radica lo sorprendente de nuestra situación; en que somos fantasmas. Todos los cristianos vivos, de hecho, no somos sino muertos paganos vagando a la ventura. En el momento en que Europa iba a incorporarse calladamente a Asiria y Babilonia, algo penetró en ella que la hizo sobrevivir; pero ha sobrevivido de una manera curiosa...»

ESTA «curiosa forma de vivir» de que habla Chesterton, ha constituido y constituye aún la tradición europea. La idea bíblica —renovada por San Agustín— de la inexorable sucesión de los grandes imperios del mundo, desde Egipto a Asiria-Babilonia, desde Persia al principado ecuménico de Alejandro Magno y a su heredero natural, el imperio romano, estaba confirmada pues, hasta cierto punto. Aunque desapareciera como realidad política y como organización comunitaria, Roma resolvió su crisis de la forma más fecunda y positiva; el cristianismo heredó su mensaje, su verdad moral y civil, la estructura de sus principios y la dignidad del tipo humano que éstos mantuvieron y representaron. La «*terminación de los tiempos*» de que nos habla el Evangelio cristiano, es decir, la maduración histórica de una larga trayectoria de siglos y civilizaciones hasta alcanzar el mayor nivel accesible, fue el instrumento que aseguró la transición y la continuidad de la Europa clásica a la Europa cristiana. Gracias a esta soldadura, la civilización continuó su itinerario, sin perder ni destruir la preciada herencia de la Atenas de Pericles y de la Roma de los Escipiones. Y lo que es más, la luz religiosa que impregnaba a la tradición pagana, pese a un largo período de luchas, acrecentó el valor de la herencia clásica. La conciencia europea ratificaba, punto por punto, el admirable ejemplo —«vivir civilmente»— construido por la Antigüedad y, al mismo tiempo, lo exaltaba, preparándolo para obtener un fin más que natural, más que terreno, más que histórico: el paraíso celestial, el reino mesiánico, la eterna Ciudad de Dios.

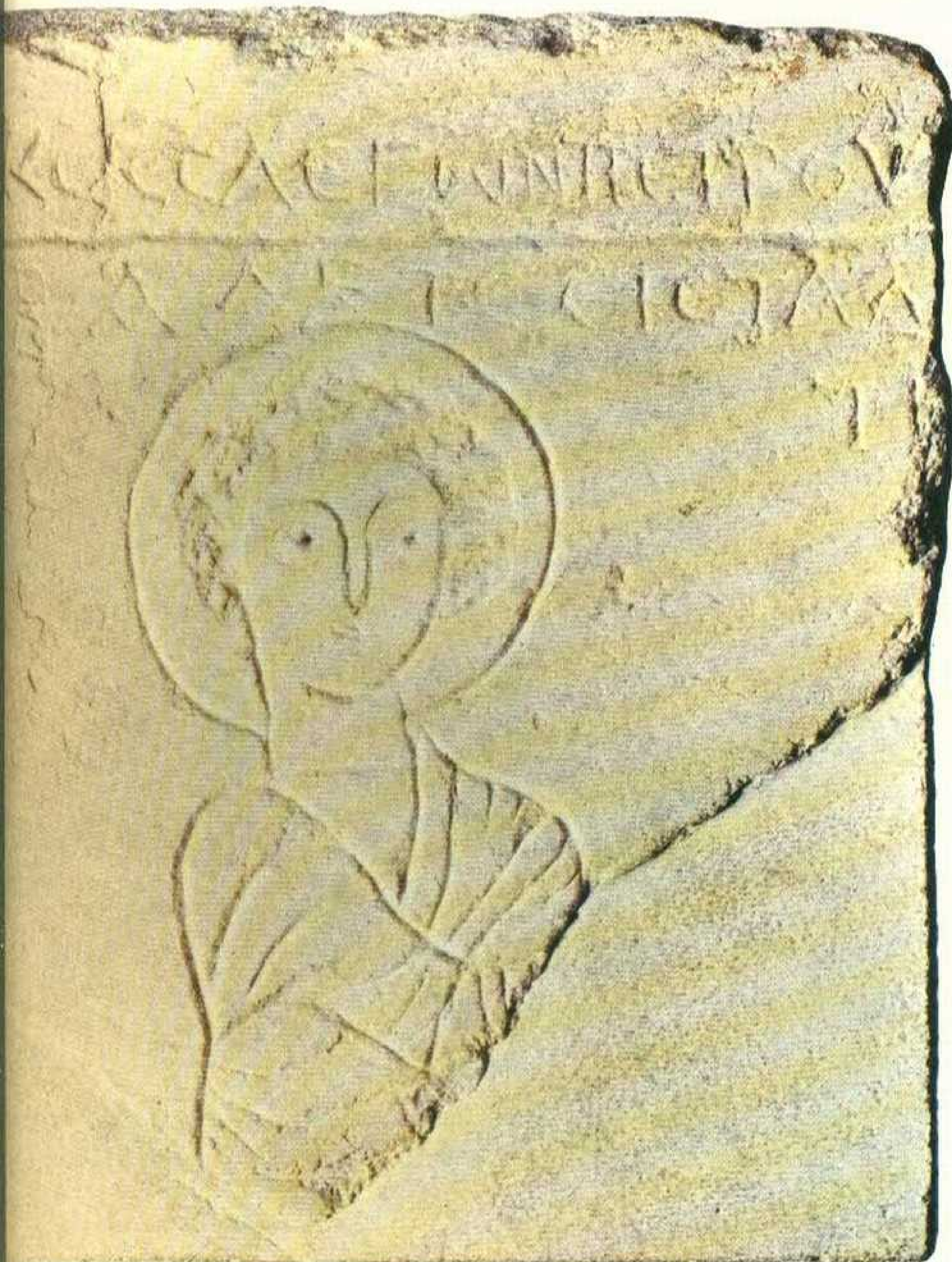
¿Tan incisivo, tan eficaz fue el advenimiento del cristianismo? Con el tiempo, ciertamente que su acción fue lo bastante fuerte como para determinar históricamente la corriente de la propia civilización, pero su nacimiento fue humilde y oscuro hasta el punto de hacer aparecer la religión cristiana como un fenómeno marginal, algo así como un episodio de escasa importancia; la misma Palestina, tierra natal del cristianismo, era una modesta comarca geográfica muy secundaria en el plano político del gran conjunto imperial. Por añadidura, el hecho cristiano apareció en el estrecho circuito judaico como una corriente interna de Israel, destinada a reformar su tradición particular, limitada al pequeño círculo formado por Cristo y sus discípulos. Este movimiento parecía, además, destinado a consumarse y a extinguirse con la vida y enseñanza del Maestro, en su actividad de prédica y apostolado, en su «testimonio» dirigido, a través de su oposición a la clase rectora de la comunidad judía de la época, hacia el sacrificio supremo: la pasión y la muerte, según el ineluctable significado del trágico episodio del Gólgota. El fenómeno cristiano, ¿no era análogo acaso, en todo y por todo, a tantos otros movimientos reformistas nacidos en el seno de la tradición judía y destinados a renovar el espíritu del viejo Israel, en lucha contra la degeneración de la fe heredada de la ley mosaica, sinónimo de fidelidad a Dios y de la libertad, por oposición a las demás razas? Y la tentativa cristiana, ¿no iba a concluir, históricamente, con el lamentable epílogo de la crucifixión?

Precisamente, la paradoja cristiana se muestra con toda evidencia desde los comienzos; el profundo sentido religioso, la fe cristiana, fueron el argumento esencial de la supervivencia de la Iglesia, de su ulterior y siempre creciente presencia histórica. Esta religión, que había tomado el nombre

El tapiz de la Creación, Gerona, maravilla del s. XI. (Foto F. Mas.)

de Cristo, desposando la causa del Maestro, se definió como la fe en Su profecía; fe — como explícitamente lo repetirá el Credo — en Cristo vivo, muerto, crucificado y resucitado, y, por consiguiente, garante místico del pago temporal a la fiel comunidad; fe en el Espíritu santificante, agente de una «terminación de los tiempos», tan misteriosa como real; fe en la continuidad de una presencia histórica hasta el advenimiento del Reino. Este elemental hilo conductor aseguró la continuidad del cristianismo. Su nacimiento había sido oscuro, la muerte del Maestro aún lo fue más y la desaparición parecía su destino inevitable; pero la noción precisa y obstinada de estos sucesos, en su aparente nulidad, eran señales, indudablemente evidentes, de que la intención salvadora de Dios operó un milagro: el milagro histórico del cristianismo.

Una de las más antiguas efigies del arte cristiano: el Cristo nimbado. Grabado debajo de una inscripción griega, es del s. IV y se debe indudablemente a un artista copto-cristiano de Egipto. (Foto Atesa.)



Euntes docete omnes gentes, «llevad la buena nueva a todo el género humano»; así resonaba la enseñanza del Maestro, en la víspera de su muerte carnal. Y pese a la impronta particularista (como judía) de la religión cristiana, se orientó hacia un destino supranacional, literalmente universal. El Concilio de Jerusalén, en el año 50, vio ceder la resistencia de la corriente «nacional» ante el empuje de un apostolado dirigido a todos los pueblos del mundo. En la personalidad y en la acción del apóstol Pablo, bien llamado «apóstol de los gentiles», vemos nosotros la ejecución, predominante y sistemática, de un programa ecuménico. Rebasando las fronteras de la estrecha Judea, el mensaje cristiano se difunde de Antioquía a Efeso, de Lystra a Atenas, de Corinto a Roma. La palabra cristiana alcanzaba a los hombres de todas las razas y de todas las religiones; «no más partos, sirios, árabes, ni griegos, sino todos cristianos en Jesucristo», tal era el principio de la predicación apostólica. El Evangelio circunvalaba todas las regiones del Imperio romano e, instintivamente, tendía a desbordar las fronteras. La geografía incluía a todo el mundo habitado, a la «comunidad» entera y definía su propia esencia salvadora en una perspectiva realmente «católica», es decir, universal.

Este cuadro es suficiente para caracterizar el aspecto público del cristianismo respecto a su origen particular y privado. Así tomaba cuerpo en principio y de hecho, en el plano histórico, penetraba en lo vivo de una experiencia civilizadora y se comprometía en la corriente de la propia civilización. A medida que su fisonomía se determinaba y definía, afectando a su particular aspecto, y luego se precisaba en una situación «temporal» — esto es, en el contexto de la vida moral, de la cultura y de la civilización clásica — la presencia histórica cristiana era cada vez más manifiesta, más empeñada, más dispuesta a participar en esa gran «cosa pública»: la política y la historia. Pero de hecho, en realidad, con quien entraba en contacto el cristianismo, era con Europa. La heterogénea y polivalente tradición de tantos siglos de historia mediterránea se había precisado ya, según la frase de Cicerón, en la síntesis de la «res romana». Y la entrada del cristianismo en la romanidad, heredera de toda la historia moral y civil, conocida y por conocer, equivalía a su entrada en la tradición europea. Así vistos, los orígenes del cristianismo aparecen como un capítulo completamente nuevo de la historia de la conciencia europea; o más bien, como una hechura que, influyendo de manera esencial sobre el alma occidental, renueva su prodigioso nacimiento; dicho de otra forma: los orígenes del cristianismo replantean el problema de los orígenes de Europa.

La aportación del cristianismo a Europa

Europa había adquirido su más rica y elevada fisonomía bajo el signo de Roma, elevada a la dignidad ecuménica del imperio. Su configuración interna se caracterizaba por la conciencia, a la vez civil y religiosa que, en el lenguaje brutal

de la jurisprudencia romana, se simboliza por el célebre dicho *civis romanus sum*. La frase contenía mucho más que la expresión orgullosa de un patriotismo exacerbado; era una profesión de fe; fe en pertenecer a la *civilitas* romana, fe en la función que representaba, en la gran conciencia de sentirse hombres, en virtud de la libertad individual y de la naturaleza comunitaria de la *civilitas* y, autentificando esta alta convicción moral, en la certeza de ser el centro de ese movimiento, el testimonio representativo del imperio y la medida del mundo.

Al adquirir esta mentalidad su forma más rica y madura — justamente bajo el aspecto de la romanidad — el cristianismo inició su carrera. La suerte de la nueva religión, incluida geográficamente en el espacio romano, dependía forzosamente de la actitud del imperio, pero esta dependencia varió según los períodos. Los historiadores suelen presentar los contactos del cristianismo con el imperio como un proceso que afectó tres fases sucesivas: de recíproca desconfianza, inicialmente, de lucha a ultranza, luego (persecuciones infligidas por el Imperio a la nueva religión y condenación cristiana de Roma, última encarnación de la infernal Babilonia) y, finalmente, de tolerancia y libertad religiosa a partir de Constantino el Grande. Siglos de inquietud fueron los primeros cuatrocientos años de la era llamada «*vulgar*» y, en ellos, el choque entre Roma y el cristianismo fue violento; después, la historia occidental adquirió nuevos vuelos. La Iglesia se convirtió de hecho en la continuadora de la Roma antigua; la herencia clásica, pagana, entró en esa fase de su historia bajo el signo del nuevo César, es decir, bajo la Cruz de Cristo.

Indudablemente, este es el trascendente hecho que hay que realzar y comprender en toda su profundidad. Este encuentro constituyó realmente una profunda crisis, en el sentido en que lo entienden los modernos pensadores, como Ortega y Gasset, cuando escribe: «...Lo normal es que a la figura del mundo vigente para una generación suceda otra figura del mundo un poco distinta. Al sistema de convicciones de ayer suceda otro hoy — con continuidad, sin salto; ...»

Este abandono gradual de antiguos hábitos mentales y morales y la progresiva afirmación de una conciencia nueva, este paso a otra *Weltanschauung* — a una concepción diferente del mundo y de la vida — tuvieron lugar gracias a la recíproca ósmosis entre el romanismo y el cristianismo, siguiendo los azares de una lucha intensa que no excluía su progresiva alineación. No obstante, las diferencias entre las costumbres paganas y la ética cristiana eran grandes, incluso radicales, en ciertos aspectos. La fe romana era terrenal, esencialmente política; lo sagrado y lo profano, lo religioso y lo civil confundíanse en una perspectiva unitaria «hori-



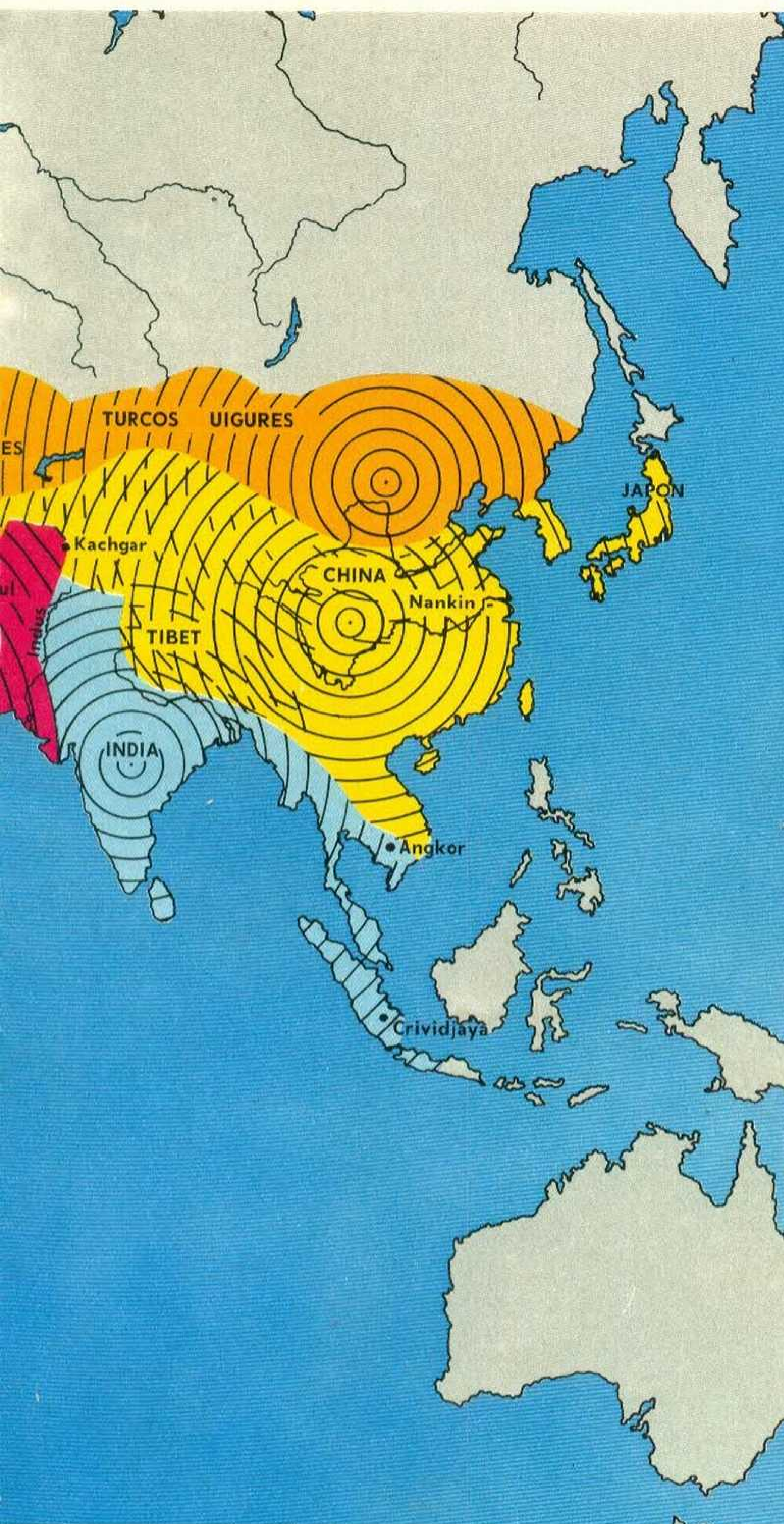
En ningún sitio la tradición cristiana aparece tan pura como en el estilo románico. Son conocidas las maravillas arquitectónicas de Tournus, Cluny, Jumièges; es menos conocida la escultura policromada de la que esta estatua de San Leonardo, que se venera en la iglesia parroquial de S. Léonard-de-Noblat, ofrece un bello ejemplo. (Foto MTA.)


FINESES
HAZARES
AVAROS
Poitiers
Roma
Constantinopla
Córdoba
Bukara
Bagdad
Ispahan
Damasco
Kairuan
Alejandría
EGIPTO
ARABIA
Medina
La Meca
SAHARA
MAYAS
GHANA
ABISINIA
Andinos

zontal». Aludo, por ejemplo, a la unidad fundamental de la magistratura romana, que, simultáneamente, detentaba la autoridad civil del cónsul y del pretor y el poder sagrado del Pontífice Máximo; pienso también en el culto imperial, en la diosa Roma que, en definitiva, era la imagen única y última del régimen público del Imperio. Frente a esta fe pagana, la fe cristiana orientaba su estructura hacia la «vertical», hacia la trascendencia divina, al destino ultraterreno, a la venida del Reino concebido más allá del tiempo y de la naturaleza; en consecuencia, definió al mundo, al «siglo», como una posesión satánica que descalificaba cualquier manifestación — cualquier reinado, toda forma de organización política — y la fulminaba con la irresistible condenación. El *ethos* clásico encontraba su cumplimiento en la celebración y exaltación de la Roma divina y absoluta — realidad incomparable cual ninguna, como la cantó Horacio en su *Carmen seculare* — mientras que la fe cristiana separaba implacablemente las condiciones de la ciudad terrena de los intangibles derechos de Dios; *Date Caesari quae sunt Caesari et Deo quae sunt Deo,* como retumbaba la inexorable enseñanza evangélica.

La opuesta naturaleza de estas dos concepciones las predestinaba fatalmente a luchar entre sí y esta lucha es una larga y apasionante página de la historia. No obstante, mientras el combate aún hacía estragos, un progresivo acercamiento permitía una especie de diálogo, que era como un encuentro parcial. ¿No se había extendido la potencia romana hasta las fronteras del mundo? En el régimen que intentó y realizó Roma se habían integrado miríadas de grupos y pueblos y todo este esfuerzo, ¿no constituía acaso un programa y una realización ecuménica? Ahora bien, el cristianismo también obedecía a una vocación universal; su espíritu «católico» exigía y animaba un régimen de vida espiritual, abierto a todos los pueblos. Entonces, para crear como ella hizo un pueblo único de *diversis gentibus,* ¿cómo dejar de simpatizar con la gran experiencia de la romanidad?

Aún hay más; el sentido del derecho, victoria de la tradición clásica y de la romana en particular, había subrayado perfectamente tanto el principio de la dignidad del individuo — es decir, la libertad de la persona y su capacidad para actuar positivamente en la diversidad de las relaciones

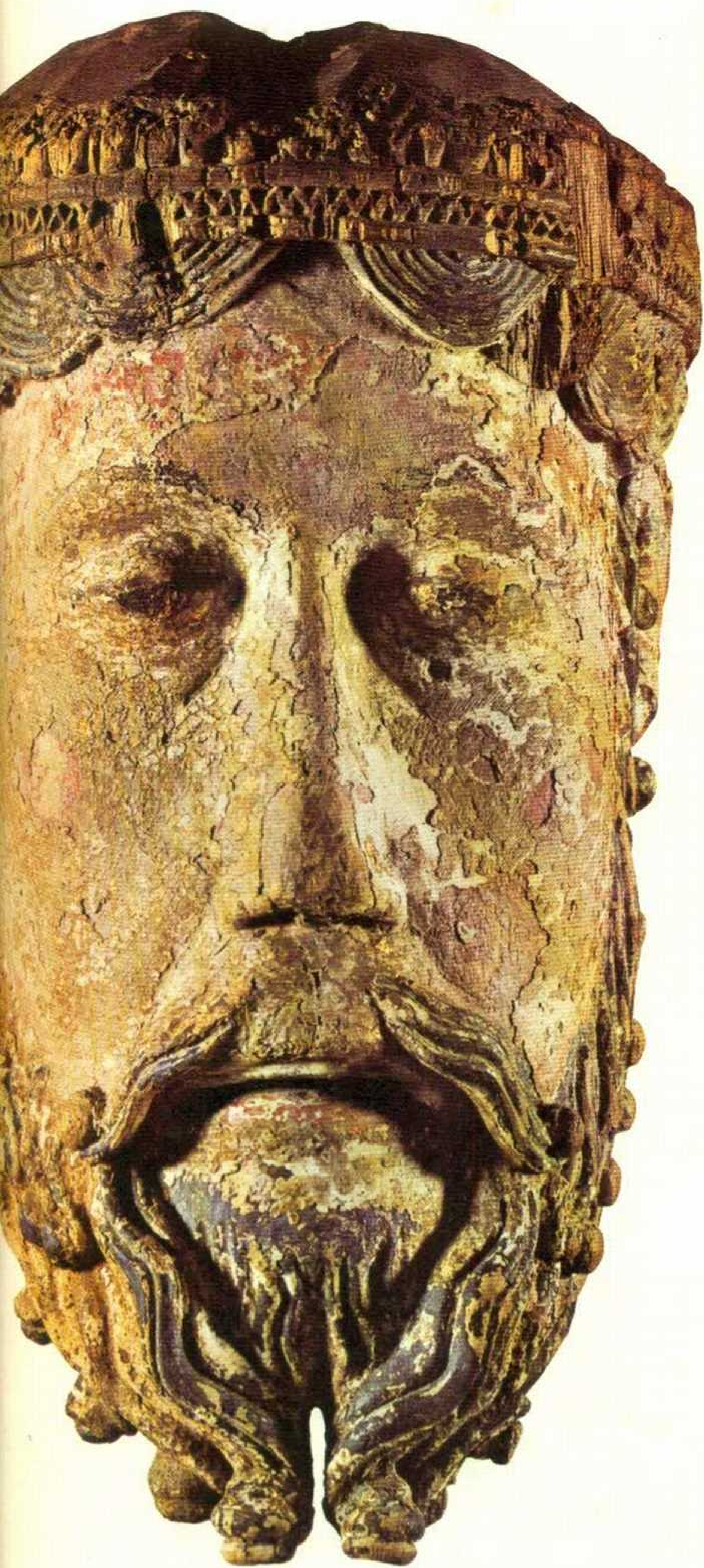


PRINCIPALES CIVILIZACIONES EN EL SIGLO VIII

Germánicos

Eslavos
Mayas
Negros
Bereberes
Griegos-Bizantinos
Mongoles de las estepas

Celtas
Andinos
Musulma
Chinos
Hindúes
Iranios



humanas —, como la valoración del principio recíproco de la vida social, ya que la sociedad no puede existir sin justicia y exige la existencia reconocida y vívida de la ley. Así pues, si el cristianismo se había definido en sus comienzos como un mensaje de salvación del alma individual, centro esencial e infinitamente precioso de la persona humana y de su dignidad, el día glorioso de la Pascua de Pentecostés había enseñado — al mismo tiempo que el nacimiento de la Iglesia — el destino comunitario de la vida cristiana, esto es, aptitud para convertirse en una sociedad, en un cuerpo orgánico de fieles comprometidos a vivir cada vez más intensamente las complejas relaciones de la vida en común, sobre la que actúa, como único fermento, la presencia santificante del Espíritu Santo.

De la Roma de los Césares a la de los Papas

Los historiadores hablan de la «conversión» de Constantino el Grande — y con él, de todo el imperio romano — a la religión cristiana. No obstante, podría hablarse también de una «conversión» paralela del cristianismo a muchos caracteres esenciales del espíritu clásico. Lo que ocurrió en el siglo IV — la sustitución del imperio pagano por el imperio cristiano — ocurrió igualmente en el plano de las ideas. La filosofía pagana y la teología cristiana, entre roces y encontronazos, empezaron a alinearse. El tema total e inmenso de la ciudad, de la *polis*, extendida hasta las fronteras del mundo y aún más allá, con toda la carga de su moral y de su espíritu cósmico, se trasmitió de la Roma de los Césares a la de los Papas y príncipes cristianos. La desesperada tentativa de Juliano el Apóstata, el soberano que intentó restaurar la religión imperial como culto público, terminó en un fracaso. Algunas décadas más tarde, a fines del s. IV, la demolición de la estatua pagana de la Victoria que señoreaba la sala del Senado, no encontró otra oposición que la platónica protesta de Simnacus, noble, pero solitario espíritu conservador. La Iglesia actuaba ya como árbitro de semejantes querellas; las autoritarias palabras de Ambrosio, obispo de Milán, sellaron un triunfo irreversible.

Así, pese a lo incierto de su destino, una continuidad de pensamiento tejía la trama de la tradición europea. El cristianismo renovaba fielmente el argumento fundamental de la cultura pagana cuando tendía a imponer y continuar una «institución», tanto privada como pública, de la humanidad, basada en los valores clásicos más caros a la tradición grecolatina: libertad, igualdad y fraternidad.

Colgaré la espada de una rama de mirto
como Armodios y Aristogitón cuando mataron al tirano
y dieron a Atenas la igualdad de las leyes.

Otro ejemplo de escultura románica: se trata de una talla que representa una cabeza de Cristo, en madera dorada, procedente de Lavaudieu (Hte-Loire), que data del segundo cuarto del s. XI. (Foto Atesa.)

Esta era la voz de la tragedia antigua; la enseñanza cristiana exalta este canto para incitar a los fieles a luchar contra el peor de los tiranos, Satán, sin olvidar las diabólicas encarnaciones que proponía violentamente la historia en las fronteras del decadente Imperio, los bárbaros, a quienes la religión cristiana asimilaba a las potencias infernales Gog y Magog. La «isonomia» — igualdad ante la ley — había sido proclamada por las constituciones de las ciudades griegas y latinas y, con mayor razón, por Roma, la ciudad por excelencia; el sentimiento de la fuerza constitutiva de la ley, su capacidad para engendrar y desenvolver la dignidad del ser humano, se lo apropió la doctrina cristiana para trascenderlo como la imagen espiritual de la igualdad de las almas ante Dios. Finalmente, la solidaridad del género humano, sugerida por la mitología platónica y proclamada, tras la extraordinaria aventura de Alejandro Magno por el cosmopolitismo ideal de los estoicos y por la *civitas* romana, que se extendía desde las regiones de Oriente hasta la lejana y oscura Thule, esta solidaridad, a la misteriosa luz de la Paternidad divina, se convertía en una sociedad de seres conscientes, ligados entre sí por la responsabilidad del pecado original y por la sublime alegría del milagro redentor; era una fraternidad explícita, declarada, profesada entusiásticamente por todos los creyentes.

En las palabras del estoico Séneca — uno de los maestros del clasicismo — «la naturaleza única hace pertenecer a todos los mortales a una misma patria» — se injertaban los llamamientos de los frates, por boca de los obispos y sacerdotes, llamando incesantemente a los fieles a una región perfecta e incorruptible — la Tierra Prometida por Dios — donde la libertad, la igualdad, la justicia y la fraternidad, celebraban el triunfo de su identidad emanada de la gloriosa plenitud de Dios y, precisamente en esto, radica la aportación cristiana a la civilización europea, aporte henchido de virtud renovadora y progresista; destino ultraterrestre de la humanidad e investidura del hombre para una vocación sobrenatural, más allá de la historia. Europa, evadiéndose de sus dimensiones «seculares» se convertiría en protagonista — en calidad de representante casi ejemplar de la humanidad — de una sublime aventura que se ha ido tejiendo a lo largo de toda su historia y que desemboca en las intemporales orillas de la Ciudad de Dios.

Cuando la Europa cristiana adquirió plena conciencia de la historia, la concibió, no como un itinerario circular, según el mito pagano del eterno retorno, sino pletórico de energía y movimiento y orientado por la idea profunda del progreso que la acercaba indefinidamente al advenimiento del fin de los tiempos. No fue por azar por lo que surgió en la era cristiana el concepto de la historia y de la autobiografía, concebida como una historia personal y privada (pensamos en las confesiones de San Agustín) y a la par pública, como la idea del gran movimiento de toda la ciudad terrenal, llena ya de la misteriosa presencia divina, desde el primer día del exilio hasta el triunfo de la Ciudad celestial. Así lo enseña San Agustín en *De civitate Dei*, imprimiendo un indeleble sello a la evolución del cristianismo o, mejor aún, al porvenir de Europa, salvada históricamente por la redención cristiana.



El arte cristiano español reviste un estilo especial, hierático y policromo, como se puede apreciar en esta obra que reproducimos, un San Pablo catalán del s. XIII, pintado sobre madera. (Foto Loic, Fotogram.)

Edad Media, Iglesia y civilización europea

Se trata de una supervivencia extraordinaria, es la «verdad histórica» a que alude Chesterton en la página citada al principio; la antigüedad clásica había muerto y renacía en el fervor de la experiencia cristiana que aseguró la continuidad de Europa. El mito arcaico, parcialmente representado por el rapto de Europa y, su otra versión, la leyenda judía de Jafet y su descendencia occidental, adoptaba nueva forma en la renaciente imagen de una tierra cristiana, Europa, depositaria de los principios de la libertad y de la justicia de una sociedad basada en la ley, dispuesta a prefigurar

en el tiempo la perfecta vida comunitaria de la trascendente Ciudad de Dios.

La tradición europea renovada que estamos acostumbrados a reconocer y saludar en la llamada Edad Media, creció también materialmente, desarrollándose geográficamente. En verdad, debemos precisar que gran parte del antiguo Imperio romano estaba separada del mapa del nuevo mundo medieval por las invasiones bárbaras y, especialmente, por la gran conquista árabe de los s. VII y VIII; también es cierto que las fronteras europeas se extendieron por las regiones centrales, nórdicas y orientales del continente que los estandartes romanos no alcanzaron o apenas habían rozado. Las misiones cristianas, especialmente activas durante el s. X, prestaron una fisonomía totalmente nueva a Europa, pues penetrando por los caminos del norte, llegaron a las comarcas germánicas y eslavas, convirtiendo a soberanos y pueblos que habían sido llamados bárbaros y a los que el bautismo daba el derecho de considerarse como miembros de la gran «república cristiana» y hermanos de todos los creyentes.

La conquista de Europa por el cristianismo, evidente ya en lo terrenal, se convirtió en una realidad espiritual y en expresión del desarrollo de la conciencia propia de Occidente. Multitud de grupos étnicos, razas y comunidades, que antes sólo eran aptas para el nomadismo o para llevar una vida social elemental, entran de lleno en la vida civil, merced a la interpretación de la nueva fe. La religión servía para instaurar el advenimiento de la nueva sociedad. Por la acción de notorios pontífices como León y Gregorio Magno el régimen eclesiástico aseguraba idéntica promoción en el plano político. Estudiando el período pretendidamente oscuro de la Edad Media, observamos que la reconstrucción política sigue paso a paso el mismo camino que la historia religiosa y vemos cómo van surgiendo de ella las estructuras de la vida social, de la económica y los rudimentos de una garantía de la colectividad. Ciñéndonos a la simbólica elocuencia medieval, diremos que la espada, símbolo del poder temporal, se diferencia del báculo, símbolo de la autoridad religiosa. La espada está llamada a actuar conforme a la virtud cristiana de la justicia y a los profanos intereses terrenales, mientras que los pontífices y obispos — y no los príncipes — están facultados para ejercer la administración de las almas. Queda, pues, bien diferenciada la doble misión de la espada y el altar.

Poco a poco, el Estado y el Sacerdocio asumieron la responsabilidad suprema de la vida social en el plano público, concretándose, en estructuras históricas precisas y bien organizadas, el precepto evangélico sobre las competencias del César y de Dios; en el cuerpo unitario de la «república cristiana» iba tomando cuerpo el dualismo de la Iglesia y del Estado, fecunda unión, no ya de los dos poderes, sino de dos componentes fundamentales y esenciales de la conciencia pública y privada del medioevo, es decir, la consciente vocación de pertenecer al tiempo, a la tierra y a la historia — en una palabra, al mundo — y la otra vocación, no menos consciente, de los individuos y de las instituciones de sujetarse a la Ciudad inmaterial. La gran obra de Carlomagno, la restauración del Imperio, tenía esta naturaleza y comportaba una originalidad absoluta: el «signo santo» — el águila imperial, cuya historia narró Dante en el canto VI del «Paraíso», exaltándola y colocándola sobre las pasiones de los partidos güelfo y gibelino — que, renovado por el sentimiento cristiano recobra la más elevada temática de la edad clásica, residiendo precisamente en esta renovación la fidelidad de Europa al espíritu de su historia y al desarrollo de su tradición. La dialéctica humana, objetivándose en el diálogo Iglesia-Imperio, espíritu religioso y traje seglar, mostraba su nueva dimensión al unir el cielo y la tierra, la afirmación histórica y la vocación de otro mundo, la ciudad humana y la comunidad en marcha hacia la región absoluta del Reino divino.

Después del año 1000, una vez rebasado lo que la leyenda llamó «el terror del Año Mil» provocado por la convicción general del inminente fin del mundo, el sentimiento cristiano de la existencia y del destino humano se manifestó en la estructura orgánica de una civilización completa. A este propósito se habla de un primer renacimiento, antecesor del gran florecimiento de los s. XV y XVI. El tema de la «renovación» irrumpe en los medios eclesiásticos, sobre todo en el momento de la reforma cluniacense e inclusive de la sociedad civil. En realidad, más que de la aparición de una nueva civilización, podemos hablar del sistemático empleo de los conocimientos aportados por los siglos precedentes. Siempre bajo el impulso de la Iglesia — conducida a su famosa «teocracia» gracias a la primacía indiscutible adquirida en su victoriosa lucha contra el Imperio — la sociedad europea se define más cada vez en su conducta religiosa y en su fuerte fisonomía profana. Una vez más, las antiguas voces europeas resonaron por todo el territorio de Occidente; libertad y justicia, igualdad y fraternidad, no eran valores hueros ni pretextos para la profesión pública de la fe o para la redacción de documentos oficiales, antes al contrario, fueron temas apasionados de una tensión constante en los s. XII, XIII y XIV, hasta el umbral de la época moderna.

Esta tensión fue a la vez religiosa y política; las luchas entre güelfos y gibelinos, el prolongado duelo Iglesia-Imperio, las relaciones de fuerza existentes entre las diferentes clases sociales, tuvieron siempre una inspiración religiosa. Las libertades civiles sobre todo, suma y símbolo de las demás libertades e índice del carácter de la vida política, estaban enraizadas en la sólida roca del ideal religioso, animador de los derechos del hombre. Pensamos en la *Magna Charta libertatum*, firmada entre la Corona británica y el primer núcleo representativo del que debía salir el primer Parlamento europeo, la primera democracia occidental que entró en acción. Y no fue tan sólo Inglaterra, sino toda Europa, la protagonista de este episodio excepcional. De esta experiencia limitada, vivida y padecida con intensidad, debía fluir una fuerza moral capaz de desafiar y dominar los siglos bajo el signo de esos «principios inmortales» que fueron la manifestación lúcida y ejemplar del humanismo europeo y que van, desde la carta inglesa de 1215 hasta la Revolución francesa de 1789, que tan poderosamente ha influido en la formación de los tiempos modernos.

CUARTA PARTE



el encuentro de las civilizaciones


Super D.C.6
OO-CTK
SABENA

HASTA los tiempos modernos, las civilizaciones se han desarrollado en circuito cerrado y los contactos que han podido tener unas con otras han sido episódicos y superficiales. No es difícil hallar ejemplos. Alejandro dio a sus conquistas una extensión gigantesca para su tiempo, pero, ¿conservó algo el helenismo de aquella expedición al país del Indo? y, recíprocamente, si exceptuamos el arte greco-budista de Gandhara, ¿qué aportó la campaña de Alejandro a los pueblos asiáticos? De todas formas aquella expedición fue un ejemplo impar y sin continuidad. Durante la Edad Media, e incluso después del Renacimiento, los pueblos continúan ignorándose entre sí. Todavía en el s. XVII, al escribir Bossuet su *Discours sur l'Histoire Universelle* no habla de China, ni de India, ni de América, ni de Africa.

Y, sin embargo, hacía más de un siglo que los grandes viajes de exploración, los de Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Núñez de Balboa y otros, habían ensanchado el horizonte geográfico, sospechado desde mucho antes por los filósofos, en su verdadera dimensión. Pero, llegados a este punto, se impone una comprobación sintomática; las consecuencias económicas y materiales de los grandes descubrimientos preceden, con mucho, a su impacto sobre las concepciones intelectuales, políticas, espirituales y estéticas de colonizados y colonizadores. Hubo que esperar hasta la terminación del s. XVIII para que la expansión europea rompiese las fronteras culturales de las civilizaciones y se pudiese observar lo que los sociólogos contemporáneos llaman un fenómeno de aculturación.

El «europeocentrismo» debía sobrevivir algún tiempo al estallido de las viejas nociones; tras haber descubierto el mundo, después de haber experimentado las repercusiones de sus descubrimientos y de efectuar sus propias revoluciones, Europa creyó que había conquistado el universo y asimilado a sus nuevas colonias. Realmente, a plazo más o menos largo, el encuentro de las civilizaciones haría imposible el mantenimiento de la primacía de un continente sobre los demás. Actualmente se ha establecido una ósmosis continua entre los cinco continentes; nuevos nacionalismos han nacido; los problemas políticos y económicos se plantean hoy en términos completamente diferentes, no en función de un imperio o de una tradición, sino a escala mundial.

En los capítulos siguientes se verá cómo, habiendo descubierto el mundo y habiéndose descubierto a sí misma, Europa intentó imponer su estilo de vida, sus conocimientos filosóficos y religiosos y sus métodos económicos al resto del mundo. Se verá también, cómo Europa está adquiriendo conciencia de su fracaso; los demás continentes, cual espejos deformantes o lunas sin azogue, devuelven al nuestro una imagen temiblemente nueva del mundo futuro.

Pasado y futuro frente a frente en el aeropuerto de Kano, Nigeria. (Foto E. Lessing-Magnun.)

J. A. VAN HOUTTE

europa descubre el mundo

Entre 1450 y 1550 se produjo una especie de estallido cuyo pleno significado tal vez no aparece hasta nuestros días. Europa había estado viviendo en una esfera hermética, en el fervor de un humanismo religioso que se creía mantenedor del equilibrio espiritual y material del mundo. De pronto, se rompió el equilibrio, estalló la esfera y Europa dejó de ser un universo bien definido geográfica e intelectualmente. Al Renacimiento de las artes y de las ideas, a la Reforma que puso en tela de juicio los dogmas católicos, se añadió una necesidad de expansión en el espacio que es origen y, a la vez, consecuencia de los grandes viajes del s. XVI. La actual exploración espacial sigue igual línea.

La pobreza de los medios técnicos impuso a la civilización europea por largo tiempo un horizonte geográfico muy limitado. La fragilidad de los materiales exponía a los navegantes a los azares del mar; por eso no se separaban de las costas, para poder ganar a nado la tierra firme en caso de naufragio. En consecuencia, durante toda la Antigüedad, el conocimiento de los mares no rebasó el Mediterráneo; a pesar de todo, algunos osados navegantes tuvieron la audacia de salirse de aquel marco y ampliarlo; en el s. V antes de J.C. dos cartagineses, buscando itinerarios favorables al comercio de su ciudad, fueron los primeros en reconocer las costas del Atlántico; impulsado por el deseo de encontrar los centros productores del oro llegado a Cartago por las rutas caravaneras del Sahara, Hanón zarpó de Cartago y alcanzó el Camerún, mientras que Himilcón buscaba por el norte los yacimientos de estaño, que era preciso para fabricar el bronce — con el fin de eliminar a los intermediarios galos — y llegó a las islas Británicas. Sus compatriotas, en busca de la púrpura, visitaron las islas Canarias. No obstante, preocupados por mantener secretos estos monopolios, nos dejaron ignorantes de la extensión real de sus éxitos y de la regularidad con que mantuvieron relaciones con los nuevos países.

Hubo que esperar a la epopeya de Alejandro Magno para que los griegos franquearan las fronteras del Mediterráneo. Por entonces, Pitheas de Marsella, probablemente movido por los mismos intereses que habían animado ya a Himilcón, partió en demanda del Atlántico septentrional, efectuó el periplo de Inglaterra y Escocia y reconoció las costas noruegas, antes de remontar las orillas continentales del mar del Norte, más allá de la desembocadura del Elba. Como el mundo griego lo ignoraba todo respecto a aquellas regiones, las observaciones de Pitheas parecieron hasta tal punto increíbles que le valieron entre sus compatriotas la reputación de bromista; la conquista romana familiarizó paulatinamente al mundo mediterráneo con aquellas apartadas regiones. Por el contrario, la conquista de Oriente por Alejandro dio lugar a algunos viajes de exploración que revelaron a los griegos las costas sudorientales de Asia. Hacia el año 100 a. de J.C. se profundizó este conocimiento después que el griego de Egipto, Hippalo, descubriera los monzones y, al aprovecharlos, se pudo establecer contacto regular entre los puertos egipcios del mar Rojo y los de la India, con vistas, principalmente, al tráfico de especias y sederías que, desde tiempos inmemoriales, era una de las claves del comercio a gran distancia y que estaba destinado a una clientela que brillaba más por su riqueza que por su número. El clima económico se caracterizaba por la búsqueda de los grandes beneficios que procuraban las raras y alejadas mercaderías, cuya clientela, poco numerosa pero rica, hacía un gran consumo. En el uso de las especias se buscaba, inconscientemente, paliar la carencia de vitaminas de un régimen alimenticio casi desprovisto de legumbres. La farmacopea hacía con ellas apreciados compuestos y no ignoraba las cualidades afrodisíacas de muchas de ellas. En cuanto a los tejidos preciosos, cuya producción no comenzó en el mundo mediterráneo hasta el siglo VII de nuestra era, con la introducción del gusano de seda por los árabes, contribuían a diferenciar el modo de vida de las clases acomodadas del común de las gentes.

A finales de la Antigüedad la brusca ruptura de las relaciones comerciales cercenó estas comunicaciones y precipitó al mundo occidental en un aislamiento acentuado por la conquista musulmana, convirtiendo el Mediterráneo en una barrera en vez de continuar siendo un lazo de unión. Las adquisiciones de los antiguos conocimientos fueron cayendo en

el olvido y el horizonte geográfico europeo no recobró su extensión hasta fines del primer milenario. En el mundo escandinavo, hasta entonces al margen de la civilización europea, una fuerte presión demográfica empujó a los vikingos, especialmente a los noruegos, a buscar tierras que poblar y, con una temeridad desconocida hasta entonces, aquellos navegantes fueron descubriendo sucesivamente, Islandia en el año 867, Groenlandia en el 981, para abordar, alrededor del año 1000, las costas norteamericanas entre el Labrador y Massachusetts. Si bien, al parecer, los viajes de «tramperos» y mercaderes peleteros unió durante varios siglos a Noruega con el Nuevo Mundo, esas relaciones quedaron desconocidas para el mundo europeo. Incluso después de su conversión al cristianismo, Escandinavia quedó casi al margen de Europa y no contribuyó apenas a su civilización.

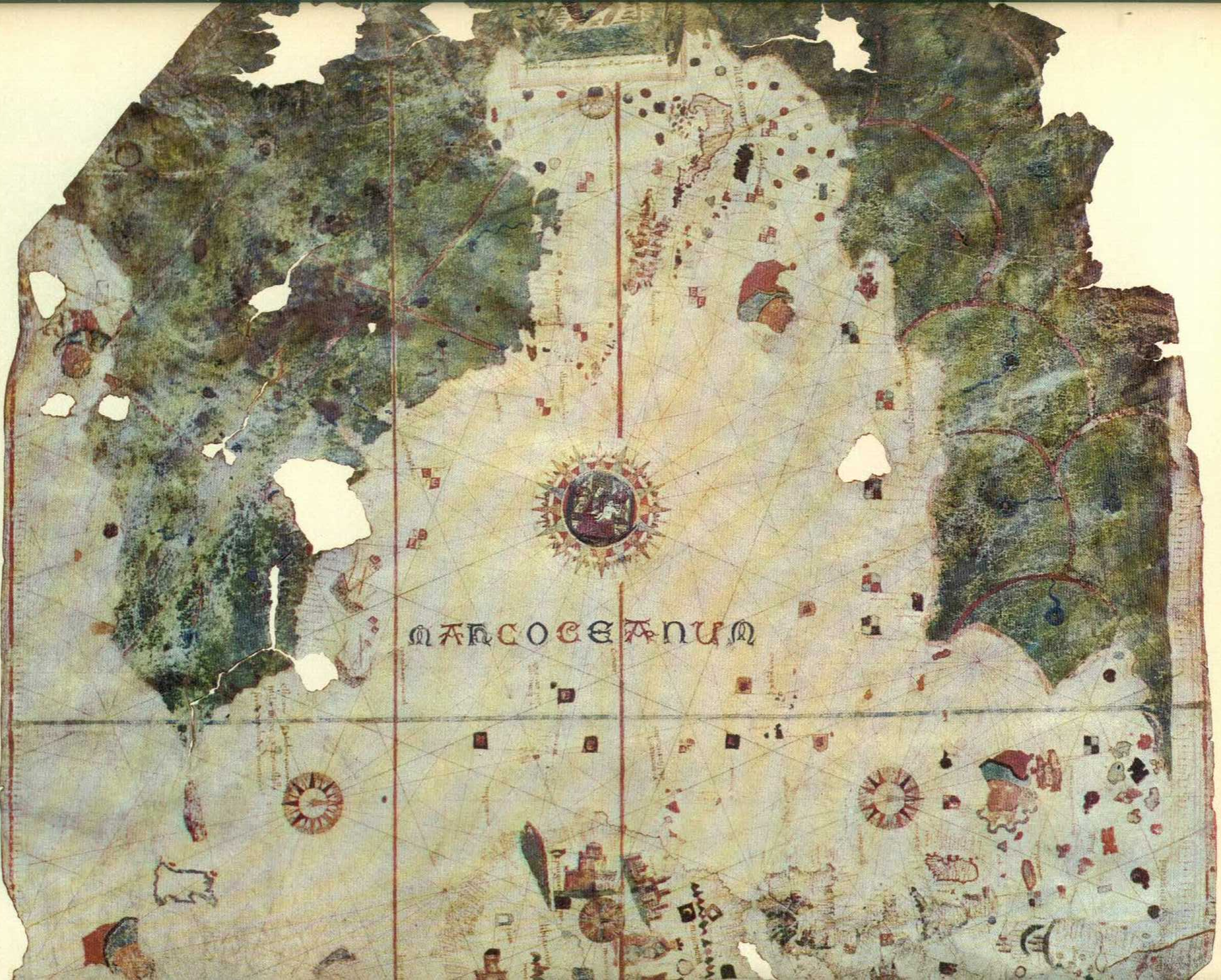
Simultáneamente, el incremento de la población de Europa planteó un problema de subsistencias, que la extensión de las actividades agrícolas predominantes durante siglos no podía resolver. Se imponía el despertar de la industria y del comercio. Las renacientes ciudades del contorno mediterráneo occidental reanudaron contactos más continuados con el mundo oriental, en especial con los países islámicos, con los que otra vez estaban en condiciones de tratar en pie de igualdad. Como pasó en los tiempos antiguos, las especias y las sedas orientales —cuya producción local no alcanzaba a cubrir la demanda—, fueron su principal fundamento. El tráfico de estos géneros se caracterizaba por la intervención de una serie sucesiva de intermediarios, cada cual en su territorio, en forma de compartimientos estancos y sustraídos a la competencia. En el océano Indico, donde la actual Indonesia era el principal proveedor de especias, éstas se cargaban en navíos árabes, procedentes en su mayor parte de los sultanatos de las costas sur y sudeste de la península arábiga, que las llevaban al golfo Pérsico o al de Suez, desde donde eran transportadas por caravanas hasta las escalas de Levante, de las que las más importantes eran Beyruth, Trípoli y Alejandría. En estos puertos era donde se reanudaba el contacto entre musulmanes y cristianos. El papel de catalanes y provenzales, si bien importante, era relativamente modesto comparado con el de los italianos; venecianos, genoveses, florentinos y pisanos, poseían una indiscutible hegemonía en la distribución de los productos orientales en Francia, Alemania, Países Bajos e Inglaterra.

Las sederías chinas también llegaban, después del interminable caminar de las caravanas, a los puertos de Levante. No obstante, en las orillas del mar Negro y, especialmente, en las factorías italianas de Crimea o de los contrafuertes del Cáucaso, desembocaban otras rutas caravaneras después de haber atravesado Asia central; estos establecimientos conocieron su apogeo desde el s. XIII, gracias a la unificación de las estepas eurasiáticas e incluso de China que, bajo la dominación mongol, hospitalaria con los extranjeros, comerciaba con otro productor de especias, el archipiélago indonésico. Mercaderes italianos, seguidos muy pronto por misioneros y diplomáticos, partieron de las costas de Crimea, para llegar por tierra a China, atravesando el Turquestán y Mongolia. El más famoso de todos, Marco Polo, entró al servicio del emperador mongol y desempeñó para él altas funciones administrativas y diplomáticas, antes de regresar a su ciudad natal en 1295, tras una ausencia de veinticinco años; prisionero poco después de los genoveses, con quienes Venecia estaba en guerra, ocupó los ocios forzosos de su cautiverio dictando su *Libro de las Maravillas del Mundo*, la narración de viajes más difundida de finales de la Edad Media, en la que revelaba a Occidente un mundo desconocido, lleno de fabulosas riquezas.



El astrolabio fue usado hasta la invención del sextante. (Foto Atesa.)

Después de sacudirse, cien años más tarde, la dominación mongólica, China instauró un régimen de extremada xenofobia que puso fin a las relaciones continentales directas entre Europa y Asia. Por otra parte y a causa de la expansión otomana nacida en la meseta de Anatolia, los piratas turcos implantaban el desorden en la navegación por el Mediterráneo, provocando de esta forma una crisis en las relaciones entre Oriente y Occidente. A decir verdad, la crisis del Occidente era más profunda. Después de un brillante desarrollo, su economía había entrado en una prolongada fase de depresión; entre sus causas hay que subrayar la penuria de metales preciosos, que no sólo mantenían un clima deflacionista perjudicial al conjunto de la vida económica —aunque los contemporáneos no siempre se diesen cuenta—, sino que también creaba un desorden permanente en las condiciones monetarias que era demasiado aparente. La trágica desapari-


MARE OCCEANUM


EVROPA
ASIA

ción de un tercio de la población activa de la cristiandad, provocada por la peste negra entre 1347 y 1350, y los posteriores retornos de la epidemia, redujeron las exportaciones europeas al norte de Africa musulmana, siendo así que Europa, por ese camino — falta de suficiente extracción en su propio subsuelo — se procuraba el oro del Sudán, preciso para cubrir las necesidades de sus cecas. Imaginamos de qué forma la escasez y carestía de oro e incluso de la plata, obsesionaba a las mentes, incitándolas a buscar a mejor precio unos metales que, sinónimo de riqueza en todos los tiempos, lo fueron más que nunca alrededor del año 1400.

Sin embargo, este espíritu de aventura, nacido del comercio, se inspiraba también en otras fuentes. La idea de Cruzada no había desaparecido completamente de la cristiandad y tenía plena vigencia en los estados ibéricos, frutos de la lucha contra el infiel, que proseguían con el encarnizamiento de su conciencia de vocación nacional. Ahora bien, si Castilla alcanzaba ya a los decadentes restos de la potencia nazarí, reducida al reino de Granada, Portugal estaba separado de los musulmanes por las conquistas castellanas y sólo podía hostigar a la morisma por el mar. Esta tarea incumbía en buena parte a las Ordenes Militares suscitadas por la Cruzada ibérica; en los primeros años del s. XV la Orden de Cristo eligió Gran Maestre al infante Enrique, conocido más tarde con el sobrenombre de «el Navegante», hijo póstumo del rey Juan I; este personaje, curiosa mezcla de cruzado, apasionado por los grandes hechos de armas y hombre de estudio, al corriente de los recientes progresos de la ciencia geográfica, había hecho suyo el sueño, que otros tuvieron antes, de sorprender al Islam entre dos fuegos. En el s. XII se propagó por Occidente la leyenda del Preste Juan de las Indias, príncipe de gran poder temporal y espiritual y, en la ignorancia de la geografía de aquellos lejanos países, se situaba vagamente su reino por alguna parte detrás de la barrera que para la cristiandad representaba el mundo islámico. En los tiempos de Enrique el Navegante se había dado en identificar el Preste Juan con el emperador de Etiopía, país del que no se sabía casi nada, excepto que era de religión cristiana; como el problema residía en unir las fuerzas de la cristiandad con las del Preste Juan, había que empezar por encontrar su reino. La exploración de las costas de Africa occidental por los portugueses, inspirada en este designio, fue a la vez una empresa de buscadores de oro al acecho de los misteriosos países que lo producían. Mucha gente interesada en el comercio de las especias se preguntaba si no podrían alcanzarse, rodeando el traspaís desconocido del mundo musulmán, sus lugares de producción, las «Indias», por incierta que fuese su situación.

Pero, ¿no habría otro camino para llegar a ellos? El renacimiento de la antigua geografía vino oportunamente a sugerir esta cuestión; la Edad Media representaba la Tierra como un disco ligeramente bombeado, flotando en la inmensidad del océano. La noción de la esfericidad de nuestro planeta, familiar a los antiguos, desde Pitágoras, debía revivir después de la primera traducción latina de la Geografía de Tolomeo de Alejandría; los manuscritos de esta obra se difundieron rápidamente, en espera de que la imprenta la acelerase más aún, probablemente a partir de 1462. Si la Tierra era una esfera, resultaba que se podía alcanzar el Asia oriental desde Europa, atravesando el Atlántico, pero además de haberse heredado los antiguos conocimientos de la ciencia geográfica, se heredaron también sus errores; hasta el s. XVII fue imposible determinar con precisión las longitudes, pues la antigüedad había sobrestimado su extensión y estirado el Viejo Mundo, de este a oeste, hasta tal punto, que la anchura del océano Atlántico se había reducido mucho y de hecho se pensaba que el Japón, cuya existencia se conocía por el relato de Marco Polo, se situaba aproximadamente donde están los Estados Unidos. La perspectiva de alcanzar el oriente de Asia por el oeste, tentó a muchos navegantes del s. XV y varios de ellos lo intentaron, pero desaparecieron sin dejar rastro, antes de que lo consiguiese Cristóbal Colón. El dichoso error de Tolomeo ha sobrevivido hasta nuestros días en la nomenclatura geográfica, pues es sabido que los términos «indios» e «Indias Occidentales», proceden del menosprecio de Colón, persuadido de haber alcanzado el objetivo que sugerían Tolomeo y sus comentadores.

Los grandes viajes de descubrimientos que señalan los albores de la Edad Moderna, hubiesen resultado imposibles sin los progresos de la navegación. Las barcas y galeras, cascarones utilizados en el cabotaje europeo, no reunían condiciones para las travesías oceánicas, incluso si iban provistas del timón de codaste de largo azafrán, inventado en el s. XIII que, por la potencia de su acción, permitía aumentar el tamaño de los buques. Los portugueses franquearon una etapa decisiva con la introducción de la carabela en el s. XV, provista de velas cuadradas para navegar con viento de popa y de velas latinas para avanzar con viento de través; su alargado perfil aumentaba la facilidad para maniobrar y para dar bordadas. La adopción de la brújula, de incierto origen pero conocida en Europa desde el s. XIII, permitió orientarse en cualquier tiempo. El astrolabio, círculo graduado provisto de visor, tomado a la navegación árabe, proporcionó el medio de determinar las latitudes, midiendo los ángulos formados por la estrella polar o el sol con el horizonte, medida que podía interpretarse con ayuda de las tablas de declinación. Inicialmente, los mapas eran muy inexactos y se prestaban a grandes errores de navegación. Hubo que esperar hasta 1569 el planisferio del holandés Mercator para disponer de un mapa basado en el principio de latitudes y longitudes, crecientes por igual, que asegurase el carácter equiangular de ambas y que permitiese representar la línea de derrota por medio de una recta que cortase meridianos y paralelos bajo el mismo ángulo. Por añadidura, la situación sanitaria de las tripulaciones fue penosísima durante mucho tiempo, debido a la lentitud de los recorridos, a las terribles enfermedades originadas por el hacinamiento o en un reducido espacio y a la prolongada carencia de alimentos frescos. No se debió a la casualidad el que después de las exploraciones de los s. XV y XVI y de la pausa que señaló el XVII, se iniciase una segunda época de grandes descubrimientos, una vez que los progresos de la medicina y de la higiene redujeran la mortalidad a bordo, a principios del s. XVIII.

(Al dorso) Mapa de Juan de la Cosa, de hacia el año 1500. (Museo Naval, Madrid.)

BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

JULIO F. GUILLEN

los grandes viajes de descubrimiento

Al lanzarse a la aventura, los navegantes de los siglos XV y XVI obedecían a tres tipos de móviles: la simple curiosidad «turística», el deseo comercial de hallar nuevos caminos en busca de las riquezas de Oriente y, como motivo más significativo, la inquietud por conocer algo del más allá, por saber algo más del mundo en que vivían; era una inquietud y nostalgia análogas a las que, 460 años más tarde, nos acucia a explorar el espacio y llegar a otros planetas.

Mal preparados contra el frío y el calor, nuestros antepasados eligieron como cuna de nuestra civilización las regiones de clima benigno y templado. En los primeros tiempos de su historia vivían en grupos y se desconocían mutuamente, a excepción de los pueblos vecinos, que se hostigaban con sus rivalidades y dieron lugar a invasiones mutuas y las consiguientes huidas, que siempre acababan por la desaparición del más débil, que quedaba asimilado al pueblo vencedor. Los invasores, a su vez, solían olvidar sus tierras de origen.

Pero hubo unos hombres que tuvieron la audacia de luchar contra su aislamiento: los navegantes. Unos, llamados «viajeros», eran empujados por la curiosidad y el espíritu de aventura; otros, los «marinos», por la afición al comercio.

Los primeros, auténticos predecesores de los *reporteros* de nuestro tiempo, solían escribir «reportajes» sensacionalistas en los que la fantasía jugaba un papel importante y todos estos relatos tuvieron enorme resonancia en la conciencia del hombre de la Edad Media.

Algunos de estos relatos, como los de Mandeville, fueron exclusivamente fruto de la imaginación. Por esta razón, durante mucho tiempo se tuvo por cierto el viaje del fraile franciscano español del siglo XIV que escribió una notable *Descripción de todos los reinos de la tierra* sin salir de su convento. Los errores e imperfecciones del mapa que utilizó para «viajar» han demostrado a los historiadores de hace medio siglo que su viaje fue pura fantasía.

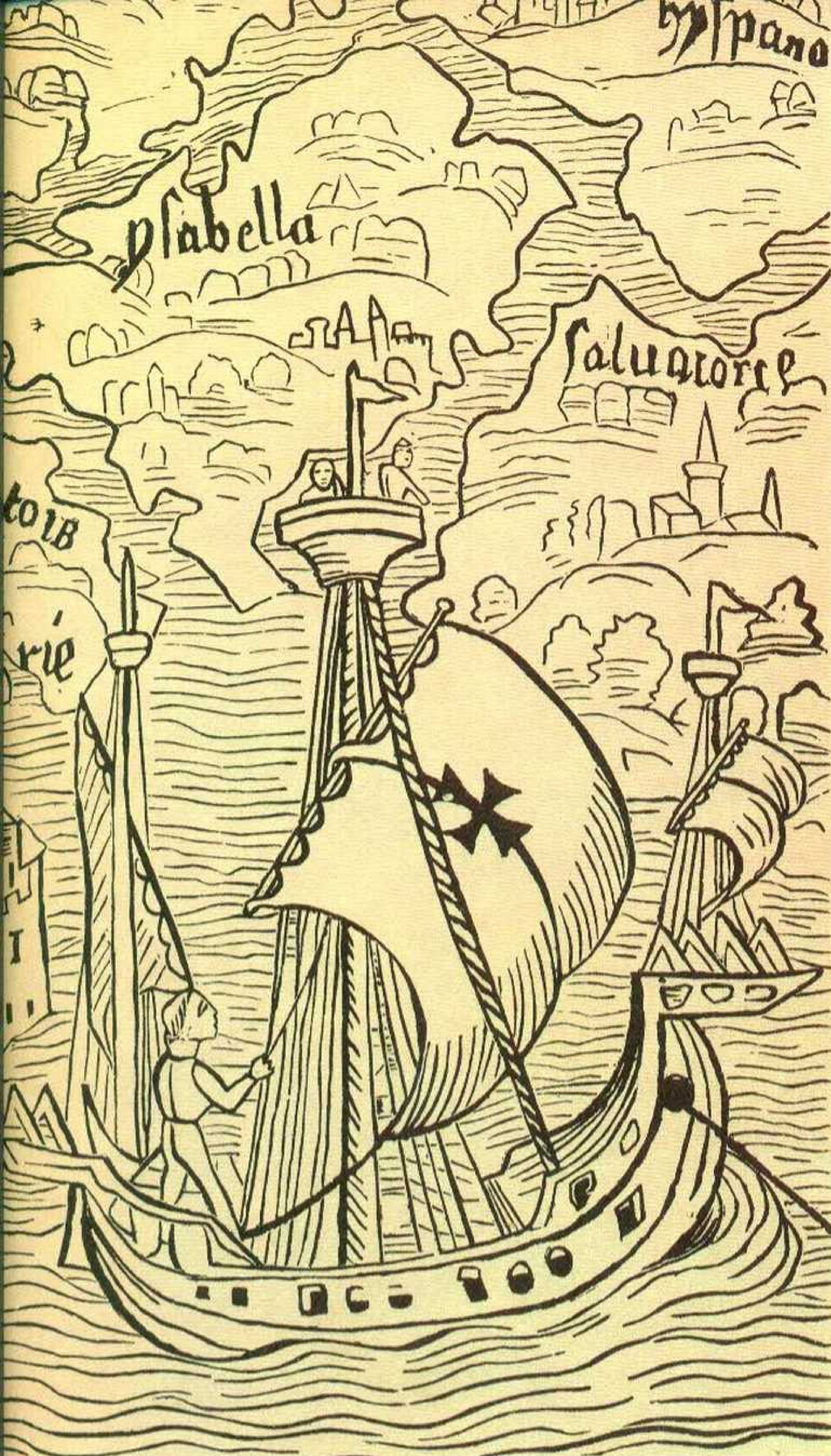
En cambio, los marinos y navegantes se servían de la teoría y de la práctica y en la combinación de ambas perfeccionaban sus conocimientos. Su espíritu positivo y sabio no les permitía fantasear ni inventar. En caso de mentir, sus compañeros hubieran denunciado el fraude.

Más bien su papel consistió en destruir las leyendas que circulaban y cuya autenticidad no habían podido verificar. A su regreso, su espíritu de curiosidad y sus maravillosas dotes de observación les permitieron escribir relatos que, sin sospecharlo ellos, ensancharon los conocimientos geográficos y fueron la base de ciencias humanas que aún hoy día son consideradas como modernísimas: la etnografía y la filología comparada.

El mundo conocido de la Antigüedad remota estaba encuadrado en horizontes estrechos. El «más allá» de estos horizontes era considerado inexistente o lleno de leyenda. Pero, al demostrar que el mar era un factor de unión más importante que la tierra, los navegantes se lanzaron, a partir de las costas mediterráneas, a conocer las regiones de occidente.

Los fenicios constituyen el comienzo de estas exploraciones. Lanzándose literalmente al mar, realizaron sus navegaciones con una técnica y una audacia que aún hoy día nos asombra. Hace ya 3.000 años que lograron llegar a la isla de Tartessos, capital de la antigua Andalucía, en donde vivía un pueblo de tan rara aptitud para las cosas del mar que al poco tiempo de llegar a la bahía gaditana se hizo imposible concebir viajes fenicios o cartagineses sin marinos o pilotos de la baja Andalucía.

Las expediciones hacia el norte de los marinos de Tartessos, que tanto interesan para el estudio de la edad de bronce mediterránea, y sus pesquerías en aguas de Africa y Canarias son experiencias preciosas. Pero estos viajes de navegación, aunque no fueron tan costeros como se ha venido creyendo, tampoco fueron plenamente oceánicos, ya que siempre dependieron de los progresos de la construcción naval y los viajes de ultramar sólo podían afrontarse amparados en el avance de la ciencia náutica.



Descubrimiento de las Antillas por Colón, según dibujo atribuido al mismo y que data de hacia el año 1494. (Biblioteca Nacional, París.)

El océano seguía, pues, inviolable. Se le imaginaba como algo temible a lo que no se podía vencer; se le llamaba el «Tenebroso»; mil leyendas circulaban sobre él, entre ellas la del fantasmagórico archipiélago que había en sus aguas formado por las islas del *Infierno*, de *San Brandan*, de las *Siete Ciudades*, de *Antilia*, de *Man Satare*, de *Alghaur*, de *Safi*... Y en las cartas marítimas del siglo XIV, en donde están señaladas muchas de las anteriores, aparece también la isla del Brasil, cuyo nombre quedará perpetuado en el continente americano.

Por lo demás, la geografía medieval siguió alimentándose casi exclusivamente de Plinio, y en realidad nuestro mundo occidental era aún aquel «conjunto de ranas alrededor de un charco» de que habló Sócrates.

Un sueño a la medida del mundo

En el siglo XIII, y como fruto de las Cruzadas, fueron cristalizando las consecuencias de las relaciones con el Oriente y con la España musulmana, en la que Córdoba había llegado a eclipsar a Damasco.

En el terreno de la construcción naval se dio un paso decisivo con el invento del timón axial, de origen nórdico; hubo una amplia difusión de la vela mal llamada «latina», que resultó ser más apta que la cuadrada para la navegación con vientos contrarios; comenzó a utilizarse la *carabela*, modelo de nave ligera de condiciones más favorables para navegar que las conocidas hasta entonces, a la que ya en 1263 hace alusión Alfonso el Sabio de Castilla en el Código de *Las Partidas*. A estos progresos hay que añadir otros dos fundamentales: la brújula y la carta de marear.

Mientras tanto se iniciaba una especie de prerrenacimiento científico, *La escuela de Traductores*, que, al heredar Toledo toda la inquietud científica del califato cordobés, suplantó en este aspecto a la capital andaluza. Asimismo, Europa adquiría obras fundamentales en el campo de la astronomía y de la geografía.

Una parte del mundo desconocía por completo la otra, ya que los tres continentes clásicos, Europa, Asia y Africa, chocaban contra el inquebrantable muro que separaba el cristianismo del islamismo. Esta situación originó la gran propagación del espíritu franciscano, una de cuyas características, el amor a la naturaleza, desconocido hasta entonces, iba a tener tanta influencia en el espíritu de la Edad Media.

Y así comenzó la época de los viajeros, embajadores y peregrinos a través de países de fábula, ya presentidos por las riquezas que de ellos traían las caravanas.

El arranque

Portugal había terminado su reconquista. Después de la toma de Sevilla en 1248, Castilla comprendió que su defensa estaba en el *fecho de mar* para mantener al árabe más allá del estrecho de Gibraltar.

A comienzos del siglo XV las costas de Africa constituían ya una gran escuela para los marinos del *Algarbe* y de la baja Andalucía. El infante portugués D. Enrique, tras la conquista de Ceuta en 1415, inició su gran política de ultramar. Pero el más allá de la mar eran las islas que flanqueaban la «derrota» africana: Madera y las Azores, descubiertas sucesivamente en 1420 y 1432.

La esfericidad de la Tierra, olvidada en la alta Edad Media, se volvió a conocer al divulgarse la ciencia de la Antigüedad clásica. Tal vez el infante Don Enrique tuvo ya la idea de llegar a la India por las costas africanas, pero no lo podemos afirmar con documentos. Su cronista sólo ha dejado escrito que los impulsos que movieron esta gran empresa fueron la curiosidad, el comercio, las ganas de procurarse información de los moros, el afán de exploración y también, no hay que olvidarlo, de propagar la fe de Cristo con espíritu de verdadero cruzado. Esta última intención estará también muy presente en las futuras empresas de Castilla.

Las tentativas de realizar el periplo africano, que abarcaron todo el siglo XV, tuvieron como principal coordenada la *latitud*, más fácil de obtener que la *longitud*, que sólo se llegó a conseguir con facilidad a fines del siglo XVIII con el cronómetro. También recibieron ayuda de una ciencia nueva: la *náutica astronómica*, cuya aplicación fue preparando la verdadera epopeya oceánica.

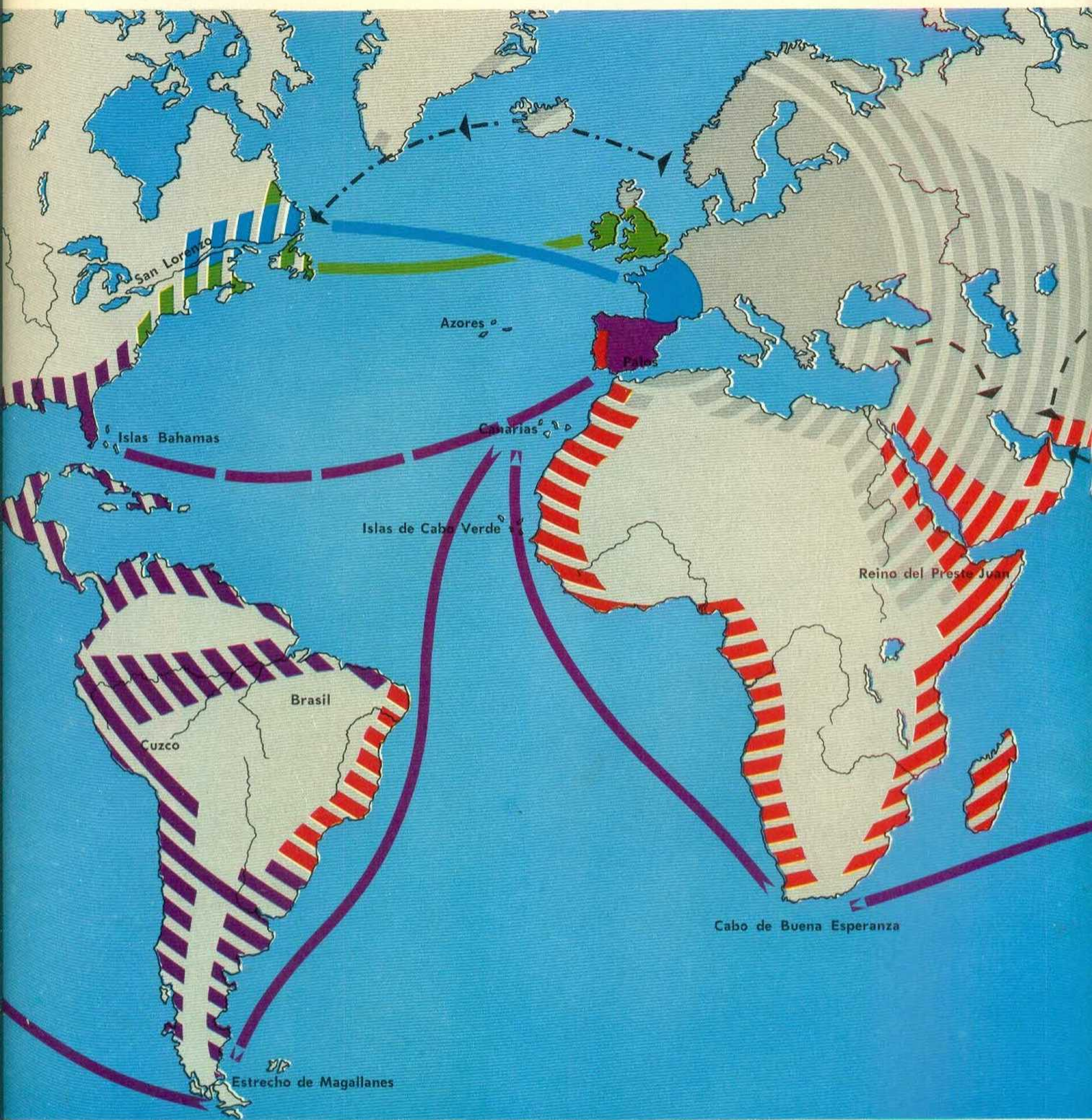
Los portugueses, con una tenacidad que persistió incluso después del fallecimiento de Don Enrique en 1460, fueron jalonando toda la costa atlántica africana, y aunque recibieron ayuda personal de algún navegante genovés y veneciano, la empresa fue eminentemente estatal y exclusivamente portuguesa.

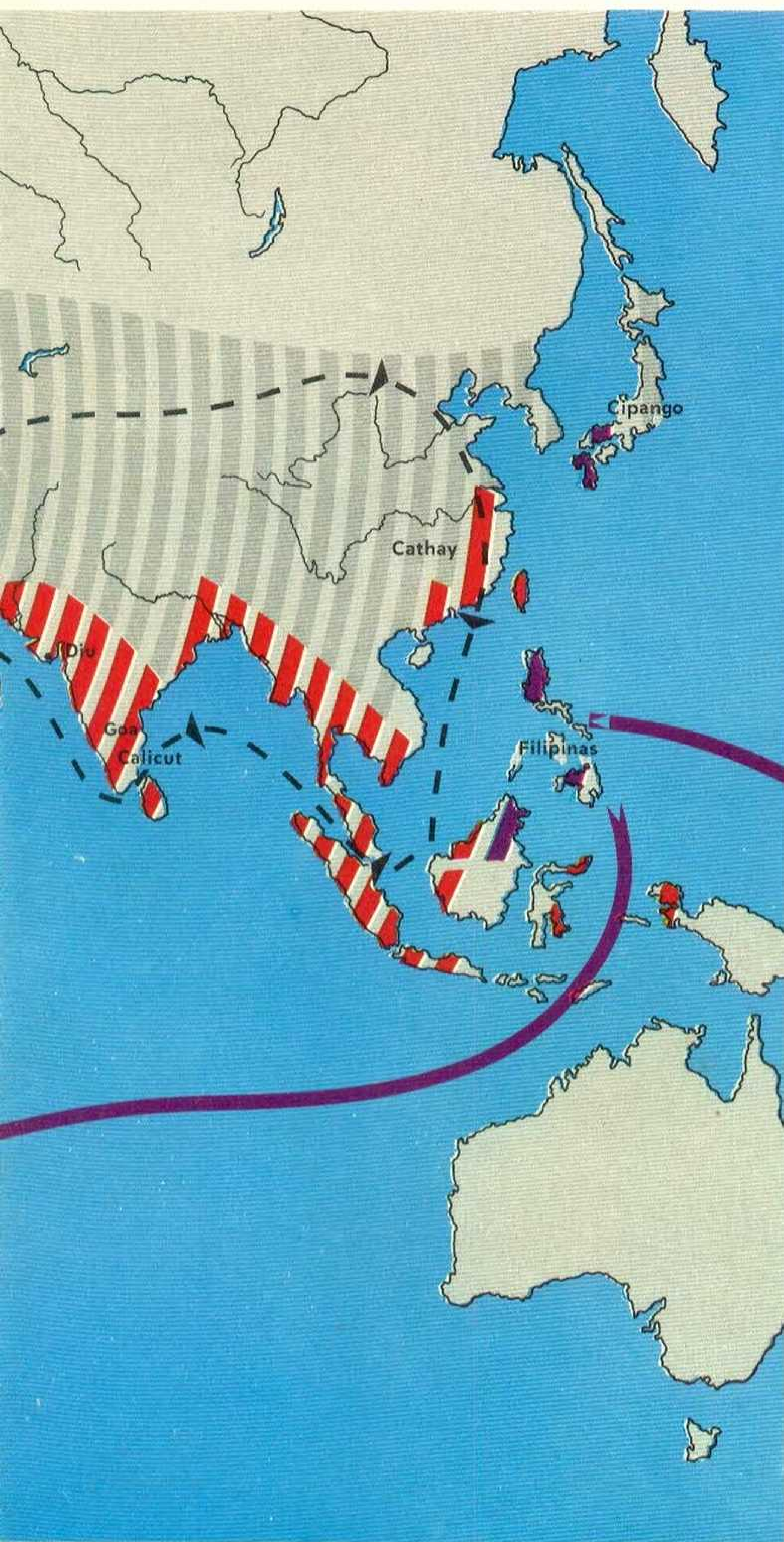
El continente comenzó a ser conocido por los europeos, y el Atlántico, aunque sólo era bordeado, fue perdiendo toda la fabulosa negrura que atemorizaba a las anteriores generaciones de navegantes. Quedaban aún dos grandes obstáculos que había que vencer: los vientos variables y los grandes temporales de las islas Madera y Azores, y las «calmas» del golfo de Guinea. Los dos fueron superados gracias al perfeccionamiento de la técnica del pilotaje y a la progresiva experiencia que los marinos iban adquiriendo en el conocimiento de los vientos y de las corrientes dominantes desfavorables. O sea, que los viajes no eran siempre de cabotaje, ya que, según la época del año, necesitaban verdaderas «derrotas» de altura que, adentrándose en el Atlántico, habían permitido navegar ya hasta las islas Azores.

En 1446 se llegó a Sierra Leona, pero el golfo de Guinea opuso su fuerza de inercia a los débiles navíos descubridores. Es posible que este obstáculo hiciera nacer la idea de llegar por tierra al reino del Preste Juan, proyecto que durante algunos años distrajo al infante Don Enrique de su pasión por el mar. Pero los intentos prosiguieron y en 1470 se llega al golfo de Biafra y un año más tarde, después de haber pasado el ecuador, a la isla de Fernando Poo. Con ello quedaba abierto el camino a las futuras expediciones de Diego Cao al Congo (1482) y de Bartolomé Díaz al cabo de Buena Esperanza, extremo meridional africano (1488).



El descubrimiento de la brújula permitió que los navegantes realizaran su sueño ancestral de lanzarse a la conquista de mundos desconocidos. La brújula de navío (el grabado muestra un modelo simple y antiguo) sirve para conocer en cada momento la latitud y la longitud en grados del lugar en que se encuentra el barco. (Foto Atesa.)


San Lorenzo
Azores
Palos
Islas Bahamas
Canarias
Islas de Cabo Verde
Reino del Preste Juan
Brasil
Cuzco
Cabo de Buena Esperanza
Estrecho de Magallanes



¿Qué pudo ocurrir para que una vez abierto el camino de la India, no se emprendiera con decisión? Ha de tenerse en cuenta, ante todo, que la concepción tolomaica de la configuración de Africa, no permitía planear un viaje con seguridad de éxito. Por otra parte, las expediciones constituían un enorme sacrificio para el erario de un país que obtenía aún poco provecho económico de ellas y que, además, tenía una población apenas superior al millón de habitantes, que no le permitía emprender conquistas por el interior para explotar las riquezas de las nuevas regiones exploradas. Lo único que pudo hacer fue establecer una factoría de intercambio comercial al modo que los fenicios lo practicaban veinte siglos antes.

Pero los marinos portugueses — ya en competencia con los andaluces en el tráfico de la *mina* — no perdieron el tiempo, sino que adquirieron la práctica y la experiencia de unos mares, climas y modos de navegar que eran ignorados por el resto de los europeos.

En el verano de 1497, Vasco de Gama salió de Lisboa con cuatro naves; en Navidad llegó al puerto que llamó Natal y, comenzado ya el 1498, prosiguió el periplo africano que tanto había soñado D. Enrique el Navegante y llegó hasta Mozambique, en donde tuvo la suerte de encontrarse con un piloto que le dio a conocer la «derrota» de la India y aportó en Calicut.

Se iniciaba una nueva era para el comercio. Dos moros tunecinos que allí estaban y que hablaban el genovés y el castellano comprendieron que el tráfico de las caravanas acababa de recibir su golpe mortal y maldijeron a Vasco de Gama y a sus hombres.

Colón el misterioso

El conjunto de los problemas, aún no resueltos, que plantea la compleja personalidad del descubridor de América ha dado en llamarse la *nebulosa de Colón*. Una de las mayores incógnitas es el verdadero motivo de su primer viaje. ¿Fue para llegar a las Indias (Asia) — a donde aún no había llegado Gama — por la ruta de occidente, o bien no pretendía otra cosa que descubrir islas lejanas por esta parte del océano?

El descubrimiento de América era algo que infaliblemente tenía que suceder. La existencia de tierras viejas o

EUROPA EN LA ÉPOCA DE LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS

Descubrimientos:
- españoles
- portugueses
- ingleses
- franceses
- Mundo conocido hacia mediados del siglo XVI

Viajes:
- normandos (h. 1000)
- Marco Polo (1275-91)
- Cristóbal Colón
- Magallanes, Elcano

nuevas muy hacia poniente estaba en la conciencia de muchos y los versos de la *Medea* de Séneca estaban aguardando cumplir su profecía:

> *Descubrirán otros Tifis nuevos mundos*
> *y no más será Tule el fin del orbe.*

La geografía clásica, conocida por muchos, afirmaba en términos equívocos que las costas asiáticas estaban en realidad bastante más cerca de lo que creyeron las generaciones pasadas. Para probarlo, bastaba tener coraje, técnica marinera, algo de dinero y mucho espíritu aventurero.

Todo esto lo encontró Cristóbal Colón en España, y después de haber ofrecido su proyecto a varias cortes, incluso a la portuguesa, fue a Palos seguro de encontrar allí cuanto necesitaba. Y en efecto, tuvo la ayuda de un fraile cosmógrafo y la de otro de mucha influencia, puesto que había sido confesor de la Reina Católica.

En aquel rincón andaluz se había polarizado un núcleo marinero muy interesante debido a la natural rivalidad con sus vecinos los navegantes portugueses, y ningún secreto técnico les era desconocido. Abundaban las naos y carabelas, y los hermanos Pinzón pasaban por ser los armadores de más prestigio de aquella costa.

Hay dos versiones del descubrimiento: una «tradicional» ampliada y divulgada por el romanticismo, superada ya y sustituida por la auténtica que ha elaborado la moderna crítica histórica.

Castilla, el país más apto de la época, después de haber resuelto definitivamente su gran problema secular de la reconquista, supo comprender al futuro almirante y, accediendo incomprensiblemente a las enormes pretensiones de aquel desconocido que los otros países tuvieron por visionario, se valió de él para inaugurar la Edad Moderna.

El 12 de octubre de 1492, tres pequeñas naves y unos cien hombres con Colón a la cabeza creyeron haber alcanzado las tierras maravillosas de los relatos de Marco Polo. Habían partido en busca de especias, las mercancías más caras de entonces, y también de oro, motor de todos los tiempos, como hoy irían en busca de petróleo o de los minerales que llamamos estratégicos. Pero por encima de todo esto tenían un espíritu de aventura y un cierto aire de cruzados, muy natural en hombres como ellos forjados por ocho siglos de cruzada ruda y caballeresca.

El «descubrimiento» fue un fracaso. El Nuevo Mundo resultó ser una barrera enorme que cortaba el tan deseado camino a las islas del Maluco, las islas de las especias.

Los viajes y exploraciones habían reconocido todo el mar de las Antillas, el Seno Mexicano y la Florida, en donde decían que estaba la fuente de la eterna juventud. Aquellos navegantes, como los conquistadores que les siguieron, eran hombres de la Edad Media y tenían que comportarse como tales en sus ideas, creencias y acciones. Tenían todos los defectos, pero también todas las virtudes de una época ruda y heroica que ensanchó sin cansancio los límites de la geografía y que luchó denodadamente contra el clima hostil, la gigantesca orografía y los ríos de inconcebible caudal para todo europeo, pero sobre todo para los habitantes de la seca y esteparia meseta castellana.

La primera vuelta al mundo

Aquello no era ni el Cathay de Marco Polo ni el Maluco de las especias al que los portugueses, conquistada ya Goa en 1510 por Albuquerque, estaban a punto de llegar después que Abreu hubo tomado Malaca en 1511. Por esto, cuando Vasco Núñez de Balboa descubrió *por tierra* el mayor de los océanos, el Pacífico, todas las actividades geográficas organizadas certeramente desde la Casa de la Contratación de Sevilla fueron dirigidas a la búsqueda de un estrecho; para ello se fueron explorando las costas del continente hacia el sur. Magallanes llega al Río de la Plata a principios de 1520, y a fines de este mismo año descubre el estrecho, navega a través del inmenso nuevo océano y llega hasta las islas del archipiélago filipino, en una de las cuales muere en 1521. Reorganizada la expedición, un solo buque, la nao *Victoria*, al mando de Juan Sebastián Elcano, logra regresar a Sevilla a fines de aquel año, completando así la primera circunnavegación del globo.

La expedición fue realmente fructífera en el aspecto económico, pero las siguientes expediciones demostraron que el canal de Magallanes era demasiado peligroso para ser practicable. Por eso, comienzan a organizarse nuevas expediciones para explorar las costas americanas del Atlántico y del Pacífico en busca de un paso de uno al otro mar más cómodo y viable que el descubierto. El fruto sorprendente de estos viajes fue que, al cabo de medio siglo de haberse descubierto América, sus costas aparecen dibujadas con impresionante exactitud en los mapas, y que nuevos pueblos hasta entonces ignorados recibieron la luz de la civilización.

Los viajes a la *especiería* se organizaron desde México o desde el Perú y en ellos se van descubriendo los innumerables archipiélagos del Pacífico, océano que durante casi todo lo que resta del siglo XVI será un mar con tráfico exclusivamente español. Pero las expediciones se disolvían hacia las Filipinas o hacia las islas del Poniente o regresaban a España por el sur de Africa. La navegación perfecta del Pacífico requirió el descubrimiento de los alisios del noroeste. Los descubrió, en 1565, Urdaneta, piloto de Legazpi, subiendo hasta los 39° de latitud norte; ya antes, cuando intuyó su existencia, había afirmado que era capaz de regresar *montado en una carreta*. El océano Pacífico constituyó ya un elemento para la expansión de la cultura y del comercio.

Ninguno de los marineros que sobrevivieron a estas navegaciones se enriqueció. Con razón exclamaba Sarmiento de Gamboa que cuando salían a descubrir preferían encontrar comida que riquezas.

J. A. VAN HOUTTE



consecuencias de los grandes descubrimientos

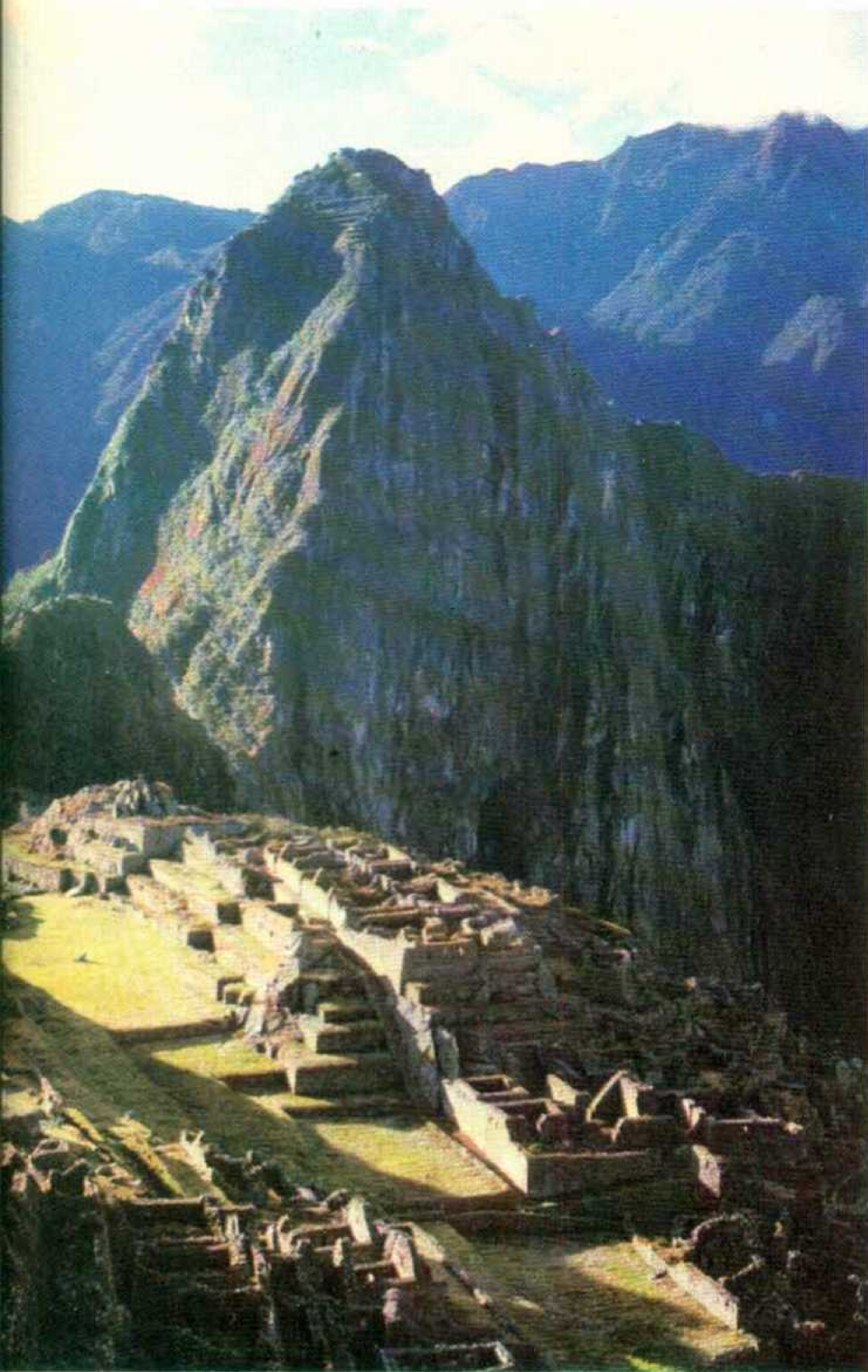
Los viajes de Colón, Balboa y Magallanes provocaron una auténtica conmoción científica, política y espiritual. Quizá, la consecuencia de mayor gravedad no se hizo notar hasta después de la desaparición de las tradiciones autóctonas de América y la creación de una nueva civilización «mixta» en el continente. Las concepciones filosóficas europeas se vieron afectadas muy pronto por el descubrimiento de inmensos espacios, cuya existencia había sido negada hasta entonces. Y, con mayor rapidez todavía, se iniciaron las luchas coloniales de las que apenas hoy conseguimos desligarnos.

Los grandes descubrimientos trastornaron la imagen tradicional del mundo. La noción de un Viejo Mundo tripartito —común a la Biblia y a sus exégetas, así como a los geógrafos griegos y medievales— fue remplazada muy pronto por la de una Tierra cuatripartita, antes incluso de que los descubrimientos del s. XVIII acrecentaran la diversidad. El conocimiento de las nuevas tierras y el de sus habitantes se difundió por las narraciones de viajes, pero la pasión por lo extraordinario era demasiado viva para contentarse con las maravillas de la realidad; las distancias y dificultades de los viajes, limitando el número de los testigos presenciales, favoreció la difusión de una legión de leyendas exóticas que, para la mayoría de nuestros antepasados, vino a ocupar el lugar de las fabulosas narraciones de la Edad Media. Buscábanse afanosamente en aquellos nuevos horizontes a los tipos tan frecuentemente soñados del hombre y la sociedad en su estado natural, como al «buen salvaje» que, imaginado por Montaigne, perduró hasta el siglo racionalista de Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

Igualmente importante fue la aportación material de las nuevas regiones a la vieja Europa. Asia respondía a las esperanzas de los exploradores, suministrando especias en cantidades hasta entonces desconocidas, aún cuando eran modestas si las comparamos con el comercio masivo que se inicia a principios del s. XIX; para mantener altos sus precios limitóse —artificialmente, en caso de necesidad— su afluencia a Europa. Aparecieron el té y el café. En cuanto al Nuevo Mundo, enriqueció a Europa con gran número de plantas nuevas: la patata, el maíz, la habichuela, el tomate, el tabaco, el cacao. Pero, sobre todo, el mundo ultramarino terminó con la anemia de numerario que padeció durante tanto tiempo la economía europea; el reconocimiento de las costas africanas facilitó el acceso a las regiones auríferas del continente negro, mientras que el saqueo de América, al principio de la colonización, aumentaba considerablemente las reservas de oro. Muy pronto se emprendió la minería de los metales preciosos, especialmente la de la plata, descubierta en gran abundancia en México y en los Andes. Organizáronse simultáneamente las primeras plantaciones de caña de azúcar. La población indígena, de débil constitución por lo demás, se agotó muy pronto con los pesados trabajos impuestos por los conquistadores e, incluso, amenazaba extinguirse en las Antillas, por lo que desde principios del s. XVI se suplió a la población aborigen importando esclavos africanos más robustos, empezando así una de las mayores migraciones en la historia de la humanidad, que logró abolir el comercio de esclavos en el s. XIX.

Por el ritmo de su extracción y el volumen de su afluencia, el oro y la plata de América iban a dominar en adelante —hasta el descubrimiento de nuevos filones en Australia y Africa del Sur, en el pasado siglo— la coyuntura económica de Europa y, por ende, toda la evolución social y política de nuestro continente.

Muchas sociedades indígenas americanas resultaron diezmadas. Los conquistadores no sentían excesivas consideraciones por unas civilizaciones que, indudablemente brillantes en ocasiones, eran inferiores a causa de su retraso técnico. Las más evolucionadas, que habían dado nacimiento a los importantes estados azteca, en México, e inca, en el Perú, no habían rebasado la edad de la piedra pulimentada, pudiendo compararse en el marco mediterráneo al Egipto de



El prestigioso reino de los incas, última de las civilizaciones precolombinas, no sobrevivió al descubrimiento de América. Su destrucción por Pizarro en 1537, es una de las consecuencias de los grandes descubrimientos. La foto nos muestra una vista de su antigua capital, Machupicchu cuyas ruinas fueron descubiertas en 1911. (Cornell Capa-Magnun.)

los primeros faraones. Aunque muchos españoles y portugueses estaban preocupados por asimilarlos a su civilización, no faltaban quienes entendían cumplida su tarea tan pronto los indígenas abrazaban la religión católica, por superficial que fuese su conversión. Ingleses, franceses y holandeses actuaron en ocasiones de este mismo modo cuando se establecieron en el Nuevo Mundo y, de esta forma, nació en América la curiosa yuxtaposición de civilizaciones impermeables entre sí; por un lado, la sociedad europea, poderosamente reforzada por las migraciones transoceánicas del pasado siglo; por otro, una sociedad indígena con un ligero barniz de catolicidad, que sigue predominando en la mayoría de los países iberoamericanos.

Los portugueses, que durante mucho tiempo fueron árbitros del ámbito africano, no se sintieron con alientos para conquistar las tierras del interior. No por ello fue menos fatal la presencia de los blancos para los grandes reinos negros, especialmente para los del Congo y el Sudán. Las crecientes exigencias del tráfico de esclavos mantuvieron un estado de guerra endémica en el traspaís de las factorías europeas, con el fin de capturar prisioneros para vendérselos a los negreros y así fue como se desmoronaron los grandes estados indígenas y se multiplicaron los cacicatos rivales, persistiendo esta situación hasta que las conquistas coloniales de los países europeos introdujeron, en el siglo pasado, un nuevo elemento de unidad que, en nuestros últimos años, dio lugar al alumbramiento de nuevas naciones de población negra.

En Asia, durante siglos, los europeos se limitaron a establecer factorías comerciales a lo largo de las costas. El grado de civilización de las sociedades que los toleraban — como una especie de huéspedes — impidió a los europeos presentarse como conquistadores hasta el s. XIX. Algunos países escaparon al yugo europeo y sólo adoptaron las aportaciones técnicas de la civilización europea.

Cualquiera que fuese su situación geográfica o su impronta en las sociedades indígenas, los establecimientos coloniales fueron una prodigiosa fuente de riquezas. Inmediatamente después del descubrimiento, España y Portugal se repartieron el mundo ultramarino y sus pretensiones monopolizadoras de la expansión colonial les fueron muy pronto disputadas, pues ya Francisco I de Francia pedía que le enseñaran la cláusula del testamento por el que Adam desheredaba a su país. A finales del s. XVI, los ingleses fundaban sus primeras colonias, siendo imitados por holandeses y franceses, e incluso por suecos y daneses. Desde el s. XVII, la posesión de colonias era un objetivo de los imperialismos nacionales y las potencias ribereñas del mar del Norte adquirieron, a costa de las naciones ibéricas, imperios coloniales de creciente extensión. Tras la decadencia de España y Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda se enzarzaron en una lucha secular por la supremacía colonial, de la que salió triunfante Inglaterra inmediatamente después de las guerras de la Revolución y del Imperio. El s. XIX constituye el cenit de este imperialismo y condujo al reparto de casi todo el globo terráqueo entre las antiguas y las nuevas potencias coloniales. Durante las dos grandes guerras mundiales, los beligerantes soñaron todavía con la expansión colonial, pero, en realidad, durante la segunda, sonó la hora final del dominio europeo sobre los pueblos de color, al abrirles el camino de la emancipación política que, en ninguna parte, despreció el legado de civilización heredado de los antiguos conquistadores.


BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

JACQUES ALDEBERT

la primera revolución intelectual

A la par que navegantes portugueses y españoles devolvían al mundo sus verdaderas dimensiones, se producían formidables revoluciones en las concepciones intelectuales, artísticas y religiosas de la Europa occidental, que llevan un triple nombre: Humanismo, Renacimiento y Reforma. Si Cristóbal Colón descubre América sin llegar a saberlo, los humanistas sí que son conscientes de que abordan un nuevo mundo del espíritu, del saber y de la sensibilidad.

DISIPEMOS inmediatamente una posible fuente de malentendidos; consideramos los conceptos de Humanismo, Renacimiento y Reforma como un conjunto de hechos históricos, delimitados en el tiempo —s. XV y XVI— y en el espacio —Italia y Europa occidental—, lo que equivale a tomar partido arbitrariamente en una cuestión muy discutida. Podemos también considerar al humanismo como un método, como un estado de ánimo ajeno a cualquier limitación de tiempo y espacio, en resumen, como una filosofía. Se habla del humanismo de Tolstoi y del de Gandhi; puede afirmarse también que impregna a toda la historia de la Iglesia, tanto si pensamos en Gregorio VII o en San Bernardo, como en el Concilio Vaticano II. Respecto al concepto de Renacimiento, los historiadores lo aplican a muchos períodos de la historia, como por ejemplo, al período carolingio.

Un nuevo mundo del espíritu

Como quiera que fuese, el humanismo no empieza a ser llamado así hasta los s. XV y XVI; los hombres de aquel tiempo estimaron, con o sin razón, que vivían o eran testigos del renacer de las artes. Parece imposible encontrar en la aventura de la inteligencia y sensibilidad humanas un momento en que la subversión sea tan completa, extendiéndose a la vez a tantos aspectos del alma y del espíritu.

Pero si la perspectiva histórica nos hace captar inmediatamente la decisiva importancia de estos dos siglos en la cultura y civilización occidentales, resulta mucho más difícil definir, o tan sólo apreciar su contenido. La primera impresión dominante es la diversidad de corrientes del pensamiento de aquel tiempo, multiplicidad que, a menudo, adquiere aspectos francamente contradictorios. El Humanismo, lo mismo que la Reforma o el Renacimiento, no se dejan encerrar en los estrechos límites de una definición sencilla.

Entre la gran abundancia de teorías e ideas es sumamente difícil separar las líneas directrices de la evolución cronológica, pues hay menos sucesión que paralelismo en sus tendencias. Racimos hay que conservan sus frutos en sazón durante mucho tiempo, mientras que en otros se marchitan muy pronto. Por lo tanto, ¿debemos renunciar a captar la esencia del humanismo y fijarnos solamente en los humanistas y en su singular existencia? Desde luego que no, pues con los múltiples semblantes del humanismo pasa lo mismo que con las vertientes de una montaña que, siendo tan diferentes que incluso parecen ajenas entre sí, conducen, sin embargo, a la misma cima. En conjunto, el humanismo es uno y vario; si lo analizamos con una perspectiva intelectual (la del Humanismo propiamente dicho), religiosa (la Reforma) o artística (el Renacimiento) aparecen muy pronto los rasgos comunes.

El retorno a las fuentes

De entrada, la arista más visible es la constante referencia a la antigüedad grecorromana, objeto de una admiración sin reservas. El siglo da la impresión de haber descubierto la Antigüedad, tan curiosamente la observa con nuevos ojos. Y no es que la Edad Media la hubiese ignorado, pues nos transmitió con sus manuscritos incansablemente recopilados, la mayoría de los escritos de los pensadores antiguos, pero se trataba especialmente de una herencia latina, pues los



Redactados con una escritura secreta que va de derecha a izquierda, los cuadernos de Leonardo de Vinci contienen gran número de anti-

escritos griegos se conocían a través de traducciones latinas, muchas de ellas derivadas de traducciones árabes anteriores. El movimiento humanista permite ahora un contacto mucho más directo con los antiguos textos y se estudian por ellos mismos y no por lo que pueden aportar a la fe cristiana. Por tanto, cuando la caída de Constantinopla (1453) sella el destino del viejo Imperio romano de Oriente, ya ha prendido la llama en Italia y, cual otro Fénix, se anima la cultura antigua con una nueva juventud.

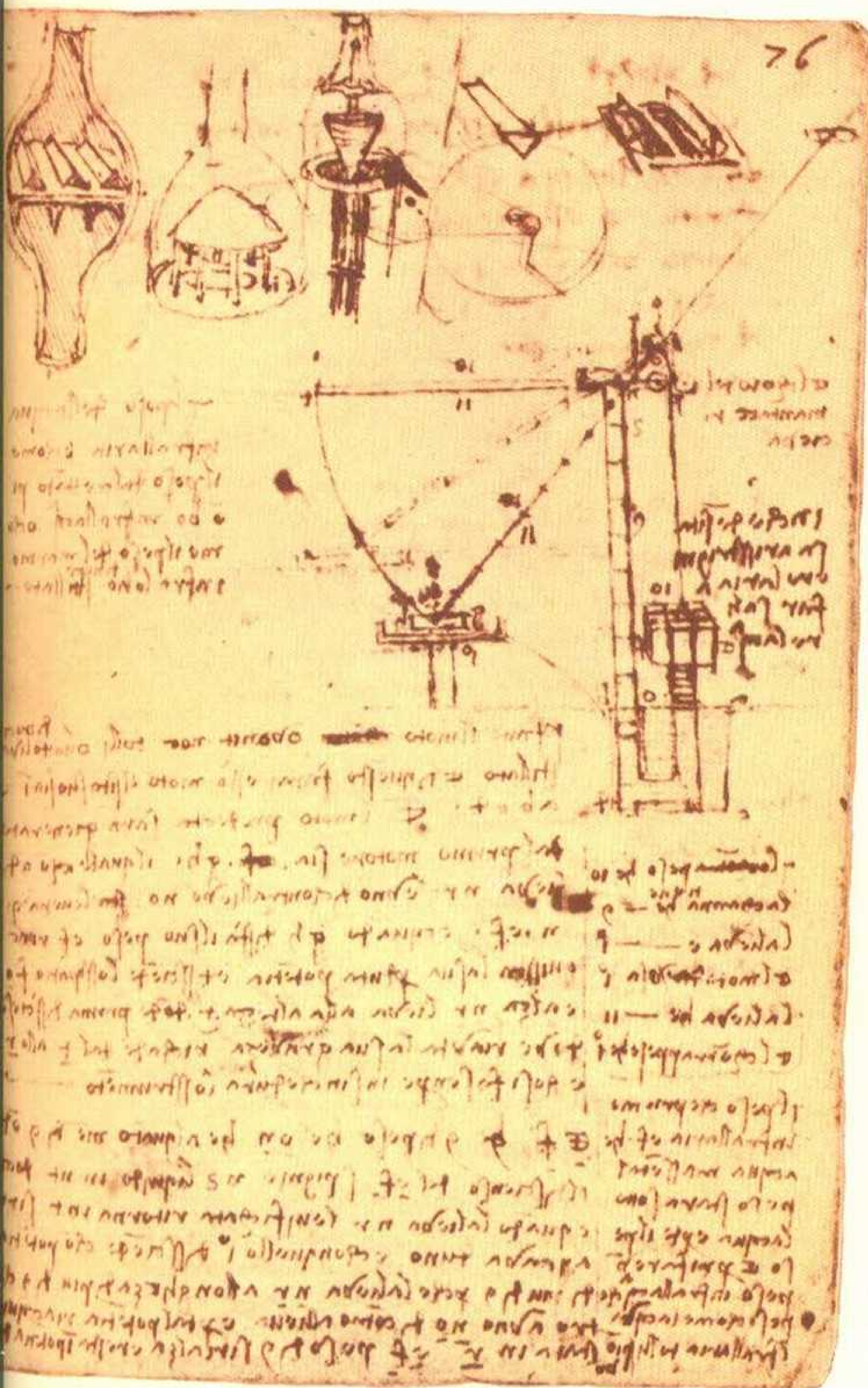
Este renacimiento puede aparecer ajeno al espíritu de la Reforma que, aparentemente, apenas si se preocupa de la cultura antigua; sin embargo, el movimiento reformador procede de una actitud que es perfectamente comparable. La fundamental importancia concedida al texto de los Evangelios, ¿no significa acaso un retorno a las fuentes de la Revelación? La condena casi unánime a que se hace merecedor el lujo de Roma, ¿no se pronuncia en nombre de la simplicidad de la Iglesia primitiva?

El lugar del hombre

La renaciente influencia del pensamiento griego, mezclada con determinadas tendencias filosóficas de la Edad Media, sitúa de nuevo al hombre en el centro del mundo. Esto constituye la segunda línea de fuerza de la revolución intelectual del siglo. «El hombre — decía Protágoras — es la medida de todas las cosas.» Este axioma del platonismo lo hace suyo el humanismo, cuya palabra, en sí misma, ya es eminentemente significativa. El principio de autoridad se ve sustituido por el del libre examen, equivalente a la exaltación del individuo. El camino recorrido es evidente; la concepción medieval llenaba el universo únicamente con Dios; el humanismo le disputa esta exclusividad en favor del hombre, sin que esto quiera decir que busque suplantar a Dios, pues, precisamente uno de sus principales problemas durante el s. XVI consiste en intentar la conciliación con el cristianismo; no obstante, el Humanismo inició inconscientemente el camino que conduce al agnosticismo.

En el Renacimiento encontramos aspectos similares; el hombre ocupa el centro del arte; con el estudio del desnudo y de la figura vestida, se redescubre la plástica del cuerpo humano. El culto de la antigüedad introduce en el arte a la mitología pagana, pero tampoco aquí tiene la intención de excluir el repertorio tradicional de la iconografía medieval; Venus y la Madonna nacen casi juntas de la paleta de Botticelli; sibilas antiguas y profetas judíos conviven el techo de la Sixtina.

En contrapartida, la Reforma parece completamente ajena a estas concepciones. ¿Qué punto común podría tener un movimiento eminentemente religioso con quienes exaltan la naturaleza humana en detrimento de la omnipotencia y omnipresencia divinas? Y, sin embargo, cuando su crisis espiritual, que le conducirá luego a romper con la Iglesia romana, ¿no perseguía Lutero su salvación personal, individual? «Pese a mi irreprochable vida de monje, me sentía pecador ante los ojos de Dios; mi conciencia, completamente inquieta, no tenía la certeza de que Dios se calmase para mi satisfacción. No amaba a ese Dios justo y vengador; lo aborrecía y, aunque no blasfemaba en secreto, me indignaba y murmuraba violentamente contra Él, di-



cipaciones científicas que hacen de él el primer inventor de los tiempos modernos y un gran humanista. (Biblioteca del Institut de France.)

ciendo: «¿No es suficiente que nos condene a la muerte eterna a causa del pecado de nuestros padres y que nos haga sentir todo el peso de la severidad de su ley?, ¿es preciso aumentar aún nuestro tormento por el Evangelio y que, incluso en él, nos anuncie su justicia y su cólera? Estaba fuera de mí, hasta tal punto mi conciencia estaba violentamente perturbada...» (Lutero, *Autobiografía*, I, 15.)

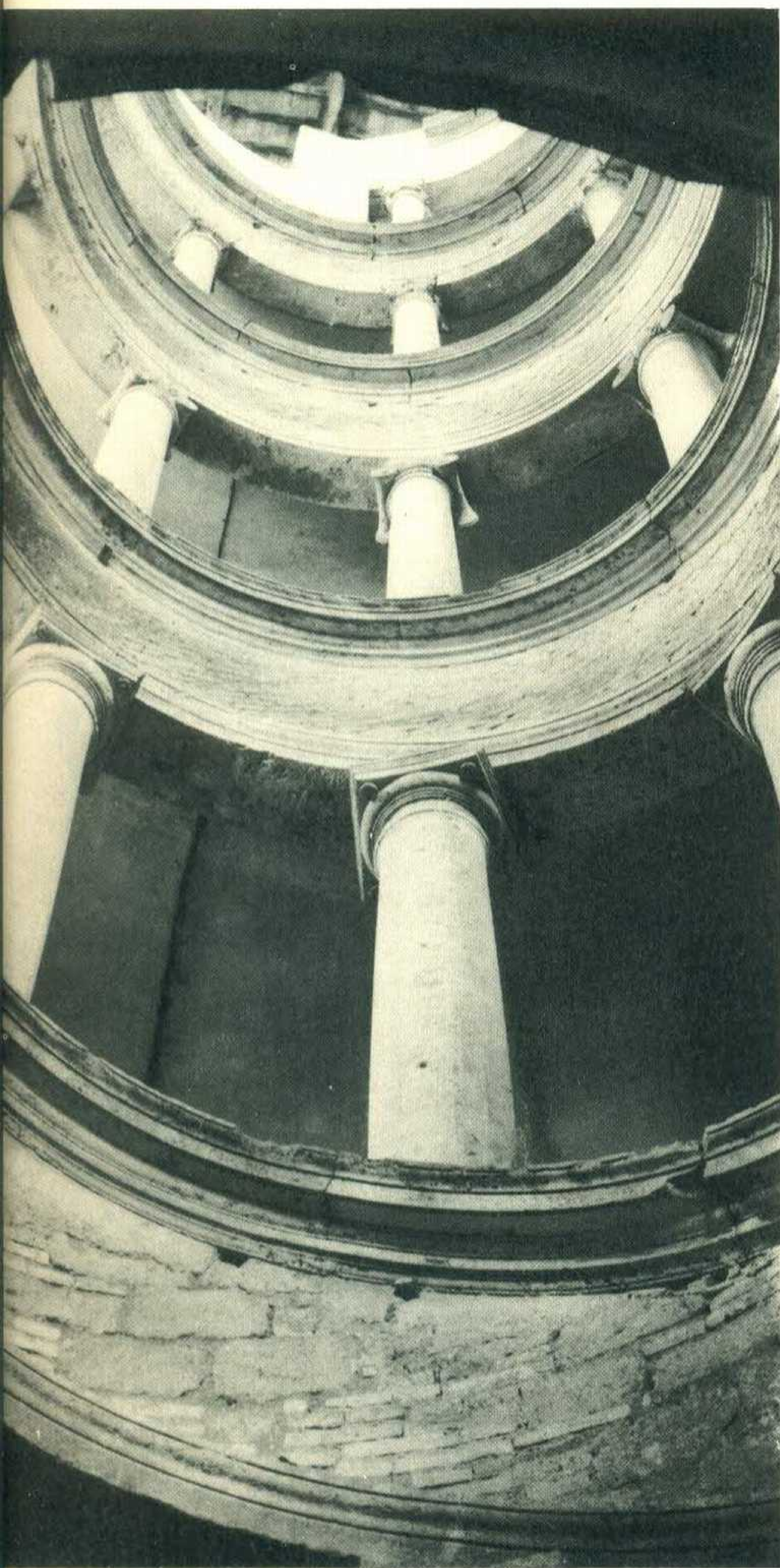
Esta angustia por la salvación que ahogaba a Lutero, la habían sentido otros muchos antes que él. Desgarrada por el Gran Cisma, la Iglesia veía mermada su autoridad espiritual por el conflicto entre el Papa y los padres conciliares y no supo responder a esa sed de los fieles. Los métodos de piedad habían adquirido un carácter familiar o individual que había debilitado la noción de Iglesia, intermediaria indispensable entre Dios y los hombres. Cualesquiera que hayan sido las sectas establecidas posteriormente por los reformadores, la Reforma, en sus orígenes y resultados, se enlaza con un ahondamiento en la noción de la conciencia individual, que la emparenta con uno de los caracteres fundamentales del Humanismo.

Los caminos del pensamiento

Todavía hay un tercer trazo común en el conjunto de estos movimientos: su amplitud y la rapidez en la difusión. Nacido en Italia en el s. XIV, el Humanismo se extiende desde fines del s. XV por toda la Europa occidental y, especialmente, por Francia, Inglaterra y la región renana. El ideal artístico del Renacimiento desborda rápidamente el marco de la península italiana para manifestarse en Francia, en la península Ibérica y en las regiones flamencas y germánicas. En cuanto a la Reforma, nace en Alemania, pero sus misioneros la propagan por toda Europa y su irradiación hubiera estado menos localizada geográficamente si no hubiera estado tan estrechamente ligada a consideraciones políticas que la favorecieron en la Europa septentrional y la reprimieron en los países mediterráneos.

Se viaja mucho más de lo que la incomodidad y lentitud de los medios de transporte permite suponer. Erasmo lleva, durante mucho tiempo, una vida errante que lo conduce a París, Inglaterra e Italia, hasta que se domicilia más o menos permanentemente en Basilea. Calvino ha estado en París, Orleáns, Bourges, en el sudoeste de Francia y luego en Basilea y Estrasburgo, antes de que ejerciese en Ginebra la autoridad que sabemos. Leonardo de Vinci vivió en Florencia, Roma, Milán y Amboise, donde murió en 1519. Domenico Theotocópuli pasó muchos años en Venecia, en el taller del Tintoretto, antes de fijar su residencia en Toledo, donde recibió el sobrenombre de El Greco por el que se le conoce. Estos desplazamientos no eran una novedad, puesto que los maestros de obra romanos y góticos difundieron sus concepciones arquitectónicas por toda Europa, desde España hasta Escandinavia.

Los lazos políticos determinaron también caminos inesperados: Nápoles, la Provenza y Val del Loire estaban integrados en el s. XVI en los dominios del rey Renato, lo que justifica los contactos artísticos que existieron en regiones tan dispares entre sí. Las guerras de Italia y la gran expansión del Imperio de Carlos V producen efectos similares. Pero la gran novedad consiste en el desarrollo de la imprenta, seguida muy pronto por el del grabado. La circula-



ción de las ideas y de las imágenes se acelera y generaliza en forma desconocida hasta entonces. Algunos aficionados desconfían por algún tiempo de esta innovación que hace a los libros menos bellos y excepcionales que los admirables manuscritos iluminados de fines del s. XVI. Federico de Montefeltre, duque de Urbino, erudito poseedor de una de las mejores bibliotecas de Italia, se hubiese sentido deshonrado en el caso de acoger en ella un libro impreso.

Los humanistas en busca de la «sabiduría»

Desembarcados en este nuevo continente del espíritu, los humanistas han tomado caminos que tan pronto marchan paralelos como divergentes y han descubierto horizontes muy diferentes. Ante la imposibilidad de explorar todas estas nuevas tierras, nos limitaremos a seguir los tres principales caminos que ellos siguieron.

El entusiasmo es, indudablemente, una de las primeras formas del Humanismo, como lo demuestra ya en el s. XIV el pensamiento de su iniciador, el italiano Petrarca. Este neófito de la antigüedad siente por ella una auténtica pasión que podríamos calificar de romántica y, como tal, falta de discernimiento en algunas ocasiones. Al ignorar el griego, sólo conoce el pensamiento helénico a través de vulgarizadores latinos como Cicerón o Séneca, bastante mediocres en este aspecto; además, por patriotismo italiano, Petrarca está convencido de la superioridad de los romanos sobre los griegos, incluso en el campo del pensamiento y su humanismo carece de base.

Más de un siglo después, el entusiasmo de Rabelais se manifiesta en el programa enciclopédico que Gargantúa traza para Pantagruel: «ahora todas las disciplinas nos son devueltas, y las lenguas han sido instauradas: griego, sin cuyo conocimiento no puede reputarse a nadie como sabio; el hebreo, el caldeo, el latín...» Es el mismo entusiasmo que anima la actividad de los eruditos italianos que exploran metódicamente las bibliotecas y devuelven a la actualidad las olvidadas obras de los escritores clásicos que, en traducciones y ediciones, ofrecen al público culto el fruto de sus investigaciones.

El Humanismo crítico

Lorenzo Valla esboza otro tipo de Humanismo. Vivió en la corte napolitana y murió en 1457, en Roma, bajo el pontificado del humanista Pío II, introduciendo el espíritu

La definición de De Alberti según la cual, «todas las cosas deben someterse al número», encuentra su mejor ilustración en la famosa escalera helicoidal del Belvedere, en el Vaticano, debida al genio de Donato Lazzari, llamado Bramante (1444-1514), el arquitecto más grande del Renacimiento italiano, maestro de Miguel Angel, quien acabó la plaza de San Pedro de Roma según sus planos. (Foto Boubot-Lamotte.)

crítico que ejerció en diversos campos; filología, filosofía, historia y exégesis; en la última de estas disciplinas, el rigor de su razonamiento anuncia ya la obra de Erasmo y prepara las bases científicas de la Reforma.

Estamos tentados de pensar que esta disposición del espíritu impulsó la investigación científica y el ejemplo de Leonardo de Vinci lo confirma; sus cuadernos y sus variados bocetos de máquinas permiten atribuirle una gran cantidad de invenciones; su curiosidad científica responde al llamamiento de Lorenzo Valla en un aspecto que él mismo no había explorado. Pero la preocupación por la experimentación, característica del pensamiento de Leonardo, ¿estaba realmente contenida en el Humanismo? No parece que lo admitieran así los círculos humanistas de su tiempo. «Mis adversarios dirán que, falto de conocimientos literarios, no puedo exponer correctamente lo que quiero expresar, siendo así que ignoran que mis obras se sujetan más a la experiencia que a la palabra ajena» *(Codex Atlanticus,* 117). Con estas palabras, denuncia claramente la excesiva docilidad respecto a los clásicos. En el fondo, el pensamiento de Leonardo procede menos de la revolución humanista que de la realizada por las universidades a principios del s. XIII, bajo la influencia de la filosofía aristotélica. Frente a la Academia platónica de Florencia, que coloca en la cima de los conocimientos humanos «las ideas eternas e incorpóreas», él se mantiene partidario de la experiencia de las «cosas sensibles», siguiendo el ejemplo de Aristóteles.

De todas formas, su obra científica fue ignorada durante todo el tiempo que permanecieron secretos sus cuadernos; de hecho, el Humanismo se unió a la ciencia más tarde, con el *Discurso sobre el Método.*

El hombre justo

En la Academia platónica, protegida por Lorenzo de Médicis, volvemos a encontrar el entusiasmo de Petrarca, pero ahora con un conocimiento mucho más profundo y directo de la Antigüedad. Allí, Marsilio Ficino y Pico de la Mirandola desarrollaron las doctrinas de Platón, mezcladas con elementos alejandrinos, judíos y árabes y, en una amplia síntesis, intentaron conciliar el neoplatonismo con el cristianismo; su influencia sobre el arte renacentista fue esencial.

Este esfuerzo de síntesis, que señala el tránsito de la letra al espíritu del Humanismo y la profunda asimilación de la herencia de la Antigüedad, la encontramos perfectamente expuesta en el pensamiento de Erasmo que, acreditando primero en sus *Adagios* su perfecto conocimiento del pensamiento clásico, aborda luego, en los *Coloquios* y en el *Elogio de la Locura,* los más candentes problemas de su tiempo. Con él, el Humanismo se convierte en un arte de vivir, en una sabiduría, y hace un llamamiento a la floración del hombre, no por medio de la servil imitación de la Antigüedad, sino por la adaptación de su espíritu a los nuevos tiempos.

Nos es dado apreciar una evolución comparable al estimar la distancia que separa el entusiasmo de Rabelais de la sabiduría de Montaigne, impregnada de escepticismo.

Un nuevo ideal se forja: el hombre ávido de cultura desprovista de pedantería, desbordante de energía y viviendo en su tiempo, artista logrado y preocupado por la armonía, como el presentado en *El Cortesano* por Baltasar de Castiglione, como el prototipo del hombre justo del s. XVIII.

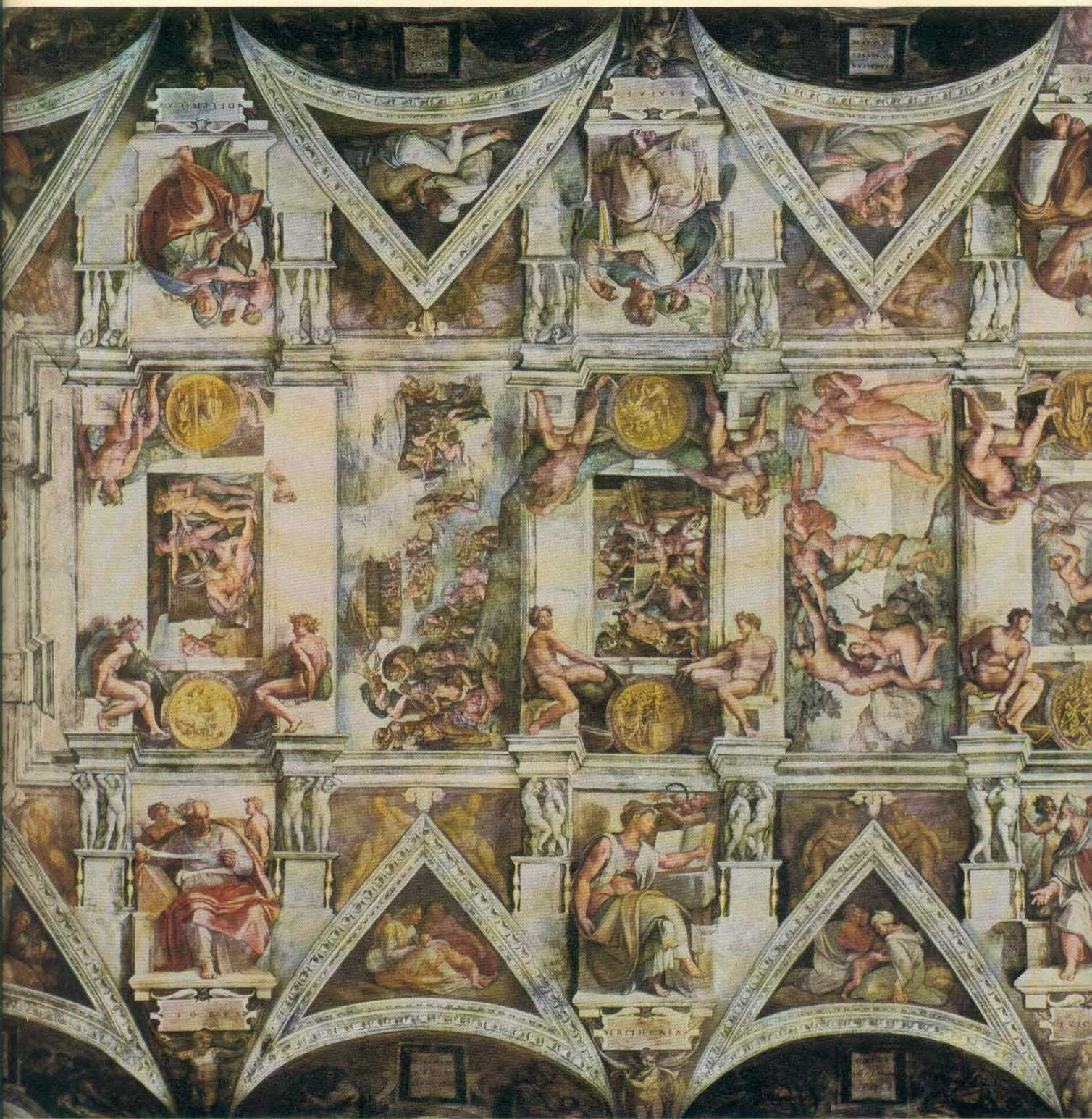
Los artistas del Renacimiento y la «belleza» ideal

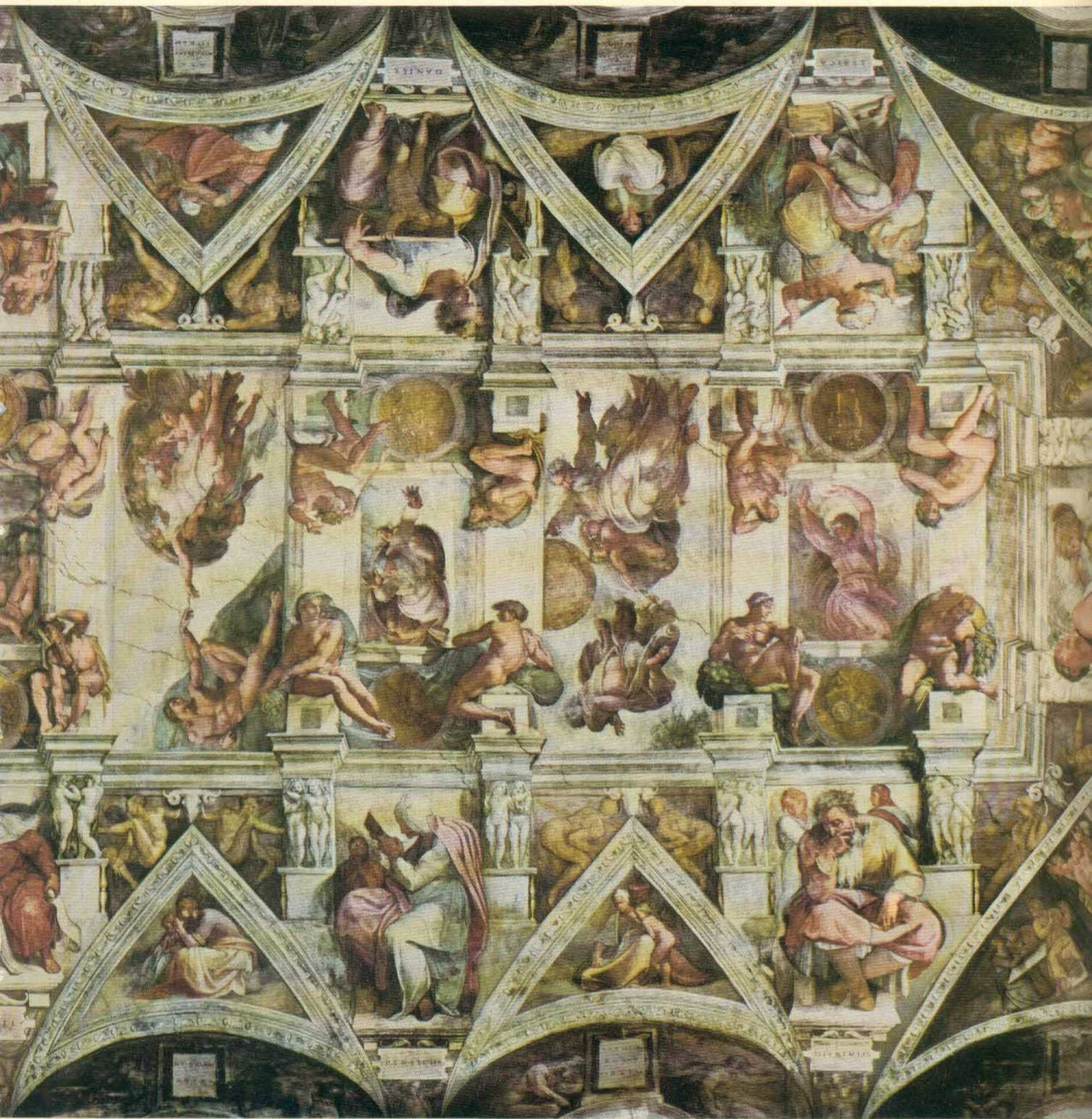
Humanismo y Renacimiento se penetran mutuamente en la persona de los artistas, que también solían ser humanistas muy cultivados y que pensaban que no podrían recrear la belleza ateniéndose a su sola inspiración; ésta debe guiarse por un serio estudio de la perspectiva, de la anatomía del cuerpo humano y de la descomposición del movimiento. «El pintor que dibuja por rutina, a ojo, sin una crítica racional, se asemeja al espejo que reproduce cuanto se le pone delante sin saber de qué se trata.» Así se expresa Leonardo de Vinci en su *Tratado* de la pintura. Muchos otros artistas, como Alberti, Piero della Francesca, etc., escribieron tratados análogos, demostrativos de cuán conscientes eran de su arte.

Al menos, durante el «Quattrocento», los artistas están influidos en su concepción de la belleza por el neoplatonismo de la Academia florentina para la que el mundo material sensible, en su perpetuo cambio, no es más que una ilusión; quien lo reproduce en su apariencia no encuentra la belleza, pues el artista debe «hacer las cosas como deben ser y no en la forma en que se nos muestran», según afirma un tratado de 1567. ¿No equivale esto a una nueva oposición entre «las ideas eternas e incorpóreas» y «las cosas sensibles»? Para acercarse a la «belleza ideal», el artista debe buscar lo que puede ser, en la naturaleza, el reflejo de esa esencia, imposible de captar por medio de los sentidos.

Uno de los más seguros medios de conseguirlo reside en la idea expresada por Platón en el *Filebo;* «la belleza y la virtud de las cosas reside en la medida y en la proporción». Esta armonía sólo puede encontrarse en el número, «todas las cosas deben someterse al número, de forma que lo semejante se corresponda con lo semejante, la derecha y la izquierda sean iguales, lo mismo que lo de arriba y lo de abajo; no debe mezclarse nada que pueda romper la asonancia. Todo debe estar dispuesto según los ángulos y las direcciones determinadas». (Alberti, *De Re Aedificatoria.*)

Para llevar a cabo la decoración del techo de la capilla Sixtina, que le había sido encargada por el papa Julio II, Miguel Angel necesitó cerca de cinco años (de 1508 a 1512); pero esta formidable realización constituye una de las mayores obras maestras de la humanidad y, especialmente, una manifestación total del nuevo espíritu del Renacimiento por sus audacias pictóricas y arquitectónicas. La imagen en colores que reproducimos a toda página es el resultado del montaje de 41 fotografías. (Foto Bruno del Priore, 33-35 via Porta Angelica, Roma.)





Las obras del Quattrocento florentino acreditan la fidelidad de la arquitectura y la escultura de entonces a esta armonía de las proporciones; las mismas proporciones del cuerpo humano proporcionan una auténtica regla de oro. Dos ejemplos nos harán ver que también la pintura responde entonces a esta preocupación del equilibrio. En la iglesia de San Francisco de Arezzo, sus constructores crearon una especie de decorado geométrico que determina el espacio en que se mueven los personajes representados en los frescos de Piero della Francesca; la simplificación de las formas humanas, los colores, agrupados en masas, o aún mejor, en superficies, se corresponden con un ritmo que crea la armonía. En otro ambiente, «*la escuela de Atenas*», de Rafael, representa, ante todo, la solución a un problema de organización del espacio, pues la composición hace converger todas las miradas en Platón y Aristóteles y concede a la obra todo su valor simbólico.

Pero la geometría y la representación de las formas equilibradas, no constituyen todo el Renacimiento italiano. Ya cuando Leonardo de Vinci sumerge los contornos de sus personajes en el claroscuro, el *sfumato* se aparta algo de este rigor, descubriéndose así la riqueza que encierra la luz. Evocamos inmediatamente *La Natividad,* de Correggio, y la más tardía luminosidad del Caravaggio. En cuanto a los venecianos, comprendemos que, acostumbrados al dédalo de callejuelas de su ciudad y a las sinuosidades del gran Canal, se sintieran poco inclinados al estudio riguroso de las formas geométricas y que la luz y los cambiantes coloridos de la laguna les hiciesen preferir el color a la forma. Giorgione está considerado como el primero que pintó directamente en la tela, sin dibujo previo; aquí no se busca la belleza ideal, sino la belleza viva.

Como en su escultura, Miguel Angel introduce en la pintura el sentido de la fuerza, que tiende a modificar las formas. La majestuosa calma de un Donatello no se encuentra en los atormentados rasgos de los esclavos encadenados y, esta introducción de un elemento de cambio, presagia ya el espíritu barroco.

El arte del Renacimiento, diversificado en Italia, se introduce en parte de la Europa occidental y, al combinarse con las tendencias del arte nacional, produce mayores variaciones, creando síntesis o combinaciones tan originales como los castillos del Loire, de arquitectura francesa y decoración italiana. La esencia del Renacimiento, una vez que fue asimilada condujo al clasicismo.

Humanismo y cristianismo: la Reforma

Enlazada con el movimiento humanista, la Reforma va distanciándose poco a poco de él y llega a oponérsele vigorosamente. Más de un humanista había captado ya el conflicto latente entre el teocentrismo cristiano y la tendencia antropocéntrica del Humanismo; las tentativas de conciliación habían llevado a un «humanismo cristiano» que, consciente de las debilidades de la Iglesia romana, no deseaba forzar nada, esperando que la Reforma viniese de la propia Iglesia y esta esperanza no tenía nada de ilógica; desde luego, este movimiento no encubre a una doctrina única, sino a una diversidad de ideas nuevas de las que sobresale el deseo común de recurrir ante todo al Evangelio.

Muy matizado y prudente, el evangelismo de un Lefèvre d'Etaples, por ejemplo, sería considerado muy pronto como demasiado avanzado por el catolicismo y juzgado como demasiado tímido por Lutero. Ante exigencias de conciencia se produjeron algunas rupturas con Roma. Hay que comprender bien que Lutero y sus primeros discípulos se sentían más cerca del espíritu de la Iglesia medieval en su conjunto, que la propia Roma, transformada en la sede de una especie de neopaganismo. ¿Era más esencial el mecenazgo de un León X —que no olvidaba que era un Médicis— que la sed espiritual del mundo cristiano?

Una vez consumada la ruptura, no es extraño que el protestantismo —si es que ya se le puede llamar así— se orientase en distintas direcciones. Nos sorprende la extrema variedad de las corrientes de ideas que se identificaron con la Reforma de las que sólo algunas han desembocado en nuevas confesiones.

Todos estos movimientos tienen en común una actitud contraria al Humanismo. La Reforma, nacida en parte del Humanismo, le vuelve ahora la espalda. A la exaltación del hombre, responde con la afirmación de su debilidad ante Dios. Esta disminución del hombre, patente ya en las ideas de Lutero acerca de la salvación por la fe, se encuentra más intensificada en Calvino. El meollo de su doctrina estriba en la glorificación de Dios y de su omnipresencia, frente a la cual el hombre pierde todos sus derechos. Esta aniquilación del hombre frente a la omnipotencia divina, origina como consecuencia inmediata la predestinación. ¿Podríamos hallar una repulsa más completa a la concepción humanística del hombre?

Frente a concepciones igualmente pesimistas, la Iglesia católica, que ya se había recuperado, iba a presentar muy pronto algo más «humano»: la Compañía de Jesús, que incluyó en su sistema educativo el problema de conciliar el cristianismo con el Humanismo y que supo poner a punto, pacientemente, una enseñanza nueva que renunciaba a la denigrada escolástica y adoptaba el estudio de la literatura clásica y de las ciencias, pero proclamándose resueltamente católica. Hay que reconocer que estos métodos correspondían a un deseo generalizado, ya que los colegios de los jesuitas hicieron retroceder a la Reforma.

¿Señala el fin del s. XVI el término de esta revolución? Tal vez sí si consideramos que el s. XVII, menos innovador que el precedente, extrae las consecuencias contenidas en la revolución humanista. Las semillas del s. XVI fructificaron con mayor potencia en el XVIII, luego, ¿no sería más oportuno hablar de un adormecimiento, más que de un final?



JACQUES ALDEBERT

las revoluciones del s. XVIII

«Las revoluciones»: sorprendente plural, especialmente para los franceses, acostumbrados a considerar que «la Revolución» — la de 1789 — se bastaba a sí misma. Sin embargo, la crisis que estalló entonces en Francia no fue un accidente aislado; cronológicamente está encuadrada por las revoluciones americanas, la del Norte y las del Sur y los tres acontecimientos guardan una relación de interdependencia. Además de su extensión geográfica, el fenómeno revolucionario presenta aspectos muy diversos. En primer lugar nos sentimos atraídos por los trastornos políticos y por la corriente ideológica que parece haberlos engendrado. En nuestros días nos parecen más fundamentales las transformaciones económicas y sociales. Situados en registros distintos, todos estos elementos están, en la práctica, estrechamente enlazados y actúan los unos sobre los otros. A continuación procuraremos examinar en qué medida las revoluciones del s. XVIII resultan uno de los girosque han marcado con carácter decisivo la aventura humana.

Período de gran intensidad intelectual, el s. XVIII se nos presenta, a primera vista, como una especie de «segundo Renacimiento», enlazado con el turbulento s. XVI y pasando sobre el clásico XVII. El Humanismo, a quien la tradición medieval adjudicaba el carácter de revolucionario, contenía en su interior los gérmenes que, en el terreno favorable del s. XVIII, florecieron ampliamente. Mientras Italia fue la cuna del Renacimiento, Inglaterra y Francia fueron las primeras en acoger la Filosofía de las Luces.

Como dijo Paul Hazard, «la mayoría de los franceses pensaban como Bossuet; de repente, piensan como Voltaire: esto es una revolución». Pese a la importancia de la influencia de John Locke, el continente tuvo conocimiento del pensamiento político británico a través de las traducciones francesas, pues el francés era el idioma de la buena sociedad en la Europa de las Luces; la revolución de las ideas se hará europea muy pronto.

Las preocupaciones del salón de Mme. Geoffrin no son las mismas que tenían los invitados de la marquesa de Rambouillet, un siglo antes. Aún hay interés por los sentimientos y pasiones del corazón, pero el «hombre justo» del siglo XVIII, dueño de sus actos ante todo, no es el único que tiene éxito. En el s. XVIII sigue apasionándose por el hombre, pero ahora lo hace interesándose por su comportamiento como animal social. Simplificando al máximo, podríamos decir que la sociología hace su aparición a expensas de la psicología, cosa que más que un cambio de objeto supone un cambio de iluminación. El hombre ya no se limita a estudiar su propio reflejo y desde ahora le interesan mucho más los misterios de la naturaleza y de la materia, seguro de desvelarlos muy pronto. Uno de los fundamentos del optimismo de la época reside en la capacidad del hombre para dominar la naturaleza, en mucho mayor medida de lo que se ha dominado a sí mismo.

El progreso científico

Para quien se precia de «filósofo» es de buen tono disponer de un laboratorio de física donde reproducir los experimentos presentados al público por sabios de renombre, como el abate Mollet. Muy a menudo el nivel de estas pretendidas investigaciones no rebasan el de la física recreativa. En el castillo de Cirey, inclinados sobre hornos y retortas, Voltaire y Mme. du Châtelet no son los únicos que se sienten ganados por una gran afición.

Este esnobismo es el precio de los éxitos reales obtenidos por la investigación científica. Los principios y métodos de las ciencias exactas fueron establecidos en el siglo XVII por los trabajos de Descartes y Pascal, de Huyghens, Leibniz o Newton; la física y la química hacen progresos decisivos ayudados por el perfeccionamiento de los instrumentos de medida — termómetro, balanza, cronómetro —. Al analizar el aire, Lavoisier funda la química moderna, por fin separada de la alquimia. El sueco Linneo y el francés Buffon imprimen un considerable impulso a las ciencias naturales y las expediciones geográficas traen colecciones de plantas, ani-



En los salones mundanos se amasó el copioso acervo intelectual que debía producir primero las revoluciones del siglo XVIII y luego las del XIX. El de madame Geoffrin, inmortalizado por el pastel de Boucher que reproducimos aquí, fue uno de los más importantes. (Foto Giraudon.)

males disecados y minerales que enriquecen los museos en vías de formación. No se olvidan tampoco las ciencias del hombre y Bougainville, Cook y La Pérouse describen complacidos las costumbres de los pueblos que descubren; son los padrinos del mito, tan querido del siglo, del «buen salvaje», que ha permanecido en su estado natural.

Para que captemos mejor el entusiasmo suscitado por los progresos obtenidos en el conocimiento de la naturaleza, basta con que pensemos en la invención del pararrayos, que constituye una revolución. El rayo, manejado antes por Júpiter para mostrar a los pobres mortales su omnipotencia, se ve obligado desde ahora a seguir dócilmente un hilo metálico dispuesto por aquellos mismos a quienes debía aterrorizar; pensemos también en aquella otra revolución operada en el «orden natural de las cosas» causada por las primeras experiencias aerostáticas de los hermanos Montgolfier, seguidas muy pronto por la travesía del Canal de la Mancha por Blanchard, en 1785.

En este momento es cuando interviene el «Filósofo», interrogándose por la causa de tan espectaculares éxitos, que rápidamente identifica con la Razón todopoderosa, aplicada a la información que le facilita la investigación. En el fondo, este era el pensamiento de Descartes, verificado ahora por la experiencia. Según una expresión de Voltaire, ¿por qué no aplicar esta razón a la «ciencia de gobernar»?; todos los males de la sociedad proceden del desconocimiento de las leyes de la vida social que la Razón podría encontrar de la misma forma que está descubriendo las que rigen la materia y, entonces, estaría asegurada la felicidad de la humanidad. ¡Razón, Progreso, Naturaleza, Felicidad y Humanidad, ya hemos encontrado las palabras clave de la filosofía del siglo XVIII! Desde luego, el proceso intelectual que hemos reconstruido aquí no tuvo el carácter sistemático que le hemos atribuido con la finalidad de hacerlo más claro. El filósofo y el hombre de ciencia coinciden muchas veces en una misma persona, por lo que entre ambas disciplinas se establece una interacción permanente.

De todos modos, esta nueva forma de considerar la sociedad y la política, en sí misma ya es una revolución. La ciencia se desarrolló teniendo por falsa toda tendencia o hipótesis que no pueda comprobar la razón, lo cual significa convertir a la tradición en un montón de escombros. La filosofía vuelve a examinarlo todo a la luz de la libre crítica, que no puede ni debe respetar nada; evidentemente, la primera víctima designada es el cristianismo; el propio carácter de la fe exige del creyente — esta sola palabra sorprende al filósofo — una total sumisión del alma a un ser que lo rebasa y que, sobre todo, escapa a su comprensión; tener fe es aceptar lo irracional; la religión revelada no es más que una forma perfeccionada de la superstición; tales son, a grandes rasgos, las conclusiones de la filosofía.

Del mismo impacto se desarraiga la tradición monárquica del derecho divino y, deseosos más o menos conscientemente, de justificar una institución que les parece irremplazable, los filósofos estiman que la monarquía debe estar iluminada por las luces de la razón, estableciendo así el principio de los regímenes que los historiadores del siglo XIX llamarán el «despotismo ilustrado». No está lejos el tiempo en que los partidarios de la Convención francesa romperán la «Sainte Ampoule» de Reims y levantarán, ante la propia catedral de Notre Dame de París, el culto a la diosa Razón.

La ciudad nueva

Los filósofos, unidos para condenar la tradición, ya no lo están tanto cuando se trata de edificar la ciudad nueva. Su visión del porvenir se resiente mucho a causa de su extracción social. Montesquieu, presidente del Parlamento de Burdeos, pertenece y representa a la rancia nobleza, preconizando en el *Esprit des lois* una monarquía liberal basada en la aristocracia. Voltaire, de rica familia burguesa, capta perfectamente el aspecto formalista del régimen británico que, en el fondo es el ideal de Montesquieu, pero reclama una amplia participación de los «capacitados» en la vida política, negándosela a la masa ignorante y peligrosamente influenciable. Rousseau, auténtico plebeyo, se declara demócrata cuando plantea en *El contrato social* la teoría de la igualdad civil y de la soberanía popular. La república igualitaria de Robespierre reconocerá cuánto le debe. Pero estas ideas democráticas eran para el propio Jean-Jacques una especie de sueño lógico, pues en sus *Lettres de la Montagne* califica al pueblo bajo como la hez de la humanidad, populacho embrutecido y estúpido, causante de los males que ha de soportar el Estado, y acompaña estas reflexiones con un elogio a la burguesía.



De las revoluciones anteriores a la gran Revolución francesa de 1789, ninguna sorprendió tanto los ánimos como las primeras pruebas de aeronáutica, intentadas por Montgolfier, Pilâtre de Rozier y el marqués de Arlanda. El 21 de noviembre de 1783, estos «intrépidos» viajeros lograron elevarse en globo a una altura de 890 metros. Esta experiencia, que iba contra «el orden natural de las cosas», ha quedado perpetuada para la posteridad en nuestro grabado. (Foto Giraudon.)

La difusión de estas ideas en los salones, clubs, cafés y sociedades del pensamiento, se facilitó notablemente con la publicación de la *Enciclopedia,* bajo la dirección de Diderot, entre 1751 y 1772. Pero debemos captar los límites y medir el alcance exacto de esta revolución intelectual.

La argumentación de los filósofos no debe ser tomada siempre al pie de la letra, ya que con frecuencia responde a preocupaciones tácticas, como lo expresó muy bien Condorcet en este pasaje del *Esquisse d'un tableau des progrès de l'esprit humain:*

> (los filósofos) combatieron por la verdad, empleando sucesivamente todas las armas que la erudición, la filosofía, la inspiración y el talento literario pueden facilitar a la razón, adoptando todos los tonos, empleando todas las formas, desde la sátira hasta lo patético, desde la sabia y vasta recopilación, hasta la novela o el panfleto de actualidad (...) circunspectos con el despotismo cuando combaten los absurdos religiosos y, al culto cuando se alzan contra la tiranía; atacando estas dos plagas en su base cuando aparentan hacerlo con los abusos escandalosos o ridículos y alcanzando a estos funestos árboles en sus raíces cuando simulan limitarse a suprimir algunas ramas mal encaminadas...

La filosofía tropieza con otra limitación en el entusiasmo propio de sus promotores. Prontos a la duda si se trata de considerar todo cuanto les ha precedido, se olvidan de criticarse a sí mismos; su apología de la razón tiene algo de gratuito: «La razón es respecto al filósofo, lo que la gracia respecto al cristiano.» (Diderot.)

Esta seca y fría dictadura de la razón creaba un vacío que, antes de terminar el siglo, ocupa un vigoroso renacimiento del sentimiento; Jean-Jacques Rousseau, con su irracional amor a la naturaleza ya es un prerromántico, Diderot en su teatro y Greuze en su pintura, caen gustosamente en un lacrimoso patetismo. En el siglo XVII se servía al rey; con los filósofos racionalistas se pasa a servir al Estado y, este sentido de pertenecer a una Nación, será el motor del entusiasmo revolucionario que encierra un germen de peligroso desarrollo; esta introducción de lo irracional, de la reacción sentimental, nerviosa, casi visceral, en la política, señala el fin de la Europa de las Luces, para dejar paso a la de los nacionalismos. ¡De ahora en adelante ya no habrá soberanos jugando a la guerra, sino pueblos enteros que se alzarán unos contra otros!

Asimismo podemos dudar de la profundidad de la manumisión espiritual del siglo; hay quienes dicen haberse liberado de la superstición — léase del cristianismo — pero quienes así dicen, caen en el espiritismo o bien son clientes de los charlatanes del magnetismo; la masonería debe parte de su éxito a su carácter más o menos secreto; se desemboca en el esoterismo de «La Flauta mágica».

Las revoluciones de la economía y de la sociedad

En 1778 se extingue el patriarca de Ferney; unos años más tarde estalla la Revolución en Francia y muchos piensan que la culpa es de Voltaire. ¿Son responsables los filósofos de los trastornos políticos de fin de siglo?; esta es la cuestión en el fondo. Hace mucho tiempo que fue contestada afirmativamente. ¿No habían destruido los innovadores lo que la filosofía había denunciado?, ¿no se inspiraban en ellos al elaborar las nuevas instituciones? No es cosa de ne-

ENCYCLOPÉDIE,

OU

DICTIONNAIRE RAISONNÉ

DES SCIENCES,

DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

Tantùm series juncturaque pollet,
Tantùm de medio sumptis accedit honoris! HORAT.

TOME PREMIER.



A PARIS,

Chez { BRIASSON, *rue Saint Jacques, à la Science.*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la Plume d'or.*
LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, *rue de la Harpe.*
DURAND, *rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.* }

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU R

Dirigida por Denis Diderot, la famosa Enciclopedia de las ciencias, artes y oficios, *precursora de todas las obras de información cultural, provocó, desde su aparición en 1751, un movimiento de interés considerable y contribuyó a divulgar en los salones y en las «sociedades del pensamiento» las ideas nuevas que iban a poner fin al antiguo régimen y que aceleraron la Revolución. (Facsímil de la edición original.)*

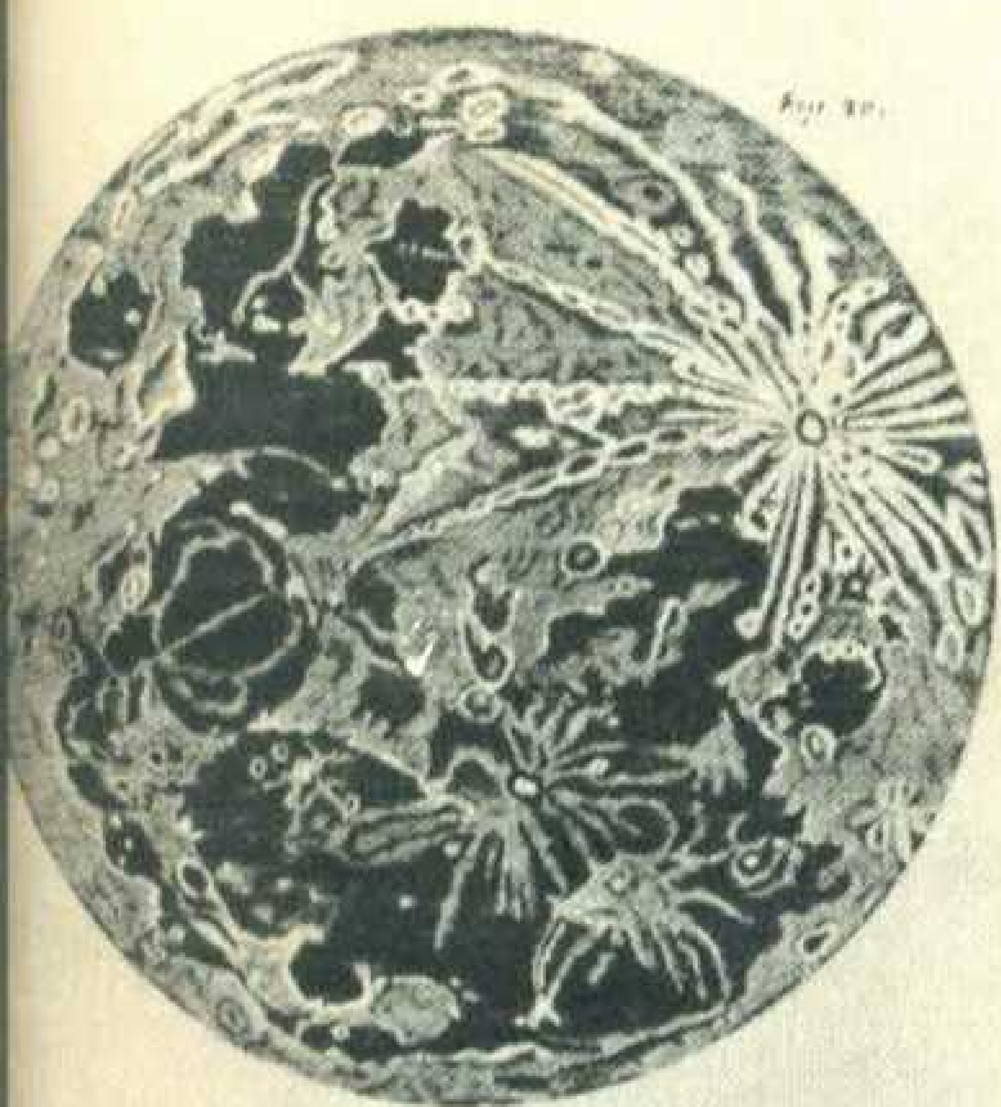
garlo ahora, pero si los filósofos proporcionaron sus estructuras a los movimientos revolucionarios, ¿son también su motor? Más bien nos inclinamos a pensar que ante todo, supieron poner en claro las corrientes de ideas más o menos conscientes de la opinión. Si no crearon el pensamiento de su tiempo, por lo menos supieron expresarlo, dándole riqueza y fuerza. Su éxito se justifica por haber dicho a sus contemporáneos lo que inconscientemente esperaban oír. Nos quedan por comprender las razones que hicieron adoptar esta actitud a la minoría culta y hallaremos la respuesta en las transformaciones sociales y económicas.

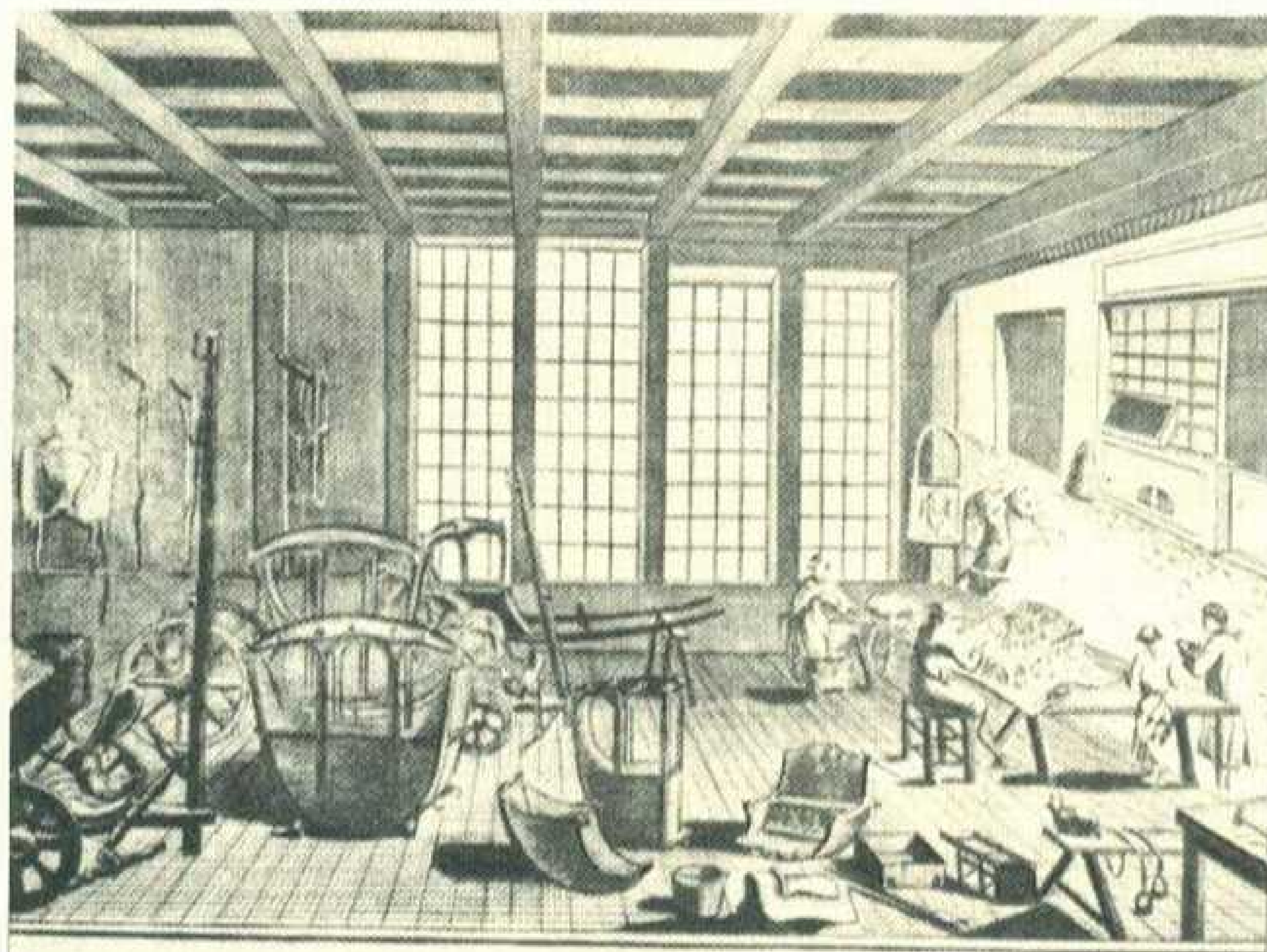
Si consideramos la naturaleza de las modificaciones aportadas por el siglo XVIII al campo de la economía, vemos cambios tan profundos que nos autorizan a hablar de revolución, pero si, en el mismo cuadro cronológico atendemos a la difusión de estas novedades, la palabra parece aplicada con algún exceso.

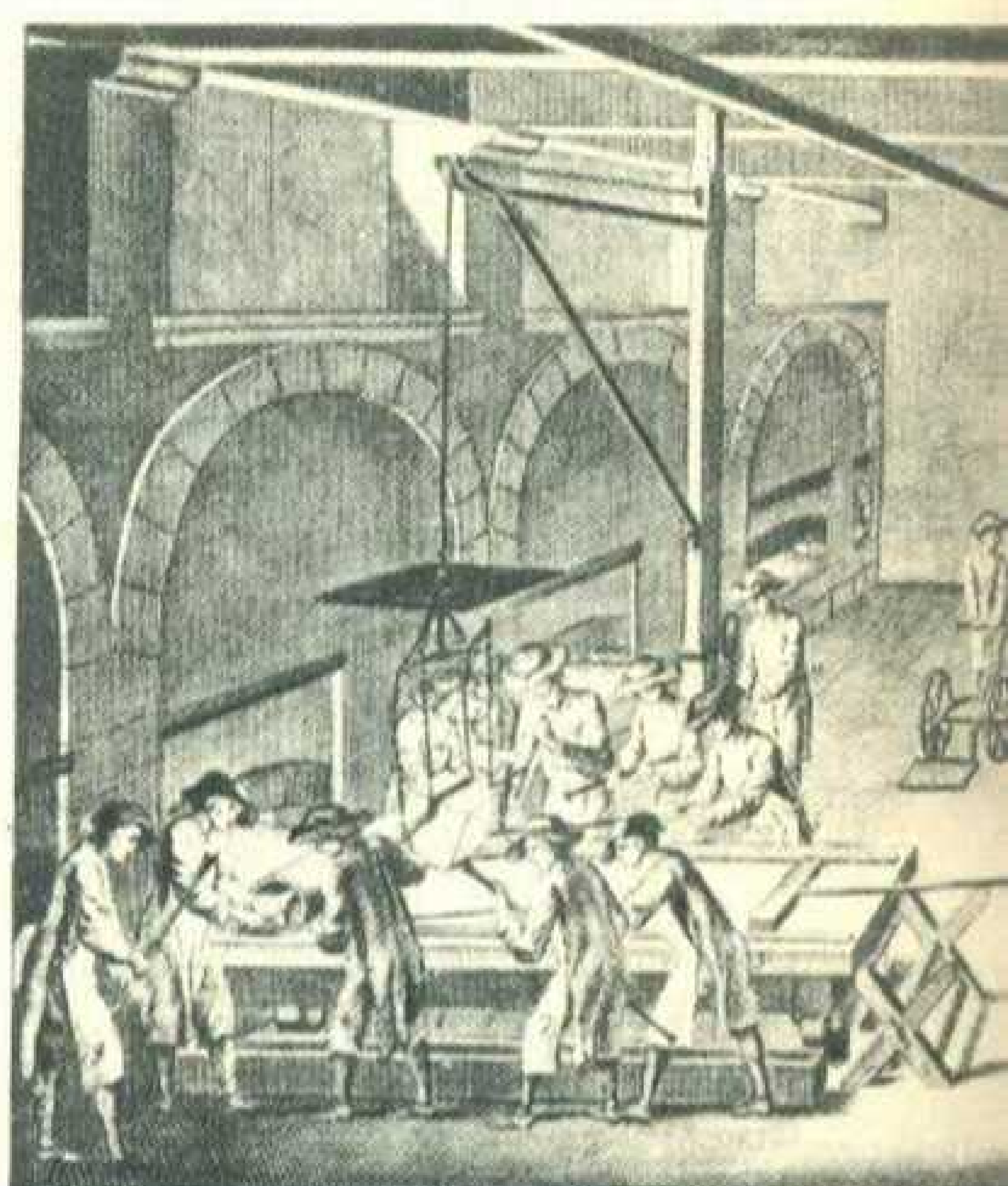
La revolución demográfica

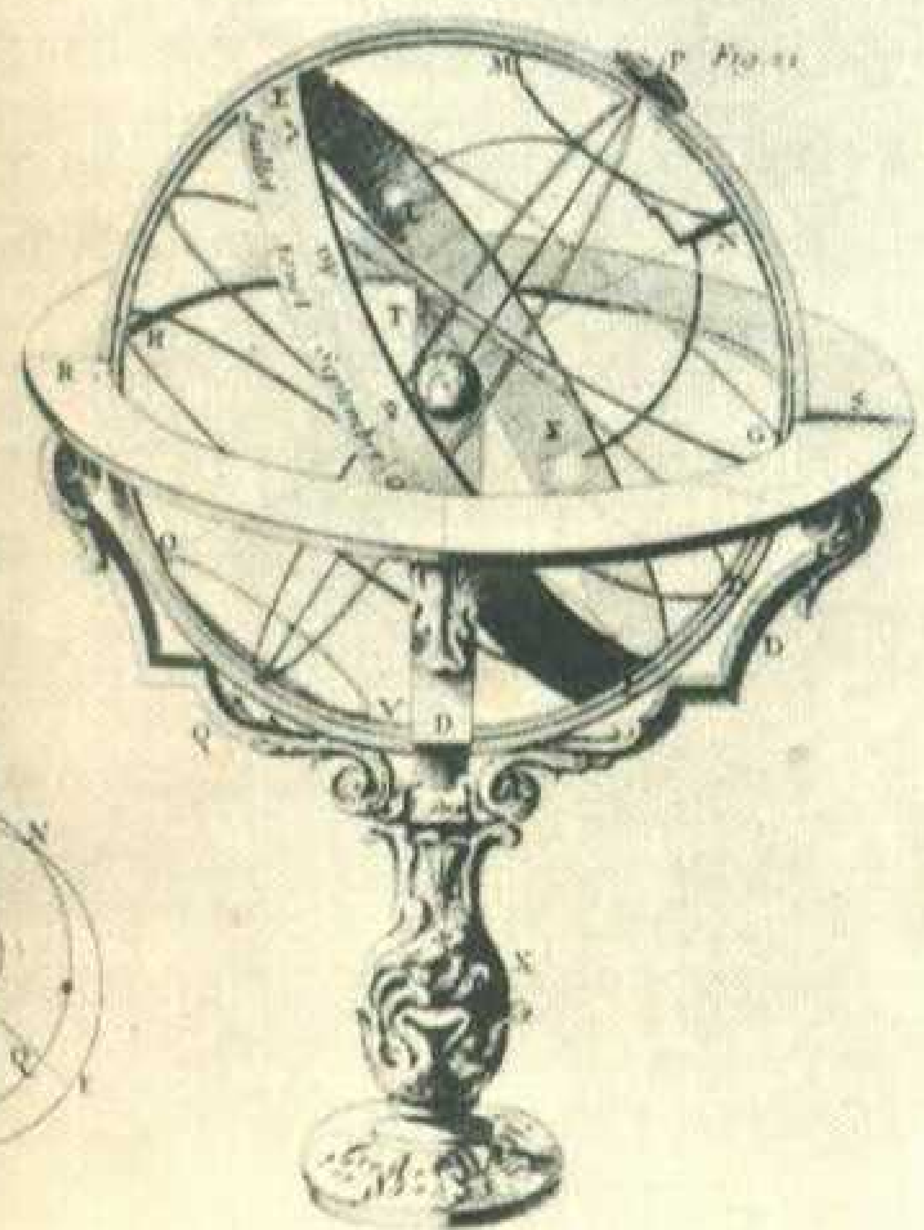
Fuese como fuere, la base de todo este movimiento reside en la revolución demográfica, hasta tal punto es cierta la idea de que el hombre es a quien primero debemos observar. El desarrollo de la población se perfila hacia 1730 y, sin aferrarnos al valor de las indicaciones estadísticas, comprobamos que en el transcurso de un siglo, Europa pasa de 118 a 187 millones de habitantes. La natalidad ha aumentado poco, pues apenas si podía hacerlo por estar rozando desde mucho tiempo atrás el máximo biológico. Lo que ha disminuido es la mortalidad y, especialmente, la mortalidad infantil; ya ha pasado el tiempo en que sólo un niño de cada cinco, rebasaba el primer año de su vida.

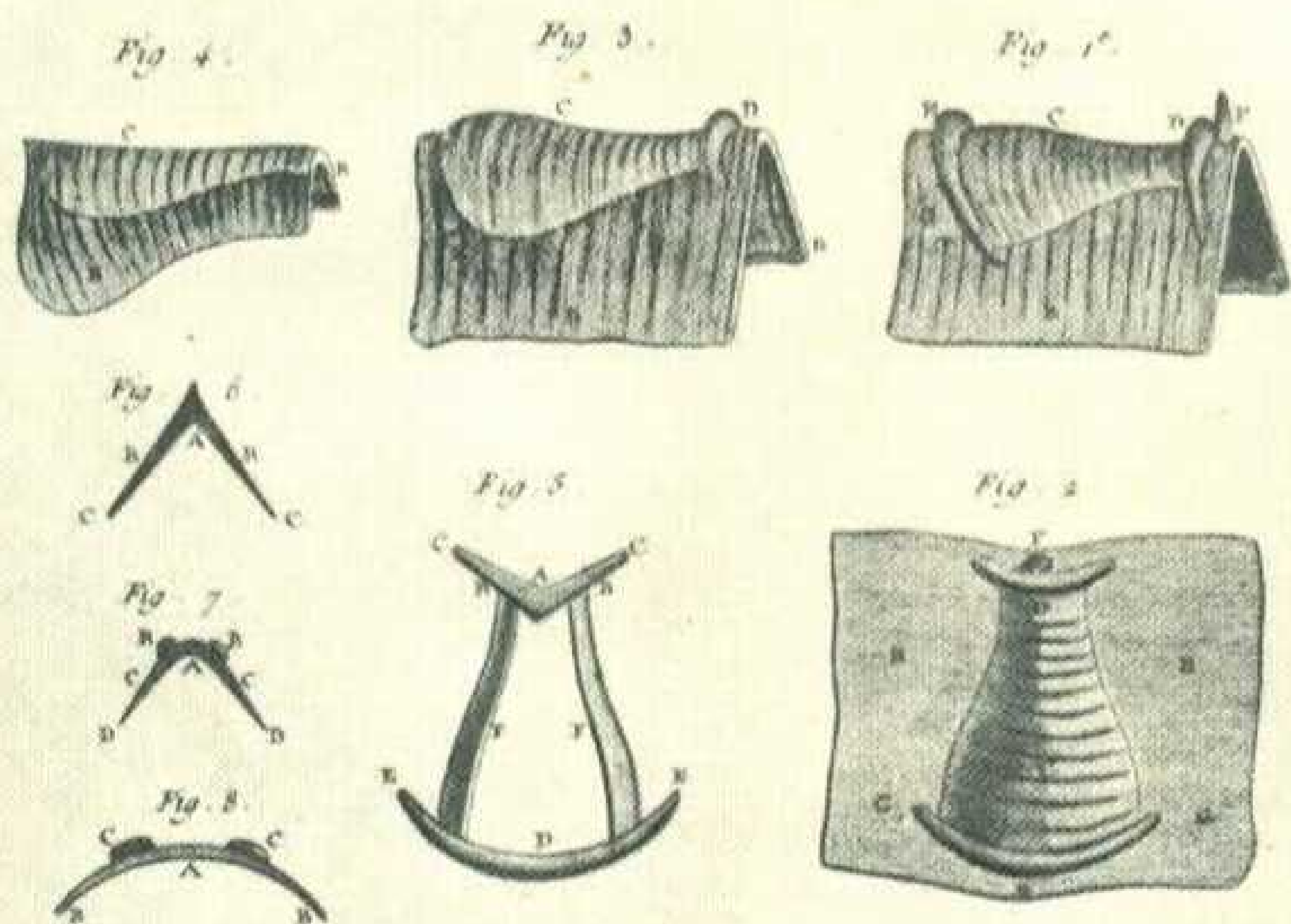
Esta es la razón de que a finales del siglo, los jóvenes dominen en la población; en 1789 las tres cuartas partes de

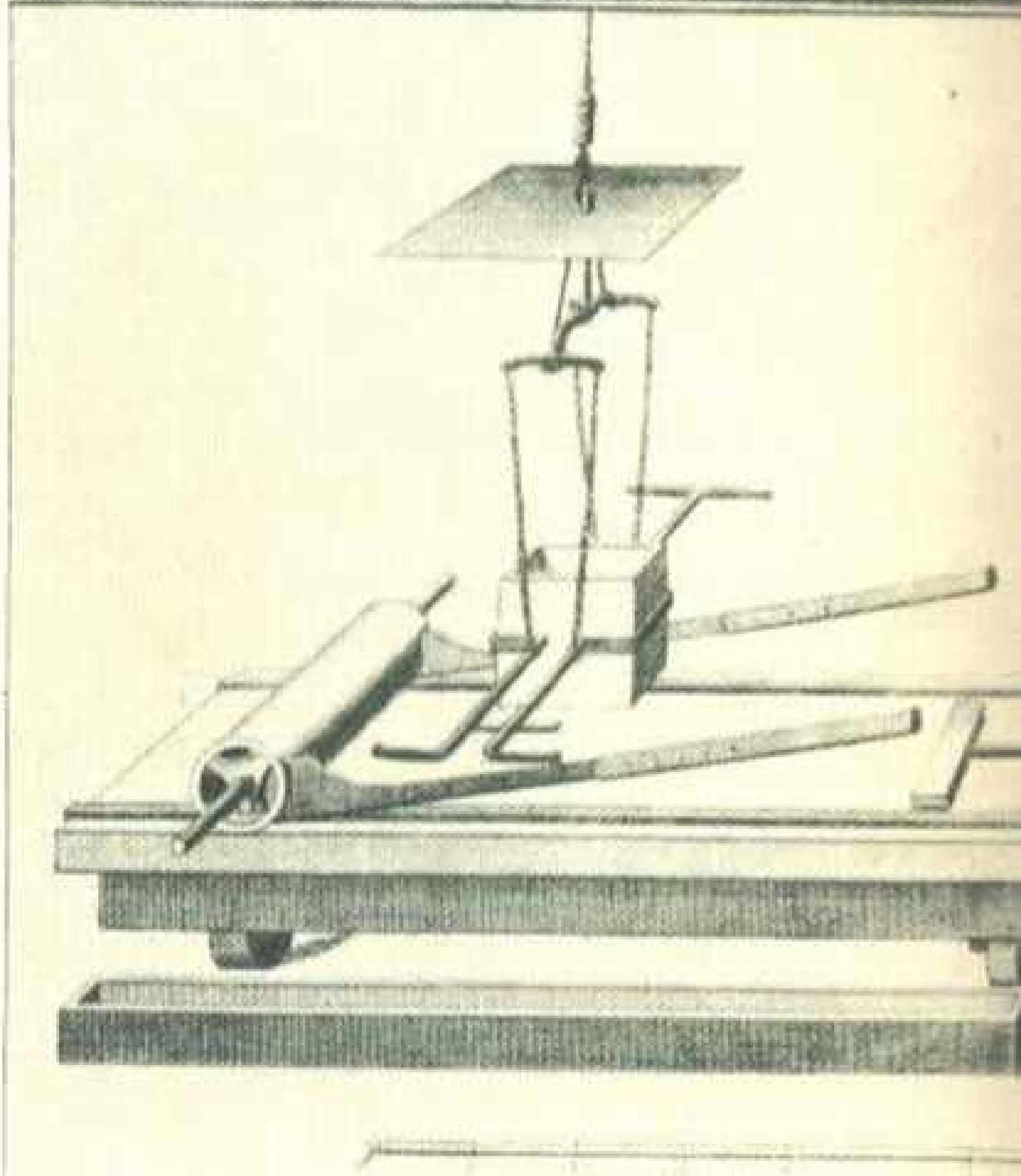














Las concepciones arquitectónicas y urbanísticas de Claude Ledoux (1736-1806) fueron consideradas como revolucionarias. He aquí su proyecto de la ciudad de Chaux, en el Jura. (Col. Bibliot. Nacional, París).

los franceses tienen menos de cuarenta años. Este crecimiento, modesto comparado con el de nuestra época, inquieta a ciertos ánimos como Malthus, temeroso de que la Tierra no pudiese alimentar a sus pobladores.

Se ha atribuido este desarrollo demográfico a los progresos de la medicina, pero fueron tan tímidos y tardíos —Jenner no practicó la vacunación hasta 1796— que no nos sentimos autorizados a concederle tanta importancia. La causa principal reside en la sustancial mejora de la alimentación, relacionada a su vez con las transformaciones de la agricultura.

Efectivamente, el campo es teatro de una auténtica revolución agraria. Nuevos cultivos se han desarrollado o mejorado; el maíz y, sobre todo, la patata, poco exigente para la calidad de la tierra. Los pastos artificiales como la alfalfa y el trébol y las plantas mejorantes como el nabo, permiten abandonar la práctica del barbecho e incrementar la ganadería. La mejor e intensiva utilización de la tierra logra, ¡por fin!, romper el círculo vicioso en que estaba encerrada la agricultura tradicional. Hasta entonces, la práctica del barbecho era muy eficaz para conservar el capital mineral del suelo, pero tenía como contrapartida la insuficiencia de la producción y toda la superficie cultivada se dedicaba a la producción de cereales. El ganado, falto de hierba, escaseaba relativamente, limitando la posibilidad de abonar los campos, con lo que, cerrando el círculo, se imponía necesariamente el barbecho. El siglo XVII rompe felizmente con una tradición que se remonta al neolítico.

Estas novedades apasionaron a muchos *gentleman-farmers* y los efectos son allí más visibles. Su aplicación tropieza con las estructuras establecidas: campos abiertos, parcelas pequeñas, terrenos comunales... Los grandes propietarios, con la bendición del Parlamento, acabaron con todo ello en beneficio propio. Este movimiento contra las lindes hizo desaparecer, entre 1760 y 1820, a los pequeños agricultores y dio a la campiña inglesa su aspecto silvestre. Se provoca un éxodo rural del que se iba a beneficiar la industria, que estaba empezando su expansión.

El maquinismo

También son espectaculares los progresos de la industria británica. Abundan los capitales formados con el gran comercio colonial; tampoco falta la mano de obra barata a causa de las transformaciones agrícolas y de la presión demográfica. Todo esto facilita el aprovechamiento de las invenciones técnicas tan prodigadas en el siglo.

El maquinismo se introduce primero en los textiles y sobre todo en la industria del algodón, relativamente reciente y cuya modernización no estaba dificultada por antiguos reglamentos, como sucedía en la industria lanera. Hilaturas y telares producen más cada vez. La metalurgia del hierro también se transforma; la deforestación impedía el desarrollo de la fundición con carbón de madera; los trabajos de Darby llevan al empleo del coque en la fundición y las cuencas hulleras empiezan a atraer a la metalurgia pesada, extendiéndose las aplicaciones del hierro; se construye el primer puente y el primer buque de hierro y hasta Wilkinson, maestro fundidor, exige en su testamento que se le entierre en un féretro de hierro.

El empleo de las máquinas se generaliza. Construidas hasta entonces de madera, se gastaban y desencajaban muy pronto; el hierro permite fabricar mejor las piezas y darles un ajuste mucho más preciso. La máquina de vapor también es consecuencia, más que causa, de esta primera revolución industrial. El genio de James Watt, asociado a los medios financieros y técnicos del fabricante Boulton consiguió ponerla a punto en Birmingham. Empleada al principio para mover las bombas, sus usos se multiplican y diversifican desde 1780. Las fábricas ya no dependen de la fuerza de los ríos y se concentran en las cercanías de las minas de carbón. Estas mutaciones económicas están estrechamente relacionadas. La revolución agraria y la industrial, difícilmente pueden separarse y se influyen mutuamente, siendo a la vez causa y efecto. La economía capitalista británica, orien-

BIBLIOTECA
PEDAGO
CART·G

tada hacia la producción masiva, se preocupa muy pronto por los mercados y cobra un matiz francamente moderno.

Cometeríamos un anacronismo, más en el espíritu que en la letra, si atribuyésemos a esta revolución económica un alcance demasiado generalizado. En el siglo XVIII estas formas modernas están aún localizadas y limitadas geográficamente. Afectan especialmente a determinadas regiones de la Gran Bretaña; la periferia de Glasgow, el Lancashire, los Midlands. En el continente y más restringidamente los países atlánticos, son ganados por este movimiento. Francia, oponiendo al pragmatismo británico su afición a la teoría, elabora la doctrina fisiócrata que, contra la tradición mercantilista de Colbert, pregona los méritos de la libertad económica que muy pronto definirá Adam Smith.

En la Europa central, la oriental y la mediterránea, se ignoran casi por completo los dos aspectos de la revolución que estudiamos.

Donde quiera que existan, las nuevas formas representan un reducido porcentaje de la actividad económica. Incluso en la Gran Bretaña, la agricultura es bastante más importante que la industria. La vida agraria continúa en la rutina y los innovadores hacen de pioneros. La artesanía es la forma más frecuente de la industria. Incluso desigualmente difundidos, estos progresos perturban a muchos intereses creados, que no son necesariamente brillantes y suscitan el temor instintivo que inspira cualquier novedad. Esta economía en formación es uno de los elementos de la crisis de la sociedad europea de fines del siglo XVIII.

Las revoluciones sociales

La división de Europa, sensible en el plano económico; todavía resalta más si nos fijamos en el edificio social.

Al este del Elba y en las penínsulas mediterráneas, la sociedad sigue siendo feudal. De derecho y de hecho, una aristocracia cuya fortuna se enraiza casi exclusivamente en la tierra, domina a una masa de campesinos ligados a la gleba. En Rusia incluso se refuerza la institución de los siervos en el transcurso del siglo. La burguesía y la fortuna mobiliaria son igualmente inexistentes. Hay que destacar que estas estructuras se mantuvieron en la Europa oriental y central durante el siglo XIX e incluso a principios del XX, para dar paso luego a las actuales democracias populares.

En la Gran Bretaña, por el contrario, la evolución económica marcó profundas transformaciones sociales. La aristocracia rural participó ampliamente en la transformación económica de la que sacó un provecho que le permitió seguir siendo una fuerza real. La burguesía colocó sus capitales en tierras e, incluso subsistiendo las diferencias de cuna, tiende a aproximarse a la nobleza que, por su parte, no constituye una casta tan cerrada como en otros países. En la práctica, los ricos son una auténtica clase social y las consideraciones sobre la fortuna van sustituyendo a las del nacimiento. El entendimiento entre estas dos clases, aún atravesado por borrascas, reduce a la impotencia a las clases pobres.

Tanto en la Europa oriental, aferrada al pasado, como en la Gran Bretaña, abierta al porvenir, comprobamos que el edificio social responde en grandes líneas a la realidad económica. No ocurre lo mismo en Francia, donde la esclerosis de las estructuras oficiales, divididas en estamentos, no corresponden con la realidad de las clases sociales.

Cada uno de los tres Estados — Clero, Nobleza y Tercer Estado — está falto de cohesión. La desigualdad oficial opone a los privilegiados Clero y Nobleza, al Tercer Estado. La nobleza tiene una alta aristocracia, instalada en la corte y disfrutando de un holgado patrimonio rural, pero principalmente está compuesta por una gran masa de pequeños nobles provincianos que viven mezquinamente en miserables castillos.

El Tercer Estado no es menos contradictorio; lo integran los burgueses ricos, los menos acomodados, los cofrades de los gremios ciudadanos, escasamente remunerados y la enorme masa campesina, casi siempre necesitada.

Tres conflictos esenciales caracterizan la crisis social francesa del siglo XVIII. En el campo, los agricultores reclaman la abolición de los derechos feudales, cuya existencia les parece cada vez menos justificable, mientras que la nobleza reaccionaria quiere aumentarlos. Esta actitud del medio rural, aislada, no hubiese sido peligrosa, pues la dispersión geográfica del campesinado imprimía siempre a sus movimientos un carácter episódico y fragmentario.

En algunas grandes ciudades, especialmente en París, los cofrades de los gremios se sentían inquietos por la competencia de las nuevas formas industriales capitalistas que, aún siendo muy poco numerosas para poder resolver la presión demográfica en el mercado del trabajo, provocaban la venta a bajo precio y el paro en el seno del artesanado. Estas masas parisienses desempeñaron un importante papel en las jornadas revolucionarias, pero erraríamos si las tomásemos por la vanguardia del proletariado contemporáneo.

El conflicto esencial se plantea entre la aristocracia y la burguesía. En la alta sociedad parisiense se notaba su acercamiento; los grandes burgueses y los aristócratas se codeaban en los salones, en la logia masónica, en el teatro y en ciertos consejos de administración e incluso, algún que otro noble arruinado, no desdeñaba la dote de una joven y rica burguesa.

A pesar de este aparente entendimiento, la lucha era viva. Lucha defensiva para la aristocracia que, omnipotente en el plano social, tenía muy poco peso en el económico y buscaba sanear su situación financiera, elevándola a la altura de su posición social. Lucha ofensiva para la burguesía que, al contrario, pretendía elevar su situación social al nivel

de su potencia económica; los burgueses reclamaban la abolición de los privilegios, sin desear una igualdad que hubiese beneficiado también a las masas populares; la nobleza, por su parte, quería reservarse determinadas y remuneradoras funciones políticas, militares o eclesiásticas y se transformaba en una casta cerrada. Acosada en el campo por los campesinos y en la ciudad por los burgueses, la nobleza francesa no supo — o no quiso — entenderse con uno de sus adversarios para defenderse del otro. Incapaz de transformarse, se condenaba irremisiblemente a desaparecer.

Según desde qué ángulo se le observe, el siglo XVIII es una época de profunda revolución económica y social o tan sólo el aliciente de la revolución que alcanzaría su plenitud en el siglo siguiente. De cualquier modo, se aprecia que lo esencial reside en que exista acuerdo o desacuerdo entre las estructuras económicas y las estructuras sociales. Buscando su justificación en las doctrinas filosóficas, las revoluciones políticas persiguen instaurar por la fuerza un nuevo equilibrio cuando la revolución progresiva no haya sido posible.

Las revoluciones políticas

El movimiento revolucionario europeo, como el campo económico y social, está marcado por la división de Europa en dos partes. Las revoluciones y disturbios que preceden a la Revolución francesa, tienen lugar casi exclusivamente en la parte occidental de Europa y si contamos con la Revolución americana — y estamos en el derecho de hacerlo, puesto que fueron los europeos de América quienes se sublevaron — podemos hablar de revoluciones atlánticas. Desde 1770 a 1790 las colonias inglesas de América, Irlanda, Gran Bretaña, las Provincias Unidas, el país bajo austríaco e incluso Ginebra, se ven sacudidas por revoluciones o desórdenes de mayor o menor duración.

¿Significa esto que el resto de Europa, alcanzado por el pensamiento filosófico, no sufre ninguna transformación política? Desde mediados de siglo, la Europa central, la oriental y la mediterránea son el campo de acción del despotismo ilustrado. Inspirándose en la «filosofía de las luces», el soberano utiliza su autoridad para realizar las reformas que reclama la razón; el déspota ilustrado, afirma su intención de velar por la felicidad de sus súbditos. Estamos casi en el «todo para el pueblo, nada por el pueblo» que encierra una gran propaganda, pero este llamamiento a la felicidad es consubstancial con los tiempos. La misma persona del monarca se disocia en teoría y, a veces en la práctica, de la realidad del Estado. El Rey Sargento, Federico Guillermo I de Prusia, no dice: «Yo soy el Estado», sino «Yo soy el primer servidor del rey de Prusia». Cualquiera que sea la amplitud de las reformas realizadas por José II, Federico II o Catalina II, resulta reforzado siempre el poder del Estado, a expensas de un feudalismo hasta entonces poderoso; el despotismo ilustrado, en este punto, llegó demasiado tarde para la Europa atlántica.

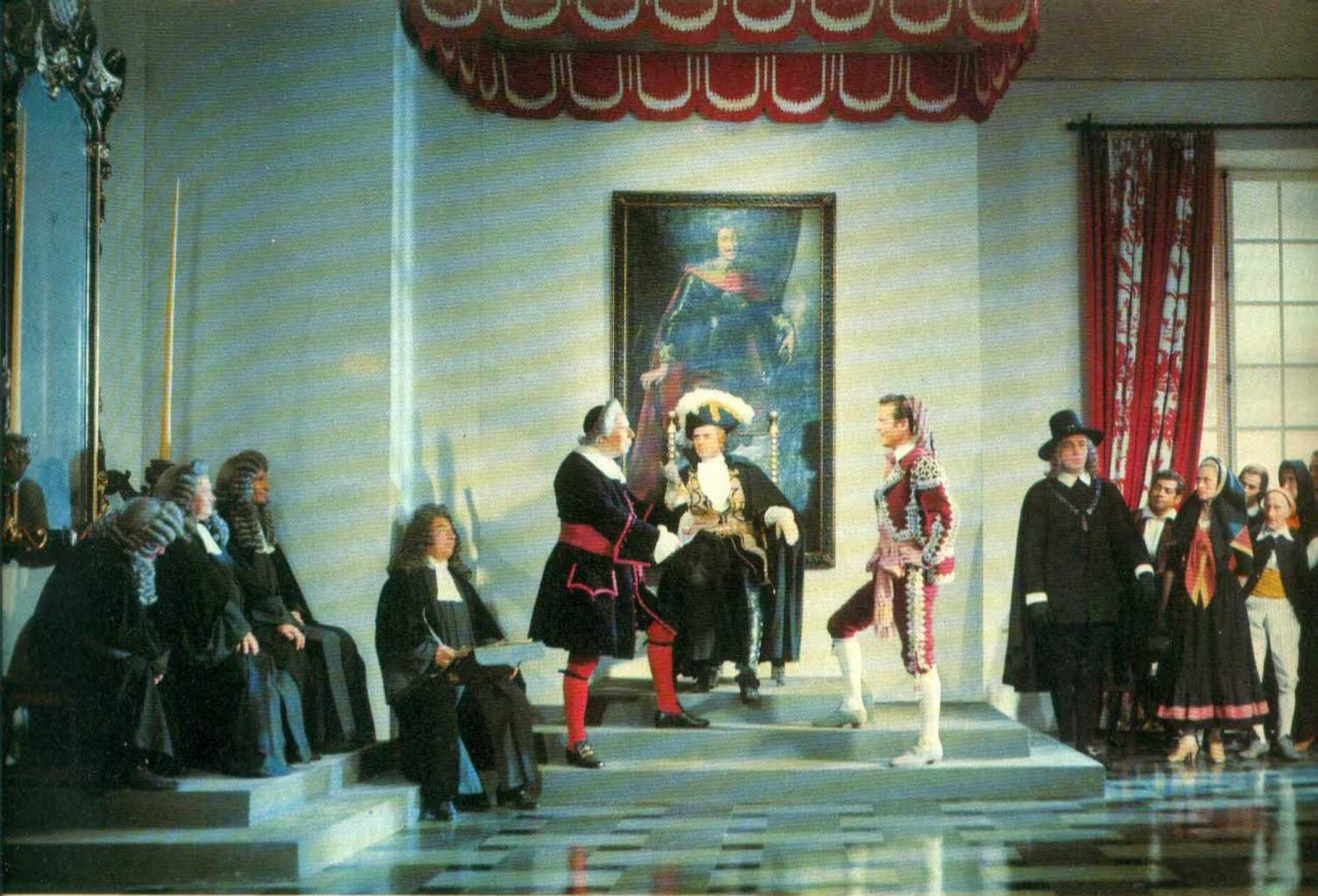
Completamente distinto era el modelo que facilitaba América. El conflicto jurídico que originó la guerra de independencia, atentó al principio británico de consentimiento al impuesto. El gobierno de Londres cometió el error de aplicar a una colonia de población la legislación del pacto colonial, aplicable solamente a las colonias de explotación. Es curioso observar que la inadaptación de una institución a la realidad, casi siempre es la ocasión, si no la causa de un conflicto. Incluso antes de obtener la victoria, los americanos se convirtieron en el sarampión de la opinión culta. Había sido «anglómana», ahora se hizo «americana». La Declaración de derechos de 1776 y la Constitución de Pennsylvania, de características netamente democráticas, se tradujeron al francés y fueron leídas con avidez. Con razón o sin ella, el ejemplo de los Estados Unidos parecía demostrar que las ideas filosóficas no eran utópicas y que podían aplicarse.

Lo que confiere importancia e interés a la Revolución francesa, es tanto su carácter múltiple como su irradiación. Otra vez se impone el plural.

Desencadenada por la nobleza en 1787, con el objetivo de conseguir una monarquía aristocrática en la que reinase un soberano, sin gobernar, al principio no era más que un aspecto extremo de la reacción nobiliaria, animada por los Parlamentos. Escapándosele de las manos a sus promotores, se convirtió en el hecho de la burguesía, que acepta, no sin desconfianza, el apoyo del pueblo de París y de los campesinos, en julio de 1789. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, más teórica y universalista que las declaraciones americanas, asigna al Estado la función de garantizar a los individuos sus derechos naturales. La constitución de 1791, de espíritu liberal y burgués, quiere convertir en imposible el despotismo gubernamental e imponer a la aristocracia la supresión de los privilegios; el odio a la desigualdad sobrepasa al amor a la libertad. Al mismo tiempo, se desarticula el caduco molde jurídico que asfixiaba la vida económica; todas las iniciativas son ya posibles en este campo, pero las clases modestas serán las primeras víctimas, pues se prohíbe toda protección colectiva en nombre de los derechos del individuo.

Posteriormente, bajo la presión de la guerra dirigida por la Europa reaccionaria, el ala avanzada de la burguesía — los Jacobinos — elimina al rey y ejerce muy pronto una dictadura que justifica con las necesidades de la salvación pública. Se instaura una república democrática e igualitaria que, en el conjunto de la Revolución, se presenta como una desviación accidental. Sus principales medidas, sufragio universal, separación de la Iglesia del Estado y reglamentación económica, son como anticipaciones. 1793 se nos muestra como un medio desesperado para salvar las conquistas de 1789. Con la caída de Robespierre se vuelve al programa liberal, si no al de 1789, al menos al de 1792, al bello tiempo de la época girondina. La Revolución termina por estabilizarse en su fase burguesa; lo que conocemos de la situación social de 1789 lo justifica fácilmente.

El golpe de estado de Brumario, ¿pone fin a la Revolución francesa y a las revoluciones del siglo XVIII? Nada hay



Ciertas obras de arquitectura, de pintura o de literatura parece que resumen toda la significación de una época. Pero lo que expresa mejor la crisis atravesada en períodos dramáticos de la historia es el teatro. Con su defensa de una justicia igualitaria, sus insolencias contra las clases privilegiadas y su protesta contra las discriminaciones sociales, Beaumarchais, cuya obra «Las bodas de Fígaro» se estrenó en 1784, fue el punto de partida de la Revolución. (En el grabado, la escena del tribunal interpretada por La comedia francesa, colección Producciones Cinematográficas.)

menos seguro; el siglo de los historiadores se acomoda mal a las limitaciones matemáticas.

Con Bonaparte se prosiguió la Revolución, que la enlaza con el despotismo ilustrado. Los métodos de gobierno son autoritarios, pero la mayor parte de su obra continúa en la línea trazada en 1789. El Código Civil completa la reforma de las instituciones jurídicas, iniciada en la época de la Constituyente. Desde luego, antes de convertirse en Napoleón I, Bonaparte se orienta hacia la monarquía y será el símbolo de la Revolución coronada.

Pese al Terror Blanco, la Carta de 1814 reconoce implícitamente los derechos del hombre y la monarquía constitucional será un ensayo de gobierno a la inglesa, que recuerda lo que deseaban algunos anglómanos antes de 1789.

Las ideas sembradas en el siglo XVIII prendieron en Iberoamérica entre 1810 y 1825. En Europa central provocaron los desórdenes liberales y nacionales de 1820, 1830 y 1848.

No más que la de 1799, la fecha de 1815 no resulta convincente para señalar el término de las revoluciones del siglo XVIII. La verdadera terminación podría fijarse en 1848. El espíritu liberal que prevalece en Francia durante las jornadas de febrero o el de la burguesía vienesa, berlinesa o italiana, proceden de la misma fuente individualista que ya manaba en 1789. La inspiración de los nacionalismos es fruto de la Revolución francesa. Pero, la reacción está cercana en toda Europa y, en Francia, las jornadas obreras de junio de 1848, se dirigen contra la burguesía. En la lucha revolucionaria los papeles se invierten. La burguesía, avanzada de la Revolución hasta entonces, se vuelve conservadora.

Las revoluciones del siglo XVIII, fueron intelectuales, económicas, sociales o políticas, eran obra de la burguesía luchando por hacerse reconocer la mayoría de edad. Nadie le niega esta cualidad en 1848, pero ahora es la generación siguiente, la clase obrera, la que toma el relevo.

Ha terminado una época.



RENE REMOND

las revoluciones del s. XIX

«Siglo XIX, siglo de las revoluciones». La expresión no es una acrobacia verbal, sino la justa expresión de una realidad manifiesta. Exceptuando el nuestro, que no está aún suficientemente avanzado para prestarse a una comparación justa, ningún otro siglo se aproxima al XIX en el número, variedad y alcance de los trastornos que hicieron de él «el siglo de las revoluciones» por excelencia, revoluciones que se suceden en cadena y se propagan de un país a otro como «regueros de pólvora», empleando un vulgar símil plenamente justificado por la exactitud de su imagen.

No por haber conocido una primera revolución, se inmunizan los países contra la repetición del fenómeno. En 1815, Francia creía haber satisfecho amplio tributo a la fiebre revolucionaria, pese a lo cual, tres graves crisis se sucedieron en intervalos de casi veinte años; primero en 1830, después en 1848, y con la Comuna en 1871. Pero Francia no era un caso aislado, ni siquiera ostentó el privilegio del número; en España o en algunas regiones italianas son mucho más numerosos los disturbios que afectan a la estabilidad de las instituciones. Pocos países escapan al contagio revolucionario; Austria, orgullo de Metternich, que la calificaba como «la roca del orden» en la turbulenta Europa, entró a su vez en el ciclo de las dificultades internas a la caída del canciller. La Rusia absolutista pudo parecer refractaria a los fermentos de agitación, al menos durante el reinado del zar Nicolás I; no obstante, en 1825 conoció el complot de los oficiales decabristas que soñaban con instaurar las libertades en su patria; pero tras los atentados anarquistas, la revolución de 1905 y las de febrero y octubre de 1917, aquel Imperio se convirtió en la primera potencia revolucionaria y en el modelo de las revoluciones ulteriores.

Unicamente Gran Bretaña permaneció al margen del movimiento; no obstante, su historia está atravesada por oleadas de descontento, pero que, por vivas y amenazadoras que fueron, se resorbieron sin que en ningún momento degenerasen en conflictos que precisaran el empleo de la fuerza. Inglaterra ofrece el ejemplo de una ininterrumpida adaptación progresiva.

Este caso invita más a la reflexión cuanto que son pocos los países que experimentaron tan profundas modificaciones en su economía y organización social; corrientemente nos referimos a estos cambios calificándolos como revoluciones de la agricultura, de la industria y de las técnicas del transporte. Estas pacíficas revoluciones señalan otra de las componentes fundamentales de la historia europea del siglo pasado. Ninguna actividad humana, ningún sector de las sociedades europeas escaparon a estas mudanzas, cuya convergencia modificó de arriba abajo las condiciones de existencia del individuo y la faz de las naciones.

Guardémonos muy mucho de caer en la fácil analogía que sugiere los términos; las revoluciones técnicas son de naturaleza distinta a las revoluciones políticas, pues sus ritmos son distintos. Pese a la tendencia existente de convertir a las segundas en consecuencias de las primeras, no está demostrado que las revoluciones políticas hayan surgido de las revoluciones técnicas. El ejemplo de Gran Bretaña sugiere incluso que no existe correlación entre ambas. Lo que sí resulta evidentemente cierto es que unas y otras aceleraron el curso de la evolución.

Mitología de la revolución

Si observamos atentamente la causa que determinó la universalidad del hecho revolucionario en el plano político, se nos aparece esencialmente como una consecuencia retardada de la gran crisis que estremeció a Europa entera, después que a Francia, entre 1789 y 1815. La Restauración que acometieron los soberanos, no pudo borrar el recuerdo ni la influencia de las vibraciones despertadas por la gran conmoción, que persisten a todo lo largo del siglo. La experiencia revolucionaria sembró ideas y bosquejó anticipaciones,

He aquí un cuadro de Delacroix: «La libertad guiando al pueblo», obra que se conoce también por el nombre de «La barricada». (Museo del Louvre, foto MTA.)

cuyas posibilidades explotará incansablemente el siglo XIX, afanándose en deducir sus efectos. Además, la Revolución y las que le siguen, inauguraron un camino en el que ven las sociedades una legítima dirección que se ven tentadas a tomar desde ese momento; la fuerza de los precedentes pesa en el tiempo e influye en los acontecimientos. Las impacientes sociedades que quieren reajustar sus instituciones políticas y su organización social tienen dos ejemplos de evolución; la adaptación progresiva y suave — tal como la practica la Gran Bretaña — y la mutación brusca y radical que de todo hace tabla rasa. Esta última forma es la que, por la fuerza del precedente revolucionario, tiende a imponerse como la solución más válida y eficaz, como la fórmula del porvenir. El proceso revolucionario ejerce su irresistible atracción sobre los ánimos e imaginaciones. La experiencia histórica de la Revolución francesa, ha canonizado, por así decirlo, el hecho revolucionario. Ya no se cree en la virtud de las reformas limitadas y graduales, ni en la validez de los compromisos; la opinión deposita su esperanza en la fecundidad de las conmociones y en los principios absolutos. El romanticismo engendra la mitología de la revolución.

Un análisis que se reputa como científico aporta, a finales del siglo, una justificación objetiva a esta visión esencialmente lírica de la evolución. Las escuelas socialistas, principalmente la marxista, creen deducir del examen de los hechos sociales, la evidencia de la lucha de clases, pues, según ellos, toda sociedad se compone de grupos antagonistas entre los que es inevitable el conflicto y, si la forma normal de relación entre las clases es la lucha, el reformismo es tan sólo un señuelo y únicamente la revolución conseguirá arrancar el poder a la clase dirigente para dárselo a los oprimidos, siendo ésta la única posibilidad de edificar una sociedad justa. De esta forma, las escuelas en que lo social preocupa más que lo político, han reforzado los modos de pensar nacidos de la Revolución, mientras que las ideologías opuestas conducen a imponer la necesidad y legitimidad del hecho revolucionario.

Si bien no las provocaron, las revoluciones técnicas contribuyeron, por su parte, a multiplicar las crisis revolucionarias a causa de las modificaciones que introdujeron en las sociedades; provocaron la ruina de los equilibrios tradicionales, sacudieron instituciones seculares y crearon distorsiones que sólo parecían poder corregirse mediante una refundición total.

Las sucesivas oleadas de las revoluciones políticas

No podemos clasificar en un tipo matriz a todas las convulsiones que tuvieron por teatro el siglo XIX, pero no es arbitrario reducir su gran variedad a unos pocos prototipos. Teniendo en cuenta las diferencias de inspiración y los lugares de aplicación, consideraremos sucesivamente a las revoluciones en sus aspectos político, técnico y social.

El principal objetivo de las revoluciones políticas estriba en modificar la organización del poder y en regular sus relaciones con los individuos. Poco o mucho, todas ellas proceden de la revolución de 1789, incluso aquellas que niegan inspirarse en ella y se proponen trasladar sus principios básicos al derecho público, a las instituciones y a la práctica administrativa, para lo cual deben triunfar sobre las fuerzas conservadoras, casi reaccionarias, que estiman su deber mantener el orden restaurado o que sueñan con restablecer el Antiguo Régimen, en su integridad. Estas fuerzas recuperaron el poder en 1815 y por tanto, los cambios se harán a sus expensas; las revoluciones surgen del enfrentamiento de estas voluntades contrarias.

Muchas oleadas consecutivas se abatieron sobre el orden restaurado, cada una de las cuales se diferenciaba de las otras por su inspiración y objetivos. Al principio, los movimientos revolucionarios limitan sus ambiciones a restringir la autoridad monárquica, legalizada por un texto constitucional que señala sus límites y fija las normas de relación entre los poderes. Su inspiración es netamente liberal, como corresponde a las fuerzas sociales entre las que recluta a sus combatientes; burgueses y profesionales liberales, estudiantes, universitarios, fuerzas armadas. En Francia, persiguen la aplicación de una Carta constitucional que establezca un régimen representativo y garantice las principales libertades. En Alemania e Italia, luchan por la introducción de un régimen imitado del francés o del británico. La revolución parisiense de 1830 es el prototipo de estos movimientos que estalló ante la tentativa real de imponer una interpretación restrictiva a la Carta; su éxito desencadena una serie de movimientos en Europa, desde Bélgica al Piamonte que, al triunfar en el Oeste y fracasar en el Este, acentúan la tradicional diferenciación entre las dos Europas. Julio de 1830 señaló la victoria de las revoluciones liberales en la Europa occidental, mientras que la Europa oriental, a imagen y semejanza de Rusia — que la hizo en 1905-1906 — tuvo que esperar aún mucho tiempo a su revolución liberal.

La primavera de los pueblos

Una vez en posesión de las libertades esenciales, Europa occidental reanuda el ciclo de sus revoluciones; tras el «sol de julio» nace «la primavera de los pueblos». Ahora, el objetivo consiste en instaurar la democracia. Las revoluciones liberales habían hecho posible el disfrute efectivo de las libertades a aquellas minorías que, por su fortuna, cultura o posición social, estaban en condiciones de disfrutarla. Después de haber sido el ala activa de las revoluciones contra el absolutismo y la restauración aristocrática, estas oligarquías, lejos de preocuparse en extender el campo de las libertades, se volvieron transformadoras, hostiles a cualquier evolución y por esto, las revoluciones de 1848, en parte están dirigidas contra ellas: demócratas contra liberales. Pero, indudablemente, estos movimientos eran prematuros, pues todavía eran demasiado poderosas las fuerzas conservadoras; después de

un fulgurante y, al parecer, irresistible comienzo, el movimiento revolucionario aminora su marcha, se divide y sucumbe por doquier ante la reacción triunfante. Sin embargo, este acontecimiento dejará, preñadas de consecuencias, algunas disposiciones que desarrollarán sus efectos progresivamente, como pasó en Francia con el sufragio universal masculino, que ya no discutirá ningún régimen.

En la segunda mitad del siglo, la democracia progresará más por la evolución natural de la sociedad y por la predisposición de los ánimos, que por las convulsiones revolucionarias.

En la Europa occidental por lo menos, las etapas de este desarrollo dejan de coincidir con los cambios bruscos del régimen y se producen en el marco constitucional. En Francia y en Gran Bretaña, lo mismo que en Bélgica y Holanda, en los Estados escandinavos y en Italia, las instituciones y los usos políticos se democratizan regularmente; el sufragio se amplía gradualmente hasta llegar a ser universal en la mayoría de los países; las libertades esenciales, de opinión, de conciencia, de expresión y asociación, son reconocidas por la ley y respetadas en la práctica. En vísperas de la primera Guerra Mundial, la democracia política se halla ampliamente establecida en Europa occidental.

El nacionalismo

Paralelamente a esta familia de revoluciones, hay otras que sacan su inspiración de otra noción también heredada de la Revolución francesa: la idea de nación. La Francia revolucionaria comenzó a revelar a los pueblos europeos su personalidad, tanto por la irradiación de sus principios y por el deseo de imitar a la «gran nación», como por reacción natural contra la ocupación francesa y, a menudo, bajo la presión coincidente de las dos influencias. Bajo Napoleón es cuando, por primera vez, los italianos del norte se reúnen en un mismo Estado, el reino de Italia. España dio el ejemplo de una guerra de independencia nacional. Los alemanes, en 1813, súbditos de príncipes diferentes y distribuidos en varios Estados, se sienten hermanos y comprometidos en una aventura colectiva. En Polonia, por ejemplo, el sentimiento nacional adoptará la forma de aspiración a la independencia. Al no estar reconocido este derecho por la restauración europea, sus partidarios deben alinearse con los revolucionarios que arden en deseos de derribar el nuevo orden de cosas. El sentimiento nacional que, en otras circunstancias, será un factor de orden y estabilidad, se presenta pues, en la primera mitad del siglo, como un principio revolucionario y en él tiene su origen el íntimo acuerdo alcanzado entre patriotas y liberales manifestado en 1830. Las revoluciones de 1830, como las de 1848, son tan nacionales como liberales o democráticas. Bélgica lucha a la vez por su existencia y por la instauración de un régimen liberal. Los húngaros, con Kossuth, reivindican al mismo tiempo, el restablecimiento de su personalidad histórica y la república. El fracaso de las revoluciones de 1848 consagra la derrota de la democracia.



La revolución de 1848; caricatura de Honoré Daumier. (Foto Viollet.)

Después de 1850, los caminos se separan y divergen los destinos de la democracia política y del nacionalismo. El derecho de los pueblos a disponer de sus destinos deberá triunfar normalmente por medio de la violencia, tanto si se trata de la unidad alemana o italiana, como de la emancipación de los pueblos balcánicos del yugo turco o de la liberación de las nacionalidades eslavas encerradas en el imperio de los Habsburgo; en todas partes, la idea nacional deberá pasar por la guerra. Guerra localizada, como en el caso de los Balcanes o conflicto generalizado, como en la primera Guerra Mundial que supuso el hundimiento de conjuntos históricos basados en el principio dinástico y la liberación de los pueblos cautivos. La victoria de los aliados en 1918 consagra igualmente la del principio de las nacionalidades y el concepto del Estado-nación. Señala también el triunfo de la idea democrática, pues tanto los vencidos como los nacientes Estados, se apresuran a tomar las instituciones de los vencedores y por todas partes se construyen democracias. Así pues, tanto por la forma del régimen como por la determinación de las fronteras nacionales, la victoria de 1918 aparece entonces como la consagración de los movimientos que agitaron al siglo XIX, pudiendo considerarse razonablemente la Gran Guerra como la última crisis revolucionaria de las que ha salido nuestro siglo XX. Sin embargo, un año antes, otra revolución contenía en potencia la condenación del orden surgido de estos movimientos.

Revoluciones técnicas y sociales

Otra estirpe de revoluciones se anuncia con el año 1917, en Rusia. Revoluciones más preocupadas de refundir la sociedad que de modificar el régimen político; desde su punto

de vista, la conquista del poder no es más que un medio. Estas revoluciones sociales están más estrechamente ligadas que las precedentes a los cambios que afectaron a las técnicas. Si bien algunos de estos cambios se limitan a modificar la diaria existencia, aumentando el bienestar o la comodidad, otros provocaron consecuencias capitales para el equilibrio social, al ser portadores de los elementos de verdaderas revoluciones sociales.

El origen de estas innovaciones técnicas es anterior al siglo XIX. La mercantil y manufacturera Albión se presentaba ya como una anticipación desde la segunda mitad del siglo precedente. El carbón y la máquina son los componentes básicos de la gran revolución técnica. En la hulla, el hombre descubre una fuente energética infinitamente más potente y trasladable que las fuerzas tradicionales, agua, fuente y leña. Por otra parte, la máquina acrecienta infinitamente su poder sobre las cosas y su capacidad de producción; pero a la vez que transforma las relaciones entre la materia y la naturaleza, cambian también radicalmente las condiciones de trabajo y las relaciones humanas, por una sucesión de efectos que se engendran casi automáticamente.

La adquisición de máquinas y su amortización, por razón de su costo, sólo están al alcance de empresarios que dispongan de capitales. La propiedad de los instrumentos de producción tiende, por razones financieras, a convertirse en el monopolio de una clase que se reservará el usufructo de la producción. Los capitales se concentran como consecuencia natural de un maquinismo que exige la continua mejora del material y el desarrollo de la competencia para eliminar a los productores menos preparados.

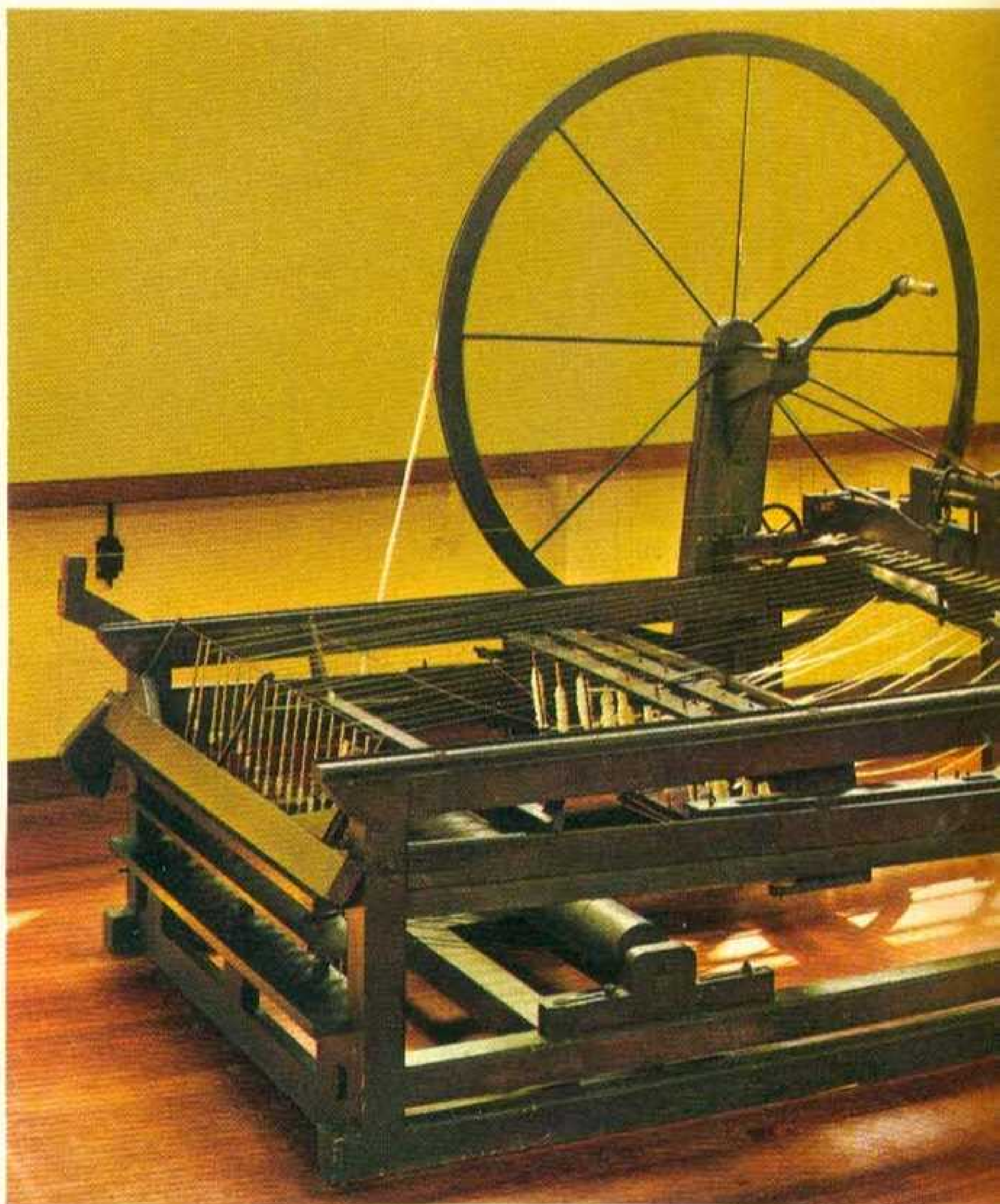
La concentración de los capitales y el desarrollo de las empresas provocan, simultáneamente, la afluencia de la mano de obra y la formación de concentraciones humanas. La industria, antes dispersa, se reagrupa y desde ahora se vincula a la ciudad, sea para radicarse cerca de las reservas de trabajadores o para determinar, por sí misma, la formación de nuevos núcleos urbanos. Los jornaleros que emplea proceden del campo, de donde han sido expulsados por la saturación de su población y la mayoría de ellos carecen de instrucción elemental y de calificación profesional, poseyendo por toda riqueza su sola fuerza física, que todavía deben saber aprovechar, pues la fuerte presión demográfica y el paro tecnológico — primera consecuencia de la introducción de la máquina — crean un excedente permanente de mano de obra. La clase patronal, segura de disponer del ejército de reserva que supone esta masa de parados, fija a su antojo las condiciones de trabajo y disminuye los salarios.

Las condiciones jurídicas suman sus consecuencias a los cambios técnicos y a los factores económicos. Ninguna legislación garantiza a los trabajadores contra los riesgos. Aún más, la ley les prohíbe concertarse, asociarse e interrumpir el trabajo; la huelga es un delito merecedor del castigo de los tribunales. La doctrina liberal, cuyas máximas imperan oficialmente, preconiza la existencia de leyes económicas que no pueden ser falseadas en su libre juego por la intervención del hombre, del Estado o de los grupos que dificultan la iniciativa. Estos principios, concebidos antes de que la industria alcanzara su gran desarrollo — como reacción a las trabas del corporativismo — y las disposiciones recogidas en los códigos de una sociedad en la que aún imperaba la pequeña empresa, desarrollan imprevistas consecuencias, cuya injusticia crece proporcionalmente con los progresos técnicos.

Nacimiento de las clases antagónicas

La división de la sociedad en dos clases antagónicas es una situación relativamente nueva. Desde luego, toda sociedad se halla diferenciada y en todas existen desigualdades notorias, pero en las sociedades del antiguo régimen, estas diferencias resultaban atenuadas y corregidas las desigualdades por la relativa uniformidad de las condiciones de vida; el pobre vivía en la vecindad y clientela del rico; en los oficios, los patrones eran casi tan numerosos como sus compañeros de gremio y cualquier asalariado podía albergar

Esta serie de fotos (continúan en las págs. 202 y 203) viene a ser como el film de la revoluciones del s. XIX. De izquierda a derecha: 1. La primera tejedora mecánica ideada en 1764 por un pobre obrero, inglés,



la esperanza de llegar a su vez a ser patrón; una tupida trama de relaciones personales unían en una comunidad casi familiar al jefe de la empresa y a sus empleados. En la nueva economía capitalista, regida por las leyes del liberalismo, nada de esto existe; la masa implica el anonimato. A su vez, la empresa se ve sometida a las impersonales relaciones que, desde tiempos inmemoriales son la norma de la sociedad política. Esta escisión en el trabajo, se repite también en el espacio; con el crecimiento de las ciudades se perfila la segregación topográfica entre los hermosos barrios reservados a la burguesía y los arrabales en que se amontonan multitudes miserables, en condiciones a menudo espantosas.

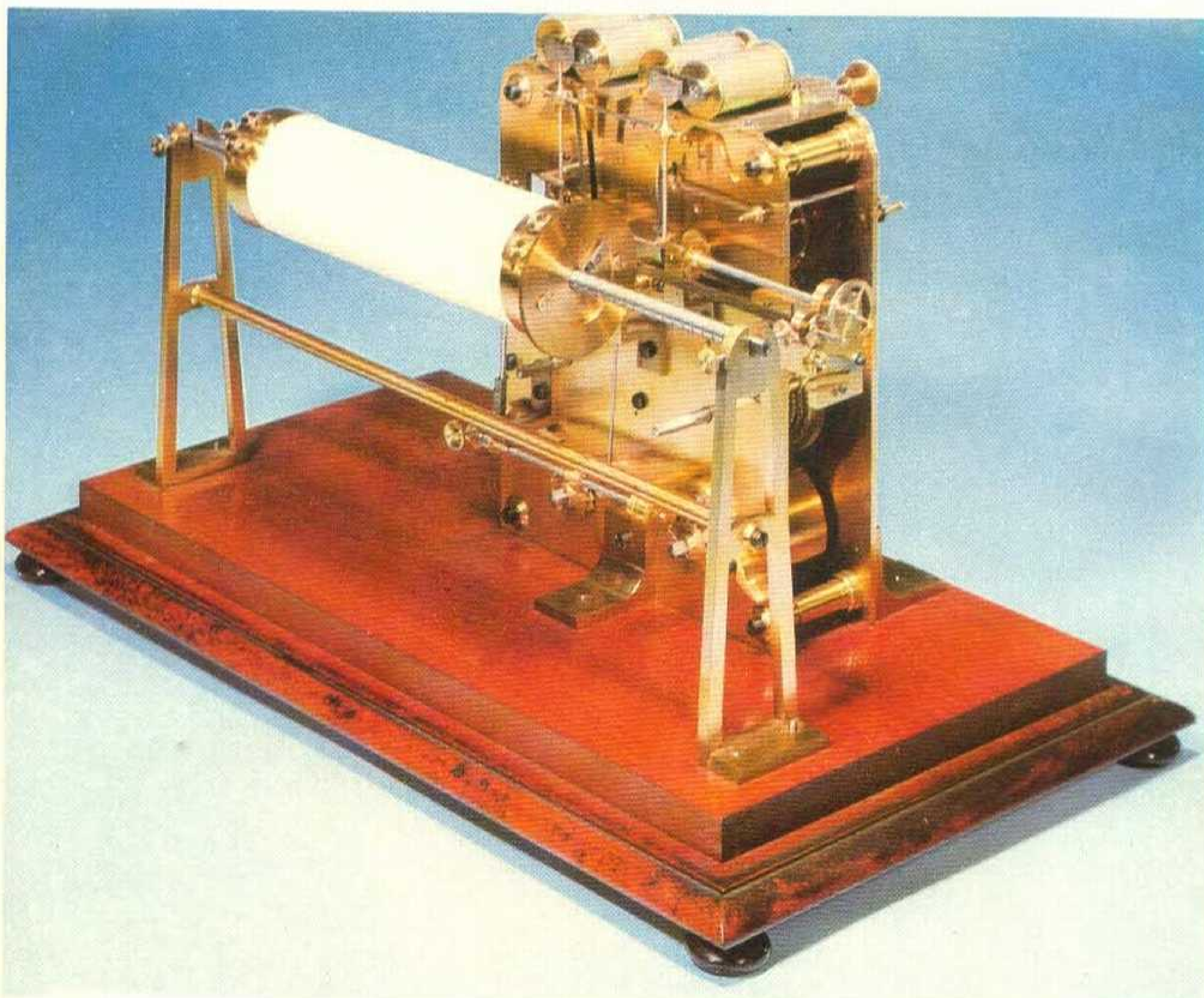
No obstante, conviene precisar que esta situación en el siglo XIX es la de una minoría que afecta a grupos restringidos de algunas regiones en un reducido número de países. La industrialización ha alcanzado nada más a una débil fracción de la masa, que todavía vive muy cerca de la tierra. En Francia, que en aquella época era uno de los países más industrializados, el mapa de estas regiones incluye solamente el Norte, el Este, Ruán, el Loire y la aglomeración parisiense.

Por otra parte, el progreso técnico comportará muy pronto otras consecuencias de creciente importancia, como ocurrirá con la aparición de un estrato de empleados — tal vez el fenómeno más característico de la evolución de las sociedades del siglo XX — que las teorías socialistas conocieron tan sólo en sus comienzos.

Pese a todo, la conjunción de los factores técnicos (inventos y maquinismo) con el sistema liberal, suscitó la creación de dos clases a las que todo separa y opone; riqueza, cultura, forma de vida, nivel de instrucción y vivienda. De este contexto nacerá la revuelta obrera que es el principio de las revoluciones sociales. La conciencia de clase despierta paulatinamente, pues los trabajadores proceden del campo y están resignados a soportar los caprichos de la naturaleza, careciendo de tradiciones de lucha. Por lo demás, sus condiciones de vida y de trabajo no les dejan tiempo libre necesario para reflexionar sobre su situación y juzgarla. Por esta razón la iniciativa se produce frecuentemente entre los obreros de las corporaciones tradicionales — imprenta, oficios artísticos — que están más cerca del artesanado que de la in-

Hargreaves. 2. El primer telégrafo eléctrico construido en 1845 por Wheatstone según los descubrimientos electromagnéticos de Ampere. 3. El primer teléfono, de transmisión líquida (10 marzo 1876), con el que Bell llamó a su ayudante con la famosa frase: «Mister Watson, come here, I want you.»







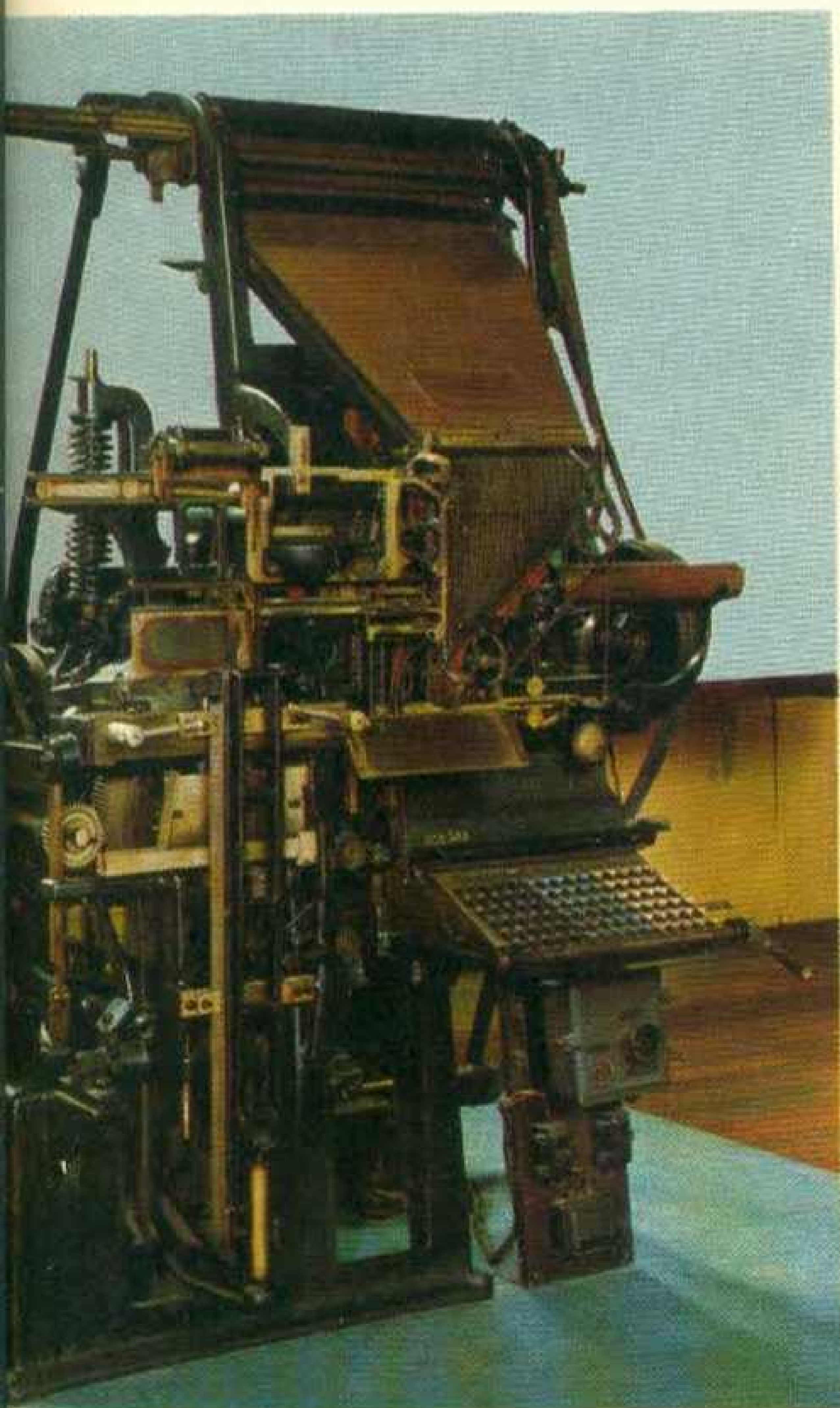
dustria propiamente dicha, pero que, por una larga tradición son depositarios del espíritu de resistencia obrera. Esta aristocracia del trabajo dio al movimiento obrerista sus precursores y sus mandos. Por etapas, el movimiento conquista el derecho a la existencia, su reconocimiento legal y la facultad de recurrir a la huelga. Pero estos éxitos no le satisfarían, pues raramente limita sus ambiciones a la inmediata mejora de las condiciones materiales. Consciente de la injusticia del orden existente, sueña con establecer otro, más acorde con las aspiraciones permanentes de la humanidad; es pues, revolucionario.

El socialismo

En busca de una inspiración y de un modelo ideal, el movimiento obrerista del siglo XIX creyó encontrarlo en el socialismo. El encuentro entre el movimiento obrero y el pensamiento socialista — que no estaba inscrito en la naturaleza de las cosas — constituye un hecho de capital importancia en la historia intelectual, social y política de la Europa del pasado siglo, cuyas consecuencias aún se notan hoy. Aun cuando otras escuelas han ejercido alguna influencia sobre las minorías, la simpatía y adhesión de la clase obrera se dirigió hacia el socialismo.

A decir verdad, el socialismo es una denominación genérica que recubre a una disparidad de escuelas y a una gran variedad de doctrinas, pero todas ellas suscriben determinados postulados fundamentales que definen a un núcleo común. El socialismo toma el camino contrario del individualismo liberal que preside, sin compartirlas, la política, la economía y la sociedad. El socialismo nació de una doble reacción intelectual y moral, contra los desórdenes y abusos del sistema, como protesta de la razón contra los despilfarros de riqueza provocados por la frecuencia de las crisis; sobresalto de la conciencia moral contra la miseria que el liberalismo presenta como inevitable tributo a la iniciativa privada factor del progreso y del bienestar. Puesto que la propiedad privada es el fundamento del orden social y la apropiación privada de los medios de producción colectivos son

4. Uno de los primeros modelos de linotipia que tuvo gran éxito comercial en América antes de ser traído a Europa en 1892, y que, con el procedimiento de fundir las letras en el momento de pulsarse, permitió a la imprenta progresar a pasos gigantescos y dio a la prensa moderna la facilidad de una información rapidísima. 5. En fin, y como último producto del siglo XIX, el avión n.º 3 de Clément Ader (16 metros de ancho,





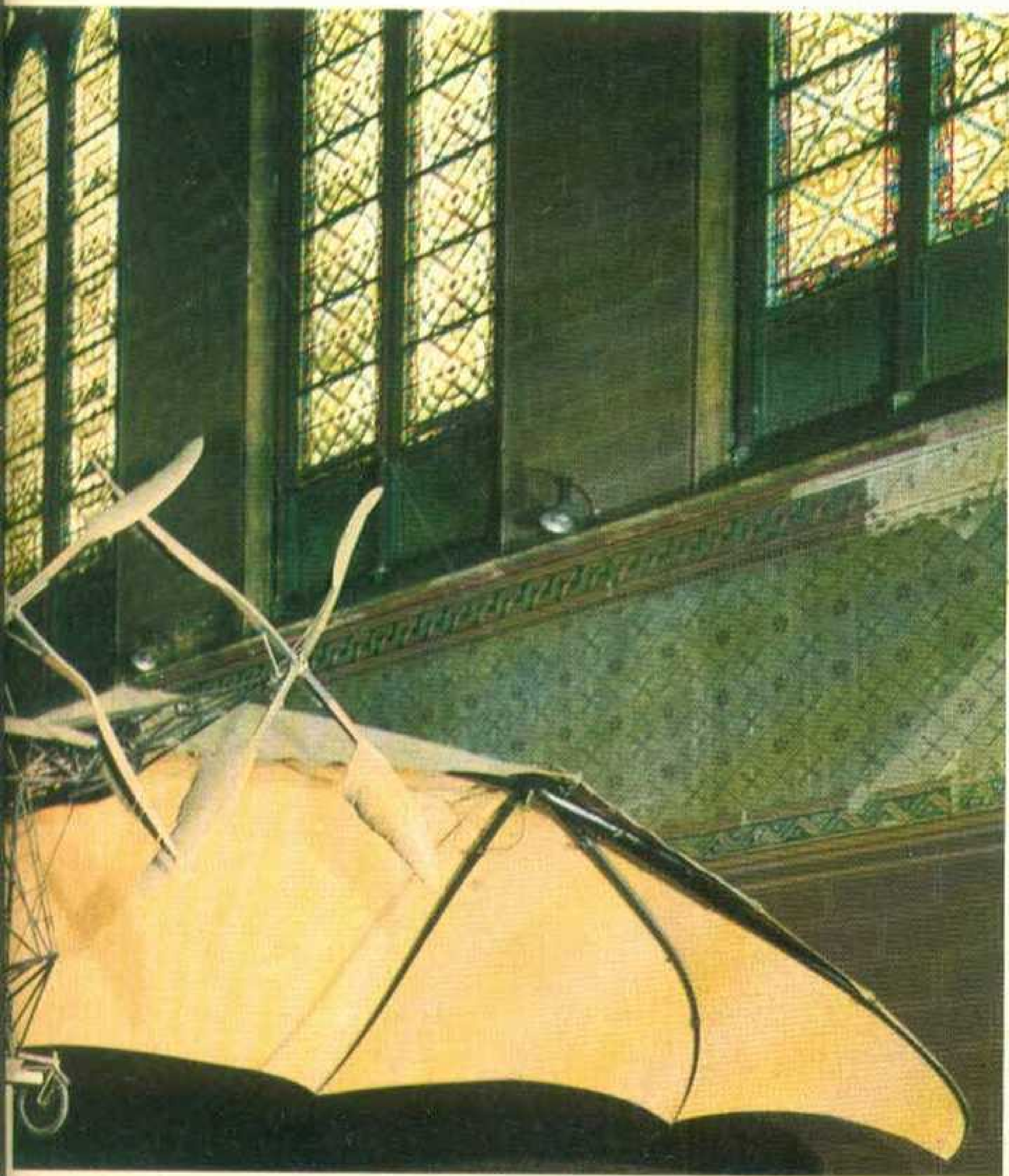
BIBLIOTECA IN[...]
PEDAGOG[...]
CARTAGEN[...]

los responsables de la explotación de la mayoría por un puñado de capitalistas, las escuelas socialistas coinciden todas en preconizar la abolición de esta forma de apropiación; con su supresión se pondrá fin a la injusticia social. La divergencia estriba en las fórmulas preconizadas para sustituirlo; unas creen en la virtud de la libre y espontánea asociación, depositando su confianza en el sistema corporativo, mientras que otras estiman que la refundición de las estructuras sociales, sólo puede proceder de una revolución política que sustituya la dominación de la burguesía por la dictadura del proletariado.

De 1789 a 1937

El despertar de una conciencia de clase, el sentimiento de la injusticia y la aspiración a un orden más justo, han desembocado en explosiones de un tipo diferente al de las revoluciones políticas de inspiración liberal o puramente democrática, aun cuando su circunstancial desarrollo se haya confundido a veces con el proceso de estas revoluciones. Una de las primeras insurrecciones en las que el movimiento obrero reconoce su partida de nacimiento es la de los oficiales sederos de Lyon, ocurrida en 1831; los insurgentes, que por lo demás sólo merecen este nombre a los ojos de una burguesía dispuesta a confundir el interés general y el orden público con sus propios intereses, no pretendían el derrocamiento del régimen, pedían simplemente el respeto a ciertos compromisos salariales y la aplicación de un estatuto — especie de convenio colectivo — que les garantizara ante las reducciones arbitrarias de los salarios. Las jornadas de junio dé 1848 nacieron de una análoga disposición de ánimo; los insurgentes no van contra la República, su insurrección es un desesperado sobresalto, provocado por el cierre de los Talleres nacionales y la perspectiva de tener que escoger entre el paro y enrolarse en el ejército o en los trabajos provinciales. La Comuna procede de circunstancias bastante parecidas, pero muy pronto reviste un contenido más político, ya que ella misma había trazado las grandes líneas de un programa más ambicioso; pero sobre todo, la leyenda que inspiró, la convirtió en la prefiguración de las revoluciones del s. XX en las que las aspiraciones sociales se hallan indisolublemente mezcladas a los proyectos políticos. El creciente predominio marxista sobre las demás escuelas socialistas y su penetración en las organizaciones obreras, consagraron la convergencia de los movimientos sociales y de las revoluciones políticas cuya doctrina hace precisamente un postulado de la acción emprendida para transformar las estructuras de la sociedad.

alas de seda y varillas de bambú, 258 kg en vacío, dos motores de 20 caballos) inauguró una nueva era. (Fotos 1 a 4: foto Science Museum, Londres; foto 5: Museo Artes y Oficios, París, foto Giraudon.)



Colocada en la perspectiva histórica de las revoluciones del s. XIX, la revolución rusa de 1917 se nos presenta como su última consecuencia y como la ruptura con las que le precedieron desde 1789. Cree derribar el orden social construido con los principios de la Revolución francesa. A sus ojos, los valores en cuyo nombre se habían hecho todas las insurrecciones del s. XIX, libertad individual, democracia política e independencia nacional, no son sino coartadas de la dominación burguesa. De hecho, el combate entre revolucionarios y conservadores se desplaza y cambia de sentido; los herederos de las revoluciones precedentes dejaron de considerar a los defensores de la tradición como a sus adversarios más temibles; la lucha contra la revolución social se centra en sus preocupaciones estratégicas en la ofensiva contra las supervivencias del antiguo régimen. Pero no obstante, pueden detectarse los indicios de continuidad con el espíritu de 1789. Aparte de que la revolución de 1917 jamás se hubiese producido sin el antecedente de 1789, es evidente que preconiza los mismos principios, sólo que pretende llegar más lejos en cuanto a su aplicación. No rechaza la idea de la democracia, como anteriormente hacían los contrarrevolucionarios, pero agravia a los regímenes que la practican, acusándolos de haberla desnaturalizado. Cuando cree tildar a la sociedad occidental de formalista, es porque discierne una contradicción entre sus declaraciones y su conducta. Finalmente, comparte la fe de las revoluciones del s. XIX en la virtud de los cambios bruscos y radicales. Por lo tanto no está fuera de lo razonable ver en la revolución de 1917 a la última de las revoluciones del s. XIX.


明昌金飾行
明昌藥行
大昌金飾
TRAM


BIBLIOTECA INSTITUTO PEDAGOGICO CARTAGENA

LOUIS BERGERON

europa a la conquista del mundo

La expansión europea que comenzó a fines del s. XV con los grandes viajes de exploración y descubrimiento y las grandes reformas del pensamiento, no se ha detenido hasta el siglo XX. Tuvo avances y retrocesos, a los que no son ajenas las diversas revoluciones que terminamos de ver. Después de la intensa colonización de los s. XVII y XVIII, se produjo un aparente movimiento de descolonización que duró desde 1760 hasta 1840; la independencia de los Estados Unidos es tal vez el ejemplo más notable. Pero esta descolonización política no era otra cosa que el preludio de inversiones cada vez más poderosas y de una emigración sin paralelo en la historia mundial; en resumen, fue el preludio de una inmensa conquista económica, de forma que el s. XIX señala, de hecho, el apogeo de la potencia europea.

Desde los primeros disturbios anunciadores de la rebelión de las trece colonias británicas de América del Norte, hasta la abolición de la esclavitud en las demás posesiones inglesas, Europa procedió a la liquidación de todo un sistema colonial ligado a caducas estructuras mercantilistas y absolutistas.

Entre los siglos XVI y XVIII, los imperios coloniales tuvieron como base geográfica el Atlántico y sus orillas americanas y africanas. Habían facilitado su establecimiento la relativa proximidad a Europa, el perfeccionamiento de la técnica naval, la débil capacidad de resistencia de las civilizaciones locales (a las que los europeos impusieron la cohabitación o la destrucción), la atracción de los metales preciosos y de los productos de la vegetación o de la agricultura tropicales, en las regiones enclavadas entre el golfo de México y el Río de la Plata y, finalmente, la facilidad de procurarse esclavos en el litoral africano comprendido entre el Senegal y Angola. Para España y Portugal el imperio colonial era un elemento esencial, no tan sólo de estabilidad económica, sino también de peso político internacional. Para Inglaterra y Francia, la posesión de sus propias colonias, con los mismos fines y el comercio lícito o ilícito con las de las otras potencias, constituían las piezas clave de una actividad económica, de horizontes mundiales, que suponía la reexportación de los productos coloniales a toda Europa y la adquisición de determinados productos, escasos y relativamente costosos, en el Medio y Extremo Oriente.

Desde el sur de la llanura atlántica de América del Norte, hasta el noreste del Brasil, pasando por las Antillas, México y los altiplanos andinos, la economía colonial se basaba en la explotación del trabajo forzado de los indios o de los negros importados de Africa, lo mismo en las minas que en las plantaciones o en las grandes estancias ganaderas. Se trataba de una economía extensiva, que aprovechaba mal los recursos naturales y el espacio, poco preocupada por el rendimiento y cuyo gasto más importante era la compra de mano de obra esclava.

Desde el punto de vista social y político, estos imperios se componían de una población autóctona — muy debilitada por las guerras de conquista, las condiciones de trabajo y la «agresión biológica» de las enfermedades europeas — encuadrada por una población europea responsable de la introducción de los africanos, que produjo un intenso mestizaje en América del Sur. También se caracterizaban los imperios de la época por la estrecha tutela de las metrópolis sobre las colonias, pues ningún Estado concebía entonces que una colonia tuviese otras instituciones que las metropolitanas o que existiese para otra cosa que para el provecho de aquélla. Aún más, las monarquías europeas aprovechaban el vacío político de las colonias para implantar una centralización absolutista más rigurosa que la europea; Londres imponía sus leyes e impuestos a unas colonias cuyas asambleas carecían de los poderes del Parlamento inglés; Madrid gobernaba a su Imperio por medio de una administración de estilo castellano que hacía abstracción de las sociedades locales; Versalles concedió cierta autonomía y representación a las instituciones antillanas, después de numerosas revueltas de la población blanca. En el plano no económico, y por lo menos en teoría, los cuatro mercantilismos — el inglés, el francés, el español y el portugués — pretendían hacer de sus colonias el complemento económico de sus metrópolis y deseaban man-

Hong-Kong, ciudad tipo nacida de la segunda colonización. (Foto Picou-Fotogram.)

tenerlas en el subdesarrollo industrial, prohibiéndoles transformar sus productos y crear industrias rivales de las de Europa y, con mucha frecuencia, sumidas en el marasmo comercial, por la imposición de hacer todos sus intercambios con las metrópolis. Era el sistema de la «exclusiva» o del «pacto colonial».

La primera descolonización

Estos edificios, concebidos en función de la grandeza y poderío metropolitano, se desmoronaron, entre 1760 y 1840, por diversas razones. Hace crisis el sistema de plantación esclavista, aun cuando todavía esté lejos de su extinción definitiva, crisis debida, incontestablemente, a la insuficiente rentabilidad del sistema que agota las tierras y que obtiene un rendimiento mínimo de una mano de obra esclava a la que nada estimula, precisamente en el momento en que el esclavo se convierte en una mercancía cara por su costo y por su manutención. Los síntomas de la disminución del beneficio y del alza de los precios de costo se presentan primero en las Antillas británicas y, desde el final del antiguo régimen, en las Antillas francesas. Pero el sistema también es atacado desde el exterior por razones humanitarias, de inspiración filosófica en Francia y religiosa en una Inglaterra animada por la renovación espiritual y la activa propaganda del metodismo; el interés de la opinión pública y su presión sobre el Parlamento, son suficientes en este país para decretar la abolición de la trata de esclavos (1807) y de la esclavitud (1833). Francia hizo lo mismo en 1848. No obstante, estos arcaísmos perduran en el Brasil hasta 1888 y, especialmente, en los Estados Unidos, donde la esclavitud alcanza su máximo desarrollo durante la primera mitad del s. XIX, bajo los efectos de la intensa demanda europea de algodón bruto y de las enormes disponibilidades de tierras vírgenes al sur y al oeste.

En cuanto a las tutelas metropolitanas, seriamente combatidas desde mediados del s. XVIII, se desploman entre 1783 y 1825. Las Antillas francesas estaban unidas a las trece colonias por sólidos lazos comerciales. Las colonias españolas eran frecuentadas por el contrabando francés, inglés y holandés. La penetración de las ideas liberales en el gobierno francés en tiempos de Calonne o en el gobierno español en los de Aranda, hicieron posible cierta suavización. Mas sobre todo, la evolución interna de las colonias las mueve a empuñar las armas para su emancipación. La estructura y la tradición específicas de las trece colonias explican, tanto como la poderosa ayuda francesa —consentida por razones de política general—, el rápido y completo éxito de la «revolución» americana. En Iberoamérica la debilitación de las metrópolis durante las guerras del Imperio, resultó fatal a su dominio; criollos y mestizos se coaligaron en el equívoco —la lucha por la Independencia— dejando en la penumbra el problema de saber lo que significaría desde el punto de vista social, es decir, respecto a la igualdad de las razas. Entre tanto, la Revolución francesa había provocado la emancipación de facto de la isla de Santo Domingo, pieza esencial del imperio francés.

Ante este panorama podría creerse que Europa se orientaba, a fines del s. XVIII, hacia una especie de liberalismo colonial parecido a una primera descolonización. Mientras que España, Portugal y la misma Francia, debían soportar, de mejor o peor grado, las consecuencias de la indocilidad de sus colonias —cuyas poblaciones blancas hubieran tenido, a corto plazo, el refuerzo de la ley natural para reclamar enérgicamente su completa independencia—, Inglaterra, que había experimentado ya la primera amputación colonial y cuya evolución económica, desarrollo comercial y creciente poderío naval, le permitían distanciarse sensiblemente de sus competidoras, había resuelto, aparentemente, alentar sistemáticamente la independencia de las colonias de los demás, blasonando de una desengañada indiferencia respecto al dominio político de los territorios ultramarinos. En la Gran Bretaña, desde Burke hasta Cobden, se estaba desarrollando una doctrina económica apoyada en los ejemplos históricos y en el sentido común financiero, que recomendaba desarrollar los lazos naturales y espontáneos de los intercambios comerciales entre Europa y aquellos lejanos mundos. Esta actitud inglesa se explica por el señorío marítimo afirmado por los británicos desde la batalla de *Les Saintes*, que puso triste fin a la guerra de la independencia desde el lado francés, hasta la de Trafalgar, que tal vez puso punto final a la «segunda guerra de los Cien Años». Y aún se justifica más por la superioridad de la producción industrial y del sistema crediticio de los ingleses que, en un régimen de libertad, les permitiría triunfar holgadamente de sus competidores económicos en cualquier lugar del globo.

El espíritu liberal de Inglaterra y sus límites

En realidad, sabemos que el s. XIX, lejos de ser el siglo del imperialismo comercial o, en un sentido más amplio, económico, se caracterizó por el asalto dado por Europa a las tierras africanas, asiáticas u oceánicas, y que terminó con una prodigiosa efervescencia guerrera y diplomática, originada por la viva competencia entre las potencias colonizadoras. Es decir, que durante el transcurso de esa centuria, se produjeron en Europa radicales transformaciones que volvieron a dar a la expansión del viejo continente un giro conquistador, agresivo y dominador.

El sistema liberal inglés, sólo podía aplicarse en la hipótesis de la adopción general por las demás potencias de sus mismos principios. Pero Inglaterra no pudo evitar que España y Francia, entre otras potencias, conservaran en 1815 determinado número de colonias y factorías o que Francia recobrase interés por los asuntos ultramarinos, buscando por esa parte modificar ventajosamente el equilibrio continental —lo que repetirá después de 1871—. Además, la idea de separación total entre los aspectos comerciales y políticos

del dominio mundial, eran pura teoría, pues debía preverse que los estados existentes se opondrían a la penetración comercial (de ahí el bombardeo de Cantón y la imposición a China de tratados que amputaban su soberanía interior y exterior) o el caso de tener que defender contra los rivales las ventajas adquiridas. De todas formas, ¿cómo liquidar las colonias anexionadas a la metrópoli? El pesimismo de los medios oficiales en cuanto al porvenir de los lazos de dominio político, predispuso a otorgar a los colonos canadienses la autonomía interna en 1848, pero ese pesimismo no tenía la suficiente fuerza como para inspirar la ruptura de todas las amarras. Además, la India planteaba un problema especial; contra la opinión de Londres, la Compañía de las Indias Orientales había conquistado amplias porciones del subcontinente indostánico para asegurar en su provecho la canalización de los productos locales; ¿cómo considerar la retirada pura y simple de las fuerzas y mandos británicos en un país que carecía de una estructura estatal sólida y que, en el caso de volver a la independencia, no continuaría satisfactoriamente sus intercambios comerciales?

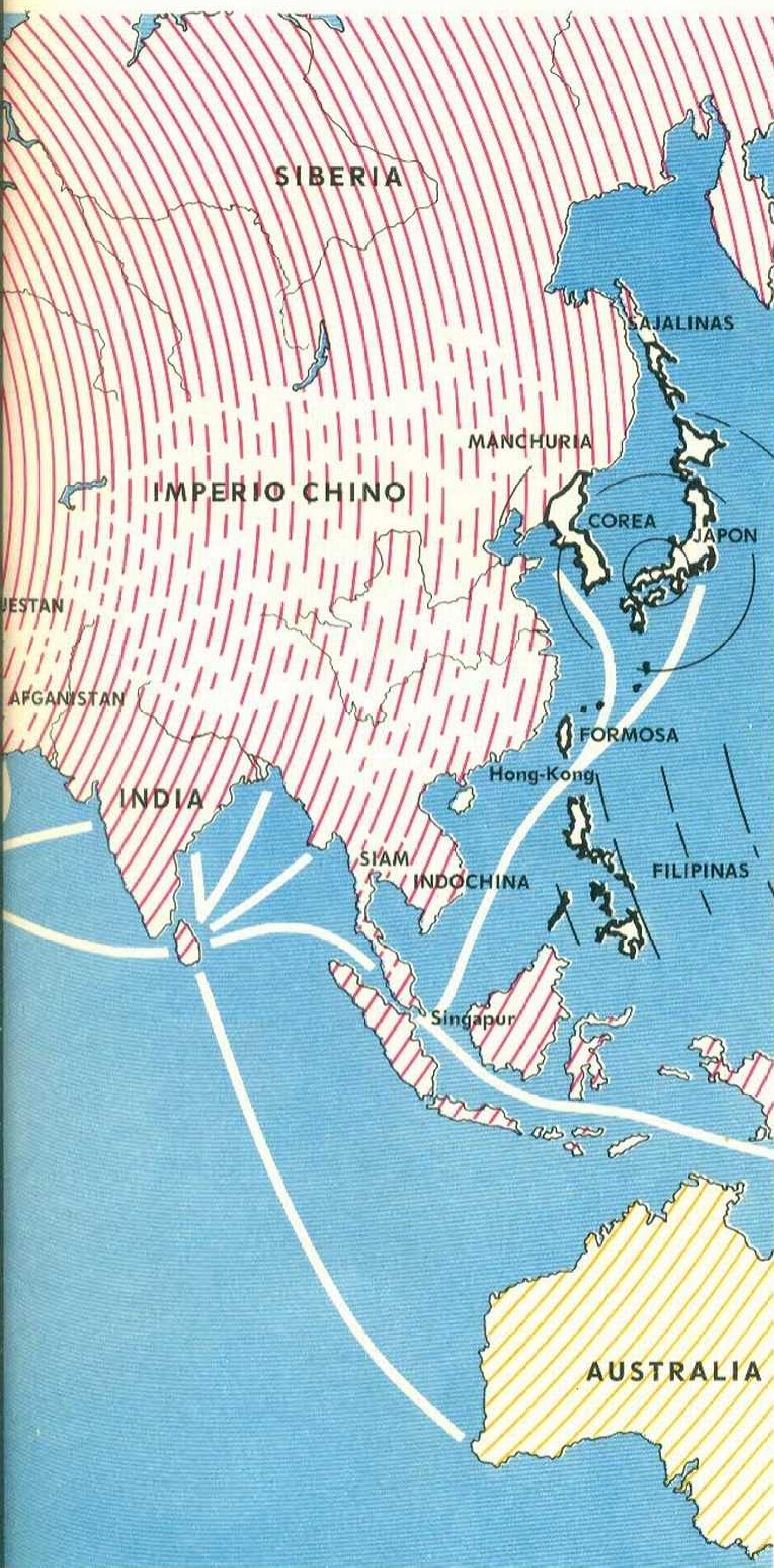
La antigua América colonial hispano-portuguesa era la única parte que podía prestarse de una forma casi ideal a la experiencia liberal, independiente de cualquier colonización política. Después de haber sostenido a fondo, en el terreno diplomático, la independencia de las nuevas naciones, Inglaterra estableció con ellas las típicas relaciones económicas, de carácter semicolonial, entre un país desarrollado y nuevos países, por medio de tratados comerciales muy favorables. En esta parte del mundo, Inglaterra impuso la división del trabajo —que intentó a escala mundial— en la que basaba su poderío, al menos hasta 1914; los países nuevos debían adquirir a su industria textil y metalúrgica los productos elaborados, vendiéndose productos minerales, vegetales y alimenticios destinados a abastecer y dar trabajo a su población en las condiciones más favorables. Por espacio de un siglo se mantuvo en continua expansión a este mecanismo, mediante la creciente inversión de capitales británicos que desarrollaban las posibilidades de exportación y, en consecuencia, las de importación de aquellos países, garantizando a la vez la prosperidad de Inglaterra. Muy parecidas a éstas, fueron las relaciones financieras y comerciales entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, durante todo el período de la «frontera», con la salvedad —de inmensa importancia— de que los Estados Unidos, una vez poblados y equipados, adquirieron con gran rapidez una absoluta autonomía económica, mientras que en Iberoamérica la política inglesa perpetuó a fondo, con el brillante estilo que se podía permitir una gran potencia económica, la tradición de la época colonial, frenando la emancipación económica de esta parte del globo, hasta el extremo de que mediado el siglo XX no se ha podido completar, si bien es cierto que, entre tanto, ha sido relevada por el imperialismo yanqui, cuyos principios de dominio económico son los mismos.

Dejando aparte este caso particular, conviene recordar las razones que impulsaron a Europa a poblar y revalorizar, en función de sus propias necesidades, y a atraerse políticamente la casi totalidad del continente africano y amplios sectores del asiático.

Cincuenta y cinco millones de emigrantes

Entre el movimiento demográfico europeo y la intensificación de la influencia europea, en el mundo, existe una evidente relación, si bien a menudo es indirecta. Desde la primera mitad del s. XIX, Irlanda y Escocia, las regiones más rurales de las islas Británicas, disponen de un excedente humano que la industrialización no llega a absorber y que la tierra alimenta mal; lo mismo sucede, mediado el siglo, en el sur y centro de Alemania. El resto de Europa (del este, central, balcánica y mediterránea) pese a su bajo nivel de vida y la existencia de algunas salidas (la Rusia asiática) alcanzan, durante la segunda mitad de la centuria, un punto de saturación demográfica que ninguna industrialización apreciable puede contener. Entre 1821 y 1924, emigraron cincuenta y cinco millones de europeos, de los que treinta y tres millones (las tres quintas partes) fueron a los Estados Unidos; indiscutiblemente, éste es uno de los mayores fenómenos de la historia contemporánea. Las islas Británicas contribuyeron con diecinueve millones de seres y, al igual que los países escandinavos, alcanzaron hacia 1880, el récord del 0,6 % anual de emigrantes. Por razones estadísticas e históricas, el mecanismo y las modalidades de esta expansión de la población europea por el resto del planeta, no se ha explicado y descrito todavía de forma satisfactoria. Dejando aparte los conocidos períodos de crisis agrícola — la de la patata y los cereales, que afectó a toda la Europa central y occidental en 1845-47 fue la más célebre — el movimiento tiene su origen en la repercusión sobre el mercado del trabajo, a una distancia de veinte o treinta años, del aumento de la población europea como consecuencia de la revolución demográfica; en los s. XIX y XX los emigrantes, en su aplastante mayoría, tienen una edad comprendida entre los 30 y los 40 años. Pero era preciso que la población excedente tuviese los medios y los deseos de emprender el viaje, lo que nos lleva a considerar el estado económico y social de sus regiones originarias, como mucho más importante que la atracción ejercida por los países de destino y sus posibilidades. Los medios de partir consistían, en primer lugar, en la libertad de movimientos — de la que el campesino ruso no se benefició plenamente hasta los primeros años de este siglo — y en las facilidades de desplazamiento: carreteras, ferrocarriles, barcos de vapor, comunicaciones postales y telegráficas, agencias de viaje, compañías de navegación, como la Cunard o la Hamburg-Amerika que vivieron del comercio de emigrantes tanto como de las mercancías coloniales... La necesidad de trabajar no estaba compensada por una lejana oferta; era preciso que los posibles centros de emigración hubiesen evolucionado suficientemente para estar abiertos a los países lejanos, que tuvieran facilidades de acceso a los puertos de embarque, que concibieran la posibilidad de los desplazamientos de la mano de obra, en suma: una verdadera revolución preparó el viaje.


NADA
UNIDOS
CUBA
PUERTO RICO
PANAMA
GUAYANAS
BRASIL
ARGENTINA
IMPERIO TURCO
PERSI
AFRICA DEL NORTE
CANAL
DE SUEZ
EGIPTO
SAHARA
SUDAN
LIBERIA
ABISINIA
CONGO
AFRICA
DEL SUR



Indudablemente, la sicología colectiva e individual también tuvo un papel preponderante, junto con las motivaciones económicas. En Holanda, el índice de crecimiento de la población era el más alto de toda la Europa del noroeste desde 1870 y apenas si ha disminuido desde entonces; especialmente en el sureste del país, se produjo un fuerte subempleo crónico en la población rural y sin embargo, hasta 1945 apenas si han emigrado los holandeses, debido a unas estructuras familiares, aldeanas y religiosas muy conservadoras, capaces de resistir las presiones económicas. Los jóvenes suecos del s. XIX, en análogas condiciones de parcelación agraria y proletarización rural, manifestaron, por el contrario, un espíritu de rebelión o inconformismo respecto a su sociedad y emigraron masivamente. Las sectas protestantes disidentes también contribuyeron con un abundante contingente de emigración de elevada calidad; cuáqueros noruegos perseguidos por una Iglesia estatal intolerante; disidentes de todas las tendencias, que reprochaban con acritud a la Iglesia anglicana su exclusivo control de los escaños superiores de las carreras y su predominio en la vida política. Lo mismo sucedía, naturalmente, con el radicalismo político, víctima especial de las reacciones que siguieron a las revoluciones de 1848. Finalmente, hay que suponer que la misma decisión de emigrar, en aquellas deplorables condiciones de vida, acreditaba un temperamento audaz, capaz de preferir un trasplante que además de geográfico era también social y cultural.

A pesar de numerosos regresos a determinadas regiones de ciertos países, el resto de la emigración europea instaló una importante población blanca en muchos puntos del globo. El volumen de la emigración en los Estados Unidos, no debe hacernos olvidar que la Argentina o el Brasil recibieron, proporcionalmente, muchos más europeos; que hacia 1900 la emigración británica proveyó de población al Canadá, Australia y a Nueva Zelanda y, en menor escala, a Africa del Sur; que, en el mismo período de tiempo, los rusos prolongaban la raza blanca por Siberia, hasta los confines de Manchuria. La importancia real de estos núcleos de población era muy superior a su potencia numérica, puesto que los europeos trasplantados llevaban con ellos sus conocimientos técnicos y que la emigración era inseparable de la inversión de capitales. La emigración europea, producida en un tiempo en que los mecanismos de la economía mundial se basaban en la triple libre circulación de los hombres, los ca-

EUROPA A LA CONQUISTA DEL MUNDO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

- Población europea
- Dependencia económica y política de Europa
- Influencia económica y política atenuada (Dominios y Estados independientes)
- Resistencia al dominio europeo
- Zonas de influencia de Estados Unidos y Japón
- Centros de comunicaciones europeas

pitales y las mercancías, desarrolló, aun cuando fuese de forma transitoria, sorprendentes solidaridades planetarias. El Atlántico septentrional anglosajón, hasta que se terminó la edificación económica y humana de los Estados Unidos, fue una auténtica unidad económica. Las colonias de población británicas constituían, como dijo Gladstone, otras tantas pequeñas Inglaterras repartidas por todo el mundo y la sensación de pertenecer a la misma comunidad de lengua y pensamiento, el apego al tipo de vida inglés — en Sydney, lo mismo que en El Cabo — tal vez hayan sido, a fin de cuentas, el más sólido e invisible lazo entre la metrópoli y lo que fue el imperio británico. Por los mismos motivos, españoles, portugueses e italianos encuentran todavía en las ciudades brasileñas o argentinas el mismo estilo arquitectónico de las capitales de sus viejas penínsulas.

La ley del beneficio

Inseparables de su evolución demográfica, las transformaciones económicas de que Europa fue cuna y, al mismo tiempo, centro de difusión en el s. XIX, son responsables de la múltiple expansión de este continente por el resto del planeta. Durante la primera mitad del siglo, la revolución industrial reduce a los ejércitos de trabajadores campesinos. La industria creó una considerable demanda de materias primas (para la primera fase de la revolución industrial pensamos únicamente en el papel desempeñado por las compras de algodón) y de productos alimenticios baratos destinados a los trabajadores industriales de las nuevas aglomeraciones urbanas; provocó la necesidad de mercados extra-nacionales (evoquemos aquí nada más los beneficios obtenidos por la industria del Lancashire con la apertura de Iberoamérica, de China o del dominio de la India). Esta es la razón por la que Europa experimentó la urgencia de crear en ultramar zonas de población revalorizadas, capaces de asegurar su propio equilibrio económico e, inversamente, también es la explicación de las serias dificultades que tuvo en la primera mitad del s. XX para reajustar este equilibrio cuando algunas de estas zonas, habiendo alcanzado su completo desarrollo económico, poseían una industrialización rival. Además, los beneficios del comercio mundial y de la industrialización segregaron capitales que consideraron al mundo como un amplio campo de inversiones que, en muchos casos, hubieran encontrado aplicación en el mercado nacional, pero que prefirieron, de acuerdo con la ley del beneficio, seleccionar las regiones del mundo en las que era mayor el tipo de interés y que eran los deseosos de equiparse que ofrecían, a veces, una remuneración doble de la acostumbrada en el mercado metropolitano. Esta influencia del capital británico, francés, belga, alemán y, más tarde, norteamericano, es la principal característica de la última parte del siglo XIX y de la primera del XX. Finalmente, no es preciso recalcar que la intensificación del movimiento de hombres y de mercancías, máximo exponente de la expansión europea, está basada en la simultánea revolución de los transportes que permitió el desplazamiento de mayores mercancías en menos tiempo.

En la primera mitad del siglo progresó mucho la rapidez de los transportes marítimos gracias al *clipper*, barco de poderoso velamen, ligero y manejable, construido en los astilleros de Nueva Inglaterra, que se habían adelantado a los de las islas Británicas. Hacia 1845, el *steamer*, barco de hierro propulsado a vapor, nacido en los astilleros de Escocia, empezó su carrera por el Atlántico, el Mediterráneo y el océano Indico y en esta ocasión se acrecientan considerablemente con la rapidez, la duración de los barcos y su desplazamiento. No obstante, habrá que esperar hasta 1860-1880 para que el *steamer*, ahora ya de acero, arruine y arrincone a la navegación a vela, que solamente resiste en el Pacífico, el Báltico y los mares litorales de Extremo Oriente, y en este momento, los fletes experimentan una caída vertical, abaratando entre cuatro y seis veces su precio anterior. Ha llegado el tiempo de los grandes canales interoceánicos: Suez, Panamá e incluso Kiel. Ahora es ya posible la circulación masiva de productos pesados a larga distancia y, poco después de 1880, nacen los buques frigoríficos que debían revalorizar prodigiosamente la ganadería del hemisferio austral. El comercio, lo mismo que la administración y la política, sacan inmensas ventajas del desarrollo que, a partir de 1850, experimentan los cables telegráficos transcontinentales o submarinos que aceleran la transmisión de informaciones económicas, y los contratos de compra a plazo fijo que, con las Bolsas de productos básicos, cimentan la organización de un mercado mundial y especulativo de materias primas y productos tropicales.

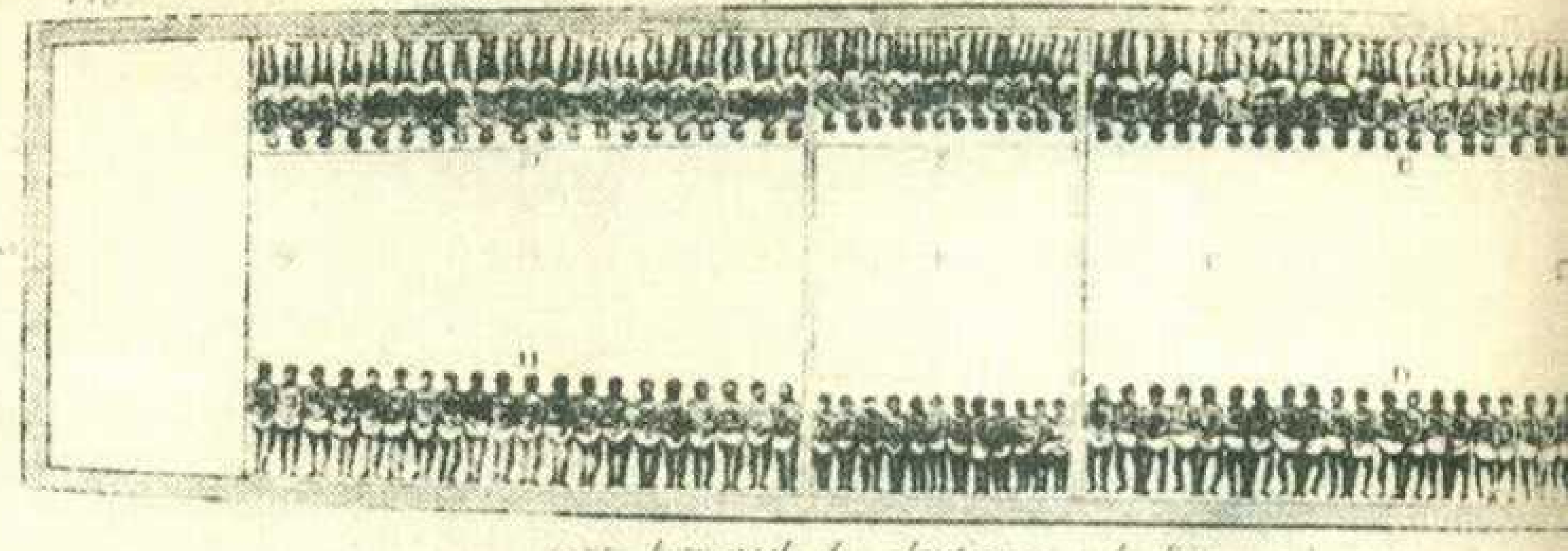
El prestigio, eje de la expansión francesa

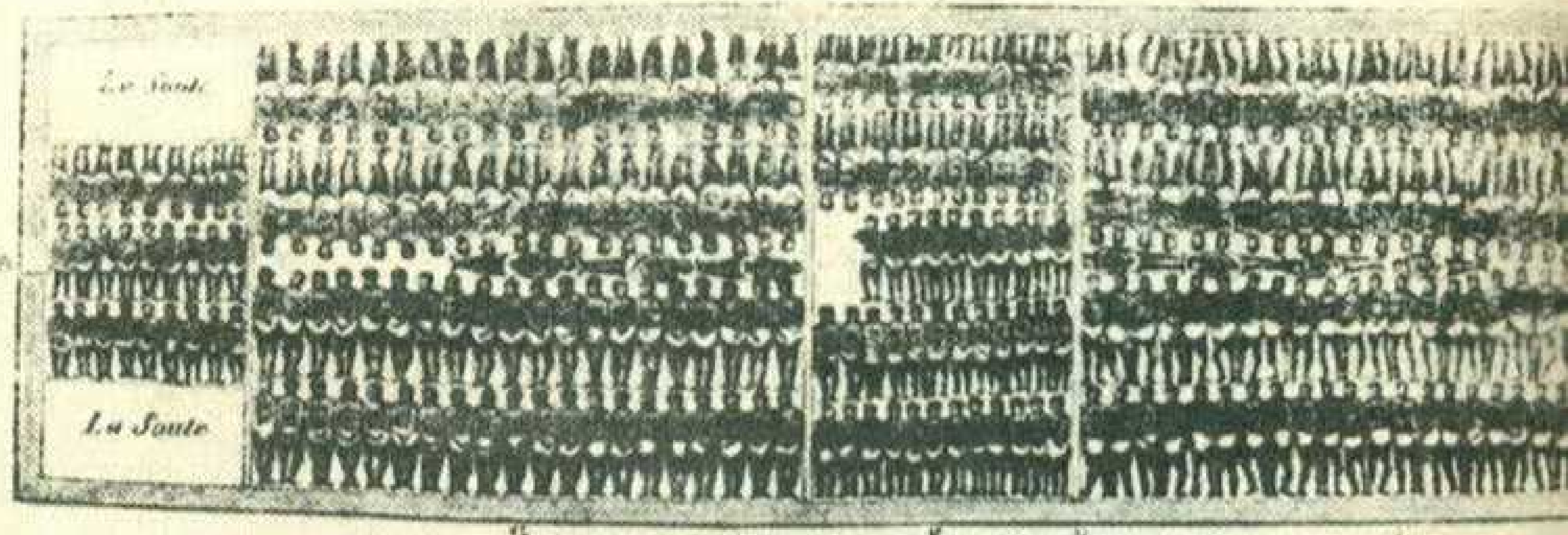
La expansión europea está lejos de haber sido, en todos los casos, la consecuencia directa de un movimiento demográfico bien definido históricamente y de la evolución de las estructuras económicas del antiguo continente. Para convencerse, nos basta con examinar la historia del imperialismo francés. En Francia no hubo presión demográfica durante el siglo XIX, pues la tasa de natalidad estaba en baja desde aproximadamente 1770 y su retroceso se acentuó hasta poco antes de la segunda Guerra Mundial. Cuando Francia «proyectó» población, lo hizo en pequeñas cantidades y bajo el efecto de sucesos excepcionales — disturbios políticos de 1848, crisis provocadas por la filoxera en los departamentos vinícolas meridionales, anexión de Alsacia y Lorena en 1871 — y tampoco conoció violencias económicas; su desarrollo industrial, relativamente lento bajo la Tercera República y menor que el de Alemania o Inglaterra, estaba ajustado a las necesidades del mercado interior. Su imperialismo, forma conquistadora y militar de la expansión, fue el resultado de la elección política de los diferentes regímenes que se sucedieron desde la Revolución de julio hasta la Tercera República. Esta elección consistía en convertir los océanos y los países ultramarinos en el teatro de un desquite: contra Inglaterra y los tratados de 1815 primero y, dirigido contra

Alemania, a partir de la derrota de 1871. Francia desplegó una verdadera agresividad en el Mediterráneo con sus empresas norteafricanas, coronadas por el éxito entre 1830 y 1912 y con sus tentativas egipcias, desde el fracaso de 1840 hasta la espantada de 1882; en Africa occidental y central, con la conquista del Senegal, hasta la fallida tentativa de dominio del Sudán; en menor escala lo hizo también en Extremo Oriente, el Pacífico e incluso, con la expedición a México, en la América central, donde tomó la iniciativa de excavar el canal de Panamá. La expansión francesa, nacida del deseo de recobrar en ultramar el peso territorial, demográfico, militar y, por ende, diplomático, que le faltaba en Europa, se nos aparece netamente como una derivación del nacionalismo. Hasta su pérdida, los franceses consideraron el imperio como un elemento de prestigio mundial, pero no como una prolongación humana o económica de Francia, pues siempre han sentido repugnancia a emigrar, incluso temporalmente y, más aún, a realizar inversiones y preparar la armonización política con la metrópoli. Y así la hemos visto separarse a contrapelo de sus colonias que, con o sin razón, suponía esenciales para su grandeza hasta mediados del s. XX, pero igualmente soportó la separación con la facilidad implícita en el mediocre lugar que ocupaban en su balanza comercial o en sus presupuestos, que es lo que interesa cuando cesan los exaltados ideales políticos.

Alemania e Italia, en tiempos de Guillermo II y de Mussolini, intentaron, con unas miras parecidas a las francesas, la adquisición de un imperio colonial. El II Reich lo creía indispensable a su nuevo rango de gran potencia mundial, aun cuando había organizado completamente su vida económica sin él. Pese a su propaganda, el fascismo italiano veía en el imperio colonial una satisfacción al lastimado amor propio nacional de un pueblo mal recompensado por su participación en la guerra de 1914-1918, más que un medio para promover una problemática emigración a los arenales de Tripolitania o a las mesetas abisinias que sin duda se hubiera llegado a realizar.

Por su forma de entrar en contacto con el mundo y de encauzar todas las fuerzas vivas y todas sus riquezas en beneficio de sus prósperas y belicosas metrópolis, Europa demostró una vanidad insensata y, a veces, un orgullo muy explícitamente formulado. El blanco, desde Leopoldville a Shanghai, desde Argel a Singapur, implantó alegremente el racismo espontáneo del empresario que explota el trabajo barato de los países subdesarrollados, o el racismo seudofilosófico de los teóricos anglosajones, basado en la superioridad del blanco o, más sutil y profundo todavía, el de los pueblos depositarios de una civilización espiritual, de va-









El colonialismo y su consecuencia, la esclavitud, estuvieron en auge hasta la mitad del siglo XIX. (De arriba abajo): Plano en dos pisos de un barco negrero «Brooks» con multitud de esclavos hacinados, como se puede ver; venta pública de una negra y sus hijos; los «buenos» esclavos acompañan a sus dueños a la iglesia: es el paternalismo denunciado por la novela antiesclavista «La cabaña del tío Tom». (Foto Viollet.)

lores morales y de un estilo de vida que consideran los mejores del mundo y que aspiran a imponer a todo el planeta con unos derechos que se arrogan pero que no tienen.

Europa a la conquista del mundo ofreció a los pueblos de color la imagen del blanco, hombre fuerte y bien alimentado, dueño de la técnica y apasionado por los refinamientos del confort material, de un hombre insensible y en ocasiones cínico, vulnerable en el fondo por su superficial conocimiento de los mundos en los que se aventura. Desarrolló también ese complejo sentimiento, mezcla de odio y admiración que, poco a poco, levantó entre el blanco y sus colonizados una barrera sicológica más fuerte que todos los contactos de la vida en común y que todos los esfuerzos de asimilación cultural.

El apogeo de la hegemonía europea fuera de Europa en la segunda década del s. XX

A través de las motivaciones analizadas anteriormente, se presiente la dinámica variedad de los tipos de dominación mundial europea. El dominio político directo se ejerce en vastas regiones; en la época de la primera Guerra Mundial es la forma de colonización que generalmente adopta Francia (Argelia, territorios del Africa negra) e Inglaterra (India, Antillas, Canadá, etc.) que se ejerce con mayor o menor discreción, pues las colonias británicas con población blanca se han convertido en «dominios», esto es, en Estados que gozan de autonomía interna y las que tienen población de color, son administradas por la Corona, siendo la India la que primero comenzó su lenta emancipación. Muy recientemente, cada vez que se hallaban ante Estados constituidos desde antiguo y provistos de una estructura administrativa, las grandes potencias imperialistas adoptaron el sistema del Protectorado (Túnez, Egipto, Marruecos, principados de la India...). Sólo se trataba de una fachada, pues el derecho de intervención de la potencia tutelar alcanzaba de hecho a todos los sectores importantes y, al cabo de algunos años, resultaba inevitable la confiscación de la soberanía. A principios del s. xx y en la práctica, ya no era necesario que las potencias imperialistas soportaran los gastos de una conquista y encuadramiento administrativo, para que se desarrollase el imperialismo, como lo evidencia el ejemplo de China — antes y después de la revolución de 1911 — o el de los nuevos Estados árabes salidos del desmantelamiento del imperio turco después de la primera Guerra Mundial. Que haya sido salvado de la destrucción (si pensamos en la sublevación de los Tai-Pong, liquidada por medio de mercenarios europeos) o creados por Occidente (como en el caso del Irak o de la Transjordania), el Estado semicolonial no puede esperar mantenerse si no se somete a la voluntad de la potencia imperialista en el terreno político y más aún en el económico, otorgando a las compañías comerciales e industriales concesiones y facilidades de toda especie, en cuyo caso se asegura los créditos y el apoyo técnico y militar necesarios para mantener el orden interior, para las reformas indispensables y para los primeros progresos de su dotación. Es una especie de retorno a la colonización puramente económica del liberal s. xix, pero con unas presiones más directas y un respeto menos formal de la aparente soberanía. Una fórmula similar aplicó los Estados Unidos, con variable flexibilidad, a aquellas partes del mundo iberoamericano que le interesaban más directamente, especialmente desde la isla de Cuba al canal de Panamá, por razones estratégicas, de inversión o de aprovisionamiento. Imperialismo del dólar y de la libra, presiones de los intereses bancarios y petrolíferos, política de bases militares; todo esto obliga en el fondo lo mismo que el más estricto anexionismo, pues el país dominado no tiene ninguna esperanza de revalorizar sus propios recursos como mejor convenga a sus intereses, ni por consiguiente, a acceder a la industrialización y al progreso social; la fachada de la independencia cubre por un tiempo indeterminado la realidad del arcaísmo y del estancamiento. Debemos considerar separadamente el caso de Rusia, que es un imperialismo de expansión interna; en los límites fronterizos que alcanzó a veces a mediados del s. xvii, Rusia procede, desde fines del s. xix hasta pleno s. xx, a la transferencia de poblaciones eslavas hacia el Asia turca y mongola, que somete y sumerge destruyendo a veces a las poblaciones indígenas. Incluso con la planificación socialista, el carácter colonial de la Rusia asiática se borra muy lentamente y su originalidad cultural pervive, incluso con esplendor, en el caso del Turquestán. Pero, ¿acaso Rusia no es ella misma una colonia que va integrando su unidad en cada nueva anexión?

Hacia 1920, cuando la derrota de Alemania y sus aliados permite a Inglaterra y a Francia ampliar por última vez sus posesiones y zonas de influencia ultramarinas, cuando el continente americano, tanto en el norte como en el sur, amenaza con cerrarse a la inmigración europea, el antiguo mundo puede vanagloriarse de haber utilizado los cien años transcurridos para poblar la zona casi vacía de las praderas templadas, desde Manitoba hasta la Pampa, del alto Veld a las estribaciones altaicas. Puede afirmar que domina la totalidad de Africa, excepción hecha de Liberia y de Etiopía. En Asia, sólo el Japón se le ha resistido. Y sin embargo, por esas mismas fechas, la colonización portadora de sus propios gérmenes de destrucción, nota los primeros estremecimientos de los nacionalismos indígenas. Empieza el s. xx, el de la difícil descolonización.

La emancipación de los países coloniales o semicoloniales

La abominación de la dominación europea por los pueblos de color, salvo excepción, ha revestido un carácter de intransigencia, como si a las guerras de conquista colonial hubieran debido corresponder guerras de independencia y de descolonización. Un nacionalismo agresivo levantó a las colo-


nias contra las metrópolis, reivindicando su separación total, viendo en cualquier mantenimiento de lazos especiales una secuela del colonialismo. Resulta inútil intentar demostrar lo que tales separaciones encierran de funesto, tanto para los antiguos colonizados como para sus colonizadores y más vale admitir que las sabias teorías reformistas y evolucionistas de economistas, sociólogos y hombres de estado, no podían prevalecer contra la indispensable satisfacción de las aspiraciones colectivas a una independencia sin restricciones, sentida como el rescate de una prolongada humillación y como la tabla rasa que debe preparar las reconstrucciones masivas y fructíferas de todas las estructuras del nuevo organismo independiente.

En primer término se puede reconocer en los casos de Marruecos, Túnez, Egipto, India y China, la existencia de antiguas civilizaciones y, excepto en la India, la presencia de mandos políticos cuya eficacia se debilitaba desde hacía siglos, pero que precisamente con el impacto de la colonización hubieran podido adquirir nuevo vigor y constituirse en los primeros elementos de resistencia al predominio europeo. Pensamos en la veneración por el sultanato de la dinastía alauita que sienten los marroquíes pese a su prolongada anarquía; en la conciencia de la originalidad espiritual y grandeza histórica del Islam que, durante el pasado siglo alimentó en el Cercano Oriente la propagación del wahabismo y los sueños del panarabismo; en los diversos movimientos de reforma religiosa que sacudieron el sopor de los bramines y rejuvenecieron al hinduismo, al entrar en contacto con la civilización occidental y cristiana; en la intensidad de la corriente xenófoba de China.

En segundo lugar, no podemos negar la poderosa ayuda que han aportado a las independencias coloniales determinadas ideologías de alcance mundial, o las desastrosas repercusiones que para el prestigio y la fuerza de los europeos tuvieron algunos grandes acontecimientos; la principal responsabilidad corresponde a los propios europeos en la medida en que enseñaron a escogidas minorías —por lo demás muy restringidas— los principios filosóficos, políticos y sociales en que se basan sus propias sociedades. En 1917-1918, casi al mismo tiempo, triunfaba el comunismo en Rusia y el presidente Wilson planteaba la doctrina de los Catorce Puntos. Así pues, el comunismo enlazaba la sublevación de los proletarios de los grandes países industriales con el de los pueblos coloniales, víctimas de la explotación europea, anunciando su propósito de apoyar a las revoluciones sociales o nacionales. En cuanto al pensamiento del gran demócrata americano, liberal y moralizador, prescribía a los imperialismos occidentales la renuncia a la conquista y la anexión y bosquejaba el régimen de mandato para las colonias confiscadas a Alemania. A partir de 1919 el nacionalismo egipcio se inspiraba en Wilson y reclamaba en Versalles la abolición del protectorado británico, mientras que en China, los comunistas iniciaban la agitación obrera y estudiantil, desencadenada contra la rapacidad del capitalismo internacional. Durante la segunda Guerra Mundial y en los años siguientes a su terminación, las aspiraciones a la independencia adquirieron mayor vigor con los llamamientos de los Dos Grandes; la Carta del Atlántico y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre contienen la aprobación de nuevas liberaciones coloniales que la Unión Soviética se lanzó a explotar a fondo, en la medida que se lo permitían las condiciones locales, apoyando las rebeliones coloniales que consideraba como un elemento esencial de la guerra fría. El éxito de la revolución china vino a instalar poco después, a las puertas del sudeste asiático, una base revolucionaria que desempeñó un papel decisivo en la emancipación de la Indochina francesa.

Consecuencias de la descolonización

El recurso de las explicaciones externas es, sin embargo, muy insuficiente. La verdadera clave del movimiento emancipador reside en las modificaciones internas de la estructura de las colonias. La colonización francesa o inglesa tuvo como primera consecuencia el desarrollo de una occidentalización superficial y provocó la creación de unas minorías selectas que, según los casos, podemos calificar de burguesas, intelectuales o simplemente de evolucionadas, según nos refiramos al estudiante egipcio, al abogado tunecino, al hombre de negocios de Bombay o de Shanghai, o al hijo del cacique africano educado en la religión católica y formado en una escuela misional o en un instituto; en tanto que la dirección política o económica pertenezca a la metrópoli resulta imposible para estas minorías obtener los beneficios de las carreras a las que sus medios les destinaría normalmente, incluso si se sienten solidarios de los puntos de vista e intereses que pueden unirles a los occidentales. Por otra parte, la colonización ha desterrado algunos azotes de la colonia, para dejar desarrollarse otros que generan disturbios. Es incontestable que el europeo, en la mayoría de los casos, impuso el orden público y la seguridad interior y que, siempre, ha aportado los medios de lucha contra las enfermedades tropicales y que, en cierto modo, ha desarrollado una infraestructura económica —especialmente las comunicaciones—, que ha creado puestos de trabajo en diferentes sectores (agrícola, minero, comercial y, en los escalones subalternos, en el administrativo y militar). Pero la economía que ha creado está orientada hacia la economía metropolitana, hacia el comercio mundial y, en ninguna forma, hacia la satisfacción de las necesidades alimentarias de una población que, gracias a los progresos parciales del estado sanitario, ha iniciado un galopante movimiento demográfico. Cada vez que le estorbaba, dejó subsistir una estructura social caracterizada por la preponderancia del gran terrateniente y del feudal que, en ocasiones, convirtió en aliados suyos, produciéndose una proletarización masiva (Norte de Africa, India) a la que la independencia no puede aportar otra cosa que la agravación de su destino, cada vez que va acompañada por la retirada de capitales y mandos. Una descolonización mal preparada crea situaciones favorables al socialismo, al colectivismo y a lo que se ha convenido en llamar experiencia del tipo chino, que seducen a los pueblos cuya única riqueza consiste en sus hombres.





panorama del mundo contemporáneo

En el umbral de esta obra ya precisábamos bien claramente que, sobre todo, pretendíamos plantear problemas. El de la descolonización, abordado al final del último capítulo por Louis Bergeron, indica tal vez mejor que cualquier otro, la preconizada necesidad de replantear nuestras tradicionales formas de pensar.

Sin embargo, no resultará superfluo terminar este tomo consagrado a LA HERENCIA DEL HOMBRE, con una ojeada que nos permita apreciar la envergadura de esta herencia. Cinco mil millones de años contribuyeron a hacer del homo sapiens *lo que es actualmente, pero apenas si diez mil de ellos han forjado las estructuras de nuestra sociedad; tal es el peso que recae sobre nuestros hombros. Pero mientras que, casi todo ese ciclo se ha caracterizado por una evolución que puede presentarnos al hombre como el objetivo supremo de la creación, el período propiamente «histórico» engendró, por el contrario, tales complejidades y diversidades que hacen muy difícil establecer el inventario de nuestra herencia. Tres mil millones de seres pertenecientes a diversas razas, hablando diferentes idiomas, repartidos en más de un centenar de Estados — cada uno de los cuales con la pretensión de ser soberano — viven en condiciones fundamentalmente distintas. Parece pues muy claro que el primer aspecto de nuestra herencia estriba en la división, la multiplicidad y la falta de coherencia.*

Muchas son las causas de esta compleja apariencia; nuestro estudio de las civilizaciones evidencia las más importantes. Resulta notorio, en efecto, que esas civilizaciones — sea cual sea el valor que atribuyamos a esta noción — se han desarrollado desigualmente. Las revoluciones industriales influyeron de forma diferente sobre los pueblos, acentuando la desigualdad entre sociedades que se beneficiaron plenamente de los progresos técnicos e intelectuales, y algunas otras que, privadas desde sus comienzos de esas ventajas, corren el riesgo de «hundirse en el retraso». Esta desigualdad fundamental aumenta a causa de los conflictos políticos e ideológicos; al apreciar su condición y futuro de distinta forma, los dirigentes de los Estados o de las sociedades imponen conceptos rígidos a los grupos que dominan, levantándose así barreras, en apariencia infranqueables, entre grupos étnicos muy cercanos. El clásico esquema de oposición entre el islam y la cristiandad en la Edad Media, vuelve a darse en el mundo contemporáneo, cuando consideramos la escisión que la imaginación popular ha materializado con la frase «telón de acero». Por descontado, tales cortes jamás son absolutos; ochocientos años atrás, los venecianos no temían mantener relaciones comerciales con los turcos; hoy, las importaciones y exportaciones con Rusia y China son todavía mayores; pero la división subsiste y, con ella, la desconfianza, la antipatía y la mutua ignorancia.

A pesar de todo, hemos heredado un mundo compuesto de algo más que de oposiciones, odios, conflictos, diversidad y complejidad. Si bien resulta prematuro hablar de unificación, de confederación y de fraternidad general, existe en nuestro mundo contemporáneo una tendencia a reagruparse. Hemos visto cómo se estableció una ósmosis constante entre las diversas sociedades a partir de los grandes descubrimientos del s. XVI; belicosos o pacifistas, mercantiles o culturales, hubo intercambios entre civilizaciones diferentes por su tipo o por su grado de evolución. El papel de las revoluciones económicas y sociales y, especialmente, los fulgurantes progresos de la técnica y de los transportes, aceleraron más este proceso.

Manhattan, corazón del mundo: ¿hasta cuándo? (Foto Kammerman-Rapho.)

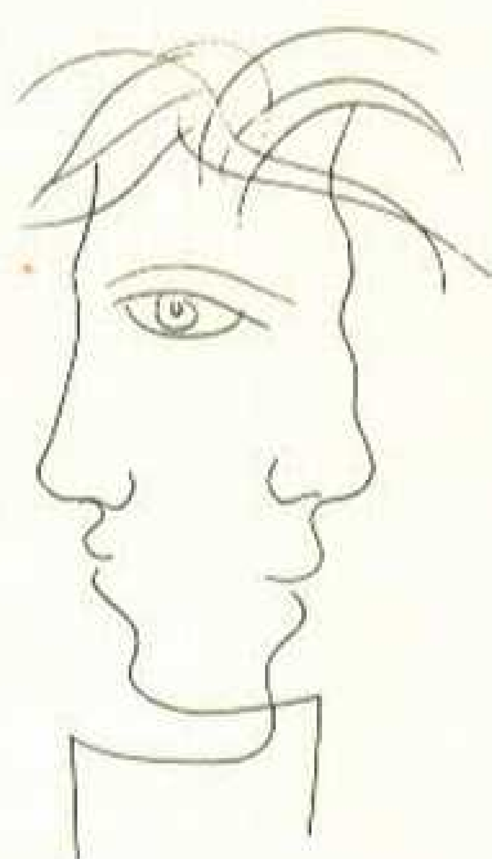
En la segunda mitad del s. XX resulta innegable que, pese a los conflictos de todo orden que lo estremecen, el planeta Tierra presenta — en la misma diversidad de sus aspectos — una especie de unidad que no ha conocido nunca, incluso cuando el imperio romano parecía integrar en un solo bloque a pueblos que, de hecho, eran aún más diversos que los que hoy se agrupan en la Organización de las Naciones Unidas.

Esta Organización y todas cuantas ella patrocina constituye un símbolo. Desde luego, la unión que preconiza está muy lejos de ser efectiva, especialmente en el escalón más elevado. A veces, se logran acuerdos sobre temas concretos en los organismos especializados. Paradójicamente, fuera de la ONU triunfa la doctrina de las uniones regionales y así asistimos a una especie de reagrupación que, en conclusión, aumenta la tensión en lugar de disminuirla. Mas en definitiva, la tendencia a la unidad parece irreversible y, en el siglo de los aviones supersónicos y del consumo de las grandes masas, debería triunfar en el plano práctico, ya que no en las almas.

Esquemáticamente, el mundo contemporáneo adopta el aspecto de tres bloques definidos; por una parte, la sociedad occidental de tipo liberal y capitalista; por otra, las democracias populares dotadas de una economía planificada y de una estructura ideológica robusta; por último, el mal definido grupo de las antiguas colonias que accedieron a la independencia en el s. XIX (Iberoamérica) o en el s. XX (Africa y Asia), cuyos rasgos comunes son su bajo nivel de vida y una gran dificultad para superar su retraso técnico y de instrucción pública.

Por descontado que esta división resulta arbitraria; en ciertos aspectos existe mayor similitud entre el mundo «liberal» y el «comunista», que entre los Estados recientemente descolonizados. Inversamente, en cada uno de los «bloques», las disparidades entre los países que los integran saltan a la vista; pese a su pretendida herencia común, americanos y europeos conciben al individuo de forma diferente; bajo la etiqueta uniforme del «marxismo-leninismo», nada más dispar que la democracia china y el sovietismo; respecto al Tercer Mundo, no hay necesidad de destacar que en la expresión se incluyen los más diversos grupos étnicos que jamás haya tenido la Tierra.

Al final de este primer tomo, ni siquiera esbozamos una filosofía del hombre; planteamos problemas, esto es todo. Este panorama del mundo contemporáneo no es, evidentemente, el único que puede presentarse, y los volúmenes siguientes de LA AVENTURA HUMANA propondrán otros, de acuerdo con los diferentes puntos de vista propios a las disciplinas que abordaremos. Antes de pasar a una visión geográfica y sociológica de la humanidad, hemos intentado resumir, sencillamente, las principales implicaciones de nuestra herencia.



BIBLIOTECA INSTI
P. DAGOGI
CARTAGENA

tablas de las civilizaciones

LAS CIVILIZACIONES ANTES DE LA ERA CRISTIANA

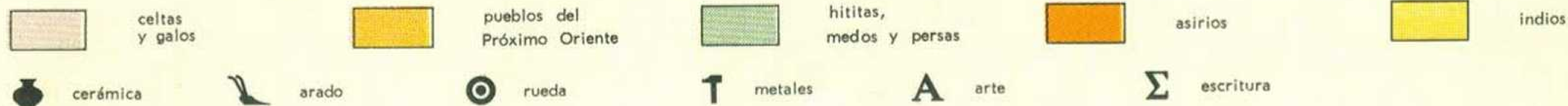


LAS CIVILIZACIONES ANTES DE LA ERA CRISTIANA

Antes de J.C.	Europa Occidental y Nórdica	Península Itálica	Mediterráneo central	Mediterráneo oriental	Asia Menor	Mesopotamia
				6800 Jericó		
6000	N E O L Í T I C O				HITITAS	
5000				Biblos	Cobre	SUMER Bronce (Ur) A
4000			PELASGOS			
3000			EGEOS		Bronce	Akkad
2000	Supuesta fundación de Cádiz		CRETENSES Σ A	FENICIOS Σ HEBREOS Σ	1600 Saqueo de Babilonia	
1000	Los escandinavos descubren el metal		DORIOS Guerra de Troya EOLIOS JONIOS	Primer alfabeto Abraham David Salomón		ASIRIOS Fundación de Susa (Elam)
900		LIGURES ETRUSCOS UMBROS Σ A				
800	Tartessos Cultura de Hallstatt	753 Fundación de Roma ROMANOS				Sargón II
700			660 Fundación de Bizancio			612 Caída de Nínive
600	Batalla de Alalia Colonizaciones griegas	510 República romana	594 Solón en Atenas	587 Cautiverio en Babilonia	Los babilonios destruyen Jerusalén	539 Ciro conquist
500			490-450 Guerras médicas 459-429 Poder de Pericles 432-404 Guerra del Peloponeso	Darío somete la Tracia y la Macedonia		
400	Cultura ibérica	343-304 Guerras samnitas	336-323 Alejandro Magno somete el Antiguo Oriente	332 Tiro	333 Iso	324 Susa
300	218. Escipión desembarca en Ampurias Se inicia la conquista romana de la Península	264-202 Guerras púnicas		Seljúcidas		

Persia	Egipto	India	Africa del Norte	América del Norte y Central	China
			Pinturas rupestres del Sahara		
	Cobre				Bronce T
	A				
	Imperio Antiguo Vidrio Σ T	Cultura de Harappá			
	Pirámides	Seda Σ T A ⊙		Cultura del maíz	Arte del bronce ⊙ T A Σ
	Imperio Medio Ramsés II derrota a los hititas en Qadesh Bajo Imperio ⊙	Invasión de los arios Período védico		CIVILIZACIÓN PRECLÁSICA	Dinastía Hia Dinastía Chang Dinastía Chou
MEDOS PERSAS					
			814 Fundación de Cartago	Σ	
				T	
		Invasiones persas		Zapotecas Olmecas	Yunta de bueyes 604 Lao T'seu
el Asia Menor Darío	525 Conquista de Carabyse	Buda 512 Darío conquista la India		Mayas A	551 Confucio
					424 Aguja imanada
331 Arbelas	331 Fundación de Alejandría				
312-280 Seléuco 256 Los partos Sasánidas	LÁGIDAS	Dinastía Maurya 264 Açoka	202 Escipión vence a Aníbal Roma conquista el Africa del Norte		Dinastía Ts'in Imperio chino

4000	TICO		PELASGOS			
3000			EGEOS		Bronce T	Akkad Σ
2000	◎ [arado] Supuesta fundación de Cádiz		CRETENSES Σ A ◎	FENICIOS Σ — HEBREOS Σ	1600 Saqueo de Babilonia	
1000	Los escandinavos descubren el metal T		DORIOS Guerra de Troya EOLIOS JONIOS	Primer alfabeto [cerámica] — Abraham David Salomón		ASIRIOS Fundación de Susa (Elam)
900		LIGURES UMBROS — ETRUSCOS [cerámica] Σ A T	T			
800	Tartessos Cultura de Hallstatt	753 Fundación de Roma ROMANOS				Sargón II
700			660 Fundación de Bizancio			612 Caída de Nínive
600	Batalla de Alalia Colonizaciones griegas	510 República romana	594 Solón en Atenas	587 Cautiverio en Babilonia	Los babilonios destruyen Jerusalén	539 Ciro conquista
500	T		490-450 Guerras médicas 459-429 Poder de Pericles 432-404 Guerra del Peloponeso	Darío somete la Tracia y la Macedonia		
400	Cultura ibérica	343-304 Guerras samnitas	336-323 Alejandro Magno somete el Antiguo Oriente	332 Tiro	333 Iso	324 Susa
300	218. Escipión desembarca en Ampurias Se inicia la conquista romana de la Península	264-202 Guerras púnicas		Seljúcidas		
200	Viriato. 133 Numancia					
100	59-60 Conquista de la Galia por los romanos	44 Asesinato de César Octavio toma el nombre de Augusto	Grecia pasa a ser colonia romana			



	A				
	Imperio Antiguo Vidrio Σ T	Cultura de Harappá			
	Pirámides	Seda Σ T A ⊙		Cultura del maíz	Arte del bronce ⊙ T A Σ
	Imperio Medio Ramsés II derrota a los hititas en Qadesh Bajo Imperio ⊙	Invasión de los arios Período védico			Dinastía Hia Dinastía Chang Dinastía Chou
MEDOS PERSAS				CIVILIZACIÓN PRECLÁSICA	
			814 Fundación de Cartago	Σ	
				T	
		Invasiones persas		Zapotecas Olmecas	Yunta de bueyes 604 Lao T'seu
el Asia Menor Darío	525 Conquista de Carabyse	Buda 512 Darío conquista la India		Mayas A	551 Confucio
					424 Aguja imanada
331 Arbelas	331 Fundación de Alejandría				
312-280 Seléuco 256 Los partos Sasánidas	LÁGIDAS	Dinastía Maurya 264 Açoka	202 Escipión vence a Aníbal Roma conquista el Africa del Norte		Dinastía Ts'in Imperio chino
			146 Destrucción de Cartago		La Gran Muralla Dinastía Han
		Budismo	100 Timgad		Budismo

- romanos
- griegos
- egipcios
- precolombinos
- chinos

LAS CIVILIZACIONES HASTA EL FINAL DE LA EDAD MEDIA

Después de J.C.	Europa Occidental	Europa Nórdica y Central	Próximo Oriente	Países eslavos	Oriente Medio	Asia Central	Africa del Norte	Africa negra	India	China	Japón	Sudeste de Asia y Oceanía	América del Norte y Central	América del Sur
	98 Trajano	Conquista de Inglaterra							Invasiones iranias Kanishka	Invención del papel				
100	117 Adriano 161 Marco Aurelio													
200	282 Diocleciano reparte el Imperio entre Oriente y Occidente	(invención del estribo)								261 Invasión de los turcos		(rueda)		
300	323 Conversión de Constantino 395 División del Imperio romano					(invención del estribo)	(cristianismo)						(metales)	
400	Invasiones bárbaras 451 Aecio vence a Atila 476 Fin del Imperio romano 481 Clodoveo	Reino franco					Vándalos		Imperio gupta	Tribus mongoles en el Norte		Vándalos		(cerámica)
500	589 III Concilio de Toledo 590-604 Gregorio el Grande		Justiniano I hace construir Sta. Sofía y establece el Código Civil		Nace Mahoma en La Meca				Invasión de los hunos		520 Unidad del Japón Budismo			
600			600 El Imperio bizantino se vuelve hacia Oriente Los árabes en Siria y Palestina		622 Héjira 630 Toma de La Meca Fundación del Islam 661 Los omeyas	Conquista del Imperio persa por los árabes	698 Toma de Cartago por los árabes			La cultura china llega al Japón Dinastía T'ang				
700	711 Invasión árabe en España 732 Carlos Martel rechaza los árabes en Poitiers		739 León III rechaza los árabes		785. Harún-el-Rachid					Comercio árabe		Java: Borabudur	Imperio tolteca	Imperio chimú
800	800 Carlomagno emperador de Occidente 886 Sitio de París	Invasión de los normandos 843 Tratado de Verdún Fundación del reino germano			Lucha contra el Imperio bizantino		Vikingos					Incursión de los vikingos		
900	912 Califato de Córdoba Almanzor	(cristianismo)		Reino de Polonia y Hungría (cristianismo)			Universidad de El Cairo			947 Imprenta (xilografía) Dinastía Song			Los toltecas ocupan México Eric el Rojo aborda la costa Nordeste	
1000	1066 Conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador 1085. Conquista de Toledo		1054. Cisma de Oriente		Las Cruzadas					Brújula Caracteres de imprenta		Apogeo del Imperio Khmer (Angkor-Vat)	Chichen-Itzá derrotada por los mayas-toltecas	Imperio Inca
1100		1194 Anexión de Sicilia	Los Templarios Reino franco	Conquistas de los mongoles	1187 Saladino reconquista Jerusalén a los cruzados				Sultanato de Delhi	Pólvora				
1200	1212. Navas de Tolosa 1215 Concilio de Letrán Carta Magna 1291 Confederación Helvética	Sacro Imperio romano germano	1204 Toma de Constantinopla por los cruzados Imperio latino	1251 Alejandro Newski derrota a los caballeros teutónicos	Armas de fuego 1290 Dinastía otomana	Gengis Khan Imperio mongol 1240 Toma de Kiev 1258 Toma de Bagdad	1250 Los almorávide en Marrue	Los grandes imperios del Africa Central		1260 Papel moneda 1279 Invasión mongol	Centro cultural			
1300	1309 El pontificado de Aviñón Gran Cisma de Occidente	La Gran Peste	Conquista de Grecia por los turcos	Invasión de los tártaros		Tamerlán				Dinastía Ming	Evangelización de San Francisco Javier		1362 Expedición vikinga al centro de América del Norte	Fortalezas chimú de Paramonga

romanos — europeos del Oeste — africanos — mongoles, después eslavos — árabes y turcos — indios — chinos — japoneses — precolombinos — bárbaros y pueblos no civilizados — khmers

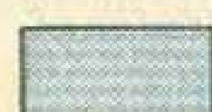
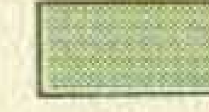
cerámica — rueda — metales — cristianismo — invención del estribo

LAS CIVILIZACIONES HASTA EL FINAL DE LA EDAD MEDIA

Después de J.C.	Europa Occidental	Europa Nórdica y Central	Próximo Oriente	Países eslavos	Oriente Medio	Asia Central	Africa del Norte
	98 Trajano	Conquista de Inglaterra					
100	117 Adriano 161 Marco Aurelio						
200	282 Diocleciano reparte el Imperio entre Oriente y Occidente						
300	323 Conversión de Constantino 395 División del Imperio romano						†
400	Invasiones bárbaras 451 Aecio vence a Atila 476 Fin del Imperio romano 481 Clodoveo	Reino franco					Vándalos
500	589 III Concilio de Toledo 590-604 Gregorio el Grande		Justiniano I hace construir Sta. Sofía y establece el Código Civil		Nace Mahoma en La Meca		
600			600 El Imperio bizantino se vuelve hacia Oriente Los árabes en Siria y Palestina		622 Héjira 630 Toma de La Meca Fundación del Islam 661 Los omeyas	Conquista del Imperio persa por los árabes	698 Toma de Cartago por los árabes
700	711 Invasión árabe en España 732 Carlos Martel rechaza los árabes en Poitiers		739 León III rechaza los árabes		785. Harún-el-Rachid		
800	800 Carlomagno emperador de Occidente 886 Sitio de París	Invasión de los normandos 843 Tratado de Verdún Fundación del reino germano			Lucha contra el Imperio bizantino		Vikingos
900	912 Califato de Córdoba Almanzor	†		Reino de Polonia y Hungría †			Universidad de El Cairo
1000	1066 Conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador 1085. Conquista de Toledo		1054. Cisma de Oriente		Las Cruzadas		
1100		1194 Anexión de Sicilia	Los Templarios Reino franco	Conquistas de los mongoles	1187 Saladino reconquista Jerusalén a los cruzados		

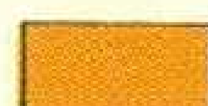
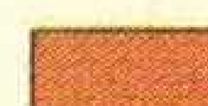
Africa negra	India	China	Japón	Sudeste de Asia y Oceanía	América del Norte y Central	América del Sur
	Invasiones iranias Kanishka	Invención del papel				
		261 Invasión de los turcos				
	Imperio gupta	Tribus mongoles en el Norte '		Vándalos		
	Invasión de los hunos		520 Unidad del Japón Budismo			
		La cultura china llega al Japón Dinastía T'ang				
		Comercio árabe		Java: Borabudur	Imperio tolteca	Imperio chimú
				Incursión de los vikingos		
		947 Imprenta (xilografía) Dinastía Song			Los toltecas ocupan México Eric el Rojo aborda la costa Nordeste	
		Brújula Caracteres de imprenta		Apogeo del Imperio Khmer (Angkor-Vat)	Chichen-Itzá derrotada por los mayas-toltecas	Imperio Inca
	Sultanato de Delhi	Pólvora				

200	282 Diocleciano reparte el Imperio entre Oriente y Occidente						
300	323 Conversión de Constantino 395 División del Imperio romano						
400	Invasiones bárbaras 451 Aecio vence a Atila 476 Fin del Imperio romano 481 Clodoveo	Reino franco					Vándalos
500	589 III Concilio de Toledo 590-604 Gregorio el Grande		Justiniano I hace construir Sta. Sofía y establece el Código Civil		Nace Mahoma en La Meca		
600			600 El Imperio bizantino se vuelve hacia Oriente Los árabes en Siria y Palestina		622 Héjira 630 Toma de La Meca Fundación del Islam 661 Los omeyas	Conquista del Imperio persa por los árabes	698 Toma de Cartago por los árabes
700	711 Invasión árabe en España 732 Carlos Martel rechaza los árabes en Poitiers		739 León III rechaza los árabes		785. Harún-el-Rachid		
800	800 Carlomagno emperador de Occidente 886 Sitio de París	Invasión de los normandos 843 Tratado de Verdún Fundación del reino germano			Lucha contra el Imperio bizantino		Vikingos
900	912 Califato de Córdoba Almanzor			Reino de Polonia y Hungría			Universidad de El Cairo
1000	1066 Conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador 1085. Conquista de Toledo		1054. Cisma de Oriente		Las Cruzadas		
1100		1194 Anexión de Sicilia	Los Templarios Reino franco	Conquistas de los mongoles	1187 Saladino reconquista Jerusalén a los cruzados		
1200	1212. Navas de Tolosa 1215 Concilio de Letrán Carta Magna 1291 Confederación Helvética	Sacro Imperio romano germano	1204 Toma de Constantinopla por los cruzados Imperio latino	1251 Alejandro Newski derrota a los caballeros teutónicos	Armas de fuego 1290 Dinastía otomana	Gengis Khan Imperio mongol 1240 Toma de Kiev 1258 Toma de Bagdad	1250 Los almorávides en Marruecos
1300	1309 El pontificado de Aviñón Gran Cisma de Occidente	La Gran Peste	Conquista de Grecia por los turcos	Invasión de los tártaros		Tamerlán	

 romanos
 europeos del Oeste
 africanos
 mongoles, después eslavos
 árabes y turcos

 cerámica
 rueda
 metales
 cristianismo
 invención del estribo

		261 Invasión de los turcos				
	Imperio gupta	Tribus mongoles en el Norte		Vándalos		
	Invasión de los hunos		520 Unidad del Japón Budismo			
		La cultura china llega al Japón Dinastía T'ang				
		Comercio árabe		Java: Borabudur	Imperio tolteca	Imperio chimú
				Incursión de los vikingos		
		947 Imprenta (xilografía) Dinastía Song			Los toltecas ocupan México Eric el Rojo aborda la costa Nordeste	
		Brújula Caracteres de imprenta		Apogeo del Imperio Khmer (Angkor-Vat)	Chichen-Itzá derrotada por los mayas-toltecas	Imperio Inca
	Sultanato de Delhi	Pólvora				
Los grandes imperios del Africa Central		1260 Papel moneda 1279 Invasión mongol	Centro cultural			
		Dinastía Ming	Evangelización de San Francisco Javier		1362 Expedición vikinga al centro de América del Norte	Fortalezas chimú de Paramonga

indios  chinos  japoneses  precolombinos  bárbaros y pueblos no civilizados  khmers

LAS CIVILIZACIONES MODERNAS

	Europa Occidental	Europa Nórdica y Central	Próximo Oriente	Países eslavos	Oriente Medio	Asia Central	Africa del Norte	Africa negra	India	China	Japón	Sudeste de Asia y Oceanía	América del Norte y Central	América del Sur
1400	Juana de Arco 1492 Toma de Granada. Fin de la Reconquista Renacimiento	1415 Excomunión de Huss 1436 Gutenberg 1438 Habsburgo	1453 Toma de Constantinopla por los turcos	Iván III acosa a los tártaros	Conversión de los turcos al Islam Solimán el Magnífico invade Turquía		Descubridores portugueses en el Norte	1488-1497 Díaz y Gama Cabo Buena Esperanza	Secta de los Sikhs Imperio mogol 1498 Vasco de Gama en Calcuta Indias portuguesas				1492. Colón descubre América 1496 Cabot en El Labrador	
1500	1519-1522 Elcano da la vuelta al mundo 1519 Carlos V emperador 1536 Calvino Siglo de Oro Shakespeare 1593 Edicto de Nantes	1521 Excomunión de Lutero La Reforma Desmembramiento del Imperio	Gran Líbano	1533 Iván el Terrible Copérnico		Expansión de Rusia hacia el Este	Los turcos en Argelia, Tunicia y Egipto		GRANDES VIAJES DE LOS DESCUBRIDORES Akbar	Taiko	1542 Expedición portuguesa	Magallanes en Filipinas Los holandeses en Australia y Nueva Zelanda	1521 Hernán Cortés. Conquista de México 1535 Cartier en el Canadá 1539-1543. Hernando de Soto	Balboa descubre el Pacífico Pizarro. Conquista del Perú Río de Janeiro
1600	1618-48 Guerra de los Treinta Años Galileo Cromwell Newton Guerra de la Liga de los Augsburgo	1611 Gustavo Adolfo 1632 Cristina de Suecia		1613 Los Romanov 1618 Defenestración de Praga	Sitio de Viena				Comerciantes ingleses	Dinastía Manchú	Los Shoguns dueños del Japón	Imperio holandés indonesio		Portugueses en Brasil Gobernación de Río de la Plata
1700	Guerra de sucesión en España Guerra de sucesión en Austria Guerra de los Siete Años Máquinas de vapor Telares 1789 Revolución francesa	1700 Carlos XII vence a los rusos en Narva		1721 Pedro el Grande Fundación de San Petersburgo Guerra de sucesión en Polonia 1762 Catalina II Guerra contra los turcos Partición de Polonia	Ocaso de los turcos	Expansión de China hacia el Este China invade el Tibet			1742 Dupleix		Política aislacionista	1787 Franceses en Indochina	Franklin 1776 Independencia de los Estados Unidos	Virreinato de Buenos Aires
1800	1804 Napoleón I 1824 Fotografía 1825 Ferrocarril 1870 Guerra franco-alemana 1883 Automóvil 1895 Cinematografía 1897 Aviación	Desmembramiento de Prusia Congreso de Viena Marx Guillermo II Bismarck 1895 Rayos X	Emir Bachir 1861 Autonomía del Líbano	1805 Austerlitz 1812 Retirada de Rusia 1854 Guerra de Crimea 1877 Guerra ruso-turca 1883 Fundación del marxismo 1895 T.S.H.	1821 Rebelión de los griegos 1827 Derrota de Navarin		Napoleón I en Egipto 1830 Toma de Argel 1869 Canal de Suez		1857 Compañía de Indias 1877 Imperio británico 1880 Hambre: 12 millones de muertos	Los ingleses en Hong-Kong Guerra	Meiji Introducción de la civilización occidental	1824 Los ingleses en Birmania 1858 Los franceses en Cochinchina	Independencia de las colonias españolas y portuguesas 1815 Barcos a vapor 1861 Guerra de Secesión 1866 Ku-Klux-Klan 1876 Teléfono 1877 Fonógrafo 1895 T.S.H.	Sanmartín Bolívar
1900	1914 Gran Guerra 1936 Guerra civil española 1939 Segunda Guerra Mundial 1958 Mercado Común	Einstein 1933 Hitler	Siria y Líbano bajo mandato francés Palestina bajo mandato inglés 1943 Líbano independiente 1946 Siria independiente 1949 Estado de Israel	1904 Guerra ruso-japonesa 1917 Revolución de Octubre 1922 U.R.S.S. 1953 Muerte de Stalin 1957 Primer satélite artificial	1923 Mustafá Kemal 1938 Ismet Inönü	Exilio del dalai-lama en las Indias	1910 Italian en Libia 1935 Guerra de Etiopía Descolonización	Guerra de los Boërs	Gandhi 1947 Independencia	1911 Revolución 1945 Marxismo 1949 China Popular Guerra de Corea	1904-1905 Guerra ruso-japonesa 1910 Anexión de Manchuria 1930 Expansión industrial 1941 Pearl-Harbour	Descolonización	1914 Abertura del Canal de Panamá 1945 Bomba atómica 1946 Carta de la ONU 1954 Submarino atómico	

Color	Leyenda
azul claro	romanos
violeta	europeos del Oeste
beige	africanos
naranja claro	mongoles, después eslavos
verde	árabes y turcos
amarillo	indios
amarillo claro	chinos
naranja	japoneses
rosa	precolombinos
blanco	bárbaros y pueblos no civilizados

LAS CIVILIZACIONES MODERNAS

	Europa Occidental	Europa Nórdica y Central	Próximo Oriente	Países eslavos	Oriente Medio	Asia Central	Africa del Norte
1400	Juana de Arco 1492. Toma de Granada. Fin de la Reconquista Renacimiento	1415 Excomunión de Huss 1436 Gutenberg 1438 Habsburgo	1453 Toma de Constantinopla por los turcos	Iván III acosa a los tártaros	Conversión de los turcos al Islam Solimán el Magnífico invade Turquía		Descubridores portugueses en el Norte
1500	1519-1522 Elcano da la vuelta al mundo 1519 Carlos V emperador 1536 Calvino Siglo de Oro Shakespeare 1593 Edicto de Nantes	1521 Excomunión de Lutero La Reforma Desmembramiento del Imperio	Gran Líbano	1533 Iván el Terrible Copérnico		Expansión de Rusia hacia el Este	Los turcos en Argelia, Tunicia y Egipto
1600	1618-48 Guerra de los Treinta Años Galileo Cromwell Newton Guerra de la Liga de los Augsburgo	1611 Gustavo Adolfo 1632 Cristina de Suecia		1613 Los Romanov 1618 Defenestración de Praga	Sitio de Viena		
1700	Guerra de sucesión en España Guerra de sucesión en Austria Guerra de los Siete Años Máquinas de vapor Telares 1789 Revolución francesa	1700 Carlos XII vence a los rusos en Narva		1721 Pedro el Grande Fundación de San Petersburgo Guerra de sucesión en Polonia 1762 Catalina II Guerra contra los turcos Partición de Polonia	Ocaso de los turcos	Expansión de China hacia el Este China invade el Tibet	
1800	1804 Napoleón I 1824 Fotografía 1825 Ferrocarril 1870 Guerra franco-alemana 1883 Automóvil 1895 Cinematografía 1897 Aviación	Desmembramiento de Prusia Congreso de Viena Marx Guillermo II Bismarck 1895 Rayos X	Emir Bachir 1861 Autonomía del Líbano	1805 Austerlitz 1812 Retirada de Rusia 1854 Guerra de Crimea 1877 Guerra ruso-turca 1883 Fundación del marxismo 1895 T.S.H.	1821 Rebelión de los griegos 1827 Derrota de Navarin		Napoleón I en Egipto 1830 Toma de Argel 1869 Canal de Suez
1900		Electric...	Siria y Líbano bajo	1904 Guerra ruso-japonesa			1910 Italianos

Africa negra	India	China	Japón	Sudeste de Asia y Oceanía	América del Norte y Central	América del Sur
1488-1497 Díaz y Gama Cabo Buena Esperanza	Secta de los Sikhs Imperio mogol 1498 Vasco de Gama en Calcuta Indias portuguesas				1492. Colón descubre América 1496 Cabot en El Labrador	
	GRANDES VIAJES DE LOS DESCUBRIDORES Akbar	Taïko	1542 Expedición portuguesa	Magallanes en Filipinas Los holandeses en Australia y Nueva Zelanda	1521 Hernán Cortés. Conquista de México 1535 Cartier en el Canadá 1539-1543. Hernando de Soto	Balboa descubre el Pacífico Pizarro. Conquista del Perú Río de Janeiro
	Comerciantes ingleses	Dinastía Manchú	Los Shoguns dueños del Japón	Imperio holandés indonesio		Portugueses en Brasil Gobernación de Río de la Plata
	1742 Dupleix		Política aislacionista	1787 Franceses en Indochina	Franklin 1776 Independencia de los Estados Unidos	Virreinato de Buenos Aires
	1857 Compañía de Indias 1877 Imperio británico 1880 Hambre: 12 millones de muertos	Los ingleses en Hong-Kong Guerra	Meiji Introducción de la civilización occidental	1824 Los ingleses en Birmania 1858 Los franceses en Cochinchina	Independencia de las colonias españolas y portuguesas 1815 Barcos a vapor 1861 Guerra de Secesión 1866 Ku-Klux-Klan 1876 Teléfono 1877 Fonógrafo 1895 T.S.H.	Sanmartín Bolívar
Guerra de	Gandhi	1911 Revolución	1904-1905 Guerra		1914 Abertura del Canal	

					invade Turquía		
1500	1519-1522 Elcano da la vuelta al mundo 1536 Calvino Siglo de Oro Shakespeare 1593 Edicto de Nantes	1519 Carlos V emperador 1521 Excomunión de Lutero La Reforma Desmembramiento del Imperio	Gran Líbano	1533 Iván el Terrible Copérnico		Expansión de Rusia hacia el Este	Los turcos en Argelia, Tunicia y Egipto
1600	1618-48 Guerra de los Treinta Años Galileo Cromwell Newton Guerra de la Liga de los Augsburgo	1611 Gustavo Adolfo 1632 Cristina de Suecia		1613 Los Romanov 1618 Defenestración de Praga	Sitio de Viena		
1700	Guerra de sucesión en España Guerra de sucesión en Austria Guerra de los Siete Años Máquinas de vapor Telares 1789 Revolución francesa	1700 Carlos XII vence a los rusos en Narva		1721 Pedro el Grande Fundación de San Petersburgo Guerra de sucesión en Polonia 1762 Catalina II Guerra contra los turcos Partición de Polonia	Ocaso de los turcos	Expansión de China hacia el Este China invade el Tibet	
1800	1804 Napoleón I 1824 Fotografía 1825 Ferrocarril 1870 Guerra franco-alemana 1883 Automóvil 1895 Cinematografía 1897 Aviación	Desmembramiento de Prusia Congreso de Viena Marx Guillermo II Bismarck 1895 Rayos X	Emir Bachir 1861 Autonomía del Líbano	1805 Austerlitz 1812 Retirada de Rusia 1854 Guerra de Crimea 1877 Guerra ruso-turca 1883 Fundación del marxismo 1895 T.S.H.	1821 Rebelión de los griegos 1827 Derrota de Navarín		Napoleón I en Egipto 1830 Toma de Argel 1869 Canal de Suez
1900	1914 Gran Guerra 1936 Guerra civil española 1939 Segunda Guerra Mundial 1958 Mercado Común	Einstein 1933 Hitler	Siria y Líbano bajo mandato francés Palestina bajo mandato inglés 1943 Líbano independiente 1946 Siria independiente 1949 Estado de Israel	1904 Guerra ruso-japonesa 1917 Revolución de Octubre 1922 U.R.S.S. 1953 Muerte de Stalin 1957 Primer satélite artificial	1923 Mustafá Kemal 1938 Ismet Inönü	Exilio del dalaï-lama en las Indias	1910 Italianos en Libia 1935 Guerra de Etiopía Descolo

 romanos

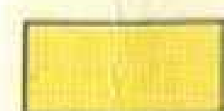
 europeos del Oeste

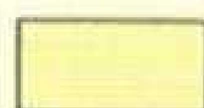
 africanos

 mongoles, después eslavos

 árabes y turcos

Esperanza	Indias portuguesas				1498 Cabot en El Labrador	
→ GRANDES VIAJES DE LOS DESCUBRIDORES →				Magallanes en Filipinas Los holandeses en Australia y Nueva Zelanda	1521 Hernán Cortés. Conquista de México 1535 Cartier en el Canadá 1539-1543. Hernando de Soto	Balboa descubre el Pacífico Pizarro. Conquista del Perú Río de Janeiro
	Akbar	Taïko	1542 Expedición portuguesa			
	Comerciantes ingleses	Dinastía Manchú	Los Shoguns dueños del Japón	Imperio holandés indonesio		Portugueses en Brasil Gobernación de Río de la Plata
	1742 Dupleix		Política aislacionista	1787 Franceses en Indochina	Franklin 1776 Independencia de los Estados Unidos	Virreinato de Buenos Aires
	1857 Compañía de Indias 1877 Imperio británico 1880 Hambre: 12 millones de muertos	Los ingleses en Hong-Kong Guerra	Meiji Introducción de la civilización occidental	1824 Los ingleses en Birmania 1858 Los franceses en Cochinchina	Independencia de las colonias españolas y portuguesas 1815 Barcos a vapor 1861 Guerra de Secesión 1866 Ku-Klux-Klan 1876 Teléfono 1877 Fonógrafo 1895 T.S.H.	Sanmartín Bolívar
Guerra de los Boërs nización	Gandhi 1947 Independencia	1911 Revolución 1945 Marxismo 1949 China Popular Guerra de Corea	1904-1905 Guerra ruso-japonesa 1910 Anexión de Manchuria 1930 Expansión industrial 1941 Pearl-Harbour	Descolonización	1914 Abertura del Canal de Panamá 1945 Bomba atómica 1946 Carta de la ONU 1954 Submarino atómico	

 indios

 chinos

 japoneses

 precolombinos

 bárbaros y pueblos no civilizados

EL PRESENTE VOLUMEN, TOMO PRIMERO DE LA OBRA

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL VEINTINUEVE DE ABRIL DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y SIETE

EN LOS TALLERES DE HERACLIO FOURNIER, S. A., VITORIA.

LA REDACCIÓN DEL TEXTO Y LA PREPARACIÓN ARTÍSTICA HAN SIDO EFECTUADAS

EN EL MARCO DE LA SOCIÉTÉ CIVILE D'ÉTUDES LITTERAIRES ET ARTISTIQUES, PARÍS.

EL TEXTO HA SIDO COMPUESTO EN CARACTERES BASKERVILLE

POR IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

LA IMPRESIÓN SE HA EFECTUADO SOBRE PAPEL SUPERIOR FLASSÁ,

DE TORRAS DOMÉNECH, S. A., GERONA.

LA ENCUADERNACIÓN ES OBRA DE LOS TALLERES DE IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

ESTA COEDICIÓN INTERNACIONAL HA SIDO COORDINADA Y REALIZADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

INTERGRAPH, PROMOTORA DE ARTES GRÁFICAS, S. A., PAMPLONA (ESPAÑA)